



UNIVERSIDAD DE GRANADA

PROGRAMA OFICIAL DE DOCTORADO EN LENGUAS,
TEXTOS Y CONTEXTOS

EL TRABAJO SOBRE LA
IDENTIDAD EN LA NARRATIVA DE
CARLOS GAMERRO (1998-2011)

MEMORIA PRESENTADA PARA LA OBTENCIÓN DEL GRADO DE
DOCTORA CON MENCIÓN INTERNACIONAL POR LA UNIVERSIDAD DE
GRANADA

TESIS QUE PRESENTA

DÑA. MARÍA LAURA DESTÉFANIS

BAJO LA DIRECCIÓN DE LA DOCTORA

DÑA. ANA GALLEGO CUIÑAS

GRANADA, 2018

Editor: Universidad de Granada. Tesis Doctorales
Autor: María Laura Destéfanis
ISBN: 978-84-1306-081-1
URI: <http://hdl.handle.net/10481/54739>

A mi madre y a mi padre

A mi familia en Tres Bocas

A Juan Carlos Rodríguez, in memoriam

Y a quienes están llegando,
para que siempre tengan la posibilidad de elegir a consciencia
qué quieren heredar y qué no,
sin este dolor, por pura renovación nomás de la vida

AGRADECIMIENTOS

A la vida, que me permitió llegar hasta aquí. A quienes la sostuvieron junto conmigo: mi madre, mi hermano y toda la familia Chiocci-Guillaume. A Rosa Cuello. A Alicia De Stefano, Fernando Bricchi, Daniel Judkevitch, Eduardo Giugno, Alejandro Newton y Marcela Brunetti. A Sara Melgar y Graciela Alisedo. A Juan Ignacio Fernández Di Alessio y Valeria Robaldi. A Silvia Suzmano, Susi Beker, Leandro y Ani Cuccaro, Jula Rube, Zulma Hopen, Mario y Alicia. A Néstor y Marta Spigariol. Al Peque.

A Ángel Esteban, Gracia Morales, Carmen de Mora, Eduardo Becerra, Daniel Nemrava, Javier de Navascués y Azucena González Blanco por acceder a formar parte del tribunal. A María Ángeles Grande Rosales, Roberto Ferro y Ezequiel de Rosso.

A Ana Gallego Cuiñas, quien con su fuerza imparable me tendió la mano desde los primeros días. A Álvaro Salvador. A quienes me enseñaron a pensar la literatura: Juan Carlos Rodríguez, Alicia Relinque Eleta, Miguel Ángel García, Manuel Cáceres Sánchez, Domingo Sánchez-Mesa, Román Setton, Elsa Drucaroff, Gloria Fernández, Marcela Croce, Alejandra Laera, Gonzalo Aguilar, Sylvia Saítta, Nora Domínguez y Rubí Carreño. A Norberto Silva.

A mis hermanas de la vida: Inés Vallina y Noelia García Díaz. A la pulsión de vida que late en Nicolás Siciliano, mi ahijado, y en Simón Francisco y Manuel Varisto, Clara y Juana Uliana, Loli y Charito, Paulina y Santino, Valentina, Sara y Hernán, Lucía, y el jovencísimo Dante García Dvorakova.

A los amigos de allá, fundamentales: Victoria Flexer, Ariel Varisto y Verónica Núñez, Laura Echevoyen, Cynthia Rodríguez, Mariana Marchegiani, Natalia Osiadacz. A Fernando Pérez del Cerro y familia, Tamara y Alejandro Horowicz, Azucena Galettini y Bruno Petroni. A José Astorri.

A los de en medio, que saben tan bien como yo lo que es eso de andar extrañando y echar de menos: María Eugenia Estigarribia y Enrique Jiménez Yáñez.

A los de aquí, parte de mi identidad desde entonces y para siempre: Paula Dvorakova, Juan García Única, Sara Toro, Javier Cabrera y Encarnación Roldán, Ramón Reyes y Ernesto Ramírez Alcántara. A Rafi Jiménez Portillo, cada día conmigo. A Virginia Capote, Erika Martínez y Ginés Torres.

A *Sonámbula*, que ampara mi escritura: Dolores Reyes, Mariel Martínez, Juan Mattio, Pedro Perucca, Malena Q, Nicolás Zyssholtz. A Gabriela Oliva, Marcelo Simonetti, Belén Frediani y Sergio.

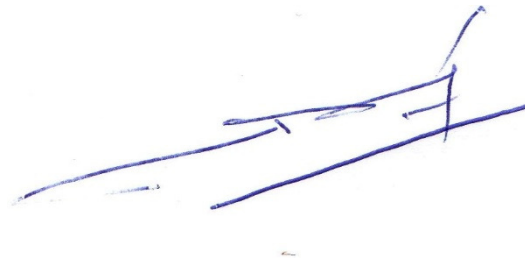
A quienes me recibieron fuera de casa: Julio Premat, Marcela Crespo, Susanne Klengel, Antonella Cancellier y François Noudelmann.

Y a mi familia en Tres Bocas, siempre futura: Ethel Batista, Luca Telmo Gómez Batista, Eva Gómez Batista, Sipe Pesin, María Moreno, Carlos Moreira, Omar Espíndola, Tai y todes quienes van llegando: lxs amo. Mi identidad radica allí, con ustedes, en esa tierra del agua en movimiento continuo.

COMPROMISO DE RESPETO DE LOS DERECHOS DE AUTOR

La doctoranda, María Laura Destéfanis, y la directora de la tesis, Ana Gallego Cuiñas, garantizamos, al firmar esta tesis doctoral, que el trabajo ha sido realizado por la doctoranda bajo la dirección de la directora de la tesis y, hasta donde nuestro conocimiento alcanza, en la realización del trabajo se han respetado los derechos de otros autores a ser citados cuando se han utilizado sus resultados o publicaciones.

Lugar y fecha: Granada, 19 de noviembre de 2018

A handwritten signature in blue ink, consisting of several fluid, connected strokes, positioned above the name of the doctoranda.

Ana Gallego Cuiñas

María Laura Destéfanis

Directora de la tesis

Doctoranda

RESUMEN

Si bien la cuestión de la identidad nacional en Argentina estuvo entreverada desde los orígenes como nación independiente por las disputas entre diversas facciones regionales y sociales, este trabajo partió de la hipótesis de que la última dictadura cívico-militar en Argentina (1976-1983) produjo cambios radicales en la tríada que constituye la construcción de una subjetividad: la identidad nacional, la identidad grupal y la identidad individual. Siempre en cambio continuo, y muy compleja en sus múltiples aristas, la cuestión de la identidad no se deja sistematizar en su totalidad; no obstante, las generaciones de posdictadura produjeron literaturas que, si bien se filian en sus precedentes, tienen características propias que evidencian cambios sustanciales en su autopercepción identitaria.

La narrativa argentina de posdictadura fue prolífica y, en ese marco, la obra de Carlos Gamerro es una referencia ineludible; esta tesis trabaja sus cinco primeras novelas: *Las Islas* (1998), *El sueño del señor juez* (2000), *El secreto y las voces* (2002), *Las aventuras de los bustos de Eva* (2004) y *Un yuppie en la columna del Che Guevara* (2011). El recorrido propuesto permite abordar esta bisagra identitaria mediante seis instancias clave de la historia argentina: la constitución nacional, el peronismo, la militancia de izquierdas en los años setenta, la dictadura, la guerra de Malvinas y la posdictadura.

Las novelas abordadas habilitan una lectura nítida y profunda de los cambios producidos en la percepción de las identidades nacional,

grupal e individual luego de los años setenta, a la vez que proponen un sutil e intenso recorrido en relación a lo que implican un legado y el trabajo de duelo. La toma de distancia respecto de estas herencias es un modo de proyectar la vida luego de sucesos trágicos.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	3
COMPROMISO DE RESPETO DE LOS DERECHOS DE AUTOR.....	6
RESUMEN	7
TABLA DE IMÁGENES.....	19
CAPÍTULO 1: Objetivo, hipótesis, metodología y estado de la cuestión	21
1.1. Objetivo: análisis del trabajo sobre la identidad en la narrativa de Carlos Gamerro: causas, métodos, efectos	21
1.1.1. El concepto de identidad	21
1.1.2. Identidad individual, identidad grupal, identidad nacional .	26
1.1.3. Ser o no ser uno mismo	28
1.1.4. Cuando <i>matar al padre</i> es renunciar a su venganza	36
1.2. Metodología: las identidades	44
1.3. Estado de la cuestión: lecturas parciales de su narrativa	47
1.4. Hipótesis: causa y método del trabajo sobre la identidad en la narrativa de Carlos Gamerro.....	50
1.4.1. Una tradición para Argentina: Jorge Luis Borges.....	50
1.4.2. Una antropología especulativa: Juan José Saer	57
1.4.3. El Estado como ficción: Ricardo Piglia	71
CAPÍTULO 2: Identidad nacional, pasado y origen.....	78
2.1. Fundación mítica de Malihuel: <i>El sueño del señor juez</i>	78
2.2. La identidad nacional codificada en sus tópicos	91

2.2.1. Temor al indio: malón y cautiverio.....	92
2.2.2. Temor al blanco: abuso y deserción.....	95
2.2.3. Fronteras huecas: la zanja de Alsina	99
2.2.4. Cuerpitos rotos: a un lado y al otro, la barbarie.....	100
2.2.5. Adoración por París.....	108
2.2.6. El anarquista degollado.....	113
2.2.7. El gaucho y el “tiatro”.....	116
2.2.8. El gaucho malo	119
2.2.9. La animalización del indio	127
2.2.10. Matanzas	132
2.3. Ficciones barrocas	135
2.4. Conclusiones parciales	150
CAPÍTULO 3: Identidad grupal, pasado y origen.....	157
3.1. Don Ernesto de la Pampa: <i>La aventura de los bustos de Eva...</i>	161
3.2. Virajes de una época clave: de “Perón, Evita, la Patria Socialista”	
a... ¿Perón evita la patria socialista?	163
3.3. Resistencia y militancia armada.....	171
3.4. El imaginario peronista	179
3.4.1. El descamisado gigante	182
3.4.2. Evita montonera	186
3.5. Los grupos sociales instituidos.....	204

3.5.1. Élités y aristocracia obrera.....	207
3.5.2. La clase obrera del primer peronismo	211
3.5.3. La pequeña burguesía: obreros sin consciencia de clase ...	219
3.6. Metamorfosis identitarias.....	221
3.6.1. Construcción de la identidad de grupo mediante la opción política.....	221
3.6.2. Ernesto, como el Che	237
3.7. Imaginarios subvertidos: inconsciente y goce	247
3.8. Conclusiones parciales	258
CAPÍTULO 4: Identidad grupal, futuro y destino	261
4.1. La importancia de llamarse Ernesto: <i>Un yuppie en la columna del Che Guevara</i>	261
4.2. <i>Terror criollo: del grotesco al gore</i>	263
4.3. Retórica de la muerte heroica: la derrota como triunfo moral..	275
4.4. Yo es Otro.....	281
4.4.1. La culpa.....	281
4.4.2. Los desvelos	282
4.5. La farsa, un exorcismo.....	285
4.5.1. Guerrilla S.A.	285
4.5.2. Matar al padre	289
4.5.3. Biografía de Ernesto “Che” Marroné	291
4.5.4. Para una crítica de la autocrítica.....	296

4.6. Seremos (como) el Che	300
4.6.1. Calcomaniacos	300
4.6.2. Por una escritura revolucionaria	304
4.6.3. La dimensión latinoamericana.....	309
4.6.4. Mitomaniacos.....	313
4.6.5. Patria o muerte	314
4.6.6. Traición, deserción y muerte	316
4.7. Yo fue otro	318
4.7.1. Carta al hijo	320
4.7.2. Romance amoroso-revolucionario.....	323
4.7.3. Ernesto Marroné, rastros de lectura	326
4.7.4. El fluir inconsciente	331
4.8. El golpe	333
4.8.1. Qué hacer	333
4.8.2. Alguien que anda por ahí	335
4.9. Volver al futuro.....	337
4.9.1. La secta de la mano en la lata	338
4.9.2. Un destino sudamericano.....	339
4.10. Perder el juicio	341
4.11. Cadena de carnicerías.....	345
4.12. La pesada herencia	349

4.13. Conclusiones parciales.....	358
4.13.1. Escrituras de la política.....	358
4.13.2. Políticas de la escritura	363
CAPÍTULO 5: Identidad individual, pasado y origen	365
5.1. Algo huele mal en Malihuel: <i>El secreto y las voces</i>	365
5.1.1. En un lugar de la pampa, cuyo nombre no quiero acordarme	366
5.1.2. ¡Todos a una!	369
5.2. <i>Sottovoce</i> : El caso Ezcurra	371
5.2.1. Móviles de un crimen	372
5.2.2. Ronda de hipótesis.....	375
5.2.3. Referéndum	378
5.3. SOCIEDAD CIVIL: radiografía de la pampa.....	380
5.3.1. Don Eugenio Casarico.....	380
5.3.2. Don León Benoit	382
5.3.3. Mauro Mendonça	382
5.3.4. Don Honorio Moneta	384
5.3.5. Dr. Albino Alexander.....	385
5.3.6. Florencio Brancaloni	386
5.3.7. El profesor Gagliardi	387
5.3.8. Eufemio	388

5.3.9. Licho.....	389
5.3.10. Don Casiano Molina	390
5.3.11. El argumento anónimo.....	390
5.3.12. Don Porfirio Dupuy	391
5.3.13. Eduardo Rufus.....	391
5.3.14. Clara Benoit.....	392
5.3.15. Ortega.....	392
5.3.16. Tararira	393
5.3.17. Ontivero.....	393
5.3.18. Berraja.....	394
5.3.19. Don Augusto Noel	395
5.3.20. Leticia.....	396
5.3.21. Ña Agripina	396
5.4. <i>Vox populi</i> : nadie es inocente.....	398
5.4.1. Sayago, una voz clave.....	398
5.4.2. La nube de voces.....	399
5.4.3. Una caja de champán.....	400
5.4.4. Ultimátum (Neri)	401
5.5. FUERZAS ARMADAS: la sangre derramada.....	404
5.5.1. Secuestro.....	404
5.5.2. Correvidile.....	406

5.5.3. “Treintamil monos ahí gritando”	407
5.5.4. El gran ausente.....	408
5.5.5. Desaparición.....	409
5.5.6. Fuga	410
5.5.7. Matadero	411
5.5.8. Fosa.....	413
5.5.9. Traslado.....	414
5.6. IGLESIA: Cristo vence	419
5.6.1. El sermón	419
5.6.2. El mosaico	420
5.7. Madre de la Plaza.....	422
5.7.1. El auxilio de Clota.....	422
5.7.2. La indiferencia de la abuela Emily.....	423
5.7.3. La negativa de la jueza	424
5.7.4. Neri se delata.....	424
5.7.5. “Viejas locas”	426
5.7.6. La laguna.....	427
5.7.7. Carnavales.....	428
5.7.8. “Algo habrán hecho”.....	429
5.7.9. Ultimátum (Greco).....	430
5.8. Memoria	431

5.9. Verdad.....	432
5.9.1. Verdades pintadas de rojo carmesí	432
5.9.2. Verdades azules, violáceas, negras	437
5.10. Justicia.....	443
5.10.1. Los documentos como resto metafórico	443
5.10.2. Los documentos como resto metonímico.....	446
5.10.3. Lo que nunca fue	447
5.11. Conclusiones parciales.....	450
CAPÍTULO 6: Identidades nacional e individual, futuro y destino	455
6.1. La identidad, una dialéctica: <i>Las Islas</i>	455
6.2. Desmalvinización: la literatura como testigo absoluto.....	458
6.3. Los espejos y la cópula.....	465
6.3.1. El insectario.....	465
6.3.2. El panóptico	468
6.3.3. Felipe Félix.....	469
6.3.4. Fausto Tamerlán.....	470
6.3.5. El encubrimiento	474
6.3.6. La víctima	475
6.3.7. La doma gaucha.....	477
6.3.8. El superhombre	480
6.3.9. Afuera.....	482

6.4. Ni vencedores ni vencidos	485
6.4.1. Derrota y obsesión	485
6.4.2. Paranoia nacionalista castrense	492
6.4.3. Fueron, son, serán (veteranos)	496
6.5. Misión imposible.....	506
6.5.1. El juego de la guerra	506
6.5.2. Inteligencia de Estado (argentino).....	513
6.6. Los testigos.....	520
6.6.1. El 26.....	521
6.6.2. Los veinticinco	524
6.6.3. Gloria, Malvina y Soledad.....	525
6.7. Otra guerra sucia.....	534
6.7.1. Torturas.....	535
6.7.2. Resistencia.....	539
6.8. El diario del mayor X	547
6.8.1. El hijo pródigo.....	547
6.8.2. Los locos y el relato del crimen	551
6.8.3. Despejar el enigma.....	554
6.8.4. Memoria, verdad y archivo	557
6.8.5. El patriarcado absoluto	562
6.8.6. Sublimar la derrota.....	563

6.9. Una guerra en lengua inglesa.....	565
6.9.1. Una trama policial.....	565
6.9.2. Un drama isabelino.....	567
6.10. Memoria y supervivencia.....	573
6.10.1 El pelotón fantasma.....	574
6.10.2. Colorín, colorado.....	587
6.11. Conclusiones parciales.....	592
CAPÍTULO 7: Conclusiones.....	596
BIBLIOGRAFÍA.....	601

TABLA DE IMÁGENES

Ángel Della Valle, <i>La vuelta del malón</i> (1892)	93
Roberto Jacoby, <i>Anti-poster</i> (1969)	166
7 de septiembre de 1973, homenaje a Fernando Abal Medina y Gustavo Ramus en el Día del Combatiente Montonero	170
Portada de <i>La causa peronista</i> , Año 1, n°9 (Septiembre de 1974)	175
Portada del n°1 de la publicación <i>Mundo Peronista</i> (Julio de 1951) ...	180
Daniel Santoro, <i>El descamisado gigante ayuda a cruzar el Riachuelo a la mamá de Juanito Laguna</i> (2006)	186
Daniel Santoro, <i>El mundo se convierte</i> (2000)	244
Gráfico anónimo que muestra el perfil de Eva sobre el que se diagramó Ciudad Evita, en la provincia de Buenos Aires (s/d)	255
Ernesto “Che” Guevara leyendo en lo alto de un árbol (Bolivia, 1967)	308

CAPÍTULO 1: Objetivo, hipótesis, metodología y estado de la cuestión

1.1. Objetivo: análisis del trabajo sobre la identidad en la narrativa de Carlos Gamerro: causas, métodos, efectos

1.1.1. El concepto de identidad

La pertenencia y la identidad se construyen, se buscan, se reformulan. También hay otro tipo de nostalgia un tanto fantástica que sería la nostalgia prenatal. Esa me afecta particularmente. Pensar la vida de mis abuelos y mis tatarabuelos, incluso la vida de mis padres cuando tenían una edad inaccesible para mí siempre me produjo una fascinación poderosísima [...] es justamente la parte de la memoria que influencia nuestros actos y estructura nuestra identidad sin que podamos hacer nada para controlarlo. Es la parte sumergida del iceberg de nuestra memoria, la que nunca podrá emerger. Tratar de contarse a sí mismo esa historia es como encontrar los verdaderos orígenes de la memoria personal. Eso tiene que ver con un idea acerca de la primera persona, que para mí empieza —o debería empezar— antes de que tengamos eso que llamamos memoria. Empezaría en los acontecimientos que después nos narran a nosotros.

A. Neuman

La cuestión de la identidad nacional estuvo en disputa a lo largo de la historia de doscientos años de Argentina, y las distintas imágenes hegemónicas que se buscó proyectar hacia fuera e inculcar en los propios ciudadanos fueron las resultantes de las luchas entre grupos sociales con orígenes, características e intereses diversos. La represión durante la última dictadura reconvirtió en muchos casos el conflicto por la identidad nacional en una pregunta insondable por la identidad individual, que muy lentamente ha ido empezando a dar respuestas ya

en el siglo presente,¹ para lo cual también la literatura ha jugado un rol activo.²

Claro que la idea de identidad da lugar a muy diversas aproximaciones. Lévi-Strauss plantea que “el tema de la identidad no se sitúa sólo en una encrucijada, sino en varias. Prácticamente afecta a todas las disciplinas” (1981: 7).

[...] la identidad se reduce menos a postularla o a afirmarla que a rehacerla, a reconstruirla, [...] toda utilización de la noción de identidad comienza por una crítica de dicha noción. [...] la identidad es una especie de fondo virtual al cual nos es indispensable referirnos para explicar cierto número de cosas, pero sin que tenga jamás una existencia real. (Lévi-Strauss, 1981: 368-369)

Como queda entonces establecido, el concepto es complejo, confuso e inestable, por lo cual es necesario deslindar aquellas acepciones que vayan a utilizarse. Vincent Descombes, en un estudio reciente del concepto (2015), historiza sus usos y establece algunas acepciones clave para un acercamiento más certero a la idea, tan múltiple, de identidad. Por una parte, señala la diferencia básica entre *idéntico* - concepto concerniente al campo de la lógica- e *identitario* -ligado a la esfera de las ciencias sociales-, única acepción que para el concepto de identidad tomaré en esta tesis. Descombes asocia estas dos esferas de la idea de identidad a un uso *elemental* (por ejemplo, la identificación

¹ Mencionaré, por caso, el reconocimiento del robo sistemático de menores durante la última dictadura militar como crimen de lesa humanidad, la creación de la Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad (Co.Na.D.I.), la designación del Día Nacional del Derecho a la Identidad y, principalmente, la restitución de la identidad biológica a más de un centenar de niños -hoy adultos- secuestrados a sus familias de origen durante la represión.

² Véase, para un detalle de la presencia de estas temáticas en las narrativas de las generaciones de postdictadura, el fundamental estudio de Elsa Drucaroff, *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes en la postdictadura*. Buenos Aires: Emecé, 2011.

por el nombre propio) y un uso *moral* (la lengua, el oficio, la religión), respectivamente.

Por otra parte, en primer lugar indica que existen dos clases de grupos a los cuales se asocia a una persona en función de otorgarle una identidad, aquellos puramente nocionales o *nominales* (opiniones, compromisos, preferencias estéticas), y los que llama *reales* (nacionalidad, lengua, afiliación genealógica), que son comunidades históricas. En segundo lugar, recoge los tres usos que el psicoanalista Erik Erikson, a propósito de su postulación de la noción de “crisis de identidad”, dio al término: uno remitido al sentimiento consciente de la individualidad singular; otro a la aspiración inconsciente a una coherencia de las experiencias, y un último al sentido de solidaridad con los ideales de un grupo. El sentido del término recorre, por tanto, un arco que abarca desde lo individual hasta lo colectivo y desde la reificación sincrónica hasta la variación y el cúmulo diacrónicos proyectados sobre un mismo sujeto. A partir de los años sesenta, la palabra “identidad” suele designar

[...] una etiqueta social que los otros aplican al individuo en función de su rol o de su posición social, etiqueta que dicho individuo puede transformar en una “identidad” si la retoma para sí, pero cuyo contenido tiene que negociar en una interacción con los demás. (Descombes, 2015: 40-41)

Es interesante cómo aparece aquí planteado el movimiento entre la asignación ajena de cualidades que hacen a la identidad individual y la asunción de éstas por parte del asignado. El problema pasa, entonces,

por conciliar la autoidentificación con la interacción y dependencia social.

La inestabilidad de las identidades exige pensar en la naturaleza plural de esta idea. Tomaré para ello dos relatos de Borges, “Borges y yo” (en *El hacedor*, 1960), y “El otro” (en *El libro de arena*, 1975). En el primero, se hace referencia a la pluralidad contemporánea que presentan las múltiples facetas que hacen a una identidad, en este caso representada por el sujeto público (“Borges”, el escritor) y el privado (“yo”, quien narra). El primero aparece referido por el nombre propio, aquel que remite a un uso *elemental*, según Descombres, cuyas distancia y enajenación aparecen reforzadas mediante la tercera persona; el segundo está ligado al íntimo pronombre personal, y ambos constituyen el título del relato.

Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas. Yo camino por Buenos Aires y me demoro, acaso ya mecánicamente, para mirar el arco de un zaguán y la puerta cancel; de Borges tengo noticias por el correo y veo su nombre en una terna de profesores o en un diccionario biográfico. (Borges, 1989: 186)

En “El otro” se produce un encuentro entre Borges joven y Borges anciano, artificio que abre juego a la exploración del cambio y la permanencia simultáneos en la cuestión de la identidad, idea muy tempranamente propuesta por Heráclito.³ Este relato de Borges la expone así:

Serían las diez de la mañana. Yo estaba recostado en un banco, frente al río Charles. A unos quinientos metros a mi derecha había un alto

³ Tema recreado, también, en “Veinticinco de agosto, 1983” (*La memoria de Shakespeare*, 1983), aunque en este caso mediante el artificio del sueño.

edificio, cuyo nombre no supe nunca. El agua gris acarrea largos trozos de hielo. Inevitablemente, el río hizo que yo pensara en el tiempo. La milenaria imagen de Heráclito. (Borges, 1996b: 11)

Esta concepción de la identidad como *continuum* da la pauta tanto de la variación como de la acumulación ejercidas sincrónicamente por el tiempo sobre un sujeto (individuo o elemento). El título del relato refuerza una idea de desidentificación (en el sentido, quizás, más duro que propone la lógica, esto es, más idéntico que identitario, con el acento puesto en la variación antes que en la acumulación), y en el cuerpo del texto puede leerse, una vez, esta idea expresada de modo explícito: “*El hombre de ayer no es el hombre de hoy* sentenció algún griego. Nosotros dos, en este banco de Ginebra o de Cambridge, somos tal vez la prueba” (Borges, 1996b: 14).⁴ El mismo individuo humano perdura pero no así el mismo *yo* en tanto sujeto de una vida consciente.

La difícil pregunta por la propia identidad, que no se produce necesariamente en todo individuo, no responde a una falta de información –a excepción de aquellas personas que desconocen su origen biológico, tema sobre el que volveré– sino a la incomodidad frente a la asunción de determinadas cualidades socialmente asignadas, que no responden a atributos de uso elemental sino moral. Es a esto, pues, a lo que Erikson ha denominado “crisis de identidad”, y aquí me interesa detenerme, ya que es una figura con la que abordaré las novelas que me ocupan.

⁴ Subrayado en el original.

A decir verdad, si hay algo que parece escapar necesariamente a la libre decisión del individuo, es justamente su identidad. O por lo menos su identidad en sentido literal, la identidad que consiste en el hecho de ser tal o cual individuo humano, haber nacido tal o cual día de tales o cuales padres, con tal o cual anatomía, etc. Nada de todo esto ha dependido nunca de una elección que haya tenido que hacer el individuo. [...] ¿cuál es entonces esa decisión que tiene que tomar, que le concierne personalmente y que lo hace tan radicalmente que puede pasar con toda legitimidad por la cuestión de *quién es él*, la cuestión de su *identidad*? [...] Esta decisión que un sujeto tiene que tomar y de la que depende su satisfacción subjetiva (en sentido hegeliano) es la de la *elección radical* en el sentido “existencial”, la decisión que pone en juego el conjunto de la existencia del sujeto. [...] la crisis de identidad es ante todo una *crisis de indecisión*. (Descombres, 2015: 125-126)⁵

1.1.2. Identidad individual, identidad grupal, identidad nacional

*El peso de las generaciones muertas oprime
como una pesadilla el cerebro de los vivos.*

K. Marx

Felipe Félix, protagonista de *Las Islas* y de *El secreto y las voces*, a falta de un cuerpo descubre el nombre del padre en la legendaria localidad de Malihuel, pueblo que funciona como sinécdoque de toda la Argentina. En esa pesquisa vuelve a trazar el cuadro de los “tipos” argentinos, un siglo y medio después del *Facundo*. Allí encuentra entonces la traza de su identidad personal y el haz de identidades grupales que constituyen la identidad nacional;⁶ tres esferas de la

⁵ Subrayado en el original.

⁶ Para la idea de *nación*, sigo a Anderson (1993: 23-25): “[...] propongo la definición siguiente de la nación: una comunidad política imaginada como inherentemente limitada y soberana. Es *imaginada* porque aun los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus compatriotas, no los verán ni oirán siquiera hablar de ellos, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión. [...] La nación se imagina *limitada* porque incluso la mayor de ellas, que alberga tal vez a mil millones de seres humanos vivos, tiene fronteras finitas, aunque elásticas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones. [...] Se imagina *soberana* porque el concepto nació en una época en que la Ilustración y la Revolución estaban

identidad que no son independientes sino que se interpenetran y remiten unas a otras; estas son la identidad individual, la identidad grupal y la identidad social, cultural o nacional. La identidad individual

[...] tiene una significación de orden psicológico, refiriéndose a la percepción que cada individuo tiene de sí mismo, es decir, la percepción de su propia conciencia de existir en tanto que persona en relación con otros individuos con los que se agrupa (familia, asociación, nación, etc.). *La identidad grupal* se define como la organización coherente, la síntesis de una totalidad comprensiva de los elementos integrados a partir de ciertas categorías (medio vital, historia, demografía, actividad, organización social, mentalidad, etc.) [...] *La identidad social o cultural* respondería al conjunto de criterios que permiten una definición del individuo o del grupo que hacen posible situarlo en su sociedad [...] Esta identidad recogería el patrimonio global del individuo y de los grupos sociales a los que pertenece, un patrimonio cultural que integraría las normas de conducta, los valores, las costumbres y la lengua que unen o diversifican a los grupos humanos. (García Martínez 2006/2007: 209-210)⁷

Como ha sido señalado ya desde diversas disciplinas -especialmente en el ámbito de las ciencias sociales-, las identidades colectivas que responden a los conceptos de identidad social, cultural o nacional son, por una parte, el intento vano de otorgar permanencia a entidades históricas (“La patria, amigos, es un acto perpetuo/ Como el perpetuo mundo”, dicen en este sentido los versos de la “Oda escrita en 1966”, de Borges, 1989: 316); por otra parte, se trata de artificios, cuya construcción puede incluso ser historizada.

destruyendo la legitimidad del reino dinástico-jerárquico, divinamente ordenado. [...] Por último, se imagina como *comunidad* porque, independientemente de la desigualdad y la explotación que en efecto puedan prevalecer en cada caso, la nación se concibe siempre como un compañerismo profundo, horizontal. En última instancia, es esta fraternidad la que ha permitido, durante los últimos dos siglos, que tantos millones de personas maten y, sobre todo, estén dispuestas a morir por imaginaciones tan limitadas”.

⁷ Subrayado en el original.

En términos lacanianos, la identificación con una identidad nacional -cuya expresión extrema puede desembocar en el fanatismo nacionalista y la xenofobia- correspondería, por tanto, al orden de lo imaginario. En el ámbito de la literatura, de la ficción, de la creación semántica de mundos, sabemos cuánto pueden operar dichas construcciones sobre la realidad no semiótica. Del mismo modo, la realidad no semiótica puede ser indagada mediante el artificio literario.

Así lo ha hecho Carlos Gamerro en el ciclo de novelas que publicó entre los años 1998 y 2011. Son cinco: *Las Islas*, de 1998, *El sueño del señor juez*, de 2000, *El secreto y las voces*, de 2002, *La aventura de los bustos de Eva*, de 2006, y *Un yuppie en la columna del Che Guevara*, de 2011. La presente tesis propone una lectura de corpus a propósito del trabajo sobre la identidad desde las tres concepciones planteadas: aunque presentes las tres en todas sus novelas, en *Las Islas*, el énfasis está puesto en las identidades nacional e individual; en *El sueño del señor juez*, en la identidad nacional; en *El secreto y las voces*, en la identidad individual; en *La aventura de los bustos de Eva* y en *Un yuppie en la columna del Che Guevara*, en la identidad grupal.⁸

1.1.3. Ser o no ser uno mismo⁹

⁸ En 2016 Carlos Gamerro publicó una sexta novela, *Cardenio*, completamente desligada de las cinco primeras (que comparten ámbitos, personajes, elementos, lógicas), por lo que queda fuera de la lectura de corpus que esta tesis se propone.

⁹ /una misma/unx mismx: en este trabajo, me atengo a las reglas de la gramática vigentes pero no sin conciencia de que también presentifican/ausentifican identidades, de género en este caso, por lo que en algunos contextos se hizo necesario apelar a nuevas grafías. Es una forma de la *ostranenie* -como puede serlo para el tránsito un corte de calle- en la producción de textos no ficcionales.

La pregunta de Hamlet condensa, para Erikson, el nudo que se produce ante la crisis de identidad que puede dispararse en el ingreso en la vida adulta, aunque aporta una formulación que se completa en la confrontación individual, en el “uno mismo”: *To be or not to be... himself*. Los valores heredados, el posicionamiento ante el mundo que es un legado y un mandato paterno, o familiar, o social, no siempre son armónicos en lo que cada una de estas instancias (padres, familia, sociedad) esperan de uno mismo, y aun en lo que la búsqueda individual propulsa y reconoce como deseo propio, necesaria individuación y/o constitución de la personalidad. No puede elegirse no haber nacido o poseer otro cuerpo, pero sí puede elegirse *ser o no ser*. Puede elegirse asumir determinados aspectos de la identidad heredada. La crisis de identidad se presenta, entonces, ante la diferencia entre la identidad subjetiva, que se reconoce como propia, y la identidad objetiva, que la sociedad atribuye. Esta crisis entre los lazos sociales y el agotador e intenso trabajo sobre uno mismo fragiliza a la vez que hace del individuo un ser más complejo. La lectura de corpus que esta tesis propone es un recorrido por diversas instancias del proceso de individuación de unos personajes anclados socialmente, que irán recorriendo un camino que ponga en cuestión muchos de los valores heredados. En este recorrido nos reconocemos quienes estamos atravesados por similares coordenadas, y cada lector en las suyas propias, en igual procedimiento. Es un camino valiente, difícil,

incómodo y muy rico en reflexiones que abren el vértice de lo individual para permitir al lector replantearse los formatos heredados, el porqué de una búsqueda, la defensa de la felicidad y aun de la vida.

Cuando mis novelas ya fueron varias, y mi afición a tratar en ellas el pasado reciente una rutina, un lector se acercó a preguntarme: “¿Y? ¿Para cuándo la novela del corralito?”. Me hice la pregunta a mí mismo. La época sin duda me había marcado, como a la mayoría de nosotros. Viví cada una de las angustias de ese tiempo, mis padres perdieron sus ahorros, yo perdí mi casa. Y, sin embargo, es algo que no caló con la profundidad necesaria: me lastimó la piel, me magulló los músculos, pero no se revolvía en mis tripas, ni se me alojaba en la médula de los huesos. *La escritura necesita de raíces más profundas. Se nutre sobre todo de lo que no logramos percibir o entender en su momento; por eso éstas se hunden tantas veces en la adolescencia, la infancia temprana, e incluso la época anterior a nuestro nacimiento; luego, esas vivencias que nos convierten en otro, que nos cambian para siempre. Este fue mi tercer descubrimiento: hay experiencias que nos afectan, y experiencias que son la materia misma de la que estamos hechos. Estas últimas son el más poderoso motor de la escritura.* [...] Suele decirse que para entender un período histórico, sobre todo si es traumático, se necesita dejar pasar el tiempo, a veces una o dos generaciones (o tres o cuatro, subirán la apuesta los interesados en que nunca suceda). Pero el tiempo no pasa solo, hay que hacerlo pasar: no es tiempo de espera sino de trabajo incesante. *La distancia no se crea con silencio sino a fuerza de escritura.* Si se dejan pasar treinta años a la espera de ese momento adecuado, estaremos, treinta años después, todavía al comienzo. *Cada escritor se apoya en lo que han hecho los anteriores; porque lo han hecho, puede pasarse a una segunda etapa, o a una tercera.* En este proceso inciden todas las prácticas de la sociedad, no sólo la literatura. No importa cuánto tiempo ha pasado, lo que importa es lo que ha pasado en ese tiempo.[...] contra la visión necesariamente maniquea del discurso de los derechos humanos, que opone la necesidad de la memoria al discurso del olvido interesado, *la construcción de una memoria en los discursos de ficción parte de la comprobación de que el olvido, lejos de ser el opuesto de la memoria, es su componente creativo; que la memoria no es igual al registro del pasado sino una versión de éste, siempre cambiante, urdida en función de las necesidades del presente, la más acuciante de las cuales es la de la construcción de la identidad.* (Gamerro, 2010: s.p.)¹⁰

En la cita anterior, de sorprendente coincidencia con las palabras de Neuman que recoge el epígrafe a este apartado, Gamerro despliega una serie de nudos centrales en relación con la lectura de corpus que esta

¹⁰ Subrayado mío.

tesis propone. En primer lugar, revela que esta apuesta contundente que constituyen sus novelas no quiso ser sistemática, aunque volvió una y otra vez, de manera casi obsesiva, a preguntarse cómo preservarse uno mismo en el conjunto de lo social. Emergió en un período crítico, caótico, como pocas veces antes había conocido Argentina, los veinte años democráticos que recogen el gran duelo colectivo por la masacre bajo dictadura, de viraje entre un fortísimo proyecto neoliberal a otro de fuerte presencia estatal: 1992 a 2011.¹¹ El efecto de lectura que provoca su producción novelística es transformador de las propias certezas.

En segundo lugar, Gamarro habla de la historia personal temprana y aun de la pre-historia como fondo inconsciente que opera a la hora de la búsqueda creativa, y de la escritura como posibilidad de indagación y experimentación en zonas de la realidad que permanecen en sombras, inquietantes e inexplicables. El motor para la escritura, dice, respondería precisamente a esa necesidad de recorrer por medio de la creación de ficciones las vivencias que han ido configurando una identidad, “que son la materia misma de la que estamos hechos”. En la obra de Gamarro, como veremos, ese plural en primera persona no es sólo una forma de la impersonalidad, sino una pregunta que recoge todo lo que atañe a la identidad colectiva, grupal, social, cultural, nacional antes mencionada, y que compone un todo con la identidad más individual e íntima. Esos primeros pasos sobre un pasado

¹¹ En 1992 comienza a escribir *Las Islas*.

inmediato abren un camino y se asientan a su vez en la trayectoria trazada por los precedentes. Esta situación en la filiación, especialmente fuerte en el caso argentino, es señalada por el autor como una premisa de la escritura. En efecto, la reflexión final, que atañe a la operatoria del olvido en la construcción de la memoria, remite a las reflexiones de Borges al respecto. En los versos de “Un lector” (*Elogio de la sombra*, 1969), escribió: “haber sabido y haber olvidado el latín/ es una posesión, porque el olvido/ es una de las formas de la memoria, su vago sótano,/ la cara secreta de la moneda” (Borges, 1989: 394). En “El tiempo”, una de las conferencias recogidas en *Borges, oral* (1979), dijo: “La memoria es individual. Nosotros estamos hechos, en buena parte, de nuestra memoria. Esa memoria está hecha, en buena parte, de olvido” (Borges, 1996c: 199). Esa conferencia se cierra, precisamente, en la unión de dos conceptos centrales en su obra: memoria e identidad. Borges explica su idea de identidad mediante su concepción de la memoria:

[...] somos algo cambiante y algo permanente. Somos algo esencialmente misterioso. ¿Qué sería cada uno de nosotros sin su memoria? Es una memoria que en buena parte está hecha del ruido pero que es esencial. No es necesario que yo recuerde, por ejemplo, para ser quien soy, que he vivido en Palermo, en Adrogué, en Ginebra, en España. Al mismo tiempo, yo tengo que sentir que no soy el que fui en esos lugares, que soy otro. Ése es el problema que nunca podremos resolver: el problema de la identidad cambiante. Y quizá la misma palabra cambio sea suficiente. Porque si hablamos del cambio de algo, no decimos que algo sea reemplazado por otra cosa. Decimos: “La planta crece”. No queremos decir con esto que una planta chica debe ser reemplazada por una más grande. Queremos decir que esa planta se convierte en otra cosa. Es decir, la idea de la permanencia en lo fugaz. [...] Por eso el problema del tiempo nos toca más que los otros problemas metafísicos. Porque los otros son abstractos. El del tiempo es nuestro problema. ¿Quién soy yo? ¿Quién es cada uno de nosotros? ¿Quiénes somos? Quizá lo sepamos alguna vez. Quizá no. Pero mientras tanto, como dijo San Agustín, mi alma arde porque quiero saberlo. (Borges, 1996c: 205)

De este ardor, de la pregunta que lo corroe, está hecha en buena medida la narrativa de Carlos Gamerro. ¿Y qué materialidad subyace a esa pregunta? La memoria heredada, en un principio; la memoria propia, a medida que la vida avanza; el imaginario que sostiene esa identidad fluyente. Pero cuando la memoria es una pesada herencia, ¿debe ser honrada y conservada? ¿O puede construirse la memoria? La respuesta parece estar, también, en la escritura de ficción.

Por ello, en tercer lugar Gamerro analiza no ya el motor inconsciente de la escritura sino un imperativo propio, de fuerte marca generacional: qué hacer con la historia reciente que lastima, que pesa. Cómo avanzar, desde la juventud, conjurando su repetición. Dice entonces algo fundamental para esta tesis, que también se encarga de los tiempos recientes, ya no históricos sino literarios: *la distancia se crea también con la escritura*. Poder poner en palabras unos hechos es hacerlos conscientes, explorarlos, comenzar a superarlos, a dejarlos atrás. La literatura, para el autor, funciona como las dos caras de una moneda, donde el lugar que otorga a la escritura tiene su coherente reverso en el lugar que otorga a la lectura: “Yo cada vez que quiero entender un país, empiezo a leer las novelas de ese país” (Varela Pagliaro, 2016: s.p.).

La literatura argentina nace en función política y en el más inmediato presente de su producción, tanto si ubicamos ese nacimiento en los cielitos patrióticos de 1810, en *Facundo*, o en el póstumo *El matadero*. No en vano Gamerro coloca a Manuel Puig, Rodolfo Walsh y

Enrique Fogwill en la tradición de los grandes textos políticos de Argentina, precisamente porque sus obras trabajan sobre el presente más inmediato. Son tres autores en cuya línea de filiación se ubica –y cuya obra aborda, además, desde la crítica. En la entrevista que Silvia Saïtta le realiza en 2004, recogida en *Lo que sobra y lo que falta en los últimos veinte años de literatura argentina*, Gamerro afirma:

Faltan padres. En la Argentina, mi generación tiene la particularidad de ser más huérfana que parricida. Los escritores con los que nos podríamos haber peleado fueron asesinados por los militares, o murieron jóvenes –Walsh, Conti, Di Benedetto, Puig, Copi, Osvaldo Lamborghini, Perlongher– a lo que se sumó el retraso temporal de no haber podido *empezar* a leer a la mayoría de ellos hasta 1983. Los únicos de peso que nos han quedado son Saer y Piglia. Saer está en su punto justo: ni sobra ni falta. Y es bueno tener un padre vivo. Piglia, en cambio, es tío de todos pero padre de nadie. (Saïtta et al., 2004: 65)¹²

La escritura, entonces, la historia literaria del país, cargó también con ese duelo. No obstante, es curioso que sean mencionados aquí Walsh y Puig pero no así Fogwill, quien sin embargo pareciera emerger tras una fecha clave (y un suceso clave), que simboliza la transición: 1983 (y Malvinas). En efecto, ese es el año en que puede finalmente publicarse *Los Pychi-cyegos. Visiones de una batalla subterránea*¹³ (además de su libro de cuentos *Ejércitos imaginarios*), escrita en el más inmediato presente de la guerra de Malvinas, en pleno fragor de la batalla; la anécdota es famosa:

La novela *Los Pichiciegos* fue escrita en el curso de tres días y nunca me dio motivos para cambiar alguna de sus frases. Estábamos en guerra con la mayor potencia de la Comunidad Europea, eran las seis de la tarde, volvía de una reunión con dos oficiales del estado mayor que eran mis

¹² Subrayado en el original.

¹³ Republicada luego bajo el nombre *Los pichiciegos*.

patrones en una agencia de publicidad y mi madre me esperaba orgullosa para anunciarme: -¡Hundimos un barco...! Entonces volví a mi estudio, escribí la frase “mamá hoy hundió un barco” y doce horas después había completado la mitad del relato: cien mil caracteres. (Fogwill, 2010: 30)

Sobre esa guerra volvería Carlos Gamerro diez años más tarde en su primera novela, *Las Islas* –comienza a escribirla en 1992-; ese fue su comienzo (Said, 1997; Premat, 2012 y 2016). No quiero dejar de señalar la propia contradicción entre consciencia e inconsciencia que opera en la anécdota de Fogwill, porque de eso se trata también el trabajo sobre la identidad que propone Gamerro ya en *Las Islas*: el “Estábamos en guerra”, donde la asunción de una identidad nacional opera naturalizada en esa primera persona del plural, es puesta inmediatamente en entredicho al referir de manera farsesca las palabras de la madre, que pasan de la primera persona (nacionalista) del plural a esa irónica tercera persona del singular, que signa el corte. El hijo, conscientemente opuesto a ese gobierno y a esa guerra, se desmarca de esa asunción identitaria, a la que siente ajena, a la vez que subraya ese inconsciente en la madre, embanderada. En esa sencilla anécdota brilla la diferencia de aristas entre una identidad nacional que se asume inconscientemente, y aquella que no: la que duele, la que hiere, representada en los crímenes de la dictadura, habilita ese pasaje.

Por último, Gamerro otorga a la construcción de la identidad (no explicita cuál: si la propia, la nacional, la grupal) un papel central en las necesidades del presente. Esa construcción de la identidad será explorada en esta tesis, tomando los elementos que en cada una de sus novelas son asumidos, repudiados, puestos en cuestión, debatidos,

burlados, resignados. Esa serie de representaciones, que hacen pie en los nodos más significativos de la historia nacional, son las claves para leer no ya a un autor que será canónico en la literatura argentina sino toda la cifra de una época del país: neoliberalismo y postdictadura.

1.1.4. Cuando *matar al padre* es renunciar a su venganza

La identidad es dialéctica.
R. Menna Lanzillotto¹⁴

En el “Estudio preliminar” a su traducción de *Hamlet, príncipe de Dinamarca* (2015), Carlos Gamerro expone una lectura universal y otra nacional (anclada en un contexto histórico de lectura e interpretación) para el drama shakespeariano. También lo habían sugerido previamente, cada uno a su modo, otros fundamentales estudiosos de la obra de Shakespeare. Así, Bertolt Brecht:

[...] *the theatre has to speak up decisively for the interests of its own time.* Let us take as an example of such exposition the old play *Hamlet*. Given the dark and bloody period in which I am writing — the criminal ruling classes, the widespread doubt in the power of reason, continually being misused — I think that I can read the story thus: It is an age of warriors. [...] These events show the young man, already somewhat stout, making the most ineffective use of the new approach to Reason which he has picked up at the university of Wittenberg. In the feudal business to which he returns it simply hampers him. Faced with irrational practices, his reason is utterly unpractical. He falls a tragic victim to the discrepancy between such reasoning and such action. This way of reading the play, which can be read in more than one way, might in my view interest our audience. (Brecht, 1948: 14-15)¹⁵

¹⁴ En conferencia de prensa por la aparición de su hermano, nieto recuperado n° 121, Casa de Abuelas de Plaza de Mayo, 3 de octubre de 2016.

¹⁵ “[...] *el teatro tiene que interpelar decididamente los intereses de su tiempo.* Tomemos como ejemplo el clásico *Hamlet*. En este periodo oscuro y sangriento en el que estoy

Y Jan Kott:

[...] I am not sorry for all the other Hamlets: for the moralist, unable to draw a clear-cut line between good and evil; for the intellectual, unable to find a sufficient reason for action; for the philosopher, to whom the world's existence is a matter of doubt. [...] the *Hamlet* I saw in Cracow was modern not only because the problems of the play have been brought up to date. It was modern in its psychological and dramatic qualities. Action developed under great stress, similar to that experienced by us in real life. This production, deprived of the great soliloquies and of narrative quality, was marked by a violence typical of modern conflicts. Political, erotic and career motives intermingle, reactions are brutal, solutions are quickly effected. In this *Hamlet* there were even the 'black outs' of modern political cabaret, and great ironic humour. (Kott: 1967: 50-52)¹⁶

O Harold Bloom:

No hay un "verdadero" Hamlet como no hay un "verdadero" Shakespeare: el personaje, como el escritor, es un charco de reflejos, un vasto espejo en el que tenemos que vernos a nosotros mismos. (Bloom, 2008: 500)

En relación con una lectura universal, dice Gamero:

escribiendo –de una clase dominante criminal, con el poder de la razón puesto en entredicho, siempre mal enfocado- creo que puedo leer la historia de este modo: Es época de guerreros. [...] Los hechos muestran a un hombre joven, bastante preparado ya, haciendo un uso absolutamente inútil del nuevo modo de entender la Razón, aprendido en la universidad de Wittenberg. Al regresar a un ámbito feudal, se encuentra sencillamente bloqueado. Su razonamiento es totalmente contraproducente para hacer frente a actos irracionales. Se convierte en la víctima trágica de la discrepancia entre el razonamiento y la acción. Este modo de interpretar la obra, que puede ser comprendida de más de una manera, podría, en mi opinión, interesar a nuestra audiencia" (Brecht, 1948: 14-15; subrayado y traducción míos).

¹⁶ “[...] No lamento [la falta de protagonismo de] todos los otros Hamlets: el moralista, incapaz de dibujar una línea divisoria clara entre el bien y el mal; el intelectual, incapaz de encontrar una razón suficiente para la acción; el filósofo, que duda acerca de la existencia del mundo. [...] el *Hamlet* que vi en Cracovia era moderno no sólo porque los planteos de la obra fueron puestos al día. Era moderno en sus características psicológicas y dramáticas. Hechos transcurridos bajo enorme presión, similares a aquellos vividos por nosotros en la vida real. Esta puesta, en lugar de grandes soliloquios y calidad narrativa, estaba marcada por la típica violencia de los conflictos modernos. Móviles políticos, eróticos y de carrera entremezclados, reacciones brutales, resoluciones tomadas repentinamente. En este *Hamlet* había incluso ‘apagones’ como en los cabarets políticos modernos, y mucho humor e ironía” (Kott, 1967: 50-52; traducción mía).

Hamlet se va sin entender del todo, pero entendiendo una cosa fundamental: no es necesario entenderlo todo para vivir y para actuar [...]. La tragedia de Hamlet es así la tragedia de la autoconciencia del occidental, anticipada por el príncipe y su poeta; desplegada luego por Marx y Freud entre otros, en figuras como la de la falsa conciencia, la represión y el desplazamiento. Si Hamlet, el personaje con la conciencia más desarrollada de toda la literatura, no puede ver claro en su interior, ¿qué esperanza nos queda al resto? *Hamlet* puede ser considerada la respuesta de Shakespeare al mandato griego, inscripto en el pronaos del templo de Apolo en Delfos, “conócete a ti mismo”: qué lindo sería, si fuera posible. (Gamerro, 2015b: 59-60)

Dos inconscientes, el ideológico (Rodríguez, 1990) y el libidinal (Freud, 1979a), vienen a impedir que se cumpla el mandato de Delfos. En la Argentina contemporánea, sin embargo, el mandato por la venganza del padre que subvierte el deseo inconsciente y reprimido que propone el freudismo, ha tenido un correlato fatal, desencadenado precisamente por la lucha política, fantasmático también -como puede ser leída la aparición del espectro, en la pieza de Shakespeare- por lo que el desconocimiento de las formas de esas muertes y la desaparición de los cuerpos supuso. Dice Gamerro, en relación con una lectura nacional de la obra:

La noción shawiana-brechtiana de un Hamlet semicivilizado que regresa a la tierra de sus padres y ya no sabe cómo desenvolverse en ese mundo de códigos semibárbaros resulta compatible con una cultura –la argentina, y la latinoamericana en buena medida- que ha sido formateada con las ideas de Sarmiento: Hamlet, según ella, sería una especie de Echeverría recién llegado de la Europa romántica a la corte de Rosas, y perdido en ella (comparten otro rasgo: su dudoso gusto poético). Pero sin duda donde mejor se hace carne la letra de *Hamlet*, en nuestra historia, es en relación a la última dictadura, sobre todo en los hijos de militantes asesinados o desaparecidos, sobre los cuales pesa el mandato explícito o tácito de vengar a padres fantasmales, de publicar crímenes ocultos, de tomar las armas contra un mar de problemas. En otras épocas y latitudes, la pregunta, “¿Por qué duda Hamlet, por qué no ejecuta su venganza sin tantas vueltas?” puede considerarse en términos del texto de *Hamlet* exclusivamente; en las nuestras, esta pregunta es precedida por otra, necesariamente: ¿Por qué, si hubo en nuestro país treinta mil desaparecidos, y un número nada desdeñable de asesinatos con cadáveres a la vista, y durante casi dos décadas se hizo esperar la

justicia, al punto que pareció que nunca llegaría, por qué no hubo un solo acto de venganza personal contra los responsables directos o indirectos, que a diferencia del rey Claudio publicaron, y sin arrepentimiento alguno, sus crímenes? (Gamerro, 2015b: 60-61)

Muchos jóvenes, algunos de ellos escritores que así lo han trabajado en su obra,¹⁷ comenzaron a preguntarse, a medida que se acercaban a la conciencia política, cómo buscar justicia por esos asesinatos, una de cuyas resultantes fue la creación de la Agrupación H.I.J.O.S. por parte de un grupo de jóvenes y adolescentes a mediados de los años noventa, en plena década impune.¹⁸ Esta agrupación ideó metodologías como el “escrache”, que bien nos recuerda a varios pasajes de la tragedia de Shakespeare, en los que el príncipe decide poner en evidencia aquello que estaba destinado a permanecer oculto –la más recordada es la del “teatro dentro del teatro”, acto III escena II- y que de este modo manifiesta, por tanto, su carácter siniestro (Freud, 1919).

El conflicto, no obstante, no se cifra sólo en la búsqueda de justicia. Hay otro que atañe a la propia persona, y que tiene que ver con la difícil superación generacional cuando no se puede matar simbólicamente a los padres, porque han sido asesinados -y, como subraya Drucaroff (2011: 34-38), congelados en una mítica imagen heroica. ¿Cómo se llega a ser uno mismo, cómo se renuncia al mandato de un padre por quien debe buscarse justicia? Para Hamlet, el mandato es claro: venganza. En Argentina, se trató de recoger los jirones de una

¹⁷ Me remito, nuevamente, a Drucaroff, 2011, op. cit.

¹⁸ H.I.J.O.S.: Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio, se conformó en el año 1994. Justicia e identidad son las dos búsquedas que integran la sigla, precisamente. Una de sus fundadoras, Raquel Robles, es –como muchos otros hijos de desaparecidos- una reconocida escritora de postdictadura.

lucha derrotada e insepulta, reconstruir la memoria desde los retazos, los fragmentos, las ausencias y el vacío, y recién entonces decidir qué hacer con ese legado, a qué distancia del propio deseo quedaba situado, qué rasgos de identificación y cuáles de diferencia postulaban en la construcción del propio camino. Así lo escribió Nicolás Prividera, en un poema sin título recogido en *si Hamlet duda, le daremos muerte: antología de poesía salvaje*, que condensa buena parte de la problemática que Gamerro desplegará en su narrativa:

[...]/ No hay que contar el fracaso/ de la Historia, sino la historia/ de ese Fracaso: Dicen/ que hay que matar a los padres/ pero si otros/ lo hacen por nosotros/ (aboliendo la metáfora y dejándonos/ desnudos, recién nacidos y ya/ literales) sólo queda/ la eterna errancia. El fuego aquel/ de Prometeo se ha extinguido,/ pero el buitre aún sigue/ picoteándole las entrañas: la Historia/ continuará incluso después de la muerte. ¿Pero cómo/ poder ser, otra/ vez, algo más que el pálido fuego/ fatuo que nos consume? Ni la negación/ ni la identificación: caminos sin retorno ¿Cómo/ encontrar/ entonces la hendidura/ de esa subjetividad doliente? Es claro/ que sólo devolviéndole a la experiencia (histórica) su/ sentido/ (político) podemos salir/ de esa encrucijada. Hablo/ a mi generación: los que perdieron/ a sus padres, junto con sus certezas. (modernos:/ aquellos que perdimos/ el Sujeto Trascendente, la tragedia/ fue tener un gran pasado por delante.) Estuvimos/ atrapados entre dos fuegos: el ayer inhabitable (los/ compañeros paternos/ que sobrevivieron para convertirse en guardianes/ o verdugos de su propio pasado) y el de nuestros/ propios compañeros/ (que sobreviven sin saber que son sobrevivientes,/ porque nadie supo contarles –si es que alguna vez lo/ sospecharon–/ que hubo otro país antes de éste: oscuro y cotidiano/ como una tumba). No podemos mirar sin vaga/ nostalgia un pasado irreal/ que (no) nos pertenece, ni mirar/ sin decepción un presente que heredamos/ con disgusto. Como si nos hubieran dejado solos,/ con fantasmas que no son únicamente nuestros./ Heredamos/ sus deudas y no sus compromisos. Y entonces los/ sentimos/ ambiguamente nuestros (queremos el poder/ entenderlos y despedirlos. Y no sé qué sería/ más difícil), porque solo pudimos hacerlos nuestros/ poniéndoles el cuerpo, dándoles/ nuestra breve carne y nuestra ligera voz./ Y entonces ya/ no oímos la nuestra, o no quisimos reconocernos/ en ese habla mestizada con la lengua/ de los sicarios. Y entonces balbuceamos,/ buscando el sonido/ más elemental, más cercano/ al núcleo que escarbábamos./ Logramos recuperar un cuerpo/ disgregado y nuestro. Y/ esos esfuerzos, esos/ pasos torpes que dimos hacia ellos ¿no estaban desde/ siempre/ condenados al fracaso, no nos hablaban/ del fracaso? Porque ¿cómo hablar de nosotros/ sin hablar por ellos? (Para los forenses es fácil/ hacer hablar a los cuerpos: sólo buscan/ una identificación. Nosotros,

nos identificamos/ con eso/ que no podemos recuperar, con la piel/ más que con los huesos, con todo lo que no entra/ en una tumba, por más fechas y nombres/ que pudiéramos –ay, si pudiéramos...–/ Nos queda/ avanzar/ palmo a palmo,/ palabra por palabra,/ reconstruyendo este lenguaje/ viciado de frases deshechas, de horrores comunes./ Caminar recogiendo/ uñas y dientes, pelos y señales, palabras y banderas./ Compartir/ el pan y el vino, el alma y el cuerpo. Y reírnos/ en la noche, con las caras apenas/ iluminadas por los últimos fuegos,/ como un alegre fantasma/ del porvenir. (Axat et al., 2010: 162-164)

“No hay que contar el fracaso de la Historia, sino la historia de ese Fracaso”: casi una preceptiva para las primeras cinco novelas de Carlos Gamerro. Fracasos múltiples, personales, colectivos y nacionales: recuperar unas islas, sobrevivir, suicidarse, fundar una patria, hacer la revolución, enriquecerse. El denominador común a todos ellos está en el paréntesis que desdobra la significación del verso “No podemos mirar sin vaga nostalgia un pasado irreal que (no) nos pertenece”, negación que elegimos leer o desconocer y que condensa el “ser o no ser... uno mismo” del presente argentino. ¿Cómo queda anclada esta idea en la narrativa de Gamerro? Como veremos, la realidad va a estar regida con arbitrariedad por los sueños, cuya lógica funda una patria –por tanto- inconsciente; así está metaforizado el origen nacional en su segunda novela, *El sueño del señor juez*. Como pueblo, entonces, somos la herencia de –literalmente- un sueño ajeno. Con ese origen como premisa, las novelas de Gamerro recorren los doscientos años de historia argentina.

Dice Prividera en su poema que la metáfora asesinada ha dejado a un par de generaciones en la cruda literalidad (“hay que matar a los padres pero [...] otros lo hacen por nosotros”); por eso es en la literatura donde se está buscando reponer ese orden simbólico. Ante una herencia

que implica un gran pasado por delante y un presente heredado con disgusto, la opción no es “Ni la negación ni la identificación”: la pregunta que corroe y asume una identidad heredada a la vez que construye una memoria propia es cómo deshacerse de esa herencia mediante un habla “mestizada con la lengua de los sicarios”, cómo poner palabras de diferencia con respecto al padre asesinado cuando el habla que poseemos es la de los asesinos, cómo hacerlo sin acabar al fin con uno mismo, como ocurre en *Hamlet*. Ante tanto resto, un porvenir alegre sólo puede tomar la evanescente aunque omnipresente forma de un fantasma. En “El Anti-Hamlet”, epílogo a la antología antes citada, Prividera prosifica esta idea:

El abismo simétrico se abrió así entre quienes asumieron (sin distanciada crítica) la irredenta voz del padre, y quienes rehuyeron (con frivolidad posmoderna) a su sacrificial historia. Ambos enfrentaron su irrevocable destino hamletiano: ¿Cómo sostener la duda ante un (des)aparecido? ¿Cómo actuar –o no actuar– sin caer bajo su ardorosa sombra? Claro que no se trata de superar la contradicción (lo que quizá sea imposible), sino de hacer de la contradicción una fuerza superadora (al poner en tensión esa paradójica herencia): es el único modo de traicionar la traición (y ésa es tal vez la gran lección política y poética de cualquier historia: negarse a ser otra “astucia de la razón”). Pero sólo puede lograrlo quien es capaz de asumir la contradicción como destino, *sin forzar una resolución idealizada* (sabiendo que “el resto es silencio”). No sé si alguno de nosotros podrá lograrlo, pero sospecho que quien lo haga será como la contrafigura de Hamlet (ese Fortimbrás que al final del drama logra reunir conciencia y acción). Y al hacerlo no será ya el mejor representante de nuestra generación sino –por el contrario– *quien finalmente logrará trascenderla* (al menos hasta la siguiente encrucijada edípica), porque dará un paso más allá de la mera reivindicación o negación (que es el más común horizonte de las generaciones ofendidas). Ojalá alguno de nosotros (o alguno que continúa afuera, en la oscuridad de los márgenes o bajo la cegadora luz del canon) esconda el secreto de la trascendencia y logre escribir nuestro *Facundo* (tal como le pedía Piglia –tal vez infructuosamente– a su propia generación). (Axat et al., 2010: 249-250)¹⁹

¹⁹ Subrayados míos.

Una vez más, la literatura. Quien pedía era ese “tío de todos pero padre de nadie” del que hablaba Gamerro en una cita anterior, precisamente. Y lo que pedía era la reescritura del terror nacional en clave de exilio, que en su versión decimonónica comienza así: “¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo!” (Sarmiento, 1971: 53). Nuevamente, el fantasma (en *Hamlet*, en *Facundo*, en Marx –con Engels, en el célebre comienzo del *Manifiesto Comunista*,²⁰ en Freud). Nuevamente, las convulsiones internas que acabaron en exilio y muerte y nos dejaron huérfanos. Así, entretreídas, se construyeron la identidad de la nación, la grupal, la individual. Ensayo y ficción, filosofía, psicología y arte, permiten hoy pensar el presente que atravesamos, proyectado en imaginarios que vienen a develar las ideas que tras ellos subyacen. Así fue, como vemos, desde el principio de los tiempos; desde esa instancia en que al Padre de padres de la literatura nacional, precisamente, “se le hace cuento”.²¹ Ese mismo río de sueñera y de barro que trajo la cultura desde cuyo imaginario el Hijo de hijos se pregunta, ante la inmensidad y el dolor: “Padre, ¿por qué me has abandonado?”.

²⁰ “Un fantasma recorre Europa: el fantasma del comunismo” (K. Marx y F. Engels, 1848).

²¹ Jorge Luis Borges, “Fundación mítica de Buenos Aires”.

1.2. Metodología: las identidades

¿Cómo zafar del nacionalismo sin dejar de ser argentino?

R. Piglia

Todos los narradores viven en la misma patria: la espesa selva virgen de lo real.

J. J. Saer

Para realizar un recorrido por las aristas identitarias en el ciclo que constituyen las cinco primeras novelas de Carlos Gamerro, esta tesis se propone comenzar abordando la cuestión de la identidad nacional, luego grupal y finalmente individual, con una vuelta sobre las tres en el análisis de *Las Islas*, que le da cierre. He decidido alterar el orden de publicación y avanzar hacia las propuestas más complejas para el eje de lectura propuesto. De este modo, además, puede seguirse el orden cronológico de la historia general de la cual forman parte las cinco tramas narrativas: desde el siglo XIX (*El sueño del señor juez*) hasta 1992 (*Las Islas*). Al concluir el último capítulo de *La aventura de los bustos de Eva*, se anuncia: “La acción de los personajes de esta novela continuará en otro volumen titulado *Un yuppie en la columna del Che Guevara*” (Gamerro, 2004: 332, nota al pie); si bien son las únicas novelas episódicas, las cinco que conforman el corpus estudiado en esta tesis comparten espacios comunes, tanto ficcionales (Malihuel) como no ficcionales (Buenos Aires), como ámbitos (la empresa de Tamerlán) y personajes.

En las cinco novelas se manifiestan cuestiones que atañen a los tres tipos de identidad que aquí considero, si bien en algunas es más evidente un tratamiento que otros. Comenzaré, entonces, por la segunda de sus novelas, *El sueño del señor juez*, que me permitirá pensar la cuestión de la identidad nacional y el pasado/el origen. En segundo lugar, esta tesis abordará las identidades grupales en *La aventura de los bustos de Eva* (la identidad grupal y el pasado/el origen) y *Un yuppie en la columna del Che Guevara* (la identidad grupal y el futuro/el destino). La identidad individual, en relación con el pasado/el origen será trabajada luego en *El secreto y las voces*, y finalmente *Las Islas* me permitirá volver sobre las cuestiones tanto de la identidad nacional como de la individual en relación con el futuro/el destino.

Al presentar el objetivo de la tesis, hice un recorte del uso de los conceptos de identidad que utilizaré a lo largo de la tesis, tomando la propuesta de Descombes (2015). Junto a esta propuesta axial, concurrirán teóricamente para el desarrollo de esta tesis diversos aportes de enfoque sociológico (de Marx a Bourdieu), filosófico (de los clásicos a los posmodernos: Benjamin, Sartre, Barthes, Foucault, Deleuze, Derrida, Agamben, Jameson, Butler), psicoanalítico (Freud, Lacan, Masotta, Rascovsky), histórico-político (Hobsbawn, Rozitchner, Calveiro, Horowicz, Terán, Verbitsky, Lorenz), antropológico (Todorov, Ortiz, Said, Spivak, Bhabha), literario (Shklovski, Tinianov, Bajtín, Voloshinov, Mukarovsky, Genette, Gómez-Moriana), de la praxis literaria en el contexto de la literatura argentina (Macedonio Fernández, Borges, Walsh, Saer, Piglia, Premat, Gamerro, Kohan), y crítico, tanto

de literaturas previas (occidental, latinoamericana, argentina) como específico de la narrativa argentina de posdictadura (Viñas, Jitrik, Rama, L. Lamborghini, Sarlo, Ludmer, Rodríguez, Salvador, Ferro, Prieto, Drucaroff, Kohan, Gallego Cuiñas, Cohen, Giorgi). Sigo a Anderson y a Gellner en lo relativo a la idea de *nación*. Tomo de Hutcheon las definiciones para *parodia*, *sátira* e *ironía*. De igual modo, para poder realizar una lectura de corpus de la obra de Gamberro desde el eje aquí propuesto resultó fundamental tener presente el canon literario argentino (y en menor medida hispánico e inglés, por la propia formación del autor y porque así lo exige el canon nacional en cuyo contexto produjo estas narrativas). Por último, cuando lo considero necesario propongo algunas categorías propias (*Terrorismo de Mercado*, *terror criollo*).

El trabajo con cada novela exigió la puesta en uso de herramientas teóricas y críticas puntuales debidamente consignadas, ya que cada una de ellas trae consigo una carga de información histórica y cultural relevante.

1.3. Estado de la cuestión: lecturas parciales de su narrativa

[...] son verdaderos escritores en el sentido de que leyéndolos, uno encuentra en sus obras un mensaje disolvente, no sólo del orden del Estado, sino en particular de la ideología de fondo sobre la que se tejen o articulan las ideologías circunstanciales del Estado, y la complementaria, de los grupos que aspiran a tomarlo.

Fogwill

La obra de Carlos Gamerro recibió un amplio interés de parte de la crítica especializada, tanto dentro como fuera de Argentina. No obstante, siempre se la abordó de manera parcial, con especial atención a *Las Islas* por formar parte de un corpus literario que tematiza la guerra de Malvinas. En segundo lugar, *El secreto y las voces* siempre fue abordada por tocar de lleno la temática de la desaparición de personas. Finalmente, la tercera novela que produjo mayor cantidad de estudios es *La aventura de los bustos de Eva*: convocó a los estudiosos del peronismo en la literatura, y a algunos especialistas provenientes del campo del hispanismo por su parodia cervantina. Las cinco novelas aquí tratadas fueron analizadas críticamente pero nunca en una lectura de corpus. El eje propuesto es, por tanto, novedoso en el abordaje de la narrativa de Carlos Gamerro, a la par que muy relevante en el marco de la literatura argentina y rioplatense.

Entre los textos críticos pioneros y/o de mayor importancia crítica debo mencionar el artículo de Kohan, Blanco e Imperatore (1993), en el

que abordan las primeras representaciones de la guerra de Malvinas en la literatura; el de Sarlo (1994), que amplía el abordaje al cine; y el de Kohan (1999), que lee –entre otras cuestiones– los efectos que produce la hibridación entre drama y farsa en *Las Islas*.²² Años más tarde el corpus sobre Malvinas es actualizado por Linford Williams (2005), Vitullo (2006, 2007, 2012), Svidler (2007), Ehrmantraut (2009), Torres (2009), López (2010), Segade (2011a y b), y Bruña Bragado y Mira Delli-Zotti (2013). Por su parte, Jacovkis (2012) y Lardone (2012) abordan temas como el heroísmo, la épica y la farsa en *Las Islas*; Brown (2006) analiza las cuestiones del ciborg y el *hacking*; los de Viterbo y Nicotera (2013) y el de Hammerschmidt (2013) exploran la representación de la ciudad de Buenos Aires en *Las Islas* y otras novelas; y Ferreyra (2011) observa la trasposición que realiza Carlos Gamerro para la puesta teatral de Alejandro Tantanián. Acerca de *El sueño del señor juez*, Garibotto (2008) dedica algunos puntos de su tesis a la relación entre ley, sueño y conformación del Estado en la novela (con mención a sus otras novelas, dado el carácter de interrelación entre ellas), y Rodríguez (2010) se detiene fundamentalmente en la cuestión onírica. Cobas Corral (2009) recorre las líneas fundamentales que emergen de *El secreto y las voces*, Dalmaroni (2004) analiza la sociedad posdictatorial allí representada y Stegmayer (2013) explora el uso del género policial. Por su parte, Paz-Mackay (2013) estudia en su tesis doctoral un corpus de novelas de posdictadura que manifiestan la responsabilidad

²² Poco después, en 2002, Martín Kohan publicaría *Dos veces junio*, novela en la que trabaja la cuestión de la guerra, sobre la que volvería lateralmente en *Ciencias Morales* (2007).

extendida. En cuanto a *La aventura de los bustos de Eva*, fue estudiada principalmente como parte de las series que conforman las ficciones sobre Eva Perón y sobre la última dictadura. En Gerber (2013) y Gerber y Fonsalido (2016) se la estudia como variación o reescritura del texto cervantino, con foco en las representaciones de la lectura y la locura. Sobre el punto de inflexión que significó esta novela en el tratamiento literario de los hechos de la dictadura, según señalara Gramuglio (2002), ver Quereilhac (2004) y Fonsalido y López Casanova (2008). Badagnani (2011) analiza los elementos satíricos y grotescos. Por último, Steimberg (2015) realiza una breve recorrida por la narrativa de Gamberro para subrayar las relaciones entre política y relato social.

1.4. Hipótesis: causa y método del trabajo sobre la identidad en la narrativa de Carlos Gamerro

1.4.1. Una tradición para Argentina: Jorge Luis Borges

De eso se trata: ser o no ser salvaje
D. Sarmiento

¡Maten a Borges!
W. Gombrowicz²³

Es significativo que la sociedad argentina sea reconocida, tanto desde una mirada exógena como endógena, como aquella cuya cuestión identitaria no cristaliza. Para Matamoro, por ejemplo,

El argentino es monótono y melancólico como la pampa que cerca sus ciudades. Huyendo de ella, se refugia en las poblaciones, acentuando exageradamente sus rasgos urbanos. Esto lo lleva a creerse falsamente europeo. [...] ¿Por qué los argentinos resultan inaccesibles, a ciertos niveles de hondura, ante el observador exterior? Gombrowicz sugiere una respuesta: porque tampoco ellos mismos acceden más allá de ciertos límites. Esto se advierte en la obsesiva pregunta por la identidad que formulan sus escritores: ¿quiénes somos, cuál es nuestra realidad? La esencia de una nacionalidad no se obtiene tras laboriosos análisis, es una decisión práctica, algo que surge de la acción. [...] ‘Argentinos, a las cosas’, recomendó alguna vez Ortega. [...] Programar menos, amar más lo imprevisible. Por hacer lo contrario, la cultura argentina tiene una carga excesiva y falsamente intelectual, le falta contacto con la vida, cuyas dificultades cree haber superado científicamente. En el otro extremo de su realidad, el intelectual argentino vive demasiado bien y es demasiado latino y sociable como para ser revolucionario. La síntesis entre su cuestionamiento mental y su conformismo real es el auge del psicoanálisis. (Matamoro, 1989: 273-274)

Según la mirada de Saer,

En ese vasto territorio chato y sin bellezas naturales, como no ser la desmesura de su monotonía, el más urbanizado, poblado y desarrollado de la Argentina, a pesar de la ausencia, para desgracia de las agencias

²³ Desde el barco que lo alejó para siempre de Argentina, 8 de abril de 1963.

turísticas, de todo color local, se encuentra en definitiva lo más característico de un país que durante décadas se interrogó ansiosamente acerca de su *identidad*, sin comprender que era justamente esa incertidumbre lo que la definía. (Saer, 2015a: 516-517)²⁴

Este hecho está tempranamente postulado en el célebre ensayo de Borges “El escritor argentino y la tradición” (*Discusión*, 1932), donde recoge y revisa los planteos previos al respecto en relación con la literatura. Allí Borges descalifica el “problema del escritor argentino y la tradición” en cuanto tal, y lo señala como “apariencia”, “simulacro” y “seudoproblema”. Esta apreciación liga el problema de la identidad a una supuesta cultura nacional, a la que Borges se refiere como “una fatalidad”, o “una mera afectación, una máscara”, esto es, expresada sin intermediación consciente o artificialmente construida mediante una hipercorrección de las formas que lleva a una idea preconcebida de nación, y por tanto necesariamente falseada.

Su propuesta se inscribe en tiempos en que se había producido un repliegue sobre la raíz hispanoamericana como reacción de los sectores prestigiados a la influencia de la inmigración en la sociedad y la cultura argentinas de comienzos del siglo XX, cuyas voces primordiales en el ámbito literario fueron las de Leopoldo Lugones y Ricardo Rojas;²⁵ de ahí la fuerte crítica al nacionalismo extremista de la década del treinta, que tuvo su correlato en Argentina, y del que Borges se burla en una frase inolvidable: “El culto argentino del color local es un reciente culto europeo que los nacionalistas deberían rechazar por foráneo”. De este

²⁴ Subrayado en el original.

²⁵ Para un detalle de la dinámica de la hegemonía cultural durante el primer tercio del siglo XX en Argentina, ver Degiovanni (2007).

ensayo, del que se ha encargado sobradamente la crítica (Contreras 1995), me interesa tomar la preocupación en torno a un encasillamiento identitario que en principio resultaría reductor, desafortunado e incómodo y que Borges resuelve en la fórmula cosmopolita “nuestro patrimonio es el universo”. Así interviene frente a lo que considera un “arquetipo”, y afirma su autoridad en el asunto presentándose como testigo directo de las pruebas a las que se remite para refutar la propuesta gauchesca (“esto yo lo he observado no sólo en los payadores de la campaña, sino en los de las orillas de Buenos Aires”; “He podido comprobar lo mismo oyendo a payadores de las orillas”); se sitúa, como vemos, a caballo entre una Argentina de los orígenes y otra presente, como enlace entre ambas, legitimando sus afirmaciones en la experiencia directa. Por otra parte, será precisamente Borges quien acabe por instituirse en tradición en sí mismo y actúe como referente para quienes lo precedan, produciendo lo que Bloom llamó “angustia de las influencias” (Gamerro, 2003). No obstante, no deja de ser notorio el recorte que hace de la idea de “argentinos” cuando proyecta la filiación:

En lo que se refiere a la historia argentina, creo que todos nosotros la sentimos profundamente; y es natural que la sintamos, porque está, por la cronología y por la sangre, muy cerca de nosotros; los nombres, las batallas de las guerras civiles, la guerra de la independencia, todo está, en el tiempo y en la tradición familiar, muy cerca de nosotros. (Borges 1996a: 272)

Como puede observarse, la idea de “tradición”, ligada a la de familia, deja fuera, en contra de lo anteriormente argumentado, a los sectores sociales no criollos, cada vez más amplios. Lo que gravita aquí es una asimilación de la idea de identidad nacional a la identidad grupal de los

grupos criollos previos a la inmigración de entresiglos, que encarnarían, por tanto, la tradición en Argentina, a pesar de insistir Borges en que esa tradición no es tal por faltarle densidad temporal; por lo que, si bien por una parte se abre para el escritor argentino (donde dice escritor bien puede leerse todo tipo de actividad ligada a la esfera cultural) el patrimonio de Occidente, por otra se está negando la presencia de ese mismo patrimonio encarnado en quienes arribaban (desde todo “el universo”) al puerto de Buenos Aires. Este evidente prejuicio de clase sería el germen de la lucha por ingresar a la ciudad letrada llevada adelante por aquellos escritores surgidos de los grupos sociales desplazados de la zona de legitimidad, cuya figura mayor representa hoy Roberto Arlt (cf. Viñas et al., 2007: 9-23 y 123-179). No obstante, pasarían décadas para que este aporte de Occidente y más allá ingresara en la zona de legitimidad y pasara a constituir, por tanto, parte de la identidad nacional de pleno derecho. Entre medio, la irrupción del peronismo provocaría una eclosión en lo que podríamos llamar “patio de atrás nacional”, ya que legitimaría el ingreso de la cultura popular (no filtrada por el relato de las élites, como sí había sido el caso de la gauchesca) al imaginario de la identidad nacional, si bien de manera dialéctica respecto de la alta cultura, como actualización de la dicotomía sarmientina prolongada en nuevas figuras: el gaucho de ayer, luego inmigrante (de último tercio del siglo XIX y primera mitad del siglo XX), luego migrante (interno), luego, una vez más, inmigrante

(latinoamericano).²⁶ La ciudad –y con ella, la ciudad letrada (Rama, 1988), que es también uno de sus modos de prolongación simbólica- ha sido el territorio de puja en el que el ingreso al canon identitario se ha ido fraguando, puja a la que Derrida se refiere retomando el término latino que dio origen a las dos líneas que materializan el forcejeo por la pertenencia:

Nuestra cuestión es siempre la identidad. ¿Qué es la identidad, ese concepto cuya transparente identidad consigo misma siempre se presupone dogmáticamente en tantos debates sobre el monoculturalismo o el multiculturalismo, sobre la nacionalidad, la ciudadanía, la pertenencia en general? Y antes que la identidad del sujeto, ¿qué es la ipsidad? Ésta no se reduce a una capacidad abstracta de decir “yo” [je], a la que siempre habrá precedido. Tal vez signifique en primer lugar el poder de un “yo puedo”, más originario que el “yo” [“je”], en una cadena donde el “pse” de *ipse* ya no se deja disociar del poder, el dominio o la soberanía del *hospes* (me refiero aquí a la cadena semántica que obra tanto en la hospitalidad como en la hostilidad: *hostis, hospes, hosti-pet, posis, despotes, potere, potis sum, possum, pote est, potest, pot sedere, possidere, compos*, etcétera). (Derrida 1997: 27-28)

Este forcejeo está en la superficie de todo el ensayo de Borges, que dice y se desdice acerca de la posibilidad de circunscribir una tradición para el escritor argentino: Occidente, sí, pero desde un pasado ideal, nunca desde un presente inmediato; el presente inmediato está bien demarcado y deja fuera Occidente para replegarse en la ciudad-aldea de ayer y el patio trasero doméstico, que una vez neutralizado pareciera no comportar peligro. Quiero dejar subrayado este punto del peligro, al que volveré a lo largo de la tesis a propósito del peronismo, porque aquí se abre una fisura y una contradicción que vertebraría la historia –y la identidad- nacional hasta el presente; de hecho, decía más arriba en

²⁶ Otra vía de exclusión sería la de las mujeres escritoras, bajo una lógica diversa.

esta tesis que la literatura argentina se fragua en función política y al calor del presente más inmediato: esta función política, en el período peronista y los años inmediatamente posteriores, está presente en la obra de Borges bajo las figuras del desplazamiento (temporal, hacia el pasado nacional, como en “Historia del guerrero y de la cautiva”, “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)”, “El cautivo”, “Diálogo de muertos”, “Martín Fierro”), o espacial, como en el caso de “Deutsches Requiem”) o lo siniestro (“El simulacro”). La sombra terrible de Facundo, una vez evocada, y vuelta a evocar una y otra vez por Borges en su culto del coraje, será un fantasma que recorre la nación (en todo su devenir): el fantasma del peronismo. De esto llegó a darse cuenta el autor cuando ya era tarde, y así lo señala Gamarro en su último libro de ensayos, *Facundo o Martín Fierro* (2015a: 54).

Si por un lado el escritor argentino gana una enorme libertad en relación con la pertenencia y la (ir)reverencia a una tradición, por otro lado deja abierta la pregunta por la identidad. La “heterogeneidad del ensayo” de Borges (Giordano, 1991: 38), esta “irreductibilidad entre los términos por la que todo parámetro de identidad se disuelve” (Contreras, 1995: 41), se reconfirma en otro de los ensayos en los que aborda la cuestión del denominador común nacional, y en el que insiste aún más férreamente en negarla: “Nuestro pobre individualismo”, de 1946 (cabe mencionar su presencia tardía, hecho que confirma la persistencia de esta idea en Borges, en el ya citado “El otro”, de 1975, donde un Borges anciano espeta al joven, a propósito de sus primeros poemas, más tarde recogidos en *Textos recobrados 1919-1929*: “-Tu

masa de oprimidos y de parias –le contesté- no es más que una abstracción. Sólo los individuos existen, si es que existe alguien”; ver Borges, 1996b: 14). Escrito en pleno peronismo, el refugio es ya entonces la identidad individual, en el que toma distancia tanto de los grupos que pretendían hegemonizar una identidad nacional (los mismos nacionalistas a los que se enfrentara ya en la Década Infame) como del partido de gobierno, representante de unas mayorías populares percibidas por las élites (políticas, pero también culturales) como arribistas.

Las ilusiones del patriotismo no tienen término [...] Aquí, los nacionalistas pululan; los mueve, según ellos, el atendible o inocente propósito de fomentar los mejores rasgos argentinos; en la polémica, prefieren definirlos en función de algún hecho externo; de los conquistadores españoles (digamos) o de una imaginaria tradición católica o del “imperialismo sajón”. El argentino, a diferencia de los americanos del Norte y de casi todos los europeos, no se identifica con el Estado. Ello puede atribuirse a la circunstancia de que, en este país, los gobiernos suelen ser pésimos o al hecho general de que el Estado es una inconcebible abstracción; lo cierto es que el argentino es un individuo, no un ciudadano. (Borges 1989: 36)

Si existía una identidad nacional por entonces, se inclinaba masivamente hacia el otro fiel de la balanza: el de la barbarie bicéfala, en la que convergían el patio de atrás doméstico con los recién llegados; la solución es, entonces, negarla en tanto identidad posible para la patria. En cualquier caso, en la plenitud del asociacionismo y los partidos de masas, Borges se refugia en un recorte del/lo argentino que mira obsesivamente hacia el pasado, y pareciera refugiarse más allá de la civilización, entre gauchos e indios, donde rige una ley primigenia que encarnaría la identidad auténtica de la nación, según leemos en las

figuraciones de este último ensayo. La identidad nacional, antes referenciada en ciertas identidades grupales para la mirada de Borges, se diluye por estos años en una absoluta individualidad, atomiza la idea de nación y se refugia en la anarquía reivindicada por el gaucho, al igual que ocurriera un siglo antes. La causa federal envió al exilio a Echeverría y a Sarmiento, la causa liberal provocó un genocidio y expulsó al primer Hernández y al gaucho, la causa peronista acorraló a Borges y a Cortázar, la causa neoliberal provocó un segundo genocidio y un nuevo exilio... forcejeos que tramaron la historia de la Argentina, en la que parece no haber habido lugar para todos juntos. Aunque no fue el caso de Juan José Saer, voluntariamente exiliado.

1.4.2. Una antropología especulativa: Juan José Saer

*Lo nacional
equidista sabiamente
de la sangre y de las banderas
y se da, para la lengua, en el rigor. La infancia
es el solo país, como una lluvia primera
de la que nunca, enteramente, nos secamos. Y
aunque
yo viaje, ahora, al mediodía, toda
esta niebla, común, perdurará.*

J.J.Saer

Al reconocer a los padres literarios vivos, Gamarro mencionó sólo dos: “Los únicos de peso que nos han quedado son Saer y Piglia. Saer está en su punto justo: ni sobra ni falta. Y es bueno tener un padre vivo” (Saítta et al., 2004: 65). En los ensayos fundamentales que Saer

escribió acerca del oficio hay numerosos puntos que trazan una clara filiación para Gamerro.

En primer lugar, Saer vuelve en numerosas ocasiones sobre la cuestión de la tradición y la liga a la identidad. En *El río sin orillas* (1991) retoma a Borges, precisamente a propósito de las contradicciones a que dio lugar el período de la gran inmigración:

Como corolario al período inmigratorio, interminables discusiones sobre la supuesta esencia de un no menos supuesto ser nacional ennegrecieron páginas y páginas de libros y revistas. Únicamente nuestros mejores pensadores, como Ezequiel Martínez Estrada, igualmente calumniado por nacionalistas emocionales y científicos extranjerizantes, comprendieron que un país no es una esencia que se debe venerar sino una serie de problemas a desentrañar e, inventando sus propios métodos, forjados de ese entrecruzamiento local y planetario, se abocaron a la tarea. (Saer, 2015: 289-290)

Es decir, no existe tal esencia nacional, y tampoco está en la línea que viene a recuperar la gauchesca (Lugones, Rojas) porque todo pasado se desvanece, con inmigración o sin ella: en las últimas líneas citadas, con esa alusión a una doble vertiente de lo local y lo global, es imposible no pensar en la poética de Borges. Sin embargo, más adelante marca una diferencia con respecto al lugar en que se coloca respecto de la tradición, y problematiza esa relación:

[...] cómo resolver las contradicciones principales de una cultura que, reconociendo su tradición en la de Occidente, sabe que no pertenece enteramente a ella por hallarse, tanto en el espacio como en el tiempo, en la periferia de sus corrientes principales. (Saer, 2015: 486)

Entonces propone ciertas características identitarias relacionadas con el contexto aunque sin énfasis, ya que –siguiendo a Borges– dice desconfiar de la idea de *identidad nacional*.

Una de las características psicológicas que los habitantes de las dos orillas del río se han venido atribuyendo, es el escepticismo. Negativa en apariencia, esta caracterización sin embargo no estaba exenta de coquetería e incluso de cierto orgullo, en la medida en que todo rioplatense, consciente de su ambigüedad cultural, de su alejamiento geográfico y de sus reales problemas sociales, veía en esa autoconsciencia una distanciación superior, y lo hacía sentirse gratificado por su realismo. Las últimas catástrofes le han retirado esa comodidad, dejándolo en un mundo ingobernable y opaco. Los debates inacabables sobre la posible identidad de esa mezcla étnica, idiomática y social de las multitudes que, sin habérselo propuesto, habían ido sedimentándose en las vecindades del río, esos debates que llegaron más de una vez a conclusiones que tuvieron la veleidad de ser definitivas, fueron sustituidos por la explosión sangrienta de los años setenta que, con sus hálitos inhumanos, desbarató cualquier certidumbre. La disyuntiva de pertenecer o no al Occidente quedó sin resolución, y ya es absurdo volver a plantearla porque ese Occidente que servía de referencia está en plena transformación y, en lo relativo a *la famosa cuestión de la identidad nacional (concepto que siempre me ha parecido y seguirá pareciéndome de lo más sospechoso)*, es posible afirmar que en los países industrializados de Occidente las ideologías que se profieren ante los problemas que surgen con la inmigración no difieren mucho, ni en la forma ni en el lenguaje en que son proferidas, con las que circulaban en el Río de la Plata cuando la sociedad patriarcal sentía sus intereses amenazados. Tal vez al Río de la Plata (junto con otras regiones del planeta formadas también por corrientes inmigratorias) le haya tocado en suerte un privilegio muy diferente a los de su clase patriarcal: el de anticipar, como un primer espejismo, los grandes desplazamientos humanos del siglo XX, las grandes migraciones que, ya en una dimensión planetaria, han desbaratado el mundo tradicional en los cinco continentes. Esa imposibilidad de reconocerse en una tradición única, ese desgarramiento entre un pasado ajeno y un presente inabarcable, ese sentimiento de estar en medio de una multitud sin raíces, obligados, por miedo a naufragar en la inexistencia, a amoldarse a normas de conducta individual y social de las que nadie sería capaz de explicar la legitimidad, toda esa vaguedad del propio ser tan propia de nuestro tiempo, floreció tal vez antes que en ninguna otra parte en las inmediaciones del río sin orillas. *En vez de querer ser algo a toda costa –pertenecer a una patria, a una tradición, reconocerse en una clase, en una posición social, tal vez hoy en día no pueda haber más orgullo legítimo que el de reconocerse como nada, como menos que nada, fruto misterioso de la contingencia, producto de combinaciones inextricables que igualan a todo lo viviente en la misma presencia fugitiva y azarosa. El primer paso para penetrar en nuestra verdadera identidad consiste justamente en admitir que, a la luz de la reflexión y, por qué no, también de la piedad, ninguna identidad afirmativa ya es posible.* En el Río de la Plata esa búsqueda fue una más de las tantas quimeras que, desde el descubrimiento de América, hechizaron la imaginación de sus habitantes, que no se resignaban a su monotonía, a su inmensidad desierta, indiferenciada y anónima. Sin saber que representaban la triste primicia de un mundo en transformación, se imponían como modelo un pasado del que ellos ya eran la negación. Experimentando los primeros síntomas de la oscura irrealidad general que se avecinaba, buscaban empecinados una respuesta, sin comprender

que, insospechada, la respuesta estaba en la necesidad que habían tenido de formularse la pregunta. (Saer, 2015: 636-642)²⁷

El cráter social que dejó la dictadura no sólo arrasó con esas sutiles características que podrían haber representado cierta identidad nacional, sino que también obligó a desconsiderar la problemática de desplazamiento respecto de ese centro que es Occidente, y de mestizaje constitutivo de la nación -que para entonces es ya un fenómeno mundial, o por lo pronto claramente Occidental. Pero lo interesante es el reconocimiento de una imposibilidad, la de cristalizar la identidad en perpetua evolución: si Borges planteó que la tradición estaba -un poco como la esfera de Pascal- en todas partes y en ninguna, aquí Saer vuelca esa idea hacia la concepción de una identidad, la del cambio continuo; y en una vuelta sobre el epicentro de ese Occidente que Borges señalara, es ahora la periferia la que marca el rumbo: la identidad de Occidente será esta de la cual América es pionera, una identidad inestable. La dismorfia colonialista, que pretendía asimilar la identidad de América a la de Europa sin -claro está- jamás conseguirlo, se opaca ante una realidad que acaba de imponerse en la conciencia de esos habitantes con la fuerza del genocidio.

Por último, el regreso sobre la pregunta como instancia valiosa de ese fracaso en el intento de fijar una identidad se emparenta con la poética que Saer sostiene para su propia escritura, y que será la que Gamerro sostenga, ya en plena posdictadura: el interrogante como

²⁷ Subrayado mío.

motor de trabajo. En “El concepto de ficción” (1989), Saer aborda las posibilidades y los sentidos de la escritura de ficción.

[...] que nadie se confunda: no se escriben ficciones para eludir, por inmadurez o irresponsabilidad, los rigores que exige el tratamiento de la “verdad”, sino justamente para poner en evidencia el carácter complejo de la situación, carácter complejo del que el tratamiento limitado a lo verificable implica una reducción abusiva y un empobrecimiento. Al dar un salto hacia lo inverificable, la ficción multiplica al infinito las posibilidades del tratamiento. No vuelve la espalda a una supuesta realidad objetiva: muy por el contrario, se sumerge en su turbulencia, desdeñando la actitud ingenua que consiste en pretender saber de antemano cómo esa realidad está hecha. No es una claudicación ante tal o cual ética de la verdad, sino la búsqueda de una un poco menos rudimentaria. [...] ¿Para qué novelar algo de lo que ya se sabe todo antes de tomar la pluma? Nada obliga, si se conoce ya la verdad, y si se ha tomado su partido, a pasar por la ficción. Empleadas de esa manera, verdad y ficción se relativizan mutuamente: la ficción se vuelve un esqueleto reseco, mil veces pelado y vuelto a recubrir con la carnadura relativa de las diferentes verdades que van sustituyéndose unas a otras. (Saer 2004: 11-13)

En estas afirmaciones hay un doble movimiento: por un lado, una reivindicación de la línea borgiana ante las irreflexivas acusaciones de “literatura evasiva”; por otro, una defensa de la propia propuesta. Este texto se publica en 1989, años en los que se está revisando, también desde la literatura, lo ocurrido bajo dictadura. Saer dice esto de “que nadie se confunda”: frente a las poéticas de las generaciones que escribieron durante la dictadura y siguieron haciéndolo después, muchas de las cuales se abocaron a la (necesaria) denuncia de los hechos desde posicionamientos férreos, Saer indaga.²⁸ En esta concepción esquiva del régimen de verdad, que opta por multiplicar –

²⁸ Otro de los rasgos de esas poéticas puede consultarse también en “Negación de la derrota en la narrativa de la generación de militancia” (Drucaroff, 2011: 137-143). Gamarro, por su parte, propuso una tipología propia para la “literatura argentina sobre la dictadura”, en torno a cuatro variantes: denuncia, elipsis, testimonio y desacralización (Gamarro, 2016b: s.p.); a esta última pertenece su narrativa.

ficción mediante- “al infinito las posibilidades del tratamiento”, reconocemos la escritura de Gamerro, como veremos más adelante: “Cada escritor se apoya en lo que han hecho los anteriores” (Gamerro, 2010c, s.p.). A partir de estas reflexiones, entonces, se comprende también por qué Gamerro reconoce a Saer en un punto justo -no en vano Martín Kohan, otro de los narradores canónicos de posdictadura, reconoce a *Glosa* como la novela más política de la literatura argentina del siglo XX, absolutamente indirecta y alusiva (cf. Mattio y Perucca, 2017).

[...] Borges –numerosos textos suyos lo prueban- [...], no reivindica ni lo falso ni lo verdadero como opuestos que se excluyen, sino como conceptos problemáticos que encarnan la principal razón de ser de la ficción. Si llama *Ficciones* a uno de sus libros fundamentales, no lo hace con el fin de exaltar lo falso a expensas de lo verdadero, sino con el de sugerir que la ficción es el medio más apropiado para tratar sus relaciones complejas. (Saer 2004: 14)

Como puede observarse una vez más, en esta cita de modo explícito, las posibilidades que Saer le adjudica a la escritura de ficción están estrechamente emparentadas con el móvil de escritura enunciado por Gamerro: se va hacia la escritura para recorrer aquello que se presenta como una incógnita que interpela. Que es otro modo de referirse a la *antropología especulativa* de la que habla Saer:

A causa de este aspecto principalísimo del relato ficticio, y a causa también de sus intenciones, de su resolución práctica, de la posición singular de su autor entre los imperativos de un saber objetivo y las turbulencias de la subjetividad, podemos definir de un modo global la ficción como una *antropología especulativa*. (Saer 2004: 16)²⁹

²⁹ Subrayado en el original.

Pero hay más en esta sutil línea de filiación. En “La selva espesa de lo real” (1979), Saer se refiere a los narradores del siglo XX como aquellos cuyo “objetivo principal es romper las barreras impuestas por la concepción perimida de una historicidad sin fallas” (267). Esto mismo agita el corazón de *Las Islas* (1998), novela que cierra el siglo XX argentino; en este sentido, Carlos Gamerro, escritor de posdictadura, se filia claramente en toda la tradición del *High Modernism*, haciendo honor al concepto de tradición que Borges señaló para el escritor argentino. La impugnación de una “historicidad sin fallas” se continúa en el ciclo de novelas que se extiende hasta 2011, con *Un yuppie en la columna del Che Guevara*. Este corpus, al que podemos concebir como un ciclo enlazado territorial e históricamente, hace foco en períodos clave en lo relativo a la historización: *Las Islas* hace pie en un presente de despegue neoliberal en Argentina, y retorna hacia la dictadura, especialmente a la Guerra de Malvinas y toda su simbología; *El sueño del señor juez* toma los años fundacionales de la Argentina, un siglo antes de Malvinas; *El secreto y las voces* revierte hacia los años de dictadura, transcurridos en la pequeña y ficticia -pero tan reconocible en su generalidad respecto de toda pequeña localidad argentina- Malihuel (casi un juego de palabras con ‘huele mal’, pero con resonancias de lengua originaria, precolombina); *La aventura de los bustos de Eva* y *Un yuppie en la columna del Che Guevara*, finalmente, se centran en el período de fuerte militancia previo a la última dictadura. ¿Qué “historicidad sin fallas” se está poniendo en cuestión en cada una de ellas?

En *Las Islas*, tal y como fue dicho de manera muy explícita por Gamarro (2002b), se toma un hecho muy próximo en el tiempo a la fecha de escritura (una década atrás), que atañe muy particularmente al autor, perteneciente a la clase '62 (la que fue movilizaba hacia el sur para guerrear contra Gran Bretaña). En ella, se desmonta con detalle cada uno de los mitos tejidos en torno a las Islas, así como los símbolos nacionales, la idea de patria y de argentinidad, los prototipos que conforman el imaginario de la nación. Toda esta concepción monolítica del ser nacional es desmontada de manera satírica, con el humor desgarrado que caracteriza a las narrativas de posdictadura.

En *El sueño del señor juez*, la historicidad a la que se apunta es aquella cuyo centro está en la figura de Mitre, quien no solamente pertenece a la categoría de prócer, sino que además ha escrito textos historiográficos fundacionales tales como *Historia de San Martín* (Kohan, 2005: 35-69). Mitre fue también el general que llevó adelante la Guerra de la Triple Alianza que destruyó Paraguay, y el fundador del periódico *La Nación*, dirigido aún hoy por su descendiente homónimo. Es decir, Mitre dio forma al proyecto de nación que venció al rosismo y posibilitó la instauración de una Argentina agroexportadora, de industria precaria y postergada. El imaginario que aún hoy prima en el país es este mismo, forjado por la Generación del '80: una Argentina que se quiere “blanca”, europeizada, cuyo centro de gravitación pasa por la ciudad de Buenos Aires, que da las espaldas al país en su totalidad. Esta centralización es palpable en el trazado de trenes, carreteras, medios de comunicación, demografía. La idea prístina de

constitución de la nación es satíricamente desenmascarada en esta segunda novela de Gamerro, que se detiene en la fundación de Malihuel, pequeña localidad de la pampa argentina que ya había sido mencionada en *Las Islas* pero que aquí es ampliamente configurada, y que al igual que la *zona* de Saer,

la Santa María de Onetti, el Comala de Rulfo, la Yoknapatawpha de Faulkner, el Macondo de García Márquez, constituyen creaciones literarias sintéticas construidas sobre la base de elementos reales que adquieren, a través de la escritura, una dimensión mítica y en cuyo interior se alojan los personajes y peripecias de las historias contadas. (Corbatta, 1999: 149)³⁰

En *El secreto y las voces*, Felipe -personaje al que el lector ya conoce de *Las Islas*- visita Malihuel a un siglo de su fundación, y lo hace en busca de su identidad: allí sabrá quién fue su padre, y sobre todo descubrirá quién es quién en ese “pueblo chico, infierno grande” que funciona como sinécdoque de la patria. La historicidad que se impugna aquí está más relacionada al colectivo social, mirado en conjunto e individualmente. Las pequeñas miserias que hicieron posible que el terrorismo de Estado haya tenido lugar en Argentina.

La aventura de los bustos de Eva y *Un yuppie en la columna del Che Guevara* presentan un giro interesante, ya que las identidades sobre las que vuelven la mirada no se corresponden con una “historicidad sin fallas” sino con otro tipo de historicidad, intocable en este caso por una cuestión moral: su asociación con los diversos idearios que asumieron aquellas personas que fueron desaparecidas

³⁰ Gamerro (2008a) añade a esta lista el Coronel Vallejos de Puig, entre otros.

durante la última dictadura, muchos de cuyos asesinos, al momento de ser escritas esas novelas, aún no habían sido sentenciados, y gozaban de la impunidad otorgada por las leyes de Obediencia Debida, Punto Final e Indulto (las dos primeras promulgadas bajo el gobierno de Raúl Alfonsín, tras el Juicio a las Juntas, y la última bajo el gobierno de Carlos Menem). Estos idearios, ligados a la idea de revolución –y entendidos como subversión por los sectores conservadores de la sociedad-, se corresponden con dos líneas principales: la peronista-avitista (el “tercer peronismo”, siguiendo el conciso análisis de Horowicz, 2011) y la comunista-guevarista. Las figuras de Eva Perón y de Ernesto Guevara están presentes en ambos títulos. Las novelas desplegarán esos idearios aportando una mirada crítica y a la vez humorística, que permitió revisar aquellas concepciones desde un lugar transitable, en paralelo al duelo colectivo por aquellas decenas de miles de personas, jóvenes en su gran mayoría, que ya no tienen voz para defender, explicar o refutar aquellos idearios.

De este modo, las cinco novelas tocan zonas neurálgicas que encarnan los bandos más destacados en las luchas ideológicas que sostuvieron diversos proyectos de país para la Argentina: la línea fundacional del Ochenta (1880), resistida en un primer momento por unas pocas voces del ámbito de la burguesía (Alberdi, 2010: 3-58) y, claro, por los pobladores originarios de las diversas etnias arrasados y arrinconados fundamentalmente por el roquismo (“Conquista del Desierto”) y el mitrismo (“Guerra de la Triple Alianza”); luego resistida a lo largo del siglo XX por el anarquismo, el radicalismo, el peronismo y

en menor medida por diversas corrientes asociadas al comunismo, cuyo freno estuvo marcado por las distintas dictaduras que vinieron a poner coto a los diversos intentos de reforma del *statu quo* vigente (el golpe de Uriburu a Yrigoyen, el golpe de Aramburu a Perón, el golpe de Onganía a Illia, el golpe de Videla que se propuso acabar con las militancias de corte peronista y comunista). Y, como contraparte, las líneas reformistas y revolucionarias antes señaladas (radicalismo y peronismo, en el primer caso, anarquismo y comunismo, en el segundo). Este corpus, que podemos leer como ciclo por los motivos antes expuestos, puede a su vez ser pensado en dos fases: una primera, urgente por proximidad y presencia, representada por las tres primeras novelas (*Las Islas*, *El sueño del señor juez* y *El secreto y las voces*), abocada a repasar el ideario conservador, siempre activo por más de un siglo desde la constitución nacional hasta el presente de escritura (el “cuarto peronismo” repone en el lugar hegemónico a la organización nacional decidida un siglo atrás, representada en ocasiones por los propios descendientes directos de aquella hegemonía; ver Horowicz, 2011); una segunda, representada por las novelas cuarta y quinta (*La aventura de los bustos de Eva* y *Un yuppie en la columna del Che Guevara*), abocada a repasar el ideario revolucionario cuyos fantasmáticos estandartes los jóvenes de posdictadura nos vimos conminados a respetar y honrar por causa de las forzadas ausencias, del dolor colectivo de los nombres sin tumba (desaparecidos) y de las tumbas sin nombre (soldados de Malvinas), por la inhumana y alevosa falta de Justicia.

En todos los casos, Gamerro juega con estas ortodoxias para desarmarlas. El efecto es la posibilidad de pensar en profundidad qué aspectos de las diversas identidades que han ocupado la escena nacional son legítimos y reconocibles como propios, y cuáles son una herencia inconsciente pero extrañada una vez puesta bajo la luz de la desautomatización que la sátira elaborada por Gamerro provee como posibilidad de concientización. Dice Saer en “La selva espesa de lo real” (1979):

[...] pienso que es imposible no tener en cuenta las objeciones fundamentales que Macedonio opone a la novela, porque su crítica de la novela no es otra cosa que una crítica de lo real. *Mi primera preocupación de escritor es, en consecuencia, esa crítica de lo que se presenta como real y a la cual todo el resto debe estar subordinado. Ser argentino, por ejemplo, es un hecho de la realidad ingenuamente concebida que necesita, como todos los demás, un examen minucioso.* (Saer, 2004: 268)³¹

Y añade luego:

La pretendida especificidad nacional no es otra cosa que una especie de simulación, la persistencia de viejas máscaras irrazonables destinadas a preservar un *statu quo* ideológico. *De todos los niveles que componen la realidad, el de la especificidad nacional es el que primero debe cuestionarse, porque es justamente el primero que, sostenido por razones políticas y morales, aparenta ser indiscutible.* (Saer, 2004: 269-270)³²

Esa “especie de simulación” que señala Saer ha sido referida por Borges como “una mera afectación, una máscara” (Borges, 1996a: 273). Si bien el ensayo de Saer está abocado a impugnar la asimilación de rasgos de una literatura en función de la nacionalidad del escritor que la produjo (la supuesta y necesaria “argentinidad” o “latinoamericanidad” de una/s

³¹ Subrayado mío.

³² Subrayado mío.

literatura/s, ligada a una idea de mercado cuya etiqueta más visible fue el supuesto “boom”; ver Viñas, Rama et al., 1981), muchas de estas declaraciones respaldan la tarea que, consciente e inconscientemente, Gamerro despliega en el ciclo de sus primeras cinco novelas: ¿existe una identidad nacional argentina? ¿Cuál sería? ¿Por qué? ¿Qué modelaciones de la realidad implica esa identidad heredada? ¿Es legítima? ¿Sigue vigente? ¿Es real, necesaria, propia? En última instancia, ¿de qué está compuesta una identidad? ¿Debo asumir esa herencia? ¿En qué medida puedo refutar lo recibido y construir(me) una identidad propia? La literatura, en este caso, pone el foco para habilitar esa toma de consciencia. No lo hace gratuitamente: poder enterrar los fantasmas del pasado hace a la felicidad del presente. Que de la mano de la tragedia venga la risa es, por tanto, tan necesario.

Esta lectura de Gamerro constituye una vuelta última (hoy, ya que tendrá seguramente sus prolongaciones en el futuro) a la propuesta de tradición postulada por Borges y continuada, como venimos viendo, por Saer, quien ejerce en sus ficciones aquello que promulga en sus ensayos, cumpliendo así con sus propias premisas de escritura. Un ejemplo claro de esto en relación con el ensayo que venimos analizando a propósito de la práctica de escritura en narrativa y la identidad – también literaria- nacional, lo encontramos en *La pesquisa*. Allí, leemos:

[...] ser adulto significa justamente haber llegado a entender que no es en la tierra natal donde se ha nacido, sino en un lugar más grande, más neutro, ni amigo ni enemigo, desconocido, al que nadie podría llamar suyo y que no estimula el afecto sino la extrañeza. (Saer, 1995: 78)

Ese “lugar más grande, más neutro” es, claro, “la espesa selva virgen de lo real”. Borges, entonces, abrió las fronteras de un primer modo, adscribiendo una no-tradición a la multiplicidad de tradiciones; Saer lo hace negando todo recorte, difuminando los límites (al punto de no definir siquiera su *zona* bajo un nombre concreto), neutralizando cualquier clasificación, y lo hace tanto en la novela como en el ensayo, de manera insistente, decidida, y contundente:

Los problemas latinoamericanos son de orden histórico, político, económico y social y exigen soluciones precisas con instrumentos adecuados. Desplazarlos a la praxis singular de la literatura implica, necesariamente, ingenuidad, oportunismo o mala conciencia. La mala conciencia proviene del malestar que los escritores sienten confrontando la situación histórica con los imperativos particulares de su propia escritura. Frente a esta alternativa son posibles dos actitudes: la equivocada, que se limita a la repetición voluntarista de la circunstancia social, o bien la que me parece “actualmente” la única correcta y que, a partir justamente de la situación problemática que supone esta mala conciencia, consiste en analizar la propia experiencia y en desplegar este análisis en la praxis de la escritura. (Saer, 2004: 262-263)

Esta premisa de escritura a partir de la experiencia es reconocible en la propuesta de Carlos Gamerro, que da, decíamos, una vuelta última a la cuestión de “lo nacional” interpelando nodos centrales de esta concepción, desde distintas aristas. Así, hay una filiación reconocible – bien que con características propias de cada período- en estos tres escritores, que han dado respuesta desde la literatura, con la literatura, desde el oficio de la escritura de ficción, a la cuestión de la idea de nación. Los tres han coincidido en lo ficticio de estas adscripciones identitarias, lo cual, paradójicamente, se constituye en un rasgo común, extensivo a los nombres más influyentes de la literatura argentina. Claro que cabe preguntarse a qué responde este significativo vacío. Una

hipótesis fuerte, actual, está en la propia literatura de Gamerro: la concepción de nación legada por los ancestros no responde a una imagen cómoda, feliz, saludable. De ahí que el presente, esa selva espesa de lo real, siga doliendo tanto.

1.4.3. El Estado como ficción: Ricardo Piglia

La ficción narra, metafóricamente, las relaciones más profundas con la identidad cultural, la memoria y las tradiciones. Existe una red de narraciones básicas, de relatos sociales, que la novela actual reconstruye: su tema central es diría yo la tensión entre cultura mundial y tradiciones locales. Entre la tendencia generalizada de uniformar la experiencia y construir grandes núcleos de memoria común y las resistencias parciales, la cultura situada, la voz particular.

R. Piglia

Escribir para mí es pensar. Es cierto, aunque sea pensar sobre la frase (y no hay maneras de pensar fuera de una frase). Y escribo para no ser escrito, para no ser narrado por el discurso social que circula y tengo que repetir.

Fogwill

Recordemos lo que dijo Gamerro al referirse a los padres literarios: “*Faltan padres.* [...] Los únicos de peso que nos han quedado son Saer y Piglia. Saer está en su punto justo: ni sobra ni falta. Y es bueno tener un padre vivo. Piglia, en cambio, es tío de todos pero padre de nadie” (Saítta et al., 2004: 65).³³ Piglia, un tío: Gamerro le reconoce una filiación lateral; arriesgo que esto es así porque en Piglia sobresale el crítico, rol que Gamerro se encarga de dejar en segundo plano en su

³³ Subrayado en el original.

escritura: primero está la narración (cf. Gamerro, 2015a: 7-8). Por eso Saer padre, Piglia tío. Veamos, entonces, cómo se constituyen esas líneas de filiación lateral.

En primer lugar, en “Memoria y tradición” (1995) Piglia describe el problema de la tradición cultural en su origen como el resultante de una *mirada estrábica*: distorsión problemática.

La conciencia de no tener historia, de trabajar con una tradición olvidada y ajena; la conciencia de estar en un lugar desplazado e inactual. Podríamos llamar a esa situación la mirada estrábica: hay que tener un ojo puesto en la inteligencia europea y otro puesto en las entrañas de la patria. [...] La tradición argentina tiene la forma de un espejismo: en el vacío del desierto se vislumbra lo que se quiere ver. Sarmiento llama a eso la lucha entre la civilización y la barbarie. (Piglia, 1995: 56)

La *mirada estrábica*, entonces, es la que no puede reconocer en sí más que vacío: la negación de las características de esa *entraña patria* conformaría luego el sustrato de lo que para el discurso estatal significa el temor, el asombro, el espanto, el siniestro: la otredad, que en el caso argentino tomo características propias en el período rosista. Esta mirada también se proyecta y desarrolla en el siglo XX, durante el cual la dicotomía propuesta por Sarmiento se complejizará a la par que la sociedad. Saer reniega de los mandatos de expectativa que pesan sobre los escritores en función de su origen; los textos críticos de Ricardo Piglia, en cambio, ponen en evidencia la construcción de un discurso que sustenta la identidad nacional, su pertenencia/adscripción o exclusión/desafectación de parte de los diversos grupos sociales, y la conformación de la propia identidad. Así, mientras que Saer se

desmarca por la negativa, Piglia lo hace por la positiva: subrayando la función de las ficciones de Estado, mostrando el revés de la trama.

En este sentido, el siglo XX asentó, mediante una literatura que había conquistado su autonomía en torno al Ochenta, el fino trabajo de lo que Piglia llama *identidad cultural*, que es un perfecto vaso comunicante entre las *identidades nacional, grupales e individual*, y que se suma a otros dos importantes conceptos: *tradicición y memoria*.

La tradición argentina puede verse como un comentario sobre los usos laterales de los contextos interpretativos. O si ustedes prefieren sobre los efectos ficcionales de ese uso lateral de los contextos interpretativos. Borges, Sarmiento, Arlt, han definido allí su identidad: la tradición perdida, la traducción, la memoria extranjera, la cita falsa. La identidad de una cultura se define por el modo en que usa la tradición extranjera. (Piglia, 1995: 58)

Puesta en acto, esa “identidad de la cultura” materializa el desplazamiento mediante diversas operatorias de apropiación simbólica. En principio, la tradición sobre la que opera el imaginario en Argentina es extranjera; la marca nacional es el uso dado en la apropiación. La tradición es uno de los constructos que conforman una identidad cultural. A esta circunstancia se añade el peso de la cultura de masas. Como recuerda Piglia, Borges subraya su importancia en la construcción de una *memoria ajena*:

La cultura de masas (o mejor sería decir la política de masas) ha sido vista con toda claridad por Borges como una máquina de producir recuerdos falsos y experiencias impersonales. Todos sienten lo mismo y recuerdan lo mismo y lo que sienten y recuerdan no es lo que han vivido. [...] La figura de la memoria ajena es la clave que le permite a Borges definir la tradición poética y la herencia cultural. Recordar con una memoria extraña es una variante del tema del doble pero es también una metáfora perfecta de la experiencia literaria. (Piglia, 1999: 65-66)

Aquí entra en juego la posibilidad de la literatura, su capacidad de construir una memoria ajena (que conformamos mediante la lectura) y, por tanto, de operar en el plano de lo real. Quiero detenerme en la importancia fundamental de esta brillante capacidad de la literatura, que es una clave de lo que propongo en esta tesis. Iré por partes.

Los grandes relatos de Borges giran sobre la incertidumbre del recuerdo personal, sobre la vida perdida y la experiencia artificial. La clave de este universo paranoico no es la amnesia y el olvido, sino *la manipulación de la memoria y de la identidad*. Tenemos la sensación de habernos extraviado en una red que remite a un centro cuya sola arquitectura es malvada. En ese punto se define la política de la ficción de Borges. Basta leer “La lotería de Babilonia” para percibir que la función del Estado como aparato de vigilancia, *la función de lo que suele llamarse la inteligencia del Estado, es la de intervenir y construir una memoria incierta y una experiencia personal*. (“Como todos los hombres de Babilonia, he sido procónsul; como todos, esclavo; también he conocido la omnipotencia, el oprobio, las cárceles.”) La figura vanidosa y vengativa de Scharlach el Dandy en “La muerte y la brújula” [...] es un modelo barroco de este nuevo tipo de conciencia. El héroe vive en la pura representación, sin nada personal, sin identidad. Héroe es el que se pliega al estereotipo, el que se inventa una memoria artificial y una vida falsa. Esa disolución de la subjetividad es el tema de “Deutsches Requiem”, su extraordinario relato sobre el nazismo. La confesión del admirable (del aborrecible) Otto Dietrich zur Linde es en realidad una profecía, quiero decir una descripción anticipada del mundo en que vivimos. “Quienes sepan oírme, comprenderán la historia de Alemania y la futura historia del mundo. Yo sé que casos como el mío, excepcionales y asombrosos ahora, serán muy en breve triviales. Mañana moriré, pero soy un símbolo de las generaciones del porvenir. (Piglia, 1999: 64-65)³⁴

Hablar de “manipulación de la memoria y de la identidad” en Argentina no sólo remite a la historia reciente, y a las narrativas de posdictadura, sino a cada una de las cinco novelas que aborda esta tesis. Esto es así porque si bien el Estado, dispositivo fundamental en la construcción de una memoria (¿falsa?, ¿ajena?, ¿impersonal?), siempre opera sobre la identidad, en el caso argentino no sólo operó por construcción activa

³⁴ Subrayado mío.

sino especialmente por destrucción activa, cuyo caso emblemático es la sustracción/ocultamiento/falseamiento de identidad que implicó la apropiación de bebés durante la última dictadura.

[...] el Estado construye ficción y no puede gobernarse sin construir ficción. Valéry dice cosas muy interesantes sobre este asunto, y también Gramsci lo ha señalado: que no se puede gobernar con la pura coerción. Es necesario gobernar con la creencia, y una de las funciones básicas del Estado es hacer creer, y que las estrategias del hacer creer tienen mucho que ver con la construcción de ficciones, y que esa construcción puede ser vista por los escritores y los críticos con una mirada diferente a como la miran los historiadores y los políticos, que nosotros tenemos mucho que decir sobre esos mecanismos. Por otro lado, yo diría que *la literatura disputa con ese mismo espacio, es decir, que la literatura está construyendo un universo antagónico a ese universo de ficciones estatales. En cierto sentido yo digo que hay una tensión entre la novela y el Estado, que en algunos momentos es muy visible y que, en otros casos, es necesario descifrarla, pero que hay dos polos de esa elaboración, podríamos decir, dos polos de cristalización de cierto tipo de ficciones sociales. Yo no pienso tanto, como algunos, en la relación entre ciertos novelistas y el Estado, que a veces se da, sino en el Estado como narrador.* (Piglia, 2015b: 215-216)³⁵

Frente a ese Estado narrador, la novela (la ficción asumida como tal, digamos). Quiero decir: la narrativa de Gamerro plantea fuertemente esa disputa, ese antagonismo frente al discurso del Estado. Lo hace ya, y con toda magnitud en sus tres primeras novelas: en *Las Islas*, desde el mismo presente de la escritura llevado a la ficción; en *El sueño del señor juez* sobre el mito fundacional de la nación; en *El secreto y las voces*, el paso magistral lo da hacia el señalamiento de qué es, quiénes son, quiénes constituyen a ese Estado, quiénes lo sustentan. Este antagonismo le permitirá, en las cuarta y quinta novelas, proyectarse hacia los dos mitos más fuertes de identidad grupal, intocables por

³⁵ Subrayado mío.

causa de los asesinatos pendientes de Justicia:³⁶ el peronismo (*La aventura de los bustos de Eva*) y el comunismo (*Un yuppie en la columna del Che Guevara*). Para sacudirse el peso de la memoria de Estado, y el más profundo e insondable de la herencia identitaria legada por ausencias violentas producidas por mano de ese Estado impugnado - imposibles de duelar por la sustracción de los cuerpos, imposibles de pacificar donde la Justicia no llega-, la literatura aquí trabajada tuvo que recorrerlas, sopesarlas, decidir: qué sí y qué no elijo heredar; qué asumir y qué no como parte de mi identidad individual. Un trabajo de fondo, fundamental para las generaciones de posdictadura.

En la Argentina, en los últimos cuarenta años desde el golpe, se realizaron los juicios contra las juntas, que continúan ahora con los otros responsables, militares y civiles; se reivindicó y reparó, en la medida de lo posible, a las víctimas; se restableció la identidad a muchos cuerpos; se recuperaron muchos chicos arrebatados a sus familias. Si no hubiera sucedido todo eso, la literatura seguiría atada a las funciones más básicas del testimonio y la denuncia. Si el gobierno actual abandona la política activa de derechos humanos y la deja “en manos de la Justicia”, como ha propuesto reiteradamente el presidente Mauricio Macri; si tenemos que volver a dedicar tiempo y esfuerzo a condenar posturas que presentan la legítima justicia como venganza, o a revisar las avaras cuentas de algunos ministros y refutar sus aviesos argumentos, la literatura deberá volver a los caminos trillados de la pedagogía de lo obvio y la exposición de las verdades más elementales, y los escritores tendremos que abandonar la meta de llegar, en nuestras exploraciones, a la Y o a la Z, para volver al ABC. (Gamerro, 2016a: s.p.)

Esa Z -o mejor digamos “X”- a la que postulo que llegó la narrativa de Gamerro es la que aquí presento e indago. Sabemos que el peso del discurso literario es muy marginal respecto del discurso estatal pero aquí está presente la posibilidad de trabajar con el fantasma, de construir memoria y, sobre todo, de proyectar un futuro en el que el

³⁶ Ver “Otra violencia: el fin del tabú del enfrentamiento” (Drucaroff, 2011: 187-189).

peso del pasado no ahogue un deseo propio. Esta es la hipótesis que sostengo como móvil de escritura de las cinco novelas del corpus. Recorreré el método de trabajo de cada novela en los cinco capítulos siguientes. Sus efectos, en cada una de las conclusiones.

CAPÍTULO 2: Identidad nacional, pasado y origen

2.1. Fundación mítica de Malihuel: *El sueño del señor juez*

*Voyant le deuil qui vous minne et
consomme, mieux est de ris, que de larmes
écrire: pour de que rire est le propre de
l'homme.*

F. Rabelais

*Había andado doscientas leguas, había
visto un mundo desconocido y había
soñado...*

L. V. Mansilla

*'If that there King was to wake,' added
Tweedledum, 'you'd go out— bang!—just
like a candle!'*

L. Carroll

El siglo XIX es fundacional en la historia argentina. Es entonces cuando entran en disputa los diversos proyectos de país que buscaban una identidad propia para la patria, emancipada de aquella heredada de España. Textos que hoy consideramos también literarios –y otros que siempre lo fueron- dan fe de aquellas disputas: Echeverría (1873) - escrito en 1937-, Sarmiento (1971 [1845]), Alberdi (1979 [1852]), Mansilla (1947 [1870]), Hernández (1978 [1872]). Muchas de estas cuestiones se han constituido en tópicos históricos, culturales y literarios que conforman el imaginario que hoy se tiene de aquel siglo y son parte de la tradición nacional: el gran malón y las cautivas, la guerra al indio, la línea de fortines y la zanja de Alsina, el maltrato al gaucho por parte del Estado, el abuso de autoridad y el reparto

discrecional de la tierra, la guerra al Paraguay, la burla a los primeros gringos, la llegada del ferrocarril, en fin, la puesta en práctica del proyecto nacional liberal.

El sueño del señor juez recorre en clave de parodia cada uno de estos tópicos, que leídos a la luz del presente de su publicación (un año antes del estallido social con que Argentina ingresó al siglo XXI) explican el porqué de ese presente desastrado: el propio Gamarro aborda la proximidad entre tragedia y parodia en “Ficciones barrocas” (Gamarro, 2010b: 11-77). Allí, en las injusticias brutales, la masacre de grupos humanos, el autoritarismo, la irracionalidad de las decisiones o la ambición personal de quienes vencieron en la disputa por la hegemonía o por una porción de poder, se encuentra la raíz de muchas de las circunstancias que todavía en el siglo XXI siguen enquistadas y dan forma a la sociedad.

La presencia de las literaturas del siglo XIX argentino en las literaturas del XX posibilita la vuelta sobre esos imaginarios. El humor que la parodia propone es un vehículo ideal para recorrer los dolores del presente sin la solemnidad insostenible ya en posdictadura, en tiempos en que aquella dicotomía civilización/barbarie (bien/mal, racionalidad/locura, etc.) ya no resulta creíble, por haber vivido bajo un Estado terrorista que acabó con cualquier tipo de confianza en las instituciones, en términos reales y simbólicos. No hay tal civilización, porque la barbarie es las masacres que dieron lugar al *statu quo* fundacional, actualizado en cada golpe de Estado y en cada oleada de represión estatal, y por tanto la barbarie es ese mismo *statu quo*, y no

los grupos humanos que han sido exterminados y/o duramente castigados por su identidad, sean éstos etnias originarias, gauchos, anarquistas, peronistas, trotskistas, inmigrantes o pibes pobres.³⁷ De este modo, la carga dicotómica sufre una inversión en su valoración: el Estado es el foco desde el cual se barbariza toda la nación (simbólicamente puede serlo Buenos Aires, como en Mairal, 2005). *El sueño del señor juez* se enmarca en el grupo de literaturas del presente posdictatorial neoliberal que expone la descomposición de aquella dicotomía fundante; el término “civil-barbarie”, propuesto por Drucaroff (2011: 477-515), viene a señalar la ruptura de esa dicotomía. Aquí, no obstante, avanzaré hacia la idea de inversión de ambos términos, y para ello acompañaré el análisis con la mirada situacional que aportaron ya en el XIX Mansilla o Hernández, quienes supieron ver en la *barbarie* los rasgos de humanismo que la *civilización* ostentaba *in absentia*.

Somos unos pobres diablos. Los enanos nos dan la medida de los gigantes y los bárbaros la medida de la civilización. Resta saber si seríamos más felices poniendo en la silla curul de nuestros magnates, pigmeos, y cambiando el coturno francés por la bota de potro. (Mansilla, 1947: 317)

Civilización y barbarie son, como fue señalado especialmente por la crítica poscolonial (Said, Spivak, Bhabha, Todorov), dos caras de una

³⁷ Desde el año 2015, a la ya histórica consigna “Nunca Más” contra la dictadura se sumó la consigna “Ni Una Menos”, que simboliza la lucha contra la opresión de género en sus múltiples aspectos, cuyo referente más extremo son los femi[ni]cidios (en España se los llama feminicidios, en Argentina, femicidios) que se cometen a diario en Argentina. Mujeres y toda aquella persona cuyo género no responde a la cisheteronormatividad se suma, claramente visibilizada hoy, al grupo de hostigados por su perfil identitario. Orden de Clases y Orden de Géneros (Drucaroff, 2011) se entrecruzan en la búsqueda de Justicia. Esto todavía no se manifestaba así en el año 2000, en que se publicó *El sueño del señor juez*.

misma moneda. Para el caso del Estado argentino la moneda es, precisamente, el grupo social hegemónico representado por la oligarquía que posee el gran capital, cuyo origen fue el genocidio decimonónico y la acaparación de tierras.

Previsiblemente, el ancho común denominador latinoamericano que vamos viendo no sólo contextúa el caso particular argentino marcado por la secuencia general Roca/indio/Patagonia, sino que puede explicar desde dentro el resto de los países de México al Cabo de Hornos: no ya como secuencia sino como matriz de lo que podría llamarse “orígenes indios de la América Latina contemporánea”. O, si se prefiere, “en el origen de la América Latina contemporánea subyace el etnocidio”. (Robert Jaulin en Viñas, 2013: 33)

En el siglo XIX, las ciudades eran consideradas focos de civilización, frente a la barbarie de tierra adentro.

La ciudad es el centro de la civilización argentina, española, europea; allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos. La elegancia en los modales, las comodidades del lujo, los vestidos europeos, el frac y la levita tienen allí su teatro y su lugar conveniente. No sin objeto hago esta enumeración trivial. La ciudad capital de las provincias pastoras existe algunas veces ella sola, sin ciudades menores, y no falta alguna en que el terreno inculto llegue hasta ligarse con las calles. El desierto las circunda a más o menos distancia: las cerca, las oprime; la naturaleza salvaje las reduce a unos estrechos oasis de civilización, enclavados en un llano inculto, de centenares de millas cuadradas, apenas interrumpido por una que otra villa de consideración. (Sarmiento, 1971: 77)

Este es el imaginario desde el cual se proyecta la nación: aquello que se desea instituir es asumido como *argentino, español, europeo*; aquello que se quiere erradicar es considerado, por tanto, *barbarie*. En cuanto a los sujetos sociales, vence la idea extrema del exterminio. Sarmiento (cf. Viñas, 2013: 53 y 251) es uno de los ideólogos de la imposibilidad, siquiera, de someter a los pueblos originarios a un proceso de

aculturación (Ortiz, 1987). La única alternativa sería, entonces, el genocidio, la solución final.

[...] lo que se llevó adelante en la Argentina fue un proyecto blanco con privilegio en lo urbano. O la consolidación de un estilo, como lo dijo Benedict Anderson [1993]: las comunidades se distinguen no por cuán genuinas o falsas son, sino por el estilo en que son imaginadas. Se trata de un estilo para consolidar proyectos nacionales, un estilo que redundaba en mecanismos de negación. En el caso argentino, se rechaza, se niega una parte de la realidad –de la Historia– y se desea imponer a esa realidad las condiciones metropolitanas con las que sueñan los letrados. Toda cultura, es cierto, provee a sus miembros de ficciones organizadoras o ideologías que definen sus relaciones, crean prácticas o “sitios” para ejercer la memoria (textos, monumentos, mapas, cantos) y dan sentidos culturales. Esta identidad depende claramente de establecer diferenciaciones, aunque “identidad” sugiera igualdad, parecido, identificación con otros. La paradoja es que, así como ocurre con el proceso de formación de la ciudadanía, la Identidad se define a partir de su Otredad: lo marginal, lo diferente, lo que no soy. [...]. Así, Buenos Aires, como centro de emanación de las formas organizativas y culturales que se consolidaron hacia fines del siglo XIX, es a su vez la frontera, el desierto, el indio, el fugitivo y la mujer que se negaban a volver. [...] lo que la Argentina niega acerca de sus orígenes, es parte constituyente de su identidad. (Rotker, 1999: 39-40)

Aunque de un modo aculturado, Mansilla sí llegó a postular un Estado argentino que integrara a sus pueblos originarios. Más adelante, Viñas señalará qué implicaba eso de “integrar”, como veremos; aquí, la consabida respuesta:

¿No hay quien sostiene que es mejor exterminarlos, en vez de cristianizarlos y utilizar sus brazos para la industria, el trabajo y la defensa común, ya que tanto se grita de que estamos amenazados por el exceso de inmigración espontánea? (Mansilla, 1947: 51)

Dando un paso más allá, Mansilla se concibió aun mestizo, algo impensado en Argentina: “todos los americanos tenemos sangre de indio en las venas, ¿por qué ese grito constante de exterminio contra los bárbaros?” (Mansilla, 1947: 394).

Los hechos que se novelan en *El sueño del señor juez* transcurren en 1877 en Malihuel, un asentamiento emplazado en la provincia de Santa Fe, hacia el suroeste de Rosario. Este pueblo preexiste en la obra de Gamarro, ya que fue mencionado en *Las Islas* -tanto Gloria como Felipe Félix pasaban sus veranos de infancia allí, en la tierra de sus mayores-, y puede ser también leído como el protagonista de *El secreto y las voces*, la novela que seguiría a *El sueño del señor juez* en el orden de publicación. Esta segunda novela de Gamarro, la primera que toma esta tesis en su lectura de corpus, es el relato -entre otros asuntos- de la fundación de Malihuel.

La historia de Malihuel es prototípica de los pueblos que fueron construyendo el espacio nacional: 1877 es plena época de organización política y expansión territorial. Aunque la idea de desierto adjudicada a la pampa fuera falsa (Viñas, 2013: 291), en el imaginario fundacional funcionaba como una hoja en blanco.

¿Qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina, el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver... no ver nada; porque cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se le aleja, más lo fascina, lo confunde y lo sume en la contemplación y la duda? ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que ve? ¡La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte! He aquí ya la poesía: el hombre que se mueve en estas escenas, se siente asaltado de temores e incertidumbres fantásticas, de sueños que le preocupan despierto. (Sarmiento, 1971: 88)

Esas *incertidumbres*, que Sarmiento percibe como *fantásticas*, no conviven con la realidad que se proyectaba *despierto*, pertenecen al plano de la *poesía*, son *escenas* (pintura, teatro, ficción), son *sueños*,

más allá está *la muerte*, más allá hay un mundo que no convive ni con la vida terrena ni con la vigilia ni con lo real: se desvanece al despertar.

La historia de Malihuel presenta todos los elementos codificados en la historiografía nacional mediante cada uno de los grupos humanos que la constituyeron: pueblos originarios, españoles, criollos, gauchos, gringos ricos (de origen inglés, en este caso), gringos pobres (aquí italianos). Así, la novela ancla plenamente en la historia nacional, la referencialidad es detallista -rasgo que habilita y enriquece la parodia que caracteriza a las tres partes del texto-. No obstante, como veremos, el previsible realismo se dispara fantásticamente, como cabe a las literaturas que caracterizaron a la región del Río de la Plata durante el siglo XX, con una fuerte impronta barroca, por los múltiples pliegues que constituyen sueño y vigilia, solapados. En esos términos lo plantea el propio Gamerro en su obra crítica.

Épocas anteriores conocieron la multiplicidad de planos, pero lo propio del barroco no es la mera multiplicidad sino la intercambiabilidad: el hombre barroco es el hombre que no sabe en qué plano está (si vive o sueña, si lo que hace es acción o actuación, si ve o imagina, si es persona o personaje). (Gamerro, 2010a: 19)

En lo que fue un fortín comandado por don Urbano Pedernera, de cuyo casco solo pareciera haber pervivido un mangrullo, comienza a asentarse un pueblo: “Sólo a mí se me ocurre hacer de esto un pueblo [...], qué respeto me van a tener si el juzgado parece una toldería y el calabozo un rancho” (Gamerro, 2000: 12). La historia personal del comandante Pedernera estaba atravesada por las guerras patrias: su padre fue muerto en las guerras de emancipación del Alto Perú, que

fueron todas derrotas para los ejércitos independentistas, y él mismo estaba de regreso de la Guerra Guasú: “[...] fumaba una pipa del picante tabaco paraguayo al que se había aficionado durante la guerra” (Gamerro, 2000: 115). Urbano, haciendo honor a su apelativo, está obsesionado con la organización de este emplazamiento, al que quiere imponer su nombre: “Venía también con una misión personal: hacer del rancherío contenido por las cinco paredes del fuerte y del chinerío rejuntado que lo habitaba un pueblo, un pueblo que algún día llevaría su nombre” (Gamerro, 2000: 27). Mientras espera la visita del agrimensor, proyecta la estatua ecuestre que será erigida en su memoria en el centro de la plaza.

Su reciente actividad militar como comandante a cargo del fuerte ha virado a función civil: el flamante juez de paz de Malihuel reúne en su persona todos los atributos de la autoridad, como cupo a tantos otros, según registró Sarmiento en *Facundo*.

[...] había decenas de caudillos que en cuatro años habían elevádose de *gauchos malos* a comandantes, de comandantes a generales, de generales a conquistadores de pueblos y, al fin, a soberanos absolutos de ellos. (Sarmiento, 1971: 192)³⁸

Desde ese cargo se convierte en la pesadilla del pueblo, al verse acosado en sueños por la ofensa permanente de los habitantes.

Para algunos la cosa empezó ahí, con el sueño del pulpero, aunque para otros fue más tarde, cuando el robo de la yegua de don Manuel Rosas Paz, o el alerta de los dos malones; pero lo cierto es que poco a poco los dispersos habitantes del paraje comenzaron a otorgar un valor oracular o profético a los sueños del juez de paz, y sus vidas empezaron, al principio

³⁸ Subrayado en el original.

imperceptiblemente, a transitar la senda que ellos le marcaban. (Gamerro, 2000: 22)

Junto a la serie histórica corre en paralelo la serie literaria (Tinianov, en Todorov, 2011: 133-139): los diversos episodios de la novela presentan muchos de los argumentos de los clásicos nacionales del siglo XIX. Entre aquellas literaturas del XIX y la reescritura que realiza Gamerro pisando el siglo XXI se producen dos operaciones en el plano de la escritura, que remiten a aquellas propias de los sueños: la condensación y el desplazamiento (Freud, 1979c). Diversos momentos de los textos decimonónicos serán tratados de este modo en *El sueño del señor juez*. A su vez, dentro de la propia novela y en los sueños del magistrado, veremos también producirse estas operaciones, ya no dentro del plano de la escritura sino en la misma ficción. Este señalamiento no es gratuito en una novela en la que, como veremos, se juega permanentemente con los pliegues que conforman realidad y ficción, sueño y vigilia, historia y literatura, teatro y vida, etc. En estas primeras escenas, la confusión que perturba al señor juez y, con ella, la calma de Malihuel, evocan a otro personaje de *Una excursión a los indios ranqueles*.

Esa misma noche, y con motivo de las interminables preguntas de Garmendia, supe que Gómez había padecido en otro tiempo de alucinaciones. Explicónos en su media lengua, lo mejor que pudo, que en Buenos Aires, siendo más joven, había tenido una querida. Que esta mujer le había sido infiel y que había estado preso por una puñalada que le diera. Al recordarla, una especie de celaje sombrío envolvió su rostro, al mismo tiempo que cierta sonrisa tierna vagó por sus labios. La curiosidad aumentaba el interés de este tipo, crudo, enérgico y fuerte, tan común en nuestro país. Intuyendo las causas que armaron el brazo de este Otelo correntino, sacamos en limpio que su querida no había faltado a los compromisos contraídos o a la fe jurada. Que en sueños, mientras dormían juntos, la había visto en brazos de un rival, que él

aborrecía mucho; que cuando se despertó, el hombre no estaba allí, pero que él lo veía patente; que lo hirió en el corazón, y que, a un grito de su querida, volvió en sí, despertándose del todo, y viendo recién que estaban los dos solos y que su cuchillo se había clavado en el pecho de su bienamada. (Mansilla, 1947: 29)

Mansilla relata un hecho real y para hacerlo apela al personaje de Shakespeare, plegando realidad y ficción, mundo y teatro, además de sueño y la vigilia, tal como el mismo relato propone. El sueño obró en la vigilia el asesinato de una mujer (hecho siempre tan naturalizado pero claramente tipificado ya en el siglo XXI). Análogas circunstancias ponen a Malihuel al borde de la desaparición, ya que muchos habitantes deciden desertar tras ser castigados por hechos que –en un giro kafkiano- el señor juez sueña por las noches, y de los que consigue convencer aun a los acusados, que acaban sintiéndose culpables.

Tal es el caso de Rosendo Villalba, a quien soñó orinando las paredes del juzgado: No sabía muy bien qué pensar de todo el asunto, pero para empezar decidió que dentro de todo la había sacado bastante barata. El juez no era justo pero tampoco mentiroso, si decía que lo había soñado, así debió ser. (Gamerro, 2000: 17)

Rosendo, entonces, busca refugio más allá de las provisionales fronteras delimitadas por la línea de fortines al igual que Venancio, que decide abandonar a su familia y huir porque sueña a su vez que mata al juez, y por tanto asume que se ha *disgraciado* (como ocurriera a su antecesor literario arquetípico: Martín Fierro).

[...] me di cuenta de que el facón se me había vuelto anzuelo y por eso no salía. Cuando me desperté no pude encontrarlo [...]. Van a saber que es el mío. [...] -¡Me disgracié, hermano! –desmontó con el llanto en la garganta. [...] Había soñado que lo mataba al juez de paz. [...] Rosendo se

quedó parado un buen rato mirando a jinete y caballo alejarse hasta que se los tragó la llanura. (Gamerro, 2000: 57-58)³⁹

Sin embargo, hay quienes se atreven descreer de estos sueños, al punto de llegar a inventar un *sueño trucho* (Gamerro, 2000: 47) –la selección léxica que el autor textual hace del adjetivo es bien extemporánea, hecho que nos remite una vez más al presente-; o bien intentan sacar partido copiando la modalidad.

Para don Urbano fue demasiado: –¡Vos soñaste! ¡El señor soñó! ¿Pero a quién le importan los sueños roñosos de un roto como vos? ¿Su señoría soñó, y yo tengo que hacerle caso? ¡Los perros también sueñan! ¡Yo te viá enseñar a soñar conmigo! –gritaba mientras lo corría a lonjazos, con un rebenque trezado por el propio Gómez. Fue un intento fallido, pero al menos el primero, todos concordaban en eso, de influir en los sueños del señor juez. (Gamerro, 2000: 50)

Sin éxito individual, el intento sería luego colectivo, como en *Fuenteovejuna*. Se toma ejemplo de los indios, cuya estrategia de combate está al alcance de la mano, y así se habla de confluir en malón, ingresar en territorio ajeno y tomar como botín al cautivo: “Toda la gente del fuerte y la estancia debía ponerse de acuerdo y soñar lo mismo, y así, en malón, el sueño de todos entraría en el del juez y lo tomaría cautivo” (Gamerro, 2000: 54). Otros pobladores, en tanto, comienzan a sospechar del uso que el juez hace de los sueños.

Alguien [...] se atrevió a sugerir que el juez tal vez soñaba lo que le convenía, y aunque unos cuantos sabían de la deuda de don Manuel con Juan Crescencio por su tropilla de potros, y la de don Urbano con don Manuel por el apoyo a su nominación ante el gobierno de la provincia, se creyeron igual en la obligación de contrariarlo: los sueños siempre dicen la verdá, ni siquiera el juez se atrevería, con los sueños no se jode. (Gamerro, 2000: 22-23)

³⁹ Cf. también la escena que presenta *Juan Moreira* (Gutiérrez, 1961: 36).

Y aunque la sospecha venga unida del beneficio económico, y éste a su vez ligado a la práctica política –todo lo cual se prolonga en toda la historia de Argentina hasta el presente- (cf. Viñas, 2013: 100), finalmente vence la confianza hacia la legitimidad de los sueños; como si “la verdá”, para la Justicia, fuera la del inconsciente. Por eso, el miedo subsiguiente es hacia la ilimitada capacidad de control que se le otorga al juez, a quien se considera capaz no sólo de soñar algo que verosimiliza y traslada al plano de la vigilia, de profetizar con sus sueños, o de conocer aquello que es soñado por los habitantes de Malihuel, sino de leer el pensamiento de los pobladores mediante el sueño: “había que pensar que los poderes del juez eran sobrenaturales, posibilidad que las mujeres ya daban por hecha. ‘Puede soñar lo que pensás’ cuchicheaban mientras lavaban ropa a orillas de la laguna” (Gamerro, 2000: 23); “Nunca duerme’ o ‘nunca despierta’ cuchicheaban las mujeres a su paso; era como si se hubiera disuelto la barrera entre ambos mundos” (Gamerro, 2000: 32). Las mujeres trafican información, adelantan los sueños del señor juez como en un campo de batalla en el que se dirime una disputa, ofrecen su acceso a la noticia anticipada. La figura del señor juez amasa tanto poder en la vigilia mediante el usufructo del sueño, que el viejo Santoro llega a plantear, en clave calderoniana, que se le debe la misma existencia, poniéndolo en un plano de igualdad con Dios.

-[...] ¿Quién le dijo que todo esto, los campos, las casas y la laguna, nosotros mismos acá sentaos, no somos más que un sueño suyo? Levantar un rancho no es echar raíces, joven amigo. Estamos unidos al

lugar apenas tenuemente, como los panaderos al tallo de un cardo, y el primer viento que pase nos desparrama volando por toda la llanura. ¿Quién se animaría a soplar ese cardo, amigo Rosendo? ¿Usted? -Si sólo somos un sueño suyo, no podemos hacer nada. Todo lo que hacemos, él tiene que soñarlo primero. Ni en el fuerte teníamos tan poco albedrío. El viejo Santoro sonrió con toda la boca, y Rosendo entendió que como quien no quiere la cosa había estado todo el tiempo arreándolo hasta este punto. -Ahí es donde se me equivoca de medio a medio el joven. ¿Desde cuándo en los sueños las cosas y las personas hacen lo que nosotros queremos? Si justamente ahí es donde se portan más locas que nunca. ¿A usted los sueños lo obedecen, Rosendo? ¿Vienen como perros cuando los llama? Esto es lo que quería que entienda, joven amigo, porque vi en sus ojos que es capaz de cometer otra locura. Si el juez nos sueña es para que podamos ser libres. (Gamerro, 2000: 42-43)

La actividad onírica, momento en que el inconsciente puede fluir sin las barreras represoras de la cultura, es la que según Santoro posibilita la libertad. Lo que no explicita su discurso es el hecho de que son los sueños ajenos, y sólo los del señor juez, los que señalan el camino de la libertad de los pobladores. Es, por tanto, el Ello (Freud, 1979a) del señor juez el que encuentra libre albedrío para expresarse y dar forma a la libertad ajena. El juez los sueña para que puedan ser libres en tanto objeto de su deseo y no como sujetos autónomos, esto es, no están libres sino librados a sus arbitrios.

2.2. La identidad nacional codificada en sus tópicos

Creerán algunos que a medida que corre la pluma voy fraguando cosas imaginarias, por llenar papel y aumentar el efecto de estas mal zurcidas cartas. Y sin embargo todo es cierto. Los abismos entre el mundo real y el mundo imaginario no son tan profundos. La visión puede convertirse en una amable o en una espantosa realidad.

L.V. Mansilla

Un hecho falso puede ser esencialmente cierto.

J.L. Borges

Et en admettant qu'au sens littéral vous trouviez des matières assez joyeuses et correspondant bien au titre, il ne faut toutefois pas demeurer là, comme au chant des Sirènes, mais interpreter dans un sens plus élevé ce que vous croyez dit en gaieté de cœur.

F. Rabelais

El sueño del señor juez está dividida en tres partes. La primera parte, focalizada en Urbano Pederñera, recorre varios de sus sueños y acaba con la huida de Rosendo Villalba hacia el desierto, al igual que Martín Fierro, escapando de la injusta persecución de la justicia: “Al clarear el día ensilló, sin preocuparse demasiado del ruido, y guiando la tropilla casi sin cambiar el paso, a través de la zanja inexpugnable entró al desierto” (Gamerro, 2000: 86). La segunda parte, focalizada en Rosendo, narra su encuentro con los indios: la ristra de tópicos literarios, culturales e históricos que recorre la novela permite observar las características proyectadas sobre la sociedad, vitales aún, si bien transpoladas hacia nuevos componentes sociales en cada etapa de la historia, y que será posible transitar también en el análisis de cada una de las novelas que componen este corpus. La tercera parte, finalmente,

se centra en el episodio más importante de todos los soñados por el señor juez.

2.2.1. Temor al indio: malón y cautiverio

En la novela, ambos bandos, indios y criollos, aún esperan con cierta cautela la invasión del enemigo. Si bien en 1877 el “problema del indio” ya había sido resuelto por los ejércitos en su avance sobre la Patagonia (Viñas, 2013: 50), en esta pequeña población –como en muchas otras diseminadas por el territorio- aún se temía la incursión del malón, y muy especialmente el Gran Malón que Calfulcurá organizaría en la confederación de tribus (Viñas, 2013: 98), con el que amedrentaba al huinca: “Era el malón, el tan anunciado gran malón que la confederación de caciques del sur finalmente había reunido” (Gamerro, 2000: 124; cf. también Kohan, 2010: 75-76). Se le temía como si aún prevaleciera cierta incertidumbre acerca de cómo acabaría esa guerra - defensiva de la propia existencia, para unos; de acaparamiento de tierras, para otros- (Viñas, 2013: 18). El cautiverio no sólo era el terror de las mujeres, sino también de los hombres.

[...] los cautivos son considerados entre los indios como cosas. [...] Con rarísimas excepciones, los primeros tiempos que pasan entre los bárbaros son una verdadera *viacrucis* de mortificaciones y dolores. (Mansilla, 1947: 228)



Ángel Della Valle, *La vuelta del malón* (1892)

No obstante, por diversos motivos, algunos cautivos y cautivas prefirieron permanecer junto a sus captores (Viñas, 2013: 146). Así hablaron cautivas históricas: “francamente, me parece que soy más india que cristiana, aunque creo en Dios, como que todos los días le encomiendo mis hijos y mi familia” (Mansilla, 1947: 370); “Aquí soy cacica, la reina; en Buenos Aires sería una china despreciable, que encerrarían en un asilo. Mi destino es morir en una ruca y que me entierren en la pampa” (Rotker, 1999: 104); y también cautivos:

-¿Quieres irte conmigo? -¿Para qué? -Para no llevar la vida miserable que llevas. -¿Me harán soldado? No le contesté. Él prosiguió: -Aquí no se vive tan mal, tengo libertad, hago lo que quiero, no me falta qué comer. -Eres un bandido, le dije; me levanté, abandoné el fogón y me apresté a dormir. (Mansilla, 1947: 271)

En su ingreso al desierto, la primera persona que se dirige a Rosendo es un cautivo, cuya desesperación recuerda al relato histórico de Álgar Núñez Cabeza de Vaca en sus *Naufragios*.

-¡Cristiano soy! ¡Cristiano y argentino! ¡Por fin llegaron! ¡Dígale a su comandante que pueden avanzar sin peligro, los salvajes están dispuestos a rendirse! ¡Yo puedo servirles de lenguaraz, hace años que soy cautivo, hablo su lengua! ¡Creí que no llegaban más! (Gamerro, 2000: 90)

En este caso, la identidad es presentada no sólo en términos de fe sino también de patria, lo que pone en evidencia la recreación de una percepción clara de la conformación nacional, presente en las literaturas del último tercio del siglo XIX en Argentina. La figura del *cautivo* se completa con la del *lenguaraz*, personaje central en la mediación cultural de la historia del continente. Esta referencialidad en los textos de la Conquista refuerza desde la ficción la apreciación de Viñas acerca de lo que fue la guerra al indio, a la que concibió como “etapa superior de la conquista española” (Viñas, 2013: 45) por parte del propio Estado argentino.

Rosendo responde al cautivo desde el engaño, ya que la astucia en tales circunstancias posibilita la supervivencia.

-No hay nadie más –aclaró-. Ya no formo parte del ejército. He decidido desertar para pedir asilo a nuestro cacique, ante quien le ruego me lleve a la mayor brevedad pues soy portador de información que le será muy valiosa para la invasión que están preparando. Sé por qué punto cruzar la frontera sin riesgo y que poblaciones atacar sin... (Gamerro, 2000: 90)

En esta tácita negociación se oferta información a cambio de salvar el pellejo, siempre bajo la suposición de los preparativos de un gran ataque del bárbaro a la civilización.

-¡Qué gran malón ni qué ocho cuartos! Ya no hay malones, ¿entiende? No más malones. Se terminó. Los caciques que no están muertos se conchaban de peones en alguna estancia. Las pocas tribus que los milicos dejaron escapen todas hacia el sur, buscando cruzar la cordillera antes de que venga el invierno. (Gamerro, 2000: 93-94)

La respuesta del cautivo es contundente y trasunta hartazgo, por lo inverosímil de la propuesta de Rosendo; en sus palabras, leemos lo que fue el destino de los caciques y las comunidades que consiguieron preservar su vida a pesar de las balas.

2.2.2. Temor al blanco: abuso y deserción

Otro de los tópicos que revisita la novela, a los que aporta una lectura nueva, es el enfrentamiento a la injusticia y el autoritarismo. Ya Mansilla denunciaba tempranamente la actitud hipócrita de quienes representaban el Estado, que en lugar de amparar a los pobladores -no hablo de *ciudadanos* porque estaba en tácito y explícito debate a quiénes se consideraba como tales-, abusaba de ellos: “pero también los que mandan/ debieran cuidarnos algo” (Hernández, 1978: 79). Ante las críticas a *Una excursión a los indios ranqueles*, Mansilla sostuvo que nunca atacó la Constitución,

[...] sino las leyes dictadas sin criterio por falta de estudio o conocimiento del país, y de las prácticas tiránicas o absurdas [...]. En otros términos he querido decir que el uso constante de la fuerza, el abuso de poder, y la falta de *Justicia*, todo ello ejercido en nombre de la Constitución, en lugar de aumentar el prestigio de ésta, zapaba por su base los cimientos de la libertad. Es menester que el Estado cuide de todos, particularmente del

pobre, comprendiendo que la Constitución quiere que todos los que nazcan bajo nuestro cielo tengan iguales probabilidades de ganar su pan cotidiano. Es menester mejorar las leyes agrarias, y que las concesiones partan del rico y no de los reclamos del pobre. Es menester que nos acostumbremos a las concesiones... Yo creo que los hombres son nada y los principios son todo; pero sostengo y sostendré siempre que proclamar la libertad, la justicia y la moral, para violarlas todos los días, es un mal mayor que el despotismo o la tiranía. Finalmente, prefiero la barbarie a la corrupción, como prefiero todo lo que es primitivo a lo que está ya empedernido y no es susceptible de variación. (Mansilla, 1947: XXIV)⁴⁰

Cuando los pobladores se plantean qué hacer frente a los abusos del señor juez, el viejo Santoro recuerda lo ocurrido en la última revuelta.

Pero todo el mundo estaba de tan mal talante, los criollos con los gringos y los maridos con las mujeres y los padres con los hijos, era como si los sueños del juez les hubieran envenenado el agua de los pozos, y esa amargura que diariamente bebían, ahora que faltaban los indios, sólo pudieran descargarla unos sobre otros. La gente anda triste, basta mirarnos las caras, agregó Calixto Guzmán, y Zenón Pereda –desde que el sueño del juez los había combinado andaban siempre juntos- a la final desde que se corrió la frontera andamos peor que antes, me despierto por la noche pensando que me vienen a buscar por alguna cagada que me mandé dormido, así no se puede vivir. Pero ya probamos de todo, dijo Reyes, empezando a separar el costillar de una de las ovejas, ¿qué más podemos hacer? -Para mí la cosa es fácil –intervino Musurana, que se había prendido al asado-. Nunca he conocido un finao que sueñe. Muerto el perro, se acabó la rabia. -¿Y quién lo va a hacer? ¿Usté? -¿Yo? Estoy esperando que me salga lo de los campos. Además, yo soy de las orillas. Por allá se decía que tierra adentro se encontraban los verdaderos hombres. -Usté no estaba acá en el año de la revuelta, ¿no? –terció el viejo Santoro, que hasta entonces no había abierto la boca más que para darle al cordero. -Ya sabe que no. ¿Pa qué me pregunta? -Mi hermano sí. Habrá oído hablar del quinteo. Los hicieron formar y a uno de cada cinco lo fusilaron. Le tocó al que estaba al lado. Cara les salió la cabeza del comandante. -Eso por cagones, por andar amuchándose a lo indio. Un hombre solo puede hacerlo mejor. -¿Y después qué? Andar juyendo a lo fiero, los gurises repartidos como indiecitos y la china regalada al primero que pase. ¿Le parece que es vida para un cristiano? (Gamerro, 2000: 55-56)

La figura del indio, que ya no está en la mira de la furia una vez avanzado el genocidio, es mentada para esquivar esa suerte, que

⁴⁰ Subrayado en el original.

también fue la de Fierro al desafiar a la autoridad: huida, disolución del hogar, orfandad de los hijos, pérdida de la mujer, desierto. Así lo relataba también Sarmiento:

El año 41, el Chacho, caudillo de los Llanos, emigró a Chile. -“¿Cómo le va, amigo? -le preguntaba uno-. -¡Cómo me ha de ir -contestó, con el acento del dolor y la melancolía- en Chile y a pie!”-. Sólo un gaucho argentino sabe apreciar todas las desgracias y todas las angustias que estas dos frases expresan. (Sarmiento, 1971: 104)

Es por eso que el enfrentamiento ya no se piensa en solitario, sino en colectivo, todos a una. A diferencia del gaucho Fierro (el de *La vuelta de Martín Fierro*, tan cambiado; ver Rama, 1982; Ludmer, 2012; Rodríguez y Salvador, 2005), Rosendo sabe que de la huida no se regresa nunca.

Al final de cuentas, ¿por qué no? pensaba Rosendo esa misma noche, en su rancho. Él no era de Malihuel, nadie era de Malihuel. Como a todos, lo habían arreado de sus pagos en una leva para traerlo a la fuerza. Había tenido mujer, la Dorotea, y tres hijos; ahora serían de otro. Los primeros tiempos, también, había sentido algo de nostalgia y se consolaba imaginando el regreso, pero poco a poco se le habían ido borrando las caras y hasta a veces los nombres y para cuando su sentencia terminó se había aquerenciado y ya no sabía de volver. Eso fue después de lo de los campos, y de su enfermedad; levantó rancho y tomó nueva mujer, la Ermelinda. (Gamerro, 2000: 72)

La búsqueda de un nuevo hogar junto a los indios luego de perderlo todo tras la leva es un tópico que acompaña la figura del gaucho desertor. En su huida, a diferencia de la sorpresa que esto implicaba para Fierro, Rosendo proyecta el encuentro, las posibilidades de hacerse un lugar junto al salvaje, su venganza del juez, la reunificación familiar en las tolderías. En su imaginario, si bien sabe que se juega la vida, el encuentro puede llegar a ser amigable y aun convivencial. En el

imaginario de Rosendo, entonces, leemos también a Mansilla, no sólo a Hernández, a Echeverría o a Gutiérrez.

[...] una vez que cruzara la nueva línea de fronteras las tierras le serían enteramente desconocidas y sólo le quedaba rogar que apareciera alguna rastrillada fresca que lo llevara hasta ellos, y después volver a rogar que las lanzas no hablaran antes que él. Se decía que era cuestión de suerte y saber caer como en la taba, o suerte y saber mentir como en el truco, lo mismo podían alancearlo apenas llegara y repartirse su tropilla mientras terminaba de desangrarse, como abrazarlo y llamarlo hermano y darle la hija de mujer. Una vez adentro, el buen jinete y soldado sabía hacerse valer y nunca lo trataban como perro o esclavo, se sabía de muchos que habían llegado a capitanejo y tenían varias mujeres, algunas indias y otras cautivas. Con los rumores del malón grande creciendo e hinchándose día a día como un nubarrón negro de una punta a otra del horizonte, quién sabe si Rosendo no terminaba por sus conocimientos tan frescos guiándolos hasta el poblado, al que entrarían aullando y quemando y llenando a todos de pavor. Ahí los quería ver a don Urbano y su partida, las cenizas del juzgado y de la estancia iba a mearle esta vuelta. Eso sí, no permitiría que los salvajes tocaran a su familia y amigos, ellos todos y sus hijos y mujeres se volverían con él a vivir en libertad con los indios, si no era que a puros golpes de malón hacían retroceder la frontera hasta las mismas puertas del Rosario, y ahí se afincaban. (Gamerro, 2000: 77-78)

En esta Argentina de pertenencias tan inestables Rosendo se sitúa junto a los indios, dando guerra a los cristianos: la fantasía de ese gran malón aún está en el aire. Ahora sería él quien, en plena vigilia, decidiera orinar sobre las cenizas de aquellos espacios que habían sido propios del juez, porque es imposible sentir como traición a los orígenes la afrenta contra quienes maltratan, expulsan y reprimen sin justa causa. Toda la historia de América está transida de alianzas que no se tejieron por cercanía étnica y/o cultural sino en sentido contrario, por venganza de las afrentas pasadas.

2.2.3. Fronteras huecas: la zanja de Alsina

Los elásticos movimientos de esa línea de fortines permanentemente acosada por los malones son una representación bien clara de la inestabilidad tan permeable de aquella Argentina, en la que la integración sólo fue posible a fuerza de cautiverio o deserción. La zanja de Alsina es testimonio de la necesidad de trazar una línea divisoria material, concreta y contundente en un territorio como la pampa, cuya naturaleza geográfica no ofrece ningún índice de frontera, ningún accidente que oficiara de contención natural.

Un foso corta a lo ancho un continente. ¡Un continente! Del lado de acá, está la civilización, o sea nosotros; del lado de allá, la barbarie, o sea ellos. ¿Lo ve? ¿Lo ve? Civilización/barbarie, civilización/barbarie. ¿Entiende? ¿Entiende? Es como la muralla china, pero al revés. ¡Para detener a los bárbaros no hacía falta poner miles y miles de chinos a levantar una pared; bastaba con poner a varios cientos de chinos a cavar una fosa! (Gamerro, 2000: 84)

En este sentido, el mangrullo de Malihuel, que hace las veces de mojón de ruta, faro mediterráneo e indicador geográfico, es elocuente de la carencia siquiera de una lomada lo suficientemente convincente a la cual afincarse a modo de atalaya. De todos modos, el absurdo del proyecto de Alsina es puesto de manifiesto por la genuina preocupación de un personaje que Rosendo cruza en su camino hacia el *desierto*, el teniente, quien está a cargo de un tramo de las excavaciones y es consciente de la falta de coordinación para tamaño proyecto. Este suceso histórico se presta a ser leído como realismo mágico.

Mi mayor angustia es haber hecho mal los cálculos y estar cavando en la dirección equivocada, basta un desvío de una milésima de grado para que al cabo de cinco leguas mi zanja y la del fortín vecino puedan

pasarse de largo sin verse siquiera a la distancia los hombres que las cavan. La otra posibilidad es que nosotros estemos cavando bien, siguiendo el plan maestro al pie de la letra, como quien dice, y sean ellos los que se hayan equivocado. Y si ellos cavando en tierra firme avanzan cinco leguas de cada lado, ¿será creíble que nos den la razón a nosotros, que no hemos cavado media, aunque en la dirección correcta, y trabajando cinco veces más que ellos con sus cinco; o más bien le darán la razón a la fuerza y nos obligarán a empezar de cero, a deshacer lo que hicimos bien para adaptarnos a lo que ellos hicieron mal, pero más? Sería hasta preferible habernos equivocado. (Gamerro, 2000: 85)

Guiado por la lógica de la razón imperante, el teniente presiente que quien haga las cosas bien, acabará pagando. Otro rasgo que echa raíces en la cuestión identitaria nacional.

2.2.4. Cuerpitos rotos: a un lado y al otro, la barbarie

Las literaturas del XIX en Argentina presentan numerosas escenas que apelan a conmover al lector y generar empatía en el temor- con el consiguiente rechazo- hacia un grupo social en particular, señalado como barbarie. Las más terribles abundan en destripamientos de niños u otros modos de la muerte violenta infantil. Muy recordada es la escena del decapitamiento del niño por culpa de la brutalidad de los federales, en *El matadero*.

Dióle el tirón el enlazador sentando su caballo, desprendió el lazo del asta, crujió por el aire un áspero zumbido y al mismo tiempo se vio rodar desde lo alto de una horqueta del corral, como si un golpe de hacha lo hubiese dividido a cercén, una cabeza de niño cuyo tronco permaneció inmóvil sobre su caballo de palo, lanzando por cada arteria un largo chorro de sangre. (Echeverría, 1981: 135)

O la de la muerte del hijo de María a manos de los indios, en *La cautiva*:
“-¿No sabéis qué es de mi hijo?-/ con toda el alma exclamó./ Tristes mirando a María/ todos el labio sellaron./ Mas luego una voz impía:/ -

Los indios lo degollaron-/ roncamente articuló” (Echeverría, 1981: 114); como también las escenas de *La vuelta de Martín Fierro* en su camino de regreso: “Esos horrores tremendos/ no los inventa el cristiano:/ ‘ese bárbaro inhumano’,/ sollozando me lo dijo,/ ‘me amarró luego las manos/ con las tripitas de mi hijo” (Hernández, 1978: 165); “Me hizo sonar las costillas/ de un bolazo aquel maldito;/ y al tiempo que le di un grito/ y le dentro como bala,/ pisa el indio y se refala/ en el cuerpo del chiquito” (Hernández, 1978: 171); y “Se alzó con pausa de leona/ cuando acabó de implorar,/ y sin dejar de llorar/ envolvió en unos trapitos/ los pedazos de su hijito/ que yo le ayudé a juntar” (Hernández, 1978: 173). Estas notas de escatología bien pudieran pensarse como gratuitas; sin embargo, la parodia construida por Gamarro las retoma, dejando en evidencia a la luz de la Historia la inversión simbólica que propiciaron, como un modo de justificar el genocidio de los pueblos originarios y desdibujar la “leyenda negra” que hubiera pesado sobre el Estado argentino sin esta biopolitización del indio (Giorgi y Rodríguez, 2007; Giorgi, 2014), el primero de los grupos humanos que fue señalado como bárbaro por el poder hegemónico. De hecho, retomando la dirección planteada por Viñas respecto de la Conquista (tanto americana como patagónica), el proceso de deshumanización/animalización del indio en la literatura del siglo XIX argentino entra en serie con la temprana disputa entre Sepúlveda y Las Casas por la determinación de humanidad o bestialidad del habitante de América de acuerdo a su posesión o carencia de alma.

El discurso del roquismo en los alrededores de 1879 no sólo aparece como un epílogo correlativo al *Facundo* de 1845, sino que ambos textos pueden ser leídos como capítulos de ese gigantesco corpus que, si se abre con el *Diario* de Colón a fines del siglo XV, recorre trágica y contradictoriamente los siglos XVI, XVII y XVIII y primera mitad del XIX; sin notas al pie, pura andadura. [...] Pura guerra. Y que mediante una suerte de coro polifónico, comenta, provoca, sintoniza y explica una de las manchas temáticas más densas de la historia de América Latina y de la Argentina. [...] Porque si se leen los documentos oficiales o la serie de libros publicados con motivo de la campaña al río Negro, [...] se va recortando un núcleo problemático que se repite en forma matizada, con fugaces resonancias a veces o de manera enfáticamente subrayada en otros casos: que la campaña al Desierto representa “el necesario cierre”, “el perfeccionamiento natural” o “la ineludible culminación” –en su extremo sur más lejano- de la conquista española de América inaugurada en el Caribe. Esa empresa urge porque es “un mandato del destino”. Eduardo Wilde, uno de los hombres más lúcidos de la agresiva élite roquista, llega a parodiar: “Desde el río Negro, cuatrocientos años de historia nos contemplan”. (Viñas, 2013: 46)

En el caso argentino, sólo basta recordar la crónica de la Conquista del Desierto publicada periódicamente en *La Nación* (Viñas, 2013: 266-268) para conocer las dimensiones de esta inversión simbólica. En este caso, la ficción viene a reponer la ausencia de un relato que recoja la contracara de estos sucesos, esto es, los cuerpecitos rotos de la barbarie. Sin embargo, aquí no recupera su voz el bárbaro, prácticamente ausente también de los textos literarios.

Echeverría, quien [...] fue el primero en darle el habla al gaucho, es incapaz de poner en boca de los indios un discurso no ya realista, sino mínimamente verosímil. Aunque, para ser justos, también cabría argumentar que su proceder es exacto, pues pone en evidencia, por reducción al absurdo, un rasgo esencial de nuestra cultura: el indio –a diferencia del gaucho- no tiene lenguaje en nuestra literatura, puede ser objeto pero nunca sujeto de discurso y por lo tanto puede, en principio, *decir cualquier cosa*. Visto así, no hay esencialmente diferencia alguna entre los indios de Echeverría, capaces de decir “vengan hoy del vituperio sus infantes a libertar” y los de *Ema la cautiva* de César Aira, que hablan de filosofía y discuten a Freud. (Gamerro, 2015b: 15)⁴¹

⁴¹ Subrayado en el original.

El romanticismo, movimiento al que perteneció Echeverría, insistió en la creación de literaturas nacionales. Es por esto que tampoco él pudo dar voz al subalterno (Spivak, 2011): el indio no formaba parte de esa idea de nación. Esa ausencia persiste en esta novela del año 2000: la escena es narrada desde la mirada de Rosendo, que recuerda un hecho presenciado.⁴²

Habían tenido combate aquí mismo, maniobrando dificultosamente los caballos a través del agua pesada y el barro pegajoso del fondo, con un pelotón de indios que sorprendidos cuando volvían de malonear creyeron perderlos virando hacia el agua. A Rosendo se le había quebrado la punta del latón, perdida entre las costillas de un indiecito que debía ser su primera salida, y que con sus compañeros quedó haciendo la plancha sobre el agua lechosa veteada de sangre. Había sido hace una punta de años, pero con los párpados gachos contra la ceguera del salitral podía verlo como si volviera a suceder, los ojos del indiecito mirando con menos dolor que orgullo, como si al desarmar al enemigo estuviera logrando ya su primera victoria, el sable partido al medio que Rosendo sostenía asombrado en la mano. (Gamerro, 2000: 79-80)

La mirada del pequeño trasunta una fortaleza que encierra en sí todo el drama del cual es víctima. Esa vida se trueca por un sable, se ofrenda a la lucha a precio de un desarme.

La naturalidad con que se narra el asesinato del niño marca un contraste fuerte con las muertes que recaen sobre infantes o jóvenes cristianos. Ni siquiera esa condición de indefensión hace que la mirada se empaticice, aunque el relato sea conmovedor y el impacto de aquella imagen vuelva a la memoria del gaucho, años después de aquel malón frustrado. Más adelante, puede notarse cómo el relato del cautivo otorga un valor diferente a la muerte de esta joven.

⁴² Ausencias magistralmente repuestas en *Las aventuras de la China Iron*, de Gabriela Cabezón Cámara (2017), como también antes -de otros modos- en Libertad Demitropulos o Sara Gallardo.

Yo tenía a pesar de mi corta edad una noviecita que se llamaba Isabel, de cabellos rubios como el trigo, debíamos jugar a escondidas pues era la hija del coronel y le tenían prohibido el juntarse conmigo, aun así nos escabullíamos hasta el arroyo donde bajo las raíces de un añoso ceibal horadadas por la corriente yo le juraba que de grande mataría muchos indios para así ascender rápidamente a coronel y poder casarnos. Ante mis ojos tres salvajes enceguecidos la violaron repetidamente, abriéndose paso a cuchilladas cuando los frenaba su cuerpito de niña, que dejaron roto para que los demás pisotearan. ¿Comprende ahora por qué quiero *verlos desaparecer de la faz de la tierra*, por qué he jurado sobre la tumba de mi madre y el recuerdo de mi querida Isabelita que no cejaré hasta desmalezar nuestra patria de la última de estas bestias que contaminan su cielo con sólo vivir debajo? (Gamerro, 2000: 97)⁴³

La muchacha rubia es seducida mediante una promesa de hombría: la matanza de indios como modalidad de ascenso en el escalafón militar. El relato de una violación -gran tópico literario en sí, en términos amplios (Viñas, 1971: 15), y tópico literario en términos específicos, la otra gran amenaza para las doncellas junto con el rapto y cautiverio- justifica el exterminio, y coloca una vez más en el lugar de la bestia a todos los grupos originarios, incluidos los niños. Ya veremos cómo la dictadura también se ensañó con los niños, bajo análogo pretexto ya no cultural sino ideológico, que dio lugar a modalidades del crimen específicas: no en vano aquí se habla de *verlos desaparecer*. El precedente fundacional no fue gratuito y así lo puso de relieve David Viñas en un texto escrito en 1982, aún bajo dictadura y a un siglo de aquel primer genocidio.

Si en otros países de América Latina la “voz de los indios vencidos” ha sido puesta en evidencia, ¿por qué no en la Argentina? ¿La Argentina no tiene nada que ver con los indios? ¿Y con las indias? ¿O nada que ver con América Latina? Y sigo preguntando: ¿No hubo vencidos? ¿No hubo violadas? ¿O no hubo indias ni indios? ¿O los indios fueron conquistados

⁴³ Subrayado mío.

por las exhortaciones piadosas de la civilización liberal-burguesa que los convenció para que se sometieran e integraran en paz? ¿Y qué significa “integrarse”? Pero, me animo a insistir: ¿por qué no se habla de los indios en la Argentina? ¿Y de su sexo? ¿Qué significa que se los desplace a la franja de la etnología, del folclore o, más lastimosamente, a la del turismo o de las secciones periodísticas de los *faits divers*? Por todo eso me empecino en preguntar: ¿no tenían voz los indios? ¿O su sexo era una enfermedad? ¿Y la enfermedad su silencio? Se trataría, paradójicamente, ¿del discurso del silencio? O, quizá, los indios, ¿fueron los *desaparecidos* de 1879? Todos esos interrogantes, especialmente ahora, necesito aclararlos. Lo intentaré, trataré de hacerlo. Dado que, francamente, no me convence la versión que me ofrece el circuito liberal de 1879 hacia acá. (Viñas, 2013: 16)⁴⁴

En la historia de vida que relata a Rosendo, el cautivo eleva una promesa a sus mujeres, su madre e Isabelita, ya que son sus cuerpos los que allí figuran como objeto de la venganza. La tan cuidada virginidad de la muchacha aparece ultrajada; su cuerpo, ya *roto*, pasa de mano en mano, en otra nueva escena escatológica propia de la gauchesca. No obstante, el relato del cautivo –descubriremos que no es tal- es desmentido por el barragán del cacique Nahuelquintuy, en una fuerte reescritura de la historia que el autor textual propone,⁴⁵ recomponiendo así la memoria y la figura de estos primeros desaparecidos de la patria, los indios.

-Veo que estuvieron de gran charla ayer –comentó con sorna apenas salieron el barragán, que se aferraba a Rosendo más fuerte de lo que él quisiera-. ¿Te contó ya del malón? -No me parece asunto para tomárselo a la chacota –contestó molesto por el tono del otro. A la final estos degenerados eran todos iguales, terminaban siendo piores que el salvaje, y agregó:- Usté no me parece quién para andar juzgando al prójimo, menos a quien siendo tan chico supo portarse como un hombrecito. -Ah, veo que te tocó con madre y hermanitas incluidas. ¿Y de Isabelita? Yo te puedo contar de Isabelita, salvo que por ser de puto mi versión no sirva. No tendría más de siete años cuando se la trajo él de un malón a

⁴⁴ Subrayado en el original.

⁴⁵ Para la categoría de autor textual, ver “Autor y personaje en la actividad estética” (Bajtín: 2011) y “Le discours dans la vie, le discours dans la poésie” (Voloshinov, en Todorov, 1981).

Chivilcoy, y Nahuelquintuy al enterarse mandó que se la sacaran; pero o estaba avisado o lo olfateó, porque se rajó pal monte y anduvo juyendo días hasta que los alcanzaron. ¿Alguna vez trataste de sacarle al gato un pájaro que acaba de atrapar? Tanto usarla, y tenerla todo el día a caballo al rayo del sol, y de noche al sereno con el rocío helado, que al final los guerreros que lo corrían, cautelosos por ella de alancearlo, se dieron cuenta de que lo que apretaba sin soltar contra su pecho no era más que una muñeca sin vida, y aun así todavía gritaba que era suya cuando se la arrancaron de las manos para enterrarla. Nahuelquintuy quiso matarlo ahí mismo pero los otros caciques opinaron en contra: por una huinquita más o menos no iban a perder al hombre que los había guiado hasta el corazón de las poblaciones y estaba todavía bueno para una o dos invasiones más antes de que su saber perdiera vigencia. ¡El pobre niño raptado! El niño tenía quince años cuando lo echaron a cascotazos del pueblo por abusar de varios chiquitos, y fue la propia madre la que lo entregó cuando supo que uno de ellos era su propia hermanita. Nunca fue cautivo, de entrada nomás se vino de refugiado. Yo era del mismo pueblo, y me levantó el malón que él mismo guio una vez que se ganó la confianza de los caciques. No le interesó que estuvieran su madre y sus hermanos, es más, tengo entendido que los indios tenían pensado golpear más al Norte y fue él el que insistió. Como la invasión fue un éxito le dieron a elegir primero. Me consta que fue directo a las que en el pueblo lo habían despreciado o rechazado o al menos ignorado, y si estaban las madres para verlo, mejor. A la suya, junto con dos hermanos menores, dejó que se la llevara un pelotón que seguía para el Río Cuarto; sólo mucho más tarde, cuando pude hablar su lengua y les conté, se enteraron los indios que entre las dos cautivas que se quedó aquella vez estaba la misma por la cual lo habían echado del pueblo. Murió en la última viruela la pobre, Dios le hizo ese favor. A su hermano un par de oportunas cuchilladas en espaldas confiadas lo pusieron al frente del grupo de refugiados cristianos; a los piores elementos que se venían para acá supo siempre ganárselos hacia su propia toldería, y los que eran un poco mejores si no conseguían la protección directa del cacique tenían que irse o no duraban mucho. ¿Sabés lo que nos decía? Que teníamos que ayudar a los indios en todo, porque si los milicos nos agarraban no iban a molestarse en preguntar cuáles éramos refugiados y cuáles cautivos, por las dudas fusilaban a todos así que lo mejor era asegurarse de que no quedara un cristiano vivo al cual rendirle cuentas. Después de lo que hicimos, te imaginás que no nos van a perdonar, insistía, ya estamos tan jugados que recién cuando todos los otros cristianos estén muertos o cautivos vamos a poder respirar tranquilos. Ahora que los tiempos cambiaron tiene la misma idea, pero al revés. Por eso le interesás. ¿Y vos? ¿Ya decidiste lo que vas a hacer? (Gamerro, 2000: 100-102)

Además de desmentir y recomponer la honra de los salvajes, el relato que el barragán presenta recorre la biografía del falso cautivo, que es una *summa* de muchos de los crímenes que caracterizan a personajes históricos y/o políticos que supieron reunir poder mediante la violencia

desatada. El supuesto “hombrecito” oculta una carrera delictiva que lo llevó a huir y buscar refugio en la tribu, quien lo amparó a cambio de información. Isabelita era una niña cautiva raptada por el propio fugitivo en una incursión al frente del malón en Chivilcoy. Su obsesión por poseerla concluye en necrofilia, e inversamente al relato que este hombre había construido en torno a la cristiana, es el cacique quien decide vengar este múltiple ultraje, pidiendo la cabeza del fugitivo. La orden no se concreta ya que, por consejo de la tribu, deciden preservar a este delincuente junto a ellos por la información de que los proveía para sus ataques a las poblaciones blancas. Previamente, y en franca reescritura de la imagen del indio, el cacique había ordenado rescatar a la niña, y el acoso al fugitivo fue hecho con el cuidado de no herir a la rehén. La obsesión sobre el cuerpo sin vida recuerda a otra central figura de la patria sobre la que vuelve la próxima novela de Gamarro que será abordada: el cadáver conservado de Eva Perón, con el que el coronel Moori-Köenig (célebre por haber sido retratado por Rodolfo Walsh en el cuento “Esa mujer”, que trata precisamente esta otra historia de necrofilia; cf. Walsh, 1986: 9-19) se había obsesionado, al que trataba como una *muñeca* a la que creía *suya*.

El muchacho había sido un violador reincidente, pedófilo e incestuoso (hoy se lo catalogaría, también, como femi[ni]cida). Su propia madre lo entrega a la justicia. Una vez refugiado, él mismo insiste en atacar a su propio pueblo, y es allí donde levantan al barragán que ahora da testimonio veraz de los hechos. En esa misma incursión, decide raptar a las doncellas que se le habían negado; por lo demás, su

estrategia consiste en traicionar a un bando y a otro, alternativamente. El cautivo blanco/criollo, entonces, reúne en su persona crímenes atribuidos usualmente a los indios, con lo cual se completa el cuadro de la inversión de roles.

El rasgo de extrapolación lingüística en este fragmento lo da la presentación del barragán como *puto* (homosexual), quien se sabe por eso prejuizado como persona de palabras poco confiables.

2.2.5. Adoración por París

El derrocamiento de Rosas, asumido como la recuperación del proyecto vencedor de nación, fue presentado por Sarmiento en términos de inscripción en una alianza de países con cabeza en Francia e Inglaterra, y en una absoluta identificación cultural y aun étnica con Europa: “1879 y 1880, por consiguiente, deben ser leídos como la concreción del *Facundo* y de las *Bases*” (Viñas, 2013: 23). La lectura denota también una evidente crítica en temprana clave nacionalista a tales postulaciones:

[...] para muchos, es todavía un error afrentoso el haberse asociado los argentinos a los *extranjeros*, para derrocar a un tirano. [...] La juventud de Buenos Aires llevaba consigo esta idea fecunda de la fraternidad de intereses con la Francia y la Inglaterra; llevaba el amor a los pueblos europeos, asociado al amor a la civilización, a las instituciones y a las letras que la Europa nos había legado, y que Rosas destruía en nombre de la América, sustituyendo otro vestido al vestido europeo, otras leyes, a las leyes europeas, otro gobierno, al gobierno europeo. Esta juventud, impregnada de las ideas civilizadoras de la literatura europea, iba a buscar, en los europeos enemigos de Rosas, sus antecesores, sus padres, sus modelos; apoyo contra la América, tal como la presentaba Rosas: bárbara como el Asia, despótica y sanguinaria como la Turquía, persiguiendo y despreciando la inteligencia como el mahometismo. [...] En Montevideo, pues, se asociaron la Francia y la República Argentina

européa, para derrocar el monstruo del *americanismo* hijo de la pampa. (Sarmiento, 1971: 307)⁴⁶

La *República Argentina europea*: tal el tópico cultural de la obsesión del argentino por París (Viñas, 1971; Viñas, 2013: 195-196, 253). “*On ne tue point les idées*” (Sarmiento, 1971: 52): la civilización es Francia; la lengua del civilizado, el francés, pero la marca local está en el desplazamiento que pone en evidencia el gesto de apropiación: la cita está mal atribuida, o mal traducida: “[...] ese manejo ‘lujoso’ de la cultura como signo de la civilización está corroído, desde su interior, por la barbarie”, dice Piglia (1980: 16-17; ver también Piglia, 1993: 3 y Piglia, 1998).

En su sueño, el juez por fin conocía París. Visitaba el Louvre, las Tullerías, iba a la Ópera de cuya inauguración reciente se había interiorizado por los periódicos, y por la noche consumía botellas de champán en los elegantes restaurantes, frecuentaba cabarets y lenocinios. Pero todo era sutilmente distinto a lo que siempre había soñado. En el Bois de Boulogne, por ejemplo, descubrió en un claro del altivo y frondoso follaje de robles y encinas la silueta retacona y casi obscena de un ombú. La berlina que lo llevaba a la Ópera empezó a traquetear molestando y al asomarse por la ventana sin vidrios distinguió a los petisitos criollos de crin dura tironeando empecinados, y los dedos del postillón, negros y de uñas costrosas, asomando de las botas de potro. “No, no, llévenme a la Ópera”, gritó el juez en un principio de pánico, que recibió en respuesta apenas la sonrisa amarilla del mulato. De poncho y chiripá entre los elegantes caballeros de frac y las damas drapeadas de seda se sentía peor que desnudo, pero nadie parecía darse cuenta, o por buena educación fingían no hacerlo; ni siquiera fruncían la nariz cuando se insinuaba entre sus exquisitas fragancias y perfumes una tuforada de grasa de yegua. Se sintió tan aliviado de alcanzar su palco antes de que lo descubrieran y lo echaran a la calle, que no le importó que en lugar de sillones de brocado y damasco hubiera taburetes de paleta y cuero, ni siquiera que detrás de él comenzara a desfilarse un tren interminable de indios bolivianos que sentándose en el suelo se pusieron a mascar coca y escupir sobre la baranda hacia las plateas. Uno de ellos le preguntó el nombre de la ópera y lanzó un verde escupitajo de desprecio cuando el señor juez no supo decirle si *Aída* o *Tristán e Isolda*. Se levantó el telón y en medio del imponente escenario

⁴⁶ Subrayado en el original.

apareció paradito un chino con un charanguito de mulita que sin preámbulos empezó a rasgar frenéticamente, marcando el compás con pataditas en el suelo. El público estalló en un delirio, los caballeros arrojando sus galeras al aire, las damas desmayándose de emoción en sus butacas o corriendo hasta el borde del foso para arrojar orquídeas, joyas y prendas íntimas a los pies del enano saltarín que entusiasmado alzaba un brazo y gritaba ¡Ahora todos! mientras el juez trataba de explicarles a las damas y caballeros asomados medio cuerpo afuera de los palcos vecinos “no, por favor, así no es, los están engañando, ¿no se dan cuenta?” y en el restaurante cuando trató de reclamarle al *sommelier* que le habían servido chicha en lugar de champagne éste resopló ofendido y se fue a cuchichear con el *maitre*, que sacudía la cabeza contrito cada vez que lo señalaba, por lo cual ni se atrevió a protestar cuando en lugar de las ostras gratinadas que había pedido el *garçon* descubrió bajo la campana de plata una humeante parva de huesos de caracú. En el bulevar le pidió al mulato que lo llevara al mejor cabaret, pero ya había perdido toda esperanza, y cuando en el can-can de Offenbach salió a escena una doble fila de cholitas gordas con dientes de oro, sacudiendo las trenzas bajo los bombines y levantando a destiempo las múltiples faldas raídas para mostrar que no llevaban nada debajo – fatigada alguna cada tanto se agachaba en el piso abombándolas para hacer pis- el señor juez ocultó la cabeza entre las manos y prorrumpió en sollozos de niño estafado. ¿Esto era? ¿Para esto esperé toda mi vida? (Gamerro, 2000: 34-36)

¿Qué hace este argentino en París? Visita la Ópera, busca gozar del arte, el lujo y las mujeres. Sin embargo, en medio del idilio se produce - aquí también- el desplazamiento que tiñe todo el sueño con un barniz de pesadilla: el ombú petiso, que aparece como un insulto entre el paisaje del Bois de Boulogne, es el primer indicio de que provoca extrañamiento; en la pampa, este árbol ancho y generoso es prácticamente el único refugio, muchas veces, en medio de una llanura sin otro signo distintivo, tanto que se ha constituido en un símbolo: “cada nación tiene su paisaje mítico, que la define ante sí misma y el mundo, y el nuestro, sin duda, son las grandes llanuras vacías” (Gamerro, 2010a: 30; cf. también Rodríguez, 2010). Inmediatamente, ante las molestias de un camino poco preparado para el paso de carruajes, descubre que ni los animales, ni el cochero que lo transporta,

se corresponden con aquellos que imaginaba en su visita a la ciudad luz; en cambio, su lugar está ocupado por figuras grotescas a la mirada del juez, degradadas, idénticas a aquella barbarie con la que convive en su entorno cotidiano. Ya en la Ópera, él mismo no puede ocultar su pertenencia, y pasa vergüenza porque viste y huele de manera inadecuada para el evento. Su palco y el público que lo rodean también lo sumergen en el lugar del que no parece poder salir siquiera en sueños; el anhelo máspreciado de la vigilia, conocer París, sólo lo remite nuevamente y de modo vergonzante hacia el paraje al cual pertenece de manera insoslayable. El público parisino, en cambio, celebra el espectáculo que ofrece el paisano. Todo se le niega al señor juez: la bebida, la comida, las mujeres deseadas... El sueño le escamotea lo que en la vida parece no ameritar. En su *Excursión*, Mansilla refiere un sueño análogo:

Yo no puedo tener sueños como los que tuve la última noche que pasé en Leubucó. O he de ver disparates, que no se han de cumplir; o he de ver disparatadas las cosas que se cumplieron. O he de soñar que me han proclamado emperador de los Ranqueles, que Lucius Victorius, Imperator, ha hecho coronar emperatriz a la china Carmen; o he de soñar que el baile de los indios está de moda en Buenos Aires y que el botín con taco a lo Luis XV ha sido reemplazado por la botita de potro de cuero de gato. Por el estilo fueron mis sueños. Y diga después Platón que el espíritu divino nos revela en sueños el porvenir; y diga después Estrabón, que los sueños nos dan a conocer la verdad, porque durante la noche, el entendimiento es más activo, más puro, más claro que durante el día. Los tales antiguos eran unos utopistas de marca mayor. Los respeto sólo porque ya son viejos y murieron. (Mansilla, 1947: 344)

Tal cambalache sería un disparate: ¿quién habría imaginado, un cuarto de siglo más tarde, que ese “reptil de lupanar” (Borges, 2016: 43), como calificó Lugones al tango, triunfaría en París? ¿Quién, que el jazz o la

cumbia emergerían con tal fuerza y romperían el cerco de la ciudad letrada? (Destéfanis, 2015; Rama, 1988). Tales transgresiones resultaban imposibles. La Generación del 80 quiso identificar culturalmente Argentina con Francia, principalmente, y con los Estados Unidos de América, en otros aspectos: “Tú, que vives en Europa, [...] *en Europa, que nos da la norma en todo*” (Mansilla, 1947: 257).⁴⁷ Argentina se pensó siempre como un país de población blanca, invisibilizando sobre todo a los pobladores con ascendencia negra (“Este silenciamiento es único, por sus extremos, en todo el continente”; Rotker, 1999: 39) e indígena (cf. Viñas, 2013: 144). “Es como si las minorías raciales nunca hubieran existido. La negación ha sido una de las estrategias para lograr su desaparición” (Rotker, 1999: 37).

No obstante, gracias a que las voces disidentes estuvieron presentes y consiguieron expresarse, contamos en el presente con la memoria de esas otras realidades que conformaron la nación. En “Carta a los editores de la octava edición” de *El gaucho Martín Fierro*, fechada en Montevideo en agosto de 1874, dice Hernández:

[...] con la satisfacción de hallar de este modo robustecida y confirmada mi opinión con la de un observador prudente, a quien el espectáculo de la civilización europea, no ha debilitado sus simpatías y su admiración por la naturaleza americana con todas sus grandezas y con todos sus defectos. (Hernández, 1978: 293)

Y Mansilla:

El aire libre, el ejercicio varonil del caballo, los campos abiertos como el mar, las montañas empinadas hasta las nubes, la lucha, el combate

⁴⁷ Subrayado en el original.

diario, la ignorancia, la pobreza, la privación de la dulce libertad, el respeto por la fuerza; la aspiración inconsciente de una suerte mejor –la contemplación del panorama físico y social de esta patria–, produce un tipo generoso, que nuestros políticos han perseguido y estigmatizado, que nuestros bardos no han tenido el valor de cantar, sino para hacer su caricatura. La monomanía de la imitación quiere despojarnos de todo: de nuestra fisonomía nacional, de nuestras costumbres, de nuestra tradición. Nos van haciendo un pueblo de zarzuela. Tenemos que hacer todos los papeles, menos el que podemos. Se nos arguye con las instituciones, con las leyes, con los adelantos ajenos. Y es indudable que avanzamos. Pero ¿no habríamos avanzado más, estudiando con otro criterio los problemas de nuestra organización e inspirándonos en las necesidades reales de la tierra? Más grandes somos por nuestros arranques geniales, que por nuestras combinaciones frías y reflexivas. (Mansilla, 1947: 157)

En el sueño del juez (que es el de quienes vencieron en la disputa ideológica), el terror es provocado por el cochero mulato, por el chino charanguero, por las cholas bailarinas. La pesadilla, entonces, consiste en ser quien se es, en que la negación del origen se haga imposible, en que reaparezcan todos esos primeros desaparecidos a fuerza de guerra: indios, negros, gauchos. El sueño de una Argentina que no consigue europeizarse se vuelve pesadilla. La reaparición de los sujetos despreciados se torna siniestra. El efecto de lectura, desde el año 2000, es contundente (Destéfani, 2012): la sociedad argentina, descompuesta y en pánico, no supo resolver sus problemas por disforia identitaria. En su afán por negar sistemáticamente su propio cuerpo social, se autodestruye.

2.2.6. El anarquista degollado

En su travesía, Rosendo conoce también a una antigua cautiva española, actriz. Este personaje podría tener un precedente en *La América Desconocida*, de Ciro Bayo: “María López, una bella actriz

española, ‘cómica de la legua’, robada por el indio Catriel al naufragar el barco donde viajaba con sus compañeros hacia Buenos Aires” (Rotker, 1999: 104), o bien en uno de los grandes enigmas de la historia de las cautivas:

[...] hay una mujer en la historia de Baigorria, aquel coronel que se va tierra adentro a vivir con los indios y lee el *Facundo* en el desierto. Una mujer que no habla de sí misma y de la que sólo se sabe que era una actriz. Una cautiva que no dice su nombre, bella y lejana en la llanura, junto al hombre que lee el *Facundo* en una tapera en medio de la pampa, cerca de las fogatas. Baigorria, el lector en el desierto, no estaba solo. En todo caso, no era célibe. En *Callvucurá y la dinastía de los Piedra* Estanislao Zeballos habla de Baigorria y cuenta una historia inolvidable, que nos permite abrir una nueva línea en las figuraciones del lector: “Había también [entre los indios] un núcleo de mujeres notables que por su belleza y posición eran el mosto de aquella sociedad transitoria y singular. Conocí tres esposas sucesivamente del Coronel Baigorria. La primera fue una arrogante y fina mujer, cautiva en una mensajería en el año 1835, cerca de la esquina de Ballesteros, posta del camino de Rosario a Córdoba. Cuando yo la conocí tenía treinta y cuatro años y era una belleza no solamente notable entre los indios, sino también en las ciudades. Su blanca tez, ya percutida, conservaba, sin embargo, un esplendor melancólico, que no habían podido marchitar las hondas amargas de la prisión salvaje. Era una artista dramática muy aplaudida en el Plata y que viajaba a Chile cuando el infortunio se desplomó sobre ella. El Coronel Baigorria, que había ido en la invasión, salvó la vida y el pudor de la artista. Le fue difícil lograrlo porque los indios se sentían atraídos y avasallados por aquella espléndida mujer [...] A los tres meses de cautiverio fue esposa del Coronel Baigorria [...] El Coronel la tenía lujosamente vestida, con el mejor paño de estrella que vendían los indios a los pulperos de frontera y adornada con las costosas joyas de oro y plata que fabricaban los artistas indígenas, en las platerías famosas de las lagunas de Trapal y El Cuero. Ella parecía indiferente a todo. Con el corazón yerto, vegetaba tristemente, y murió en 1845, sin haber querido revelar a nadie su nombre verdadero”. [...] Pero lo que nos interesa es un pequeño incidente que cuenta Beatriz Seibel en *Historia del teatro argentino*. Allí relata una de las giras de la compañía de Telémaco González por las provincias, que posiblemente tuviera como objetivo volver a Chile, donde ya era muy conocido: “A principio de año otro grupo de actores ha partido para una gira en Córdoba. Telémaco González, su madre Josefa Funes, su hermanastra Emilia (hija de Alberto González y Josefa Funes), sus sobrinos Cristina y Juan Casacuberta. Pero no llegan a destino porque, según la narración de Telémaco, son atacados por ‘indios salvajes’, de los que escapan ‘con lo puesto’ para volver a Buenos Aires, quedando cautivas su madre y el resto de la familia”. [...] Podemos imaginar que una de ellas es la bella y misteriosa mujer de Baigorria. (Piglia, 2005: 161-164)

De modo que el imaginario de la bella y misteriosa actriz cautiva fue bien recogido en diversos documentos. Aquí, el marido que Gamerro le otorga en la novela es un anarquista, que representa el tópico de la mirada ingenuamente progresista hacia el indio en tanto *buen salvaje*, a la vez que toma el libro de Ercilla como un ejemplo de la resistencia que fue posible: la crítica a los lugares comunes de las diversas ideologías de izquierda es frecuente en este corpus de novelas, como iremos viendo.

Por más que insistiera, Pichicauin no quiso decirle su nombre cristiano. Ya no represento ese papel, le explicó. Era buena actriz, ¿sabes? Hubiera llegado lejos en los teatros de Europa. Pero a su marido se le ocurrió lo de la gira sudamericana. Nunca habrán visto a alguien como tú –le insistía-. Se pondrán a tus pies. Al final tuvo razón, dijo parada, haciendo tintinear la platería que la cubría hasta que algunas figuras agazapadas volvieron a ella los ojos. Fue en la travesía a Chile que los agarraron. El marido había manifestado interés en conocer a los indios en algún momento del viaje, pero hasta entonces no se le había presentado la oportunidad. Había leído *La araucana*, y le gustaba hablar de las razas nobles e indómitas que practicaban el comunismo primitivo y de las cuales teníamos mucho que aprender. No le dieron tiempo. Lo degollaron ahí mismo contra las ruedas del carruaje mientras él les gritaba que se equivocaban, que no era como los otros blancos, que estaba de su lado. ¡Soy anarquista! fue lo último que le escuchó decir, encerrada en su cabina con las otras mujeres mientras los hombres morían afuera, aquella que fue su esposa. (Gamerro, 2000:107)

Finalmente, las “razas indómitas” también acaban con la vida de este anarquista, aunque mediante el degüello y no del fusil, como fue en la represión conocida como Patagonia Rebelde, fundiendo así dos escenas que en la historia no aparecen juntas nunca: la muerte de un anarquista/el peligro del indio: el degüello es un método de matanza relacionado por lo general con “el bárbaro” (indios, gauchos, federales); el fusil, en cambio, fue metodología de matanza de las instituciones del Estado (cf. Viñas, 2013: 109-111). La escena extrapolada es

bizarra -enfrenta indios a un inmigrante anarquista, esto es, dos tipos sociales que encarnaron la subalternidad- y pone en ridículo al libertario. En el momento final, según el relato de su viuda, intenta salvar la vida; es por eso que en lugar del usual “¡Viva la anarquía!” (típica expresión última; así fue, por ejemplo, la del célebre activista Severino Di Giovanni; cf. el aguafuerte “He visto morir” en Arlt, 1958; cf. Bayer, 2000: 181), sus palabras insistieron en explicar sus buenas intenciones, que no fueron escuchadas. La parodia pone de manifiesto, en este caso, otro de los imaginarios comunes acerca del indio: bienintencionado, paternalista e igualmente sesgado.

2.2.7. El gaucho y el “tiatro”

El intertexto con Mansilla emerge nuevamente en el nombre americano adoptado por la actriz, Pichicauin, que remite al de una de las dos hermanas ranqueles presentadas en la *Excursión*: “*Pichicauin* [se llamaba] la segunda, que quiere decir *boca chica*, de *pichicai*, chico, y de *un*, boca” (Mansilla, 1947: 372). La cautiva española necesita explicar a Rosendo en qué consiste el teatro, espectáculo ignoto para el gaucho. Este desconocimiento evoca en el lector la versión criolla de *Fausto*, de Estanislao Del Campo, en la que se presenta a un gaucho que asistió al estreno de esta ópera en el teatro Colón de Buenos Aires, y no fue capaz de discernir entre la representación escénica y la realidad, esto es, no pudo asumir la *cuarta pared* que cifra el pacto de ficcionalidad del teatro clásico (cf. Lamborghini, 2008: 109-120). Por eso, al relatar el argumento a su paisano, lo hace con la ingenuidad de juzgar los hechos

de la escena como si se hubiera tratado de una historia real y desde la moral propia del gaucho: “-Como a eso de la oración,/ aura cuatro o cinco noches,/ vide una fila de coches/ contra el tiatro de Colón./ [...] Atrás de aquel cortinao,/ un Dotor apareció,/ que asigún oi decir yo,/ era un tal *Fausto mentao*” (Del Campo, 1965: 31-33).⁴⁸

Esta nueva mención al teatro en la novela de Gamarro deja al *Fausto* de Del Campo en una mediación entre el criollo que asiste a la ópera en París, conociendo perfectamente el código cultural admirado pero sintiéndose desnudo por ser foráneo a esa pertenencia cultural, y el gaucho Rosendo, que ni siquiera ha oído nombrar este arte pero que atiende con interés al relato de esta Pichicauin española, que lo introduce en el conocimiento del espectáculo. Si atendemos a la propuesta de la novela, notaremos que el ridículo en relación con este consumo cultural está desplazado hacia el criollo Pedernera. Es interesante observar la reescritura de esta parodia relacionada con la visita a la ópera: no es el gaucho en Buenos Aires sino el criollo en París quien asiste; y no es la ingenuidad del desconocimiento sino la vergüenza del origen la que provoca el ridículo; como tampoco es el plano de la carencia de formación cultural real sino la repulsión, aun en el plano inconsciente, hacia la propia identidad. En *Fausto*, Del Campo procura suscitar la burla hacia el gaucho; en *El sueño del señor juez*, Gamarro ridiculiza, en cambio, al criollo negador.

⁴⁸ Subrayado en el original.

A diferencia de Anastasio el Pollo y del señor juez de paz don Urbano Pedernera, Rosendo jamás piso una platea, un tablado o un corral.

-¿Qué es el teatro? A lo largo de dos noches trató de entender. [...] ¿Es como la misa? [...] -Me rindo. Me rindo. Si lo vieras lo entenderías [...] Imagínate que sueñas, y que nosotras somos los per... las personas de tu sueño. Se encienden las luces, entran las personas, se encuentran, hablan, hacen cosas sensatas o locas: sólo que ahora no sucede adentro de tu cabeza, dormido, sino afuera, delante de tus ojos. Vas al teatro y estás como soñando despierto, y tu sueño es lo que esas personas disfrazadas hacen ahí adelante, y cuando la obra termina se encienden las luces y despiertas... ¡Góngora, por supuesto! -exclamó chasqueando los dedos. “El sueño, autor de representaciones,/ en su teatro sobre el viento armado,/ sombras suele vestir de bulto bello.” (Gamerro, 2000: 108-109)

Rosendo busca referenciarse en una “puesta en escena” que le es familiar: la misa; como sabemos, la celebración religiosa dio origen al auto sacramental, una de las formas que tomó el teatro en Occidente, también en la tradición en lengua española (Guglielmi, 1980). Sin embargo, al explicarse, Pichicauin retoma el *leit motiv* del sueño que recorre esta novela. El barroquismo del concepto es pleno: la explicación concluye con los célebres versos de Góngora que trazan una analogía entre el sueño y el teatro.

Paradójicamente, las primeras representaciones teatrales argentinas, que dieron lugar a la conformación de la compañía Podestá, consistieron en una arena con cabalgata y payada (Klein, 1984: 199-207). Se puso en escena durante años la vida del gaucho fugitivo Juan Moreira, en tiempos en que el folletín de Eduardo Gutiérrez (1961 [1879]), basado en un gaucho que vivió en la pampa entre los años 1829 y 1874, había sido un éxito, “el primer héroe popular mediático en

la Argentina” (Laera, 2001:5; ver también Laera, 2004). El personaje central en aquellas primeras representaciones teatrales fue, por tanto, el gaucho. Juan Moreira también *se desgracia* por corrupción de la autoridad (Gutiérrez, 1961: 36 y ss.), que se ensaña con él injustamente: en lugar de defenderlo ante la afrenta de un deudor, se lo castiga física y económicamente. Como consecuencia, el fugitivo de la ley acaba siendo el gaucho honrado en lugar del delincuente defendido por la policía, que deviene de ese modo en delincuencia (Davobe, 2007). Esta lógica de las fuerzas de seguridad y el poder judicial, constitutiva de la nación desde las matanzas fundacionales (Lavalle, Roca, Mitre) hasta el presente,⁴⁹ tiene su correlato en la serie literaria: desde la Mazorca rosista de Mármol (1979 [1855]) o Echeverría (1981 [1871]), y este teniente alcalde de Matanzas que hostiga a Juan Moreira, y las partidas policiales denunciadas por Hernández en la voz de Fierro, hasta el señor juez de paz de Malihuel, que tendrá su legítimo heredero en la figura del subcomisario Greco, activo un siglo después, en la misma Malihuel.

2.2.8. El gaucho malo

Todo es posible para un tiranuelo que, en este caso, es prototipo de las figuras fundacionales de la nación en sus estratos más bajos. Germen del terrorismo de Estado, la justicia es ejercida a discreción por quienes detentan el gobierno. Que sea sueño o vigilia, mentira o verdad, cierto o

⁴⁹ Escribo estas líneas con el jefe de policía de la ciudad de Buenos Aires imputado por corrupción, y la Corte Suprema de Justicia masivamente repudiada por un reciente fallo en favor del genocida Muiña.

incierto, es indiferente, como en un cambalache. Es esta la modalidad precisa, exitosa, para el terror.

Descansen. La mayoría de ustedes ya imaginará el motivo de esta convocatoria. Mientras los bárbaros amenazan nuestras fronteras, como las de la Antigua Roma, y cada día está más cerca el Gran malón cuyo objetivo final es barrer de la faz de la tierra los poblados cristianos de los Andes al Paraná, elementos disolventes en el seno mismo de nuestra comunidad... Los pobladores juntados a la fuerza se encontraron acusados por el señor juez de traiciones y crímenes de diversa laya, cometidos indistintamente en sus sueños o en su vigilia, distinción que para entonces había perdido todo valor práctico. (Gamerro, 2000: 59-60)

Este calco discursivo (Gómez-Moriana, 1997: 60) funciona, dentro de la serie histórica, tal como Borges (1989: 88-90) postula para la serie literaria en “Kafka y sus precursores”: el discurso que el señor juez esgrime pretextando la paz social menciona a un enemigo externo, el Gran malón, pero también a un enemigo interno, al que nombra como *elementos disolventes*, todo lo cual remite a la justificatoria que los gobiernos represores repitieron a lo largo del siglo XX; el colofón extremo de este discurso se daría durante la última dictadura militar, en la que quedó en evidencia la debilidad frente al enemigo externo (Malvinas) y el grado de criminalidad ejercido contra la propia población (Grupos de Tareas). La justificación de las políticas represivas aparece representada entonces, desde el origen nacional, como producto de unas supuestas circunstancias.

Uno de los *elementos disolventes* a que pudiera referirse el juez Pedernera fue Musurana, quien sería recordado como *bandido* en *El secreto y las voces*. Musurana conforma el tipo de gaucho malo, según la sociología que Sarmiento presenta en *Facundo*.

Llámanle el *Gaucha Malo*, sin que este epíteto lo desfavorezca del todo. La justicia lo persigue desde muchos años; su nombre es temido, pronunciado en voz baja, pero sin odio y casi con respeto. [...] De repente, se presenta el *gaucha malo* en un pago de donde la partida acaba de salir: conversa pacíficamente con los buenos gauchos, que lo rodean y lo admiran; se provee *de los vicios*, y si divisa la partida, monta tranquilamente en su caballo y lo apunta hacia el desierto, sin prisa, sin aparato, desdeñando volver la cabeza. La partida rara vez lo sigue; mataría inútilmente sus caballos, porque el que monta el gaucha malo es un *pangaré* tan célebre como su amo. Si el acaso lo echa alguna vez, de improviso, entre las garras de la justicia, acomete a lo más espeso de la partida, y a merced de cuatro tajadas que con su cuchillo ha abierto en la cara o en el cuerpo de los soldados, se hace paso por entre ellos, y tendiéndose sobre el lomo del caballo, para sustraerse a la acción de las balas que lo persiguen, endilga hacia el desierto, hasta que, poniendo espacio conveniente entre él y sus perseguidores, refrena su trotón y marcha tranquilamente. Los poetas de los alrededores agregan esta nueva hazaña a la biografía del héroe del desierto, y su nombradía vuela por toda la vasta campaña. (Sarmiento, 1971: 97-98)⁵⁰

Al referirse a uno de los personajes que presenta en su *Excursión*, Mansilla también distingue entre dos tipos, en la misma línea que Sarmiento: el paisano gaucha (bueno) y el gaucha neto (malo).

Camilo es un paisano gaucha, pero no es un gaucha. Son dos tipos diferentes. Paisano gaucha es el que tiene hogar, paradero fijo, hábitos de trabajo, respeto por la autoridad, de cuyo lado estará siempre, aun contra su sentir. El gaucha neto, es el criollo errante, que hoy está aquí, mañana allá; jugador, pendenciero, enemigo de toda disciplina; que huye del servicio cuando le toca, que se refugia entre los indios si da una puñalada, o gana la montonera si ésta asoma. (Mansilla, 1947: 293)

Mucho más empática que la de Sarmiento y la de Mansilla es la mirada de aquellos poetas mencionados en la cita anterior, que recrea esa admiración de los *buenos gauchos*, según se relata en *Facundo*; los casos más célebres, Hernández y Gutiérrez, publicarían un cuarto de siglo más tarde: “Y sepan cuantos escuchan/ de mis penas el relato/ que nunca peleo ni mato/ sino por necesidá/ y que a tanta alversidá/

⁵⁰ Subrayado en el original.

sólo me arrojó el maltrato” (Hernández, 1978: 50). Todas las referencias coinciden en el valor y la destreza de estos gauchos en la pelea, muy particularmente a la hora de hacer frente a la partida policial (cf. Gutiérrez, 1961: 46 y ss.).

El exterminio de los pueblos originarios no fue el resultado de una pelea cuerpo a cuerpo, sino una masacre desatada a golpe de bayoneta, como antes lo había sido de arcabuz: en palabras de Mansilla, “nuestra pretendida civilización no es muchas veces más que un estado de barbarie refinada” (Mansilla, 1947: 182). Al referirse a esa *pretendida civilización* que propugnó la generación del 80, David Viñas habla de una santísima trinidad que fue clave en el proceso de organización nacional.⁵¹

[...] la llamada generación del 80 –que se veía a sí misma como realizadora de las propuestas de Sarmiento en lo político y cultural, y de las de Alberdi en lo jurídico y económico-, resulta un modelo para los militares puestos bajo ese mismo emblema. Que si apelaban a la misma “santísima trinidad” –telégrafos, rémington, ferrocarriles- comenzaban a dibujar una ideología castrense que iba prefiriendo, por sobre todo, la artillería a las otras armas, incluso la caballería; [...] se contraponía al caudillismo romántico y desprolijo. (Viñas, 2013: 20)⁵²

La cuestión de las armas es central, y en ella se juega también lo que Ludmer denominó *orden jurídico* (cf. Ludmer, 2012: 270). Por eso, la alianza de Cruz con Fierro es una escena definitoria de la identidad argentina: en ella, el gaucho deserta de su lugar en el cuerpo del Estado para reconocer el orden jurídico que siente legítimo y propio.

⁵¹ Un siglo más tarde, la Junta Militar Videla-Massera-Agosti denominaría a la dictadura que presidieron “Proceso de Reorganización Nacional”.

⁵² Subrayado mío.

Fíjense que el valor es más importante que el hecho de que sea un delincuente. No es un delincuente para él [...]. Y quiero marcar esto en todos los textos de voces de subalternos. Son dos órdenes jurídicos los que están actuando acá. O sea, hay un orden jurídico de los gauchos, un orden jurídico -¡porque es una cultura!- de los indios y otro orden jurídico de los negros, que no coincidía con el orden jurídico legal del poder. Lo que era delito para uno no era delito para el otro, ¿no? O sea, el gaucho, si era ofendido, tenía que matar, y eso no era delito. Pero para el poder es delito [...]. El aparato modernizador del Estado tiene que eliminar el orden jurídico del otro para establecer una ley nacional, digamos, una ley unificadora. Y eso es lo que cuenta el *Martín Fierro*. La vuelta es el inculcarle qué es delito al gaucho. (Ludmer, 2013: s.p.)

El coraje demostrado en el duelo por arma blanca, el valor que implica siempre el riesgo de ofrecer el cuerpo al adversario, estuvo encarnado, tras la desaparición del indio, por la figura del gaucho, y luego del orillero; nunca por el Estado.

El hombre de la plebe de los demás países toma el cuchillo para matar, y mata; el gaucho argentino lo desenvaina para pelear, y hiere solamente. Es preciso que esté muy borracho, es preciso que tenga instintos verdaderamente malos, o rencores muy profundos, para que atente contra la vida de su adversario. Su objeto es sólo *marcarlo*, darle una tajada en la cara, dejarle una señal indeleble. Así, se ve a estos gauchos llenos de cicatrices, que rara vez son profundas. La riña, pues, se traba por brillar, por la gloria del vencimiento, por amor a la reputación. Ancho círculo se forma en torno de los combatientes, y los ojos siguen con pasión y avidez el centelleo de los puñales, que no cesan de agitarse en un momento. Cuando la sangre corre a torrentes, los espectadores se creen obligados, en conciencia, a separarlos. Si sucede alguna *desgracia*, las simpatías están por el que se desgració: el mejor caballo le sirve para salvarse a parajes lejanos, y allí lo acoge el respeto o la compasión. Si la justicia le da alcance, no es raro que haga frente, y si *corre a la partida*, adquiere un renombre, desde entonces, que se dilata sobre una ancha circunferencia. Transcurre el tiempo, el juez ha sido mudado, y ya puede presentarse de nuevo en su pago, sin que se proceda a ulteriores persecuciones; está absuelto. (Sarmiento, 1971: 105-106)⁵³

El orden jurídico del valor provoca admiración entre los paisanos. Tanto más, cuanto que el gaucho encarnó la lucha por la legítima justicia desde los comienzos de la literatura argentina (Borges, 1989: 36-37;

⁵³ Subrayado en el original.

Gamerro, 2015a: 72-80), y así fue reconocido en términos populares: “que gasta el pobre la vida/ en juir de la autoridad” (Hernández, 1978: 55). La Policía y la Justicia, en cambio, comenzaron a forjar tempranamente las artimañas que darían lugar al “Decálogo del policial argentino” (Gamerro, 2015b: 64-65), que abordaré más adelante a propósito de *Un yuppie en la columna del Che Guevara*.

El gaucho invocó sus derechos ¿pero qué gaucho tiene derechos? Invocó la justicia, palabra hueca para él, y no fue escuchado; ofreció acreditar su conducta con los vecinos de su cuartel, y fue expulsado del juzgado con la amenaza de que si no se corregía sería enviado a la frontera con el primer contingente. (Gutiérrez, 1961: 25)

El Moreira de Malihuel fue Musurana, gaucho valiente hasta lo temerario para hacer frente al ensañamiento de la Justicia, de cuya mano larga finalmente no podría zafarse: “el ser gaucho es un delito” (Hernández, 1978: 90).

El cabo Sayago, que presenció la entrevista, contó que le salía fuego negro por los ojos mientras escuchaba mudo la respuesta del juez: -¡Qué tierras ni tierras! ¡Desde cuándo un gaucho roñoso va a tener tierras acá! ¡Quién te ha metido esa idea en la cabeza a vos, para qué vas a querer un título de propiedad si ni siquiera lo podés leer! ¡A ver si te creés que yo me juego el pellejo arrancándosela al indio para después regalársela al primero que pase! ¡La tierra es para el que la trabaja, no para vagos como ustedes! (Gamerro, 2000: 67-68)

Fiel al código de honor que constituyó su orden jurídico, y haciendo gala del coraje y hombría que hacen valer un nombre en toda pelea gaucha, Musurana le aseguraría a su compadre Rosendo: “No lo maté ahí mismo porque estaba solo [...], pa que sea parejo tiene que venirse con toda la partida” (Gamerro, 2000: 68). Es por eso que al llegar la policía, insiste en exponer que les hará frente en solitario: “-¡Que nadie

me ayude! –pegó Musurana el grito como si el gauchaje hiciera cola con los facones desenvainados-. ¡Que nadie diga después que Musurana necesitó ayuda para correr a estos vainas con la maula!” (Gamerro, 2000: 69). Pero el orden jurídico de Pedernera no contemplaba ya las peleas cuerpo a cuerpo, y así es como Musurana cayó fulminado bajo el fuego de los nueve fusiles Remington con que ya contaba la partida de Malihuel. Aún vivo,

[...] ya estaban sobre él, o más bien sobre su facón, botas de montar con punteras de plata y especialmente el tirador cargador, que se disputaron un buen rato como caranchos una piltrafa de tripa, arrebatándose unos a otros de las manos que siempre se quedaban con alguna moneda, corriéndose entre ellos hasta que el petiso Antúnez logró montar y salió disparado, perseguido al galope por dos de los otros como en el juego del pato. Mientras el juez examinaba los aperos del caballo, el cual con el resto de la tropilla se había reservado de antemano, el tuerto Peñaflor desplegaba el otrora codiciado poncho de vicuña, colgando ahora como un cuero fresco por el peso de la sangre. (Gamerro, 2000: 70)

El cruento saqueo de los atavíos evoca otra escena de la literatura argentina (en la que también participara un Rosendo), aquella que recuerda el hombre de la esquina rosada: “Lo levantaron entre muchos y de cuanto centavo y cuanta zoncera tenía, lo aligeraron esas manos y alguno le hachó un dedo para refalarle el anillo (Borges, 1996a: 336)”. Pero a diferencia del Corralero, Musurana aún agonizaba cuando lo despojaron, y es entonces cuando su compadre Rosendo oyó sus últimas palabras, que fueron también su última voluntad, sabiendo que ningún honor iba a caberle a un gaucho pobre y señalado como malo a fuerza de ser guapo y hacer frente a la autoridad: “-Prometeme –le dijo en un graznido- prometeme, Rosendo, que no vas a dejar que ningún

gringo de mierda toque mi cuerpo” (Gamerro, 2000: 71). Ese orgullo agónico y conmovedor también evoca las últimas palabras del Corralero:

“-Tápenme la cara”, dijo despacio, cuando no pudo más. Sólo le quedaba el orgullo y no iba a consentir que le curiosearan los visajes de la agonía. Alguien le puso encima el chambergo negro, que era de copa altísima. Se murió abajo del chambergo, sin queja. (Borges, 1996^a: 335)

El código de las orillas fue el último reducto de aquel orden jurídico del gaucho. Instantes después, Musurana había expirado; Rosendo pudo constatarlo en su mirada fría. El gaucho que no estuviera dispuesto a soportar el abuso de la autoridad, no tendría cabida en esa sociedad siquiera muerto.

El juez dio un par de indicaciones antes de partir. -No me vayan a ensuciar el camposanto con esos güesos. Ya mismo me los sacan de acá y me los echan al osario. Y si quieren ir ganando tiempo -revolvió el caballo cuando ya se alejaba- vayan cavando alguna tumbita de más, que nunca va a faltar con quien llenarla. Tuvieron que hacerlo a cuchillo porque todas las palas estaban en la estancia, y tardando un buen rato por la cantidad de huesos en la tierra; aunque no quedaba nadie del tiempo de los fuertes anteriores para contarles de dónde tantos, que apenas mirando no había manera de saber si habrán sido de indio o de cristiano. (Gamerro, 2000: 67-71)

La amenaza, repartida a discreción por el juez a propios y ajenos, resulta igualadora, al igual que la misma muerte, codificada así como tópico (Huizinga, 1985) y reafirmada por la materialidad de los huesos, que a simple vista no arrojan ninguna pista diferenciadora. Lo que sí ponen en evidencia de manera brutal en su cantidad es la dimensión de la masacre: el juez Urbano Pedernera era sólo un eslabón más de la cadena ideológica que venció en la pelea por el proyecto de nación.

[...] día más, día menos, vendría un ejército que los pasaría a todos por el filo de la espada, por traidores; y en estas pampas inmensas, en estos

bosques solitarios, no quedarían ni recuerdos, ni vestigio de que ustedes vivieron en ellos. (Mansilla, 1947: 311)

La tierra pareciera mantenerse caliente con tanta muerte violenta. El hueco final, muy probablemente preparado por sus futuros moradores (como ocurrió en tantas recordadas escenas de la historia contemporánea), no provee memoria: esos huesos indiscriminables son una huella muda, sin identidad.

[...] es permitido creer que nuestro barro nacional empapado en sangre de hermanos puede servir para amasar sin liga extraña algo como un pueblo con fisonomía propia, con el santo orgullo de sus antepasados, de sus mártires, cuyas cenizas descansan por siempre en frías e ignoradas sepulturas. (Mansilla, 1947: 157-158)

A ese mismo olvido irían a parar los de Musurana, como los de todo *gaucho malo*, si no fuera por la perenne escritura de esos “poetas de los alrededores” que decidieron recordar con admiración sus hazañas. Uno de ellos, Hernández, conseguiría vencer al propio Sarmiento en su pelea por el podio en el canon (Rojas, 1960; Borges, 1989: 36-37), con las consabidas consecuencias simbólicas, imaginarias y reales (Gamerro, 2015a: 72-80).

2.2.9. La animalización del indio

Uno de los sueños que atormentaron a Urbano arraigó en la inmediata vigilia. Se conformó a partir de una información recibida cuya proyección devino en el resto diurno que daría lugar a la pesadilla.

Fue dos semanas después, cuando la diligencia trajo noticias de la nueva confederación que los herederos del cacique Calfulcurá habían armado al sur de Buenos Aires. Sugestionado, esa noche el juez volvió a soñarse comandante, y cuando ordenaba formar a la tropa comprobaba con

espanto que eran todos indios de lanza y chiripá, hasta el último de sus hombres había sido masacrado mientras dormía y ahora él despertaba, dentro del sueño, para encontrarse cautivo en su propio fuerte. Con una vaga sensación corporal, al despertar, de ignominias demasiado humillantes para el recuerdo, y la congoja trezándole las tripas hasta la garganta –había reconocido, fluctuante como una imagen reflejada en un charco, el querido rostro de su mamita entre los desdentados de las indias viejas que lo señalaban riendo- nuevamente partió a la cabeza de sus hombres en busca de los responsables, que sin necesidad de fatigar innecesariamente a los caballos encontró en un asentamiento de indios amigos, sobre las tierras de don Guillermo Bullock del lado sur de la laguna. Dos se ahogaron tratando de cruzarla, y el resto fue pasado a cuchillo, con la excepción de los indios y las chinitas más jóvenes que, recuperables para el servicio doméstico, el juez repartió entre su estancia y las vecinas, aprovechando la cercanía del período navideño. Musurana, que más orillero que gaucho no tenía mucha experiencia de indios, pidió ser de la partida: -Y para no desafilármelo al facón con carne dura a la vieja la bajé de un bolazo entre las paletas, ahí nomás dejó de chillar y el capitanejo –Mateo, vos que lo conocías, ¿era el hijo, no?- todavía tratando de subirse al caballo se refalaba por lo gordo y el cabo Sayago que venía al galope le ensartó la lanza en la panza de lado a lado y todavía clavándolo al caballo, ¿no? No se sabían las tripas cuál era de cuál. Lo que no sabía era que las indias no tenían pelo entre las piernas. ¿Se lo sacan o qué? (Gamerro, 2000: 29-30)

La guerra al indio no ha concluido, y las tropas del –nuevamente- comandante Pedernera están tan devastadas que el desplazamiento onírico le descubre que sólo cuenta con indios entre sus filas. En un nuevo pliegue, Urbano despierta en su sueño, cautivo en su propio fuerte, y ahora es una condensación la que lo desvela: el rostro de su madre confundido entre un grupo de paganas. Es notable cómo el terror que produce la pesadilla, tanto la real como aquella que ocurre en un segundo nivel, dentro del propio sueño, está en (con)fundir(se) indios y cristianos, barbarie y civilización. Este terror a adelgazar la frontera material y simbólica que separa ambos mundos va a prolongarse a lo largo de la historia de Argentina, en la que la esfera de la barbarie irá mutando hacia nuevos colectivos sociales, sentidos como amenaza para

la cultura que, en estos años de 1877, se estaba erigiendo como hegemónica (Viñas, 2013: 54-56, 110, 121, 144).

En el sueño de Pedernera, la imagen del indio está siempre identificada con lo animal, biopolitizada, tal como ocurre en la gauchesca: a la vieja se la caza como a un guanaco, en lugar de brazos tiene paletas, chilla, sus genitales son lampiños. Del mismo modo, más tarde se habló de la inmigración como de un “aluvión zoológico”, y se hizo referencia al abigarrado grupo conformado por trabajadores migrantes e inmigrantes que se manifestaron en la Plaza de Mayo el histórico 17 de octubre de 1945, como aquellos que refrescaban “las patas en la fuente”. La metáfora animal, la representación biopolítica, se hace extensiva a todos los grupos señalados como barbarie a lo largo de la historia del país, y asienta sus raíces en las teorías que acompañaron la Conquista, y que justificaban la esclavización de los pueblos de América por considerar que, al igual que los animales, no poseían alma, y por tanto eran bestias; prueba de todo esto es el debate jurídico entre Las Casas y Sepúlveda, con Carlos V como mediador (Maestre Sánchez, 2004).

En cuanto a Musurana, el sueño lo identifica explícitamente con la figura del orillero (Borges y Bullrich, 2000). Por pertenecer a los márgenes de la urbe, su trato con el indio es infrecuente. Es insólita, entonces, la figura de un orillero manejando boleadoras; el arma por excelencia del compadrito es el puñal o facón, que aquí se cuida bien de no estropearle el filo, y es por eso que decide acometer una muerte a distancia: esto es así porque no hay honra que se juegue en este caso -

da igual que se trate de una hembra-, ya que en su imaginario no está matando a un ser humano sino cazando a una fiera (cf. Kohan, 2010: 90-92).

Del mismo modo, el cabo Sayago mata de un lanzazo al capitanejo, atravesando en un mismo acto al jinete y al caballo; las tripas entremezcladas son las que, en este caso, ponen en un plano de igualdad al indio y al animal. Con referencia a Musurana, este episodio soñado por el juez es prueba de la participación del gaucho malo/orillero en la conquista del territorio, luego negada por el juez ante el cabo Sayago, que es testigo de esa entrevista, también presente aquí en el sueño como prueba de esas aventuras acometidas juntos.

Los indios jóvenes son regalados para el trabajo doméstico, como en efecto ocurrió tras la “Campaña al Desierto” (cf. Viñas, 2013: 292). Todo esto sucede en el despertar del comandante dentro del sueño soñado siendo ya juez, en el presente de la narración. Los temores, como los tópicos, son prolíficos. Así le sucede también a Rosendo.

Interrumpió sus meditaciones un trozo de sombra que se desprendió de la de un toldo y se alejó de ella tambaleando sobre la tierra cuarteada, blanca bajo el sol rajante, erizándole a Rosendo todos los pelos de la nuca. Nunca en sus dilatados viajes había visto un bicho así: una especie de araña gigante temblando insegura en lo alto de cuatro patas largas y huesudas como las de un flamenco, una bola peluda del tamaño de un cuzco mediano pero sin cola y con cabeza de gato que recién en ese momento, haciendo un enorme esfuerzo por vencer su peso, pudo levantar del suelo para mirarlo. Era un indiecito. Los dedos de Rosendo se aflojaron sobre el mango del facón. A partir de los enormes ojos doloridos el resto del cuerpo se armó ante su vista: los mechones de pelo entre los lamparones pelados de la sarna desparramados sobre la enorme cabeza, el cuello que en cualquier momento amenazaba romperse y dejarla caer rodando al suelo, el cuerpo mitad costillar y mitad panza inflada a lo globo, los brazos y piernas finitos como cañas que apenas lo sostenían sobre manos y rodillas. Como las criaturas lerdas y confundidas que expone a la luz un tablón levantado del suelo, empezaron a subir los demás indios de los cueros cercanos,

incorporándose con esfuerzo, o sin incorporarse, sobre los pies descalzos, de rodillas, en grupos de dos, o tres, apoyándose unos en otros, bamboleándose descuajeringados como los últimos cascarudos del otoño. A pesar de que algunas llevaban el torso descubierto tardó en discernir que eran en su mayoría mujeres, los pechos apenas bolsas vacías colgando sobre las costillas; entre las estacas de sus piernas una lenta nidada de arañas como la primera trazaba al arrastrarse dibujos tortuosos en el espeso polvo del suelo; el resto algún muchacho con una tacuara sin filo en una mano, más para apoyarse que para amenazar, y muchos viejos. Todos flacos como esqueletos, mudos como fantasmas, los ojos fijos en el mismo punto. No era él, descubrió Rosendo sin asombro. Eran los caballos. (Gamerro, 2000: 88-89)

En este pasaje, aparecen aunadas la animalidad y la infancia, en agonía. Tan raro es aquello que ve, que Rosendo se prepara para matar; no discierne al *bicho* con claridad pero el narrador con foco en Rosendo lo describe como a un monstruo, un Frankenstein compuesto por partes de toda la fauna conocida: una araña gigante, con patas de flamenco, del tamaño de un cuzco, con cabeza de gato. Cuando descubre que se trata de un niño, afloja la mano sobre el facón porque ya no es necesario ultimarle: es un muerto en vida, el hambre se ha encargado de eso. En contraparte, descubre que uno de ellos sostiene una tacuara; pero el arma, que es resabio e índice de la derrota, ha perdido todos sus atributos ofensivos, es sólo un accesorio para hacer un poco menos pesada la llegada de la muerte. Niños y viejos –en su mayoría mujeres– componen el conjunto, como en toda sociedad devastada por la guerra. Como animales sin posibilidad de caza, sólo les queda carroñar lo que otro ser vivo les pone a la mano. En este caso, el caballo.

2.2.10. Matanzas

En el relato del viejo Santoro vuelve a aparecer fragmentada la historia del país. De este modo, el cuadro de matanzas que componen la historia de esta tierra se va completando (no en vano, los topónimos “Matanzas” y “La Matanza” dieron nombre a muchos kilómetros cuadrados). Aquí, son el paso del tiempo y los cambios sociales los que llevan a confundir sueño con vigilia.

Usté es joven todavía, pero cuando sea tan viejo como yo va a mirar atrás y le va a costar saber qué fue sueño y qué realidad. Míreme. ¿Usté creería que yo pelié con los españoles? No los almaceneros de ahora, que sólo le pelean el precio; no, eran caballeros, hidalgos, soldados del rey. Esos sí que sabían ser señores, daba gusto servirlos, viera los uniformes que vestían. Me daba pena, cuando me pasé al lado patrio, arruinárselos a lanzazos. Yo defendí este fuerte de las tropas del general Lavalle, habrá oído hablar de la quemazón; y seguí con él pal Norte, hasta Jujuy lo seguí y ahí pegué la vuelta. En llegando a Salta me prende una fuerza federal -Lavalle era unitario, si no me falla la memoria, ¿se acuerda cuando le expliqué?- que por ésta no termina fusilándome; la comandaba un joven alferez que todavía no cumplía los dieciocho. Se llamaba Urbano Pedernera, y ésa fue la primera vez que me perdonó la vida. Lo hubiera visto en aquel entonces, se le veía en la mirada lo lejos que iba a llegar. Con él fue que aprendí a degollar desde atrás: se mete la puntita así entre los güesos y se corta en vaivén. Se quedan como estaquiados, pueden hablar y todo pero no moverse, saben que ya están muertos pero siguen viviendo, a veces días. Por delante será más vistoso pero termina enseguida y uno se queda con ganas de más. Ésa fue la época más linda, pero como usté bien sabe lo bueno dura poco. Después que lo mataron a Rosas en su palacio don Urbano lo perdí de vista y me encontré peliando al salvaje en la frontera del Río Cuarto; cuando me largaron, de vuelta pal pago pasé por acá y me encontré con que el muchachito de los montes se me había hecho todo un teniente coronel; me reconoció y aquí me tiene. A veces, le digo, se me hace difícil aceptar que tanta cosa distinta pudo pasarle a la misma persona. Me parece que o las soñé o me estoy confundiendo con estorias que me contaron, con los recuerdos de otro. (Gamerro, 2000: 40-41)

Los cambios sociales son nuevamente vistos a la luz de la degradación: si antes los españoles eran prestigiosos militares y gente de mando, ahora son inmigrantes que libran batallas de orden doméstico. La

propia vida del paisano sufre los cambios propios de la historia del país: pasa de servir al rey, a alistarse como soldado por la Independencia. Luego, la distinción entre unitarios y federales parece no corresponderse con una elección ideológica, consciente, sino que se cae bajo un mando un poco al azar, casi de modo mercenario, al punto de vacilar acerca de la adscripción partidaria de uno de los máximos exponentes del bando unitario. El baño de sangre, producto de la larga guerra civil que dirimió el modelo de país, llevó a familiarizar a los hombres con la muerte al extremo de regodearse en el relato y de gozar del acto y las metodologías adquiridas; allí están *El matadero*, “La refalosa” (Ascasubi, 1960: 19-22), el *Facundo*: “que desde la infancia, están habituados a matar las reses, y que este acto de crueldad necesaria, los familiariza con el derramamiento de sangre, y endurece su corazón, contra los gemidos de las víctimas” (Sarmiento, 1971: 84), e incluso *La tierra purpúrea*, que recoge las palabras de un viejo gaucho (en este caso, oriental): “Si en este mundo uno no se acostumbra a derramar sangre la vida sería una carga” (Hudson, 1956: 29).

Es el futuro señor juez, alferez de las tropas federales, quien desde sus ambiciosos dieciocho años enseña al paisano a matar por la espalda, en larga agonía, como quien mata a un pollo. Luego, una nueva y gruesa confusión, producto de los años y las mudanzas en la vida de Santoro: Urquiza y no Rosas es asesinado en el Palacio San José. Una vez vencido el federalismo, el servicio continúa al frente de los ejércitos que hicieron la guerra al indio y extendieron la frontera hasta ganar la Patagonia. Idas y vueltas que entreveran historias,

recuerdos, sueños propios y ajenos, vigiliass, duermevela, pliegue tras pliegue. Como si de ese revoltijo de tanta masacre no pudiera sacarse nada en limpio, y mucho menos una vida en comunidad.

El efecto de la circunstancia referida por Santoro es el de volver posible aún la realidad más descabellada, como si la autoridad del pueblo estuviese ejercida por un Ello despótico, cuya barrera cultural inexistente y el fluir de sus deseos inconscientes encontrara cauce merced a su ilimitado poder. Claro que mucho de esto es reconocible en la serie de novelas de dictador que es uno de los géneros que ha caracterizado a la literatura del continente en el siglo XX (cf. Gallego Cuiñas, 2005). Esta parodia, leída desde el año 2000, entra en serie con todas aquellas novelas, cuyas imaginarias exacerbaciones no son más que la historia nacional desarrollada en un plano en el que todo es posible, no sólo por forzar cualquier contrato social y/o pacto civilizatorio, sino por superar los límites de la materialidad física, en este caso mediante la transgresión entre sueño y vigilia.

2.3. Ficciones barrocas

Confundía los hechos reales con las visiones; me parecía que había soñado con mi comadre Carmen, con Epumer y el negro del acordeón, y que lo que había visto en sueños era verdad. [...] Yo estaba despierto y no lo sabía. ¡Caramba! ¡Cómo cuesta cuando se ha soñado un imperio convencerse al despertar que no es uno emperador! [...] La visión del imperio ranquelino desapareció de mi retina. Pero como una sombra chinesca que se desvanece, todavía cruzó por mi imaginación.

L. V. Mansilla

Aunque de todo este horror edifiquemos algo más claro y duradero, habrá sido tan alto el precio que en comparación nuestro edificio será nada, y aunque la tierra entera cante con una voz unánime, mucho más tarde, junto a la mesa servida, habrá siempre un momento negro junto a una rama del tiempo donde los sueños convictos de estos siglos ruidosos recibirán, de los verdugos de sueños, su condena.

J.J. Saer

No hay en el mundo un medio más poderoso que la risa para oponerse a las adversidades de la vida y la suerte. El enemigo más poderoso queda horrorizado ante la máscara satírica y hasta la desgracia retrocede ante mí si me atrevo a ridiculizarla. La tierra, con la luna, su satélite sentimental, no merecen más que la burla, por cierto.

Bonawentura

La novela es rica en transtextualidades de diversa clase (Genette, 1989: 9-10), que conforman múltiples y abigarrados pliegues al materializarse en la escritura.

El Barroco no remite a una esencia, sino más bien a una función operatoria, a un rasgo. No cesa de hacer pliegues. No inventa la cosa: ya había todos los pliegues procedentes de Oriente, los pliegues griegos,

romanos, románicos, góticos, clásicos... Pero él curva y recurva los pliegues, los lleva hasta el infinito, pliegue sobre pliegue, pliegue según pliegue. El rasgo del Barroco es el pliegue que va hasta el infinito. (Deleuze, 1989: 11)

Cabe aquí realizar una distinción entre la escritura barroca, el neobarroco latinoamericano⁵⁴ y las “ficciones barrocas” (cf. Gamarro, 2010b: 11-77). Siguiendo al propio Gamarro, las ficciones barrocas lo son en tanto presentan planos de realidad cruzados o superpuestos: ficción/verdad, reflejo/objeto, sueño/vigilia. A su vez, señala la diferencia entre obras fantásticas y no fantásticas con trama barroca, y sostiene –en referencia a Borges, Bioy Casares, Silvina Ocampo y Cortázar- que “los cuatro autores argentinos de ficciones barrocas más característicos no cultivan una escritura barroca” (Gamarro, 2010b: 73). Así, deja establecida la diferencia entre trama barroca y estructura barroca, y su relación con el fantástico en el Río de la Plata, que lo atribuye a las lecturas de Borges del Siglo de Oro español. De este modo, a contrapelo del lugar común de la crítica, conjetura:

A poco más de tres siglos de distancia, las dos grandes épocas de la literatura en lengua española se miran como espejos enfrentados. Resulta una simplificación pensar que la semilla del barroco áureo germina únicamente en el Caribe, y que es hostil a su desarrollo el suelo pampeano: de un extremo a otro de la geografía de Hispanoamérica, seguimos siendo barrocos. (Gamarro, 2010b: 76-77)

Él mismo lo desarrolla en su narrativa.⁵⁵ Veamos lo que ocurre, por ejemplo, en esta reescritura de una célebre escena del *Antiguo*

⁵⁴ Severo Sarduy realiza una caracterización del barroco y el neobarroco en América en Fernández Moreno, 1972: 167-184; cf. también Baler, 2008.

⁵⁵ Como señalé en el capítulo anterior, si bien las narrativas de posdictadura presentan características propias, se filian en unos *padres literarios*; en el caso de los

Testamento, aunque enunciada desde una tradición que caracteriza a América: la oralidad como modo de conservación y transmisión del patrimonio intangible de los pueblos.

Mi mamá que era una santa me contaba el cuento de una estancia muy al Norte, más que el Paraguay todavía; se llamaba Los Paraísos y la cuidaba una pareja de puesteros, que se bastaban solos porque allá se daba todo tan fácil que bastaba llenarse la boca de semillas y escupir para tener al otro día un huerto, y las vacas venían trotando al cuchillo cuando usted las silbaba. Una vuelta el patrón viajó a la capital y les dijo que podían comer de todo menos de las dos higueras que daban sombra a la casa, sin darles un porqué. Una yarará que por ahí andaba le dijo a la señora que si comían de los higos serían sabios como el patrón, y ahí nomás mordió uno y le dio de probar al marido. Como avisao el patrón volvió y por las caras vio que habían comido, y los echó al desierto, donde padecieron hambre y sed. Esa primera noche se acostaron bajo las estrellas y cuando se durmieron se encontraron de nuevo en la estancia, donde el patrón sonriendo, sin asomo de enojo, los invitaba a sentarse a una mesa con manteles de hilo blanco, perdices asadas, tortas fritas y vino en jarra. Les explicó que así era porque habían comido de los higos del sol, cuyo néctar dorado da la sabiduría de las cosas del día, y por eso de día estaban condenados a errar a pie por el desierto; pero gracias a que no habían probado la miel plateada de los higos de la luna, a la noche se les permitía volver, y todo lo que hicieran en sueños era inocente. Pero al despertar se olvidarían de todo, o casi todo, y nunca podrían entender lo que soñaban, porque de esa fruta no habían comido. (Gamerro, 2000: 39-40)

En la reescritura, el patrón es Dios. Y esta concepción marca una línea divisoria entre la vida del gaucho previa a la leva y a la definitiva constitución nacional, y la vida del gaucho amancebado, domesticado, que tan bien se ve en *La vuelta de Martín Fierro* (*El gaucho Martín Fierro*, es en cambio, la historia de la resistencia; de ahí que en los años setenta, uno de los films icónicos de la militancia se haya titulado *Los hijos de Fierro*). *La vuelta de Martín Fierro*, narrada como un *regreso* a la civilización desde el desierto bárbaro y salvaje, en realidad es la historia

escritores argentinos –y de Gamerro en particular, por el peso de la cultura inglesa en su formación-, la figura de Borges es ineludible (cf. Gamerro, 2003 y 2013).

de un gaucho *dado vuelta*, de un gaucho que ya no es tal porque ha perdido la posibilidad de desarrollar el estilo de vida que lo había caracterizado en su período de expansión. Es por eso que el libro original se había proyectado como único (Rodríguez y Salvador, 2005: 104-107). Por otra parte, lo que fue reconfigurado como *La ida de Martín Fierro* cerraba con el destrozo de la guitarra y el exilio. Esa quebradura del instrumento es metáfora del quiebre de la propia figura del gaucho; de ahí, por tanto, no había vuelta. *La vuelta de Martín Fierro* a la civilización implicó la *desaparición* -palabra de claras resonancias para la identidad nacional- del gaucho en tanto tal, y su conversión en peón bajo mando de los patrones de estancia.⁵⁶

En el relato (narrado por la madre del relator, *una santa*), el patrón echa a los díscolos al desierto -en este caso, una pareja-, tal como había venido ocurriendo desde la caída de Rosas. El sueño es el espacio en que los deseos son saciados, y están fuertemente relacionados con el acceso a la comida, la bebida, el cobijo de la estancia y la posibilidad de regresar del exilio que implicaba el desierto. La querencia, el pago, el rancho donde el gaucho desarrollaba su vida en comunidad, remite de este modo al paraíso; en este caso es una estancia que se llamaba, precisamente, “Los Paraísos” (nombre que

⁵⁶ A este respecto, Juan María Gutiérrez en su “Nota crítica a *El matadero*” es elocuente: “Nosotros, a medida que crecemos en edad como pueblo y adelantamos en cultura como sociedad, nos interesamos con mayor anhelo en conocer lo pasado y deseamos hallar testimonios a este respecto que guíen nuestro juicio. Pero este deseo no es fácil de satisfacer, tanto en la época antigua como en la reciente, porque no habiendo tenido arte ni literatura nacional, *han desaparecido los tipos sociales tan fugazmente como huye el tiempo, sin que manos de observadores los hayan fijado ni con la escritura ni con los medios que proporcionan las bellas artes*” (Gutiérrez, 1874: 210; subrayado mío).

también recibe un árbol característico de la región), donde la tierra se brindaba sin trabajo y generosamente. En la historia nacional, la expulsión del gaucho es puesta en contraste con la vida previa, y la gauchesca presenta las hostilidades del desierto y la caída en desgracia del gaucho por oposición a la vida bucólica, idílica, que había conseguido construir a fuerza de trabajo, descrita con profunda dulzura por Gutiérrez o Hernández: “la frontera era su muerte civil, aprendizaje que había hecho con el ejemplo de mil gauchos desgraciados que habían hecho igual suerte” (Gutiérrez, 1961: 37).

El sueño es, en este relato, el lugar de la expansión. A diferencia del señor juez, durante el día la realidad es otra, el pliegue no se da por continuidad entre el plano del sueño y el de la vigilia sino por la relación lógica que unen a uno y a otro: la vigilia es castigo por haber probado el higo, la noche permanece como el momento de plenitud porque el fruto que la rige no ha sido probado. No obstante, si bien todo lo ocurrido en sueños es inimputable (como en el carnaval), la vuelta a la vigilia opera como las aguas del Estigio: se olvida aquello vivido en sueños, o *casi todo*. Ese *casi* será el que atormenta al señor juez, tras los sueños de Carnaval.

Son principalmente cuatro las tradiciones literarias que funcionan como intertexto en *El sueño del señor juez*, y que habilitan diversas operaciones: la literatura argentina del siglo XIX, con foco en la gauchesca; el barroco español; el canon inglés –Shakespeare y Coleridge; y el canon argentino: Borges y Macedonio (Jitrik y Ferro, 2007; Prieto, 2011). Estas cuatro grandes referencias son incorporadas

en distintos planos y con diversas funciones. En primer lugar, la vuelta sobre la literatura argentina del siglo XIX es el sustrato que proyecta los tópicos sobre el origen de la nación, codificados por la historiografía y la literatura. Son revisitados desde el humor, y vienen a señalar los abusos presentes lo largo de la historia del país pero ficcionalizados desde la parodia y el grotesco. Es el soporte sobre el cual se plantean situaciones que el lector reconoce como sustrato de la historia nacional, lo que establece una primera bisagra articuladora, historia/ficción, unidas en ambas tradiciones nacionales (histórica, literaria). La herencia del barroco español, principalmente, y también las alusiones a Shakespeare (*Hamlet*) y –como veremos- Coleridge, habilitan el juego de planos que vertebra la novela: la confusión sueño/vigilia (*leit motiv* que ha ido apareciendo de modos diversos), teatro/vida, vida terrena/vida ultraterrena. A ello se suman las figuras de Macedonio y Borges, que también exploran la liminografía, no sólo entre sueño y vigilia sino también entre ficción y no ficción.

La tercera y última parte de *El sueño del señor juez* vuelve sobre la figura de Urbano Pedernera y concluye con un sueño del que todo el pueblo es partícipe. Hasta entonces, el señor juez había descargado toda su furia sobre los pobladores, a quienes soñó delinquiendo e injuriándolo, y había transitado en sueños los propios miedos que la vigilia le suscitaba. Sin embargo una noche,

[...] buscó a tientas en su escritorio, en cuyo cajón inferior sabían estar los fósforos para prender el candil. No bien su mano se cerró sobre ellos sintió que otra le tocaba el culo. Nada que pudiera tomarse por el roce casual de una polilla o cortina en la oscuridad, no; una mano bien puesta con todos los dedos recorriéndoselo de abajo a arriba en toda su

curvada extensión, llegado el término de la cual con un grito de terror el juez pegó un salto cayendo sobre la silla y rodando ambos entreverados. Una carcajada que la oscuridad le pareció multiplicar en decenas de bocas, un ulular diabólico que le puso todos los pelos de punta y un desplazamiento de masas de aire y bultos sin forma a su alrededor festejaron su caída. (Gamerro, 2000: 121-122)

Hasta entonces, la transgresión se producía en una escala descendente de jerarquías: era el juez quien abusaba de los pobladores. Aquí, la situación se invierte y lo hace de un modo contundente: una mano anónima, un orificio y una violación inesperada: “El énfasis está puesto en las partes del cuerpo en que éste se abre al mundo exterior o penetra en él” (Bajtín, 1974: 29-30). En esta instancia también se rasga la vigilia para penetrar en el sueño.

La venganza del pueblo, finalmente, sería colectiva, todos a una, y en sueños, en línea con la metodología que el señor juez de Malihuel había institucionalizado. Gozosa, jocosa, orgiástica. Los múltiples enfrentamientos con la Justicia siempre habían multiplicado el castigo del injuriado y aumentado el poder de quienes actuaban en nombre de la Ley, la Justicia o el Gobierno. Para poder torcer el eje del destino, en esta reescritura de la historia el desafío a la autoridad debía cambiar de signo.

En el realismo grotesco (es decir en el sistema de imágenes de la cultura cómica popular) el principio material y corporal aparece bajo la forma universal de fiesta utópica. Lo cósmico, lo social y lo corporal están ligados indisolublemente en una totalidad viviente e indivisible. Es un conjunto alegre y bienhechor. (Bajtín, 1974: 23; cf. Lamborghini, 2008: 14)

Fiesta popular, anónima e idiosincrática –en el carnaval norteño el *zupay*, que anda suelto, es el responsable de cualquier tropelía,

exabrupto o atropello a la autoridad-, tanto en Europa como en las formas que conoció en estas tierras es el rito de catarsis, expansión y liberación de los deseos oprimidos durante el resto del año. La risa enfrenta al poder desestabilizando las relaciones sociales instituidas.

La risa y la cosmovisión carnavalesca, que están en la base del grotesco, destruyen la seriedad unilateral y las pretensiones de significación incondicional e intemporal y liberan a la vez la conciencia, el pensamiento y la imaginación humanas, que quedan así disponibles para el desarrollo de nuevas posibilidades. De allí que un cierto estado carnavalesco de la conciencia precede y prepara los grandes cambios, incluso en el campo de la ciencia. (Bajtín, 1974: 50)

El sueño del señor juez llega al clímax en el uso de estos recursos. El cuerpo del señor juez es ultrajado por una mano anónima cuyo poseedor acaba en una lucha cuerpo a cuerpo con el magistrado. La caída del juez no es sólo física sino simbólica: el desconocimiento de su investidura es festejado por múltiples y anónimas risas, que sólo pueden provocar pavor en el burlado. “La risa degrada y materializa” (Bajtín, 1974: 25).

Demasiado tarde su mano voló hacia abajo a hacer de hoja de parra, y no logró más que arrancar nuevas y más rugientes carcajadas del cerco de mujeres que lo señalaban con sus dedos afilados como lanzas, doblándose en dos y zapateando en el suelo, apoyándose unas en otras para que la risa no las tumbara, gritándole las viejas cúbrase cochino dónde se cree que está o con ese mazo pa mortero basta un dedal, las más jóvenes sacudiendo el meñique bajo el ombligo maní maní maní o acá papito acá levantándose las polleras por encima de la cabeza como las cholitas de París, y hasta niñas ahogando sus risas infantiles mientras se tapaban los ojos con las manos y espiaban con los dedos abiertos. (Gamerro, 2000: 123-124)

Desnudo frente a mujeres y niñas, sufre el peor de los escarnios para su virilidad: la burla del miembro. En esta pesadilla totalizante también se entreveran las imágenes de pesadillas previas; las cholitas, mujeres

para él vergonzantes por sentir las tan próximas a su cultura, frente a otra cultura ajena e idealizada en la que desea hacerse un sitio, ahora se ríen de su persona. No conformes con hacerlo objeto de su diversión, de subvertir la figura respetable transformándola en el bufón de una corte populista, se apropian de su cuerpo para el entretenimiento gozoso del conjunto.

[...] se acercaron con risitas pícaras dos niñas de trenzas y rostros sonrientes y lo untaron con miel, otras dos detrás le vaciaron encima el relleno de un almohadón, y dos más un saco de harina. Al menos así no estaré tan expuesto, llegó a pensar mientras los cuatro enmascarados lo levantaban en alto, por encima de las cabezas de la multitud que festejó gritando y agitando los brazos y haciendo disparos al aire, para luego, montándolo al revés sobre una de las mulas rengas que habían quedado de los tiempos del fuerte, dar comienzo a la procesión. Avanzaba el juez de espaldas, o quizás retrocedía de frente, con los rostros retorcidos de su comitiva todo el tiempo ante los ojos; una turba de monstruos demoníacos que sólo podía haber sido vomitada de las profundidades de la tierra por un desarreglo colosal, como si las salamancas se hubieran cansado de ocultarse en islas y cavernas y hubieran decidido tomar por asalto el mundo superior para fundar en él su reino. Algunos de los rostros le resultaban familiares, verdad, pero los habían puesto en el cuerpo equivocado, que de delgado como un poste había pasado al grosor de un chanco cebado; las mujeres tenían barba y piernas peludas y los rasgos de sus maridos, y los hombres grandes tetas abultándoles la camisa; había jovencitas impúberes de pelo blanco y arrugados rostros de vieja, gringos con cara de chino y gauchos con cara de gringo, y entre los pies de la bullente e ingobernable multitud correteaban enanos con cuerpos de niño y rostros estragados por la edad, algunos jorobados, otros con enormes cabezas que se bamboleaban como si en cualquier momento fueran a caer de sus hombros. (Gamerro, 2000; 142-144)

El señor juez no podía seguir siendo tomado en serio. Las niñas juegan con él: como a un reo, lo montan luego en mula para regocijo de verdugos y espectadores que conforman un pandemónium con las condensaciones propias de un sueño. “Fieras, enanos, demonios, indios y esqueletos” (Gamerro, 2000: 148): este entrevero de pesadilla evoca las reiteradas escenas de comunidades originarias, siempre

animalizadas/biopolitizadas, que describieron las literaturas del siglo

XIX. Así, en Mansilla:

Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos estaban mezclados y revueltos unos con otros; desgredados los cerdudos cabellos, rotas las sucias camisas, sueltos los grasientos pilquenes; medio vestidos los unos, desnudos los otros, sin pudor las hembras, sin vergüenza los machos, echando blanca babaza éstos, vomitando aquéllas; sucias y pintadas las caras, chispeantes de lubricidad los ojos de los que aún no habían perdido el conocimiento, lánguida la mirada de los que el mareo iba postrando ya; hediendo, gruñendo, vociferando, maldiciendo, riendo, llorando, acostados unos sobre otros, despachurrados, encogidos, estirados, parecían un grupo de reptiles asquerosos. (Mansilla, 1947: 362)

En la pesadilla del señor juez todos los participantes comparten sus genes. Están mestizados, americanizados; gauchos, chinos y gringos conforman este único cuerpo social que es Argentina.

[...] en este revés de la trama del mundo todos los hilos estaban confundidos y en el azar de su desorden formaban figuras que la mente rechazaba con pavor; y la más grotesca e incongruente de todas era la de ese montículo de engrudo y plumas que avanzaba de espaldas por un mundo entregado por fin a la locura que siempre había estado agazapada en los bordes, esperando. (Gamerro, 2000: 145)

El sueño del señor juez es una novela con un aparato complejo de enunciación. Narrada en tercera persona por una voz que focaliza en diversos personajes y a veces toma formas de la pluralidad, del fluir de la consciencia, o recoge la palabra de los personajes intervinientes de los más diversos modos, es sumamente efectiva por el carácter caleidoscópico de la construcción de mundo que presente. Al fin y al cabo, lo que se está narrando es la historia de Malihuel, de todo un pueblo, de un conjunto de almas que son también la radiografía de un momento de la patria, el esqueleto sobre el cual habría de edificarse

toda una sociedad. En el fragmento anterior, la voz narradora se refiere a la figura esperpéntica del juez desde la mirada colectiva puesta al desnudo: por fin puede decirse lo que se piensa del magistrado, y no sólo decirlo, sino también representarlo mediante el disfraz que sobre su cuerpo se coloca, que en realidad no es tal sino el signo de lo que su persona representa en la mente de los pobladores de Malihuel. Aquí, entonces, se habla del revés de una trama; sin embargo, este sueño viene a poner en evidencia, a descubrir, aquello que estaba siendo ridículamente soportado por todo un pueblo. Por eso, el centro de este circo en que se transformó el pueblo lo constituye la figura payasezca del señor juez. La locura se manifiesta en toda su expresión. Que el Juez de Paz avance de espaldas es una certera metáfora de la sociedad bajo su custodia: ni paz ni justicia. La producción onírica, en este caso, como veremos, también colectiva (ya que se trata de un sueño soñado por todos), pone de manifiesto el revés de la trama de un mundo que está de por sí patas para arriba. Los sueños despóticos de quien quiere apropiarse de los bienes sociales encuentran un límite en el sueño colectivo de un pueblo que busca en el sueño la venganza –a falta de justicia- que no encuentra en la vigilia. Como en el calco del relato bíblico antes referido, la noche hace posible los manjares prohibitivos en el día.

Alguien encajó una cacerola lustrada sobre sus sienes vencidas, otro o el mismo le colgó un cencerro de yegua madrina al cuello, uno que lo miraba fijo con un solo ojo le metió un largo beso de lengua bajo bigotes que pinchaban y en la mano algo que lo volvió a pinchar cuando obedeciendo a la orden de no soltarlo cerró sobre él la mano. Otro menos avisado la hubiera arrojado lejos, pero el juez se aferró a la humilde flor de cardo que su admirador le había regalado como si fuera la única

brizna de realidad flotando a su lado en la inundación que todo lo demás había anegado. (Gamerro, 2000: 147)

La figura del señor juez sigue siendo ornamentada con diversos elementos que son un símbolo: el Quijote y su yelmo de Mambrino (Cervantes, 2005 t.I: 173-182), Bloom y su bacinilla, codifican la locura y el inconsciente; el cencerro, la animalización; el beso, la violación de los cuerpos; la flor de cardo... una brizna de realidad, el terrible índice de continuidad entre el sueño y la vigilia. En una nueva vuelta de tuerca, el autor textual hace ingresar en el relato uno de los postulados de Macedonio Fernández (1966, 1977, 1997) que Jorge Luis Borges, evocando a Coleridge, haría célebres: “Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño, y le dieran una flor como prueba de que había estado allí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano... ¿entonces, qué?” (Borges 1989: 17). Para ambos autores argentinos, la liminografía entre realidad y ficción fue un terreno de exploración sin límites precisos.

[...] la tarima crujía bajo el impacto de la caída que el juez no podía frenar por proteger la delicada flor que sostenía en la mano. [...] cuatro o cinco manos lo destronaron de sus atributos, la cacerola y el cencerro, olvidando el cetro que apretaba en su puño cerrado con la esperanza de que no lo descubrieran. (Gamerro, 2000: 148-149)

Como en un juego de espejos enfrentados, sueño y vigilia se confunden hasta perderse su distinción: la *mise en abîme* es llevada al extremo. Al despertar, la certeza de la vigilia se diluye en una sola, contundente prueba.

[...] por un instante el hecho más incomprensible de su vida fue el de encontrarse ahí, en su cama [...] Nada de eso había pasado en realidad. [...] Había sido de todas las pesadillas de su vida la más vívida, la más aterradora, la única que todavía despierto le inspiraba pavor, pero no más que eso, no; [...] pero en cuanto consiguiera acordarse qué había pasado el día anterior –el día, sólo el día importaba- seguramente podría explicárselo todo, por ahora le bastaba con abrir bien los ojos para que entrara por ellos toda la belleza del mundo, llenarse los pulmones de aire matinal y los oídos del canto de tordos y jilgueros, desperezarse hasta que le dolieran los brazos, uno de los cuales, el izquierdo, descubrió con cierta sorpresa al sacarlo de debajo de las sábanas, seguía rígido y crispado en un apretado puño que tuvo que desarmar dedo por dedo, apoyándose con los de la otra mano. Supo al terminar que hubiera sido mejor, infinitamente mejor, haberla dejado cerrada para siempre, dejar incluso que como la de los faquires de la India las uñas crecieran atravesando palma y dorso, sellándola para siempre junto con su temible contenido. Descansando sobre la mano abierta del señor juez, como un anuncio de todos los horrores que de allí en más serían parte de su vida para siempre, algo machucada y despelechada por el sudor y la presión pero a sus ojos condenados a contemplarla dura e indestructible como un diamante, la flor de cardo. (Gamerro, 2000: 151)

Como en un juego de gradientes donde la propia identidad es sentida como bruta, fea y atrasada, la flor de Coleridge, en la Argentina del señor juez, está encarnada en una rústica flor de cardo. La confusión aberrante entre sueño y vigilia, entonces, toma la figura de la cinta de Möbius, donde ambos planos se presentan sin solución de continuidad.

El sargento Besualdo y el cabo Sayago, como todas las mañanas, lo esperaban bajo el alero, y se pusieron en posición de firmes cuando lo vieron venir, pero antes de que pudieran realizar el recitado del parte diario se vieron para su sorpresa zarandeados cada uno por una de las manos del juez. -¡Dónde estaban anoche! ¡Dónde estaban cuando más los necesité! ¡Cómo pudieron dejarme solo así! Ambos intercambiaron una mirada vidriosa, y bastó que el juez la captara, junto con la palidez cerúlea de sus rostros y el sudor malsano que los cubría, para que otra oleada del terror más puro se le alojara en el estómago. -Qué pasa. Por qué me miran así... Qué les pasó anoche. Díganme ya mismo qué... -Mi juez, nos agarraron de sorpresa... -murmuró tentativamente el primero. - Eran demasiados –completó cauteloso el otro. (Gamerro, 2000: 153-154)

En su *Excursión*, Mansilla relata un sueño funesto que es, a la vez, profecía y alegoría.

En cuanto cantaron los gallos me desperté, llamé a Carmen y le pedí mate. Mientras hacía fuego, calentaba agua y lo cebaba, pasé revista de impresiones nocturnas. Había tenido un sueño, un sueño extravagante, como son todos los sueños [...]. De una novela de Carlos Joliet, de una fiesta veneciana dada a Luigi Metello, de mi almuerzo en el toldo de Baigorrita y otras reminiscencias, mi imaginación había hecho un verdadero *imbroglio*. Había asistido a una cena. Los manjares eran todos de carne humana; los convidados eran cristianos disfrazados de indios y la escena pasaba a la vez en Quenque y en casa de Héctor Varela. El anfitrión era una mujer, Concordia, hija de Júpiter y de Temis, y alrededor de ella estaban los principales hombres argentinos. Cada cual tenía una vincha pampa y en ella se leía un mote. Mitre-*Tout ou rien*. Rawson-*Frères unis et libres*. Quintana-*Sempre Diritto*. Alsina-*Remember!* Argerich-*Liberté*. Gutiérrez, José María-*Odi et amo*. Avellaneda-*¿Dormir? ¿Rêver?* [sic]. Varela, Mariano-*Honni soit qui mal y pensé?* Vélez Sársfield-*De l'or!* Gorostiaga-*Assez*. Elizalde-*Jamáis* [sic], *Toujours*. Gaianza [sic]-*Veni, vide, vinci*. López Jordán-*Muriamur*. Sarmiento-*Lasciate ogni speranza*. Había muchos otros convidados, veía aún como entre sueños sus caras, mas no podía recordar quiénes eran. ¡Algunos comían, los más rechazaban la carne humana con asco y con horror! Una gran orquesta de instrumentos, que parecían de viento, como trompetas de papel de diario tocaba un aire militar, y un coro como el que produciría el eco del pueblo agrupado en la plaza pública, cantaba: *There is no hope for nations! Search the page/ Of many thousand-the daily scene;/ The flow and ebb of each recurring age,/ The everlasting to be wich hath been,/ Hath taught us nought or little*. [Byron, *Darkness*]. Lo que traducido en prosa quiere decir: No hay ya esperanza para las naciones. Recorred las páginas de los siglos. ¿Qué nos han enseñado sus vicisitudes periódicas, el flujo y reflujo de las edades y esa eterna repetición de los acontecimientos? Nada o muy poco. Carmen llegó con el mate y me sacó de la meditación retrospectiva en que estaba. En ese momento se oyó un cañonazo. Era una descarga eléctrica, un trueno seco. El fenómeno es frecuente en la Pampa. (Mansilla, 1947: 262-264)

Este valioso pasaje, en el que Mansilla presenta como un *imbroglio* las operaciones oníricas poco más tarde codificadas por la psicología, muestra en sí mismo toda este solapamiento entre culturas y entre diversos planos de la realidad-ficción, con una inversión de notable valor simbólico: los cristianos están canibalizados, pero disfrazados de indios. Los comensales son nada menos que sus contemporáneos más encumbrados, que devendrían próceres de la patria. Llevan en sus frentes una vincha pampa inscripta en las diversas lenguas europeas,

con frases célebres de autores canónicos que juegan a modo de presentación de cada uno de estos ilustres personajes contemporáneos. El coro, la *vox pupuli*, lee el presente, y en él augura el porvenir. Al salir de esa visión, un fenómeno natural, *frecuente en la pampa*, parece acentuar como un presagio el de esta nueva nación: el país de la guerra (Kohan, 2014).

2.4. Conclusiones parciales

Si bien, como el propio Gamarro propone en sus ensayos (2009; 2010a), el género fantástico argentino es heredero de los juegos conceptuales del barroco y del encuentro conflictivo de dos planos de realidad (historia y ficción, sueño y vigilia, mundo y teatro, etc.), la construcción paródica que su novela propone arroja efectos de lectura novedosos y particularmente significativos en relación con el contexto de escritura de la novela: el contraste entre el imaginario fundacional de la nación y la reescritura de la historia que propone Gamarro desde la ficción pone en evidencia el conflicto entre los postulados decimonónicos y el presente en que la novela se inscribe. Ese abismo, abierto en clave de parodia, es un punto ciego fructífero que interpela desde la ficción el cruce tan productivo entre literatura argentina e historia.

[...] la traza que el agrimensor determinó para San Urbano no alteró demasiado la surgida naturalmente de la prolongación de la original del fuerte, fácilmente compatible con el plano maestro a partir del cual eran fundados todos los pueblos en las tierras ganadas al salvaje, como un sello que los fuera imprimiendo uno a uno en el barro fresco de la llanura. Le pusieron a las calles nombres de próceres que sólo las generaciones siguientes *empezamos* a usar, con el tiempo llegó el ferrocarril y se multiplicaron los comercios, y se llenaron las calles de familias de vestimenta exótica, hablando en lenguas que nadie podía entender; y con esa prosperidad se creyó llegado el momento de homenajear al ya fallecido fundador con una estatua ecuestre en la plaza del pueblo, sobre todo desde que, cediendo a la tozuda inercia del uso general, el pueblo había revertido su denominación oficial a la original de Malihuel y se creía necesario recordar de alguna u otra manera su ilustre figura. [...] Si bien el gobernador de la provincia y los otros dignatarios que asistieron creyeron encontrar en el caballo del último comandante militar de Malihuel ciertos inconfundibles rasgos mulares, y pusieron algunos reparos a la decisión del escultor de no soldar las dos piezas de jinete y cabalgadura, que habían sido fundidas por separado -lo que daba la impresión de que el comandante Pedernera podía caerse de su mula-caballo si lo empujaban con alguna fuerza-, coincidieron en que si a los lugareños les gustaba allá ellos, y mientras depositaban en la base una frondosa ofrenda floral ni siquiera se tomaron el trabajo de preguntar -tenían dos ceremonias parecidas más el mismo día y recién

era el comienzo de la gira- por qué en lugar de la consabida espada o al menos pluma el artista le había colocado en la mano apenas una humilde flor de cardo. (Gamerro, 2000: 158-159)⁵⁷

Aquí, el narrador teje la historia hacia adelante, con la llegada de la gran inmigración. Se destaca la homologación de Malihuel a cualquier otro pueblo, como lo fuera un día el propio puerto y ciudad de Santa María de los Buenos Ayres, con su plano de damero articulado en torno a una plaza central, rodeada de la iglesia, el cabildo o intendencia y policía, el banco, la recova para el mercadeo y más tarde el teatro o sala de comedias. En cualquier caso, el dato más importante de este pasaje es aquel que atañe a la identidad del narrador, que se refiere al nombre nuevo dado a las calles, *que sólo las generaciones siguientes empezamos a usar*, dejando saber así al lector que es oriundo de Malihuel. En el homenaje al fundador, cuyo nombre estaba cayendo en el olvido pese a sus denodados esfuerzos por pasar a la historia, el pueblo se decide por la infaltable estatua ecuestre en el epicentro del lugar: así, en lugar de encontrar a San Martín, Belgrano, Roca, Bolívar o Garibaldi, en este caso es don Urbano quien preside, cuyo transporte lo asemeja más a la figura de Sancho Panza que a la de un prócer. La flor de cardo como arma póstuma y la movilidad de la pieza de su figura garantizarían un carnaval *à la malihuense*. El homenaje a Juan Carlos Onetti es evidente:

En *La muerte y la niña* (1973) [...] Brausen, el inventor de Santa María, tiene su estatua en la plaza, estatua ecuestre dicho sea de paso en la que el caballo de bronce va adquiriendo poco a poco rasgos bovinos, alusión

⁵⁷ Subrayado mío.

sarcástica a la principal fuente de riqueza de la región;⁵⁸ por momentos, los personajes del relato reconocen a Brausen como el fundador de la ciudad, lo que ya es sorprendente, pero de pronto lo evocan, no siempre con ironía, como al dios que los ha creado y gobierna sus destinos: “padre Brausen que estás en la Nada” o “Brausen puede haberme hecho nacer en Santa María con treinta o cuarenta años de pasado inexplicable, ignorado para siempre. Está obligado, por respeto a las grandes tradiciones que desea imitar, a irme matando, célula a célula, síntoma a síntoma”. La autonomía del territorio imaginario cambia de signo; ya no es más el universo empírico maquillado de tal manera que el lector no puede reconocer el modelo al que hace referencia, sino una *peripezia inédita en el eterno conflicto que une y separa, anula y complementa, sustituye y prolonga, revela y traiciona, lo real y su representación*. (Saer, en Onetti, 2010: 14-15)⁵⁹

Estas últimas palabras de Juan José Saer en “Onetti y la novela breve”, el prólogo que escribe para la edición argentina de sus novelas cortas, coinciden con los planteos de Gamberro acerca del barroco rioplatense:

Muchos críticos, sobre todo los no hispanoamericanos, suelen meter en la misma bolsa el género fantástico argentino con el realismo mágico de Carpentier, García Márquez y otros, y aun quienes no lo hacen no siempre aciertan con los criterios adecuados para diferenciarlos. El punto de partida, al menos, parece claro: el mundo del realismo mágico es fundamentalmente uno, no está escindido. Lo habitual y lo fantástico no se dan como el encuentro, choque o cruce de dos realidades distintas, sino que forman una sola realidad homogénea, inextricable: *la del realismo mágico es una tela sin pliegues*. Por eso, en su mundo, nunca hay sorpresa en la aparición de lo maravilloso o lo fantástico. No es una irrupción, es una rutina, un hábito. Además, no hay, en el sentido estricto, una problemática de la representación. Es el mundo el que es fantástico-maravilloso, y su representación literaria es directa y no problemática. En consonancia con el carácter no barroco de sus tramas,

⁵⁸ “Bergner dijo: -[...] Hace un tiempo quise preguntarle si usted notó que algunas veces, al atardecer, la cabeza del caballo de la estatua tiene rasgos más de vaca que de equino. -Puede ser, nunca me fijé -dijo Díaz Grey. Se asomó a la ventana del consultorio pero desde allí solo podía juzgar el anca húmeda de la bestia inferior. - Pero el jinete. Sí, siempre le sospeché equívocos. En cuanto a la montura, creo que ciertas noches la cornamenta parece surgir; estoy seguro de verle los brotes con ayuda de un par de horas de contemplación. Pero no creo que valga la pena. [...] durante la inauguración y los discursos -siguió el médico- el caballo tiraba a vaca mansa y la figura de arriba tenía rasgos de potro, de bestia indomable. No volví a verlos con atención. Pero deben haber seguido el proceso. La vaca mansa y el jinete bigotudo. Pero no olvide que la vaca da leche pero también sabe cornear. [...] Y si vuelvo al jinete, Padre, considero posible descubrir una cabeza de caballo, el hocico de un asno testarudo, la frente achatada de un perro dogo, el morro bestial de un cerdo, el perfil estúpido de un buey” (Onetti, 2012: 330).

⁵⁹ Subrayado mío.

la escritura barroca suele ser norma en el realismo mágico. (Gamerro, 2010b: 75)⁶⁰

Esa “peripezia inédita” es el pliegue barroco, que “une y separa, anula y complementa, sustituye y prolonga, revela y traiciona, lo real y su representación”, pliegue que no se observa en las narrativas del realismo mágico y que en *El sueño del señor juez* arma toda la lógica de la narración. Además, al referirse al fundador Brausen, cuyo homólogo aquí es Urbano Pedernera, Saer se extiende sobre una pesadilla que veremos desarrollada en *El secreto y las voces*, “célula a célula, síntoma a síntoma”, cuya *tradición* (de tortura, de criminalidad) se siembra en la novela aquí analizada, que narra el nacimiento de una nación.

Con *El sueño del señor juez*, Gamerro desarrolla en su propia escritura esa fórmula rioplatense que plantea en *Ficciones barrocas* al realizar una lectura del corpus canónico regional mediante el pliegue barroco que conforman el sueño y la vigilia, indiscernibles. Dice Gamerro:

El barroco se deleita en la subversión de las jerarquías aceptadas y en el escándalo de la causalidad: la copia reemplaza al original, el cuadro tiene más vida que el modelo, el reflejo se impone al objeto, el soñador obedece al soñado, la verdad del mundo cede ante la del teatro. En todos los casos, aparece el terror –o el goce– de que la representación (la ilusión, la imaginación, el arte) triunfe sobre lo representado (el mundo, la cosa, la persona). (Gamerro, 2010b: 19-20)

Los pliegues entre lo real y lo ficticio (Deleuze, 1989; Gamerro, 2010b) son la zona de proliferación de los sueños del señor juez; sueños que son, a su vez, el teatro de operaciones desde el cual se intenta escribir

⁶⁰ Subrayado mío.

el guion de la patria. La paradoja irrisoria del caso es que, en plena época de búsqueda de una identidad modernizante, liberal, cosmopolita, los componentes sociales no dejaron de manifestar todo el barroquismo en el que están ancladas las raíces históricas de la relación social en la América posterior a la Conquista, también en su región más austral. Este elemento base justifica la elección rural para la ficcionalización de esta etapa histórica, en correlato con la percepción histórica de la dialéctica campo-ciudad. No obstante, veremos cómo la obra de Gamerro despliega análogos componentes circunscriptos también al ámbito urbano; no en vano, el autor postula una insólita interrelación entre los conceptos de fantástico rioplatense y de literaturas barrocas, que abre una lectura en paralelo a la que usualmente separa ambas estéticas. Coherentemente, desde su obra crítica Gamerro asume una identidad enriquecida para esta región de América, en la que caben tanto la tradición prototípicamente hispanoamericana –esto es, asumida como tal por el canon de la crítica– y las múltiples herencias que exceden a este tronco cultural primario constituido por los aportes hispánicos y americanos. No podía ser de otro modo: se trata de una nueva postulación, también, de la tradición con que cuenta el escritor argentino (Borges, 1996a: 267-274).

Malihuel es parte de un territorio de ficción que integra un mapa donde se disponen también, decíamos, Yoknapatawpha, Santa María o Macondo. La historia que se cuenta en *El sueño del señor juez* transcurre en Malihuel y a su vez, de modo especular, se escribe para contar la historia de las tierras que conformaron Argentina. El tiempo

que la atraviesa no es ya el de las guerras, aunque la paradoja persiste: el comandante devenido juez de paz viene a alterar sistemáticamente cualquier orden. Como en *Fuenteovejuna*, el pueblo quiere hacer frente a sus abusos y lo hace dentro de la lógica que el juez instaura, en la forma de un sueño; la prueba y efecto duradero de esa acción es la flor de cardo. En esa terrorífica pesadilla la risa, la burla, el cambio de roles y la descarga conforman un escenario carnavalizado, donde se impone un orden que desconoce autoridades y jerarquías. Esta celebración, tal y como es soñada en la ominosa pesadilla, comenzará a reiterarse anualmente, conformando una efeméride ritual:

Un día al año, el mismo día de principios del otoño, hay viajeros que dicen haberse despertado en medio de la noche por el ruido de tambores y cornetas y asomados a las ventanas del Gran Hotel Malihuel juran haber visto al pueblo entero disfrazado como en Carnaval, marchando en un corso por las calles hasta congregarse en la plaza, donde rodean la estatua del fundador a fin de arrojarle frutos podridos, huevos y harina hasta dejarla cubierta de engrudo que luego revisten de plumas. (Gamerro 2000: 159-160)

Una nueva pueblada se producirá exactamente un siglo más tarde en Malihuel, aunque en sentido inverso: la conspiración anónima y conjunta va a dar lugar a la desaparición de Darío Ezcurra, narrada en *El secreto y las voces*. En ese caso, no hay un enfrentamiento con la autoridad, sino la complicidad de todo un pueblo con ella; en lugar de una Fuenteovejuna contra el abuso de la autoridad, será una Fuenteovejuna a favor del abuso de la autoridad.

En *El sueño del señor juez*, la ficción hace historia. El contexto del año 2000 permite leer la parodia en un proceso de verosimilización, dadas las circunstancias: proyectada hacia atrás, la historia argentina

bien pudo haber sido, y en múltiples aspectos de hecho lo fue, la de Malihuel. Esta reescritura paródica de la historia desde la ficción en el presente del año 2000 tiene, entonces, un efecto explicativo que pone en crisis el discurso de la historia oficial. Con la materia prima que la propia tradición otorga, Gamarro posibilita la paradoja entre la lectura de dos discursos: la ficción como escritura de la historia, la escritura de la historia como una ficción. Como en el sueño de Coleridge, la novela termina y los lectores nos encontramos con una flor en la mano: allí, en el Malihuel de 1887, el ruido y la furia del año 2000 se hacen presentes.

CAPÍTULO 3: Identidad grupal, pasado y origen

*El asado
es una apropiación
peronista
a los gauchos.*

C. Godoy

Múltiples son los grupos identitarios que han compuesto a la sociedad argentina en sus diversas etapas, ya sea por origen étnico o procedencia, lengua, religión, ideología política, entre otra infinidad de variantes. Tanto en *La aventura de los bustos de Eva* como en *Un yuppie en la columna del Che Guevara*, Gamarro recorre la iconografía de dos figuras centrales del espectro político-ideológico de Argentina para indagar sus componentes: María Eva Duarte de Perón, “Evita”, y Ernesto Guevara de la Serna, “el Che”. Los dos pueden ser leídos como mártires de las causas que trazaron su lucha y sus destino: Eva repetía y dejó escrito que daría “mi vida por Perón y por el pueblo” (Duarte de Perón, 1994: 37); el Che proclamaba “Patria o Muerte” (Carta de Ernesto Guevara a Fidel Castro al partir de Cuba, 1965). En ambos casos, también, en torno a la ideología que nucleó a cada uno de ellos se dispusieron diversas tendencias tanto simpatizantes como militantes, civiles y armadas. La complejidad del peronismo quizás radique en ser “la única idea política que la Argentina ha tenido en sus doscientos años de historia –más allá de que se la considere una idea buena o una mala-” (Gamarro, 2015b: 291), en el sentido de que no es calco de ninguna ideología foránea, tal como reconoce el propio Gamarro.

A lo largo de la historia de Argentina, se trazaron líneas de unión entre unas y otras figuras del espectro político-ideológico; en algunos casos, diversas consignas propagadas cumplieron la función de disputarse una figura valorada y apropiada por grupos de diversa tendencia. El caso absoluto es el de San Martín (Kohan, 2005), ya que grupos de diversa tendencia, aun contrapuesta, coinciden en la más alta estimación del prócer. Un caso parcial y complejo, en cambio, es el de Perón: detestado por la izquierda tradicional y algunos sectores de la derecha (fundamentalmente, ligados a la posesión de tierras y la producción agrícola), fue un referente para la enorme mayoría de obreros, para un amplio grupo de jóvenes que se asumían socialistas, para curas tercermundistas, para algunos empresarios de la industria, entre otros grupos que conforman un amplio y muy variado espectro de seguidores.⁶¹ La consigna “San Martín, Rosas, Perón”, agitada por un sector del peronismo, quiso trazar un puente entre las tres figuras, en consonancia con sus luchas por la emancipación y la soberanía, con todas las contradicciones y matices de cada caso: la gesta sanmartiniana buscó la emancipación política continental y la defensa de los intereses de los sectores populares; los dos gobiernos de Rosas buscaron desarrollar una incipiente industria nacional, fundamentalmente ligada a la producción ganadera, a la que estaban ligados los intereses personales del Restaurador; la primera presidencia

⁶¹ Para la historia del peronismo, ver Murmis y Portantiero, 2012; Horowicz, 2011; Horowicz, 2012; Pont, 1984; González, 1986; dos Santos, 1983; Novaro, 2010; Perón, 1958.

de Perón bregó por nacionalizar las empresas clave en la provisión de bienes y servicios (Halperín Donghi, 2005).

En cuanto a la figura de San Martín, no hay diferencias en su apreciación: se lo considera una figura intachable y gloriosa por sus campañas militares, su liberación de Argentina, Chile y Perú, y hazañas estratégicas como el Cruce de los Andes. De ahí que moleste tanto a los sectores conservadores que se lo ponga en una línea sucesoria con Rosas, quien (al igual que Perón) fue considerado por el grupo hegemónico -sin matices- como un tirano (Navarro, 2002: 22-24). En el discurso escolar, el período de su extenso gobierno es presentado como una larga noche medieval, empantanada, particularmente sangrienta y represiva, tanto en los ámbitos sociales como íntimos, con un peso agobiante de la Iglesia y la fuerte injerencia de esta institución en los asuntos de Estado. Esta religiosidad del federalismo rosista entraba en fuerte contradicción con las ideas unitarias, hijas de la Revolución Francesa, luego trasvasadas a la generación del 80, que para los asuntos de Estado siempre privilegió una mirada laica, como se ve claramente expresado en los textos sarmientinos o en la Ley 1420 del año 1884, que estableció para la República una educación pública, laica, gratuita y obligatoria.

San Martín, “Padre de la Patria”, es la figura ungida por la historiografía nacional, con Mitre a la vanguardia (Kohan, 2005: 35-47). La historia oficial, establecida por el partido de Estado,⁶² liberal en lo

⁶² *Partido de Estado* es un concepto que maneja Horowicz para referirse al grupo hegemónico (que en Argentina se forjó en torno a una oligarquía terrateniente tras la

económico y conservadora en lo ideológico, configuró una semblanza del prócer consecuente con sus intereses, evitando mencionar importantes aspectos de su identidad e historia. Así como consideraron poco decoroso para su estampa el hecho de que haya tenido una amante en Perú, ocultaron con especial cuidado su muy probable origen guaraní – como posible hijo adoptivo-, lo cual habla a las claras de la ideología racista subyacente, y fundamentalmente un hecho clave de su historia: la cesión de su célebre sable corbo a Rosas durante el sitio anglo-francés que concluyó con la Vuelta de Obligado. Este puente de enlace respalda claramente la primera asociación que propone la consigna “San Martín-Rosas-Perón”, esgrimida por el peronismo. Ese entendimiento entre dos hombres que pelearon por la soberanía durante el siglo XIX es el que retoma el peronismo un siglo más tarde de la Vuelta de Obligado, en 1945. En 1973, durante el tercer gobierno peronista, se declara Día de la Soberanía Nacional al 20 de noviembre, efemérides de la Batalla de la Vuelta de Obligado, decisión que fue abolida por la dictadura en 1976 y vuelta a proclamar en 2010 por el gobierno de Cristina Fernández.

unificación nacional y la expansión territorial) que encarna, en última instancia, al Estado. Puede ser coincidente o no con el *Partido de Gobierno*, esto es, aquel elegido democráticamente por las urnas. En la historia argentina, los golpes de Estado se produjeron siempre que el Partido de Gobierno no respondió puntualmente a los intereses y/o demandas del Partido de Estado.

3.1. Don Ernesto de la Pampa: *La aventura de los bustos de Eva*

*Esta es tu venganza,
nadie olvida nada.*

*¿Con qué se puede soñar
después del deshielo?*

*Te voy
a regalar
un busto de Perón
lo conseguí
en una casa
de antigüedades
es chiquito
pero está impecable,
si te fijás bien
el nombre
grabado sobre la base
está en bronce.*

C. Godoy

Pero, ¿qué es el peronismo? Un movimiento amplio y largo, al que Gamarro, como se dijo, identifica como la única “idea política”, no europea, no foránea, que ha campeado en el espectro ideológico nacional:

El peronismo tiene un discurso de clase y de raza porque los obreros que reivindica el peronismo son los morochos. Los obreros de origen europeo ya estaban representados por el socialismo, el anarquismo y las corrientes de izquierda importadas. El peronismo no es el gran discurso político nacional, es el único. Argentina no produjo otra idea política que no sea el peronismo. Para bien o para mal, en el peronismo hay algo de “al fin me encuentro con mi destino sudamericano”. [...] en la seducción del peronismo es muy fuerte la atracción que ejerce la barbarie. Borges lo pudo ver en la barbarie decimonónica pero no en el peronismo. El peronismo es algo identitario para los argentinos. (Friera, 2012: s.p.)

La aventura de los bustos de Eva transcurre durante los primeros años del *cuarto peronismo* (esto es, tras el regreso de Perón de su largo exilio

en Madrid y el consiguiente apoyo del líder al ala derecha del movimiento, enfrentándose a las juventudes camporistas; Horowicz, 2011),⁶³ y hace foco en varios de los grupos que por entonces formaron parte tanto del movimiento como de sus detractores. Entre los peronistas, por una parte, la juventud burguesa y pequeñoburguesa que se plegó a la militancia y la vanguardia obrera, fundamentalmente. Entre sus detractores, la tímida y asustadiza pequeña burguesía, y la gran burguesía empresarial. A este último sector pertenece Ernesto Marroné, protagonista de esta aventura.⁶⁴

⁶³ Los cuatro peronismos que toma esta tesis como referencia para organizar el pensamiento en torno a un movimiento tan cambiante y un período tan complejo de la historia reciente de Argentina son los que propone Alejandro Horowicz en su libro homónimo, de referencia obligada en los estudios histórico-sociológicos.

⁶⁴ Personaje que ya tuvo una pequeña participación en la primera novela de Carlos Gamerro, *Las Islas* (1998).

3.2. Virajes de una época clave: de “Perón, Evita, la Patria Socialista” a... ¿Perón evita la patria socialista?

*Un zurdito
de la revolución
perdida
es la resaca
peronista
del estado.*

C. Godoy

La novela está estructurada en un prólogo y diez capítulos, narrados por una tercera persona (con uso del discurso directo, del discurso directo libre y del discurso indirecto) focalizada en Ernesto Marroné, el protagonista de esta aventura. El narrador se relaciona con el protagonista mediante una distancia irónica: en este sentido, tiene estatura de personaje (Piglia, 2016: 119). El prólogo muestra a Ernesto Marroné a fines del siglo XX, en plena expansión del neoliberalismo en Argentina. Los diez capítulos siguientes conforman una extensa analepsis que narra la aventura -episodio fundamental de su vida- ocurrida en 1974. La acción transcurre en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores. Marroné es “gerente de finanzas del conglomerado de empresas de construcción y negocios inmobiliarios más pujantes del país” (Gamerro, 2004: 12), cuyo dueño es Fausto Tamerlán (personaje central en *Las Islas*, sobre quien volveré en el capítulo 6). Las primeras líneas de la novela ubican al lector en la vida de Marroné, claramente incardinada en tiempo y espacio.

El día en que Ernesto Marroné descubrió, al volver a su casa del Country⁶⁵ Los Ceibales tras una hermosa tarde dedicada al golf, el póster del Che Guevara colgado en la pared del cuarto de su hijo adolescente, supo que el momento de hablar de su pasado guerrillero había llegado. (Gamerro, 2004: 9)

Gamerro articula pasado y presente en pocas palabras. A juzgar por esta presentación, Marroné es todo un prototipo: guerrillero en su juventud, un burgués en su presente. A pesar de que en el trabajo “era un secreto a voces. ¿Quién podía ignorar el paso de Marroné por la célebre organización extremista que en aquellos días tenía secuestrado nada menos que al mismísimo presidente de la empresa?” (Gamerro, 2004: 9), sus hijos desconocen su biografía. El narrador expone la incomodidad que ese pasado oculto implica, por la inconsecuencia respecto de su presente.

Es así, es así, pensó Marroné, mientras desanudaba resignado los cordones de sus zapatos Jack Nicklaus, no se puede huir del pasado. Por más que corras tarde o temprano termina alcanzándote; a todos nos alcanza. Porque la historia de Marroné, lejos de ser excepcional, era más bien emblemática de toda una generación, una generación abocada hoy a borrar las huellas de un vergonzante pasado con el mismo ahínco que antes había dedicado a la construcción de un utópico futuro. ¿Quién, entonces, se atrevería a tirar la primera piedra, quién a señalarlo con el dedo? Aquí mismo, sin ir más lejos, ¿cuántos que hoy ocupan sin asombro estas hermosas casas semiocultas entre las frondosas arboledas no habrían, con la misma mano que hasta hace un rato balanceaba con soltura la raqueta Slazenger, empuñado en el pasado las armas por luchar contra privilegios mucho menos injustos que los que ahora detentaban? (Gamerro, 2004: 10)

⁶⁵ Esta referencia al barrio privada aparece sin bastardilla en el original. Muchos de los préstamos de uso corriente en el habla de Argentina están consignados sin marca en la novela, mientras que otros tantos sí la llevan; las citas siempre respetan la grafía elegida por la edición. De aquí en adelante, entonces, todas aquellas palabras extranjeras, de diversos orígenes, que no lleven bastardilla, respetan la primera edición de cada novela; en este caso, la edición de 2004.

Si bien el narrador hace extensivo a toda una generación ese pasado de militancia armada –cuestión que sigue siendo percibida de ese modo por fuera de la ficción-, la incomodidad que el presente implica deja leer entre líneas algo que el punto de vista de Marroné pareciera no poder expresar: la gran mayoría de guerrilleros están desaparecidos, y quienes consiguieron salvar su vida cargan con la sospecha sobre sus espaldas, tanto más cuanto el presente que habitan los desdice tan puntualmente de las luchas de su pasado. El lector informado remite esta circunstancia a figuras como Galimberti (cf. Caballero y Larraquy, 2000), ex líder montonero, funcionario del gabinete presidencial y acaudalado empresario bajo el gobierno neoliberal de los años noventa, acusado de fraude, entre otros delitos comerciales; o a Roberto Perdía y Fernando Vaca Narvaja, ambos funcionarios del gabinete menemista; o a Patricia Bullrich, hija de una de las familias más ricas del país, ex militante de Montoneros, funcionaria del gabinete de gobierno derrocado por la insurrección popular de 2001 y actual ministra de Seguridad del gobierno de Macri, entre otros casos.

La juventud de los años noventa en Argentina se caracterizó por el contraste respecto de la juventud de los años setenta. Aquella participaba activamente en la escena política nacional y continental, con la Revolución Cubana, la figura del Che Guevara y la victoria del socialismo en Chile como claros referentes. La juventud de los años noventa, en cambio, cargaba sobre sus espaldas el atemorizante pasado de masacre, un duelo presente desde el cual se reconstruyó la militancia gracias a la búsqueda de “Memoria, Verdad y Justicia” por

parte -en primera instancia- de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, y un supuesto desinterés por la política que consistió en verdad en un descrédito, tanto por las derrotas terribles del pasado reciente como por un presente atravesado por la corrupción y el capitalismo en su fase más incisiva; Argentina fue un laboratorio para el neoliberalismo, cuya experimentación culminó en el estallido social de diciembre de 2001, tras el “corralito” bancario y la declaración de estado de sitio por parte del presidente De la Rúa, quien se vio obligado a renunciar a su cargo horas más tarde a causa del repudio masivo a esa medida, manifestado de inmediato en las calles, y la deslegitimación de su gobierno.

El Che Guevara, que había adquirido la altura de un símbolo, estaba ya vaciado de contenido en los años noventa; así fue señalado muy tempranamente por el artista plástico conceptual más importante del período, Roberto Jacoby, y la agrupación de rock más influyente de los años noventa, nacida en los años setenta, Patricio Rey y sus redonditos de ricota. Me refiero a la obra plástica conocida como “Un guerrillero no muere para que se lo cuelgue en la pared” y a la canción “Ya nadie va a escuchar tu remera”.



Roberto Jacoby, *Anti-poster* (1969)

A pesar de ese vacío político, a Marroné lo inquieta el póster colgado en la habitación que ocupa su hijo varón. Con las mujeres, claro, es diferente: los años noventa se encargaron de focalizar su atención en otras cuestiones, invadiendo los medios de comunicación de masas con imágenes y mensajes tendientes a reforzar su objetualización, con el interés primordial de hacerlas presas fáciles del mercado de la “belleza” que las alejaba cada vez más de la posibilidad de pensarse como actrices sociales. Se las tentaba a la pasividad y al lugar de ser contempladas y valoradas únicamente por su imagen. Si bien este rol social no fue exclusivo de ese tiempo y ese espacio, sí fue particularmente agresivo por aquellos años, en que se exigía a las jóvenes asimilarse a un estereotipo corporal -que no respondía a las características étnicas que priman en la sociedad argentina. Fue la época de auge de las *top models*, la bulimia, la anorexia y las cirugías estéticas.

Quizá, si se tratase de su hija Cynthia, la todavía mimada princesa de papá, podría dejarlo para más adelante. ¿Qué podría entender ella, cuando hasta ayer los juegos con muñecas Barbie, y hoy los peinados, los bailes de fin de semana, los regímenes para adelgazar y los coqueteos inocentes con jóvenes de su misma edad y condición ocupaban todo el tiempo libre que sus estudios en el colegio situado dentro del perímetro del country le dejaban? Si bien era verdad que en aquella época la guerrilla en su impetuoso avance había llegado a sumar miles de mujeres a sus filas, era igualmente cierto que, hoy por hoy, dicha posibilidad había quedado definitivamente sepultada. Con los varones, en cambio, uno nunca podía estar del todo seguro. Siempre empezaban por ellos: por su idealismo, por sus románticos anhelos de aventura, por su culto al riesgo por el riesgo mismo, por toda esa energía que era tanto más fácil hacer estallar que encauzar y conducir por los ordenados circuitos de la sociedad. Tenía confianza en su hijo: era un joven brillante, condenado al éxito, un líder nato y a la vez excelente compañero, y sobre todo de una gran nobleza de corazón. Pero eran justamente estas cualidades, lo mejor

que en él había, lo que lo volvían más proclive a escuchar el canto de sirena de los impacientes y los violentos. (Gamerro, 2004: 10-11)

El narrador expone claramente la marcada diferencia que, ya en los años noventa, existía entre “hombres” y “mujeres”⁶⁶ jóvenes, adolescentes. La aventura militante sí era capaz de atraer a los varones, ya que trasunta un gesto de virilidad, mientras que una muchacha criada dentro del perímetro del barrio cerrado difícilmente corriera lo que entonces era considerado un peligro, además de una decisión particularmente ajena a esa clase social.

La percepción que Marroné tiene en ese presente de la militancia política (de izquierdas, se sobreentiende) se condice con la huella que dejó el pasado de los años setenta, propulsora de un “utópico futuro”, un “canto de sirena” esgrimido por “los impacientes y los violentos”. Violentos, sí: habían apostado a la lucha armada. Utópico, sí: nunca tuvieron lugar sus proclamas en Argentina. Impacientes, ¿en qué sentido? En el que propone la “teoría del derrame”, según la cual el neoliberalismo haría florecer las ganancias del país, cuyos excesos desde las cúpulas de poder derramarían sus dones sobre las clases más bajas. Sólo era cuestión de tiempo, de saber esperar, de ser pacientes. Frente a esta pasividad que se exigía a las clases bajas en los años noventa, cómo no temer la impaciencia y la violencia del símbolo –tan cercano en tiempo y espacio- que sí marcó el precedente de lo posible.

⁶⁶ Las comillas quieren subrayar la calidad de construcción cultural que dichas categorías tuvieron y siguen teniendo, hecho sobre el que hoy hay mucha más consciencia gracias a los debates en el campo de los estudios de género.

Ya vestido con el atuendo de entrecasa que llevaría hasta la hora de acostarse, se encontró una vez más, al pasar frente a la puerta abierta de la habitación de su hijo, con los nítidos contornos en blanco y negro (nunca un gris, nunca un matiz) del póster del Che Guevara. Sus ojos se cruzaron con los intensos y desafiantes de su demasiado famoso compatriota, pero esta vez, a diferencia de otras, le sostuvo la mirada. “Pudo haber funcionado conmigo”, le dijo mentalmente, “pero con mi hijo no te va a resultar tan fácil. Porque él no está solo, me tiene a mí. Y yo... te conozco demasiado”. (Gamerro, 2004: 11)

Marroné le habla al Che como a un ente vivo, tal es su temor. Le habla, además, con la intimidad de quien lo supo compañero. Su paternidad será puesta a prueba en la posibilidad de evitar a su hijo caer en la trampa que acabó con la vida de tantos compañeros de generación. El blanco y negro de su estampa cifra el arrojó y el riesgo absoluto que encerraba su consigna: “patria o muerte”, sin otra alternativa. Nuevamente, la cadena de significantes retrotrae estas palabras a las del impulsor de otra gesta revolucionaria, esta sí legitimada por la nación burguesa:

Seamos libres y lo demás no importa nada. La muerte es mejor que ser esclavos de los maturrangos. Compañeros, juremos no dejar las armas de la mano hasta ver el país enteramente libre, o morir con ellas como hombres de coraje. (Capdevilla, 1950: 34-35)

Son las palabras más recordadas del general José de San Martín, que forman parte de su proclama del 19 de julio de 1819. A fin de cuentas, los años setenta fueron más evitistas que peronistas –tanto más, vistos en perspectiva, tras el desconocimiento de Perón del ala izquierda de su militancia, en la famosa plaza del 1 de mayo de 1974; hasta entonces, el lema de la agrupación guerrillera Montoneros había sido “Perón o

muerte”-, y guevarianos. La consigna para aquellos años bien pudo haber sido “San Martín-Evita-el Che”.⁶⁷



7 de septiembre de 1973, homenaje a Fernando Abal Medina y Gustavo Ramus en el Día del Combatiente Montonero

⁶⁷En efecto, el escritor de historietas más comprometido de la época, Héctor Germán Oesterheld, desaparecido (él, sus cuatro hijas, así como sus yernos y algunos nietos) bajo la dictadura de Videla, había escrito historietas que tomaron como protagonistas las gestas emancipatoria (*Patria vieja*, por ejemplo), peronista (*Evita, vida y obra de Eva Perón*) y guevarista (*Che y Vida del Che*), además de títulos clave en lo relativo a la militancia como *El Eternauta* y *Latinoamérica y el Imperialismo, 450 años de guerra*.

3.3. Resistencia y militancia armada

*Este mundo
como está,
tal como fue
hecho,
no va a dejar de
ser peronista.*

C. Godoy

Por aquellos años, en 1975, tienen lugar los sucesos que forman parte de esta aventura. Todo comienza en el subterráneo “complejo de oficinas que el presidente de la compañía había bautizado con el poético y valquiriano nombre de Nibelheim, pero que todos sus empleados denominaban, más familiarmente, el búnker de Tamerlán” (Gamerro, 2004: 13). El nombre del complejo remite a los orígenes del presidente del conglomerado, de quien poco se dice en esta novela: “el señor Tamerlán vive en el país desde los diez años. Con decirle que llegó el mismísimo diecisiete de octubre del cuarenta y cinco...” (Gamerro, 2004: 16). Tamerlán, figura principal de *Las Islas*, llega a la Argentina en el que luego fue declarado “Día de la Lealtad (peronista)”,⁶⁸ junto a sus padres, que huían de los Juicios de Nürnberg. Así, el nombre *Nibelheim* evoca el origen nacional del presidente, y el apelativo de

⁶⁸ El 17 de octubre de 1945 una multitud de personas ocupa la Plaza de Mayo durante largas horas en reclamo por la liberación de Perón, a la sazón secretario de Trabajo y Previsión, que había sido confinado a la isla Martín García para apaciguar la influencia que había conseguido ejercer sobre la clase trabajadora desde dicha Secretaría. El fervor es tan intenso que el gobierno de facto de Farrell se ve obligado a llamar a elecciones, en las que vence Perón, dando cierre así a la “Década Infame” durante la cual Argentina estuvo gobernada por una seguidilla de presidencias de facto, que representaban a diversas facciones dentro de las Fuerzas Armadas; cf. Horowicz, 2012.

búnker, los días más oscuros que aquella nación conoció, y en los que la familia se vio involucrada.

La aventura comienza con un secuestro de parte de Montoneros, la organización armada más numerosa que operaba en el país por aquellos años. Han capturado a Tamerlán para obtener un cuantioso botín por su rescate, *modus operandi* usual de la guerrilla en la Argentina de los años setenta, y como prueba de la captura han enviado un dedo del cautivo. “El dedo de Tamerlán” (así se titula el primer capítulo) da literal y simbólicamente la medida del poder de sometimiento que posee sobre sus empleados. De este abuso sobre los cuerpos ajenos, de la apropiación e impunidad ante el avasallamiento del cuerpo del otro –de la que, lo veremos, Tamerlán hace gala tanto en esta novela como, de manera muy extremada, en *Las Islas*, donde el sometimiento lo ejerce aun sobre el cuerpo de su propio hijo (Gamerro, 1998: 35)-, ya dejan temprana constancia estas palabras de Govianus, su tesorero.

A veces lamento que en este país los secuestros no los haga la mafia. Al menos con ellos uno puede entenderse, se comparten ciertos códigos. Pero esto de mejorarles las condiciones de trabajo a nuestros obreros – siempre a los obreros, dicho sea de paso, al personal administrativo que lo parta un rayo, como si no sufriéramos también-, recibir como señores a los delegados que el día antes echamos a patadas, repartir comida en las villas... ¡Gente grande, hágame el favor! ¿Sabe lo que quieren ahora? ¿Sabe la última que se les ocurrió? Quieren que pongamos un busto de Eva Perón en cada una de las oficinas, incluso en ésta quieren que lo pongamos. ¿Se le ocurre algo más ridículo? (Gamerro, 2004: 16)

Si el empresariado posee códigos mafiosos, los grupos armados, en cambio, piden en este caso cumplir con una retribución absurda pero que responde a motivos históricos y simbólicos: la autodenominada

“Revolución Libertadora”⁶⁹ decretó la prohibición de utilizar los nombres de Perón y Eva Perón, como así toda aquella iconografía y estatuaría que remitiera a sus figuras y al Partido Justicialista.

Art. 1° Queda prohibida en todo el territorio de la Nación: a) La utilización, con fines de afirmación ideológica peronista, efectuada públicamente, o propaganda peronista, por cualquier persona, ya se trate de individuos aislados o grupos de individuos, asociaciones, sindicatos, partidos políticos, sociedades, personas jurídicas públicas o privadas de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas, artículos y obras artísticas, que pretendan tal carácter o pudieran ser tenidas por alguien como tales pertenecientes o empleados por los individuos representativos u organismos del peronismo. Se considerará especialmente violatoria de esta disposición la utilización de la fotografía retrato o escultura de los funcionarios peronistas o sus parientes, el escudo y la bandera peronista, el nombre propio del presidente depuesto, el de sus parientes, las expresiones "peronismo", "peronista", "justicialismo", "justicialista", "tercera posición", la abreviatura PP, las fechas exaltadas por el régimen depuesto, las composiciones musicales "Marcha de los Muchachos Peronista" y "Evita Capitana" o fragmentos de las mismas, y los discursos del presidente depuesto o su esposa o fragmentos de los mismos. (Aramburu y Rojas, 1956: s.p.)

Por este motivo, fueron retiradas y destruidas todas las imágenes de quien pasó a denominarse oficialmente “tirano prófugo” y “dictador depuesto”, y de su compañera, “esa mujer”⁷⁰ –entre otros epítetos peyorativos utilizados entonces para referirse a Eva-, así como todo tipo de elemento alusivo al pasado reciente, aun aquellos elementos que llevaban el sello de la Fundación Eva Perón, ya se tratara de sábanas o

⁶⁹ La autodenominada “Revolución Libertadora” consiguió derrocar el segundo gobierno de Perón el 16 de septiembre de 1955, tras numerosas agresiones de buena parte de las Fuerzas Armadas, muy especialmente de la Fuerza Aérea con base en Córdoba, que perpetró los bombardeos a Plaza de Mayo el 16 de junio de 1955, con un saldo de más de trescientos civiles muertos. Otra parte de las Fuerzas Armadas se mantuvo leal al gobierno de Perón, como fue el caso de los generales Valle y Tanco, que fueron fusilados junto a muchos de sus hombres. Ambos generales dieron a la historia una célebre proclama, y Valle dejó también una carta que da cuenta de que sus servicios como hombre de armas obraron en favor de la democracia y contra de la dictadura. Puede consultarse la proclama en Ferla, 1983: 141, y la carta en Baschetti, 1988: 84.

⁷⁰ Título que utilizaría Rodolfo Walsh para su célebre cuento acerca del cadáver de Eva; ver, a propósito, el artículo de Neyret, 2013.

de aparatología hospitalaria de primera necesidad. Es por esto que toda expresión tanto militante como simpatizante hacia el peronismo tuvo que pasar a la clandestinidad, dando así inicio a la *resistencia peronista*, esto es, al período que más tarde desde el campo de las ciencias sociales se conceptualizaría como *segundo peronismo* (Horowicz, 2011).

Esa juventud, cuya niñez transcurrió bajo la clandestinidad, integraría las filas de la militancia hacia fines de los años sesenta. Las diversas tendencias se forjaron en las ideas de la izquierda tradicional (el marxismo-leninismo, el maoísmo y la cercana gesta de la Revolución Cubana con las teorías guevaristas del foquismo, principalmente) y en el peronismo. Esto dio lugar a muy diversas agrupaciones; entre las organizaciones armadas, las más activas fueron el Ejército Revolucionario del Pueblo (E.R.P.), brazo armado del Partido Revolucionario de los Trabajadores (P.R.T.), de tendencia trotskysta, y Montoneros, brazo armado de los sectores izquierdistas del Movimiento Peronista, de cuño nacionalista y cuyos dirigentes provenían en muchos casos de sectores católicos y/o ultranacionalistas (Tacuara).

Muchos de los secuestros perpetrados por Montoneros tuvieron un precio a pagar de orden simbólico. Tal fue el caso del primero, en 1970, que consistió en el secuestro e inmediato fusilamiento de Aramburu, el militar que encabezó la dictadura de 1955 tras el derrocamiento de Perón, en “cobro” de los fusilamientos perpetrados en la localidad

bonaerense de José León Suárez en 1956⁷¹ y del secuestro del cadáver de Eva Perón (Martínez, 2002), ambos bajo su mandato *de facto*. Montoneros se refirió a estos hechos tanto de manera inmediata, en sus comunicados n°3, n°4 y n°5, como en muchos otros documentos. En la publicación *La causa peronista* (1974) Mario Firmenich afirmó:

El ajusticiamiento de Aramburu era un viejo sueño nuestro. Concebimos la operación a comienzos de 1969. Había de por medio un principio de justicia popular –la reparación por los asesinatos de junio de 1956–, pero además queríamos recuperar el cadáver de Evita, que Aramburu había hecho desaparecer. Pero hubo que dejar transcurrir el tiempo, porque aún no teníamos formado el grupo operativo. Entretanto trabajábamos en silencio: la ejecución de Aramburu debía significar precisamente la aparición pública de la organización”. (Montoneros, 1974: 26)



Portada de *La causa peronista*, Año 1, n°9 (Septiembre de 1974)

En la novela, lo que se pide por el rescate de Tamerlán es también un cobro de reparación histórica, aunque con tintes sarcásticos: se exige la colocación de un busto de Eva Perón en cada una de las oficinas del conglomerado de empresas de Tamerlán, esto es, allí donde jamás,

⁷¹ Denunciados por Rodolfo Walsh en su célebre novela no ficcional de 1957, *Operación Masacre*.

siquiera bajo un gobierno peronista, hubiera encontrado lugar la figura de Evita; en el corazón del capital concentrado, en las entrañas del espacio privado de sus primeros detractores.⁷²

Por aquellos años existía la percepción –gloriosa para algunos, temeraria para otros- de que la revolución estaba a la vuelta de la esquina.⁷³ La coyuntura continental, de Cuba a Chile, alimentaba estas proyecciones, que encontraban su correlato en las acciones que llevaban a cabo los grupos guerrilleros de las distintas tendencias y en el peso de la militancia obrera y estudiantil. Decidido a no perder los privilegios del capital bajo ninguna circunstancia, Tamerlán había previsto los riesgos.

La construcción del búnker había terminado a poco de entrar Marroné en la empresa, y ese mismo día habían volado de vuelta a la URSS el ingeniero y los obreros que el señor Tamerlán había importado para que nadie sino él conociera los secretos de su construcción y de yapa sacar barata la tecnología antinuclear. La oficina en la que ahora era apenas la punta del iceberg, el espacio público del vasto complejo subterráneo: en algún punto sensible de las mudas superficies que lo rodeaban se ocultaba la entrada a las cámaras secretas que apenas unos pocos elegidos habían visto, aunque en la empresa circulaban rumores sobre los valores acumulados en la habitación del tesoro, suficientes para comprar voluntades y financiar actos de sabotaje; los equipos de comunicación con potencia para interferir todas las radios y televisores del país y enviar mensajes en cadena; la usina con autonomía de varios meses, el depósito de armas y explosivos, las despensas y freezers rebosando de los productos más finos de los cinco continentes, y sobre todo los dormitorios ejecutivos, íntegramente revestidos de espejos, con sus camas de agua giratorias, sus hidromasajes y catálogos completos de productos llegados de los puertos de Europa del Norte y el Lejano

⁷² En *Las Islas* ya había sido referido el secuestro de Tamerlán, quien tiene en sus oficinas un busto de Eva. En cuanto a los bustos, durante el megasecuestro de los hermanos Born (1975), Montoneros pidió un rescate de sesenta millones de dólares y bustos de Eva y de Perón, por lo que tampoco esto –por disparatado que parezca- escapa a la realidad.

⁷³ Lugar común que aparece ya recogido en el Río de la Plata, por ejemplo, en *El pozo* (1939), novela corta de Onetti: “No se necesita más. El pobre hombre inventa el apocalipsis, me habla del día de la revolución (tiene una frase genial: ‘cada día falta menos...’), y me amenaza con colgarme, hacerme fusilar por la espalda, degollarme de oreja a oreja, tirarme al río” (Onetti, 2012: 40).

Oriente. El búnker podía alojar a los principales directivos de la empresa y a las o los *partenaires* sexuales de su elección –las esposas y los niños estando rigurosamente vedados, por ser contraindicados al ejercicio efectivo del poder. Si la revolución llegaba a triunfar en la Argentina, el capitalismo podría atrincherarse allí y desde la clandestinidad resistir durante meses. ¡Meses! Antes de que pudiera ver terminada su supersofisticada madriguera, el señor Tamerlán había sido secuestrado por la guerrilla a plena luz del día, y quizás ahora, recluido en análogos subterráneos cavados por sus captores, estaría reflexionando sobre la vanidad del insaciable anhelo humano de seguridad. (Gamerro, 2004: 29-30)

Como una pirámide habitada por cuerpos vivos, la guarida proyectada por Tamerlán había echado mano de la inteligencia soviética para la estrategia de subsistencia en guerra, pertrechada con lujos. No obstante, todas las previsiones de una arquitectura para el atrincheramiento del jerarca son insuficientes porque no concluyen a tiempo para salvarlo; algo similar habría ocurrido a su familia, tras el cerco a los nazis, si no huía a tiempo hacia Argentina cuando él era un niño. Tal como ocurre en el comienzo de *Las Islas*, aquí la referencia a Kafka es ineludible:

[...] ahora ocurre algo que en verdad siempre debí haber temido, algo contra lo que siempre debí haber tomado recaudos: ¡alguien se aproxima! ¿Cómo es que todo transcurrió por tanto tiempo de forma silenciosa y feliz? ¿Quién condujo los caminos de los enemigos, de modo que hicieran la gran curva alrededor de mi propiedad? ¿Por qué fui protegido tanto tiempo, para ahora ser asustado de esta manera? ¡Qué fueron todos los pequeños peligros, con cuya ponderación ocupé mi tiempo, contra este solo! ¿Esperaba yo, como propietario de la madriguera, tener la supremacía contra cualquiera que viniese? Bien mirado, precisamente como dueño de esta obra grande y sensible estoy indefenso frente a cualquier ataque serio. La dicha de su posesión me malacostumbró, la sensibilidad de la madriguera me ha hecho sensible, sus heridas me duelen como si fueran propias. Esto es justamente lo que debería haber previsto, no sólo pensar en mi propia defensa –y cuán a la ligera y sin resultado que hice incluso esto- sino en la defensa de la madriguera. Ante todo debería haber tomado medidas para que partes aisladas de la madriguera, y en lo posible muchas partes aisladas, cuando sufrieran el ataque de alguien, quedaran separadas de las partes menos amenazadas mediante derrumbes de tierra, logrados en un mínimo de tiempo, y separadas con tales masas de tierra y de un modo tan efectivo que el

agresor ni se imaginara que detrás estaba la verdadera madriguera. Más aun, estos derrumbes de tierra deberían ser adecuados, no sólo para ocultar la madriguera, sino también para sepultar al agresor. No he tomado ni el más mínimo impulso para hacer algo semejante, nada, absolutamente nada ha ocurrido en esa dirección, he sido irreflexivo como un niño, he pasado mi madurez en juegos infantiles, incluso con la idea de los peligros sólo he jugado, descuidando pensar verdaderamente en los verdaderos peligros. Y advertencias no faltaron. (Kafka, 2009: 77-78)

Las precauciones de Tamerlán fueron insuficientes ya que no contemplaron la captura; ahora su salvación dependía del éxito que tuviera su guardia pretoriana para resolver el desopilante pedido de Montoneros para su rescate. Este es el punto que da comienzo a la aventura: conseguir los bustos de Eva lo va a llevar a Marroné a un recorrido por las múltiples identidades que constituyen esa figura, y en la travesía se reencontrará también con un posible origen, con un nuevo presente y con la búsqueda de una identidad propia.

3.4. El imaginario peronista

*La revolución
consentida
como un hecho
social
es peronista*

C. Godoy

El peronismo tiene una historia narrada de modos diversos, cuyos hitos son un denominador común que construye un imaginario popular. Codificados, entre otras cuestiones, por los aparatos de propaganda tanto del Partido Justicialista como de los grupos opositores, la publicación *Mundo Peronista* (1951-1955)⁷⁴ codificó buena parte de la iconografía que hoy es símbolo de todo el Movimiento. Luego, las diversas tendencias que por grupos y épocas fueron constituyendo el Movimiento se encargaron de apropiarse de algunos de estos símbolos en particular. Esto es especialmente notable en la multifacética figura de Eva. A continuación, presentaré algunas de las representaciones de mayor vitalidad en el imaginario del peronismo, que conforman el texto primero sobre el cual Gamarro satiriza, parodia e ironiza sobre la época.

⁷⁴ Todos sus números están disponibles en Internet:
<<http://www.ruinasdigitales.com/mundo-peronista/>>.



Portada del n°1 de la publicación *Mundo Peronista* (Julio de 1951)

Cabe aquí, entonces, hacer una aclaración en relación con los conceptos de parodia, ironía y sátira. La ironía como figura retórica viene siendo estudiada y definida por la teoría literaria desde Platón (en su *Defensa de Sócrates*) y Aristóteles (*Ética a Nicómaco*); los estudios dedicados a este recurso son cientos, centrados en diversos aspectos (Ballart, 1994). Seguiré siempre a Linda Hutcheon (1981), que propone una clara diferenciación entre ironía, sátira y parodia, tres conceptos que suelen confundirse o no deslindarse adecuadamente.⁷⁵ En primer lugar, Hutcheon distingue la ironía de la parodia, entendiendo que la ironía es un tropo retórico y como tal actúa en el nivel intratextual, a diferencia de la parodia, que es necesariamente, por su propia estructura, intertextual: para comprender una parodia, constituida por el texto dos, debe conocerse el texto parodiado o texto uno. La ironía, en cambio, ha sido señalada por la historia literaria como una

⁷⁵ Ver Hutcheon, 1981; Hutcheon, 2005; Hutcheon, 1998; Hutcheon y Valdés, 1998; Colebrook, 2005; Hutcheon, 1989; Hutcheon, 1993.

construcción antifrástica (digo una cosa para significar su contrario), esto es, en términos semióticos, un signo con un solo significante y dos significados: el literal y el intencional. Por tanto, puede notarse claramente cómo la ironía opera en el nivel microtextual, mientras que la parodia es una estructura necesariamente más amplia, macrotextual. ¿Qué ocurre, por su parte, con la sátira? La sátira es entendida, al igual que la parodia, en términos genéricos, pero a diferencia de esta, a la que Hutcheon sitúa siempre dentro del campo de la producción artística —esto es, hay parodia siempre que el texto uno pertenezca o sea reconocido como una producción artística; pongamos por caso *Las Meninas* de Velázquez como referente al que remite *Las Meninas* de Picasso—, en la sátira, entonces, la intertextualidad excede la esfera de lo artístico, y se construye con la finalidad de impugnar un hecho social, por lo que siempre implica una crítica de carácter moral. Aunque no me detenga en estos conceptos, me interesa diferenciar los tres recursos, muy emparentados, y señalar que suelen solaparse. La ironía, por su parte, es un tropo privilegiado, por su estructura y por la estrategia evaluativa que provoca, en la construcción paródica y/o satírica, y exige de parte del lector una triple competencia lingüística, genérica e ideológica para su adecuada decodificación. Recordemos a su vez la valoración que hace Bajtín de la relación bitextual planteada por la parodia, para quien “la palabra llega a ser arena de lucha entre dos voces” (2012: 282). A él se refiere también Piglia en su seminario sobre literatura argentina:

[...] la parodia es un efecto de la función del narrador que Lukács, como ustedes habrán visto, estudia muy bien en *Teoría de la novela*: la ironía. Lukács dice que un elemento fundamental de la función del narrador en la novela y de la novela como tal es la ironía, la doble conciencia que tiene el narrador respecto de los acontecimientos del héroe. Frente a la búsqueda pasional del héroe, el narrador tiene una actitud irónica porque ya conoce todo y sabe que va a fracasar. La ironía es un elemento clave de la forma de la novela. Bajtín se ha pasado la vida analizándolo. Ironía, discurso doble, estilización: eso es Bajtín. Pero lo que no hay que olvidar es que la ironía y la parodia dependen de la figura del narrador. (Piglia, 2016: 135)

Este narrador es, precisamente, el que encontramos en *La aventura de los bustos de Eva*.

3.4.1. El descamisado gigante

El 25 de mayo de 1973, Héctor Cámpora asumía la tercera presidencia peronista tras ser designado por Perón como candidato en representación del movimiento, ya que su nombre seguía proscrito desde 1955. La ascunción de Cámpora es el hito que marca el pasaje del *segundo* al *tercer peronismo*, muy breve (sólo duró 49 días), que se vería interrumpido con el pedido de renuncia y llamado a elecciones por parte de Perón, quien resultaría vencedor en las urnas con más del 60% de los votos. Esta tercera presidencia de Perón dio inicio al *cuarto peronismo* (Horowicz, 2011), que culminaría con las revueltas populares de diciembre de 2001 que forzaron la renuncia del presidente De la Rúa.⁷⁶ La acción de la novela se desenvuelve dos años más tarde de la ascunción de Cámpora, en 1975. El narrador deja saber al lector que

⁷⁶ *Los cuatro peronismos* no toma los sucesos de 2001 ya que fue publicado previamente, en 1985; la consideración de dicha fecha clave para proponer una hipótesis de cierre del *cuarto peronismo* corre por mi propia cuenta. Me baso para ello en los parámetros que el propio Horowicz ha ido utilizando previamente, relativos en última instancia a la orientación de las políticas económicas de cada uno de los cuatro periodos allí propuestos.

Marroné, no obstante, no perdía la costumbre de evitar nombrar al movimiento utilizando cualquiera de las fórmulas previas.

Mientras esperaba el ascensor que lo devolvería a su oficina del sexto elevó la mirada al obrero de frente altiva, camisa abierta a la cintura, mano derecha al pecho e izquierda crispada en un puño nervudo que lo contemplaba desde lo alto del monumento al Descamisado. Comisionado a la empresa en vida del señor Tamerlán padre, y destinado con sus 137 metros a ser el más alto del mundo, a la caída del peronismo ni siquiera habían empezado a construirlo, y la maqueta había juntado polvo en el sótano hasta que, dos años atrás, con el retorno de los susodichos al poder, habían decidido desempolvarla y sacarla al foyer. (Gamerro, 2004: 30-31)

El regreso de “los susodichos” había reflatado la posibilidad de llevar a cabo un encargo trunco. La grandilocuente estética soviética había llegado hasta los confines de América del Sur para demostrar cuál era la verdadera faz del Movimiento Peronista: la ubicua reproducción iconográfica hundía sus raíces en el Medioevo, cuya ortodoxia aleccionaba al pueblo mediante imágenes en alto y bajo relieve, pinturas y la construcción de un poderoso relato oral. Este mismo contundente aparato de propaganda había sido perfeccionado por los totalitarismos de la Europa de entreguerras, gracias también a la novedad que implicaban los medios de comunicación de masas como la prensa escrita pero sobre todo la radio y el cinematógrafo, que no requerían siquiera de un público lector. “Descamisados” fue la palabra despectiva con que las clases medias y altas se habían referido en Argentina a las clases trabajadoras, y que Eva había resignificado tomándola como vocativo afectuoso para dirigirse a los obreros (“mis queridos descamisados”); desde entonces, pasó a formar parte del

universo peronista junto a otros que corrieron la misma suerte, como “grasitas”.

El Monumento al Descamisado había querido ser más grande que la Estatua de la Libertad; sería una de las nuevas Maravillas del Mundo. Este imaginario del “descamisado gigante”, obra que por inconclusa cobró un carácter fantasmático, fue varias veces trabajado décadas más tarde en la obra pictórica del artista plástico Daniel Santoro;⁷⁷ algunos títulos de sus pinturas dan cuenta de ello: *El descamisado gigante arrasa un campo de soja transgénica*, *El descamisado gigante irrumpe en un jardín cultivado*, *Descamisado emboscado*, *El descamisado gigante ayuda a cruzar el Riachuelo a la mamá de Juanito Laguna*, *El descamisado gigante arrasando a la ciudad capitalista*, *Descamisados en el bosque justicialista*, *Descamisado gigante como guardián de la ciudad justicialista*, *Descamisado atacando la casa de V.O.* (Victoria Ocampo, como sinécdoque de la oligarquía), *Descamisado gigante jugando con la mamá de Juanito*. El trabajo de Santoro, sobresaliente entre muchas otras cuestiones por el uso que hace de la simbología peronista, sola y en articulación con otras simbologías y contextos, cruza el imaginario del descamisado gigante con el de los mundos ficcionales de los superhéroes de la infancia, cuya coincidencia por metonimia en relación con la protección que el

⁷⁷ La portada de la primera edición de esta novela está ilustrada con una pintura de Santoro que representa el rostro de Eva emanando luz por sus ojos, frente y oídos, tomada de su *Manual del niño peronista*. Hay muchas imágenes de su obra disponibles en Internet: <<http://www.danielsantoro.com.ar/mundoperonista.php?mp=7>> [Fecha de consulta: 29 de enero de 2017]. Ver también Santoro, 2002; Griffa, Petrina y Lebenglik en Santoro, 2006; Ballent, 2007; Kohan, 2013.

peronismo implicó para amplias capas de la población es notable: el descamisado protege, defiende, rescata, salva, abriga, es guardián del Bien (encarnado en la ciudad justicialista, la mamá de Juanito o el bosque justicialista), y verdugo del Mal (la soja transgénica, los jardines de las clases altas, las casas de la oligarquía, la ciudad capitalista). El intertexto con la obra de Antonio Berni (García, 2009) es el eslabón perfecto en la cadena de afinidades: Juanito Laguna y Ramona Montiel son dos personajes pobres, que componen una serie para la que el artista había utilizado el propio material de desecho de la ciudad, en una apuesta temprana al tipo de collage cuya materialidad remite a lo representado. La madre de Juanito es, en este sentido, el ancestro social del descamisado. El cruce del Riachuelo, entre la Isla Maciel y el barrio de la Boca, no sólo traza el límite sur para la ciudad de Buenos Aires sino que es el ambiente en el cual aquel mundo ficticio de Berni se desarrolla; la escena que presenta Santoro está cargada de significación, tanto en lo que ese cruce implicaba para cientos de trabajadores del antiguo puerto como para los niños que, por entonces, acudían a la escuela pública, institución de importancia principal para los objetivos de la inclusión social. El cruce del Riachuelo, entonces, es el símbolo de la transgresión de la barrera geográfica que representa también una barrera social: la ciudad era el ámbito que identificaba a la burguesía y a la pequeña burguesía, rodeada del conurbano proletario y fabril. La escuela, el acceso a la educación, fue siempre una clara –y muy bien aprovechada por algunos sectores– instancia de ascenso

social en Argentina, ya que la educación es gratuita desde las primeras letras hasta los estudios de posgrado.



Daniel Santoro, *El descamisado gigante ayuda a cruzar el Riachuelo a la mamá de Juanito Laguna* (2006)

3.4.2. Evita montonera

La figura del descamisado gigante parece inspirar a Marroné en el salvataje que debe poner en marcha para rescatar a su jefe. No debería ser algo complicado para un gerente de finanzas: será otro pedido más, bien que cuantioso e inusitado, a la yesería de confianza.

-¿Bustos? ¿De la Eva? No, qué problema va a haber -le contestó campechana del otro lado de la línea la voz jovial del dueño de Yesería Sansimón, la principal proveedora de la empresa-. Si me los pedías hace algunos años otro gallo cantaría, pero ahora... Salen como pan caliente. ¿Cuántos decís? No, en stock tanto como eso no, pero te los hago marchar de a uno en fondo. Venite mañana a primera hora y te muestro los modelos. ¿Del Pocho vas a querer también? (Gamerro, 2004: 32)

Levantada finalmente la veda que pesó durante años por el decreto-ley 4161, “la Eva” y “el Pocho” volvían a ser mencionados y expuestos en

los diversos ámbitos públicos del país, tal como había sido durante el *primer peronismo* (1945-1955). El hijo del fundador de Yesería Sansimón, joven empresario, tiene diversos modelos de busto de Eva para ofrecerle a Marroné, la tipología evitista fue prolífica:

[...] un rostro se presenta como emblema de un grupo, una nación, una raza. Por eso, su circulación y contextualización, que depende obviamente de los discursos que rodean a las imágenes, privilegiarán la recepción de una *identidad*. (Cortés Rocca y Kohan, 1998: 31)⁷⁸

A pesar de corta vida, a Eva no le faltó tiempo para construir una iconografía que trazara el múltiple y rico derrotero que constituyó su biografía. Cada una de estas facetas aporta un matiz que hace de su figura un emblema con sustancia para el natural desenvolvimiento en múltiples escenarios, todos ellos fundamentales para erigir el mito en torno a su persona, entendiendo por *mito* la propuesta de Barthes (1999: 197-257), esto es, una imagen construida por la sociedad, diferente de la figura real pero tanto más poderosa por la significación acumulada en su transfiguración simbólica. Su formación como actriz se vio proyectada de este modo hacia la construcción de su personaje público. De este hecho dejan constancia muchos estudios que abordan su figura, tanto en lo exclusivamente iconográfico como en su biografía total.⁷⁹ La novela, por su parte, presentará en clave satírica más de una

⁷⁸ Subrayado en el original.

⁷⁹ Para el conocimiento tanto de la biografía de Eva como de la construcción de su mito, esto es, de ese amplio Texto primero que hace posible la parodia (Texto segundo) que propone Gamarro, ver Navarro, 1997 y 2002; Cortés Rocca y Kohan, 1998; Dos Santos, 1983; Martínez Estrada, 2005; Viñas, 1965; Langer, 1966; Sebrelí, 1971; Casullo, 1973; Taylor, 1981; Bianchi, 1993; Moreno, 1994; Amado, 1997; Sánchez, 1997; González, 1997; Giunta, 1997; Eloy Martínez, 2002; Sarlo, 2003; Domínguez, 2004; Ballent, 2005; Soria, 2005; Rosano, 2006; Horowicz, 2011; Brunetto, 2014;

pasarela con la selección de muchos de los modelos que Eva encarnó, como veremos. Como una muñeca articulada, su figura parece poder soportar todos los modelos, en consonancia con la amplitud de espectro ideológico a que parece dar cobertura el peronismo. La biografía y la construcción de su mito conforman el Texto primero sobre el que Gamarro arma la parodia (Texto segundo).

La vida -tanto pública como privada- de Eva es parte central en el relato fundacional del peronismo. Su voz, desde la radiofonía, y su imagen en la prensa gráfica, son el vehículo de llegada ideal para el público masivo debido a su inmediatez, porque no requieren siquiera el detenimiento que exige la letra escrita. No es casual que la primera

Peña, 2014. Para el tratamiento de la figura de Eva Perón en la literatura, ver Cortés Rocca y Kohan, 1998: 69-109; Amar Sánchez, en Navarro, 2002: 43-64; Avellaneda, en Navarro, 2002: 101-141; Plotnik, 2003; de Mendonça y Lafosse, 2006; Saïtta (comp.), 2008. Es difícil hacer un listado exhaustivo de las obras de ficción que toman la figura de Eva o que están atravesadas por alguna arista del imaginario que su figura despliega –en tanto texto o subtexto–, pero algunas de las más concurridas son los poemas “Eva Perón en la hoguera” (*Partitas*, 1972), de Leónidas Lamborghini; “Eva” (*Cancionero contra el mal de ojo*, 1976), de María Elena Walsh; “El cadáver” (*Austria-Hungría*, 1980) y “El cadáver de la nación” (*Hule*, 1989), de Néstor Perlongher; los textos teatrales *Eva Perón* (1969), de Copi y *Evita y Victoria: comedia patriótica en tres actos* (1990), de Mónica Ottino; los cuentos “Ella” (1953, publicado en *Cuentos completos 1933-1993*), de Juan Carlos Onetti; “La creación” (*La furia y otros cuentos*, 1959), de Silvina Ocampo; “El simulacro” (*El hacedor*, 1960), de Jorge Luis Borges; “El privilegiado” y “La señora muerta” (*Las malas costumbres*, 1963), de David Viñas; “Esa mujer” (*Los oficios terrestres*, 1966), de Rodolfo Walsh; “El fiord” (*El fiord*, 1969), de Osvaldo Lamborghini; “Casandra” (*El caos*, 1974), de Rodolfo Wilcock; “Evita vive” (fechado en 1975 y publicado en *Salto mortal* n° 8-9, Jarfalla, mayo de 1985), de Néstor Perlongher; “Star quality” (*Vudú urbano*, 1985), de Edgardo Cosarinsky; “El único privilegiado” (*Historia argentina*, 1991), de Rodrigo Fresán; “La noche de Santa Ana” (*La noche de Santa Ana y otros relatos*, 1992), de Fernando López; “Las dos muñecas” (*La trompeta de mimbre*, 1998), de César Aira; “Evita express” (revista *Lezama* n°8, noviembre de 2004), de Washington Cucurto; las novelas *La traición de Rita Hayworth* (1968), de Manuel Puig; *La boca de la ballena* (1973), de Héctor Lastra; *A las 20:25 la Señora entró en la inmortalidad* (1986), de Mario Szichman; *Roberto y Eva: Historia de un amor argentino* (1989), de Guillermo Saccomano; *El cadáver imposible* (1992), de José Pablo Feinmann; *Cómo me hice monja* (1993), de César Aira; *La costurera y el viento* (1994), de César Aira; *La pasión según Eva* (1994), de Abel Posse; *La generala debe morir* (1995), de César Dani; *Secretos de familia* (1995), de Graciela Beatriz Cabal; *Santa Evita* (1997), de Tomás Eloy Martínez, entre muchas otras obras.

transmisión de la Televisión Argentina haya consistido en la transmisión del discurso de Eva a los trabajadores el 17 de octubre de 1951, sexto aniversario del “Día de la Lealtad”.

La iconografía de Evita no sólo construye su identidad, sino que señala un punto de inflexión en la cultura política argentina. Su rostro fue la primera imagen televisiva nacional de una personalidad pública. Su figura inicia el proceso de mediatización de lo público, en el que cuerpo y estilo se vuelven elementos significativos dentro de un programa político. [...] Su nombre, indisociable de su imagen, de su figura y de su estilo, es un significante que inicia una cadena: el recorrido por la historia política nacional en la que desfilan otros cuerpos, los que aparecen en la escena pública –los de las patas en la fuente-, los de la lucha política, y también los cuerpos que desaparecen en manos de la violencia de la dictadura. (Cortés Rocca y Kohan, 1998: 13-15)

Marroné va a encontrarse con esta épica de la mano del ejemplar de *Evita montonera* que el Colorado Paddy, compañero de la escuela primaria, le da a leer. El aparato ficcional aquí propuesto es complejo ya que se trata de una parodia montada sobre un mito, y proyectada en una fotonovela que ficcionaliza –y reacomoda hacia el ideal de los años setenta- la vida de la líder. La parodia detallada que la novela hace de esa retórica habilita la reflexión en torno a la construcción de una identidad de grupo, que puede ser leída como una nueva identidad de masas en Argentina. Sería, a diferencia de la identidad gauchesca, construida por las élites tras su disolución e impuesta desde entonces como identidad nacional (Lugones, 1916), la primera con representación de los estratos bajos como agentes vivos.⁸⁰

⁸⁰ Esta retórica es de largo alcance. Nace inmediatamente, ya en los años cuarenta, y llega hasta el presente. Entre las revistas, *Mundo Peronista*, *El Descamisado* o *Evita Montonera* son una referencia (entre muchas otras: *La Causa Peronista*, *Voz Peronista*, *Doctrina*, *Peronismo y Liberación*, *El Grasita*, *Justicialismo*, *Patria Peronista*, *El*

1919. *Un país que a pesar de transitar el primer período democrático de su historia gime bajo el yugo del imperialismo sajón y la oligarquía terrateniente*, leyó mientras acomodaba las nalgas en el hueco del asiento. *Un país dividido en una metrópoli civilizada, europea y blanca y un interior bárbaro, americano y mestizo. Un país rico repleto de pobres, un país donde se castiga a los patriotas y los vendepatria prosperan.* En un pequeño pueblo de este país, un pueblo, como tantos otros de la pampa, fundado en las tierras arrebatadas por el milico a nuestros hermanos los indios, **nace el 7 de mayo una de las grandes revolucionarias de la historia americana: Eva Perón**, rezaba el texto sobre la foto que mostraba una estación de tren a la inglesa, arracimados silos plateados y la leyenda “LOS TOLDOS” en letras de molde sobre la pared de un galpón. En la foto siguiente una mujer de chalequito de lana y pañuelo a la cabeza sostenía en alto una muñeca que hacía las veces de bebé recién nacido y exclamaba, en un globo entusiasta, *¡Mirala Juan! ¿No es hermosa?* El destinatario de la esperanzada frase era un hombre mayor con atavíos de pituco que incluían el traje cruzado a rayas, el cabello lustroso y el fino bigote trazado a lápiz sobre el desdén del labio. Su globo no era de diálogo sino de pensamiento, y rezaba: *Con ésta ya van cinco. Es hora de tomarme el olivo.* (Gamerro, 2004: 136)⁸¹

El comienzo de la fotonovela para la formación peronista plantea, paradójicamente, la realidad argentina en términos de civilización y barbarie. De esta paradoja se encargó Viñas en su artículo en *Marcha* (1965); allí analiza precisamente la admiración de la élite, sus usos y costumbres por parte de los excluidos, particularmente de Eva Duarte en tanto representante del *cabecita negra*. Luego, en referencia a esa élite, resuena una palabra que Eva inmortalizó en sus discursos: *vendepatria*.

Eva sella su origen en tierra regada con sangre de bárbaros: Los Toldos es una localidad fundada sobre las tierras arrebatadas a la tribu de Coliqueo “durante el apogeo de la oligarquía” (Viñas, 1965: 23). Esta alusión, que construye una historia coherente entre las biografías de

Montonero, *El Peronista*, etc.). Hacia el siglo XXI, esta épica es claramente recogida por el monumental documental de Leonardo Favio, *Perón, sinfonía del sentimiento* (1999).

⁸¹ Doblemente subrayado en el original.

Eva y del país, acompaña a una novedad que introdujera en el peronismo la segunda camada: la lectura nacionalista es superada por otra en clave continental. Presenta entonces una renovación propia de la épica setentista: la figura de Eva puesta en serie con otras figuras de América Latina, y llamada *revolucionaria*.

Eva fue la quinta y última hija natural de Juan Duarte, fallecido a siete años de su nacimiento. Su padre estaba casado con otra mujer, con quien también tuvo varios hijos. El globo de pensamiento satiriza la figura de este hombre, a la vez que remarca la condición de subalternidad (y filiación “ilegítima”, en términos de la época) de Eva, que marcaría su militancia social y su modo de hacer política.

Viviendo en carne propia el rechazo social, desde muy pequeña Eva supo de qué lado estaba, era el copete que acompañaba la siguiente foto, en la cual una niñita de trenzas y vestido a lunares resguardaba con su frágil cuerpecito a un pequeño mendigo harapiento y asustado. Tres niños bien, de pantalones cortos, jopo engominado y zapatos de cordón, levantaban cascotes en alto y uno decía *¿Qué sos, la defensora de pobres y ausentes vos?* y otro *Correte, guacha, o también te reventamos*. El globo de pensamiento de Eva, en cambio, arriesgaba su primera sentencia infantil: ***Desde pequeña cada injusticia era como una astilla clavada en mi alma***. (Gamerro, 2004: 136-137)⁸²

Dos textos asoman en este fragmento. Por un lado, la figura del niño harapiento hostigado por niños de otra clase social recuerda a Stoppani, el *estropeado* de “El niño proletario”, de Osvaldo Lamborghini (2010: 59-65). El texto es el tercero de una serie que inicia *El matadero* (Echeverría, 1981: 123-143) y continúa “La fiesta del monstruo”

⁸² Doblemente subrayado en el original.

(Borges, 1997: 392-402, en colaboración con Bioy Casares). Dice Gamarro al respecto, en su obra crítica:

Desde el punto de vista ideológico, Lamborghini pone las cosas en su lugar: si buscamos en las constantes de nuestra historia, la barbarie ha sido ejercida más y mejor por la burguesía sobre el proletariado, por la civilización sobre los salvajes, que viceversa. [...] El silencio de la víctima es aquí total. Si el joven unitario es amordazado luego de hablar, y el joven judío habla en discurso referido –habla sólo a través del habla de sus enemigos- el niño proletario *nunca dice nada*, ni siquiera al principio, cuando no tiene la cara en el barro o un falo en la boca, o un punzón. (Gamarro, 2015: 30)⁸³

Esta situación de mutismo, ya señalada respecto de los indios (ver apartado 2.2.4. de esta tesis), se repite aquí en el niño mendigo. Eva es la defensora de ese desamparo, ocupa el lugar desierto de la familia y el Estado, conjunción de imaginarios que configurarían su figura política. Es su propio cuerpo de niña el que habla por el subalterno que no tiene voz (Spivak, 2011): esa empatía con los desprotegidos, cuya marca de origen fue señalada siempre en relación con su condición de hija ilegítima, es reafirmada por el globo de pensamiento, que refiere el discurso de la Eva adulta manifestado de manera explícita en numerosos discursos, textos y documentos.

El otro de los textos a que remite este fragmento es *La razón de mi vida* (sobre el que ya no Osvaldo sino Leónidas Lamborghini escribiría su “Eva Perón en la hoguera”; Lamborghini, 1972: 53-71). Es el primero de los dos libros que llevaron la firma de Eva, pero a diferencia de *Mi mensaje*, dictado casi en agonía y que recoge sus propias palabras, *La razón de mi vida* fue escrito por Manuel Penella de Silva y corregido por

⁸³ Subrayado en el original.

Raúl Mendé: en este primer caso –y ya fuera de la ficción– Eva no tenía aún la posibilidad de hacer llegar su palabra directa. Esta condición de subalternidad respecto de Perón fue superada cuando tuvo ante sí la certeza de la muerte: es entonces cuando no teme tomar decisiones radicales (como la compra de armas para el pueblo) o dar a conocer su palabra sin edición ni consentimientos.

De inmediato, el relato que arma la fotonovela que lee Marroné recoge también las escenas de trabajo en la casa materna y el velatorio de Juan Duarte, su padre.

Los cuadros siguientes reproducían uno por uno los clichés de telenovela: la abnegada madre pedaleando encorvada sobre la Singer hasta altas horas de la madrugada; la misma madre de luto, como una gallina negra cobijando a sus cinco pollitos bajo el ala, agachando la cabeza frente a una verja cerrada y una señora de raso y visón, de cuyo rostro de madrastra de cuento de hadas surge el iracundo globo que dice *¿Cómo se atreve? ¡Llévese esos bastardos de aquí! ¡Desvergonzada!* Y la leyenda explicando debajo *Siete años tenía cuando murió en un accidente Juan Duarte y Eva sufrió la humillación de no poder asistir al funeral de su padre*; luego la pequeña Eva tomando la comunión en un traje prestado; Eva en la escuela, practicando declamación y soñando con ser actriz, y una Eva quinceañera esquivando los avances de un galán engominado que promete llevarla a Buenos Aires y hacerla famosa mientras su globo de pensamiento revela sus aviesas intenciones y el de ella su sagacidad temprana: *Este porteño cajetilla si cree que me tiene embaucada no sabe con quién se metió.* (Gamerro, 2004: 137)⁸⁴

La máquina de coser sería una pieza fundamental de la épica peronista: mediante su entrega, la Fundación Eva Perón estaba otorgando a las trabajadoras la posesión de su propio medio de producción, en un modesto gesto emancipador, a la vez que las liberaba de la situación vergonzante de no tener un marido cuyo sueldo administrar como amas de casa, tal como fue el caso de Juana Ibarguren, madre de Eva. En

⁸⁴ Subrayado en el original.

relación con el oficio de la madre circulan dos informaciones, una más oficial y otra legendaria. Según la oficial, su madre mantuvo la casa dando alojamiento, comida y servicios de lavandería en su domicilio; la leyenda, en cambio, hace lugar a su deshonra, dando a entender que la oferta de servicios era más *amplia*, rumor que abona a su vez el mito de Eva como muchacha *de vida licenciosa*. Por eso, es significativo el desplazamiento que el relato presenta en relación con su oficio (como costurera, “pedaleando encorvada sobre la Singer”), ya que en la ficción propuesta por esta fotonovela que reivindica la vida de Eva, Juana reescribe su rol en el mundo del trabajo de un modo no sólo dignificado sino amparado por la lucha que llevaría adelante su propia hija pequeña, en un acto de notable reparación simbólica. Este posicionamiento bastardo tanto del lugar de la madre como del suyo propio entra en contrapunto ideal con el de la *cruella* esposa legítima que impide el ingreso de la familia a los funerales de Duarte, tal y como se muestra en el guion de Feinmann (2004: 18-23) y la película de Desanzo (1996).

La bastardía de Evita parece despertar su ímpetu para abrirse camino en la vida que, según muestra este relato paródico, es capaz de esquivar todo tipo de trampas gracias a su inteligencia intrépida, sin perder la oportunidad pero tampoco la honra, aquí salvada en las palabras que conforman su pensamiento. En efecto, la leyenda cuenta que Eva partió a Buenos Aires en el coche del cantor Agustín Magaldi, que pasaba por Junín para brindar una función de su espectáculo musical. Desde el punto de vista de esta Eva, Magaldi es un *porteño*

cajetilla: ella, en cambio, además de ser mujer y muy joven, es provinciana y de clase trabajadora, sin embargo su madurez para desenvolverse en la vida social la pone a buen resguardo.

[...] ***Eva encontró las mismas injusticias en el mundo del teatro que en el exterior.*** Poco podía hacer por el momento. Cuando exigía mejoras, cuando hacía oír su voz ante los patrones, era indefectiblemente despedida, y una foto la mostraba de espaldas, sentada frente a un empresario gordo como un sapo que fuma un grueso habano y rompe en sus narices un contrato; otra en la calle invernal, aterida en su raído abrigo de verano, a pesar de su propio desconsuelo advirtiéndolo, y dando una moneda, al mismo niño harapiento de Los Toldos mientras comenta: *quería no ver, no darme cuenta, no mirar la desgracia, el infortunio, la miseria; pero más quería olvidarme y más me rodeaba la injusticia.* Probablemente por eso intenté evadirme de mí misma olvidándome de mi único tema: *y me entregué intensamente a mi extraña vocación artística.* Se la veía más a sus anchas en su etapa radiofónica, empuñando el micrófono como un arma, *su voz llegando a todos los rincones del país, aun a los más pobres y olvidados... a la casa del obrero explotado, al rancho del campesino que carga su cruz de hambre... Porque los empresarios, los banqueros, los adinerados, no ven que el país está cambiando. No oyen el clamor que crece desde abajo, desde las fábricas, desde las villas miseria...* Eva lo escucha, y sabe que un día hablará por ellos. *Porque Eva ya no es la misma niña asustada que llegó a la ciudad con una mano atrás y otra adelante... Eva ha cambiado.* (Gamerro, 2004: 138)⁸⁵

La Evita reivindicativa y solidaria que siente toda injusticia ya está consolidada en el relato, anticipatorio, porque está en el mismo origen de su historia que viene siendo señalado: si bien “por el momento” no puede hacer demasiado, el micrófono radial es empuñado “como un arma”. No en vano, la recomposición del retrato de Eva que hace la juventud peronista de los años setenta, y muy especialmente las diferentes facciones de la guerrilla armada peronista, es la de una Evita montonera, guerrillera.

⁸⁵ Doblemente subrayado en el original.

El relato está armado con prototipos, al punto de que el niño pobre de Los Toldos y de Buenos Aires es siempre el mismo. Ante él, y a pesar de su propia pobreza, Eva reparte como un Cristo lo poco que tiene, tras haber sido despedida por un gordo empresario fumador de habanos por protestar contra las condiciones de trabajo. El efecto humorístico de la novela de Gamarro radica en que esta retórica, que parece hiperbólica, puede constatarse en documentos de la época, por lo cual resulta hilarante para cualquier lector familiarizado con los textos aquí parodiados.

Según se narra, la etapa radiofónica es preferible a la teatral: democratiza la llegada al público, la hace masiva y transversal, y es el puente ideal entre el anonimato y la figura pública. Tras su paso por la radio, parece haberse producido una de sus metamorfosis más notables, tanto personal –de niña a mujer, de pueblerina a urbanita– como política. En su paso por el medio, se dice, ella pudo no sólo hablar para miles de almas sino sentir su clamor, al que pondrá voz. El paso por el medio fue la escuela ideal para la formación de una futura gran oradora de masas. La voz de Eva propalada desde la radio es epifánica y llega a los rincones más profundos del país para gestar una nueva nación. A su vez, es ella quien oye el clamor social, como atenderá más tarde las necesidades siempre desconocidas por los sectores poderosos. En los diversos textos que abordan su figura (biografías, ensayos, ficciones), los hitos de su vida suelen estar incardinados con la historia del país.

[...] *Evita había comprendido que a partir de ese momento no bastaba con la presencia del pueblo en las calles. No quería que sus descamisados fueran como ovejas al matadero. **El pueblo, además de movilizado, debía estar armado.** Y allí estaba de nuevo, examinando ella misma, en ropa de fajina y pelo suelto, como una joven guerrillera, una pistola 9mm que había levantado de una mesa cubierta por un impresionante despliegue de ferretería, mientras comentaba con éstas manos de mis descamisados los oligarcas se van a cagar en las patas, y el recuadro de texto **5000 pistolas automáticas y 1500 ametralladoras compradas con el dinero de la Fundación, las primeras armas del ejército popular peronista, que serían entregadas a los obreros para defender a Perón y su gobierno.** Si esas armas hubieran llegado a su destino, muy otra hubiera sido la historia argentina reciente.* (Gamerro, 2004: 149)⁸⁶

La retórica de los años setenta, llevada aquí a la parodia en el fanatismo por los *fierros*, recupera la anécdota de la compra de armas para la defensa del gobierno democrático al príncipe de Holanda ante los ataques de las Fuerzas Armadas al gobierno de Perón, que fueron entregadas por el mismo Perón tras su muerte a las Fuerzas Armadas, dando un giro de ciento ochenta grados a las intenciones de Eva; poco después, Perón fue derrocado por las Fuerzas Armadas.

Otra de las imágenes que la juventud setentista toma de Eva es la fotografía en que se la puede ver con el cabello suelto, al viento, y ropa informal (Cortés Roca y Kohan, 1998: 104). Siempre se busca apartarla de su período de actriz, de su “extraña vocación artística”, entendido por estos grupos como una etapa más frívola en su biografía, por la que la derecha la criticó bajo el pretexto de la promiscuidad con que solía tacharse al ambiente, o bien en relación con su gusto por la ropa lujosa, las joyas y los bienes suntuarios. Su “único tema”, en cambio, es la

⁸⁶ Doblemente subrayado en el original.

justicia social. La Evita justiciera es la que estos años setenta construyeron para sí.

En la última de las fotos que componen la publicación, su capacidad de llegada al interlocutor, aunque estuviera mediada por el espacio y aun por el tiempo, consigue interpelar al propio Marroné, que parece despertar a su llamada y recibir proféticamente el mensaje.

[...] finalmente una Eva de cabello suelto que mira a cámara y parece hablarle a él, Marroné, como si lo estuviera viendo: *En todas las vidas hay un momento que parece definitivo, es el día en que uno cree que ha empezado a recorrer un camino monótono, sin altibajos, sin paisajes nuevos. Uno cree que desde ese momento toda la vida ha de hacer ya siempre las mismas cosas, y que el rumbo está definitivamente tomado. Pero todos, o casi todos, tenemos en la vida un día en que todo cambia, nuestro “día maravilloso” [...] (en enero de 1944 un terremoto destruye San Juan, uno de los tantos rincones olvidados de un país que prefiere mirar hacia el océano, y en el festival a beneficio de las víctimas se conocen el coronel Perón y Eva).* (Gamerro, 2004: 139-140)⁸⁷

La elección del género no es azarosa: si el folletín es un género escrito de amplia circulación, muy popular, la fotonovela es una forma depurada del folletín, con una llegada -como decimos- más veloz y de mayor impacto por la fuerte impronta de la imagen. Cortés Rocca y Kohan recogen una de las primeras publicaciones de Eva como actriz consolidada, que pudo haber perfectamente sido aquel Texto primero sobre el que Gamerro montara la parodia.

La estructura casi episódica y la disposición de las imágenes en la página proponen una organización narrativa reconocible: el folletín. De hecho, este es el género que modeliza la narración de la vida entera de Evita, incluso su enfermedad y su muerte. [...] Como estamos en el universo folletinesco, el motor que mueve la historia y sostiene las expectativas de lectura es, obviamente, el romance. [...] Como en el caso de Cenicienta o

⁸⁷ Doblemente subrayado en el original.

de Grace Kelly, el amor es, en el relato sobre Eva Perón, una instancia de transformación social. (Cortés Rocca y Kohan, 1998: 28-29)

La biografía de Eva presenta su encuentro con Perón como una llamada de índole cuasi-religiosa, un predestinamiento; no es casual que esto se dé en una acción solidaria que movilizó a todo el país, en medio de uno de los acontecimientos más dramáticos que –como el texto subraya- se produjo en una provincia alejada de Buenos Aires. Desde entonces Eva sería despreciada tanto por los círculos de élite a los que ingresa de mano del coronel, como por los núcleos izquierdistas.

[...] una improbable aunque simpática mesa de café que congregaba a los nacientes adversarios de la ya por entonces famosa pareja del coronel y su joven amante: un militar de gorra con visera y globito indignado que decía *tiene el tupé de llevarla a los desfiles, a esa ramera*, un estanciero vestido de lord inglés que le recordó a su padre (*hasta que les llenó la cabeza los peones eran mansos y hacían contentos su trabajo*), un anteojudo de chivita y boina parisina que denotarían su carácter de intelectual de izquierda (*Perón es un nazi-fascista indudablemente*), una señora de la oligarquía con cara de oler mierda (*aunque la mona se vista de seda...*) y un cura con expresión de infinita desaprobación que permanecía mudo por haberse quedado sin espacio para su globito. (Gamerro, 2004: 141)⁸⁸

La “improbable” mesa de café devino en los hechos en la Unión Democrática, el frente único que unió a sectores situados en ambos extremos del arco político pero cuyo antiperonismo llamó a unir sus fuerzas (Navarro, 2002: 25). La UD perdió sistemáticamente las elecciones derrotado por el Partido Justicialista de Perón. Claramente delimitados por la construcción del estereotipo, aquí la derecha aparece representada por los militares, la oligarquía terrateniente y la Iglesia, y la izquierda, por la intelectualidad (círculos académicos, ciertos

⁸⁸ Subrayado en el original.

profesionales liberales). Para los primeros, Perón fue un populista; para los segundos fue además un fascista.

Veinte años más tarde, la llamada a las filas del peronismo parece llegar a Marroné mediante la figura transhistórica de Eva, al presente que le toca vivir, en medio de una toma de fábrica donde se encuentra con aquel compañero de colegio al que admiraba, cuyo ejemplo se ve instado a seguir.

Porque el “día maravilloso” podía haber sucedido, **podía estar sucediendo ahora, en este preciso instante** –se le estaban pegando al pensamiento las negritas de la fotonovela- y uno no darse cuenta hasta después de mucho tiempo. (Gamerro, 2004: 140)⁸⁹

En este punto, la novela presenta un giro epifánico en la identidad del personaje central de esta aventura. A partir de aquí, este hombre que siempre quiso destacarse y nunca lo había conseguido vivencia la iluminación de su pensamiento cuyo pasaje a la acción opera un giro en su biografía, su identidad, y la percepción hacia su persona de parte de los demás y de sí mismo. La biografía de Evita inspira a Marroné y lo coloca en el tan anhelado puesto de liderazgo. A su vez, en esta instancia el relato coloca a Eva como protagonista del 17 de octubre, hecho legendario (Navarro, 2002: 33-35), y se detiene en momentos clave como el Cabildo Abierto del 22 de agosto de 1951, en que renuncia a la candidatura para ocupar la vicepresidencia. Sus palabras son recogidas, por una parte, mediante una retórica calcada de *La razón de mi vida*.

⁸⁹ Subrayado en el original.

Yo no era ni soy nada más que un gorrión en una inmensa bandada de gorriones... Y él era y es el cóndor gigante que vuela alto y seguro entre las cumbres. Si no fuera por él que descendió hasta mí y me enseñó a volar de otra manera, yo no hubiese sabido nunca lo que es ser un cóndor... (Gamerro, 2004: 144)⁹⁰

Por otra parte, también sus discursos aparecen calcados, aunque ingresan a la parodia entreverados con el diálogo entre Eva y Juan, que no es voseante sino tuteante, como en los radioteatros en los que Eva participó como actriz. Este efecto acentúa el carácter melodramático de este pasaje de su vida.

Y ella, con semblante doliente, *No, Juan, no puedo*, motivando la respuesta azorada de Perón: *¿Cómo que no puedes? ¿Quién se merece este cargo sino tú?* Y Evita: ***Yo no estoy hecha para cargos y protocolos... Si yo fuese funcionario dejaría de ser pueblo, no podría ser lo que soy ni hacer lo que hago... He vivido siempre en libertad. Nací para la revolución. Miralos. ¿Los ves? ¿Los oyes? No hay paisaje más hermoso, ni música más maravillosa. Mi lugar está entre ellos... Soy un puente hacia vos... No quiero ser otra cosa. Prométeme, que si algún día les falto... Los seguirás escuchando...*** Y luego, dirigiéndose a la multitud que corea su nombre: *Yo no valgo por lo que hice, yo no valgo por lo que he renunciado, yo no valgo por lo que soy ni por lo que tengo. Yo tengo una sola cosa que vale, la tengo en mi corazón, me duele en el alma, me duele en mi carne y arde en mis nervios. Es el amor por este pueblo y por Perón. Si este pueblo me pidiese la vida se la daría cantando, porque la felicidad de un solo descamisado vale más que toda mi vida.* (Gamerro, 2004: 148)⁹¹

La “maravillosa música” del pueblo en la Plaza, frase que Perón inmortalizó, aparece aquí sugerida en boca de Eva. Su elocuencia discursiva quedó patente, como sabemos, no sólo en los discursos sino en *Mi mensaje*, el libro que recoge sus propias palabras. Allí, la ofrenda del cuerpo hasta el mismo martirio también ocupa un lugar central en la retórica, especialmente la figura del corazón.

⁹⁰ Fragmento totalmente subrayado en el original.

⁹¹ Doblemente subrayado en el original.

El corazón guía la acción política de Evita: la realidad de los pobres es una “marca dolorosa”, una herida en el corazón; dedicarse a las obras es poner el corazón; recibir a los pobres es abrirles las puertas del corazón; entregarse a la causa del pueblo es salir a la calle y ofrecerle al pueblo el corazón. El universo sentimental del bolero se traslada así a la acción política, menos por una politización del orden sentimental que por una sentimentalización del orden político: las estrategias del folletín, como vemos, siguen funcionando. Esta acción política, que nace como experiencia del dolor en el cuerpo, se sublima en la sublimación del cuerpo, que es el corazón. (Cortés Rocca y Kohan, 1998: 61)

El traspaso generacional se produce, siguiendo el relato de Montoneros aquí parodiado, como un mandato de Eva hacia los “únicos privilegiados”, los jóvenes del presente de la novela. Ofrendado el cuerpo, el único resto es el nombre como índice de la memoria de una gesta. El legado, entonces, es para aquellos que, en palabras de Eva, “recogerán mi nombre y lo llevarán como bandera a la victoria” (discurso recogido en Televisión Argentina, 1951). La paradoja histórica del caso reside en que, a la inversa de lo esperado, ese cuerpo sería conservado intacto, mientras que su nombre o cualquier otra alusión directa a su persona quedarían prohibidos por decreto (Navarro, 1997: 328-345).

Ahora se mostraba a una Evita en su lecho de enferma, recibiendo un grupo de cinco chicos entre los que se encontraba una vez más el niño de Los Toldos. Evita les hablaba y los cinco escuchaban atentos: *Yo les pido hoy, chicos, una sola cosa: que me prometan **defender a Perón y luchar por él hasta la muerte**. Cuando yo no esté ustedes deberán tomar mi lugar: ustedes serán el puente entre Perón y el pueblo, ustedes serán los eternos vigías de la revolución, porque **ustedes son mis herederos***, decía una Evita tan vehemente que el contorno que englobaba sus encendidas palabras se había adentrado en el cuadrado siguiente, en el cual los cinco chicos, ya crecidos y con fusiles en las manos, *no olvidaron nunca el mensaje de Evita; y hoy donde haya un niño con hambre, donde haya un obrero que luche contra la explotación, donde haya un pueblo que luche por su liberación, **siempre habrá un montonero***. (Gamerro, 2004: 150)⁹²

⁹² Doblemente subrayado en el original.

Eva muere en 1952 de un cáncer de útero y no deja hijos, aunque sí *millones* de herederos de su causa y de su lucha. Entre todas las Evas posibles, es “Evita montonera” la que construye el *tercer peronismo*, aquí retratado (cf. Navarro, 1997: 342-343). La parodia que la novela construye recorre detalladamente las claves que posibilitaron este imaginario, que como tal es una ficción.

3.5. Los grupos sociales instituidos

*Todos
los partidos políticos
son peronistas.*

C. Godoy

Hacia los años setenta, Argentina contaba con tres grupos socioeconómicos principales: la alta burguesía y la burguesía, la pequeña burguesía, y la clase obrera. El primero de ellos estuvo conformado por las familias terratenientes vencedoras de las disputas decimonónicas por la hegemonía económica y política del país, a quienes se sumó poco más tarde –sobre todo a partir de los años treinta, con la guerra europea y la forzada sustitución de importaciones por la fabricación nacional- el capital industrial. Un escalón más abajo se situaban los profesionales autónomos con alta renta y los asalariados con puestos gerenciales y de alto rango, principalmente, quienes solían provenir de las mismas esferas de influencia en torno a los ámbitos donde primaba el capital privado y la ideología liberal-conservadora que caracterizó a las clases altas en Argentina. Su actitud hacia el capital fue de una sumisión adicta. En la novela, hay personajes que representan esta extracción de clase: Cáceres Grey pertenece al grupo gerencial de origen terrateniente; Tamerlán y Sansimón hijo pertenecen a la burguesía industrial; Marroné, a la “aristocracia obrera”, esto es, al conjunto de individuos que ocupan altos puestos en la industria y que a su vez provienen de la burguesía.

Algunos profesionales que intervienen en la trama, como Govianus, también forman parte de este grupo.

En el extremo opuesto se sitúa la clase obrera –en términos peronistas- o proletariado. Su identificación con las etnias y culturas de raíces americanas se debe a la gran migración interna que se produjo con el fuerte crecimiento industrial de los años treinta, a partir de los cuales se constató un fuerte desplazamiento de la población rural hacia las urbes, como respuesta a la búsqueda de mano de obra de la creciente industria. Esto no implica que la clase obrera no estuviera constituida por otros grupos culturales, principalmente por hijos y nietos de la gran inmigración europea y del Asia Menor. Sin embargo, aquella gran inmigración tuvo su posibilidad de ascenso durante los años del yrigoyenismo y del *primero y segundo peronismos*, gracias también a su afán étnico y cultural de base racista esgrimido con el claro objeto de marcar una diferencia respecto de la migración interna, asociada a las clases bajas. A esto se suma su identificación cultural con las clases altas –también de origen europeo-, por lo que el imaginario instalado en la sociedad argentina señala que las clases bajas son de origen americano; de allí, el apelativo peyorativo de “cabecitas negras”.

Esa masiva migración conformó, primero, las “villas” dentro de la misma capital (Verbitsky, 2003) y en seguida, los cordones periurbanos que hoy conforman el Gran Buenos Aires, Gran Rosario, etc., con todas las particularidades que los caracterizan y que serán recorridas en esta novela, que transcurre básicamente en tres escenarios diversos: la

capital federal, el conurbano obrero, y -en el tramo que narra los años noventa- la zona residencial de las clases altas situada también por fuera de la capital federal.⁹³

Por último, la pequeña burguesía, de origen principalmente europeo y claramente urbanita, conformada por la descendencia de la inmigración de ultramar, está representada aquí por los administrativos Gómez y Fernández. Esta clase oscilaba entre el rechazo absoluto por las clases bajas, de quienes buscó siempre separarse por temor a la delgada línea que las separó (particularmente en los períodos de los gobiernos populares y, en especial, del peronismo), y la identificación con ellas, lo que dio lugar a un amplio número de jóvenes que se pasaron a las filas de la militancia por las causas populares, ya sea de la mano del peronismo o del marxismo. Estos casos, junto con otros tantos provenientes de las clases altas –como el caso, precisamente, del Che-, representados en esta ficción por la figura de Paddy, conformaron la vanguardia revolucionaria que rompió con la moral y los mandatos de sus clases de origen. Es precisamente en este período y este fragmento social donde hace foco la novela y su continuación, *Un yuppie en la columna del Che Guevara*. Cada una se detiene en uno de los dos segmentos ideológicos que vinieron a revolucionar el *statu quo*: la primera, en el *segundo peronismo* desde la clandestinidad y el *tercero* desde el breve período que duró en el gobierno; la segunda, en la militancia marxista guevarista ya bajo el *cuarto peronismo* (dictadura

⁹³ Nótese que, en un caso, suele hablarse de *conurbano*, mientras que en el otro, de *zona*. Hay en la palabra *conurbano* una carga semántica que pone en evidencia la necesidad de diferenciación de la clase alta respecto de la baja.

incluida). Es por ello importante señalar la compleja división social que presentaba el país entonces, vetada de matices, pero que a grandes rasgos ha sido presentada.

3.5.1. Élités y aristocracia obrera

La novela presenta, para el mundo de la empresa, toda una tipología: el todopoderoso Tamerlán, inescrupuloso forjador de un imperio; Cáceres Grey, perteneciente desde su cuna a la clase privilegiada que se supo predestinada a los lugares de élite sin emplear ningún esfuerzo extraordinario; Marroné, el empleado obsecuente que aspira al más alto cargo; el joven Sansimón, heredero; el viejo Sansimón, inmigrante socialista que supo hacer crecer su pequeña empresa a fuerza del propio trabajo. El recorrido del tópico es exhaustivo:

Todos ustedes saben que cuando fundé Yesería Sansimón yo era como uno de ustedes. No era más que un tallercito en una casa del barrio de Constitución: éramos tres ayudantes y yo, y entre los cuatro hacíamos todo. Después, gracias a Dios y al trabajo de todos, fuimos creciendo, hasta convertirnos en esto que somos hoy. El actual presidente, acá presente, dice que fue él quien levantó esta gran empresa de sus humildes comienzos, pero ésa es su manera de ver las cosas. Yo sé que la realidad es muy otra. Yo sé que quienes han hecho de Yesería Sansimón la gran empresa que es hoy, han sido ustedes. [...] No es un trono el sillón de presidente –prosiguió cuando se hubo hecho un silencio- ni una fábrica es un reino que pasa de padre a hijo automáticamente. Cuando vi llegado el momento de dar un paso al costado, y poner en manos más capaces que las mías la dirección, yo tenía una idea muy distinta de lo que debía ser la empresa. En mi juventud había leído a Proudhon, a Bakunin, a Kropotkin; y esta mano que ven estrechó la diestra de Buenaventura Durruti, héroe de la Guerra Civil Española... Aprendí muchas cosas en esa época... Que el hombre no debe ser el lobo del hombre, que más vale la dignidad que la panza llena... [...] ¡Y sobre todo aprendí que la tierra debe ser del campesino que la trabaja, y la fábrica del obrero! –remató el viejo, alargando la mano para recibir los papeles que su ayudante le alcanzaba-. ¡Y acá está la prueba! –exclamó, levantándolos en alto y haciéndolos flamear al viento-. ¡Estos documentos demuestran que yo había decidido regalarles la fábrica a todos ustedes! ¡Y este explotador, este hijo de mi sangre al que sólo la virtud de su pobre madre me impide llamar de otra manera, interpuso un

recurso legal para declararme mentalmente incapacitado, aduciendo los papeles de la cesión como prueba! Sólo un loco, argumentaron sus abogados ante el juez comprado, podía querer regalar su fábrica a sus obreros. [...] ¡Así se quedó con todo! –siguió el viejo, incapaz de contenerse-. ¡Pero ha llegado el momento de que la trampa sea descubierta! ¡Ustedes son mis verdaderos hijos! ¡Ustedes son mis herederos! ¡Lo que están haciendo no es más que recuperar lo que les pertenece! (Gamerro, 2004: 176-177)

En el mundo de la empresa priman más las relaciones entretreídas a lo largo de los años en torno a los ámbitos de frecuentación y pertenencia que las capacidades específicas. En Argentina, los dobles apellidos toleran la convivencia con quienes consiguieron el ingreso a la alta sociedad sin el respaldo de cinco generaciones de argentinos; una vez más, la literalidad del recién llegado es plena: un recién llegado al país es necesariamente –en caso de que consiguiera ingresar- un recién llegado a estas esferas. Las diferencias, claro, emergen. “Cáceres Grey era un perfecto representante de una especie en extinción: la del ejecutivo de buena cuna, que debe su puesto menos al currículum que al *pedigree* y más a su handicap golfístico que a su *scoring* académico” (Gamerro, 2004: 39). Los novatos se preparan en las florecientes Escuelas de Negocios mientras que la vieja escuela se repliega hacia mejores faenas. Marroné pertenece. Como todo miembro, se sabe afortunado de formar parte de la élite del Grupo Tamerlán; sin embargo, el precio a pagar es tanto mayor que noventa y dos bustos de Eva. ¿Cuáles son los recursos con los que cuenta un asalariado de lujo en la Argentina de los años noventa? ¿Qué parece enseñarse en las cátedras de las licenciaturas en Administración de Empresas, que son punta de lanza en el mercado de la educación privada de nivel superior? Marroné

apela a la autoayuda a la mano del mercado, que es el sitio que mejor conoce. Asume que como toda tropa de élite, requiere de un entrenamiento cotidiano que haga uso de las mejores estrategias de guerra. Al fin y al cabo, si la guerra es la continuidad de la política por otros medios, por qué la economía no habría de ser la continuidad de la guerra por otros medios. O al menos, eso deja trasuntar la literatura en la que basa su formación cotidiana.

El samurai corporativo pertenecía a una selecta minoría de textos que habían logrado aplicar los principios de la milenaria sabiduría oriental al moderno arte de la gestión de empresas, tales como *The Art of Competition*, de Dwight D. Connolly, adaptado del célebre *El arte de la guerra*, de Sun Tzu, o *The Tao of Management*, de Dean Tesola, que acercaba la inmemorial sabiduría de Lao-Tsé a la mesa de reuniones de una moderna corporación. Verdad que *El samurai corporativo* carecía de la pasmosa pertinencia del primero y de la hondura filosófica del segundo, y a veces caía en el pedestre recurso de la traslación literal, reemplazando “samurai” por “ejecutivo” y “batalla” por “competencia”, lo cual resultaba en párrafos como “cuando la empresa entra en batalla el ejecutivo debe acampar día y noche en la oficina, desarrollando estrategias competitivas sin un momento de descanso. Es preciso que los empleados de todas las categorías construyan los fosos, fortalezas y puestos de avanzada necesarios para proteger a la empresa del ataque del enemigo y evitar que éste invada los mercados propios y le robe la clientela”. Pero también incluía párrafos que podían calificarse de soberbios; como el majestuoso comienzo que Marroné siempre releía antes de retomar la lectura del resto: “Lo que todo ejecutivo ha de tener presente constantemente, día y noche, es el hecho de que ha de morir. La muerte es su meta, su norte, su ocupación principal”. Largo había meditado Marroné sobre esta sorprendente idea, que en un principio había tomado por una variante algo tremebunda del apotegma para ejecutivos “Concurra al trabajo todos los días esperando ser despedido”, descubriéndole luego, al continuar la lectura, un sentido más profundo. Para un ejecutivo samurai, seguir el Camino del Guerrero implicaba subordinar los logros y metas personales a un fin más alto: el bien de la empresa, el honor o (como en su caso) la vida misma de su presidente. Los lectores europeos o americanos de *El samurai corporativo* podían tomar la frase en sentido figurado, era su privilegio; pero en esta región del planeta la idea de muerte no era una metáfora sobre la degradación o el despido, sino una posibilidad palpable y concreta; ni el campo de batalla del que hablaba una y otra vez el texto era apenas el de la competencia comercial, sino también el de las calles donde los ejecutivos modernos debían batirse “día y noche” contra bombas, ametrallamientos y secuestros. (Gamerro, 2004: 35-36)

La literalidad es la letra argentina. Entre las presiones económicas y la guerrilla, el contexto realizaba el verosímil más inesperado. La metáfora de la guerra vía von Clausewitz perdía su carácter de sustituto para pasar a ser, descarnadamente, el referente mismo: la guerra estaba en las calles, en el trabajo, en el mercado. Permanecer en la pertenencia implicaba jugarse la vida, por activa y por pasiva: riesgo y arrojo para no perder las conquistas y resignación para asumir el peligro de lo inminente, provenga este del enemigo declarado o de la propia institución de pertenencia, que puede decidir de un momento a otro el fuera de juego para cualquiera de sus participantes. La que subyace implícita es una categoría socio-politológica que propongo: se trataría del *Terrorismo de Mercado* que precedió al Terrorismo de Estado, para instalarse ya hasta –cuando menos- el estallido social de diciembre de 2001 (es decir, todo el *cuarto peronismo*).⁹⁴ Poder vivir bajo el amparo de la metáfora es, así, un anhelo tan fuerte como lo fuera para el señor juez asistir a una gala *à la parisienne*. Y si esto es así para el ejecutivo, en el caso de los obreros no hay legislación laboral que se cumpla, puertas adentro de una empresa. Los derechos del trabajador se habían ido degradando desde el golpe de Estado de 1955.

-Viejo, no me vengas otra vez con la cantinela socialista que ya no soy un chico. Ya mismo me los ponés a laburar en turnos de dieciséis con un descanso de ocho. De acá no sale nadie hasta que no me tengan las noventa y cuatro Evas fraguadas, secadas y embaladas para entregar. -Noventa y dos corrigió Marroné con amabilidad. -¿Qué? -le

⁹⁴ La relación de continuidad entre democracia y dictadura en sus representaciones literarias ha sido señalada por Avelar (2000), y por Garibotto (2008) para el caso de las novelas de Gamberro.

espetó Sansimón, que en la ofuscación de la discusión padre-hijo parecía haber olvidado por completo su presencia.

-Son noventa y dos en total –le recordó. Estaba realmente complacido por la manera en que se desarrollaban los acontecimientos. Sansimón sí que sabía fidelizar clientes. -Bueno, los que sean –y a su padre-: ¿Estamos? - ¿Qué van, a horas extra? -Medio turno y gracias. Todavía me deben de la última huelga. (Gamerro, 2004: 71)

Pocos años más tarde, el Terrorismo de Estado se encargaría de borrar de plano todo horizonte de expectativas de estabilidad económica para los trabajadores, y cualquier reclamo al respecto implicaría poner en riesgo la propia vida. La larga lucha por el reconocimiento de derechos laborales iría mucho más allá de 2004, año de publicación de la novela: en octubre de 2010, es asesinado el joven Mariano Ferreyra, de veintitrés años de edad, a manos de los sicarios de la Unión Ferroviaria, en uno de los últimos hitos de la violencia sindical en Argentina. El hecho trascendió por haber sido juzgados sus autores materiales e intelectuales, en un caso que marca un precedente en la historia obrera nacional: la mafia sindical, tempranamente denunciada por –una vez más- Rodolfo Walsh en *¿Quién mató a Rosendo?* (1969), fue por primera vez sentada en el banquillo de los acusados, de donde salió con sentencia firme. La cobertura política fue, esta vez, insuficiente para salvarlos de la Justicia.

3.5.2. La clase obrera del primer peronismo

El proletariado clásico de Argentina está fuertemente identificado con los obreros del primer peronismo: aquellos cuyo lugar de clase fue claramente visibilizado con la expansión de los sindicatos y la instauración masiva del trabajo reglado en Argentina, mediante la

promoción de los Derechos del Trabajador –por los que había comenzado a luchar el socialismo desde principios de siglo XX, de la mano del diputado Palacios- que Perón instituye desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, tiempo antes de producirse el 17 de octubre y el llamado a elecciones que lo llevaría a la presidencia. Como ya se ha señalado, para el imaginario argentino el obrero es peronista.

Marroné, siempre atento a las enseñanzas de sus libros de autoayuda, no baja la guardia en el camino hacia la meta, su sueño dorado: la presidencia de la empresa. Su recorrido, a diferencia de Cáceres Grey, no es horizontal sino ascendente, peldaño a peldaño. La atenta mirada de Marroné busca separar las aguas entre “guerrilla” y “clase obrera”.

Antes de salir saludó con la mano al encargado del establecimiento, cuyo nombre, a pesar de su nominal sujeción a la tercera manera de agradar a los demás (“recuerde que para toda persona su nombre es el sonido más dulce e importante en cualquier idioma”), Marroné nunca lograba recordar. La mayoría de sus colegas no sólo no se tomaban el trabajo sino que considerarían un menoscabo de su rango acordarse del nombre de alguien tan subalterno, pero Marroné tenía bien presente el caso ejemplar de Andrew Carnegie, padre del autor, que recordaba y llamaba por su nombre de pila a todos sus obreros, por lo cual los años en que tuvo los altos hornos a su cargo jamás se declaró en ellos una huelga. Pensó en volver a preguntárselo y anotarlo en la libretita que a tal efecto llevaba siempre consigo, pero hacerlo equivaldría a admitir que se había olvidado y así terminaría ofendiendo en lugar de hacerse agradable, que era lo que supuestamente buscaba. Además... ¿qué si justamente era uno de los infiltrados de la subversión, y con su pregunta impertinente Marroné sólo lograba hacerlo entrar en sospecha? No parecía muy probable: el hombre trabajaba en la empresa desde hacía años y era además demasiado negro para guerrillero; pero tampoco eso era ninguna garantía. En la inexorable espiral de violencia hasta los pobres habían empezado a tomar las armas y gente de lo más insospechable, con una foja de servicios intachable, era diariamente *ganada* para la subversión, convirtiéndose en cómplices voluntarios o en el mejor de los casos en idiotas útiles a su servicio. Cuando la simple persuasión fallaba, suplían su falta la amenaza de muerte, personal o a familiares, o el lento goteo de

la indoctrinación ideológica, que por acumulación podía culminar en un completo *lavado de cerebro*. Eran tiempos difíciles sin duda. (Gamerro, 2004: 44-45)⁹⁵

La excepcionalidad –y el estado de excepción–, por falsa o cierta que fuera, parece ser a la vez la característica del país y el castigo que lo persigue: ¿cómo aplicar las enseñanzas de autoayuda en la Argentina de los años setenta? Con ironía, el autor textual señala el desencuentro entre la vanguardia militante, que había optado por las armas, y las bases obreras, con las consecuencias que esta decisión conllevó. En la novela aparece claramente delimitada la una de las otras: por clase, y por tanto también por origen étnico, según los parámetros del imaginario argentino.

El contexto político es la primera clave de la excepcionalidad. Perón asumió su tercera presidencia en octubre de 1973 tras pedir la renuncia a Cámpora, y murió pocos meses más tarde, el 1 de julio de 1974, dejando en el poder a su tercera esposa, María Estela Martínez, a quien había colocado como vicepresidente en su fórmula, emulando la frustrada presentación de María Eva Duarte, su segunda esposa, en 1952. Ya en la tercera presidencia de Perón la violencia política se había desatado: la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), fuerza parapolicial que contó con dinero y logística estatales para asesinar a opositores de diversos ámbitos y tendencias, parecía medirse con la militancia armada. Así aparece evocada en distintos pasajes de la novela, muchas veces en connivencia con las corruptas élites sindicales:

⁹⁵ Subrayado en el original.

“era de temer que les salieran al cruce los matones del sindicato o las bandas parapoliciales que en las últimas semanas habían secuestrado y asesinado a varios delegados obreros” (Gamerro, 2004: 156). Aquí, el narrador sostiene el punto de vista de Marroné, cuyos temores apuntan a la guerrilla, a la que se define en razón de lo que fue el grueso de sus dirigentes: jóvenes pequeñoburgueses (o burgueses, como Paddy) con amplio acceso al capital escolar y cultural. Este perfil sería el correspondiente a “los impacientes y los violentos”, ya mencionados en el prólogo, frente a la pasividad del obrero pobre, “negro”, obediente, vulnerable al discurso de la causa revolucionaria. El estado de alerta producido por los atentados y crímenes cotidianos sustentan el pensamiento paranoico de Marroné, quien a su vez no quiere despertar sospechas en el empleado. La capacidad del discurso militante, al que considera capaz de ganar voluntades o de forzarlas si fuera necesario, quedaría como remanente: veinte años más tarde, la mirada del Che Guevara desde el póster en el cuarto de su hijo volvería a despertar estos temores. La consciencia de esta vulnerabilidad lo remite nuevamente a su literatura de cabecera.

La liberación de los galeotes. [...] En esta aventura el caballero, en nombre de un ideal de justicia tan abstracto como dogmático, interfiere nada menos que con la justicia estatal, dejando en libertad a una gavilla de peligrosos delincuentes, cuya culpabilidad ellos mismos le han confesado, convirtiéndose en la primera –pero no seguramente la última– víctima de su accionar delictivo, ya que no conformes con aporrearlo le roban a él y a Sancho una buena parte de sus pertenencias. No de otra manera proceden hoy los sindicatos u organizaciones gremiales, en las cuales los obreros, encadenados muchas veces en contra de su voluntad, pierden su independencia de criterio y su libertad de acción, y llevados a la huelga por líderes resentidos u oportunistas dan pedradas allí donde corresponde el agradecimiento. Así, quien cede antes las demandas de los huelguistas, por ejemplo, reincorporando personal justamente

despedido, y espera que los beneficiarios de su generosidad cumplan con sus obligaciones, no sólo pecará de ingenuidad quijotesca sino que habrá hecho un serio y quizás irreparable daño a su empresa... (Gamerro, 2004: 61)⁹⁶

El afán utópico acaba en desastre: el trato con ciertos líderes sindicales es –lo afirman los libros– una quijotada. La manipulación sobre sus representados refuerza la concepción paternalista del vínculo entre ambos, y evidencia la caída en desgracia del intento peronista de pacto social entre burgueses y proletarios. Si bien se concibe a los obreros como seres sin posibilidad de discernir por sí mismos, en la yesería Sansimón la actitud de los trabajadores no parece ser tan pasiva:

-Disculpe, jefe, pero tenemos una toma entre manos, no sé si se dio cuenta.

-Bueno, la cosa es que yo acabo de concretar con la empresa un importante negocio pagando incluso el anticipo y si van a parar la producción creo yo que sería conveniente que lo hagan respetando los pedidos anteriores a la declaración de la huelga, como es mi caso con los noventa y dos bustos... -¿Vos sos el de los bustos? ¡Pero si por culpa tuya pusieron el trabajo a destajo para los compañeros del taller y tuvimos que adelantar la toma! –saltó el cabecilla y acto seguido indicó a sus lugartenientes-: Éste también se queda-. Marroné ensayó un manotazo de ahogado: -Escuchen, co... compañeros, no se trata de unos bustos cualquiera. ¡Son bustos de Eva Perón, nada menos, de Evita, la Abanderada de los Humildes, la Dama de la Esperanza, la Jefa Espiritual de la Nación! ¿Cómo le van a hacer una huelga a Eva? ¿Qué clase de peronistas son ustedes? (Gamerro, 2004: 79)

Desenmascarado por sí mismo ante los obreros, Marroné apela al calco discursivo. Los llama “compañeros”, evoca la figura de Eva, e inmediatamente invoca sus famosas palabras de instigación a los obreros ferroviarios para que levantaran el anuncio de huelga contra el

⁹⁶ Subrayado en el original.

gobierno de Perón en 1950,⁹⁷ en este caso utilizadas para arengar a los obreros a continuar con el trabajo de confección de los bustos. Una actitud similar toma Garaguso, el jefe de personal, que se acerca al obrero Baigorria para convencerlo de amenizar el cautiverio a que los sometió la huelga repentina.

Garaguso ojeó a los dos en actitud de león que estudia una manada de cebras para ubicar la presa más débil y cuando el elegido alzó la mirada de su revista e hizo contacto visual el jefe de personal se levantó de su asiento y como quien no quiere la cosa se le fue arrimando. Desde donde estaba, Marroné alcanzó a escuchar cómo empezaba: -Escuchame, Baigorria. Acá, con los jefes, queríamos organizar alguna cosita, en plan intimista, familiar, viste; nada muy farolero, qué se yo, una cajita de whisky, algo para picar, una timba tranquilita, un par de trolas... Como para pasar el rato, ¿no? Ya que tenemos que estar acá... Y estuvimos reflexionando, no sé, es verdad lo que ustedes dicen, que hay que aprender a compartir las cosas... Socializar, que lo llaman-. A Baigorria se le empezó a hacer agua la boca a pesar suyo. -Digo, ya que estamos todos juntos en esto por lo menos que la pasemos lo mejor posible, ¿no? -Baigorria asintió entusiasta y Garaguso, sabiendo ganada la partida, señaló casi con delicadeza uno de los teléfonos desconectados. -Entonces... ¿Podré hacer un par de llamaditos?-. Cuando Saturnino se acercó a ver qué pasaba, Baigorria le cuchicheó al oído las buenas nuevas. Sansimón, que se había parado cerca de Marroné, le explicó el sentido de la maniobra. -Por lo menos ahora sabemos que son verdaderos obreros. -¿Cómo sabemos? -preguntó Marroné. -Si fueran subversivos infiltrados, nunca hubieran aceptado. La moral revolucionaria -aclaró. (Gamerro, 2004: 83-84)

La brecha que presenta la novela entre militantes armados y obreros postula una ortodoxia de la praxis revolucionaria. El obrero peronista no acata naturalmente estos postulados sino que sus bajos instintos lo llevan a asimilar su deseo al de aquella clase a la que emula: ya no responde a su razón sino a su instinto ante la tentación de la bebida, la comida y el sexo. La disciplina férrea, rayana en lo absurdo, que profesaban los militantes armados, recordada -y ridiculizada- en

⁹⁷ Recordadas en una escena del film *Eva Perón* (1996), de Juan Carlos Desanzo, con guion de José Pablo Feinmann (2004: 30-35).

películas de época y expresiones artísticas que la refieren, no hubiera consentido semejante debilidad ante el vicio burgués. El obrero, en cambio, cuya extracción de clase le supone un acceso prohibitivo a dichos placeres, no puede dejar escapar la oportunidad de experimentarlos. La trama de paranoias encuentra, entonces, la prueba que necesitaba. El obrero, a diferencia de Paddy, no es impostado sino genuino.

Similar situación se presenta a la hora de encarar un conflicto obrero. Los militantes de extracción burguesa o pequeñoburguesa, por lo general estudiantes sin las presiones del trabajo y la familia, parecieran regodearse en la situación de toma que debiera ser extraordinaria, y así transitada. La pérdida de tiempo en debates más cercanos a la política, la economía o la filosofía agotan, en cambio, la resistencia de los trabajadores aquí llamados –precisamente– “auténticos”.

Las asambleas se sucedían diariamente, a veces al ritmo de dos o tres por día, y mayormente eran copadas por militantes de las agrupaciones de izquierda, quienes se la pasaban hablando de la revolución china o cubana y pidiendo minutos de silencio por el Che Guevara y el último, diariamente renovado, militante muerto. La mayoría de los obreros auténticos tenían familias que mantener y muchos extrañaban dormir en sus camas, besar a sus hijos por las mañanas y coger con la patrona cuando les viniera en gana. (Gamerro, 2004: 163)

Dos elementos de este discurso marcan el carácter de época. Por una parte, la mención al asesinato cotidiano de militantes que caracterizó a aquellos años. Por otra, el narrador asume el punto de vista del obrero, encarnado en el sociolecto, el cronolecto y la selección léxica: *coger con la patrona* remite al proletariado de aquellos años a la vez que al

patriarcado, en el rol que asigna a la mujer en el ámbito ya no doméstico sino íntimo. Una escena similar se presenta más adelante, al refugiarse Ernesto en la villa. Allí, la novela muestra cómo el *Orden de Géneros* se cruza con el *Orden de Clases*.⁹⁸

“¿Te pasa algo? ¿Qué te me quedás mirando?”, había bravuconado Pipota, su timbre de voz apenas cambiado. Sin contestarle el marido le había agarrado la mano derecha, que era la que más huevo chorreaba, y se la apoyó de palma sobre el pan rallado. Pero recién cuando le torció la muñeca para empanar también el dorso la Pipota se dio cuenta de lo que se traía entre manos, demasiado tarde para evitar que la nervuda del mecánico le hundiera la diestra así rebozada en el aceite hirviendo. Fue sólo un instante, y no llegó a freírse del todo: una doradita apenas, y más del pan y del huevo que de la carne, pero aun así fue bastante impresionante: la Pipota pegó unos alaridos que metían miedo, y cuando su esposo la soltó volcando la Primus y el aceite, salió corriendo del rancho. Señor Gareca y los suyos intercambiaron entre sí miradas aprobatorias, Malito yendo más lejos y dándole al Tuerto, que recogía los objetos caídos del suelo, una ligera palmada en la espalda. (Gamerro, 2004: 238-239)

El obrero explotado en la yesería, el oprimido de clase, se transforma en opresor de género en el maltrato a su mujer, la Pipota. Los otros hombres que forman parte de la escena aprueban y respaldan el hecho.

⁹⁸ Las categorías *Orden de Clases* y *Orden de Géneros* fueron postuladas por Elsa Drucaroff (1994), y desarrolladas luego en *Otro logos. Signos, discursos, política*: “[...] concebí dos categorías teóricas: Orden de Clases – Orden de Géneros. Son herramientas para el análisis textual, pero también un intento [...] de abandonar la categoría de ‘ideología’. ¿Por qué desechar esa categoría tan usada? Porque desde su propio nombre remite a un producto, no a un proceso histórico [...]. Orden de Clases – Orden de Géneros son dos órdenes discursivos en permanente producción, sometidos a dos lógicas específicas que no se confunden, pero sí se entrecruzan todo el tiempo. Y es clave ver cómo lo hacen cada vez, qué maquiavélicas tramas, qué horribles trampas dibujan. [...] Orden de Géneros y Orden de Clases son dos categorías a partir de las cuales no sólo propongo una herramienta para leer (desde lo ideológico, no desde la ideología) los discursos sociales (la literatura también, aunque sin olvidar que su especificidad requiere instrumentos específicos adicionales); también son un modo de entender, en definitiva, las culturas humanas y sus posibilidades para las transformaciones revolucionarias” (Drucaroff, 2011: 12-13).

3.5.3. La pequeña burguesía: obreros sin conciencia de clase

Caracterizada por no realizar trabajos manuales, la pequeña burguesía argentina –o *clase media*, como prefirió autodenominarse- no tuvo una conciencia de pertenencia a la clase trabajadora. Por el contrario, el peronismo le produjo la incomodidad de acercar el poder adquisitivo de la clase obrera al suyo propio, por lo que –como vimos- se refugió principalmente en su origen étnico y cultural, así como en su capital escolar para marcar la diferencia sociocultural con las clases bajas. Para hacer frente al peronismo, la Unión Cívica Radical, el partido en el que gran parte de la clase media se referenció por décadas, llegó a aliarse con partidos tanto de izquierda como conservadores, postulándose a elecciones muchas veces en un mismo frente. Los antiperonistas ganaron el mote de “gorilas”, tomado de un cuadro humorístico radial de la época del derrocamiento del gobierno de Perón, que luego fue cobrando tintes cada vez más peyorativos.

-Y los muchachos también ligaron, ¿o qué te creés? ¿Te das cuenta, Ramírez? –le dijeron a un joven que junto con su bigote y larga melena, camisa rosada y corbata escocesa verde fue también a parar a la libreta de Marroné-. Al final siempre es la misma historia en este país. O la tienen los garcas, o la tienen los grones, y nosotros siempre nos la quedamos viéndola pasar. Somos el jamón del sándwich y el pato de la boda, convencete –continuó Gómez con su queja-. Ahora la tienen los muchachos. ¿Viste lo que dicen? Van a transformar la fábrica en cooperativa y homologar los sueldos. De gerente a operario todos igual. Y al que no le gusta... vía. –¿Y qué va a pasar con la antigüedad? –preguntó preocupado Fernández. –Con todo respeto, Fernández, le van a decir que se la meta en el upite. Todos iguales y a joderse. Y otra cosa que se termina: la jubilación. A partir de ahora a trabajar hasta caerse muerto, como en Rusia. (Gamerro, 2004: 96-97)

El temor a la homologación por vía del cooperativismo, o a cualquier otra solución de tipo comuni(tari)sta, corroe a los empleados de clase

media del área administrativa, preocupados en sostener privilegios como la jubilación o la antigüedad, y la diferencia salarial respecto de las clases “manuales”. Rusia –al igual que Cuba, así como más tarde Venezuela- es agitada como fantasma de igualitarismo y trabajo a destajo.

3.6. Metamorfosis identitarias

Dijo el general:

La memoria
debe haber sido
para las anteriores
civilizaciones
un concepto más complejo,
para nosotros
es el sepia de una
fotografía,
pronto será
el azul de una pantalla
de televisión:
nosotros
moviéndonos
dentro.

C. Godoy

3.6.1. Construcción de la identidad de grupo mediante la opción política

La figura de Eva fue atravesando diversas etapas hasta encontrar su forma más acabada, aquella que respondía a las necesidades de sus representados. Del mismo modo, muchos de los jóvenes que optaron por una militancia en el peronismo de los años setenta también realizaron un recorrido en la búsqueda de una identidad de grupo que los conformara, bien que con diversidad de manifestaciones y rasgos diversos en sus presupuestos, convicciones y objetivos (Calveiro, 2013).

¿Por qué detenerse en estas grupalidades? ¿Cuál es el foco de engarce con las identidades de nación e individual que esta tesis atiende? Fueron muchas las afinidades electivas que consolidaron grupos en los años setenta, y tantísimas más a lo largo de la historia

nacional. No obstante, Gamarro toma las militancias políticas de este período porque, tras la consolidación nacional en el siglo XIX, este es el otro gran momento donde amplios sectores de la población arriesgan todo por una causa que consideran determinante para sus vidas. Si bien es cierto que a comienzos del siglo XX las primeras luchas obreras llevadas adelante principalmente por los sectores anarquista y socialista también fueron una instancia de álgido activismo (y desembocaron, por una parte, en las leyes de extranjería que expulsaron a muchos de estos activistas llegados de ultramar y en fuertes represiones con decenas de muertos y heridos, y por otra parte, en la ley Sáenz Peña de voto universal, secreto y obligatorio), no fueron tan masivas ni dieron lugar a respuestas tan contundentes como las dos masacres que signaron la historia del país: la que se produjo hacia el último cuarto del siglo XIX y la de un siglo después.

El horizonte de expectativas de los grupos que constituyeron las militancias revolucionarias de los años setenta traspasó la esfera del *habitus* y fue llevada hasta sus últimas instancias en la búsqueda de modificar el *statu quo* y con ello la identidad de nación. Una búsqueda individual encontró fuerza en el grupo para llevar esos ideales a la arena de la lucha nacional. Esto, en muchos casos, fue el resultado coherente de un derrotero signado por el origen. En muchos otros, como el de Paddy o el del propio Marroné aquí expuestos, fue una elección motivada por el azar, el contexto o las razones profundas, conscientes y/o inconscientes, de la propia historia.

Esta activa militancia, que comenzó a gestarse como producto de las proscipciones que dieron lugar al *segundo peronismo*, el de la clandestinidad, llevó al país a una situación prerrevolucionaria que se materializó en expropiaciones, secuestros y tomas varias: “de un tiempo a esta parte eran más las fábricas, empresas y reparticiones públicas ocupadas que las que permanecían en manos de sus legítimos dueños” (Gamerro, 2004: 82). Los protagonistas de estas acciones, tanto intelectuales como materiales, fueron principalmente aquellos jóvenes que, proviniendo de clases altas o medias, optaban por una lucha que los hermanara con la clase obrera. Una de las praxis frecuentes en la época fue, entonces, la *proletarización*.

En medio de la toma de la yesería en la que está inmerso, Marroné cree distinguir a un compañero del colegio inglés donde cursó sus primeras letras. Paddy siempre había sido transgresor (con las drogas, con las mujeres) a la vez que solidario: Marroné nunca olvidó el día en que lo salvó, al hacerse cargo de una acción que había cometido y por la que iba a ser castigado todo el curso.

-Perdoname, Paddy, pero... ¿Me podés explicar qué hacés acá? -Me estoy proletizando -dijo entre dientes. -¿Qué? -gritó Marroné-. ¿Te estás problematizando? -Proletizando -escupió exasperado Paddy-. Me estoy haciendo proletario. -Pero por qué. ¿Tu familia cayó en la ruina? -No, no. Con ellos ya no me hablo. Es una decisión personal, entendés, un renunciamiento. Una opción por los pobres. -¿Te hiciste cura? -preguntó con cierto alivio Marroné. La familia de Paddy siempre había sido muy católica. -No. Peronista. (Gamerro, 2004: 115)

El renunciamiento de Paddy a sus privilegios de clase desconcierta a Marroné. La única referencia similar que se le ocurre es la de algunos sacerdotes; en la época, por ejemplo, los que pertenecieron al

Movimiento de Sacerdotes por el Tercer Mundo. El admirado compañero de colegio de Marroné es el primero en manifestar un giro consciente en su construcción identitaria, una opción civil por los pobres. Signo de los tiempos que le tocaron vivir, lo hace mediante una opción política, la militancia peronista, y su praxis es la proletarización.

-¿Y vos, Ernesto? ¿Te casaste? ¿Tenés hijos? -Sí –contestó orondo-, dos. Un nene de dos y medio y una beba de meses-. Sacó las respectivas fotos de la billetera. La de Cynthia era de recién nacida, y con la cabeza deformada, y roja como un langostino, se la veía más que nunca parecida al señor Tamerlán, pero siempre se olvidaba de cambiarla por alguna de las más recientes. -Se te parecen –dijo sin rastro de ironía Paddy, devolviéndoselas. -¿Y vos, Paddy? -Paddy ya no existe. Se murió. Decime Colorado, o Colo, como me dicen todos acá. No, no tengo hijos, todavía. Con mi compañera hablamos del tema y decidimos esperar hasta después de la revolución. Así se van a criar de otra manera. -Claro –asintió Marroné, que viendo por dónde venía la mano decidió que era hora de aplicar las reglas de *Cómo ganar amigos*-. Con el socialismo van a poner muchas guarderías, ¿no? Eso va a ser muy beneficioso, porque no siempre es fácil conseguir una niñera o una baby-sitter como la gen...-. Paddy lo miraba torcido. No, por ahí no era. Estaba metiendo la pata. -No quiero que sean como nosotros, Ernesto. Educados para despreciar a los que tienen menos plata, menos apellido, o la piel más oscura. Para tratar a las personas como cosas y a las cosas como dioses. Para venerar lo inglés y lo yanqui y despreciar lo argentino y latinoamericano. “Para mandar y para obedecer” –resopló, concluyendo. - Bueno, nos educaron para ser líderes, ¿no? Y por lo que veo, con vos they didn't do such a bad job –agregó con un guiño cómplice que rebotó en el ceño fruncido de Paddy. -No, Ernesto, estás confundido. Acá me respetan porque soy como ellos. Y aprender a ser como ellos fue lo más difícil que hice en mi vida. -Y... digo yo... ¿No podrías hacer más por ellos desde algún cargo gerencial, o político? Hasta... no sé, mirá lo que te digo, hasta abogado de los sindicatos, podrías ser, si terminás los estudios. -Eso es caer en la trampa del reformismo burgués –dijo perentorio Paddy-. Mirá, Ernesto, te puede resultar difícil de creer, pero el capitalismo tiene los días contados. No hay otro futuro que la revolución, y la revolución únicamente la pueden hacer los proletarios. - ¿Éstos? –preguntó incrédulo Marroné, echando un vistazo a los camioneros que sobre el fondo de la primera damajuana se habían dado en contar chistes y reían a carcajadas-. ¿Estás seguro? ¿Vos les preguntaste? -Eso es porque todavía no se les ocurrió. Lo quieren, pero no saben que lo quieren. Eso se llama alienación. La cosa es así. Por su situación de clase son proletarios y necesitan hacer la revolución para acabar con la explotación y por lo tanto con la sociedad de clases. Ésas son las condiciones objetivas. Pero a causa de la alienación, su condición de clase es burguesa, y por lo tanto no están dadas las condiciones subjetivas: no saben que pueden, y deben, hacer la revolución. Este divorcio entre condiciones objetivas y subjetivas es lo que hace que, por

el momento, no se haga realidad la revolución. Es como el salitre y el azufre: separados, no pasa nada; si los juntás, tenés pólvora. Los viejos comunistas pensaban que la solución era educar a los proletarios para que adquirieran una conciencia revolucionaria. Un esfuerzo enorme que dio pocos resultados. Esta solución es mucho más sencilla, si querés: el huevo de Colón, la revolución copernicana de la revolución. Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma va a la montaña. -¿No era al revés? - No. Mahoma somos nosotros. [...] Escuchame bien. Si nosotros, entonces, nos hacemos proletarios, estamos juntando el salitre y el azufre. En nosotros se aunarán la conciencia revolucionaria y la condición proletaria, y cuando seamos verdaderamente proletarios los otros proletarios, la masa nos seguirá, ¿entendés? [...] -Che... ¿Y funciona? -Qué. -Esto de la... proletarización. -Y... dejar de vivir como burgués es lo de menos. Mal que mal, todos lo hicimos de pendejos, ¿no? Cuando nos metíamos de hippies, o de mochileros-. Marroné asintió así por encima, sin abundar en detalles. -Pero no deja de ser una lumpeneada. Lo difícil es dejar de pensar, de ver, de sentir como burgués. La conciencia burguesa es lo más insidioso que hay. Es como un genio maligno que te engaña en todo, en todo... [...] Pasarte al campo del pueblo es como un exorcismo, es sacarte el genio maligno del cuerpo. Y aun así... Ponele yo. Mi vida, ahora, es intachablemente proletaria... pero de noche sigo teniendo sueños burgueses. Mirá, para que te des una idea... el otro día fuimos a la cancha, con los compañeros acá de la fábrica, y después, para festejar... imagínate adónde. A mí, por vacilar, me tocó la última, una chica del norte que debía tener menos de treinta pero parecía de cincuenta, y con una papada así... Viste que en la puna el bocio es endémico, con un poco de yodo en la dieta se acabaría el problema, pero claro, son indios collas, a quién puede importarle... Se había puesto una minifalda de cuerina roja, y medias de red agujereadas, y una peluca rubia, y cuando me sonrió los dientes que no eran de oro estaban negros y todos carcomidos... Y yo trataba de pensar en su pueblo, que había sufrido casi cinco siglos de opresión, y en las condiciones infrahumanas de hambre y de miseria en que habría crecido, la explotación feudal que habría sufrido en su tierra y la sexual de acá... Y me recordé que la belleza física es un privilegio burgués que los proletarios no pueden costearse y que además las pautas estéticas nos vienen impuestas desde afuera y que una cholita, sobre todo si viste su ropa típica en lugar de la basura sintética que les vendemos, puede ser más linda que una modelo sueca... Pero no se me paraba, viste, no había caso, y al final, cosa que no fuera a hablar y deschavarme con los compañeros, cerré los ojos y se lo hice pensando en Monique, pensé en Monique todo el tiempo para llegar al final -terminó su relato Paddy con un dejo de tristeza en la voz y la mirada perdida en el pálido césped lunar. (Gamerro, 2004: 117-120)

Los amigos presentan su situación presente. Marroné, casado y con dos hijos. La narración es inquietante: se deja entrever que la niña a la que cría como hija es biológicamente hija de su jefe, Tamerlán, y que Marroné es consciente de esta situación. Esto habilita la lectura del

sometimiento: se trata de una infidelidad consentida –cuando menos, por Marroné, no sabemos en qué posición queda su esposa-, que además dio frutos. Todo parece indicar que la niña nunca conocerá su verdadera filiación.

En cuanto a Paddy, da por muerta su “vieja” identidad. En su caso, prima la elección, y la burla recae en la parodia de los lugares comunes del compromiso militante de la época: la mirada paternalista hacia la clase obrera, la pertenencia vergonzante a la clase burguesa, la creencia en la proximidad de la revolución, la confesión de las “debilidades” del inconsciente burgués. Como contraparte, el desconocimiento de Marroné de toda la retórica revolucionaria le permite ver con ojos no fanatizados la realidad que tiene delante de sus narices: no parece claro que el sujeto revolucionario vaya a estar encarnado por la clase obrera, a juzgar por los ejemplares que allí se nuclea. Paddy responde con el recurso de la vanguardia iluminad(or)a, y apela incluso a Descartes (1961) y su genio maligno para calificar las creencias burguesas como confusas y dañinas.

Hacia el final de esta cita, la parodia desnuda hasta el hueso las contradicciones de esta propuesta militante: se lucha por un nuevo Orden de Clases, revolucionario, que brega en contra de la explotación del hombre por el hombre en el más literal de los sentidos. En cuanto a las mujeres, no se pone en absoluto en cuestión la prostitución, una de las formas más extremas de explotación, a pesar de que la percibe y la hace explícita en su discurso. *Habitus* del macho obrero, la celebración transcurre en el prostíbulo. Este pasaje, que refuerza la imagen

libidinosa del obrero que se viene planteando (en medio de la toma se da a la bebida, al juego y al consumo de prostitución también), pone a las claras las diferencias que implican dos luchas que se cruzan sin ensimismarse: la lucha por la abolición del patriarcado no está subsumida a la lucha por la abolición del capitalismo. Orden de Clases y Orden de Géneros comparten la contemporaneidad, pero son dos cuestiones diversas; dicho sin vueltas, hay opresión de géneros tanto en la mujer burguesa como en la mujer proletaria (Drucaroff, 2015). La relación que se deja entrever entre la esposa de Marroné y Tamerlán, el jefe, permite sospechar de un arreglo encubierto, que dejaría a esta mujer burguesa en un lugar análogo al de la prostituta de la que habla Paddy. Por su parte, la consciencia culposa de Paddy hacia la mujer boliviana no le impide, sin embargo, el consumo de prostitución.

A pesar de la perorata, Marroné no pierde de vista su objetivo: conseguir los noventa y dos bustos de Eva. Para eso, apela a las enseñanzas de sus manuales de autoayuda y, sin darse cuenta, intenta llevar adelante la estrategia peronista por excelencia, esa por la cual la izquierda los tildó siempre de bonapartistas: sellar el pacto social entre clases para hacer de la Argentina un país industrializado.

Había bajado a buscar a alguno de los cabecillas, justamente, para organizar alguna actividad conjunta, como un taller, entre los administrativos y los obreros, así los dos sectores pueden conocerse mejor, descubrir que quizá no son tan diferentes sus ideas, sus preocupaciones, sus intereses... En concreto había pensado en que pasaran una tarde, hoy mismo si estás de acuerdo, fabricando una serie de figuras de yeso... -tomó aire antes de dar el gran salto- de Eva Perón, como prenda de honor entre los *blue collar* y los *white*... (Gamerro, 2004: 120)

Siempre con su objetivo primero por delante, Marroné realiza una oportuna y estratégica jugada: bajo el pretexto de la unidad de base, hace un llamamiento a los trabajadores de la yesería.

-Compañeros. Ha llegado el momento de sacudirnos el estigma de olfas, chupamedias y cagones que siempre nos echan en cara. Acá en Yesería Sansimón hoy se reescribe la historia y esta vez los administrativos vamos a estar junto a los trabajadores de planta hasta las últimas consecuencias, si esta toma la sostenemos entre todos no nos para nadie compañeros... (Gamerro, 2004: 132)

Ante la sorpresa de Paddy, responde asumiendo la táctica recién aprendida de su compañero: “-¡Ernesto! ¿Qué hacés? -le dijo. Marroné le contestó con un encogimiento de hombros y expresión desafiante. - ¿Qué? ¿Acaso sos el único que puede proletarizarse, acá?” (Gamerro, 2004: 134). Tras este acercamiento a los trabajadores, llega a sus manos un ejemplar de *Evita montonera* que le alargan sus ahora compañeros de lucha.

La lectura de la biografía de Eva produce un cambio en el modo en que Ernesto ve los sucesos y despierta preguntas internas que le suscitan una explicación causal profunda a su participación en lo que está ocurriendo. Se produce un giro en su (auto)percepción. Asume el peso simbólico de la misión que tiene por delante no ya desde el punto de vista empresarial sino obrero.

“Es sólo un encargo”, le había dicho a Paddy, creyendo en aquel momento que lo dicho era cierto. “Para mí no son nada, apenas bustos hechos en serie”, había agregado, lamentándose de su mala suerte. ¿Y si no era apenas cuestión de buena o mala suerte? ¿Y si había una **razón** para que él se hubiera visto enredado en la huelga? [...] Él, Marroné, había venido a encargar los bustos como quien ordena una docena de factura, y a un vendepatria oligarca más. No, los bustos de Eva no podían salir de las manos de obreros descontentos y avasallados: ésa era la lección. Sólo podrían surgir del trabajo reconocido y bien remunerado,

de las manos de obreros felices y bien tratados, de descamisados contentos. Los bustos de Eva no podían comprarse: había que ganárselos, serían suyos cuando supiera merecérselos. (Gamerro, 2004: 153)⁹⁹

Si bien el tono de la narración es satírico, la correlación entre los hechos ficcionalizados y los hechos históricos reclama una lectura que excede lo meramente humorístico. Las escenas evocan hechos de raigambre intensa y convulsa para la sociedad argentina. El tono irrisorio responde a esa distancia –antes señalada, muy acusada en estos pasajes- con que el narrador se posiciona ante Ernesto, que busca la complicidad del lector; no así al giro subjetivo que se produce en Ernesto, como tampoco está en Paddy ni en ninguno de los huelguistas al sostener sus convicciones. Ernesto debe su epifanía a *Evita montonera*; la lección que allí aprende parece ser *la razón de su vida*, que acaba de descubrirse ante sus ojos. Si no pudo conseguir un liderazgo en la empresa de Tamerlán, quizás este rol lo haya estado esperando en otro ámbito, bajo otras banderas.

Por una vez en su vida Marroné agradeció el tono mate de su piel, los labios apenas gruesos, el crespo cabello negro. Unidos al overol, la barba incipiente y el cultivado descuido de su aspecto, le hacían más fácil hacerse pasar por uno de ellos. (Gamerro, 2004: 158)

El *physique du rol* jugó a su favor; de los cambios en el sociolecto se encargaría rápidamente.¹⁰⁰

El primer día que le había tocado hacer guardia en la entrada, sin ir más lejos, se acercó el móvil de Canal 13 y le hicieron algunas preguntas para el noticiero: -A cinco días de iniciada la toma de Ysería Sansimón,

⁹⁹ Subrayado en el original.

¹⁰⁰ El calco fonético pertenece al original.

¿cómo ve la situación? -Bueno, la toma sigue fuerte acá y en todo el paí, lo muchacho stamo firme y con la moral bien alta, decidido a seguir en la lucha cuesste lo que cuesste –comenzó Marroné, comiéndose las eses finales y duplicando las intermedias, y bajando un poco la visera del casco para que no lo escrachara la cámara tan guarangamente. [...] -Se dice que hay muchachos infiltrados entre ustedes... Agitadores profesionales, comunistas, vinculados a organizaciones guerrilleras... [...] -¿Me esstá diciendo comunissta a mí? Digamé qué comunissta puede llevar un crucifijo como éste. Le apuessto a ussté y a lo que vinieron con ussté a que me entren en la fábrica y si me encuentran un sólo ladrillo que no sea peronista me ganan la apuesta. -¿Y si los directivos no ceden? ¿Se van a quedar para siempre? -Si no ceden, peor pa ellos. Se van a quedar sin nada. Podemos manejar la fábrica solo, nosotros, si nos lo proponemo. Así le vamo a demostrar que son uno parásito que viven de esplotar al pueblo y que nos la arreglamo mucho mejor sin ello. (Gamerro, 2004: 158-159)

El carácter “proactivo” de Ernesto, característico de quien busca ascender en el ámbito empresarial, le permite asumir velozmente el papel de líder obrero, tanto en su aspecto exterior como discursivo. Ante la sospecha de los medios, el hombre sólo pocos días atrás parecía darse por enterado de todos los planteos políticos que Paddy exponía tiene ya muy clara la diferencia entre la militancia marxista y peronista, a pesar de que ambas lucharan por reivindicaciones de clase: en el segundo caso, el pacto social procura precisamente evitar la ruptura del *statu quo* que plantea el primero.

¿Alcanzaba con los consejos de Dale Carnegie, con su probada ductilidad, con su recientemente descubierta capacidad histriónica, para explicar lo fácil, lo poco traumática que había resultado su inserción en el medio obrero? ¿O había algo más? [...] ¿No sería que después de todo los genes eran más fuertes que todo lo demás, que a pesar de la crianza en el seno de una refinada familia angloargentina, la educación en el St. Andrew’s y en Stanford, los viajes a Europa y Estado Unidos y los veraneos en Punta del Este, su condición de hijo adoptivo se transparentaba a través de las máscaras y atravesaba todas las barreras, como su cabello que a días de escapar de las manos del peluquero tiraba en seguida a crin y delataba a la legua su sangre plebeya? “¡Cómo se ve que sos hijo de negros!”, retumbaron una vez más en sus oídos –como lo hacían, cada vez que le venía a la mente el tema- las palabras pronunciadas por su padre en uno de sus tantos arrebatos de exasperación. [...] El estigma de su origen lo había perseguido como un

perro de presa también en el colegio. ¡Marrón! ¡Marrón caca! ¡Marrón villa! eran algunos de los insultos que le gritaban al patotearlo sus compañeros. (Gamerro, 2004: 160-161)¹⁰¹

El punto de vista que toma el narrador permite nuevamente conocer los pensamientos de Ernesto. La falta de reconocimiento que hasta ahora había padecido de parte de familiares, maestros y jefes se ve revertida, y es el propio Marróné el primero en sorprenderse de su capacidad de liderazgo. La explicación que se da remite al origen adoptivo, una marca identitaria imborrable cifrada en la genética que parece tener consecuencias en el plano social, como si se tratara de una especie diferente que se reencuentra con el medio para el cual su biología está desarrollada. Ninguna inversión de capital (económico, cultural, escolar) es capaz de cortar el lazo con esa voz que pareciera llamarlo desde el origen de los tiempos, y que no puede desoír una vez que se hace presente en su vida. El contacto con la clase obrera, en la que encuentra un espejo de su fisionomía, y con la situación de toma de la fábrica, lo llevan del plano grupal por el que se sentía en ajenidad identitaria al plano individual en el que encuentra su identificación, como si se tratara del patito feo. Aquellas humillaciones por la diferencia son ahora un elogio por la identificación. “Poneme en la lista de oradores. [...] Vos déjame a mí, que en dos patadas te encamino esta asamblea” (Gamerro, 2004: 167) pide entonces la palabra Ernesto, decidido.

¹⁰¹ Para un análisis de las connotaciones del nombre de este protagonista, ver Fonsalido y López Casanova (2008).

En la Constructora Tamerlán, de donde yo vengo, inventamos una manera mucho más eficiente, y divertida, de hacer estas asambleas. Usamos los cascos de colores; sí, esos mismos que llevan puestos –dijo cuando varios de sus oyentes llevaron instintivamente las manos a sus cabezas-. Siete compañeros, siete voluntarios, se suben acá a la tarima, cada uno con un casco de color diferente. A ver... ¿Hay alguno que quiera...? (Gamerro, 2004: 168)

Gracias al juego, Marroné consolida su liderazgo, reparte roles y da la voz por turno tanto a trabajadores de planta como a administrativos e incluso a Sansimón padre, quien cuenta la historia de la yesería desde sus modestos y socialistas primeros días de recién inmigrado al país. “La vara divina de la inspiración había tocado su frente, como a Eva Perón cada vez que hablaba ante el pueblo” (Gamerro, 2004: 170): el juego de rol aprendido en las reuniones de empresa, siguiendo el consejo de sus asesorías, es extrapolado a la fábrica con excelente recepción. La estrategia lúdica ablanda y traslada a los trabajadores a los parejos días de infancia en que todos los niños conviven en un mismo ámbito sin dar tanta importancia a las diferencias. El propio Marroné acaba de dejarse tomar por el cambio: ¿hasta qué punto una identidad es sólida?

Habían entendido: el ejercicio estaba resultando un éxito. Las posturas eran eso, posturas: no estaba comprometida en ellas la identidad, podían cambiarse con la facilidad con que se saca o se pone un sombrero. (Gamerro, 2004: 175)

En cualquier caso, Marroné se acercaba a su objetivo primero, con las herramientas de la empresa, el ejemplo modélico de Eva y la teoría del peronismo: el “pacto social” necesario para reactivar la producción en la yesería estaba en marcha.

-¡Compañeros! –dijo y el efecto de su voz en la multitud fue como aceite sobre las olas de un mar picado-. Acabamos de tener, todos, aquí en Yesería Sansimón, un privilegio: el de vislumbrar una nueva sociedad, una nueva Argentina en la cual el capital y el trabajo puedan marchar de la mano, en lugar de enfrentados, como querían el general y la compañera Eva. (Gamerro, 2004: 178)

No obstante, mientras Marroné quiere compartir su interesada proyección utópica con los obreros, la vanguardia militante discute en torno a un asalto armado. De ese proyecto de revolución armada participa una bella joven: “Por favor, no le cuente a mi responsable – escuchó la voz de María Eva-. La otra vez que me agarró leyendo a Proust me hizo escribir mi autocrítica. Si se entera que reincidí...” (Gamerro, 2004: 203), le ruega a Ernesto, que la descubre leyendo.

[...] es re-burgués, no, ojalá, ni siquiera burgués, es re-oligarca, con todas esas princesas y marqueses, y sus residencias... Son todos tan snob... Por momentos casi te da vergüenza ajena. Cualquiera diría que en Francia nunca hubo Revolución Francesa. Y es tan europeo... (Gamerro, 2004: 203)

La sátira desenmascara aquella férrea censura revolucionaria en clave estalinista que perseguía cualquier tipo de “desviación burguesa”. Al igual que Paddy en la confesión a Ernesto de su sueño vergonzante, esta muchacha no puede gobernar sus impulsos libidinales, en este caso asociados al placer que brinda el consumo cultural. Al observarla, Marroné descubre a la joven que posó como María Eva Duarte para la fotonovela biográfica que leyó en *Evita Montonera*, y que inspiró sus acciones de los últimos días.

A Eva yo la admiro muchísimo, y me encantó hacer de ella, me lo tomé muy en serio. Con decirte que para la parte en que se enferma me puse a dieta... Aunque *La razón de mi vida* es un poco pavo por momentos,

medio cuentito de hadas, pero bueno, ya sabemos que se lo reescribieron cuando estaba enferma... Nosotros tratamos de recuperar a la Eva verdadera. El guión original estaba muy bueno, no sé si lo llegaste a leer... Era de un compañero, Marcos, ya sabés. Después se lo retocaron un poco, le metieron más militancia, más consigna –de golpe pareció darse cuenta de que Marroné, como dirigente, bien pudo haber sido el que ordenó dichos cambios, porque se atajó enseguida-: No es una crítica, eh, ya sé que lo que necesitamos no es literatura de sofá sino de trinchera. Igual, no sé, lo de la fotonovela un poco me cuesta. Son prejuicios burgueses que traigo, no, de chica me enseñaban que son chongas, para gente ignorante, porque las lee el pueblo. Pero al final, una fotonovela, bien hecha, ¿por qué no puede valer lo mismo que una película, o una historieta? No te digo *El Tony* o *Intervalo*, digo una como las de Oesterheld, ¿no? (Gamerro, 2004: 205)

Ernesto no puede evitar enamorarse de aquella hada de la epifanía, que ahora le habla de la construcción del guion y el interés en recuperar a *la Eva verdadera*. La escena devela además el desconocimiento que se tenía acerca de quiénes conformaban la fracción política a la que se pertenecía; por entonces, este anonimato generalizado se justificaba apelando a la seguridad. Lo normal era, además, cambiar el nombre verdadero por uno “de guerra”. Aquí, María Eva enuncia un problema de largo alcance: así como, ya en los primeros años de la Revolución Rusa, Trotsky sostuvo un debate junto con otros intelectuales acerca de la producción artística -y específicamente literaria- post-revolucionaria (Trotsky, 1979), en Argentina quien recogió el guante de manera más explícita fue Rodolfo Walsh, una de los escritores que asumió más profundamente la figura de “escritor comprometido”, en el sentido sartreano de compromiso intelectual (Sartre, 1967). En el epílogo de la segunda edición (1964) de *Operación Masacre*, las últimas líneas del texto son:

Releo la historia que ustedes han leído. Hay frases enteras que me molestan, pienso con fastidio que ahora la escribiría mejor. *¿La escribiría?* (Walsh, 2004: 222)¹⁰²

En “Carta abierta de un escritor a la junta militar”:

Éstas son las reflexiones que en el primer aniversario de su infausto gobierno he querido hacer llegar a los miembros de esa Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles. Rodolfo Walsh. C.I. 2845022 Buenos Aires, 24 de marzo de 1977. (Walsh, 2004: 236)

Aquí, la fórmula que se persigue, y que el autor textual pone en boca de María Eva, es la de Oesterheld: trabajar los géneros populares con rigor artístico y político.

-O sea, no le vas a pedir a un obrero que lea esto –dijo, enarbolando el libro de Fanon, aunque quizá se refería al que se ocultaba adentro-. Pero hay algo que no me cierra... Viste, me dicen que no lea a Proust porque es burgués, porque es europeo, porque el pueblo no lo entiende... Pero en Cuba todo el mundo lee a Lezama, a Carpentier, que de obreros no tienen un pelo... Y al final la revolución la hacemos para eso, ¿no? Los rusos no quemaron el Hermitage. Lo abrieron al pueblo. No sé... Supongo que en esa etapa hay que renunciar a Proust... para recuperarlo después de la Revolución, cuando podamos leerlo en serio, y todos, no un grupito selecto. Cuando hacía teatro me pasó lo mismo. -¿Sos actriz? -Claro, ¿no te diste cuenta, por la fotonovela? –dijo con una risita coqueta. - ¿Estuviste en cine, o en la tele? -No, teatro solamente. -¿Y por qué dejaste? -Bueno, la verdad es que ustedes mucho tiempo no nos dejan, ¿eh? No lo tomes a mal, es un chiste. A ver... cómo te explico. Un día... le vi la cara al público. Hacía de Nora: todas las noches sacudía los bastidores de un portazo para que las señoras casadas volvieran a sus casas contentas. También de Antígona: enterraba a mi hermano para que al otro día al leer el diario los espectadores no se alarmaran por las listas de desaparecidos y muertos. Después leí a Brecht, y me di cuenta de que estaba haciendo teatro catártico. Me di cuenta de que estaba actuando para los burgueses, para aliviar sus conciencias culpables. Hice teatro en villas, pero seguía esa sensación... Lo que hacía no les llegaba, porque mi actuación seguía siendo burguesa. Ahí me di cuenta de que tenía que dejar el teatro, con todo lo que lo amaba... Pero bueno, a todo lo que renunciamos en esta etapa nos lo devolverá multiplicado el triunfo de la Revolución, ¿no? Así fue como pasé de la actuación a la acción. Como Evita. (Gamerro, 2004: 207)

¹⁰² Subrayado en el original.

Buscando identificarse con el recorrido de Evita y –aunque no lo supiera- planteándose disyuntivas similares a las de Walsh, María Eva deja la actuación y pasa a la acción. Ibsen, Sófocles, y Brecht sólo estaban cumpliendo la triste función tranquilizante de la limosna, según narra esta joven. La confianza estaba puesta en el futuro, en la socialización del capital cultural (Bourdieu, 2000), como en la URSS, con Cuba como precedente más cercano. Ni siquiera la *teoría del distanciamiento* de Brecht (Gray, 1979: 85-109) alcanzaba: había que encontrar el modo revolucionario para la actuación teatral. Como todo lo demás, la solución estaba más allá del horizonte que trazaba la Revolución. Había que abocar, pues, todas las fuerzas a esa principal tarea.

Por aquellos años, los debates en torno a estas cuestiones trascendían el pequeño círculo literario y académico. La masividad del acceso universitario en Argentina (Terán, 2013) así como el trabajo de editores de lujo como Boris Spivacow (Gociol, 2010), con un proyecto de publicación de valiosos textos de la cultura a precios populares y en los kioskos de prensa, abrían estos debates a un público mucho más amplio que el especializado. Esta circunstancia es recogida por la novela en varios pasajes, por ejemplo en las palabras del “Colo” Paddy a Marroné: “Europa está agotada, como dice Fanon. Tenemos que dejarla atrás. Mejor que te vayas haciendo a la idea. No podemos ir muy cargados en este viaje. Y el día que llegemos, habrá que quemar las naves” (Gamerro, 2004: 122), que denotan esa convicción triunfalista y

se apoyan en las reflexiones del autor de *Los condenados de la tierra*, libro que circulaba mucho entre la juventud de aquella época. De la mano de este tipo de reflexiones políticas, la literatura también era leída en esa clave privilegiada. Acerca de *Julio César*, de Shakespeare, dice Paddy:

Una obra donde los revolucionarios que quieren salvar a la república aparecen como villanos y el dictador y sus esbirros como héroes. ¿Y el pueblo? O te los ponen como idiotas que se dejan llevar de la nariz o como una turba salvaje que asesina e incendia a mansalva. Lo único que les falta es meter las patas en la fuente y quemar iglesias. Te digo, si en lugar de Shakespeare la escribía Borges no le salía más gorila. (Gamerro, 2004: 123)

Claro que encontramos aquí un claro guiño al lector que conoce bien el canon argentino, del que “La fiesta del monstruo” (Bustos Domecq, 1977, en Borges, 1997: 392-402) es un hito. No obstante, son palabras perfectamente verosímiles en este joven personaje de los años setenta, al igual que las de María Eva. Esos debates estaban instalados. La juventud estaba construyendo su propio relato, tomaba la herencia cultural para hacer con ella una identidad nueva. Luego de la represión, esos ímpetus no fueron los mismos; el trabajo de duelo dio lugar a muy alejados debates e imaginarios (cf. Drucaroff, 2011).

3.6.2. Ernesto, como el Che

Ernesto vive su experiencia revolucionaria. No la buscó, es cierto, pero tampoco la dejó pasar: respondió al llamado de Eva y de las masas oprimidas: “fin de la explotación, fin de la plusvalía, fin del trabajo alienado; la Yesería Eva Perón era territorio liberado y en ella la patria

socialista era un hecho” (Gamerro, 2004: 208). Su nuevo yo-proletarizado cumple con la misión de máxima a su alcance: expropiar los medios de producción y ponerlos en manos de los trabajadores. Ese espacio en el que le tocó actuar ya es una célula-soviet. “Había estado en un tiroteo, había disparado un arma sobre otras personas; quizá, también, hasta *había matado*” (Gamerro, 2004: 209),¹⁰³ como el Che. ¿Sería capaz su conciencia de soportar esta culpa? ¿Estaba preparado para sobrellevar semejante carga? La novela hace lugar aquí a una denuncia encubierta en la ficción que, una vez más, viene a poner palabras a hechos históricos sobre los que poco, y tarde, se realizó una autocrítica pública (Starckenbaum, 2012).

Corrieron agachados porque dentro de la fábrica también habían empezado los tiros y no de balas de goma precisamente. Detrás de la barricada había un par de obreros disparando con armas cortas y uno de los guerrilleros con una ametralladora liviana; pero la mayoría tenía apenas gomeras y bulones; había también tres hombres acostados en el suelo, los blancos overoles manchados de sangre. (Gamerro, 2004: 217)

Quienes están armados son los militantes; los obreros son “carne de cañón”. Muchos han caído ya heridos, si no muertos. A diferencia de los militantes, Marroné está espantado: “¡Vamos, compañero, a un combatiente no se lo llora, se lo reemplaza! -le gritó el guerrillero” (Gamerro, 2004: 218); si se consulta cualquier número de la revista *Evita Montonera*, particularmente las secciones “Comunicados”, “Partes de guerra” y “Crónica de la Resistencia”, sorprende encontrar que tanto la ética militante como la retórica esgrimida en estos pasajes de la

¹⁰³ Subrayado en el original.

novela, lejos de resultar desopilantes, se tornan realistas: tal era la ofensiva de Montoneros por esos años.

Poco después le llegan las peores noticias: en la resistencia dentro de la yestería han caído el Paddy, Trejo, Zenón y muchos compañeros de la Tendencia. Teme que haya caído también María Eva, y teme por su propia vida. En la respuesta del Tuerto ante la propuesta de Ernesto de entregarse, se infiere el recuerdo reciente de los fusilamientos de Trelew de agosto de 1972.

-¿No convendría entregarnos? -preguntó Marroné. -¿Me estás jodiendo? Nos van a hacer cagar. A vos primero. Marroné tragó saliva. Era exactamente lo que temía escuchar. -¿Y qué hacemos? -En un rato va a oscurecer. Acá, del otro lado del arroyo, está el barrio donde vivo. Si conseguimos llegar sin que nos vean podemos escondernos. (Gamerro, 2004: 226)

Deciden entonces replegarse en la villa. Entretanto, la sátira de la novela se focaliza en la falta de perspectiva de la dirigencia militante. Una actitud suicida y fanatizada lleva al recrudecimiento de las acciones y, consecuentemente, al de las bajas de compañeros.

Nosotros consideramos que en las actuales circunstancias estamos listos para dar el salto de las acciones individuales y aisladas al ataque coordinado en gran escala y en varios frentes simultáneos. No hacemos nada con cuetearnos con un cana en la calle: es necesario tomar la comisaría, incautar el arsenal y volarla. [...] Acá el compañero Malito quiere saber si continúa la campaña de ajusticiamiento de policías, que él querría sumarse, y si le pueden computar dos, uno del policlínico y otro del asalto al camión blindado de septiembre pasado. [...] Es para defender el barrio, por si nos atacan con tanques. La idea... Bueno, si están de acuerdo, claro, es declararlo zona liberada. Poco a poco, con los otros barrios, podemos ir formando un cordón que deje aislada a la capital. (Gamerro, 2004: 239-240)

Cuando Marroné se entera por una vecina de la villa que las fuerzas públicas ingresaron allí en busca de los guerrilleros fugitivos y acabaron

con la vida de varios de ellos, entra en pánico y recobra una mirada enajenada hacia ese entorno. Evoca en su pensamiento la historia bíblica de Moisés, aunque en este caso no lo hace desde el punto de vista de su origen biológico, sino desde el de su crianza.

Yo no soy de acá, éste no es mi país, se trata de un grave error, ayúdenme a volver a casa, suplicaba en su cabeza a poderosos interlocutores imaginarios. Habían robado, como en los cuentos, al niño de su cuna; hechizado lo habían llevado lejos, por los aires, para soltarlo finalmente en tierra de monstruos, en un mundo que era la negación minuciosa y puntual de todo lo que conocía y amaba; y de este mundo sin belleza ni luz debía salir por sus propios medios, o se ahogaría irremediablemente y boca abajo su cadáver se iría flotando. (Gamerro, 2004: 244-245)

En tanto niño adoptivo, así fue su historia, aunque desde ese presente su conciencia la perciba como un hecho invertido. El niño no era tal cuando se produce el hechizo de la fotonovela, y su remoto origen está mucho más cerca de esa *tierra de monstruos* que lo circunda que del sitio al cual reconoce como hogar. El terror que siente ante el acoso policial le hace desconocer a sus recientes compañeros y colocarlos en el lugar de la aberración. Ahora son el opuesto perfecto, lo ajeno absoluto, la fealdad, la oscuridad: la otredad. No obstante, el cruce con la que pudo haber sido su historia vuelve a presentarse: encuentra a un bebé abandonado y no puede evitar la reflexión en torno a su propia identidad. La identidad alterada se estremece. El adulto que hoy es parece tener la oportunidad de arropar al recién nacido de entonces.

Empujó una puerta de madera, bastante más chica que su marco, y avanzó hacia una cuna improvisada en una caja de cartón, con repasadores de sábanas, apenas iluminada por la luz de una vela que junto a un ramo de flores frescas –humildes margaritas y madreelvas– flanqueaba una estampa de Eva. Así que sus caminos volvían a cruzarse, así que seguía revoloteando, encandilado, alrededor de su luz, y aunque

tratara de alejarse siempre terminaba volviendo a ella. ¿Qué es, ahora?, se atrevió a preguntarle. ¿Qué quieres de mí? ¿Para qué me has traído? Tomó la tapa de lata de pintura que hacía de candelero y acercó la llama al rostro de la criatura: un varoncito de apenas días, o semanas, casi cerrados los ojitos achinados, pringosas de mugre la boca y las mejillas, en su cabeza una cresta de cabello crinado. ¿Por qué estaba solo un niño tan pequeño? ¿Qué clase de gente era ésta, hasta qué punto la ignorancia y la miseria los había deshumanizado, que podía dejar a una criatura tan pequeña abandonada? Otra posibilidad acudió a su mente, y se llevó la mano a la boca, horrorizado. Quizá se los habían llevado. Se sintió, si no culpable, al menos implicado; y recordó las lúcidas palabras de señor Gareca, cuando le pedía que se hicieran responsables de sus actos. Le haría caso: alzó al bebé, acunándolo para que no llorara, como solía hacer con la pequeña Cynthia –la del moisés de mimbre blanco con volados, sábanas de holanda y cobertor de raso rosado-, sintiendo contra el pecho su tibieza suave. Los ojos de Marroné se llenaron de lágrimas un segundo antes de que su mente entendiera lo que estaba pasando: el niño era él, se estaba mirando en un espejo del pasado. Así había venido al mundo, así había empezado a crecer, una vida igual a la que esperaba a este niño debió haber sido la suya si el azar o el destino no lo hubieran arrebatado de la choza para llevarlo al palacio. No igual, se rectificó, mucho peor la de este niño, pues la vida comparativamente privilegiada de Ernesto Marroné (aunque no se hubiera llamado Marroné, claro) había transcurrido bajo la protección de una Eva de carne y hueso, y no de mero papel como ésta. En fagonazos sucesivos fue recuperando los momentos de un pasado alternativo, de lo que pudo haber sido su infancia peronista bajo el permanente cuidado de Eva: un nacimiento higiénico y seguro en alguno de los flamantes policlínicos que llevaban el nombre de ella; los primeros años transcurridos junto a su mamá (el padre era por el momento una figura borrosa en su fantasía retrospectiva) en el Hogar de la Empleada, durmiendo bajo colchas de satén, jugando con otros niños como él (un niño peronista no conocía la infancia solitaria) en los amplios salones bajo arañas con lágrimas de cristal, tomando la leche sobre sillas Luis XIV tapizadas de brocado pálido –todo eso hasta el “día maravilloso”, en la vida de su madre al menos, en que le llegara la respuesta a la carta que le había escrito a Evita. “¡Vamos a verla, Ernestito!”, le decía, alzándolo, bailando con él en el aire (¿lo habían adoptado con ese nombre sus padres, o se lo habían puesto ellos?). Llegado el “día maravilloso” –que sería el de la visita, no siendo el de la carta más que la antesala- su madre lo vestía con camisa de manga corta, corbata, pantalones cortos y zapatos abotinados, peinando con una prolija raya de tiralíneas y un jopo con forma de onda el negro cabello engominado; tomaban el tranvía en Avenida de Mayo y bajaban frente a las imponentes columnas de la Fundación, en Paseo Colón e Independencia. Ernestito tendría cuatro, cinco años. No, no podría ser, advirtió sacando cuentas, Eva ya estaría muerta. Tres, entonces, la edad en que la conciencia nace burguesa o proletaria: la visita a Eva sería su recuerdo más temprano y marcaría a fuego su conciencia de clase. Les indicarían el camino hombres y mujeres sonrientes, atentos, de librea: secretarías y edecanes. “¿Tiene audiencia con la señora? Por aquí por favor”. Pasarían al lado de una larga fila de hombres de uniforme, sotana y traje, mujeres enjoyadas y elegantes, y casi inaudible bajando la cabeza su madre murmuraría “me parece que estos señores estaban antes”. “¿Éstos?”, preguntaría la secretaria privada

de Eva con un gesto despectivo. “No son más que embajadores, militares, empresarios, damas de alta sociedad y dignatarios eclesiásticos. Durante décadas han sido los primeros, mientras el pueblo esperaba. Ahora, que esperen ellos. Con Eva los últimos no deben esperar al cielo para ser los primeros”, concluyó abriendo de un empujón las puertas batientes que daban a su despacho. Estaba sentada detrás de su escritorio, con las piernas cruzadas, vestía un traje sastre de impecable corte con solapas de terciopelo, el pelo tirante recogido en un rodete como dos manos entrelazadas, y estaba radiante: la luz manaba de sus ojos, su frente, su boca y sus oídos y la rodeaba como un halo. Su mamá quiso agacharse para besarle las manos, indicándole con un tirón a Ernestito que la imitara: pero Eva la detuvo con un gesto, y fue ella la que se incorporó, rodeó su escritorio y se acercó a besarla. “¿Tu nombre es Eulalia, no?”, dijo Eva sin consultar papel alguno (¿Eulalia? ¿De dónde había sacado Marroné ese nombre?). “Te he visto varias veces en el Hogar de la Empleada. Así que quieres una casa. ¿Qué pasa, no te gusta donde estás? ¿Te tratan mal? ¿Te falta algo?” Balbuceando, su madre explicaría sus razones: el padre del niño trabajaba en la zafra en Tucumán, y no le alcanzaba el dinero para venir de visita; si tuviera dónde alojarse cuando viniera, tal vez... Eva Perón escuchaba, atendía sonriente; luego, dándose vuelta apenas, abrupta y expeditiva, a la corte de ministros y sindicalistas que recién ahora que se hacían necesarios la fantasía de Marroné había conjurado: “casa, muebles, enseres de cocina y heladera, y un trabajo para el marido en Buenos Aires. ¿Son casados?”, preguntó al momento en un *afterthought*, y la mamá de Marroné sacudió la cabeza gacha avergonzada. “Ajuar de novia, agregamos”. Y al otro día ya estaban instalados en el barrio modelo, en el coqueto chalecito californiano con antejardín, dos cuartos amueblados y una heladera en el comedor, no una de esas modernas de agresivas aristas angulares, sino una Siam de formas femeninas y redondeadas, rebosante de alimentos como un seno materno, y sobre la heladera el altarcito con los retratos de Perón y Eva. [...] luego la infancia feliz en una casa modesta pero limpia y confortable, los juegos con otros niños de su condición en el parque comunitario (nunca la soledad, sin otra compañía que la televisión o la mucama, en el sombrío piso de Belgrano, nunca los domingos de tedio interminable, nunca niños más blancos que él, en el St. Andrew’s, gritándole marrón caca). Y más: la escuela donde los maestros les leían *La razón de mi vida* sin muecas de sorna, las visitas a la Ciudad Infantil, con sus casitas, negocios, iglesias y piscina a escala, y a la República de los Niños, en la que el propio Disney se había inspirado, tras visitarla, para crear Disneylandia; los Campeonatos Infantiles de Fútbol, en los que ella daba siempre el puntapié inicial y repartía luego las medallas (y Ernestito, que había marcado el gol del triunfo para su equipo, pues en esta vida sería crack de fútbol, el deporte nacional, en lugar de practicar el extranjerizante rugby, guardaría siempre como el mayor de sus trofeos la medalla de oro con su perfil que había recibido de sus manos); las Navidades peronistas con los juguetes de la Fundación al pie del árbol, la sidra y el pan dulce infaltables sobre el mantel a cuadros; los Planes de Turismo Infantil, el viaje en tren que sólo tiene primera clase, la estadía en Chapadmalal, en uno de los ocho complejos hoteleros que como fortalezas custodian la felicidad del pueblo sobre los acantilados, junto a otros niños que como él veían por primera vez el mar gracias a Evita. Sí, sí, esa infancia pudo haber sido suya, si la oligarquía no se la hubiera escamoteado, si no lo hubiera arrancado de los brazos de su madre una

pareja entrada en años, incapaz, por egoísmo o pereza, de tener hijos propios hasta que fuera muy tarde, y luego encaprichándose y llevándose como quien compra un cachorro en una tienda. (Gamerro, 2004: 247-251)

Nuevamente, la llamada hacia una identidad coherente con el origen auténtico viene de la mano de la imagen de Evita, en este caso consagrada en un modesto pero cuidado altar doméstico como el que existió en miles de hogares tras su muerte, tal como ha sido recogido, también, por la literatura. Los encuentros con Evita siempre se presentan en clave epifánica. Aquí, su pasado reciente de militante por la causa obrera lo lleva a tomar conciencia de la orfandad en que pudo haber sumido al pequeño. El niño le recuerda, por contraste, a Cynthia, la pequeña a quien cría junto a su esposa. Este chiquito, sin embargo, parece mucho más un hijo propio que la pequeña. En este reconocimiento en espejo del bebé al que tiene en brazos, Marróné actualiza el relato peronista. Su madre, empleada doméstica, también tiene su “día maravilloso” y es, claro, de la mano de Evita, para quien *los únicos privilegiados son los niños*. Ya se sabe: *Perón cumple, Evita dignifica*, porque *donde hay una necesidad, nace un derecho*. Todas las vergüenzas de pobre las conoce primero que nadie ella, la Abanderada de los Humildes. Por una vez en la historia, *los últimos serán los primeros*. Aquella infancia humilde pero feliz, idealizada, es la contraparte exacta de la infancia de falso niño rico y solitario que recuerda, acosado por las burlas de sus compañeros. Si pocos momentos antes la otredad aberrante era exactamente esta y tenía la forma de un monstruo, la estampa de Eva y el (re)encuentro con el niño

que (no) fue invierten los términos en un giro de ciento ochenta grados. Todo el imaginario peronista vuelve a desplegarse. Para el lector de hoy, es casi ineludible remitirse al trabajo que Daniel Santoro hizo sobre esta simbología; la luz saliendo de *sus ojos, su frente, su boca y sus oídos* es parte ya de la iconografía popular, como una especie de Santa Teresa extasiada autóctona. Todo es felicidad en esa infancia. A la juventud de esos padres verdaderos se opone la opulencia envejecida de quienes vinieron, *por egoísmo o pereza*, a desviar el camino de su historia, y objetualizarlo y animalizarlo: ya no es hijo sino mascota comprada en una tienda. Este reencuentro, entonces, se constituye en una nueva epifanía identitaria.



Daniel Santoro, *El mundo se convierte* (2000)

El bebé se había dormido ahora, acunado en el calor de su regazo, y Marroné, conmovido, le prometió que no lo dejaría crecer en la terrible orfandad de ella: si Evita no estaba, él se haría cargo –lo adoptaría, si no como hijo, al menos como ahijado: velaría por él, estaría al tanto, se ocuparía de que nada le faltara. Porque él había sido educado como burgués, pero estaba lejos de ser un burgués de alma. Él era, se daba cuenta por fin, un peronista de la primera hora. Había llegado el momento de asumir *su verdadera identidad*, de que el gorila se depilara.

Estaba claro, claro como el agua, el porqué de su presencia en este increíble lugar que en un momento le había resultado el colmo de lo hostil y ajeno y ahora se revelaba como la patria perdida de su infancia. [...] porque sólo sabría quién era realmente cuando recuperara su oscuro pasado negado, las raíces que se hundían en la basura y el fango. Entendía, también, ahora, el sentido profundo de su misión (que quizá fuera también el de su vida): se trataba nada menos que de llevar el espíritu de Eva –hecho carne en sus bustos- hasta el corazón mismo de la empresa: y era él el elegido, el predestinado a hacerlo, porque no era ni de aquí ni de allá, participaba de los dos mundos: como Eva, él era un puente entre ambos. Llevar a Eva hasta la empresa, abrir la empresa a Eva: así el capital y el trabajo irían de la mano, en lugar de enfrentados, así terminaría esta guerra insensata que tantas víctimas había cobrado. (Gamerro, 2004: 252-253)¹⁰⁴

Poco antes de morir, Evita lanzó en un discurso la frase que para la juventud de los años setenta, que estaba recién nacida por ese entonces, fue un glorioso mandato y una bandera:¹⁰⁵

Yo no quise ni quiero nada para mí. Mi gloria es y será siempre el escudo de Perón y la bandera de mi pueblo. Y aunque deje en el camino jirones de mi vida, yo sé que ustedes recogerán mi nombre y lo llevarán como bandera a la victoria. Yo sé que Dios está con nosotros porque está con los humildes y desprecia la soberbia de la oligarquía, y por eso la victoria será nuestra. Tendremos que alcanzarla tarde o temprano, cueste lo que cueste y caiga quien caiga. (Televisión Argentina, 1951: s.p.)

Muerta ella, entonces, reencarnaba no en millones pero sí en miles de jóvenes (y en millones de votantes, también). Ernesto se propone proteger al niño como ella lo hubiera hecho. La Evita de papel, la Santa Evita de la estampita iluminada encarna en su persona y extiende su legado de protección hacia los niños.

Ernesto, cuyo pensamiento el narrador nuevamente recoge, reconoce ahora su verdadera identidad, acto que viene a justificar toda la peripecia hasta ahora transcurrida, mediada de secuestros,

¹⁰⁴ Subrayado mío.

¹⁰⁵ Discurso del 17 de octubre de 1951 desde el balcón de la Casa Rosada, primera transmisión de la televisión argentina en su historia.

negociaciones y muertes. No conforme con eso, resignifica el sentido de esa misión que le fue encomendada en clave peronista a la vez que personal: si el peronismo viene a proponer el pacto social entre clases, él, que no se es de aquí ni es de allá según ahora descubre, será el protagonista de tal pacto, el encargado de llevar la figura epifánica de Eva al corazón del capital. El sentido de su vida venía a justificar, de paso, un origen hasta entonces vergonzante: el de niño abandonado/adoptivo. Aquello que fue motivo de dolor lo era ahora de orgullo. Evita lo había conseguido una vez más: *Evita dignifica*.

A diferencia de Marroné, el otro Ernesto, el Che, también supo reconocerse en un medio que no era el propio, pero en sentido totalmente inverso. Nacido en una familia burguesa, Ernesto Guevara encontrará la identificación en la lucha por la emancipación del proletariado. A contrapelo del pacto entre clases, su estrella será la de la expropiación de los medios de producción y la abolición del capitalismo. No habrá pacto entre clases porque ya no habrá clases. Así como Martí negó la existencia de razas en la América mestiza, el Che y la gesta cubana irían por la negativa de las clases en esa emancipación.

3.7. Imaginarios subvertidos: inconsciente y goce

*Gombrowicz
era bien peronista,
Kafka
un chimpancé cagón.
El Quijote
es peronista,
los best sellers
son peronistas.*

C. Godoy

La potencia de la figura de Eva supo atravesar indefectiblemente a admiradores y enemigos. El caso extremo es célebre y dio lugar a un cuento canónico en la tradición literaria argentina, otro de los relatos que dio el peronismo y que hoy es parte de ese canon: “Esa mujer”, de Rodolfo Walsh. La historia es conocida: poco antes de morir Eva, Perón encarga al doctor Pedro Ara la conservación del cadáver (Ara, 1972; Navarro, 1997: 314-345). El trabajo de Ara es perfecto, ya que el cuerpo no queda rígido sino que mantiene la textura de sus tejidos. Cuando estalla el golpe de 1955, el cadáver es trasladado desde la sede de la CGT hacia sitios desconocidos, procurando evitar una ola de fanatismo que desestabilizara el golpe de Estado. Uno de los militares a quienes se encarga el cuidado del cuerpo de Eva es Moori-Köenig, el coprotagonista del cuento que Walsh escribe en los años de la Resistencia (Walsh, 1966: 9-19; ver también Bauer, 1997).

La novela toma esta profunda obsesión por el cuerpo de Eva que parecía atravesar –si nos guiamos por los relatos históricos y periodísticos que hablan de velas, flores y vigiliass- a todas las clases, a admiradores y acérrimos opositores. En busca de la joven de la

fotonovela, a la que creía haber visto escabullirse por los pasillos de la villa, Ernesto llega por azar a un lugar inesperado y casi secreto. En contrapunto con la escena de la infancia imaginada en que Ernesto acude con su madre Eulalia a la cita con Eva en su Fundación, aquí se encuentra con el sitio donde se cumplen todos los deseos y fantasías de quienes acuden a ella.

-¿Qué quiere?—preguntó la voz desde el interior. -Busco a Eva —respondió Marroné sin titubear. Como si hubiese acertado con la contraseña correcta sintió un descorrerse de pesados cerrojos y la puerta giró sobre goznes chirriantes. -Adelante. Eva lo espera. Póngase en fila-. El que había abierto era un lacayo de librea peronista: traje tirolés celeste bordado con hilo de oro, camisa blanca con volados abierta al cuello, un distintivo partidario sobre el bolsillo del corazón, medias de seda y alpargatas de cuero negro lustrado. Marroné se ubicó último en la cola donde ya había otros esperando. Dos cosas lo sorprendieron. La primera, la variopinta facha de sus integrantes: había rotos como él, mendigos, villeros; también campesinos, peones de estancia y hasta un gaucho de bombacha y rastra; algunos obreros de overol y casco, un gordo de campera de cuero con facha de sindicalista y por último uno o dos bacanes de trajes impecablemente cortados; todos, eso sí, con su carta en la mano. La segunda, que fueran todos hombres, y adultos: no se veían ni niños ni mujeres. (Gamerro, 2004: 259)

Allí se encuentra con hombres que representan el prototipo de todos los sectores sociales. Llega su turno y Eva lo atiende. Era “en todo como la Eva de su fantasía villera, salvo por un detalle: en lugar de llevar su trajecito sastre con solapas de terciopelo, esta Eva estaba completamente desnuda” (Gamerro, 2004: 260-261). Una vez más, se muestra dispuesta a solventar cualquier tipo de necesidad: “Bienvenido a la Fundación Ayuda Sexual Eva Perón. Todos tus deseos serán satisfechos. ¿Trajiste la carta?” (Gamerro, 2004: 261); la escena tiene un claro precedente en la Eva de “Evita vive”, el cuento de Néstor

Perlongher fechado en 1975 (Perlongher, 2008: 191-195).¹⁰⁶ Marroné se siente confundido, esta no es la Eva a la que él busca. En cualquier caso, aprovecha para pedir aquello por lo cual se había metido de cabeza en esta Odisea.

Había una razón adicional, además de las que a la vista estaban, para su turbación: esta Eva no era la misma que había seguido por las calles de la villa. De su tez más oscura quizá pudiera acusarse al cambio de luz lunar a eléctrica; pero las orejas, que el peinado tirante a la nuca volvía especialmente visibles, estaban salidas hacia fuera como las de un chimpancé, y el arreglo del cabello en sí tampoco era idéntico: más que el nervioso rodete de manos tensas ésta llevaba, como correspondía a su atuendo, un chignon más soufflé, menos austero. -¿Entonces? -lo animó Eva. -No... Eh... La carta no... -No importa -dijo Eva con soltura-. Podés pedirme lo que quieras, no tengas miedo. Me lo podés decir al oído si te da vergüenza -concluyó, orientando en su dirección una de sus apantalladas orejas. -Bustos -espetó Marroné al fin-. Quiero los bustos de Eva-. Eva anotó algo en una tarjeta con membrete de la Fundación y se la entregó sonriente. Marroné se dirigió a la puerta por la que habían salido todos los que la precedieron. Del otro lado lo esperaban más sorpresas. La puerta daba a un vasto salón decorado en un kitsch peronista, mezcla de constructivismo soviético blando y estilo provenzal californiano, con toques de yesería neoclásica, fuentes y palmeras en maceta; y por este decorado de fantasía se paseaban, en todas sus variantes, hasta una docena y media de Evas. Las había de chignon y traje príncipe de Gales, de velo y sombrero, de vestido de verano y cabello suelto; una reina de Dior enjoyada de pies a cabeza, alguna envuelta en suntuosas pieles, otra enteramente enfundada en vinilo negro, una sin otra ropa que el portalligas y las medias, otra sin siquiera eso, ambas de riguroso rodete. Al observarlas más de cerca se volvía evidente lo variado de sus contexturas y facciones; las unificaban, en un generalizado look Eva, los tacos altos o bajos que daban una altura promedio, el maquillaje que tendía a blanquearlas, la vestimenta que aplastaba el busto de las más desarrolladas, y sobre todo el teñido y el peinado: por algo las que iban desnudas y carecían de otra marca llevaban obligado rodete. No vio por ningún lado, por más que tendió la vista en todas direcciones, a la que lo había guiado. Alrededor de cada Eva pululaban una multitud de hombres, como zánganos alrededor de una abeja reina. (Gamerro, 2004: 261-263)

Las mil y una Evas reaparecen en escena: hay para todos los gustos pero el rodete no falta en ninguna de ellas. Sin embargo, Marroné no se

¹⁰⁶ Ver Badagnani (2011) y Poggiese (2011).

siente atraído por ninguna de estas Evas de carne y hueso sino por una Evita de yeso en pose bíblica que lo invita inocentemente al pecado, simbolizando lo que fue su aventura hasta ahora.

La fuente era redonda, revestida de venecitas de colores, y en el centro se elevaba la estatua de Eva desnuda, de pie, con el largo cabello suelto al viento, cubriéndose apenas el sexo con una laxa mano ahuecada, la otra elevada sobre la cabeza ofreciendo sin malicia una manzana, de cuyo corazón manaba el agua que como un vestido transparente envolvía su brazo, los senos pequeños, no demasiado erguidos, el vientre de rítmica redondez, que invitaba las manos a sostenerlo, las hermosas nalgas y los muslos de ensueño. (Gamerro, 2004: 265-266)

Esta Eva sin rodete y cabello al viento es la Evita montonera que convoca a sus cogeneracionales. El hecho de que sea una representación le permite a Marroné proyectar en ella toda la fantasía que viene acumulando desde que esta aventura comenzara, algo que no le resulta posible ver en el cuerpo disfrazado de las Evitas que visten los diferentes modelos, donde no puede evitar advertir las diferencias. El hombre que lo guía repasa el catálogo, tal como lo hiciera Sansimón hijo al ofrecerle las diversas versiones de busto:

Como verás, hay para todos los gustos. Te voy pasando los precios: dama del látigo, diez mil, ésa de botas altas y cuero negro; Eva de las pieles, la que ya viste, doce; amazona de camisa blanca tableada, fusta y botas de montar con espuelas, diez mil, fijate qué delicioso lo apretado del rodete; institutriz de labios pintados bien chiquito, tacos aguja y puntero, diez mil también, incluye clase de doctrina peronista en la Escuela Superior del Partido; Evita capitana, es ésa, no, la de tailleur con botones dorados, galones y charreteras, ocho mil, y con esto más o menos completamos la oferta disciplinaria. Ahora pasamos a las princesas y las estrellas de Hollywood: La Pródiga, ésa de bucles oscuros y terciopelo, doce mil, el vestido es el auténtico, decime si no está idéntica a Heddy Lamarr; ésa vestida de campesina del Colón con las trenzas detrás de la oreja es la de *La cabalgata del circo*, medio sosa, la tenemos en oferta a siete, pero no te la recomiendo. La de lamé dorado, doce mil, ¿viste qué tetas? -Y... ¿ésa del vestido floreado? -Ahh... ¿Te gustó, no? Unas tetitas deliciosas, también. Ésa es la amante de Perón, modelo isla del Tigre, diez mil, está para comérsela. En la línea Evita duarte, que es la más económica, tenemos también a la estrellita en ascenso, ésa que revolea los ojos y

parece Betty Boop, muy años veinte, ocho mil; la bosterita en hot pants está saliendo bastante, ocho también, una ganga; y tenemos al fin la chinita de campo, lista pa'servir al patchonshito, cuatro mil quinientos. Qué más. Línea Santa Evita. Madona de los humildes, con aureola, doce mil, debajo del manto no lleva nada; postizos y mantilla, vestido de seda negra y Cruz de Isabel la Católica sobre el pecho, trece mil, en ese hábito tuvo su audiencia con el Papa... Y creo que ya estamos, salvo por las especiales. -¿Cuáles?-. La voz de su acompañante bajó varios decibeles para decirle al oído: -Enferma de cáncer. Veinte mil. Treinta y tres kilos. Marroné silbó bajito: -¡La flauta! -había empezado a achispase con la sidra, y poco a poco iba entrando en el juego. -Tiene cáncer en serio. Con lo que saca acá se paga el tratamiento. (Gamerro, 2004: 267-268)

La objetualización de Eva, que llegaría al extremo en su cuerpo embalsamado, aparece aquí en abanico presentando todos sus modelos para gusto del cliente prostibulario, salvo uno: justamente, la Evita montonera: “Como le explica su guía a Marroné, ahí van o los sindicalistas nostálgicos o los gorilas. Justamente lo que no vas a encontrar en un prostíbulo es un montonero” (Frieria, 2012: s.p.). Todas ellas responden a un prototipo de su biografía, a una imagen -todas reconocibles-, a alguna de las caricaturas que sobre su figura se construyeron (tal es el caso, por ejemplo, de la *mujer del látigo*). A ellos se suman modelos que Eva nunca encarnó pero que responden a los requerimientos contemporáneos, como es el caso de la “bosterita en hot pants”. Los precios parecen también corresponderse con el bolsillo y las fantasías imaginables de aquellos caballeros que formaban fila en el ingreso a este sitio. En relación con el último modelo, lo interesante es señalar la paradoja: si en tiempos del primer peronismo Evita fue quien bregó, de la mano del ministro Carrillo, por el avance de la cobertura pública de salud, los tiempos hacia este ya cuarto peronismo han cambiado: el desamparo de los enfermos llega al punto de tener que

vender su cuerpo para, si hay suerte, poder salvarlo. La sátira vuelve a poner el foco, entonces, en los traidores de clase: la dirigencia sindical.

-[...] ¿Y éstos que parecen sindicalistas?-. Dos gordos, uno achinado y peinado con raya al medio, otro con rulos engominados y barba de varios días, ninguno de más de cuarenta, recibían de las manos del hada buena una pelota de fútbol y una bicicleta. -Sindicalistas. Saben venir bastante, como verás, metalúrgicos nostálgicos la mayoría. Están llenos de plata pero todavía añoran los años dorados de su infancia pobre, cuando recibían los regalos de Eva [...]. Pero son los menos. Los que la aman, digo, o la veneran. Acá, en general, vienen dos clases de personas. Están los que vienen a humillarla y están los que vienen a dejarse humillar por ella. [...] -Y... ¿Evita montonera?-. Su guía pegó un chistido y para indicarle que bajara la voz abanicó el aire con los dedos. -Shhht. Ni la nombres. ¿Qué querés, que se caguen de miedo? Con algunas cosas no se juega. Bueno. ¿Estás listo para el plato fuerte? (Gamerro, 2004: 270-271)

La alusión al miedo responde a los -por entonces- recientes asesinatos de dos dirigentes gremiales: Augusto Timoteo Vandor y José Ignacio Rucci. El grupo armado Montoneros se adjudicó ambas muertes. El cuadro se completa con una experiencia extrema y espeluznante: la obsesión necrofilica.

-¿Es... la auténtica? -Claro. -Pensé que la habían devuelto. -A Perón le metieron el perro. La que tienen en Olivos es una de las tres réplicas originales Ya sabés, modeladas en cera directamente sobre el cuerpo. -¿Y alguno la pide? -Es la más codiciada, por lejos. Los milicos, sobre todo, se vuelven locos por ella. (Gamerro, 2004: 272)

La figura del coronel Moori-Köenig, a quien Walsh realmente entrevistó antes de llevar a la ficción, se hace presente. El abuso sobre ese cuerpo indefenso, el ultraje como modo último de venganza extraído desde la más oscura de las pulsiones libidinales que viene a confundir miserablemente a Eros y a Tánatos, aquella que quiere colocar a Eva en el sitio que siempre le adjudicaron quienes la odiaron: la puta, da

acceso carnal a esa fantasía desatada. Todos los modelos de Eva quieren satisfacer el sueño de poseerla, pero no todos llevan en sí una carga tan profunda de aberración. Se niega la identidad del cadáver que fue entregado a Perón tras el asesinato de Aramburu a manos de Montoneros: aquella María Maggi de Magistris que fue el cuerpo de Eva envuelto por una identidad falsa es nuevamente escatimada. Una vez muerta, ya no sólo su figura y su legado son tomados para el mercado sino aun su misma carne; no hay tumba ni descanso para ese cuerpo transido por la lucha. En la novela, la falta de restitución y el abuso al cadáver perpetúan a Eva en el lugar de primera desaparecida de la historia argentina. Cuando menos, del siglo XX; en el XIX, como sabemos, ese lugar lo ocuparon pueblos enteros: sus cuerpos, sus lenguas, sus culturas, su memoria.

Ernesto, que no vino a buscar ayuda sexual sino a su Eva verdadera, la joven militante, ruega a Santa Evita le brinde ayuda espiritual: “No sé qué voy a hacer, estoy perdido, no sé cómo seguir adelante, no sé cómo volver, enseñame si tú lo sabes, señora, el camino...” (Gamerro, 2004: 279). Retoma entonces su misión primera como brújula. Felizmente, consigue salir de allí y pedir ayuda en otra casa:

-Me llamo Ernesto y estoy... bueno, usted sabe, mltn doenlatndncia –dijo rápido y atropellado para ver si así pasaba, pero se le fue la mano en los cortes y viendo crecer en su interlocutor el azoramiento terminó aclarando, violento-: en Montoneros. Bueno, como parte del programa para zonas carenciadas justamente queremos llevar un busto de Eva a cada villa...-. Don Rogelio lo escuchaba atentamente, fijos en él sus calmos ojos bondadosos, y empezando a avergonzarse de sus flagrantes mentiras Marroné decidió mechar con algo cierto. -Soy un fugitivo, don Rogelio. En este momento me persiguen la patota, la Triple A y la policía.

Usted me ve así porque estuve escondido en una quema de basura. Si me llegan a agarrar...-. Rogelio apoyó sobre su mano una de las suyas, que la cubrió sin dejar nada a la vista. -Quedate tranquilo, Ernesto. Acá no pueden alcanzarte. Eva te protege. Mirá, estás adentro de ella. Le indicaba un cuadro sobre la pared, que no era más que un mapa arrancado de una Guía Filcar y pintado de colores y sobreescrito con cartelitos y números; un plano de la ciudad cuyas manzanas, plazas, calles, líneas férreas y autopistas trazaban contra el fondo de los descampados circundantes, con nitidez tajante, el contorno inconfundible de un busto de Eva. Su primera reacción fue pensar que volvía a alucinarlo, mas cuando empezó a orientarse en la fantástica cartografía (la base del busto sobre el Camino de Cintura, la espalda sobre la Autopista Ricchieri) recordó que estaba precisamente en Ciudad Evita, el barrio modelo que había acuñado su perfil indeleble sobre la llanura. Don Rogelio, mientras tanto, había empezado a avanzar su teoría sobre la inviolabilidad de esta Jerusalén peronista. -Vos fijate que cuando La Libertadora, se ensañaron con las figuras del General y de Eva. Cuadros, carteles, bustos; no se salvó ninguna imagen de ellos... Salvo ésta, la más grande de todas, la que cobija en su interior a su pueblo, tan vasta que sólo puede verse desde el cielo. Viste, como las líneas de Nazca, en el Perú. Qué ironía, ¿no? En un momento hubo rumores, que venían con topadoras y cuadrillas de colimbas, o voluntarios radicales y socialistas, para modificar el trazado de las calles y cambiar su perfil por el de Belgrano o Sarmiento; y varias noches seguidas hicimos turnos de guardia preparados para resistirlos, acostándonos delante de las máquinas más no fuera; pero al final nunca vinieron. Una que se nos ocurrió más tarde era que podían construir nuevos barrios por fuera, ahogando sus facciones: pero además de costoso no hubiera servido de nada, porque el perfil de Eva habría permanecido, a la vez oculto y a la vista, como esas figuras que a veces podés descubrir escondidas en un cuadro de otro tema. Así que poco a poco nos fuimos dando cuenta. El contorno de Eva es como un círculo mágico, una empalizada que nos protege de los gorilas que acechan en la selva de afuera. Acá adentro, al menos, se preserva una isla de la Argentina que ella soñó para todos nosotros, y que nos fueron quitando después de su muerte. (Gamerro, 2004: 286-287)

La ciudad alucinada que dibuja el contorno de su perfil es inviolable, tal como relata Rogelio (y así se mantiene en la actualidad, en el conurbano sudoeste del Gran Buenos Aires). Ernesto encontraba al fin, y a la vez, el busto de Eva y en él, su cobijo. A su vez, la figura de Rogelio, que es un patriarca, es el modelo masculino en el que Ernesto necesitaba referenciarse para hacer pie en esta reescritura de su propia historia que se le presentaba así, de manera tan intensa, veloz e inesperada.



Gráfico anónimo que muestra el perfil de Eva sobre el que se diagramó Ciudad Evita, en la provincia de Buenos Aires (s/d)

El hombre conservaba en su taller decenas de bustos de Eva que los vecinos habían conseguido preservar tras las *razzias* de la Libertadora.

Éste es un barrio de ley, acá somos peronistas en las buenas y en las malas, no como los que gritan viva Perón los diecisiete de octubre y los dieciséis de junio se quedan chitos. Bueno, vení que te muestro el taller, antes de que te me duermas en la silla. (Gamerro, 2004: 288)

En diálogo con su nieta, su posicionamiento respecto de las figuras de Perón y de Eva queda claro, y tiene su correlato plástico en las decisiones estéticas que toma para sus modelos.

-¿Era como una princesa, abuelo? -le preguntó ella. -[...] Perón era opaco, siempre lo fue. La vez que lo esculpí, lo hice en granito negro. En cambio Eva era tan transparente... A través de su piel... se veía el pueblo -concluyó, mirando a Marroné con sus bondadosos ojos oscuros. (Gamerro, 2004: 289)

En la mesa a la que es invitado por Rogelio, Ernesto lo ve bajo una luz análoga a la que emana de Evita.

Si bien los temas de conversación fueron sombríos –la represión en las fábricas, la creciente tanda de muertes cotidianas, la reciente chirinada de los milicos- el clima era alegre y festivo: desde la cabecera de la mesa, moteado de luz verde y oro, don Rogelio era un sol alrededor del cual orbitaban como planetas sus hijos y como lunas sus nietos. (Gamerro, 2004: 292)

Este último encuentro lo pone nuevamente reflexivo, y el repaso ahora se vuelca sobre el pasado reciente. Su carácter y su personalidad también se han modificado. El encuentro con el –posible, probable, imaginario pero verosímil- origen fue consecuencia y coincidencia con el de un nuevo giro en su identidad: la militancia. En el primer caso, los huecos del pasado se completan de un modo digno, pleno y feliz; en el segundo, la apuesta consciente, ya no azarosa o dependiente de decisiones ajenas sino asumida desde la adultez y la primera persona, busca eso mismo para el futuro.

Se había convertido en un llorón en el último tiempo. Pero todavía no era tarde. No habría sido en vano la muerte de su amigo. Haría exactamente eso. Abandonaría esta insensata y monomaniaca busca de los bustos, abandonaría también la rat race del mundo de la empresa, lo dejaría todo. Todo: al señor Tamerlán, su mujer, sus suegros y la casa de Olivos, ya vería luego el régimen de visitas para sus hijos burgueses –porque planeaba tener otros, claro, en su nueva vida- y se vendría a vivir a Ciudad Evita. (Gamerro, 2004: 293)

Ahora tocaba regresar por un rato a su anterior vida para poder despedirse para siempre de ella. Ya era sapo de otro pozo. El primero con quien se cruza en diálogo es Govianus, el contador de Tamerlán, quien lo increpa burlonamente:

-[...] A propósito, Marroné, le quedaba bien el overol, ¿eh? Se lo veía muy a sus anchas-. Marroné abrió dos redondos ojos de pánico. -Lo vimos por el noticiero. En la empresa no se habló de otra cosa en toda la semana -Govianus se inclinó apenas sobre la mesa y bajó la voz para

preguntarle-: Dígame una cosa, Marroné. Acá, entre nosotros... Usted no será un infiltrado, ¿no? (Gamerro, 2004: 322)

Su esposa, por su parte, también lo desconoce, aunque en este caso escandalizada y enojada: “Vos no parecés el mismo, Ernesto. ¿Qué te hicieron? ¿Estuviste secuestrado? ¿Te drogaron? ¿Te hicieron un lavado de cerebro?” (Gamerro, 2004: 328). La indagatoria insiste, ya con palabras precisas, certeras, dolientes: “¿Qué es lo que te pasó? ¿Tuviste una *crisis de identidad*? ¿Fuiste a buscar a tu familia de origen?” (Gamerro, 2004: 329).¹⁰⁷ Pero la única explicación que a Ernesto le interesa dar es la que se otorga a sí mismo: “quizá los resultados no hayan sido los esperados, pero no importa. Ha medido sus fuerzas, *ha descubierto que podía ser quien soñaba*, ha comprobado que otra vida es posible” (Gamerro, 2004: 332).¹⁰⁸ Esa otra vida posible, cuyas bases están echadas en esta primera parte de la aventura, verá su desarrollo en *Un yuppie en la columna del Che Guevara*.

¹⁰⁷ Subrayado mío.

¹⁰⁸ Subrayado mío.

3.8. Conclusiones parciales

La aventura a que refiere el título y el género de esta novela tiene dos posibilidades de lectura: una más evidente, relacionada con las peripecias de Marroné para conseguir noventa y dos bustos de Eva Perón que le permitan rescatar del secuestro a Fausto Tamerlán, su jefe; la otra, menos evidente y más relacionada con la lectura de corpus que esta tesis propone, ligada al reencuentro de Marroné con su pasado y su origen, y al recorrido de revisión identitaria que esa profunda aventura personal, disparada por el contexto social, le significa. El tratamiento literario que le da Gamarro es, como siempre en su obra al abordar una temática, exhaustivo: se recorren las múltiples aristas de un problema.

Una característica de esta novela, y muy notablemente de la obra de Gamarro en su conjunto, es que representa a todos los grupos en clave satírica, novedad importante respecto de las literaturas de las generaciones de pre-dictadura, en las que suele leerse una actitud de identificación con un segmento y mirada crítica o extrañada hacia otro/s. La decodificación de la sátira es exigente, ya que demanda un lector conocedor del contexto socio-histórico en su detalle. El narrador tiene la capacidad de adaptar su discurso y retórica a los diversos sectores cuyo punto de vista asume, decisión autoral que permite leer en esos signos la materialización de un proyecto de escritura que diera cuenta de las complejidades de la sociedad que viene a representar.

En esta primera parte del díptico con que Gamarro aborda los dos grandes mitos políticos de Argentina, Eva y el Che, se da cuenta del tipo

de apropiación que de esa gesta de los padres hizo la generación de los años setenta. Qué se toma, qué se deja, qué se reacomoda. Es muy evidente la identificación con la figura de Eva por contraste con la de Perón, ya entonces un mito reforzado por su joven muerte. Las cuentas con ese pasado heredado quedan saldadas.

Una vez que el héroe capaz de transfigurarse y atravesar así las diferentes capas que conforman la sociedad argentina experimentó todo un primer ciclo de peripecias, Gamarro volverá su atención hacia una figura que no es ya una herencia impuesta y localizada sino una elección propia de esa generación joven, tomada de una lucha mucho más amplia: la de la “patria grande”, Latinoamérica. El lazo es ideal, por la propia procedencia del Che, por la vigencia por entonces de su triunfo en Cuba (a pesar de la caída boliviana que lo llevó a su muerte, que no dejó de ser también un atractivo mayor para las ansias de entonces, como veremos), y por tratarse ya, para Ernesto, no de una figura maternal bajo la cual cobijarse desde un imaginario de infancia sino de una figura varonil, adulta, contemporánea y encarnable en la cual espejarse. El héroe de la historia reciente habilita un enamoramiento superyoico hacia la cual proyectar el ego.

Los años setenta fueron años de agitación juvenil en Argentina. La vanguardia artística que caracterizó los años sesenta en el país fue reemplazada en los setenta por la vanguardia política. Como toda vanguardia, su marca fue la juventud, la grupalidad y el arrojo hacia el futuro (Manzoni, 2007). Aquí, la pertenencia grupal está puesta en cuestión mediante la figura de la adopción, reforzada por la

(usualmente negada) división étnico-social que existe en Argentina.¹⁰⁹ De esta *crisis de identidad* planteada en términos individuales pero absolutamente incardinada con la cuestión grupal, entonces, se encargará la segunda parte del díptico, que será la que indague la identidad en términos de grupo hacia el futuro y el destino.

¹⁰⁹ “En toda la historia argentina hay un racismo no admitido, donde el morocho llega hasta acá y basta. Es un tema con el que tanto el peronismo de izquierda como otros grupos de izquierda tenían una clara toma de conciencia en contra del racismo y una decisión de cambiarlo” (Zunini, 2011: s.p.), dijo Gamarro al ser entrevistado a propósito de la publicación de *Un yuppie en la columna del Che Guevara*. Ver también Gamarro, 2015: 169.

CAPÍTULO 4: Identidad grupal, futuro y destino

4.1. La importancia de llamarse Ernesto: *Un yuppie en la columna del Che Guevara*

Todo revolucionario argentino, a comienzos de la década del setenta, habla en nombre de otra vida que la vida de derecha: la vida verdadera, la vida que le atribuye al Pueblo, al Pueblo irrepresentable, no al Pueblo representado.

S. Schwarzböck

¡Es la misma historia de siempre! –Y continué-: Dicen que cualquier día habrá una revolución.

W.H. Hudson

Esta novela retoma en su prólogo la escena inicial de *La aventura de los bustos de Eva*. Presenta a continuación diez capítulos que avanzan sobre esa trama, un intermedio proléptico y un epílogo. Nuevamente, en una paráfrasis del inicio de la novela anterior, el narrador se detiene en el momento de cruce con el afiche del guerrillero heroico, que hoy es para el protagonista un fantasma del pasado que viene a encender el alerta sobre el presente de su hijo adolescente.

[...] sabe que ha llegado el ineludible (tantas veces demorado, y a la vez ineluctablemente esperado) momento de decir toda la verdad sobre su pasado guerrillero y su pertenencia a la mítica Columna 'Comandante Che Guevara'. [...] el exitoso gerente de Finanzas del conglomerado de negocios inmobiliarios Tamerlán e Hijos se da en evocar los tiempos en que atravesaba fusil en mano selvas y pantanos, persiguiendo un ideal que hoy se le antoja no sólo utópico sino execrable, y vuelve a pasar, como las hojas de un calendario, los días de ese tórrido verano de dieciséis años atrás, los inconcebibles días que cambiarían para siempre su vida, y la de tantos. (Gamerro, 2011: 14)

No obstante, los tiempos han cambiado. Tanto el pasado reciente como el contexto de esta última década del siglo XX que inicia, no invitan a

los sueños colectivos –ni mucho menos a la lucha armada- sino a la ambición personal y la carrera financiera. Cabe aquí preguntarse, entonces, por qué Marroné siente la necesidad de blanquear ese pasado oculto ante su hijo: momento *esperado, demorado pero ineludible*. Cabe preguntarse también en qué sentido cambiaría para siempre su vida (la de tantos, lo sabemos por la historia social), ya que hoy, transcurridos apenas dieciséis años desde aquella aventura, lo encontramos en lo que parece ser la senda trazada por los padres de adopción. Para eso, la novela vuelve a retomar el hilo del final de su antecesora, y el prólogo queda, una vez más, como una prolepsis de toda la acción que transcurre en el año 1974 –o, a la inversa, el grueso de ambas novelas se constituye como una extensísima analepsis en relación con los respectivos prólogos.

4.2. Terror criollo: del grotesco al gore

Dijo el general:

Empezar
con un gesto
terminar
con
una matanza.

C. Godoy

En el capítulo primero, Marroné es recibido por el contador Govianus, poco antes de asistir al entierro del señor Tamerlán. Allí el lector confirma el éxito de la tremenda gestión por los bustos que dio lugar a la odisea de la novela precedente: “-Ah, Marroné, qué tal. ¿Le gustó cómo quedaron los bustos? Al más bonito lo pusimos en su sección, en reconocimiento a sus esfuerzos” (Gamerro, 2011: 16). No obstante, a juzgar por la muerte del jefe, el gran operativo parece haber sido concretado tarde.

Las palabras de Govianus hacen saber que por aquellos días moría también otro jefe, “El Jefe”: Perón fallece el 1° de junio de 1974, y deja el sillón presidencial a su tercera esposa. “¡Cómo no se va a ir al carajo el país con una mujer de presidente! Le digo, el viejo hijo de puta, ésta nos la hizo a propósito, para vengarse la hizo. *Sabía que se iba a morir y nos largó duros con la yegua*” (Gamerro, 2011: 21).¹¹⁰ María Estela Martínez de Perón, “Isabelita”, fue en rigor la primera presidente mujer de la historia nacional. Asumió con la carga simbólica de haber

¹¹⁰ Subrayado mío.

ocupado el lugar que perteneció legítimamente a Eva Perón, aunque nunca pudo llegar a la candidatura -pese a la insistencia popular y masiva- debido a su avanzada enfermedad. La obsesión de Martínez de Perón con la figura de Eva conformó un relato de circulación popular que narra sus encierros junto al cadáver embalsamado de Eva, bajo la influencia de José López Rega, asesor personal de Perón en su exilio madrileño (y agente de policía que fundaría la Alianza Anticomunista Argentina tras el regreso del líder al país), con el fin de recibir por espiritismo el carisma de Evita. La referencia a su persona como *la yegua*, en la cita anterior, presenta además una lectura sarcástica en relación con el presente de publicación de la novela: en 2011, Cristina Fernández presidía el país, y lo haría nuevamente durante un segundo período (2011-2015), tras el reciente fallecimiento de su marido. El apelativo peyorativo que recibió Fernández de parte de la oposición fue “yegua”.¹¹¹

El primer capítulo se centra en el entierro de Tamerlán. La cuestión del dedo cortado remite a *Las Islas* y *La aventura de los bustos de Eva*, donde se narra cómo en una primera entrevista Tamerlán somete a sus futuros empleados a la prueba del dedo. El dedo se instituye entonces en índice simbólico del abuso de poder, no sólo por las órdenes impartidas con el refuerzo del gesto sino, sobre todo, por la violación de los cuerpos. Además, entra nuevamente en serie con la historia nacional: recordemos que el cadáver de Perón sufrió el corte de

¹¹¹ A diferencia de Martínez de Perón, Fernández de Kirchner contaba con una larga militancia y carrera política a sus espaldas.

ambas manos, y el de Eva sufrió –además de las diversas magulladuras propias de los traslados, que destrozaron su nariz- el corte de un dedo para la identificación (Navarro, 1997; Bauer, 1997). El ultraje del cuerpo muerto, ya sea de parte de las mafias, de gobiernos *de facto* o de individuos, compone un particular género de terror bizarro: así como se habla del grotesco criollo, podríamos hablar aquí del *terror criollo*, que ronda la necrofilia con personajes encumbrados, de tinte grotesco y de una violencia explícita y descarnada para con el cuerpo del otro.

Se preguntó, eso sí, echando una nueva mirada en dirección trasera, si habían colocado el dedo cortado en el fétetro, y si lo habrían envuelto por separado; pegárselo no tenía mucho sentido, pues lo que habían logrado sacar de la casa donde el señor Tamerlán había ardido, junto con sus secuestradores y los dos millones de dólares del rescate, no era más que una enorme costra chamuscada, y un dedo fresco e intacto emergiendo de ella hubiera dado un efecto de lo más incongruente. (Gamerro, 2011: 21-22)

La imagen mental que proyecta Marroné provoca el humor desde el disparate: el fálico dedo de Tamerlán como única memorabilia/*memento vivi* emergente de un cuerpo chamuscado como resultado del accionar de la guerrilla es grotesco. A su vez, esa proyección es prueba del éxito del método de amedrentamiento y dominación puesto en práctica por el difunto: aún muerto y carbonizado, la imagen del dedo se hace presente en el pensamiento del subordinado. La fidelización por acceso carnal es un éxito.

En las palabras que el sacerdote dedica a Tamerlán en la Misa de Difunto, la política se hace presente. A Marroné le toca escuchar una arenga acerca de la monstruosidad de la guerrilla. La división social coloca a Ernesto en un lugar –nuevamente- incómodo, entre dos aguas,

que no obstante dispara su capacidad de reflexionar en torno a la otredad y el modo de percepción de un grupo hacia el otro.

Marroné se vio obligado a admitir que él, apenas semanas atrás, probablemente hubiera sentido lo mismo. Pero nada era tan fácil ahora. Él había conocido de cerca a los hombres y mujeres que el predicador definía con palabras que no admitían matiz alguno. Había hablado, vivido, y hasta brevemente combatido, con ellos –eso es, contra los suyos- y sabía ahora que, por más equivocados que estuvieran, o confundidos, no eran fieras, no eran monstruos, no eran el Anticristo, sino personas como ellos. Él mismo, a los ojos de sus superiores, colegas y subordinados, había pasado por eso a la categoría de dudoso, no confiable, en veremos. ¿De qué lado estaba, a los ojos de los circunstantes, en esa división tan tajante que las palabras del cura establecían? ¿Y a los suyos? Había vuelto a su mundo con gratitud y con alivio, pero se sentía, sobre todo en momentos como éste, *como un extranjero que regresa a su país tras un largo exilio*, y ya no entiende todo lo que le dicen de la misma manera. (Gamerro, 2011: 25-26)¹¹²

Ya nada es blanco o negro para Ernesto, su experiencia reciente viene a presentar los matices que desdican las palabras del sacerdote. Sus días con la guerrilla rehumanizan el retrato que se hacía de ellos, y que -paradójicamente- sería retomado diez años más tarde para dar lugar a lo que Ernesto Sabato dio en llamar “Teoría de los dos demonios” (*Nunca Más*, “Prólogo”). Nuevamente, la figura de Marroné es la de un tráfuga entre dos mundos: recién nacido, de manera involuntaria, las circunstancias lo llevan a perder lazo con el seno del núcleo humano que lo gestó, y se cría en un ámbito que se presume muy diferente; de adulto, el mandato de rescate de Tamerlán lo lleva a cambiar de posicionamiento y por lo tanto de perspectiva -aunque fuera de manera momentánea- respecto del conflicto social. Esta diversidad en su experiencia vital enriquece su identidad a la vez que le genera la

¹¹² Subrayado mío.

incomodidad propia de quien se mueve entre mundos tan distintos. En efecto, el narrador utiliza la idea de *extranjería* como un modo metafórico de representar aquello que ocurre en la conciencia del protagonista. Este contraste permite al lector leer la arbitrariedad con que ciertos discursos monolíticos se construyen cuando se dirime un espacio de poder en la esfera social. La deshumanización del oponente, el desconocimiento y extrañamiento de parte de quien quiere denostarlo, persiguen como objetivo la inoculación de miedo en los oyentes, de la desconfianza hacia todas las ideas que el grupo de oposición sostiene, que son cuidadosamente desvirtuadas u ocultadas en pos de sus acciones más estridentes. En lugar de propiciar el debate de ideas, en la historia de Argentina puede fácilmente señalarse este tipo de operaciones tanto en los textos documentales como en los ficcionales. Pensemos, por caso, en las caricaturizaciones del indio (en *La cautiva*, en las crónicas del periódico *La Nación* acerca de la “Campana al Desierto”, en *El gaucho Martín Fierro*, en la correspondencia sarmientina, por citar sólo algunos textos canónicos), del gaucho (en *Facundo*, en la prensa denunciada por José Hernández, en *Juan Moreira*), del rosismo (en *El matadero*, en *Amalia*, en la correspondencia entre Mitre y Sarmiento), del unitarismo (las comunicaciones del gobierno de Rosas), que luego se continuarían con los textos en torno a la inmigración y, en particular, a la llegada de algunos grupos (por ejemplo, los textos antisemitas y xenófobos de autores como Eugenio Cambaceres, Manuel Gálvez o Julián Martel), los textos antiperonistas (Borges, Bioy Casares, y ambos juntos bajo el

seudónimo de Bustos Domecq en “La fiesta del monstruo”, David Viñas, Copi, Langer, Martínez Estrada, entre muchos otros) y, llegados a este punto, las caricaturas en torno a la guerrilla que cristalizan en la citada teoría. Cabe agregar aquí que esta dicotomía que remite, claramente, a aquella primera de la civilización y/o la barbarie, sigue vigente en los días que corren bajo nuevas formulaciones.¹¹³

El punto de vista del narrador devela, a su vez, la autopercepción identitaria que presenta el personaje: habla de *ellos* al referirse a la guerrilla, habla de *los suyos* al referirse al grupo que lo rodea en este entierro. Es interesante observar cómo es visto, a su vez, por los suyos, tras la experiencia vivida: como si estuviera ante un tribunal, se lo juzga sospechoso. Esta mirada hace presente también aquella que, bajo dictadura y en los centros clandestinos de detención, se aplicaba sobre los cautivos, a quienes se juzgaba como recuperables o irrecuperables. En su autopercepción, además, Marroné advierte la sensación de extranjería en que lo ponen las palabras del cura. Para sus propios ojos, esa antigua pertenencia –ya afectada por la marca del origen– se ve modificada y mortificada. Ya no puede compartir esa mirada, la experiencia obró el distanciamiento y se reconoce diferente. Como un extranjero, ni de aquí ni de allá. Ese corrimiento incómodo, como sabemos, alienta la reflexión. El cansancio y el riesgo extremo en que esta situación lo había sumido lo incita a pensar en “la conveniencia de llevar de ahí en más una vida tranquila y no hacerse más el loquito”

¹¹³ También revisado por Drucaroff, que propone para la nueva narrativa argentina el concepto de “civilbarbarie” (2011: 477-516).

(Gamerro, 2011: 27). En este trance de pensamiento se encontraba Marroné al cruzarse con la viuda, que le acerca una fotografía con disimulo.

-Mírela rápido y devuélvame la sin que nadie lo vea. [...] Marroné bajó la vista y giró el rectángulo de papel Kodak entre sus dedos. Era una instantánea del señor Tamerlán, tomada por sus secuestradores (el fondo de bandera con tacuara y fusil cruzados, y estrella federal de ocho puntas, no dejaba duda al respecto), que lo mostraba ojeroso pero atildado, sorprendentemente musculoso el pecho descubierto. Dos cosas le llamaron la atención en la foto que era sin duda reciente: una, que salvo por los pulgares, que resultaban invisibles tras el diario que sostenía desplegado a su frente, estaban a la vista, perfectamente intactos, todos los dedos; la otra, que el diario era el mismo que daba en la primera página la noticia de su muerte. -¿Está vivo? -preguntó estrangulando el grito a último momento. (Gamerro, 2011: 36)

La imagen es prototípica de los comunicados de los grupos terroristas, en este caso Montoneros según la simbología de la bandera. Tamerlán vive y está entero: la noticia de su muerte es una comunicación falsa. El cadáver carbonizado fue una excusa para fraguar su muerte sin presentar pruebas. ¿Fue efectiva la gestión de Marroné, al fin y al cabo? ¿Sirvió, entonces, la entrega de los bustos? ¿Qué ocurrió con los dólares? Lo único que ve claro Ernesto es que todo debe acallarse. La respuesta a esta incertidumbre llegaría de inmediato de boca de la propia viuda: “La policía o los servicios de inteligencia. Ellos montaron todo el operativo del falso rescate, para quedarse con el dinero. Y lo del dedo cortado también fue cosa de ellos. Eso fue lo primero que nos hizo sospechar. Es cosa de secuestro mafioso, no guerrillero” (Gamerro, 2011: 37).

En 2011, con motivo de la puesta en escena de *Las Islas* adaptada por el propio Gamerro, el autor se refería a la escritura de su primera novela:

Tenía ganas de escribir un policial negro. Pero la Argentina no tiene una herencia literaria que haga referencia a detectives. Los que existen son privados. Cualquier detective privado argentino o es un ex policía, o un ex agente de servicios de inteligencia. Por lo que esa cosa de una ética a lo Philip Marlowe o Raymond Chandler no funciona. (S/D, 2011: s.p.)

Esta idea había sido desarrollada en uno de los textos de *El nacimiento de la literatura argentina y otros ensayos* (2006), “Para una reformulación del género policial argentino” (2015b: 56-65). Allí, Gamerro propone un decálogo que, aunque se refiera a un género de ficción, es elocuente acerca del contexto nacional.

1) El crimen lo comete la policía. 2) Si lo comete un agente de seguridad privada o –incluso– un delincuente común, es por orden o con permiso de la policía. 3) El propósito de la investigación policial es ocultar la verdad. 4) La misión de la justicia es encubrir a la policía. 5) Las pistas e indicios materiales nunca son confiables: la policía llegó primero. No hay, por lo tanto, base empírica para el ejercicio de la deducción. 6) Frecuentemente se sabe de entrada la identidad del asesino y hay que averiguar la de la víctima. 7) El principal sospechoso –para la policía– es la víctima. 8) Todo acusado por la policía es inocente. 9) Los detectives privados son, indefectiblemente, ex policías o ex servicios. La investigación, por lo tanto, sólo puede llevarla a cabo un periodista o un particular. 10) El propósito de esta investigación puede ser el de llegar a la verdad y, en el mejor de los casos, hacerla pública; nunca el de obtener justicia. (Gamerro, 2015a: 64-65)

El punto primero es la piedra de toque de toda la estructura invertida: quien debe perseguir el crimen para evitarlo y/o castigarlo es quien lo comete. La figura institucional se desvirtúa y se degrada en individualidades que no responden al lugar que teóricamente les otorga el Estado argentino en sus documentos fundacionales. Esto es así

desde mucho tiempo atrás y, posiblemente, desde un mismo comienzo: como viene señalándose, las estructuras basales de la nación se extienden a lo largo de su historia: basta pensar en el rol de la temida policía rosista, en el de la policía persecutoria del gaucho, en el de la policía que presionaba ciudadanos en las elecciones de voto cantado de fines del siglo XIX y principios del XX, en el de la policía de Ramón Falcón, que reprimió las primeras huelgas y manifestaciones con las consiguientes muertes, detenciones y heridos (1907 durante la huelga de inquilinos, 1910 durante el 1° de mayo en Plaza Lorea, 1919 en los Talleres Vasena y 1921 en las huelgas patagónicas son hitos en la historia represiva argentina), volviéndose prácticas cada vez más sangrientas con el correr de las dictaduras. Rodolfo Walsh tituló “La secta de la mano en la lata” a una de sus investigaciones para el semanario de la CGT de los Argentinos, y luego Ricardo Ragendorfer (2006) llamó “secta del gatillo” a la temible e hipercorrupta policía bonaerense de posdictadura, retomando la propuesta de Walsh, cuya figura de periodista investigador es la que representa de manera ideal el punto 9 del decálogo y, como veremos, su escritura es una referencia que circula por debajo de la novela que analizo en este capítulo. El escritor la encarna en muchos de sus textos pero especialmente en *Operación Masacre* (2004 [1956]) –inaugural también de un tipo de no ficción novelada-, apuesta a la que Walsh dedicaría desde entonces la mayor parte de su producción (Periódico de la CGT de los argentinos, *Quién mató a Rosendo, Caso Satanowsky*, Prensa Latina, ANCLA); el punto culmen sería su último texto, “Carta abierta de un escritor a la

Junta Militar”, de 1977 (Walsh, 2004: 225-236). Muchas de las reflexiones que fueron recogidas luego en los papeles que sobrevivieron a la violación de su domicilio tras el golpe militar de 1976 se refieren precisamente a la cuestión del rol del escritor, que venía siendo interrogada en esa línea, por aquellos años, desde la publicación del ensayo de Sartre *¿Qué es la literatura?*, y sobre la que volveré hacia el final de este capítulo.

En cuanto al punto 10, así ocurrió con *Operación Masacre*, aquella primera investigación fundante de Walsh. La cadena, sin embargo, no se corta en esa falta de justicia: es retomada por Montoneros en la venganza ejercida sobre el ex presidente *de facto* Aramburu. La escalada violenta desemboca en la masacre desatada en 1976 por el Estado y sus Fuerzas Armadas, en la que pierde la vida, también, Rodolfo Walsh. Su cuerpo y una parte central de su obra continúan desaparecidos (Link, 2010).

Este decálogo viene a retratar, con auxilio de la ficción, el presente de la Policía.¹¹⁴ La red criminal tejida desde el aparato de seguridad involucra, claro, al Poder Judicial; es también la que posibilita y/o activa el accionar de las fuerzas privadas y aun de la delincuencia común, a lo que habría que añadir el forzamiento de menores pobres mandados a delinquir en favor de la policía.¹¹⁵ La

¹¹⁴ Si se hace, por ejemplo, el ejercicio de leer el cuento de David Viñas, “Un solo cuerpo mudo” (1963), y compararlo con *Entre hombres* (2001), de Germán Maggiori, puede verse a las claras cómo se modifica la representación de la Policía, institución sobre la que ambos textos tienen una mirada crítica.

¹¹⁵ Miles son los casos, el más célebre de quienes se opusieron a este forzamiento y pagaron su negativa con la vida es Luciano Arruga, gracias a la campaña mediática

aberrante cadena de inversiones expuesta ya en el primer punto del decálogo se continúa en las figuras de la víctima y el asesino, y del sospechado/acusado y los victimarios: la víctima, lejos de ser preservada, es sospechada, y de identidad desconocida, doblemente victimizada por el accionar del asesino y el accionar policial y judicial (a quienes aquí señalo, más arriba, como *victimarios*). Este desprecio por la vida, el ocultamiento de las identidades que luego se sistematizaría en la metodología de captura-tortura-desaparición, la falta de justicia formal y el accionar policial son recogidos por la trama de la novela: “- Pero entonces... El que acabamos de enterrar... ¿quién es? -Vaya uno a saber, señor Marroné. Figúrese cuánto les puede costar, en estos días, hacerse de un cadáver, cortarle un dedo y después prenderle fuego” (Gamerro, 2011: 38).

En su estupefacción ante los hechos y las novedades, Marroné no comprende por qué se ve nuevamente involucrado en un suceso del que no puede zafarse. Una vez más, es el elegido para las negociaciones entre los captores y la familia.

-Sí, entiendo. Pero no del todo. ¿Por qué... por qué me eligió a mí? [...] -Durante los últimos días, Marroné, he escuchado toda clase de rumores sobre usted. Rumores que van de lo muy malo a lo muy bueno; que ya me lo pintan de empleado más fiel de mi marido a dirigente guerrillero infiltrado en la empresa. (Gamerro, 2011: 39)

que su hermana, estudiante de la universidad pública, pudo llevar adelante con el apoyo vecinal y de los organismos de derechos humanos. Luciano desapareció con dieciséis años en 2009 y su cadáver fue hallado en 2014. Su familia fue víctima de múltiples amenazas ante el reclamo de Justicia.

A la luz de los resultados obtenidos en su gestión reciente, la viuda decide volver a confiar en Marroné. No la mueve el amor sino, como a todos quienes rodean a Tamerlán, el odio, la ambición o el temor (el lector de Gamarro conocía ya bien algunas intimidades de la familia del jefe narradas en *Las Islas*). Marroné se muestra atento al dolor de la familia; sin embargo al referirse a Fausto, el hijo mayor y predilecto del padre, la presunta viuda le comenta que “Fausto lo está sobrellevando bastante bien, es verdad. Odia a su padre casi tanto como yo le temo” (Gamarro, 2011: 42).

4.3. Retórica de la muerte heroica: la derrota como triunfo moral

*El peronismo
hizo de los troskos
unos religiosos
fundamentalistas
de la folletería
golpeando puertas
y parando gente
en las calles.*

C. Godoy

En el capítulo 2 entra en acción un personaje ya presente en *El secreto y sus voces*: “-Un tirifilo de apellido con un loteo patético al borde de un charco infecto en un pueblo de morondanga. [...] -Darío Ezcurra, encantado” (Gamerro, 2011, 47). En un nuevo vaso comunicante, reaparece Ezcurra y con él “-Malihuel. Quizás ese nombre no le diga nada hoy por hoy, pero en pocos años estará en boca de todo el mundo” (Gamerro, 2011: 51). Llegó para hablarle de “Expotencia setenta y seis”, una feria del agro que organiza el pueblo para darse visibilidad y lanzar su producción al mercado. El juego de palabras del nombre elegido para la exposición se burla tanto de la estupidez de quienes lo pergeñaron como de las ambiciones históricas de las familias patricias, inculcadas a la población mediante la propaganda y la cultura escolar: Argentina potencia mundial es en el año 1976 ya una ex potencia, si acaso alguna vez lo había sido. En cualquier caso, poco más adelante el lector descubre la verdadera razón de la visita de Ezcurra, a la vez que su identidad política grupal:

Le alargaba por encima del escritorio un folleto ajado y descolorido [...]. Cuando lo desplegó, cayó de su interior un papelito doblado en el que podía leerse: “Lo esperamos el domingo a las 15.30 en el zoológico municipal, frente a la jaula de los osos, para hablar del señor Tamerlán. Por favor, no diga una palabra y destruya este papel ante mi vista”. (Gamerro, 2011: 54)

Ahora Ernesto comprende por dónde continúan las negociaciones secretas en torno a la vida del jefe. Él, ya experimentado en asuntos clandestinos, decide acudir a la cita en compañía de su hijo pequeño, para no levantar sospechas.

Buena idea, también, lo del pibe. Evita sospechas. Aunque si me hubieras avisado venía con una compañera. Viste, dos hombres solos, con un pendejo. No estamos en Suecia. Cualquier cosa, soy el tío. Hermano de la mamá, por si nos piden documentos. Lo que sí, si vas a usarlo seguido, yo que vos le coso una etiqueta con la dirección de algún familiar. No muy cercano, viste, para que no puedan usarlos para llegar a vos, pero por lo menos para que el pendejo no quede en banda si tenés que rajar o si te capturan. (Gamerro, 2011: 64)

Las palabras de Ezcurra traslucen la realidad social de Argentina, en la que –por aquellos años– la puerilidad estaba fijada al mundo femenino. La clandestinidad, a su vez, despliega toda una inteligencia que prevé el accionar ante una situación de sospecha de parte de la policía, y aun de las fuerzas parapoliciales.¹¹⁶ La objetualización del niño es escalofriante, y remite a las múltiples críticas hechas a la juventud guerrillera relativas a la exposición de los menores al peligro que implicaban las circunstancias.¹¹⁷ En un desvío de la curiosidad que

¹¹⁶ En *Oración*, María Moreno documenta algunos casos de este tipo; cf. Moreno, 2018: 67-68 y 231-236.

¹¹⁷ Esto dio lugar, también, a la reflexión tanto documental como ficcional de parte de hijos de desaparecidos dedicados desde la literatura y el cine: Carri 2003; Bruzzone, 2007 y 2008; Prividera; 2007 y 2011; Alcoba, 2008; Cedrón, 2008; Axat, 2010; Ávila,

excede el objetivo de la cita, Ezcurra indaga acerca de la pertenencia de Marroné.

-¿Te cuento algo gracioso, Ernesto? –comenzó de sopetón Ezcurra. En las reuniones de ámbito hemos tenido más de una discusión sobre tu caso. Por tu actuación en la toma de Yasería Sansimón, sobre todo. Algunos te tienen por perro y están convencidos de que entrenaste en Cuba, aunque los del ERP niegan que así sea; en la otra punta están los que te hacen agente de la CIA o un infiltrado de los servicios. Entre una y otra hay posturas intermedias, claro. Pero a mí me parece que están todos equivocados. ¿Quieres saber lo que les dije? “Para mí, se trata de un ejecutivo versado en las últimas técnicas de management, un ejecutivo-samurai o, si lo prefieren, un cuadro empresario, que se decidió a poner todas sus capacidades al servicio de nuestra causa por motivos que por ahora desconocemos pero que no es difícil adivinar; como tantos miembros de la burguesía, su contacto con las luchas populares...”. La pegué, ¿o no? [...] Porque ésa es también mi historia, Ernesto. Yo también vengo de una familia acomodada, hasta encumbrada te diría; bah, para qué voy a mentirte: lo que ahora llamamos la oligarquía vacuna. Y no te creas que somos los únicos. Hijos de industriales, de estancieros, de políticos conservadores, de milicos: cada uno de nosotros tiene una cuna distinta y una historia propia, pero hay una convicción en que todos convergen: no se puede vivir a espaldas de la realidad. (Gamerro, 2011: 62-63)

Sobre Ernesto se despliegan nuevamente múltiples identidades (en un arco que va de un extremo al otro, del ERP a la CIA), en esta ocasión desde imaginarios ajenos; pareciera que su persona se adecuaría a cualquiera de ellas, tanto más en una sociedad que vivirá desde entonces bajo sospecha. Sin embargo, Ernesto encuentra ante sí a un nuevo Paddy, a otro –como tantos hubo- joven de la clase alta que decide volcarse a la lucha popular. La figura heroica del Che funciona como llamador hacia una vida aventurera e incluso romántica, la misma idealización que el Marroné de dieciséis años más tarde temerá que seduzca a su hijo adolescente, el símbolo que desencadena el relato

2012; Pérez, 2012; Urondo Raboy, 2012; Robles, 2013; Dillon, 2015; entre otros muchos.

y suelda la historia de ambas novelas. Ezcurra parece conocer, además, las fuentes bibliográficas de las que Marroné había bebido en su camino de ascensión en la empresa. Su hipótesis identifica el accionar de Marroné con el suyo propio y el de tantos compañeros de clase acomodada (volveré sobre la historia de Darío Ezcurra en el capítulo 5). Sea como fuere, para orgullo de Ernesto, Ezcurra le presenta un ejemplar de *Evita Montonera* que hace referencia a su accionar y a la caída de Paddy.

[...] las balas, que son las únicas medallas del revolucionario verdadero. [...] Si hubieran podido escuchar tus carcajadas, si hubieran sabido que mientras te daban y te daban, vos te estabas c...o de risa por dentro... Nosotros sí las escuchamos, Colorado, y por eso no estamos tristes, porque sabemos que ahí donde estás, con Eva, con el Che y con todos los compañeros, te seguís riendo. Riéndote de esos pobres tipos que no se dan cuenta de que con cada una de éstas nos hacen un favor, porque de cada combatiente caído nacen diez que quieren ocupar su puesto. Y no estabas solo en este trance. No, porque nos cuentan que un compañero estuvo con vos hasta último momento, apretándote con fuerza la mano, porque no quería que te fueras. Sí, Colorado, el Negro estuvo con vos, estuvieron juntos hasta el final como en cada etapa de la toma, apretando juntos, dándole para adelante. (Gamerro, 2011: 69-70)

La retórica y el tono del discurso utilizado en esta crónica de los hechos es un calco del que apareciera en revistas de la tendencia por esa época, antes mencionadas (cf. Montoneros, 1976). El desdén por la muerte, la entrega de la vida por la causa, la celebración de ese acto como un gesto de reconocimiento a la lucha y de pertenencia al grupo, la garantía de un lugar en la memoria emparentado al de las figuras de referencia, la valoración de esa entrega absoluta a la causa por parte de los compañeros, eran tópicos de aquellas notas. La naturalización de la muerte joven y violenta era corriente, “Patria o muerte” fue la consigna

del Che (ver Bufano, 2005), “A vencer o morir por la patria socialista”, la del ERP (Weisz, 2005: 29). El desdén por la muerte se refuerza en la derrota de Guevara porque es una caída gloriosa: muerto tras la victoria en Cuba, la idea de la derrota queda trastocada. La muerte engrandece su figura y es sublime, casi necesaria para la redención que propone su gesta.

La vida de izquierda, en lo que tiene de derrotada (y de derrotada sin guerra), sólo puede ser concebida, a posteriori, como cristológica: es una vida que, por lo que enseña el campo de concentración, habría exigido el cuerpo. Los militantes –le habría dicho el Che a Ciro Bustos, para que se lo transmita a los miembros del EGP- tienen que considerar que “ya están todos muertos”. Pero no es lo mismo considerar que ya se está muerto –lo que recomienda el Che para internarse, en 1963, en la selva salteña- que sentir que “la muerte *individual* no existe” (lo que le cuenta a Rozitchner un ex preso político, al salir de la cárcel de Devoto en 1973). (Schwarzböck, 2016: 69)¹¹⁸

La exacerbación del relato, que toma el lugar de la víctima y desde allí defiende el arrojo de esa muerte, es hoy leída como una aberración: ¿quién puede morir, tan joven y tan violentamente, riendo a carcajadas? Aquí el recurso satírico da otra vuelta de tuerca. En su *Historia de San Martín*, Bartolomé Mitre pone en boca del soldado mulato Cabral (ascendido a sargento post-mortem) la frase: “Muero contento, hemos batido al enemigo”, una de las ficciones más operativas que esgrimió el Estado argentino a lo largo de su historia.¹¹⁹ Esta lógica del sacrificio en pos de una causa tantas veces más ajena que propia, e incluso más desconocida que asumida, y/o más altruista que verdaderamente

¹¹⁸ Subrayado mío.

¹¹⁹ Me remito a las palabras de Piglia acerca de las ficciones de Estado, capítulo 1.

interesada, es nuevamente puesta en tela de juicio en el fragmento que aquí estamos analizando.¹²⁰

También observamos aquí el discurso de la semilla y el brote, que agradece la muerte porque la entiende como multiplicadora de la lucha: el lugar del caído será ocupado por muchos compañeros que tomarán la posta, y así en una cadena sacrificial, que considera la entrega de la vida por la causa como un martirio que redime al colectivo social y con ello, a quien se ofrenda. Quien escribe estas despedidas, que en ocasiones toman también la forma de la semblanza, se posiciona tan cerca del caído que cree saber todo sobre él. La religiosidad trascendental se hace presente en el discurso: como en el caso del Che, esa muerte da paso a la inmortalidad, y el panteón es compartido con los héroes admirados de los que ya se forma también parte, como de una familia con madre (Eva), padre (Che) y hermanos (los compañeros que comparten este destino). Desde este mismo punto de vista Ernesto ingresa al relato de la guerrilla: allí estaba *el Negro*, con todo su arrojo, hasta último momento, acompañando en las peores circunstancias.

¹²⁰Para un análisis de la subversión de esta lógica del sacrificio en dos textos de la literatura argentina de posdictadura, ver mi artículo “Contra el nacionalismo: efectos de lectura (a propósito de Martín Kohan y Carlos Gamerro)”. En: *Les Ateliers du SAL*, 6 (2015), pp. 90-105. Disponible en Internet: <https://lesateliersdusal.files.wordpress.com/2015/08/07-lads06destefanis.pdf> [Fecha de consulta: 6 de abril de 2017].

4.4. Yo es Otro

Ningún argentino de más de treinta años puede vivir el peronismo sino como un drama: peronistas y no peronistas, envueltos en ese drama.

R. Walsh

4.4.1. La culpa

En el retorno a la vida previa, Marroné pareciera reconocerse intacto salvo por los desvelos. La mirada hacia ese pasado reciente es de desdoblamiento, más que de transformación, como si ambas realidades no pudieran formar parte de una misma subjetividad. En la conversación con Ezcurra aparece la culpa.

-No, vos no entendés. Yo hice cosas malas... Los bustos de Eva... se los robé a un par de viejitos de la resistencia... Los salvaron de la destrucción, durante dieciocho años los guardaron, arriesgando sus vidas... Y yo se los robé... Confiaron en mí... y los traicioné... Todo por el señor Tamerlán... Él... me obliga a hacer esas cosas -las últimas palabras salieron por su boca antes de que pudiera aprehender la enormidad de su significado. Era eso, claro. El abominable dedo incortado seguía rigiéndolo. -Ahí está la cuestión, ¿ves? -interpretó por él Ezcurra-. Lo que importa no es qué hacés, sino por quién lo hacés. Un robo a un banco, por ejemplo, hecho en nombre del pueblo, no es un robo, es una reparación, porque le devolvés al pueblo lo que le habían quitado. Un crimen en nombre del pueblo no es un crimen, es justicia; así como un acto supuestamente legal, si favorece a la oligarquía o al imperialismo, es un crimen con todas las letras. Ahora, por ejemplo, la tarea que tenés por delante podés encararla de dos maneras: o lo hacés para salvar a tu jefe, y de esa manera a la empresa, o lo hacés por nosotros, para que ese dinero vuelva al pueblo. (Gamerro, 2011: 72)

La imposibilidad de asumirse protagonista de aquellos hechos lo lleva a una confesión, y la hace ante quien considera parte de ese nuevo mundo de militancia. Las fisuras aparecen en ambas esferas de esta nueva subjetividad que pareciera no poder juntarse: el responsable de

todo es Tamerlán, por él obró mal (y, aunque no lo dice, por él también “obró bien” a ojos de los luchadores populares). Ante esta *batalla de las ideas*, Ezcurra le responde apelando al móvil de los hechos, desarmando así la culpa que la acción pudiera generar en quien la lleva adelante. Así, invierte la carga e intenta persuadir a Marroné acerca del destino del dinero del rescate; no en vano apela a la figura de ese jefe culpógeno, déspota, que transforma a Ernesto en un mandado incapaz de tomar decisiones por y para sí mismo, sin convicciones propias acerca de sus actos. Por otra parte, lo contiene y lo alivia hablándole del *síndrome traumático posbélico* como producto normal, esperable y observado por los “psicólogos y psicoanalistas en la Orga” (Gamerro, 2011: 73) tras un hecho como el que Ernesto acaba de vivir.

Y si cayó un compañero, más si era alguien muy cercano, la culpa puede volverse intolerable, y obsesiva la recreación de la batalla en todas sus variantes. [...] Los errores de la batalla de ayer se remedan en la batalla de mañana, no en el recuerdo. La acción, Ernesto, la acción es la única respuesta. Un cuadro revolucionario apuesta al futuro únicamente. (Gamerro, 2011: 74)

4.4.2. Los desvelos

Volver hacia esos días pasados resulta inverosímil aun para el propio Marroné, que oscila entre sentir que encarnó al *hombre nuevo* (Guevara, 2007) y creer, con Calderón (1965 [1635]), que esa vida ha sido un sueño.

En esos días había conocido a un Ernesto distinto y nuevo; tanto que ahora que había sido devuelto, como si nada hubiera pasado, al Marroné de antes, le costaba creer que el otro hubiera sido real; y más de una vez, en las interminables noches de insomnio, mientras lo vivido pasaba una y otra vez por su mente, se había preguntado si todo eso, las aventuras y

el hombre que las había protagonizado, no habría sido apenas un sueño.
(Gamerro, 2011: 71)

Cabe preguntarse hasta qué punto esa experiencia extrema modificó a Marroné. Por lo pronto, le deparó largas noches de insomnio rememorando lo vivido, aunque recuerde con extrañamiento, incredulidad o distancia.

Desde que todo esto había comenzado, no cesaban las sorpresas; a cada vuelta del camino le salía al encuentro un Ernesto desconocido y distinto. [...] ¿Por qué, si no, se sentía más cerca de gentes como Paddy, Ezcurra y María Eva que de las personas con las que se codeaba a diario? ¿Cuál era el mensaje lejano que persistentemente buscaba su oído? (Gamerro, 2011: 89)¹²¹

Luego de la conversación con Darío, Ernesto parece percibirse distinto, más cerca de esa nueva identidad que el azar le presentó y sus acciones le forjaron, que de la previa, también azarosa pero de la cual no conseguía sentir el orgullo del reconocimiento de su entorno sino, al contrario, más bien frustración e incomodidad. Con cada avance de la historia aparece un nuevo haz de características que lo modifican, al punto de desconocer o desidentificarse de quien creía que había sido hasta entonces. Pero ¿cómo leer la pregunta por la propia búsqueda? Más allá del azar, ¿qué es aquello tan lejano? ¿Es lejano en el tiempo, como el origen? ¿O –simbólicamente –en el espacio (por ejemplo, social), como aquel grupo humano con el que convivió durante la toma? La única certeza es que hay un mensaje por descubrir, un lugar al cual es

¹²¹ Subrayado en el original.

atraído como quien busca su destino en la construcción de un propio yo.

4.5. La farsa, un exorcismo

4.5.1. Guerrilla S.A.

*Los troskos
y los comunistas
son la resaca
teórica
peronista.*

C. Godoy

Las palabras de Ezcurra insisten en la cooptación. Sabe, por la crónica que acaba de mostrarle, que *el Negro* vio morir al *Colorado*, y vuelve a ella.

“El compañero Ernesto no descansó un minuto... Recorría él mismo los puestos de guardia, hablando con cada uno, obrero o combatiente... Durante la batalla, estaba siempre en primera línea... Un ejemplo y una inspiración para todos los que combatíamos” [...] ¡Con esa cara de mosquito muerto! ¡La compañera María Eva, nada menos! ¡Flor y nata de la guerrilla porteña! [...] Estaba viva, se había salvado, y además se acordaba de él, lo... admiraba. [...] ¡Vos sí que sos rápido, eh! Tres días en la Orga y ya te apalabraste a las mejores tetas de la Columna Norte. Vení, compañero Ernesto, es hora de seguir caminando. (Gamerro, 2011: 75)

Ernesto encuentra por fin el reconocimiento en este nuevo mundo del que pudo sentirse parte, aunque fuera azarosamente y por mandato, que se suma al que ya había demostrado Paddy, su antiguo compañero de escuela, al verlo en acción durante la toma, y al que le demostraron todos quienes fueron partícipes de esa gesta. Pero jamás se hubiera imaginado que detrás de esas palabras de elogio hacia él estaba la mirada de María Eva, que había salido con vida de aquella escalada represiva. Como en una cadena, se suma ahora la admiración de Darío

por la atención que Ernesto consigue nada menos que de María Eva. Envuelto por la emoción y el orgullo, las palabras de Darío vienen a cerrar el círculo de la autoestima: lo llama, con toda naturalidad pero otorgándole plena carta de pertenencia ganada por propio mérito, *compañero Ernesto*. Como el Che, nada menos, sobre cuya senda parece que *es hora de seguir caminando*.

Sin embargo, lo que atrae a Marroné es la figura de la compañera. Darío le habla de ella como de alguien intocable, dando lugar también a la terrible realidad cotidiana al interior del grupo: “Es la mujer de un compañero... En la Orga son muy estrictos con ese tema; menos mal que hay muchas compañeras solteras. Y viudas, ni te cuento” (Gamerro, 2011: 77); las palabras de Darío subrayan que la muerte, siempre presente, es tan natural que convive con los primeros amores, la juventud y la inexperiencia. La referencia a la Organización produce un efecto hilarante: en este complejo aparato de enunciación que arma Gamerro, mediante una historia que transcurre en los años setenta, época sacralizada durante los años ochenta, pero escrita y leída ya en un presente neoliberal de posdictadura de los años noventa y dos mil, el lector reconoce que la ironía -al referirse a los muertos mediante las “viudas”- no podría ser de Darío Ezcurra sino del autor textual. Este tipo de contrastes constituyen la sutil pero evidente operación de autor que quiero señalar como farsa, como procedimiento desacralizador y como efecto de lectura en la narrativa de Carlos Gamerro. Pero avancemos. Marroné indaga.

-[...] ¿Qué querés saber? -En principio, explicame un poco cómo es la estructura. -Bueno, vos tenés la Orga propiamente dicha, por un lado, y por otro las agrupaciones de base: la JT, la JUP, la JTP, la UES... O sea, los jetones y los perejiles. [...] En Montoneros hay que hacerse de abajo, pa' qué te voy a mentir. Pero eso sí, se sube a los pedos. Sobre todo con el ritmo actual de caídas-. [...] No era tan diferente del mundo de la empresa, después de todo [...]. Sólo que acá no hacía falta serrucharle el piso al de arriba: lo hacía la competencia por uno. -[...] Ahora, viste, por la coyuntura es el momento de los pendejos fierreros. Yo no voy a restarle méritos a nadie, menos a quien se juega la vida, pero también es cierto que se trata de tirar tiros y listo. Y después de los tiros, ¿qué? Porque tomar el poder es fácil, pero eso no es hacer la revolución. Mirá lo que le pasó al Che en Cuba, si no: el verdadero baile le tocó cuando lo nombraron ministro de Industria. Cuadros técnicos, Ernesto, cuadros empresariales y ejecutivos; la gente como nosotros es la que va a definir, en última instancia, el fracaso o el éxito de la revolución. Cuando termine la hora de los tiros empieza la de los negocios, o sea, la nuestra. -Pero... ¿no van a estatizar las empresas, abolir la propiedad privada, expropiar los latifundios, todo eso? -Nooo -dijo Ezcurra tras una serie de expresivos chasquidos de lengua-. Ésos son los del ERP, que son comunistas en serio. A las empresas extranjeras ponele que sí, las nacionalizamos de una. Pero para la burguesía nacional, si se porta bien, siempre va a haber un lugarcito. Por eso les conviene arreglar con nosotros, viste, porque si no capaz que ganan los perros y ahí sí que los quiero ver. Fritos. Además, para los números son un cero al as. Siempre terminamos prestándoles plata. El tema secuestros, por ejemplo, lo tenemos mucho más aceitado. Como bien sabés -agregó canchero. -¿A cuánto asciende el capital, en este momento? -preguntó Marroné interesado. -Y, mango más mango menos, a setenta millones te diría. -¿De pesos? -De dólares, Ernesto, de dólares. ¿Qué te creés que somos, almaceneros? -[...] Y escuchame... Ese momento del que hablás... El que vendría a ser el nuestro... -¿Después de la toma del poder? -Ése. ¿Cuánto le calculamos? -Y... Yo diría... En las condiciones actuales... Objetivas y subjetivas... Unos dos o tres años. Depende. Si hay golpe se acelera. [...] -No sé, hay cosas que no me cierran. Vos, por ejemplo, ¿también te estás proletarizando?-. Ezcurra torció canchero una comisura. -Eso es para la gilada, ¿sabés? El peronismo no necesita proletarios de probeta, ya tiene todos los que necesita. En eso, también, te convenimos. Comparados con el ERP, digo. [...] Montoneros siempre te deja hacer tus negocios como vos quieras, por derecha, siempre que sirvan de pantalla a los nuestros: compra de armas, lavado de lo que entra por secuestros, ya sabés. Y un porcentaje de las ganancias, claro. [...] -¿Y con la casa qué hago? ¿Tengo que venderla? Porque en este momento tiene una hipoteca. -Por ahora, yo la dejaría como está. Más adelante podemos convertirla en una casa operativa. [...] Las casas, las plantas bajas en general, son buenas para hacer una cárcel del pueblo. (Gamerro, 2011: 79-85)

La sátira se produce a la luz de lo que luego se vio que hizo la dirigencia de Montoneros. Ezcurra expone el doble discurso: por una parte, hay que hacerse de abajo pero es fácil subir (nuevamente la muerte emerge

como un hecho cotidiano y leve, a lo que se suma el comentario del narrador desde el punto de vista de Marroné, especulando en comparación con el mundo de la empresa); por otra parte, un deslinde entre el arrebató por las armas y quienes pueden proyectar su futuro acomodaticio de manera calculadora. El tiempo de los negocios pone al desnudo la contradicción puertas adentro del propio Movimiento Peronista: por izquierda, la patria socialista (una contradicción en sí misma, desde el punto de vista de la izquierda ortodoxa); por derecha, pacto con la burguesía nacional. La línea que dirime la *gilada* de la *avivada* es la que delimita la *carne de cañón* de la *dirigencia entreguista*: entreguista de los ideales de lucha y de los propios compañeros, según se presta a sospecha lo ocurrido en la realidad histórica. Todo queda expuesto en la mesa de negociaciones: de igual a igual, estos dos hombres, cuya pertenencia de clase los une, ofrecen un capital, consultan condiciones, franquean el ingreso a un club de socios financieros.

El diálogo satírico critica y denuncia aquella *aventura* guerrillera que costó decenas de miles de vidas. No sólo no se previó cobertura ante una coyuntura represiva como la que se desató entre 1974 y 1983 sino que se expuso doblemente a quienes habían conseguido salvar la vida en una primera redada (Contraofensiva de Montoneros), y se desoyeron las voces disidentes: el caso emblemático es el de Rodolfo Walsh, cuyas críticas constan en el reporte que publicó Montoneros en 1979 bajo el nombre *Los papeles de Walsh* (Walsh, 1979), y en el hecho de que se haya opuesto a modificar la “Carta abierta de un escritor a la

Junta Militar” en función de las indicaciones del grupo, como se sabe, y la haya firmado con su propio nombre y apellido. Por otra parte, sigue latente la fuerte sospecha acerca de la entrega de compañeros en citas cantadas y delaciones con el objetivo ya no de salvar el propio pellejo sino de avanzar en negocios conjuntos con quienes detentaban el poder por aquel entonces.

4.5.2. Matar al padre

En el capítulo tercero –cuyo título, “Todo lo sólido se disuelve en el agua”, remite abiertamente al *Manifiesto Comunista*–, Marroné es citado a la mansión del jefe. Allí, conoce íntimamente a su esposa y a su primogénito Fausto, en quien descubre, con sorpresa, a un *compañero*. “¡El hijo del señor Tamerlán, montonero! ¡Y dando por supuesto que él, Marroné, también lo era!” (Gamerro, 2011: 118), que se había sumado a la causa seducido por una compañera de colegio: “[...] el entregador del señor Tamerlán había sido su propio hijo, instigado o engañado por una Mata Hari de secundario” (Gamerro, 2011: 120). Este hecho pone al descubierto no sólo la juventud de los miembros de aquellas organizaciones –cuando menos, los miembros de base–, en muchos casos adolescentes, sino los móviles *románticos* –en sentido amplio– que operaron en algunos casos. La figura de María Eva opera como un imán para el propio Marroné, reforzando esta idea crítica. A su vez, la épica dominante vuelve vergonzante su origen para algunos hijos de la burguesía, que lavarían sus culpas sumándose a la causa y exponiendo

a sus propias familias en favor de la lucha colectiva (los casos históricos son, una vez más, numerosos).

[...] entiendo que no me tengan confianza. Después de todo soy el hijo del explotador, ¿no? El hijo del golpista, el hijo del nazi, el hijo del... del... [...] Los compañeros me explicaban que no tengo que tomarlo así, que a fin de cuentas no es una culpa personal sino de clase [...]. Pero no lo conocen como yo. A veces... -había tragado saliva antes de continuar-, a veces me gustaría que las negociaciones fracasasen, y que pague por todo lo que nos hizo y no verlo nunca más. (Gamerro, 2011: 121)

A esa culpa por pertenencia de clase se suma el dolor por el vínculo que une a padre e hijo.¹²² Las palabras de Fausto (h) mencionan todos los calificativos de repudio social que pesan sobre Tamerlán –y que él carga en su apellido y en su historia-, pero subraya el hecho de que no son éstos los que lo distancian de la figura del padre sino otros desconocidos, de índole familiar e íntimo, al punto de desear verlo muerto. Cuán aberrantes pueden ser, sólo cabe imaginarlos en relación con aquellos otros de público conocimiento. Esta doble vertiente social y personal, grupal e individual, literalizan en Fausto (h) el deseo edípico (“matar al padre”; cf. Freud, 1996: 157), que es también la escapatoria brutal tanto a un mandato y a un destino de clase, como al tormento y la represión vincular que caracteriza esa relación padre-hijo.

No obstante, para Marroné la misión permanece por el momento incólume: debe entregar el dinero del rescate para salvar la vida del jefe. Esa indefinición de bando para él no es tal, ya que en ningún momento –a pesar de la fuerte toma de contacto que le toca vivir con el mundo

¹²² El lector de Gamerro conoce bien a Tamerlán ya desde la publicación *Las Islas*, y puede comprender el vínculo enfermizo entre padre e hijo; volveré sobre la cuestión en el capítulo 6 de esta tesis.

obrero y la militancia- abandona el rol que le fue asignado por la empresa o, más exactamente a estas alturas, por la familia. La aventura prosigue con la interpretación de los mensajes cifrados que los cobradores le van dejando en el camino hacia Tigre, lugar de la entrega, hasta que una balacera lo deja inconsciente en un garaje, de la que despierta en el capítulo siguiente. Entonces encuentra frente a sí, como en un sueño, a María Eva a cargo de su cuidado y recuperación.

4.5.3. Biografía de Ernesto “Che” Marroné

*Quando leggemmo il disiato riso
esser baciato da cotanto amante
questi, che mai da me non fia diviso,
la bocca mi baciò tutto tremante.*

D. Alighieri

A la figura entre fabulosa y maternal, que nuevamente emparenta a este personaje con las características idealizadas de la figura de Eva Perón (*el Hada Buena*), se suma una pasión en común entre ambos, que vuelve a mediar en el vínculo: la lectura. Gran lectora, como ya había sido revelado en la novela anterior, María Eva frecuenta literaturas novedosas para este Ernesto convaleciente, muy alejadas de aquellas lecturas de autoayuda y forja personal que eran referencias de primera mano para Marroné, y de este modo lo recibe en su regreso a la conciencia y la asimilación del nuevo entorno en el que se halla inmerso. Están en una isla, en pleno Delta del Paraná, donde la célula guerrillera que comanda Miguel, pareja de María Eva, se refugia clandestina y avanza en los objetivos que la revolución hace imperantes.

-Ya no tenés más casa, Ernesto. Te la allanó el ejército. Están adentro. También en la empresa te esperan. -¿Eh? -Piensan que estás con nosotros-. [...] Todo, todo estaba perdido. Trabajo, carrera, casa, familia, futuro. De un tirón le habían arrancado, entera, la vida. No era nadie. No tenía nombre. Era un clandestino. [...] Se habían desmoronado todos sus sueños de promoción y progreso. De favorito de la Familia y virtual presidente, o vice, había pasado a ser el paria, el traidor, el infiltrado. ¿Y qué dirían de él ahora? Algunos, que lo había hecho por convicción ideológica; otros, por quedarse con un porcentaje del rescate; ninguno, en todo caso, se privaría de invocar el humilde color de su piel como agravante o -lo que era todavía peor- como atenuante. “Y, viste, por algún lado tarde o temprano les sale lo negro”, sería el comentario común a ambos bandos. (Gamerro, 2011:138)

De este modo, Ernesto asimila de un golpe -pero de labios de la muchacha que adora- su nueva circunstancia. Las aspiraciones de Marroné están en ruinas y, lo peor de todo, es que se siente *nadie*: aún no consigue asimilar una nueva identidad, aunque algunas cosas de este nuevo mundo lo atrajeran. Las sensaciones de angustia y desgracia se refuerzan en las hipótesis que imagina en su ex entorno acerca de su caso: las más ofensivas, aquellas que miran con pena su origen, en una especie de racismo positivo que lo hace sentir doblemente agredido (entre ambos prejuicios, prefiere el desprecio a la lástima). En cualquier caso, parece haberse quitado por fin, de manera involuntaria, cualquier identificación asociada a su pellejo: es un *paria*, no está ni aquí ni allá. No hay más sensación de escisión porque no existe una pertenencia, nadie lo reclama como parte de un grupo. El único afecto que parece reclamarlo es el de María Eva, que le descubre un mundo. La atracción es mutua, y a ella se aferra Ernesto.

Esa noche se la pasaron discutiendo si un hijo de la burguesía podía hacerse revolucionario y coincidieron en que sí, y que Sartre habría escrito una obra muy distinta si hubiera conocido al Che Guevara antes. La literatura era un terreno seguro para la conversación, pues debido a

las rígidas normas del tabicamiento no estaban permitidas las confidencias personales. (Gamerro, 2011: 142)

En esa larga noche compartida no sólo se habla de Sartre, primer referente por aquellos años de la literatura entendida desde el compromiso social. También, como el Che, emergen figuras que son tráfugas de clase, ya sea para hacer la revolución o, sencillamente, por atracción, como es el caso de las transgresoras figuras femeninas de Lady Chatterley (Lawrence, 2006) o la señorita Julia (Strindberg, 2004). También debaten en torno al *índex montonero*, que exilia de la república socialista a Borges e invita, en cambio, a Cortázar (que, por esos años, ya era partícipe de la causa) y Roberto Arlt, entre los argentinos, y por supuesto a García Márquez. Con respecto a los cubanos, Marroné tiene problemas con Lezama Lima, Cabrera Infante, Arenas... los compañeros le aconsejan desintoxicarse con Guillén y Carpentier. La sátira coloca la literatura dentro de la misma lógica de alineamiento que operó por aquellos años.

En la cita anterior hay también una palabra testigo que reclama atención: se habla del *tabicamiento*. La palabra *tabique* remite de manera automática a la represión clandestina y sistemática bajo terrorismo de Estado que se organiza desde que la junta militar encabezada por Videla, Massera y Agosti toma el gobierno en 1976. Los sobrevivientes del horror declararon en la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Co.Na.De.P.) y reconstruyeron todo el léxico de cautiverio que se había ido conformando por aquellos años (*Nunca Más*, 1984). La palabra *tabique* hacía referencia a la venda de

colocación permanente que portaban los secuestrados y les impedía todo contacto visual. Se sabe, a su vez, que las organizaciones guerrilleras que habían pasado a la clandestinidad evitaban comprometer a sus miembros con el conocimiento de los nombres verdaderos de los compañeros y de los lugares que ocupaban, mediante el uso de apodos o “nombres de guerra” y la distracción en las rutas de transporte hacia las casas operativas (tomando caminos alternativos, no directos, y/o dando vueltas injustificadas con los automóviles), y que al hacerlo pedían a sus miembros que se cubrieran los ojos. Aquí, la novela asimila, mediante la palabra *tabicamiento*, ambas circunstancias, la del cautiverio y la de la clandestinidad, provocando un efecto anticipatorio y escalofriante, por la asimilación entre ambos procedimientos.

A pesar de todas las prohibiciones y del propio índice, Ernesto y María Eva leen el cuento “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz”, en el que Borges vuelve sobre la obra que es centro del canon nacional (y que signa, según entiende, el destino de la patria; ver Borges, 1989: 36-37; Borges, 1989: 175; Gamarro, 2015b: 51-80) para señalar cómo opera la llamada del destino sobre un hombre, se encuentre ocupando el rol que sea.

-“Lo esperaba, secreta en el porvenir, una lúcida noche fundamental: la noche en que por fin vio su propia cara, la noche en que por fin oyó su nombre... Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad *de un solo momento*: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es” [...]. Y a vos... ¿ya te llegó ese momento? -No sé... supongo que sí, cuando decidí unirme a... Pero tampoco fue así, ¿no? La revelación de un instante. Fue más gradual... Y tampoco sé si uno puede saber quién es para siempre, como dice Borges. La vida es tan larga... A veces me lo pregunto... ¿Sabés con qué? Con la tortura. Cuando me

toque... Porque me va a tocar, tarde o temprano, es algo a lo que una, cuando se mete en esto, está resignada... Me pregunto... si voy a aguantar o no... sin cantar... Dicen que no es tanto la resistencia al dolor, sino el grado de conciencia, de solidaridad... Ahí es donde vas a saber la verdad sobre vos mismo, ¿no? [...] ¿Y vos, Ernesto? ¿Ya viste tu propia cara? -No, no. Pero todavía no pierdo las esperanzas... Sobre todo ahora, que estoy con ustedes. No sé... Me doy cuenta de que estoy cambiando, día a día, pero todavía no es el cambio, ¿no? Siento que todavía hay tantas cosas que me atan al pasado... ¿Será como dice Inti, que en un momento se da el salto cualitativo? Yo lo que a veces me imagino es que en ese momento irreversible me voy a despojar del viejo Ernesto Marroné como Tadeo Isidoro Cruz de su quepis, y... (Gamerro, 2011: 150-151)

Ernesto, movilizado por el cuento, pregunta a María Eva si ella ya sabe quién es, cuestión que él viene preguntándose posiblemente desde siempre de manera inconsciente pero a conciencia desde el momento en que le toca tomar contacto con los obreros y la militancia. Reconoce el cambio pero también los lazos con su pasado más inmediato. No obstante, a juzgar por sus palabras, parece estar expectante ante ese momento, como si no dudara de que fuera a llegar y de que es –en esto disiente de su compañera- *irreversible*. En el cuento de Borges se lee, poco más adelante: “Comprendió que un destino no es mejor que otro, pero que todo hombre debe acatar el que lleva adentro” (Borges, 1996a: 563); Borges propone, entonces, un destino sustancial, del que desconocemos su basamento y su cifra y, a diferencia de Marroné, no asigna jerarquías a los caminos de una vida. Como lectores, podemos anticipar que, para Ernesto, o bien nunca llegó ese momento, o bien fue absolutamente reversible. En cualquier caso el texto subraya las dudas, así como la capacidad de enamoramiento de una causa y de una idea, en aquel hombre que teme por el presente de su hijo porque conoció en sí mismo la fuerza de esa pulsión.

El idilio de las lecturas se ve interrumpido por la sanción de Miguel, que exige a María Eva –como era usual- una autocrítica ante lo que considera un comportamiento en falta. Ella, que considera que “porque es hombre, subió más rápido” (Gamerro, 2011: 156), la escribe a instancias de Ernesto, adoptando una postura estratégica. Para ayudarla en esta tarea, Ernesto decide consultar *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*, donde “leyó estupefacto su propio subrayado” (Gamerro, 2011: 160). El viejo ejemplar no seguiría allí, en su *attaché*, por mucho tiempo más.

¿Convertirse en un perro faldero para ganarse la palmada del amo? ¿Y éste había sido, hasta ahora, su libro de cabecera? ¿Un libro que recomendaba la generosidad en términos de mero interés personal, equiparaba la enseñanza con la manipulación, y justificaba la amistad en términos del más desembozado utilitarismo? [...] *Cómo ganar amigos* era la prolongación del dedo de Tamerlán por otros medios. [...] ‘Quemar las naves’, se dijo con súbita decisión, y arrojó río arriba, en una larga parábola, *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*. (Gamerro, 2011: 161)

El libro, que a propósito de su (ex) jefe le trajo a la memoria la célebre frase de von Clausewitz, fue a parar al río, donde todo lo sólido parece disolverse: el mismo río que dos años más tarde sería la fosa común más grande que tuvo la patria.

4.5.4. Para una crítica de la autocrítica

Conversaciones con el Colorado. Autocrítica de su intelectualismo (y el de su grupo) en términos muy intelectuales. Crítica de la autocrítica, etc. Intenté definirlos, aplicando la definición sólo a I: Hacen política sobre política: así como Borges hace libros sobre libros.

En esta autocrítica de la militante, la novela se permite mostrar la expresión de malestar por la diferencia ante el escalafón ejercida entre hombres y mujeres. El pedido de disciplinamiento, otro de los “géneros” típicos de la militancia, requiere un escrito que habilita la farsa.

“Compañero responsable: ahora soy consciente de hasta qué punto le debe haber costado sancionarme. Teniendo en cuenta la relación personal que nos une, debe haberle sido muy difícil volverse objetivo a la hora de dirimir responsabilidades y asignar castigos. Vencer la tendencia natural y espontánea a comprenderme, a aceptar mis debilidades ideológicas y cubrirme, ser capaz de ponerme en evidencia y hacer de mis falencias una advertencia y un ejemplo para bien de todo el grupo, requiere un grado de desapego y disciplina que es el privilegio de quienes han asumido el máximo compromiso. Que haya tenido la paciencia y el acierto de hacerme ver las cosas desde una nueva óptica, despojada de subjetivismo individualista, es algo de lo que le estaré eternamente reconocida”. (Gamerro, 2011: 159)

La estratagema pautada entre María Eva y Ernesto surte efecto: “Está muy bien. En este acto, compañera, se levanta la sanción”, dice Miguel ante todo el grupo que ha oído la lectura (Gamerro, 2011: 160).

Poco después, Ernesto es propuesto como combatiente y elige “Ramón” como nombre de guerra, en honor al apodo que el Che utilizó en Bolivia. De este modo, quedaba consolidado su ingreso formal a la Organización.

Entonces le explicaron la situación. La célula era una fracción de la Columna Norte actualmente en disidencia con la Conducción Nacional de Montoneros; más allá de ciertas desavenencias tácticas, las diferencias de base eran, en lo ideológico, su escepticismo respecto del potencial revolucionario del peronismo, en la actual coyuntura; y en lo militar, una renovada fe en el foquismo rural de cuño guevarista. La casa era apenas la fachada de una empresa inconmensurablemente más vasta: establecer un foco guerrillero a las puertas mismas de Buenos Aires. En el corazón oculto de la isla estaban construyendo una base permanente, bautizada El hombrito en homenaje a la que en la Sierra Maestra había construido

el Che Guevara. -La experiencia revolucionaria concreta -le explicó Miguel- no puede exportarse así sin más a otras tierras y otros pueblos. Porque el Che operaba en la sierra, se piensa que el único lugar para establecer un foco es la selva de montaña. Y entonces todos se van a Salta y Tucumán, zonas aisladas, a miles de kilómetros de las ciudades importantes. Y sin embargo el Che mismo nos da la clave, cuando propone crear dos, tres, muchos Vietnam. En Vietnam tenés dos escenarios claramente diferenciados: las selvas de montaña -ya, ya, lo clásico, no hace falta que me lo digas- y el delta del Mekong: ahí fue que los yanquis encontraron las peores dificultades. Y nosotros, que tenemos el Delta, ¿sabés, al Mekong, por dónde nos lo pasamos? ¡Tres mil kilómetros por el Paraná y el Paraguay, mil quinientos por el Uruguay; una red que conecta cinco países y que pasa por ciudades como Asunción, Resistencia, Corrientes, Santa Fe, Paraná, Rosario y llega hasta Buenos Aires! ¡El camino de Ho-Chi-Minh ya está trazado, y es un camino de agua! ¡Por él va a bajar la revolución desde el norte como una inundación, arrastrando todo a su paso! -La nuestra sería la última estación -continuó Inti- antes del avance sobre la Capital. Concentramos todas las tropas acá, bien a cubierto, y cuando sea el momento, ¡zas! Cruzamos el río de un salto. La columna ya tenía nombre: se llamaría la Columna Che Guevara, y su carta de presentación sería una fotonovela sobre la vida del Che, similar a la que ya habían hecho sobre Evita. Ernesto aprovechó para decirles hasta qué punto lo había marcado su lectura. -Me gustó mucho. Sobre todo la parte del Renunciamiento. - Bueno, gracias -dijo Inti, y luego, en un característico arranque de modestia-: Igual me parece que nos dejamos llevar un poco por el folletín, ¿no? Evita actriz, la gira europea, las joyas, las pieles. Ahora, con la del Che, vamos a ir directo al grano. ¿Qué nos importa el Che emparentado con la oligarquía, el Che jugador de rugby, el Che *beatnik* de la motito? Ése es un Che para burguesitos rebeldes. El Che con Fidel a bordo del *Granma*, navegando hacia Cuba, ése es el Che que necesita el pueblo. (Gamerro, 2011: 158-170)

Mediante el recurso de la crítica a la dirigencia, entonces, la novela puede abrirse hacia el otro polo de la militancia guerrillera, ligado ya no al peronismo sino al comunismo, y en particular al guevarismo. De este modo, se permite recorrer los lugares comunes y la historia de ese grupo tal como lo hizo con otras facciones sociales que conformaron la historia del país.

En este caso, la referencia tácita es al ERP y su decisión de tomar la selva tucumana como foco desde el cual comenzar a avanzar sobre el territorio, tal como se hizo en Cuba desde la Sierra Maestra. La sátira se

produce al poner en boca de Miguel la mirada crítica y sarcástica hacia esa decisión: para qué aislarse en el interior del país teniendo a sus pies el litoral, con su delta y su estuario atravesando ciudades clave. La vuelta de tuerca se da aquí una vez más redoblando la apuesta satírica: si bien Miguel e Inti parecen capaces de prever lo que parece haber sido anunciado por algunos miembros de Montoneros, esto es, la falta de apoyo de las bases peronistas para llevar adelante el proyecto revolucionario, caen sin embargo en el mismo optimismo utópico al creer que la revolución bajará como un maná, con la naturalidad con que bajan las caudalosas aguas del Paraná. Los prototipos que revisitará la novela giran ahora en torno al Che, como antes lo hicieron en torno a Evita.

4.6. Seremos (como) el Che

*Es otra cosa la que hay que pasar
los pasaportes*

EL CHE EN LA ADUANA

*Al pasar aquel afiche en que el doctor
Ernesto Guevara mira*

*Al pasar el afiche en que Ernesto Guevara
mira un poco arriba y su derecha
una sola estrella en la boina
(estaba serio ese día)*

R. Walsh

4.6.1. Calcomaniacos

Llegada a este punto, la novela presenta un “Intermedio” que es una prolepsis respecto de la acción inmediata anterior, y que retrotrae al lector al presente del póster en la habitación del hijo.

[...] cae de su interior un rectángulo de cartón amarillento, y al darlo vuelta se queda por unos segundos helado. Desde la foto lo contempla un hombre de melena leonina, boina con una solitaria estrella blanca y ojos acusadores que lo taladran; diríase el mismo que cuelga en el cuarto de su hijo, salvo por un par de detalles: la tez más oscura, la barba menos rala, los rasgos apenas achinados. (Gamerro, 2011: 175-176)

El protagonista de la aquella fotonovela fue, claro, el compañero Ernesto; María Eva en persona se encargó de caracterizarlo, pintando su barba con corcho quemado. En el capítulo 5, “El diario de Marroné en el Tigre”, se retoma el curso de aquella acción calcando discursivamente por pasajes -tal como lo anticipa el título- diarios y

apuntes del Che Guevara.¹²³ Sobre el calco discursivo (Gómez-Moriana, 1997) se imprime, en este caso, un intento de calco fisionómico, moral, ideológico, identitario.

Es este trabajo sobre los lenguajes de una sociedad (capaz de ironizarlos, de contrastarlos, de parodiarlos e incluso de subvertirlos) la operación más importante que realiza la literatura desde muy antiguo –y bajo muy diversas formas– sobre los usos (socialmente) regulados del lenguaje: rompiendo las fronteras de las formaciones discursivas pertenecientes a los diferentes campos del saber, como también de las relativas a los campos de la creencia, de la ficción y de las más diversas prácticas sociales (política, jurídica, económica, administrativa), la literatura somete a examen, sopesa y contrasta sus discursos, ofreciendo así una imagen plural y contradictoria de la sociedad que los genera y soporta (Gómez-Moriana, 1997/1998: 158).

Todo el capítulo toma la forma de un diario: “15 de febrero. Hoy comienza una nueva etapa” (Gamerro, 2011: 177), y los propios nombres de los compañeros que son parte de esta expedición están “tomados de los diarios del Che” (Gamerro, 2011: 182). Como en un juego de espejos, asistimos al calco del calco: somos lectores de un diario que copia a un diario para ser retratado en una fotonovela. El hallazgo está en la crítica a la ortodoxia: al revisar los documentos de la guerrilla en la Argentina de los años sesenta y setenta es notable cómo se tomaba al pie de la letra la experiencia revolucionaria previa.

¹²³ Respecto de las reescrituras de los diarios del Che, dice Gamerro: “A mi entender, la recreación más interesante de los escritos del Che en la literatura argentina, hasta el presente, ha sido *Guerrilleros (una salida al mar para Bolivia)* (1993), única novela publicada de Rubén Mira, que podría describirse, en principio, como una versión del *Diario de Bolivia* reescrito por William Borroughs. [...] *Guerrilleros* es también una novela-puente entre generaciones, en ella están los setenta vistos a través del cristal de esos noventa que, en un principio –hasta leerla–, aparentemente les eran antagónicos en todo” (Gamerro, 2015b: 414-415). Si bien escapa al marco de esta tesis tomar el cotejo con la novela de Mira, se conoce por declaraciones del autor la gravitación que tuvo en sus propias novelas aquel estilo satírico y ese inesperado puente trazado entre los años setenta y noventa, muy manifiestos tanto en *La aventura de los bustos de Eva* como en *Un yuppie en la columna del Che Guevara*.

[...] corresponde a la Conducción (concebida en un sentido panamericano más que nacional) el ir coordinando la unión de los distintos tramos hasta completar el trazado de la red global, que comprenderá la Red Sudoriental del Llano (Cuenca del Plata) y la Red Nororiental del Llano (Cuenca Orinoco-Amazonas); este Camino Oriental se conectará a su vez con el Occidental o Andino, según el proyecto del Che de hacer de los Andes la Sierra Maestra de América. (Gamerro, 2011: 183)

En esta línea, la mirada se expande desde el ámbito nacional hacia el continental, siguiendo siempre el curso marcado por la monumentalidad geográfica: si antes eran los grandes ríos, ahora es – nada menos que– la cordillera de los Andes, todo un símbolo de altura, fortaleza y unión continental; es también un símbolo asociado a la gesta emancipatoria iniciada desde el sur del continente: el Cruce de los Andes fue la estrategia revolucionaria que posibilitó a las tropas sanmartinianas la liberación de Chile y Perú. En este sentido, la gesta iniciada en Cuba y ambicionada por el Che para el sur del continente viene a emparentarse y presentarse como continuidad de aquella primera revolución (burguesa) que consiguió el estatus republicano para las ex colonias españolas (salvo, paradójicamente, Cuba). Lo mismo vale para la figura de Ernesto Guevara, que es puesta en serie con la del Libertador de América (y Padre de la Patria, tal como lo estableció la historiografía argentina). De este mismo modo operó la discursividad chavista, entroncada con aquella gesta desde el propio nombre que se otorgó la “Revolución Bolivariana de Venezuela” y que estaba, por los años de escritura de la novela, en su punto cúlmine; décadas más atrás, lo propio había hecho Cuba con la figura de Martí,

el “apóstol de la Independencia de Cuba” y/o “apóstol de América”, muerto en la guerra por la emancipación de la isla.

Después fue un momento solemne pues Fidel, casi de soslayo, por no decir medio a regañadientes, me nombró comandante de mi propia columna del ejército guerrillero, confirmando el nombramiento con una pequeña estrella que me entregó María Eva, que hacía de Celia, susurrándome al oído: “Ahora sí que estás igualito”, pinchándomela sobre la boina, que a partir de ahora reemplazará definitivamente al birrete. (Gamerro, 2011: 188)

En su afán por el calco y a pesar de los celos –inmanifestables en tales circunstancias- que siente por su compañero, a Miguel, que toma el rol de Fidel, no le queda más remedio que nombrar “comandante” a Ernesto quien, muy metido en su rol, anota en su diario:

Similitudes entre el Che y Yo:

1. Inmoderada pasión por la lectura.
 2. Determinación tenaz de sobreponerse a una dolencia física crónica.
 3. Fe en los estímulos morales antes que en los materiales.
 4. Creencia en la posibilidad de dejar atrás el hombre viejo y gestar el nuevo.
 5. No somos, en última instancia, hombres de familia.
- Mi pelo está creciendo, y me nace la barba: dentro de un par de semanas, seré él. (Gamerro, 2011: 189)

Este juego de roles le permite a Marroné probar(se) ser otro, proyectar un cambio de identidad, asumir el mandato del Che de *dejar atrás el hombre viejo y gestar el nuevo*, con todo lo que eso implica para él. Y así parece hacerlo, a juzgar por los puntos 3 y 5 de su listado, en los que asume prioridades opuestas a las que su (ex) medio le demandara. Todo este cambio se ve coronado por la nueva apariencia física, que lo alejan del aspecto que siempre tuvo, al punto de creer(se) que llegará en breve a la identificación total con el comandante. No obstante, el resultado no arrojaba esa fusión.

El de las fotos no era el Che. Era yo. La única que guardaba algún parecido era la que me había sacado María Eva leyendo: justamente aquella en la que no estaba haciendo del Che, sino de mí mismo.

Ahora, mientras escribo estas líneas, no puedo dejar de cavilar sobre el asunto. Sabía, por supuesto, que no alcanzaba con dejarme crecer la barba y el pelo, vestir un roto uniforme verde oliva, calarme una boina con estrellita y mirar fiero a cámara. ¿Cómo se convierte un hombre en el Che Guevara? No basta, evidentemente, con interiorizarse de su vida, leer sus escritos, tratar de meterse en su mente. Eso es apenas copiarlo. Y el concepto clave, los propios escritos del Che lo enseñan, es no el de imitación sino el de emulación: seguir su ejemplo no servil sino creativamente, desarrollar sus potencialidades inexploradas, aprender de sus errores y triunfar allí donde él había fracasado. No se trata de comprender al Che, sino de transformarse en él, de recoger el fusil donde él lo había dejado. (Gamerro, 2011: 191-192)

Ese fusil que el Che deja tras su muerte se traduce en militancia social y armada. Ambas produjeron como legado cuadros políticos e intelectuales y textos, muchos textos. Como este mismo que lleva a Ernesto a emular al Che mediante una escritura delirada, “casi a la manera de Arlt, cuya visión era peronista, o más bien del peronismo, *avant la lettre*. Los siete locos, pero esta vez heroicos” (Walsh, 2010: 173).

4.6.2. Por una escritura revolucionaria

El análisis que ya entonces Ernesto hace de esa experiencia vuelve sobre la crítica al género elegido como material de persuasión para las bases.

Según Inti, la fotonovela arrastra el estigma de su origen, que es el de no ser tanto un género popular sino un género burgués para consumo popular. Para lograr una fotonovela auténticamente proletaria debemos dar el salto a la fotonovela de no ficción, donde lo documental recupere su primacía. Por eso desde mañana Benigno tomará fotografías directamente del natural, durante la marcha, y será a partir de ellas que Inti escriba el guión y arme la fotonovela. Estamos poniendo el procedimiento de cabeza: primero los hechos, luego las imágenes, y por último las palabras. (Gamerro, 2011: 192)

La discusión que se retoma es la que efectivamente existió y de la que se tiene clara constancia por los papeles de Walsh.

Cuando comienzan los años setenta, en un reportaje realizado por Ricardo Piglia, Walsh hace la crítica de la novela burguesa y se ve obligado a explicar su propio proyecto como si se tratara de una tentación de clase, al mismo tiempo que reivindica sus trabajos periodísticos, quizás para recuperar el sentido de su pasado y ponerlo como precursor en una sociedad revolucionaria. La lucha política ya no parece aquello que amenaza la obra sino el medio para que esta alcance el eco en una sociedad nueva. El período burgués arrastraría a su sepulcro a la novela, cuyo final sería “esplendoroso como todos los finales”, teoría apocalíptica pero de pompa y circunstancia para un género que lo desvela (¿ansía todavía la gloria de ser el último autor de ficción?), y escupe al cielo de la muerta (la novela) [...], y siempre con la divisa de la denuncia, le achaca su inocuidad, que es lo mismo que llamarle cobarde: “...me hicieron la pregunta cuando apareció el libro de Rosendo. Un periodista me preguntó por qué no había hecho una novela con eso, que era un tema formidable para una novela. Lo que evidentemente escondía la noción de que una novela con ese tema es mejor o es una categoría superior a la de una denuncia con ese tema. Yo creo que esa es una concepción típicamente burguesa, de la burguesía y ¿por qué? Porque evidentemente la denuncia traducida al arte de la novela se vuelve inofensiva, no molesta para nada, es decir, se sacraliza como arte”. (Moreno, 2018: 330-331)

Aquí, además, no se habla de novela sino de fotonovela, por lo que el carácter popular de ese consumo de ficción queda remarcado: la imagen es siempre más masiva y veloz que la palabra. La fotonovela de no ficción funciona entonces como parodia de la serie de “denuncias” -tal es el nombre que Rodolfo Walsh les da en la cita anterior a los libros que la crítica llamaría *non-fiction* o *novela testimonial*- que comienza con *Operación Masacre*, publicada en 1957 y ampliada a lo largo de los años mediante una serie de paratextos que fueron reponiendo la actualización del caso y otros datos (Hernaiz, 2012: 11-56), y que sientan clara evidencia del recorrido ideológico-autoral de Walsh, que lo

llevaría a ser reconocido como el prototipo de escritor político (Sartre, 1967: 7-23) en el caso argentino.

Porque Walsh es sin duda el modelo de lo que en los años sesenta y setenta se entendía por escritor político, modelo que puede definirse a partir de cuatro coordenadas: el testimonio, cuya equivalencia estética con la ficción Walsh proponía; la denuncia, que debía ser también clandestina, como lo fue en el caso de Operación Masacre y la Carta abierta de un escritor a la junta militar; el compromiso, que Walsh asume tanto en su obra como en su vida, cuando posterga su novela para dirigir el periódico de la CGT; y la militancia, que Walsh asume plenamente con su ingreso a Montoneros y con su encono por abandonar el modelo del intelectual crítico y asumir el del intelectual orgánico, subordinado a la línea del partido. (Gamerro, 2105: 417-418)

Es en esa propia búsqueda personal, cuya trayectoria se produce en el particular cruce entre las armas y las letras que se da en el contexto de las revoluciones que buscaron derrocar el capitalismo en América Latina, el que propicia por primera vez el reconocimiento del Che no sólo como figura emblemática de guerrillero sino como escritor. Y es Walsh quien lo enuncia, de este modo:

[...] una problemática nueva y compleja: la difícil transformación del intelectual en protagonista de la vida de su pueblo. Era inevitable que la saga revolucionaria fascinara a muchos de aquellos jóvenes, que apareciera casi obsesivamente en sus poemas, cuentos y novelas. Igualmente inevitable quizá era un fracaso de conjunto frente a un tema tan rico pero tan conflictivo. Quizá ninguna de las piezas que componen la ya vastísima saga iguala en rigor y emoción a los sencillos relatos revolucionarios de alguien que no se postulaba como escritor, el Che Guevara. La novela de la revolución cubana está aún por escribir. (Walsh, 2010: 102)

Porque entre los textos que produce la revolución están los diarios del Che. Allí sí se cumple el orden que Marroné proyecta como ideal de la fotonovela que están armando: primero los hechos, luego el registro. Se cumple sin un plan previo pero con el rigor documental del estratega,

porque la escritura está crudamente puesta al servicio de la revolución, sin más estilización que la que se permite la toma de notas personal, cargada de la emoción subjetiva atravesada por el recuerdo de la experiencia, mediato e inmediato. El Che intelectualiza la praxis, aunque sabemos por sus lecturas que siempre abrevó en su teoría -y produjo la propia, la “teoría del foco”: una vez más, a pura praxis; “un foco infeccioso, pero benéfico; no por nada era epidemiólogo el doctor Guevara” (Gamerro, 2015b: 408). El Che intelectualizó en el campo, en papeles que cargó a fuerza de soltarlo todo, a excepción del armamento.

Los escritos del Che han sido propuestos, sobre todo desde Cuba y desde las diversas izquierdas latinoamericanas, como modelo de literatura comprometida, de escritura que lleva a la acción política por el camino más directo. Pero lo cierto es que la lectura era, para el Che, lo mismo que para la mayoría de nosotros: un escape. ¿Quién aguanta el peso de la realidad veinticuatro horas por día, o dieciséis, si descontamos las de sueño, los 365 días del año? Sobre todo la clase de realidad que debía soportar el Che Guevara, a la que se sumaba la enorme responsabilidad –autoinfligida, es cierto- de ser el espejo en el que se miraban no sólo sus hombres sino el mundo entero. Una de las fotos más famosas lo muestra en Bolivia subido con un libro a lo alto de un árbol. Lo que la foto dice es clarísimo: ‘Se van todos a la mierda y me dejan leer tranquilo’. (Gamerro, 2015b: 406)¹²⁴

¹²⁴ Subrayados míos.



Ernesto "Che" Guevara leyendo en lo alto de un árbol (Bolivia, 1967)

La comparación que Gamarro arma en "Las tinieblas del Che" (capítulo de su *Facundo o Martín Fierro* dedicado a los escritos de Guevara) es, como dejan ver los subrayados, tramposa: mientras que el Che *lector* busca no sólo pensar sino evadirse (cf. "Ernesto Guevara, rastros de lectura" en Piglia, 2015: 103-138), los *escritos* están volcados a documentar la acción: los días son narrados en función de acciones,

altas y bajas, ganancias y pérdidas, valoración y aleccionamiento de la tropa, evaluaciones tácticas. Entre medio, completando esa pragmática grilla, se cuele la literatura: el brillo y la gracia aparecen de mano de anécdotas -cargadas de humor en muchos casos- y de reflexiones – dolorosas, en tantos otros-. La escritura es para Guevara otra herramienta para los objetivos que traza la acción, cuyos momentos de evasión son sólo un permiso que se da la trama económica del relato.¹²⁵ Volveré sobre este punto a propósito de los debates en torno al objeto *literatura* que expone esta novela de Gamarro, recogiendo -en clave paródica- los que Walsh dejó sembrados en sus papeles personales (2010).

4.6.3. La dimensión latinoamericana

El calco de la experiencia revolucionaria en Argentina, en la acción pero también en el discurso, da lugar a diversas parodias, por momentos entretejidas en la narración.

La captación simultánea de la funcionalidad de cada elemento de un texto en el nuevo conjunto, por un lado, y en el conjunto o conjuntos en que se ordena en sus orígenes, por otro, permite –por una especie de referencialidad cruzada- una mejor comprensión del proceso de significación. [...] Se trata de tener presente en el estudio del texto esa “marca” o carga semántica que llevan sobre sí sus componentes –como todo signo- por el mero hecho de haber estado integrados en otro u otros sistemas en su pasado cultural; pues su integración en el nuevo sistema que constituye el texto objeto de estudio –por muy original que sea el nuevo propósito y las funciones que en él se les asignan- no puede ignorar lo que pudiéramos llamar la *consagración por el uso*, que pesa – como toda tradición- sobre esos elementos que la componen. [...] no se puede ignorar tal convención ni siquiera (quizás, incluso con mucha más

¹²⁵ Cf. Martín Kohan, “Nunca quieto: los diarios del Che Guevara”. En: Ana Gallego Cuiñas, Ch. Estrade y F. Idmhand, *Diarios latinoamericanos del siglo XX*. Bruselas, Berna, Berlín, Frankfurt, Nueva York, Oxford, Viena: Peter Lang, 2016.

razón) cuando se trata de un uso subversivo de la misma que pretende hacer delirar el código. La lectura tiene por ello que tener en cuenta esa “marca” para poder reconocer las posibles mutaciones o incluso violaciones alienadoras a que el nuevo texto somete a veces esos elementos (motivos, acciones, dichos, situaciones, etc.) tomados de otro texto o de toda una tradición textual (Gómez-Moriana, 1984: 23).

Llegados a este punto, el humorismo que constituye toda esta novela –y buena parte de la obra de Gamerro– toma un camino particular, que es un hallazgo satírico: el texto comienza a presentar terminología ajena al léxico argentino y al dialecto rioplatense utilizado por narrador y personajes. Así, las notas de Marroné en su diario construyen frases como:

Comemos arroz con frijoles y charque, al mediodía sándwiches de sopresata. El pan estaba un poco duro. Recogimos harto zarzamora, que hay que comer en el momento porque se aplasta y no puede cargarse. (Gamerro, 2011: 194)

¿Qué encontramos aquí, qué reconocemos de manera extrañada (*ostrenenie*; ver Shklovski, en Todorov, 2011: 77-98), a qué remite al lector y qué lecturas propicia? La primera cuestión es la perplejidad ante referentes semióticos y no semióticos pertenecientes a diversos espacios del español en uso, todos hipónimos del hiperónimo *comida*: *arroz con frijoles*, *charque*, *sándwiches de sopresata*, *pan*, *harto zarzamora*. Uno solo de todos estos términos es compartido por todo el espectro de la hispanidad: el *pan*, así nombrado. Uno solo de todos es reconocible, fuera del *pan*, como rioplatense: *sándwiches de sopresata*. Otros, en cambio, son adscribibles a otros usos y costumbres, tanto léxicos como gastronómicos: el *charque* remite a la región altoperuana; *arroz con frijoles* remite, en primera instancia, al Caribe, aunque no

solamente; *harto zarzamora*, por su construcción, pareciera chileno (*harto*, en tanto “mucho”). Ninguna de estas tres últimas expresiones es rioplatense, como tampoco lo son los comestibles referidos. La paradoja que refuerza el esperpento latinoamericanista es que, todos juntos, tampoco se darían en ningún sitio de la hispanidad (cuando menos, de manera corriente). No obstante, cualquier hablante del español los reconoce como parte de la koiné. Lo gracioso es que la lectura de todos ellos juntos genera una especie de esperanto interdialectico e intercultural en el marco de la hispanidad como si, tras la figura del Che, quisiera materializarse la revolución continental también desde el lenguaje. Pareciera que el grupo de Miguel estuviera construyendo un Frankenstein latinoamericanista referenciado en el Che. El efecto es, como suele ocurrir con este tipo de intentos (tomemos por caso el famoso “español neutro” de los doblajes, o bien *Tirano Banderas*, como antecedente literario), que ningún miembro de cualquiera de las culturas que constituyen la hispanidad se siente identificado con el resultado. La unión latinoamericana representada por estos materiales estaría fracasando desde las formas con resultados hilarantes.

“Con Benigno tuvimos sesión de fotos por la tarde. En una de ellas, simulando un ataque de asma, realmente me faltó el aliento durante unos minutos. [...] El asma me dio *una tángana regularcita*” (Gamerro, 2011: 195-197).¹²⁶ Una vez más, en el sintagma subrayado desconocemos el rioplatense. Como sabemos por documentos orales y

¹²⁶ Subrayado mío.

escritos, Ernesto Guevara sufrió este proceso de adaptación del habla en todos sus niveles, desde el léxico hasta el fonético, generando extrañamiento en el público argentino (de hecho, el sintagma subrayado está literalmente tomado del *Diario del Che en Bolivia*). Aquí pareciera darse una parodia de sus diarios y alocuciones, con el refuerzo de montarse sobre un personaje que no se mueve de Tigre, a escasos kilómetros de Buenos Aires; por tanto, sobre la parodia al discurso del Che se monta una sátira a la figura de la ortodoxia militante. El calco de los diarios y de las reflexiones más célebres del Che en su práctica guerrillera es permanente; la burla completa parece concluir dentro de la propia ficción, en la que Miguel viene a demostrar el hartazgo de la ridícula identificación de Ernesto con el rol asignado.

Nuestra mala suerte ha querido que nuestros únicos contactos hasta el momento hayan sido con los elementos burgueses de las islas: comerciantes y turistas, que sin duda han alertado a las autoridades de nuestra presencia. Nuestras perspectivas no son buenas en tanto no logremos el apoyo del campesinado local que nos permita movernos en su medio como pez en el agua.

Yo, con un asma que no sé cómo cortarla. Tania y María Eva son de la opinión de que debemos asaltar una farmacia para procurarme medicamentos. Miguel sostiene que me estoy tomando el método Stanislavski demasiado a pecho y que por eso mismo el asma se me va a pasar cuando fotografiemos la escena de mi muerte. (Gamerro, 2011: 198)

La alusión al clásico actoral se hace carne en las propias palabras de Ernesto: el asma pasará cuando el actor mate en sí al personaje. A juzgar por el diario, Ernesto parece dispuesto a seguir metido en la ficción, al punto de confundirla con el plano real: como en Bolivia, entra en acción un lugareño que será baqueano, al que Ernesto quiere integrar sin solución de continuidad entre ambos planos.

[...] lo invitamos a unirse a nuestras filas o, en su defecto, a servirnos de guía por una paga adecuada. Acepta ambas cosas, y le explicamos que debe elegir una. Pregunta cuál es el sueldo para cada opción. Le explicamos que por la primera no hay tal, porque eso lo convertiría en mercenario. Elige hacer de guía, y pide un adelanto. (Gamerro, 2011: 199)

El hombre, claro, sigue la lógica cotidiana (capitalista), y en función de eso elige un rol. Nuevamente, la acción es narrada en el diario desde un dialecto extrañado, que supuestamente calca el idiolecto del Che.

4.6.4. Mitomaniacos

El disparate da lugar a la fantasía que constituye un hecho que es leyenda: el encuentro entre Evita y el Che (hecho inverosímil para la temporalidad de la fotonovela, ya que Eva murió en 1953).

[...] alguien (tal vez el fugado Fenelón) ha echado a correr la especie de que el Che Guevara había vuelto para liberar a los pobres y oprimidos guajiros del Delta, alzando las islas en armas y marchando sobre Buenos Aires, y se llegaba a decir que la mismísima Eva Perón era su lugarteniente. Hacía días que estaban esperándonos. (Gamerro, 2011: 207-208)

Fantasías. El pueblo aguardando la llamada de la liberación. La llegada del Che como un mesías. O como el propio Perón el 17 de octubre de 1945, con Eva –otra leyenda– agitando a las multitudes hacia Plaza de Mayo. El relato de Ernesto registra el imaginario heroico proyectado sobre su figura: “su decisión de dejarlo todo, prestigio, cargos, casa, mujer e hijos, para seguir luchando por los pobres y desposeídos de todo el mundo; [...] de cada Che muerto saldrían dos, tres, muchos Ches [...]” (Gamerro, 2011: 209). Parafrasea al Che en modo setentista:

la multiplicación poderosa pasa de la gesta vietnamita como metáfora a la muerte heroica como mandato.

4.6.5. Patria o muerte

Poco más adelante se presentan los primeros episodios problemáticos: un grupo de compañeros es emboscado. Como en los diarios del Che, el comandante apunta virtudes y puntos débiles de cada miembro de su tropa.

Como ejemplo negativo señalo a Benigno, que por lanzarse sobre la comida no atinó a hacerse de los rollos, principal objetivo de la toma del recreo, ni mucho menos a tomar fotos del combate, con lo cual se perdió una oportunidad única, y hasta podría decirse que los tres compañeros murieron en vano. (Gamerro, 2011: 216)

El absurdo de esta anotación, nuevamente, redobla la apuesta: si ya se había apuntado el desdén por la muerte, prototípico de los textos de la guerrilla argentina de los setenta -tomada de la retórica de las experiencias guerrilleras precedentes, muy especialmente de la cubana y guevarista-, aquí vuelve a presentarse. En este caso, el calco discursivo toma como referente dichos y papeles del Che, así como en *La aventura de los bustos de Eva* se tomaba los papeles de los grupos guerrilleros y se satirizaba su discurso.

Lo primero que nos dijo fue, 'Bueno, aquí están: ustedes aceptaron unirse a esto y ahora tenemos que preparar todo, pero a partir de ahora consideren que están muertos. Aquí la única certeza es la muerte; tal vez algunos sobrevivan, pero consideren que a partir de ahora viven de prestado.' [Relato del primer encuentro del grupo inicial del Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) con el Che Guevara, transmitido por Ciro Bustos a Jon Lee Anderson y citado como epígrafe en el testimonio de Héctor Jouvé, "La guerrilla en Salta. 40 años después", en: *La intemperie, Revista de política y cultura*, N° 16 y N° 17, Córdoba, 2004]. [...] Pero si el Che hace esta advertencia usando una retórica del sacrificio ("consideren

que ya están muertos”) es porque él mismo, al estar de nuevo en la selva después de refundar un Estado, es la prueba material de que la vida que todos los miembros del EGP podrían perder en cualquier momento, incluso el jefe, es la vida de derecha, aunque esa sea la vida sin la cual, en caso de perderla, no podrían vivir la vida de izquierda (que tampoco es la vida verdadera, sino la vida que lleva a ella). (Schwarzböck, 2016: 40)

El arrojo temerario y la entrega de la vida en pos de la causa se hacen presentes. Sin embargo ahora se suma el absurdo de considerar el registro fotográfico como parámetro de valoración de la pérdida de la vida de los miembros de la tropa. En lugar de armas, medicamentos o comida, el objetivo de la toma era la adquisición de rollos fotográficos para avanzar con la fotonovela. Como el objetivo no se cumple, la emboscada y muerte de los compañeros no puede ser documentada en registro fotográfico, hecho que pareciera lamentarse más que su propia muerte. De este modo, la causa originaria que es la revolución aparece depreciada en la farsa de colocar en su lugar, como causa, la producción de la fotonovela. En ambos casos, la muerte es tenida a menos si el objetivo se cumple; aquí, es lamentada principalmente porque ese objetivo no se concreta. Pese a las dificultades, la acción avanza hasta sus últimas consecuencias.

Nuestras bajas han sido grandes esta vez; la pérdida más sensible es la de Rolando, pero Olo era un magnífico luchador y el valor humano de los dos es imponderable. Lo de León, en cambio, es ganancia neta. Coco pintaba bien. [...] Queda así la columna reducida a doce combatientes efectivos, el mismo número que el de los sobrevivientes del Granma y los fundadores de Montoneros. Quizá sea éste, finalmente, el núcleo de acero purificado de escoria que tanto buscábamos. (Gamerro, 2011: 217-220)

Como en Bolivia, siempre se mantiene alta la moral y encendida la expectativa. Se justifican las bajas en función de una depuración

necesaria, al punto de perder noción del peligro que implican los riesgos que se van tomando y del cerco que sobre el grupo se ejerce.

[...] la noticia de la existencia de un territorio liberado a las puertas mismas de Buenos Aires correría como reguero de pólvora y obraría como catalizador para la incorporación masiva del campesinado a nuestras filas. (Gamerro, 2011: 217).

La suma del ridículo y el disparate conforman un relato burlesco ya no en el plano de la ficción (el grupo de Marroné), sino en relación con los referentes históricos que quisieron calcar la gesta cubana en suelo argentino. La paradoja dramática que aquí se satiriza es que esta situación, vivida por Guevara en Bolivia, se repite de manera mecanicista y suicida en la insistencia de la militancia argentina de continuar con su ofensiva aun cuando, poco después de tomar el poder la junta militar en 1976, su capacidad de acción estaba prácticamente neutralizada, y el número de bajas entre las filas de las organizaciones peronistas y de izquierda de todo tipo y espectro, armadas y no armadas, era espeluznante.

4.6.6. Traición, deserción y muerte

A la hora de analizar la derrota, la responsabilidad recae sobre esos campesinos en quienes Guevara había depositado su confianza. Hay que “aceptar que nuestra fiel base campesina nos haya traicionado; [...] Pasa siempre lo mismo con los campesinos: uno nunca sabe si atribuir sus respuestas a la más crasa ignorancia o al cinismo más taimado” (Gamerro, 2011: 221-223). Sin embargo, también algunos integrantes

del grupo deciden abandonarlo: Oniria se va con Universo y abandona todo proyecto revolucionario;

Loro solicita también su licenciamiento, y como a esta altura su pie es una masa aglutinada y purulenta que huele a metros, de buen grado se lo concedemos. [...] Nuestra columna queda así reducida a ocho integrantes, pero, eso sí, con un temple más firme que nunca: cada vez es más denso el núcleo de acero. (Gamerro, 2011: 226)

Sin embargo, el foco seguiría achicándose hasta hacerse casi nulo: en medio del caos que provoca una crecida de las aguas del Delta, una lancha de Prefectura se estrella contra un muelle. Cuando Benigno, Pombo, María Eva y Ernesto se acercan hasta un cuerpo dado vuelta sobre el césped que aún empuña un fusil, se encuentran con que se trataba de Miguel; Ernesto anota con sorpresa: “En vida, Miguel no se había parecido en nada a Ernesto Guevara. Muerto, era el Che” (Gamerro, 2011: 229). Sin necesidad de que Ernesto se lo indicara, Benigno comprende que es la ocasión ideal para concluir “con éxito” (Gamerro, 2011: 230) la misión: el resto del grupo colabora para recrear las célebres fotografías tomadas al cadáver de Miguel que, como el del Che, permanecía con los ojos abiertos.

4.7. Yo fue otro

*La revolución no
puede tomar su
poesía del pasado
sino del futuro.*

K. Marx

El capítulo sexto, “La última tentación del Che”, asimila ya desde el título la figura de Guevara a la de Cristo, en tanto mártir que entrega su vida para redimir al prójimo. Las imágenes del Che muerto que despiertan en la mente del lector refuerzan esta identificación: dos hombres blancos, flacos, barbudos y morenos en su treintena, asesinados por sus verdugos. Sin embargo, ese último Che ya no fue Ernesto, sino Miguel: Marroné sale siempre airoso, aunque de ficciones se trate. Como ocurriera con el Colorado Paddy en la toma de la yesería, quien se deja la vida en la acción es su compañero.

El diario se interrumpía en este punto; el resto de las páginas estaba en blanco. Lo cierra sobre su falda y se queda con la vista fija en la ceniza fría del hogar desolado. Esa sensación de azoramiento, de incredulidad, que tantas veces lo había tomado por asalto durante los primeros años, esa certidumbre de que no podía un mismo hombre haber vivido ambas vidas, ha vuelto a saltar sobre él y sacudirlo como un perro a un conejo atrapado. (Gamerro, 2011: 231)

Con la muerte del Che (y de Miguel) y el fin de aquel diario se produce, a su vez, la muerte simbólica de aquel Ernesto que alguna vez Marroné pudo ser. La acción vuelve entonces al presente del prólogo y del intermedio, a esos años noventa de gerente preocupado por las ideas que rondan a su hijo adolescente. La distancia entre aquellos hechos que se hacen presentes mediante el testimonio de esos restos

documentales que son el diario y la fotografía impactan a Marroné, que parece casi desconocer(se en) ese propio pasado. El desdoblamiento identitario ya no se da entre Ernesto y Ernesto -Guevara, Marroné- sino que queda inscripto en su propia biografía.

Cada hombre es muchos hombres, a lo largo de los años; hombres tan distintos entre sí que, si alguna magia los pusiera cara a cara, se verían como extraños, y apenas sabrían hablarse. Por eso existe la memoria, esa compleja urdimbre de astucias y trampas, cuyo principal componente no es el recuerdo sino el olvido, encargado de ir borrando sin descanso a todos los que fuimos para que el que somos no se enrede y tropiece en la maraña de sus discrepancias. La memoria es la garantía de la identidad no porque preserve al que fuimos en el que somos, sino porque lo anega y lo borra. Así, los hombres de ayer se están disolviendo constantemente en el de hoy, así como el de hoy se disolverá eventualmente en el de mañana. ¿Pero qué sucede cuando nos enfrentamos inesperadamente no a un recuerdo trabajado por el olvido, sino a un registro en bruto, un rastro del pasado, sea un diario, una carta, una foto olvidada, o en la súbita, aniquiladora irrupción de la memoria involuntaria, que de un plumazo borra el ilusorio presente y reinstala en su lugar al imborrable pasado? Entonces el hombre que fuimos avanza hacia nosotros a grandes trancos, mientras lo miramos paralizados, aferrados con pánico de usurpador a los brazos del trono de la identidad para que no nos saque de un empujón y siente en él sus reales. (Gamerro, 2011: 232)

Las primeras líneas de la cita anterior vuelven con claridad y concisión sobre las ideas planteadas por Borges en muchos de sus textos, como los que cito en la introducción, “Borges y yo” y “El otro”. Son líneas centrales al foco de esta tesis, ya que exponen la complejidad que una identidad implica, su necesaria y constante variabilidad y (de)construcción, y las múltiples aristas de las que está compuesta, y que aquí hemos dado en sistematizar en torno a tres ejes: nacional, grupal e individual, que sostengo que son trabajados en este corpus que recorto de diversas maneras en cada novela, en algunos casos con mayor eje en una o dos de estas líneas.

4.7.1. Carta al hijo

En el proceso de (de)construcción identitaria está en juego una dialéctica permanente que obra con la memoria y el olvido, inconscientes, de experiencias que moldean tanto la ideología como el lenguaje con que la expresamos. Como plantea la cita anterior, el asalto de un documento olvidado que nos expone bruscamente ante aquella persona(lidad) que previamente fuimos puede generar un impacto que llegue, en algunos casos, al desconocimiento, la sorpresa, la vergüenza, el estupor, el miedo, el dolor o el enojo. Esto mismo parece estar ocurriéndole a Marroné frente al diario, la fotografía o esta carta “A mis hijos”:

[...] en él encontrarán todo lo que necesiten saber sobre el hombre que fue su padre. [...] ustedes tienen el honor de ser parte de la primera generación de hombres nuevos [...]. No teman quedar huérfanos, pues en cada compañero que tome mi puesto verán el rostro de su padre; y algún día lo verán también en el espejo, cuando se miren en él fusil en mano. (Gamerro, 2011: 234)

Este tipo de “carta al hijo” (la época imponía un masculino genérico) es otro –junto con la prensa obrera, las revistas de militancia, las autocríticas, las cartas a los compañeros- de los géneros textuales propios de aquellos grupos. Fue un recurso muy frecuentado por ellos: “[...] en aquellos tiempos no había militante que no hubiera escrito una idéntica; era uno de los pocos gestos melodramáticos que se permitían” (Gamerro, 2011: 234). Dos modelos para esta retórica son la célebre “Carta del Che a Fidel Castro”, leída por éste públicamente en La Habana el 3 de octubre de 1965, y la “Carta del Che a sus hijos”. En la

primera, se lee la conciencia de la muerte en pos de la causa, la lucha colectiva y la militancia por los ideales como mandato personal, y la seguridad respecto del futuro de sus propios hijos ya que la Revolución no les hará carecer de nada.

Un día pasaron preguntando a quién se debía avisar en caso de muerte y la posibilidad real del hecho nos golpeó a todos. Después supimos que era cierto, que *en una revolución se triunfa o se muere (si es verdadera)*. Muchos compañeros quedaron a lo largo del camino hacia la victoria. [...] En los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste, el espíritu revolucionario de mi pueblo, la sensación de *cumplir con el más sagrado de los deberes: luchar contra el imperialismo dondequiera que esté*; esto reconforta y cura con creces cualquier desgarradura. [...] *Que he estado identificado siempre con la política exterior de nuestra revolución y lo sigo estando*. Que en dondequiera que me pare sentiré la responsabilidad de ser revolucionario cubano y como tal actuaré. Que no dejo a mis hijos y mi mujer nada material y no me apena; me alegro que así sea. Que *no pido nada para ellos, pues el Estado les dará lo suficiente para vivir y educarse*. [...] Hasta la victoria siempre, ¡Patria o Muerte! (Guevara, 2009a)¹²⁷

En la segunda, el Che presenta su persona ante sus hijos y les deja un fuerte mandato.

Su padre ha sido un hombre que actúa como piensa y, seguro, ha sido leal a sus convicciones.
Crecan como buenos revolucionarios. Estudien mucho para poder dominar la técnica que permite dominar la naturaleza. Acuérdense que *la revolución es lo importante y que cada uno de nosotros, solo, no vale nada*. Sobre todo, sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Es la cualidad más linda de un revolucionario. (Guevara, 2009b)¹²⁸

En documentos conservados por los hijos de desaparecidos de Argentina encontramos muchos rasgos en común con estas dos cartas del Che. Es el caso de Albertina Carri, que realizó una exposición que constaba de una serie de instalaciones, una de las cuales, “Punto

¹²⁷ Subrayado mío.

¹²⁸ Subrayado mío.

impropio”, utilizaba fragmentos de las cartas escritas por su madre, Ana María Caruso, a sus tres hijas desde su cautiverio (*Operación Fracaso y el Sonido Recobrado*, Parque de la Memoria, Buenos Aires, 2015; ver s/f, 2015). Al referirse a su puesta, Albertina Carri habla de pensar la memoria como un “órgano vital”, en línea con lo que aquí propongo en relación con la identidad.

Similares temática y retórica pueden observarse en la carta que el padre de Juliana García Recchiale escribió a su hijo por nacer - finalmente sería una niña- el 23 de mayo de 1973, y que la joven dio a conocer durante la búsqueda de su hermana menor (o hermano, al momento de la búsqueda no se sabía si había nacido una niña o un niño), nacida en cautiverio, cuya identidad fue restituida en 2009.

[...] pensamos que nuestra vida para adentro no sirve. Que si vivimos, *vivimos para los demás*, para el hermano. Pese al egoísmo que tenemos adentro y que nos jode y no nos deja ser todo lo entregados que quisiéramos. En esa vida hacia fuera se conjuga *todo nuestro ideal*, aquello por lo que nos sentimos mutuamente atraídos, y que hizo que comenzáramos a caminar juntos. Ese *amor hacia el otro*, un amor-teórico en un principio, cuando los dos lo canalizábamos dentro de la Iglesia se fue transformando en algo más concreto: *el amor al otro hoy y aquí pasa por el amor político, por el compromiso con el pueblo, con el explotado, con el poverío, con esos millones de hombres que sufren por un mundo mejor aquí, en la Argentina y en esta querida América latina, la Patria Grande. Ese amor concreto al pueblo se hace real en el peronismo*, que abrazamos al principio con muchas dudas, y del que ahora, por suerte, es imposible salir, porque es parte de nosotros.

Ese compromiso justifica las corridas, los afanes, el trabajo de cada día o los días gloriosos como el 17 de noviembre del '72 o este 25 de mayo que se avecina. Ese compromiso es, o quiere ser total, de cada cosa de nuestra existencia, desde compartir el tiempo o la guita, *hasta estar dispuestos a dar la vida así, bien en concreto, por esa Patria nueva, la Patria Justa, libre, soberana: socialista*. Esa patria para todos. [...] Sé que no van a faltar dificultades. Que *el hombre viejo, egoísta, no desaparece así nomás* en un tipo jodido como yo. [...] Que podamos cumplir con *lo que debe ser: ayudarte para que seas PERSONA, HOMBRE-PARA-LOS-DEMÁS*. (García, 2009)¹²⁹

¹²⁹ Subrayado mío.

Allí constan la lucha colectiva canalizada en la militancia política, los ideales que trascienden las fronteras nacionales, el sacrificio de la propia vida, la idea del hombre nuevo y el mandato al hijo. El militante clandestino luego desaparecido Manuel Javier Corral escribió el 5 de marzo de 1977 una carta de doce cuartillas a su hija Mariana, para que le fuera entregada a sus quince años; la carta dio lugar al libro *Cómo enterrar a un padre desaparecido*, en el que el periodista Sebastián Hacher reconstruye la historia de aquella niña, la destinataria. El tono de la carta, escrita a un año de iniciada la dictadura, deja constancia evidente de la matanza desatada.

“Pertenezco a una generación que ha producido un cambio histórico en el seno de nuestra sociedad, cambio que no obtuvo con simples discursos, por el contrario *corrió mucha sangre para que ello ocurriera*, el país está ardiendo en el proceso y soy testigo y actor de la tragedia”. Ella [la madre de Mariana] había sido tajante: o la pareja, o la política. Y él dijo bueno, la pareja. Pero, “atado a compromisos de tal importancia”, besado místicamente por la luz de la revolución, siguió “hasta las últimas consecuencias en la lucha”, “basada en *el ideal de justicia*”, que “levanta las banderas de reparación histórica *de los pueblos hambreados, robados, masacrados, que hartos dicen ¡Basta! Y entregan la sangre de sus hijos en el supremo sacrificio de salvar la Nación y sus hombres*”. (Berlangua, 2013)¹³⁰

Entre líneas puede leerse la decisión de entrega absoluta a la causa.

4.7.2. Romance amoroso-revolucionario

El imaginario que Marroné proyectara para sus hijos entra en colisión con el que, desde el presente de los años noventa, quiere para ellos. Puede decirse que en estas palabras cristaliza el fracaso del sueño

¹³⁰ Subrayado mío.

colectivo que llevó adelante toda una “generación diezmada” (Kirchner, 2003),¹³¹ algunos de cuyos sobrevivientes se desdijeron rotundamente de aquellos principios, tanto en dichos como en acciones; del mismo modo, en esta carta Marroné lee con estupor aquellas palabras que sostuviera dieciséis años antes. Este giro en la ficción recoge la marca rotunda que dejó la experiencia del terrorismo de Estado en la nación, los grupos y los individuos; aunque no marcara a todos por igual, no fue indiferente para ninguno, como tampoco lo es para quienes nacimos durante aquel período o después.

“Marroné deja caer la carta que acaba de leer sobre su regazo, retrospectivamente avergonzado de sí mismo” (Gamerro, 2011: 234).

¿En qué radica esa vergüenza? ¿No se dejó llevar, acaso, hacia aquella aventura, por seguir las directivas de su jefe? Su reacción repone

¹³¹ En su discurso de asunción como presidente de la nación (2003-2007) el 10 de diciembre de 2003, Néstor Kirchner se refirió a la historia reciente y antigua, e hizo referencia a la cuestión de la memoria y la identidad nacional. Cito algunos fragmentos: “*Formo parte de una generación diezmada. Castigada con dolorosas ausencias. Me sumé a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones a los que no pienso dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada. No creo en el axioma de que cuando se gobierna se cambia convicción por pragmatismo. Eso constituye en verdad un ejercicio de hipocresía y cinismo. Soñé toda mi vida que éste, nuestro país, se podía cambiar para bien. Llegamos sin rencores pero con memoria. [...] Con mis verdades relativas -en las que creo profundamente- pero que sé, se deben integrar con las de ustedes para producir frutos genuinos, espero la ayuda de vuestro aporte. No he pedido ni solicitaré cheques en blanco. Vengo en cambio a proponerles un sueño. Reconstruir nuestra propia identidad como pueblo y como Nación. [...] Les vengo a proponer que recordemos los sueños de nuestros patriotas fundadores y de nuestros abuelos inmigrantes y pioneros. De nuestra generación, que puso todo y dejó todo, pensando en un país de iguales. [...] Anhele que por este camino se levante a la faz de la tierra una nueva y gloriosa Nación. La nuestra. Muchas gracias. Viva la Patria*” (Kirchner, 2003; subrayado mío). Estas palabras constituyen parte del final de un largo discurso. Como puede verse, la identidad mencionada no reconoce una presencia originaria sino sólo extraamericana (fundadores, inmigrantes y pioneros), que remarca la historia oficial que esta tesis aborda en su segundo capítulo. Hay muy particulares menciones a la masacre sobre la militancia política de los años setenta, a la que Kirchner perteneció y entre quienes, explícitamente, se incluye. Esa es la lucha política que reconoce como base de su activismo, y a la que dice no renunciar en su rol de primer mandatario. Sobre estas dos memorias, la de la fundación y la de los años setenta, proyecta el futuro.

aquello que el pasado no dice explícitamente: en la vergüenza de Marroné se puede leer el hecho de haber jugado ese rol con convicción, más allá de las órdenes impartidas desde la empresa. Si hasta entonces la novela no había asumido para Ernesto una decisión, siquiera pasajera, a favor de aquel ideario de militancia; si se había movido siempre en un plano de incertidumbre, paralelo a la del propio personaje -efecto muy logrado desde la escritura, más allá de que el tono que prevalece sea el humor, que quita dramatismo al relato-, es en estas instancias cuando emerge la vergüenza sobre aquella experiencia. Y si emerge es porque existió algún grado de convicción, algo de compromiso real. Aquí se cierra el círculo de inquietud que despierta el afiche del Che: hay preocupación porque esa seducción pudo, incluso, con su propia persona, a pesar de haberse creído seguro y preparado para un mundo absolutamente ajeno a esos idearios. Pudo con él y con tantos co-generacionales de su misma extracción social que pagaron aquella aventura con la vida. Aquí también, entonces, resuenan los ecos del “Nunca más”, cuya incompletud se presta a todo tipo de interpretaciones.¹³² Por eso, todas las sensaciones se agolpan al seguir leyendo.

“Sucedió, Ernesto. Sucedió lo que tanto esperabas. El hombre nuevo está acá, el hombre nuevo llegó para quedarse, y el viejo está muerto y enterrado. Lo que sentís por María Eva es tu Norte, tu Meca, tu piedra de toque; si lo perdés estás perdido; si te lo olvidás volvés a ser el de antes”. Aquí terminaba, o más bien se cortaba, la carta que se había escrito a sí mismo para no olvidarse de todo lo que en estos dieciséis años había olvidado. (Gamerro, 2011: 236)

¹³² Cf. Drucaroff, “Por algo fue, Análisis del ‘Prólogo’ al *Nunca más* de Ernesto Sabato” (en Horowicz, 2012: 319-333).

Alguien le está aseverando que aquello que creía olvido tuvo un tiempo en que fue cierto. No aparece anclado en ninguna lucha, en ningún ideal sino en un amor cierto, aquel que sintió por María Eva, tan real como jamás lo fue el que sintiera por Mabel, su esposa. De ese amor dependía que el hombre viejo, muerto y enterrado, no emergiera como un zombie de debajo de las piedras. Eso que tanto había esperado Ernesto era, entonces, un amor real. Pero ¿qué es este espejo de palabras frente al cual su imagen actual aparece tan distorsionada? Se trata de *la carta que se había escrito a sí mismo para no olvidarse de todo lo que en estos dieciséis años había olvidado*. Tal parece que aquel “sí mismo” ya no es tal. El olvido, como se viene diciendo, es el que obra activamente para trabajar la identidad que el presente reconoce como propia. Cuál es el límite, entonces, que lo separa de la ficción, es un problema que la literatura argentina del siglo XX se ha planteado con asiduidad, desde que lo instalara con fuerza la figura hoy central de Macedonio Fernández (cuyo tránsito en torno a estas cuestiones lo llevó a despreocuparse, claro, incluso de la conservación textual y de la generación de obra; cf. Jitrik y Ferro, 2007; Prieto, 2010).

4.7.3. Ernesto Marroné, rastros de lectura

Como en “Continuidad de los parques” (Cortázar, 2003: 291-292), como en tantas otras narrativas, durante la lectura que hace Marroné de la carta “A mis hijos”, realidad y ficción, presente y recuerdo se entraman sin solución de continuidad: “[...] ya en las últimas líneas su mundo tan

sólido se ha desvanecido en el aire, y el calor y los ruidos del monte han invadido el silencio helado de la casa suburbana...” (Gamerro, 2011: 236-237). Marroné, y con él los lectores, está nuevamente sumergido en aquel pasado, tan irreal para el presente del lector que hoy encuentra aquellos documentos como un hallazgo. (De pasada, la parodia al *Manifiesto Comunista* arma un contrapunto entre el sólido mundo capitalista representado por el presente de los años noventa y aquel sueño de revolución que lo proyectaba *desvanecido en el aire*). La casa, siempre fría, solitaria, silenciosa, desolada, contrasta no sólo con el calor y la vida que la invaden desde fuera sino, especialmente, con el ideal romántico revolucionario y amoroso de su juventud setentista. Hacia allá nos lleva nuevamente la narración.

-El Reglamento Montonero dice que hay que esperar por lo menos seis meses para formar una nueva pareja.
-Bueno. No es tanto. [...]
-¿Estás loco? ¿Quién te dijo que tenemos tanto? Nos pueden matar mañana. (Gamerro, 2011: 238)

En el recuerdo del diálogo con María Eva, la lógica de aquellos años vuelve a imponerse. Es tan brutal la conciencia de la muerte (el diálogo, de hecho, ocurre tras la caída de Miguel) que justifica de algún modo la distancia y el temor de Marroné respecto de aquel pasado. El goce, sin embargo, llega de la mano de la plenitud, impensable en el marco del matrimonio que conforma con Mabel, la madre de sus hijos: aun su problema de eyaculación precoz, siempre tan vergonzante, es celebrado por María Eva, que lo toma por semental. Entonces, como en un juego joyceano (Gamerro, 2008), la prosa va tomando formas adscribibles a

otras poéticas, muy diversas entre sí. Por momentos el texto se torna, por ejemplo, gongorino (léxico, hipérbatos, imágenes, temática, rimas internas).

Cuidándose de no despertarla, había bajado la crujiente y abierto la chirriante madera para recibir la tibia lengua de sol en el cuerpo de arriba abajo, y vuelven también, en la luz de esa mañana primera, las paredes de piel de cal y músculos de junco y barro, la galería escorada como navío herido, con su selva cautiva de helechos y azaleas, los pilotes de sauce verde retoñados en tal profusión bajo la casa que parecía ésta, ya que no coronada, sobre blando lecho de laureles descansando. Vuelve el sendero que pasaba entre un añoso ceibo y una magnolia venerable, de flores como carnosas llamas el primero crepitando; de pétalos como leche fría la segunda constelada; floración que, combinada, de María Eva la blanca piel remedaba, y el ascua relumbrante de su sexo. (Gamerro, 2011: 241-242)

O recuerda algunos rasgos de la poesía de Gironde (temática, acción por enumeraciones, humorismo, paralelismos, desparpajo, puntuación).

[...] por adelante, pegados o casi separados,
ella arriba y él abajo, viceversa y de costado,
por vía anal y vaginal, por atrás o por adelante,
con o sin masturbación propia o mutua simultáneamente en ambos casos;
el 69 vuelta y vuelta y una vez, por puro virtuosismo, hasta de parados (ella cabeza abajo, claro).
Junto con las posturas y los modos, variaban los lugares: en la cama, en el suelo, contra puertas, paredes y ventanas,
en las escaleras, sobre los peldaños y contra las barandas;
en la cocina, sobre la mesa y también debajo,
en las sillas, sentados sobre una o acostados sobre varias,
y encima de la cocina económica (apagada);
en el jardín sobre la hierba a pleno sol calcinándose,
o refrescándose en la humedad del primer rocío de la mañana;
bajo el cielo ebrio de estrellas y bajo las lluvias torrenciales;
en el parque, contra los troncos trémulos de hiedra,
y en el huerto, sobre un colchón de ciruelas caídas, en una nube de moscas y abejas zumbantes;
sobre el muelle y en el bote que se sacudía de lado a lado,
y en el agua que fluía desde el norte caliente como sangre (entrar en María Eva era como entrar en el agua del río, un agua más ajustada). (Gamerro, 2011: 244-245)

Los rastros del sol sobre el cuerpo de Ernesto también dan lugar a la fantasía, que actualiza el tópico decimonónico ya revisitado en este sentido por Borges, en “Historia del guerrero y la cautiva” (1996a: 557-560).

María Eva aprovechó que él se puso negro mucho más rápido para representar una serie de fantasías en las cuales ella era una jovencita española/ francesa/ criolla de alcurnia que era primero violada por un joven príncipe azteca/ un negro haitiano sublevado/ un capitanejo ranquel; abrazando luego su causa y enfrentándose a los suyos *cautivada* por su heroísmo/ rebeldía/ la justeza de su lucha y también por esa pija de indio, de negro, de bruto que me metés y me metés hasta sacarme por la boca a la blanquita, a pijazo limpio me la sacás, Ernesto, me suben unos aullidos de *india* desde las tripas. (Gamerro, 2011: 255)¹³³

En esta reescritura del tópico se leen las proyecciones sobre el cruce amoroso-sexual de etnias, clases y grupos sociales al que se suman nuevos protagonistas, acordes no sólo con la época sino extrapolados gracias a las referencias que por entonces manejaba el ideario de la revolución: tal el caso del negro haitiano, presente no sólo por las lecturas de historia y política sino por la propia literatura; en la biblioteca de la casona de Tigre María Eva echaba en falta la literatura de Carpentier (Gamerro, 2011: 147), por lo que el lector de Gamerro infiere que había sido lectora de *El reino de este mundo* o *El siglo de las luces*. La cautividad, tal como desliza esta fantasía de María Eva (y Mansilla, en algunos pasajes de su *Excursión*, o Borges, en su cuento), es doble: se es cautiva y *cautivada* por el *heroísmo/rebeldía/la justeza de su lucha*, todas cualidades atribuibles a un militante revolucionario –

¹³³ Subrayado mío.

y particularmente al Che, como símbolo. A esto se suma la fantasía sexual, también tópica, que despierta el imaginario proyectado sobre los grupos subalternos en una mujer blanca y rica, *española/francesa/criolla de alcurnia*, que no es más que la inversión, doblemente transgresora, del tópico hombre rico/blanco-mujer pobre/subalterna. El personaje de Marroné, por su propio fenotipo asociado a la subalternidad en la que se basa el clasismo-racismo típico de toda América, se presta perfectamente a esta fantasía, que viene a reforzar la mirada que María Eva proyectaba sobre Ernesto en tanto amante (que la hace gozar como una *india*), y la seguridad y plenitud que dicha consideración le propicia a Marroné. Todos los pares que forman las variables reconstruyen pasajes de la historia (y la literatura) del continente, y se ajustan al ideario compartido con los grupos militantes contemporáneos de los personajes: la *jovencita española* es *cautivada* por el *joven príncipe azteca* por su *heroísmo/rebeldía/la justeza de su lucha* y, digámoslo así, “desempeño sexual”; una *francesa* es *cautivada* por un *negro haitiano sublevado* por su *heroísmo/rebeldía/la justeza de su lucha* y -digámoslo así- “desempeño sexual”; una *criolla de alcurnia* es *cautivada* por un *capitanejo ranquel* por su *heroísmo/rebeldía/la justeza de su lucha* y “desempeño sexual”; siempre enfrentando a su propia familia por no poder evitar esa atracción y la invitación a gozar como una *india*.

4.7.4. El fluir inconsciente

La intimidad que se establece entre ambos amantes franquea también el diálogo acerca de los padres de Ernesto, adoptivos y biológicos. Él le narra una escena de su infancia, en la que, tras oír a su madre sollozar, decide romper las reglas y abrir sin pedir permiso la puerta de su habitación para consolarla y decirle que la ama, cuando escucha cómo le dice a su padre: “está cada vez más negro, Manu, nos mintieron” (Gamerro, 2011: 256). De esta forma cruel Ernesto se entera de su historia.

-Y los otros, los verdaderos, ¿nunca pensaste en buscarlos?

-Sí, muchas veces, sobre todo en el último tiempo. Pero me dio miedo.

-Sí, claro, no sé si puedo ponerme en tu lugar. Disculpame si te pregunto. ¿Miedo a qué, exactamente?

De que ni siquiera se acordaran, desenvainó el lado burgués, viejo y muerto de su cerebro, que por muerto justamente podía destruir, gangrenándolo, al lado nuevo; de que la negra de mierda hubiera perdido la cuenta, volvió a silbar una segunda vez el lado de sombra, interponiendo entre él y sus sentimientos su cuña de palabras.

-De que se avergüencen de mí, por ser un burgués y traidor de clase – *consiguió decir al fin*, estremecido por *la insinceridad flagrante de sus dichos*, transido de pena.

-Ernesto... No puedo creer lo que me decís. Vos nunca fuiste un traidor. Te llevaron. Y además, ahora volviste. Yo... si fuera tu mamá... me moriría de orgullo de verte –dijo con un brillo húmedo en los ojos-. Cuando todo esto termine, yo te ayudo a buscarlos, te prometo. (Gamerro, 2011: 256-257)

La escisión con que se construye la personalidad de Ernesto es efectiva para armar el contrapunto y subrayar el contraste de los prototipos que ambos grupos sociales proyectan sobre el otro. La voz narradora –bajo el punto de vista de Marroné- y los diálogos desnudan ambas miradas: *el lado burgués, viejo y muerto, el lado de sombra* (el que no debe mostrarse), es sin embargo el auténtico, el que no responde a la

corrección política que le exigen las circunstancias sino a la honestidad íntima que brota sin filtros de su inconsciente. A juzgar por este sinceramiento ante sí mismo, Marroné nunca dejó de ser quien venía siendo.

4.8. El golpe

4.8.1. Qué hacer

La promesa de María Eva de buscar a sus padres biológicos quedaría cada vez más lejos de cumplirse. El aislamiento en que estaban los deja al margen, incluso, de las noticias acerca del golpe de Estado. Es Inti el que llega hasta allí y les informa lo ocurrido el 24 de marzo.

Ahora vamos a entrar de lleno en la etapa revolucionaria. La correlación de fuerzas favorece por el momento al enemigo, y la represión está golpeando duro en las organizaciones de superficie, en talleres y fábricas. Pero eso mismo a la larga constituye nuestra ventaja, porque la clase obrera en bloque y sectores de la pequeña burguesía, que nos venían retaceando el apoyo con la fantasía de la salida democrática, ahora se van a dar cuenta de que nosotros somos su única esperanza. Si para el primer año logramos estabilizar la relación caídas/incorporaciones, en el segundo damos vuelta el resultado. (Gamerro, 2011: 262)

El discurso del compañero, que lee la coyuntura como si se tratara de un partido de fútbol, satiriza en sus apreciaciones al que sostuvo la dirección de las organizaciones armadas durante aquellos años. No obstante, les cuenta que “se los llevan a todos, no sabemos adónde, nadie salió vivo hasta ahora, y tampoco aparecen los cuerpos (Gamerro, 2011: 263). Por eso les adelanta una información vital y les da un consejo fundamental: “Carlos les va a proponer de volver a Buenos Aires. Díganle que sí, y tómense la lancha que va para el otro lado. [...] Cada uno que cae arrastra a veinte. Nos estamos derrumbando como un castillo de naipes” (Gamerro, 2011: 264). Inti está dispuesto a quedarse y resistir, uno de los caídos es su hijo Gabito. Este hecho da pie a que Ernesto relativice sus palabras.

Se ve que lo del hijo lo afectó mucho. Es comprensible. En una situación así cualquiera pierde un poco la objetividad. Me parece que el diagnóstico del compañero Carlos es más acertado. Éste es el momento de machacar en caliente. Es la última carta que se juega el sistema, ¿no? Si conseguimos frenarlos, como en el Cordobazo... ¿No te parece? (Gamerro, 2011: 265)

Ernesto se refiere a las protestas que en 1969 enfrentaron a obreros y estudiantes cordobeses con la Policía en las calles de esa ciudad (Horowicz, 2012: 108-114), y que desembocaron –junto con el secuestro y ejecución del ex presidente *de facto* Aramburu por parte de Montoneros- en la renuncia del dictador Onganía (sucesido, luego, por otro hombre de armas; no se llamaría a elecciones hasta tres años más tarde, tras los fusilamientos de Trelew). Esto lo lleva a pensar en la posibilidad de frenar el golpe encabezado por Videla-Massera-Agosti; leído desde hoy suena irrisorio, ya que lejos de retroceder, la matanza avanzó de manera feroz y cada vez más perfeccionada en su maquinaria, logística y sistematicidad. A propósito de este debate interno, Rodolfo Walsh había manifestado a la organización su desacuerdo con las decisiones tomadas ante el exterminio desatado de inmediato tras el golpe (cf. Mero, 1987). Como Inti, Walsh perdería a su hija Victoria; lo supo y decidió, pese a asumir la derrota y advertir reiteradamente a la dirigencia y a sus compañeros que se replegaran, no dejar el país. Este otro cabo que se abre, según sostengo, mediante la presencia tácita de la figura y la obra de Walsh diseminada a lo largo de las páginas, será también retomado hacia el cierre del capítulo.

La respuesta de María Eva, mucho más lúcida que la de Ernesto, la lleva a sincerarse ante tales circunstancias: no quiere morir, no

quiere perder a Ernesto, ya no le importa si el precio es vivir bajo un régimen capitalista.

Si nos quedamos la Orga nos va a separar, sabés eso, ¿no? [...] Yo lo que quiero es estar con vos, prefiero estar con vos en esta mierda de sociedad capitalista que entrar en el socialismo sola. [...] Tengo veintidós años, Ernesto. No quiero que me maten todavía. (Gamerro, 2011: 267)

Al día siguiente, María Eva y Ernesto se encontrarían nuevamente frente a la disyuntiva de huir o regresar a la ciudad. En tales circunstancias, Ernesto sugiere unir el destino al azar: “-La primera lancha que pase, la tomamos. Vaya para Carmelo, vaya para Buenos Aires. Que el destino decida. ¿Te parece?” (Gamerro, 2011: 273). Minutos después, pasaría la lancha hacia Buenos Aires.

4.8.2. Alguien que anda por ahí

La noche previa, tras el difícil diálogo con María Eva, Ernesto fue destinado a montar guardia mientras los compañeros descansaban. El malestar que Ernesto sentía encarnó en la figura del jefe, que irrumpió en el galpón de un modo fantasmático, sobrecogedor. Como una aparición bíblica, atemorizó a Marroné, colocándole nuevamente su yugo: fin del Paraíso.

[...] una presencia maligna, desde la cual el miedo emanaba como un miasma, había invadido su paraíso encantado. [...] Surgía toda de ahí, de esa bolsa de arpillera [...]. Una gran serpiente, una boa o anaconda [...]. Golpear la bolsa con una pala, arrojarla luego al agua, pensó el cerebro de Ernesto, hacerlo ahora, aunque mañana el río amanezca lleno de peces muertos flotando.

-Vos sos uno de los míos. Míos para siempre.

[...] por el agujero asomaba ahora un dedo que lo apuntaba, temblando pero seguro, como varilla de rabadomante, y era como si el dedo mismo, vuelto lengua, le hablara:

-Los que yo conocí llevan para siempre mi olor. Como una marca de ganado. Marroné, ¿verdad?

No, no, no soy Marroné, Marroné está muerto, soy el nuevo Ernesto, olemos diferente, le respondió en el interior de su cerebro con voz estrangulada. [...]

-Muy bien, Marroné, muy bien. Lo suyo ha sido fantástico. Ha logrado infiltrarse en la guerrilla usted solo, haciéndoles creer que su conversión fue genuina. Ahora, tenemos que discutir cómo vamos a escaparnos. Me imagino que tendrá un plan preparado. (Gamerro, 268-270)

El secuestrado domina y el imaginaria siente el impulso de arrojarlo al río, imagen que activa en la mente del lector los “vuelos de la muerte” (Verbitsky, 1995). El dedo rector, el dedo sometidor, el dedo sinécdoque del jefe y metonimia de su poderío ubicuo, está allí para recordarle quién es su dueño de una vez y para siempre, de manera inexpugnable. A la inversa que en la escena anterior en la que le cuenta a María Eva acerca de sus padres, aquí el inconsciente de Ernesto vuelve a hablar, pero en sentido opuesto: ante el temor que le provoca la aparición espectral de Tamerlán, asevera ante sí mismo que aquel Marroné está muerto, que ya no existe, que nadie responde por él. Con espanto, escucha cómo el jefe lo identifica con el infiltrado que pudo haber sido y espera de él un plan de escape. Horrorizado, Ernesto consigue dejar al jefe encerrado tras una gruesa puerta de metal, detrás de la cual sigue sintiendo su pesada presencia.

4.9. Volver al futuro

De vuelta en el continente, Ernesto es conducido a ciegas de un sitio a otro mientras va recibiendo una serie de consignas, de las cuales la más importante, quizás, sea “no entregarse vivo” (Gamerro, 2011: 281). Para eso, lo dotan de una pastilla de cianuro que es, como la camiseta del club de fútbol River Plate –o sea, Río de la Plata-, roja y blanca. “Rojo y blanco”, entonces, para no acabar enterrado en el río: son los dos únicos destinos certeros ante una pinza policial.

A causa del *tabique* (la venda en los ojos, según la jerga de aquellos años), a duras penas reconoce San Isidro y lugares tan familiares para él como el colegio St. Andrew´s o la heladería Via Flaminia. Al acercarse a su (ex) casa, se queda escuchando todo lo que puede percibir sin ser visto, y reconoce

[...] la rotunda figura de doña Ema, que parecía haber crecido en su ausencia y se mostraba más rozagante y satisfecha que nunca. Llevaba una bolsa de compras, pero por lo emperifollada se la veía más para salir de ronda de chusmeo con las sirvientas vecinas (“se encerraba horas en el baño. Con *libros*”). Él había perdido su casa, pensó apretando los dientes, y ahora ella era la dueña: al final los proletarios habían terminado echando a los burgueses de sus casas, pero no por el avance de la revolución sino por su retroceso. No, no, trató de calmarse, era el lado viejo de su mente el que hablaba, el nuevo lo tranquilizó diciéndole que cuando la revolución barriera con aberraciones como la propiedad privada y la servidumbre personal él mismo se encargaría de conseguirle a doña Ema un trabajo digno en un complejo fabril o una granja colectiva, y una vivienda digna en un barrio obrero. (Gamerro, 2011: 280)¹³⁴

Las reflexiones en torno a la figura de Ema cierran con una ironía sarcástica sobre el discurso revolucionario puesto en boca de la

¹³⁴ Subrayado en el original.

burguesía: el lugar natural de la *servienta* es inamovible, aunque se lo maquille, y quienes deciden esos destinos serán siempre los mismos; entre *el lado viejo de su mente* y *el nuevo* no parece mediar tanta distancia. En este nuevo brote del inconsciente de Marroné al que el lector asiste puede leerse también la mirada que siente que Ema arroja sobre él: en el extrañamiento que Marroné cree que a Ema le produce que lea incluso en el baño, la carga del prejuicio corre pareja hacia ambas partes.

4.9.1. La secta de la mano en la lata

El destino siguiente es por Pacífico, de vuelta en la ciudad. La Familia (“del jefe”) no quiere negociar. Al llegar al lugar, Ernesto no puede creer que el contacto sea Govianus, el contador; allí mismo se entera de que es un enviado de la Familia para avanzar en las negociaciones de rescate del jefe. Ernesto le pide que se muevan para evitar sospechas, e ingresa en el subterráneo. Govianus le cuenta que siempre estuvo al tanto de todo pero los custodios que le envió la policía eran parte del reparto por el botín del rescate, por lo que siempre se vio conminado a guardar silencio.

La policía, le estoy hablando de antes del golpe, logró rastrear de dónde venían las amenazas que recibíamos en el teléfono del dormitorio. ¿Adivina de dónde? Del teléfono del living. Todavía tenemos a la más chica viviendo en casa, Marroné. Y ya me llevaron un sobrino... (Gamerro, 2011:284)

Govianus está aterrado. Es testigo de las implicaciones de la Policía en los negocios sucios que avanzan con el correr de los días. Ya presentó la

renuncia a la Señora (se refiere a la esposa de Tamerlán) y se va a vivir al interior, donde su familia tiene campos. En este encuentro con Marroné, a pesar de la rivalidad que habían tenido cuando pugnaban por ascender en la empresa, aprovecha para hacerle una confesión:

[...] tengo que decirle que me ha sorprendido. Nunca me imaginé que fuera capaz... Quizá no comparta su decisión, y menos que menos su sentido del timing, pero déjeme decirle que la respeto, y si me apura un poco, hasta que la admiro... Y le mentiría si le dijera que su ejemplo me fue indiferente a la hora de elegir mi propio camino. Cuídese, Ernesto. Cuídese mucho. (Gamerro, 2011: 285-286)

4.9.2. Un destino sudamericano

Govianus parte y para Ernesto comienza una secuencia laberíntica para evitar caer en una pinza a la salida del subterráneo. Se mueve entre estaciones, observa desesperado que por todas partes están pidiendo documentos y apela entonces a dos recursos: la pastilla y el arma que lleva consigo. Lejos de ser un refugio, el subte se convertido en una ratonera.

Qué no daría ahora por volver a los padecimientos, que entonces se le antojaban insoportables, de sus días en la selva, donde la muerte sí podía ser bienvenida en cualquier lugar donde a uno lo sorprendiera, porque siempre sería digna, la muerte de un hombre libre, a cielo abierto (Gamerro, 2011: 298)

Frente a la disyuntiva tremenda de morir atrapado en un subterráneo o ser *chupado*, torturado y desechado por las Fuerzas Armadas, la muerte a cielo abierto le parece una bendición. Aquí la novela recorre el planteo que Borges propone en varios textos; de manera más célebre, quizás, en su cuento preferido, “El sur” (1996a: 524-529): el destino heroico para

un americano es morir peleando, y a cielo abierto (cf. Piglia, 1993: 102-104). Para colmo, había decidido deshacerse del arma en la mochila del inodoro (váter) de uno de los baños de estación.

Si al menos hubiera conservado el arma, podría abrirse paso a balazos escaleras arriba; contemplar, sentado en la vereda, tumbado por un disparo en la pierna, por última vez las hojas de los árboles y el color del cielo, mirar a los ojos al enemigo y decirle: 'Póngase sereno, cobarde, que va a matar a un hombre'. Un rencor sordo empezaba a crecer en él, trasladándose, a medida que el vagón se hacía demasiado estrecho para contenerlo, de los hombres y mujeres que lo rodeaban (¿qué culpa tenían, al fin y al cabo? Ninguno de ellos le había pedido la ofrenda de su vida, que él supiera) a los que lo habían puesto en esta situación sin salida. ¿Cómo, en qué momento habían pasado, casi sin darse cuenta de que algo había cambiado, de la determinación de matar a los hijos de puta a la de matarse ellos? ¿Estaban todos locos? Se suponía que la revolución se hacía cargándose a los fachos, no haciendo su trabajo por ellos. Y si se trataba de impresionarlos con la decisión de no entregarse vivos y así minar su voluntad de lucha, ¿por qué no hacían un acto, qué sé yo, en la cancha de Ferro, se tomaban la pastilla todos a la vez y así los asustaban en serio? (El lado blanco de su mente estaba furibundo, no había cómo detenerlo). (Gamerro, 2011: 300)

Ya no puede fantasear siquiera con una muerte forzosamente heroica, que remedara siquiera la del Che en algún rasgo. El monólogo interior es una crítica tenaz y corrosiva a la dirigencia de la Orga; ya no es el *hombre viejo* quien se expresa, sino el *lado blanco* (porque aun el narrador, siempre desde el punto de vista de Marroné, tipifica en clave burguesa): la carrera suicida en la que se encontraba atrapado era el reverso perfecto de aquello por lo cual había decidido unirse a esa frustrada gesta. La furia es, claro, una manifestación de lucidez, una huida –aunque más no fuera, mental– de tanta locura. Y es, para el lector de Gamerro, la posibilidad de aguzar la crítica sobre lo intocable: aquellas víctimas. Para el lector de posdictadura, la sátira contiene el

efecto añadido de poder sacudirse un duelo insondable, que abarca la vida entera como una sombra.

4.10. Perder el juicio

Los compañeros, “reunidos en cónclave para decidir la suerte del prisionero” (Gamerro, 2011: 308), someten a juicio a Tamerlán. La escena evoca el juicio que Montoneros hiciera a Aramburu durante su cautiverio en Timote (Montoneros, 1974): “no todos los días el pueblo podía sentar a un cipayo en el banquillo, y juzgarlo, y condenarlo a muerte” (Gamerro, 2011: 315). A pesar del cautiverio, la figura de Tamerlán sigue siendo temeraria, “parecía ser él quien, girando lentamente y mirándolos uno por uno, los estuviera evaluando” (Gamerro, 2011: 317).

Le son leídos sus cargos. Tamerlán había asumido su propia defensa, y Marroné, que lo conoce tanto, temía porque los compañeros le habían pasado bibliografía de formación política creyendo que esto les jugaría a favor para despertar su conciencia: Marroné hubiera jurado que tras esas lecturas otra respuesta los aguardaba. No se confundía: Tamerlán abrevó en todos esos textos para azotarles una crítica demoledora. “La masa no es boluda: se para al costado del camino y aplaude a los que van al sacrificio, o sea, ustedes. ¡Qué les garúe finito, vanguardia!, les grita” (Gamerro, 2011: 319). Así comenzaba, trastocando la apreciación sobre la dirección que tomarían las multitudes; la realidad exterior, para colmo, le daba la razón. De inmediato proseguía con la figura del Che. En todos los comentarios lo hizo pasar por necio: se había preparado estudiando quechua y luego

encontraría que la lengua usada en el sitio en el que incursionaba era el guaraní, por ejemplo. O se metió con su trabajo en el Congo.

Pero ustedes pareciera que no quieren aprender, che. Porque ya veníamos del Congo, ¿no? ¿Se imaginan, los negros, cuando les larga eso del revolucionario que se consume en esa actividad ininterrumpida que no tiene más fin que la muerte, a menos que la construcción se logre a escala mundial? Entre eso y el reino de los cielos, ¿qué diferencia? (Gamerro, 2011: 320)

Solamente una personalidad como la de Tamerlán podía presentar la sagacidad y entereza como para destrozarse toda esa retórica en un rápido intercambio frente a ese Tribunal que decide castigarlo con la pena máxima. “Lo único que los pobres quieren es ser como nosotros” (Gamerro, 2011: 322), prosigue, con una lógica imbatible –cuando menos, para el lector de posdictadura.

Estuve leyendo el *Diario*, como saben, en estos días. Literatura escapista. La última pastoril sudamericana. ¡El *focus amoenus*! En vez del cayado y la zampoña, los fusiles. ¡Cuba! ¿Saben lo que es Cuba? Un parque temático. Marxilandia. (Gamerro, 2011: 334)

Recoge también la idea del *hombre nuevo* que el Che propone y lo lleva hacia su terreno, hablando de Nietzsche: en el capítulo V de esta tesis, a propósito de *Las Islas*, mostraré cómo se hace evidente que su padre es un nazi refugiado en Argentina, por lo que algunas ideas de Nietzsche (o atribuidas a él) eran bien conocidas y estimadas por la progenie del jefe: “Ah, el hombre nuevo. A mi padre le encantaba hablarme del hombre nuevo” (Gamerro, 2011: 326). Y luego refuerza el enfrentamiento entre la guerrilla peronista y la trotskista:

El peronismo da para todo, es una excelente cobertura. En cambio andar ventilando a los cuatro vientos que están luchando por el socialismo o la dictadura del proletariado sólo sirve para avivar giles. Fijense lo bien que la hizo Fidel. Si hasta los yanquis lo aplaudían con grititos. El Che queriendo todo el tiempo proclamar el carácter socialista de la revolución [...]. Las cartas se muestran después de ganar la partida, chicos. Si en algo estuvieron más vivos que los erpios fue en ponerse bajo el ala de Perón. (Gamerro, 2001: 331)

El pragmatismo con que Tamerlán lee la coyuntura es de una claridad apabullante, que provoca a risa por su total falta de escrúpulos o consideraciones éticas frente a un grupo que –supuestamente– responde a un sinceramiento estricto, en el que las ideas son expuestas hasta el destripamiento con tal de no perjudicar ni traicionar ideales. No obstante, su mirada madura y malandra aporta toda la frescura y el sentido común del que estos jóvenes carecen, estrepitosamente. En efecto, conceptos de la vieja retórica leninista como *dictadura del proletariado* no resultaban favorecedores en aquel presente latinoamericano, tan castigado por pasadas y variadas dictaduras. Luego, el ensalzamiento del peronismo en dirección contraria a la de Montoneros (cuando menos, el mensaje lanzado hacia sus bases) es irrisorio, al igual que el señalamiento –una vez más– a Guevara por no llevar adelante una política artera. Tamerlán lee los textos de la militancia a contrapelo, desde otro archivo (Foucault, 1970); no se le puede negar el oportunismo para la estrategia, frente al descalabrado optimismo del grupo. Les da una lección acerca de cómo hacer política bajo el capitalismo, en un extremo del abanico de participación cívica; Montoneros, por su parte, queda atrapado en su propio purismo, como

suele ocurrir (reitero, al menos discursivamente) a todo el espectro hacia la izquierda.

¿Para luchar por la libertad, la igualdad y la fraternidad crearon una organización más verticalista que el ejército, más moralista que la Iglesia y menos cuidadosa de la vida de sus miembros que la libre empresa? Vamos, muchachos, entre bomberos no nos pisemos la manguera. Ustedes lo que quieren es el poder. ¿Por qué no lo admiten de una vez y nos dejamos de tantas vueltas? (Gamerro, 2011: 334)

Antes de la lectura de la sentencia, le preguntan si tiene algo más que agregar. “Condenadme, no importa, la historia me absolverá” (Gamerro, 2011: 337; cf. Castro Ruz, 2007) responde, con resignación y gracia, el jefe. Tamerlán será ajusticiado y el verdugo elegido es Marroné; no obstante, ni siquiera ante esta circunstancia extrema la relación de subordinación se invierte: Tamerlán guarda un as de espadas bajo la manga. Le habla íntimamente a Marroné para dejar unas palabras de despedida a su propia familia (la familia Tamerlán), y en el mismo acto reconoce ante Marroné que de algún modo su propia familia (la familia Marroné) es también la del jefe: él es el padre biológico –involuntario– de su hija Cynthia. Porque el jefe accede a todo en un ámbito mafioso en el que la mujer circula como mercancía, incluso –sobre todo– la esposa del subordinado. El juego de identidades se multiplica: Marroné también está criando una hija no biológica y ahora lo sabe con certeza de boca del jefe. Tampoco podrá cumplir con el rol de verdugo asignado: cuando procede a ejecutarlo, se produce un corte de luz. Tamerlán sabe que es la caballería, que viene a rescatarlo.

4.11. Cadena de carnicerías

En aquel tiempo los carniceros degolladores del Matadero, eran los apóstoles que propagaban a verga y puñal la federación rosina, y no es difícil imaginarse qué federación saldría de sus cabezas y cuchillas.

E. Echeverría

Tras la escena del rescate de Tamerlán, la novela presenta una prolepsis de varios años; la dictadura se hundió y con la democracia Marroné empezó a sufrir pesadillas. Una vez liquidada la figura del Che, la novela avanza en la ridiculización de íconos intachables: en una pesadilla recurrente, “su madre se le aparecía con un pañuelo blanco en la cabeza y le recriminaba ‘me queda pésimo’” (Gamerro, 2011: 348).

Tiene lugar el histórico Juicio a las Juntas Militares. La novela trabaja sobre material documental para armar una trama a la que ingresan sus personajes. Es así como le toman declaración a Pérez Gil, un sobreviviente (la elección de apellidos no es fortuita: “perejiles” se llamaba a los militantes sin rango), que vivió su cautiverio en Pozo Coto. Pozo es el nombre que recibieron muchos centros clandestinos; Coto, en cambio, es la cadena de carnicerías más importante del país. Según explica el detenido, el nombre se debería seguramente a que cerca del lugar había una de estos comercios; el sarcasmo, en cambio, señala que, (re)encarnando una vez más la gran metáfora de Echeverría, los centros clandestinos funcionaron como la “cadena de carnicerías” más

importante que hubo en el país. En este sentido, aunque resuene aberrante, no es sólo un recurso de humor negro literario el que utiliza Gamarro sino más bien una parodia de los nombres de fantasía que los propios militares eligieron para muchos de los centros, como por ejemplo “El Olimpo”, “Sheraton” o “la Sardá”.¹³⁵

PÉREZ GIL: [...] En el *quirófano* de al lado estaba una detenida que yo no había visto hasta ese momento; había escuchado hablar, se hablaba mucho de ella, porque era, se decía, integrante de Montoneros, la habían traído cuando lo trajeron a Inti, creo que los capturaron, los habrán capturado en el mismo operativo. Y además era, se veía que había sido muy bonita, y los de la patota y también los guardias se la disputaban.

DR. D’ALESSIO: ¿En ese momento le estaban aplicando tormentos?

PÉREZ GIL: Sí. Entonces ahí escucho que el capitán le dice al detenido algo como: “A mí me dicen que Ud. no tiene nada que ver, que a Ud. también lo secuestraron; si es así va a querer vengarse, ¿no?”. Y cuando lo miro veo que le habían sacado la venda de los ojos y le habían puesto la picana en la mano. “A ver, ejecute, ejecute”, le dice el Capitán. Y al principio el pobre hombre los miraba a todos aterrizado, hasta a mí me miró, como pidiendo por favor que no lo obligáramos, y Teté y Cluseau tuvieron que como guiarle la mano, y al primer chispoteo la soltó como si le hubiera dado contacto a él y ahí todos se rieron, y le palmeaban la espalda y le decían cosas como: “Debutaste, pibe” y “¿Le viste la cara a Dios?” y hasta el Capitán, que nunca sonreía, sonreía. Y ahí se le acerca Teté, y le dice que él le iba a enseñar, que mirara cómo se hacía. Yo no miré, pero escuchaba: “Vos fijate, viejo, que no se trata de pinchar aceitunas. Suaveshito, suaveshito, así, unas caricitas, como si fuera una pluma, ¿ves?”, decía Teté, y yo lo escuchaba a él y a los gritos de la detenida. Y después, después siguieron los gritos, y Teté: “Ahí va queriendo, muy bien. ¿Ves que no es difícil? Ahora pará”. Yo abro los ojos y veo que Teté tiene pegada la boca al oído de la detenida, y le dice: “Entonces... ¿vas a decirnos dónde está?”. Y la detenida creo que le pregunta quién, y Teté: “Dale, no te hagás la boluda, ya sabés quién, Ramón, tu Ramoncito, decinos dónde está. Y mientras, le hace señas al detenido que le dé, le guiña un ojo y le indica que le dé, y entonces el detenido le pasa la picana por el cuerpo como le indicaron, y yo levanto la vista y veo que todos los demás están mirando en silencio fascinados, hasta el Capitán, mientras Teté le prometía a la detenida que dejaban de

¹³⁵“El Olimpo” tomó ese nombre de un cartel colocado por los militares en la entrada – como en la ficción lo es “*Lasciate ogni speranza voi ch’entrate*”, o en la historia “*Artbeit macht frei*”- que decía “Bienvenidos al Olimpo de los dioses. Firmado: Los centuriones” (en “El Vesubio” también colocaron un cartel que decía “Si lo sabe cante, si no aguante”, en alusión a un popular programa de televisión y a la metáfora utilizada para referirse a la delación bajo tortura); “Sardá” es el nombre de un Hospital Materno Infantil de la ciudad de Buenos Aires, los militares se referían con ese nombre a la sala destinada en la ESMA a las secuestradas embarazadas que iban a dar a luz.

picanearla, que le daban agua, que la liberaban, si les decía dónde encontrar a Ramón, y como ella no decía nada, el detenido volvía a pasarle la picana. Y al final me dijeron a mí que le diera un mate, que se lo había ganado.

DR. D'ALESSIO: ¿Recuerda el nombre del detenido?

PÉREZ GIL: El detenido era Ramón. (Gamerro, 2011: 367-369)¹³⁶

Para cualquier persona que haya leído, oído o visto material audiovisual que documenta las sesiones del Juicio a las Juntas, la lectura de este calco discursivo que arma Gamerro es impactante. Toda la jerga utilizada está tomada de la que se forjó en los centros clandestinos de detención; *quirófano* se llamó a la sala de torturas, en algunos casos; en otros “terapia intensiva” o “margarita”, en alusión a la forma de la picana. El tono es exacto, tanto de indagadores como de indagados, y muchos de los pasajes del relato -no solamente los aquí citados- están armados sobre aquellas declaraciones, inmediatamente identificables para quien las conoce.

Las escenas de interrogatorio bajo tortura durante la última dictadura militar fueron recreadas en numerosas ocasiones por la ficción literaria. No obstante, Gamerro utiliza una vez más el material histórico para redoblar la apuesta y extremar el comportamiento de Marroné hasta límites desconocidos en lo testimonial: el amante aprende a torturar en el cuerpo de la amada, que soporta las torturas para no denunciarlo ante los represores. La picana es pene y falo en manos de quien la manipula; la tortura es violación del cuerpo y violación sexual simbólica que descarga en cada contacto para goce del torturador y escarnio de la torturada. Ernesto “Ramón” Marroné realiza

¹³⁶ Subrayado mío.

tan bien la “tarea” que es felicitado hasta por el propio Capitán (nombre “de guerra” que utiliza el director de este Grupo de Tareas) y consigue así salvar su vida. De María Eva sabemos, en cambio, que fue baleada y muerta en medio de una violación colectiva, entre bromas que se gastaban los represores que participaban del hecho. Esta lectura arrasadora tensa aún más la flecha que señala a los sobrevivientes: así como contra los secuestrados se decía “algo habrán hecho”, la misma frase –de manera acallada– fue arrojada sobre los ex detenidos-desaparecidos: ¿delataron?, ¿colaboraron?, ¿negociaron?, ¿participaron? Como si alguien pudiera responder enteramente en semejantes circunstancias.

La escena terrible que construye Gamarro consigue colocar al lector en un lugar aun más incómodo que todos los imaginados hasta el momento. Se trata de un personaje explícitamente fracturado mucho antes de ingresar al centro, por su propia historia de vida y por las circunstancias que lo tenían dividido entre dos realidades muy opuestas y que en este presente toman forma de pesadillas. ¿Qué otra cosa podría haber hecho en *quirófano*? La pregunta queda abierta, interpelándonos.

4.12. La pesada herencia

Que los muertos entierren a sus muertos.

K. Marx

El cierre de la novela une a los dos íconos nacidos en Argentina que siguen siendo bandera para sus respectivas tendencias: “Las bodas de Eva y el Che” son la última consecuencia de la fantasía a que lleva la leyenda urbana de ese supuesto encuentro. El capítulo es fragmentario: analepsis y prolepsis llevan la narración a tres momentos distintos: el regreso de Marroné al hogar tras su aventura revolucionaria, en días posteriores al golpe (1976); el año del Juicio a las Juntas (1985) y el presente de comienzos de la década del noventa.

Aquí se narra la liberación de Tamerlán, la de “Carlos” (el referente grupal que había remplazado a Miguel tras su deceso; luego sabremos que su verdadero nombre es Alfredo Canal, aquel psicólogo-custodio de Tamerlán que el lector de Gamarro conoció en *Las Islas*) y de Marroné. El jefe lo reconoce como un “burgués probado” (Gamarro, 2011: 380) tras las experiencias vividas y la (supuesta) colaboración para su rescate. Mabel lo recibe consternada, “yo sé que debés haber pasado por cosas terribles no quiero que me cuentes olvidémoslo hagamos como que no pasó nada estuviste en Europa ¿dale?” (Gamarro, 2011: 398), pero su reacción recuerda al relato de ex detenidas desaparecidas (Adriana Calvo, Pilar Calveiro, Miriam Lewin), que refirieron cómo fue de difícil reinsertarse aun en los núcleos familiares

luego de aquella experiencia, con la necesidad imperiosa de narrar y la imposibilidad del entorno que –aunque lo hiciera amorosamente, por no dejar “revivir” hechos tan dolorosos- no les permitía ser escuchadas. Lo desconcertante de la frase de Mabel es que esta reacción, normalmente esperable de boca de los familiares de ex detenidos desaparecidos, aquí está en boca de una mujer posicionada en campos opuestos, y sus palabras aparecen entremezcladas con las que sostuvo el discurso procesista durante muchísimos años: “los desaparecidos están paseando por Europa”. La escisión que divide la subjetividad de Marroné posibilita estas mezclas inusitadas, mordaces, extrañadas, monstruosas.

De vuelta a los inicios de la década del noventa, Marroné observa las tiras de negativos en las que reconoce la fotonovela del Che. “Las últimas son las de la boda” (Gamerro, 2011: 400). Allí está María Eva, enamorada y bellísima, en oposición a la muchacha que viera -y cuyo cuerpo tocara- por última vez en *quirófano*. “No había sabido cuál había sido su suerte, aunque era cierto que no había hecho nada por averiguarlo, hasta toparse con el testimonio de ese infeliz electricista en el Diario del Juicio; tampoco se necesitaba ser adivino, por otra parte” (Gamerro, 2011: 400), relata el narrador el enojo de Marroné, que parecía haber tomado la senda del olvido por la que Mabel le tendía la mano. Entonces recuerda los tiempos del Juicio a las Juntas:

Tras el alivio de leer hasta el final y asegurarse de que no aparecían por ninguna parte ni su nombre ni ningún dato que permitiera identificarlo, había derramado amargas lágrimas, las últimas, recuerda haber creído en aquel entonces, mientras se seca las nuevas con la manga de su bata. ¿Iba a ser así hasta el fin de sus días? ¿No iba nunca a liberarse de *la*

pesada herencia, dar vuelta la página, como quien dice, y dejar definitivamente atrás el pasado? ¿Y ahora, encima, iba a tener que revivirlo una vez más, así fuera en versión expurgada, para verterlo en los oídos despavoridos de su ingenuo vástago, que pegaba en su cuarto el póster del Che Guevara con el mismo candor con que pondría el de un ídolo de rock o una estrella cinematográfica? Justo era que él tuviera que cargar, por un tiempo al menos, con las culpas del pasado, pero *¿qué justicia había en pasarle a su hijo el fardo? ¿Debían necesariamente los hijos cargar con los pecados de los padres?* ¡Qué buzón que le habían vendido, por otra parte! Le habían dicho que estaban construyendo el hombre nuevo, cuando en realidad lo único que hacían era engordarlo para el sacrificio con valores éticos y buenos sentimientos, como a un pavo con castañas. Levanta una vez más la foto revelada desde la cual un Che de pacotilla, con inconcebible descaro, todavía se da el lujo de juzgarlo. Eso era el hombre nuevo, el eterno aguafiestas que le había venido jodiendo la vida todos estos años, e iba a seguir jodiéndosela si no hacía nada para evitarlo, piensa Marroné mientras una vez más pasea la vista por los papeles que lo rodean. (Gamerro, 2011: 401-402)¹³⁷

Este cierre previo al epílogo entra en diálogo con una cuestión fundamental que marcó a las generaciones de posdictadura y que da claros indicios acerca de la pertenencia generacional de Gamerro. La descripción de lo que el personaje siente recorre diversas instancias, todas líneas centrales que trabaja la narrativa del autor, y que juntas interpelan ese núcleo: la herencia simbólica, ya bordeada en la introducción a propósito de *Hamlet* y Nicolás Prividera.

La primera cuestión que sosiega a Marroné es no figurar en el registro de aquella historia en la que siente que se vio atrapado: un fuego cruzado en el que descubrió el amor y el terror, y que puso en riesgo su vida en reiteradas ocasiones. Ya no quería haber vuelto a llorar y ahora renueva ese deseo de liberarse de esa carga: aquel hombre nuevo es, hoy, el hombre viejo que pesa, la sombra que no cesa de reaparecer, el espectro del padre que reclama.

¹³⁷ Subrayado mío.

Entonces ingresa en el relato, de otro modo, una cuestión central, que habla del aprendizaje, del crecimiento y de la generosidad: el cuidado en la transmisión generacional. Este puente, roto por las ausencias para las generaciones de posdictadura que tuvimos que rellenar los huecos como pudimos, es tomado con una delicadeza de padre nunca antes manifestada por Ernesto. A él, de acuerdo; pero por qué a su hijo, que colocó esa imagen icónica, ya vaciada de aquella carga conceptual y simbólica, como pudo haber colocado a Madonna o Maradona. El padre que es Marroné va a defender la felicidad de su hijo de toda la luctuosidad que implica la historia reciente (puede hacerlo, claro está, porque salvó el pellejo: cientos de niños no tuvieron otro camino que atravesar el duelo, en el mejor de los casos, o vivir en la mentira). *¿Debían necesariamente los hijos cargar con los pecados de los padres?* Esta pregunta retórica y fundamental no es la que se hizo la generación de la militancia, sino la de posdictadura: allí está la NNA (Drucaroff, 2011) para demostrarlo en decenas de nombres que han puesto palabra a esa carga compartida por todos. Lo han hecho de los modos más diversos, desde Dillon con *Aparecida* en torno a la figura de su madre Marta Taboada, hasta Terranova con “El ignorante”, queriendo poner millas y décadas de distancia entre su vida y aquella historia; desde textos de hijos (Robles, Bruzzone, Prividera, Pérez, Urondo Raboy) a textos que construyen hijos (Figueras, López) y textos de no-hijos de desaparecidos (Neuman), o textos de hijos de padres militantes que sobrevivieron (Alcoba).

Se impersonaliza a aquellos a quienes se culpa pero allí está la descarga: *le habían vendido, le habían dicho*, engrosando la dimensión de la tragedia. Allí está la acusación. Desde la madurez, Marroné planta cara a aquel joven que fue, investido en el Che. No más dolor, no más peso en esa mirada onnipresente. Ese dios, simbolizado en el Che para toda una generación, que había estado controlando la conducta y la moral de todos esos jóvenes enviados al sacrificio, ha caído en desgracia: su hijo no sufrirá lo que él sufrió porque ahí está su padre para impedirlo. Debe evitar que esa mirada ubicua vuelva a meterse en sus conciencias.

En el “Epílogo”, ya de mañana, Mabel saluda afectuosamente a Marroné y le agradece que haya encendido el hogar: el lector sabe que aquel caballero andante de la empresa se ha infligido un autopurgatorio por fuego -el más efectivo, ya que todo lo purifica-¹³⁸ de todos aquellos documentos que lo hicieron salir por los caminos y dejaron constancia de ello. No más aventuras locas para Marroné: al ir a despertar a su hijo, supo que “los ojos muertos del Che ya no lo intimidaban” (Gamerro, 2011: 403). Su presente lo encuentra metido en lo que podría ser una publicidad del hombre de éxito: viste con las mejores marcas, desayuna los mejores productos, tiene una esposa amorosa y dos hijos a los que educa de un modo tradicional para su clase, es servido por una mucama (paraguaya) y en el puesto de vigilancia del country donde vive trabaja Teté, su antiguo compañero de tropa revolucionaria, a

¹³⁸Para una lectura de la significación del uso del fuego como purificación en la ideología organicista, ver Juan Carlos Rodríguez, *Teoría e historia de la producción ideológica: las primeras literaturas burguesas (siglo XVI)*. Madrid: Akal, 1990.

quien dio trabajo tras una visita en la empresa que lo movió a lástima. Todo ha vuelto a la “normalidad” en Argentina, tras el Proceso de Reorganización Nacional. Al fin y al cabo, si la Junta que tomó el gobierno el 24 de marzo de 1976 eligió ese nombre, por algo era.

El lunes 1 junio de 1992,¹³⁹ camino del colegio de su hijo antes de dirigirse a la empresa -esas dos imponentes torres espejadas que Tamerlán hizo construir en Catalinas Norte donde a la tarde lo espera una reunión con la gerencia de Techint-, aprovecha el momento a solas con Tommy para darle esa importante información sobre su pasado, conversación que viene postergando.

Hijo, tengo algo que confesarte. Por increíble que suene, yo también -yo, tu padre-, yo también fui guerrillero. No te rías, sabés que jamás haría un chiste con un tema semejante. Yo comprendo que ahora, viéndome así, te resulte difícil creerlo, a mí mismo me pasa a veces. Pero eran otros tiempos, y lo que hoy parece inconcebible era entonces moneda corriente. (Gamerro, 2011: 405)

En los noventa, esa *confesión* es tomada como una broma por el adolescente. Le resulta increíble. Asumida esa verdad, no le produce admiración sino impresión; ese hecho no lo remite a la idea de heroísmo sino a la de criminalidad: “Espero que no te moleste, papá, si querés no me contestes, pero vos ma... ¿mataste a alguien?” (Gamerro, 2011: 406). Ante esta pregunta -cuya respuesta cierta desconoce también el lector-, Marroné responde de manera cuidadosa pero evasiva: le explica a su hijo que ya irán hablando de todo, paso a paso. “Tal vez sea su imaginación, pero le parece ver en los ojos de su hijo un asombro que

¹³⁹ Fecha significativa para el corpus analizado, ya que es con la que inicia *Las Islas*.

no estaba allí antes, un nuevo respeto” (Gamerro, 2011: 406). Añade entonces que el Che fue sin dudas un hombre excepcional pero que su propuesta era a todas luces utópica.

-Presiento que la tuya va a ser una generación más sensata que la nuestra. Más sensata y más sabia. Si tus mayores, por ejemplo los profesores en la universidad, alguna vez te cuentan que ellos eran mejores, más solidarios, más justos, y por eso los persiguieron y aniquilaron, no les hagas caso. Siempre es igual –dijo con una ferocidad que, por inesperada, lo sorprendió a él mismo-, te calientan la cabeza con sus historias y después estás perdido. A nosotros... nos contaron que había algo llamado el hombre nuevo, que tendríamos que llegar a ser, aunque era imposible que lo lográramos porque era despreciable lo que éramos. Por eso, debíamos sacrificarnos por esos hombres del futuro que, si sobrevivíamos, nos agradecerían con asco y después nos darían para siempre la espalda. Muchos, todavía hoy, se preguntan por qué fracasamos. Algunos dicen que la misión que nos propusimos era muy superior a nuestras fuerzas, o a las de cualquier hombre, pero que aun así era nuestro deber morir en el intento. Yo tengo una respuesta más simple: en el fondo, *no teníamos ninguna gana de triunfar, y menos de morirnos al pedo, y le hicimos un corte de mangas, al hombre nuevo. Porque, después de todo, decime, ¿quién querría participar en la construcción de un paraíso al que sería indigno de entrar?* (Gamerro, 2011: 407-408)¹⁴⁰

El asombro que produce el relato en su hijo enciende todas las luces de alerta en Marroné, a pesar de que los tiempos –el relato lo pone en evidencia en cada detalle- ya no son aquellos. El capitalismo ha triunfado no sólo en su economía sino, sobre todo, ha ganado *la batalla de las ideas*. El símbolo está vaciado y el imaginario de la juventud no es, ni remotamente, revolucionario. El sueño colectivo ha virado al individualismo y aquel viejo afán sólo puede llegar a pervivir, en Buenos Aires, en reductos donde las ideas aún guardan valor específico: la universidad pública sigue siendo la más prestigiosa, a pesar de los embates neoliberales, y los discursos que por allí circulan, a pesar de

¹⁴⁰ Subrayado mío.

saber a viejos y no tener la menor incidencia puertas afuera, buscan siempre encontrar interlocución entre los más jóvenes. El dolor desde el que Marroné narra aquella experiencia suya es muy atendible: los hicieron sentirse inferiores, les impusieron un mandato filicida que los dejaba fuera de toda gratificación por el triunfo, los persuadieron para llevar a cabo una tarea mesiánica muy superior a sus fuerzas y, para colmo, como cantaba por aquellos años la banda de rock más exitosa de la historia del país, “el futuro llegó hace rato: todo un palo, ya lo ve” (Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota, “Todo un palo”, 1989). Frente a aquellos que no comprenden aún los motivos del fracaso, Ernesto encuentra la paz en una explicación que se da, y que escapa al mandato terrible “¡Patria o muerte!” para dar lugar a la pulsión vital que le permite deconstruir esas ideologías y poder realizar(se en) una vida que, aunque terrenal y no paradisiaca, le hiciera lugar a la dimensión humana, con sus limitaciones. Esa misma humanidad es la que lo arraiga al sentido común de pensar que, ya que no son ese hombre nuevo sobrehumano, tienen la posibilidad y aun la coherencia de renunciar a esa causa divina y vivir una vida a escala propia.

La crítica que entrañan estas palabras no pasa desapercibida, y mucho menos para las –varias, ya- generaciones de vivos que aún estamos perplejos ante aquellos sucesos. En relación con el modo como están representadas las escenas que conforman este epílogo, quiero señalar la complejidad de los niveles, que realiza en su propuesta aquello mismo que sostiene: no hay ortodoxias, no puede haber una mirada ante una historia tan compleja como no la puede haber ante la

vida. Este es el paso fundamental que ha podido hacer parte de las generaciones de posdictadura (en este caso, Gamarro pertenece a la primera, por lo que está entre quienes abrieron la brecha): quitarse ese fardo –un poco- de encima, poder decirse que también es un camino elegir otra cosa, que junto a esa Memoria aplastante debe buscarse un espacio para la regeneración de la vida. Ernesto Marroné, ese ser complejo y atravesado por múltiples aristas que han ido moldeando una identidad siempre activa, que vive como un burgués, puede sin embargo mirar hacia ese pasado desde un lugar reflexivo, aunque a veces necesite ponerse negador, porque en última instancia está preservando la vida. Esto no quita, claro, que en este mismo epílogo esté bien presente y explícita la crítica a un presente que, también, avala la muerte por el propio *modus vivendi* que sostiene. Ese paraíso en que vive Marroné en el presente está hecho a su medida pero implica el infierno para las mayorías que componen su sociedad. El resquicio está, entonces, en tomar esas palabras para construir un futuro en el que la muerte no sea el final de la construcción de un presente en el que cada miembro de la sociedad pueda desarrollarse.

4.13. Conclusiones parciales

4.13.1. Escrituras de la política

En la patria de ellos, yo me cago.

R. Walsh

Walsh perseguía la escritura de *esa* novela. Sus dos últimos escritos fueron “Juan se iba por el río” (primer capítulo de *esa* novela) y la *Carta abierta de un escritor a la junta militar*.¹⁴¹ Según el esquema previsto, la novela estaría compuesta por

[...] distintas historias entrelazadas: una, la de un hombre que hacia 1880 consiguió atravesar el Río de la Plata a caballo, durante una bajante prodigiosa. Otra, emparentada con la serie de los cuentos de irlandeses, la del tío Willie, que en el 14 decide regresar a Dublín para pelear contra los ingleses pero que cambia de idea en el barco y termina muriendo en Salónica. La tercera, correspondiente a los decisivos años que van de 1945 a 1955, una carta que le escribe a Perón Lidia Moussompes, personaje del cuento “Cartas” y víctima, como los Walsh, de los despojos agrarios de 1930. La cuarta, y menos definida, giraría alrededor de una reunión de escritores fracasados, en el presente de entonces. La novela resultante acumularía en sus páginas no sólo casi un siglo de historia nacional, sino “las capas geológicas del habla rioplatense que han ido superponiéndose desde los días de la Organización”. (Gamerro, 2015a: 35-36)

Como señala Gamerro, la paradoja consiste en que llegó al público el texto que los militares habrían querido evitar, y desapareció la ficción (Gamerro, 2015a: 43); no sabemos a ciencia cierta si es el texto extraviado más importante de la literatura nacional pero, desde este presente que nos toca atravesar, nadie dudaría en pensar en ese primer

¹⁴¹ Cf. Ivana Romero, “La ida y la vuelta”, disponible en Internet: <<https://www.pagina12.com.ar/26482-la-ida-y-la-vuelta>>, [Fecha de consulta: 19 de marzo de 2017].

capítulo si pudiera recuperarse algún texto perdido de la literatura argentina.¹⁴² En este sentido, disiento con Jozami (2017) cuando sostiene que “Gamerro minimiza la vigencia de Walsh en la literatura argentina”: fui señalando cómo su figura atraviesa la novela de la que aquí que me ocupo, lo cual pone en evidencia la omnipresencia de su figura en el plano de la ficción que escribe Gamerro, a lo que se suman los varios trabajos críticos en torno a la figura y a la obra de Walsh, que presentan afirmaciones explícitas al respecto.

Walsh se impuso una tarea no menos abrumadora: cerrar la línea de fractura que atraviesa la literatura argentina, reescribir las novelas de Arlt en el estilo de Borges. Con un mandato tal, las penurias de la vida clandestina y el riesgo de las patotas de la Triple A y la ESMA, deben haber sido más tolerables que el terror a la página en blanco (a esas páginas en blanco) que dejó como *asignatura pendiente para las futuras generaciones de escritores*. (Gamerro, 2015a: 40)¹⁴³

No hace falta añadir más garantías al lugar central que Gamerro reconoce a Walsh (nada menos que Gamerro, tan atento a la literatura nacional, entre otras). A ello se suma la filiación con la lengua inglesa, que ambos comparten con Borges, figura mayor del canon.

Walsh podía escribir la primera versión de sus textos en inglés para luego verterlos al español, y el sustrato sintáctico y retórico de su prosa es sin duda el de la lengua inglesa: tanto Borges como Walsh parecen frecuentemente haber sido traducidos del inglés [...]. (Gamerro, 2015a: 39)¹⁴⁴

¹⁴² No me detengo en la historia de su desaparición de ese texto porque es de sobra conocida; me remito a la cita de la nota al pie anterior para una aproximación al tema.

¹⁴³ Subrayado mío.

¹⁴⁴ La última novela publicada por Gamerro, *Cardenio* (2016), fue escrita por el autor en inglés (cf. <<http://www.telam.com.ar/notas/201606/150269-400-anos-shakespeare-carlos-gamerro-libro-cardenio.html>>, [Fecha de consulta: 6 de junio de 2016]) y luego traducida por él mismo al español, como un modo de trabajar sobre los sustratos que él mismo señala en Borges y en Walsh. No tomé a *Cardenio* en esta tesis porque sale absolutamente del entramado que tejen entre sí las primeras cinco novelas de Gamerro y, por tanto, se vuelve innecesaria para esta lectura de corpus.

Si observamos las partes que componían la novela proyectada por Walsh, impresiona descubrir que una trama similar constituye el corpus que esta tesis trabaja: “Un monstruo con todas las historias” (Gamerro, 2015a: 35); porque “más que la continuidad de los personajes, me interesa la continuidad de ciertas situaciones históricas” (Walsh, 2010: 144). Si el propósito de Walsh fue transitar el relato nacional desde un punto de vista insólito respecto de la historiografía, texto que nunca llegó al público lector, ese agujero que horada el cuerpo de la literatura nacional encontró reparo en las literaturas más lúcidas de posdictadura. ¿Cómo lo hace Gamerro? Claro que no como Pierre Menard. Porque en lugar de *esa* novela, la que inaugura la reescritura del relato nacional, del “monstruo con todas las historias”, es *Las Islas*. Siempre a la vera del Río de la Plata, siempre pensando en salvar la vida, el ex combatiente en este caso no es Juan Antonio Duda sino Felipe Félix. Hacia él iremos en los dos próximos capítulos de esta tesis.

Walsh vivió en una época pródiga en mitos, y los creyó todos: el hombre nuevo, la literatura proletaria, la revolución mundial. Entre ellos, uno de los más insidiosos fue el del intelectual orgánico, quien por oposición al prescindente intelectual crítico pondría su pensamiento al servicio de un movimiento o –eventualmente– al gobierno resultante de él. Entre los escritores, la disyuntiva llevó, demasiadas veces, a las figuras paralelas del escritor cautivo, propagandista del régimen, y la del escritor exiliado. En el caso de Walsh, lo condujo a la militancia en Montoneros y a la subordinación de su escritura y de su pensamiento a la línea del partido, y resultó, al menos temporariamente, en uno de los grotescos más pronunciados de la historia de un país en la que no brillan por su ausencia: Rodolfo Walsh a las órdenes de Mario Firmenich, Rodolfo Walsh –que buscaba escribir para todos– escribiendo para la élite más restringida con la que se había topado hasta entonces: la cúpula de Montoneros –y siendo ignorado o censurado por ella nos salvamos, vaya a saber por qué milagro, de que dejara como testamento literario un ejemplo del género más abyecto de la época: la autocrítica de Walsh escrita por órdenes de la dirigencia de Montoneros. Sus propuestas de

repliegue fueron desoídas (mientras ellos, con mal disimulado orgullo, contabilizaban “bajas”, Walsh quería salvar vidas), y a comienzos de 1977 empieza a preparar su propio repliegue: “Hay que seguir la ruta de las lagunas porque nos quitaron el Tigre. Necesito vivir cerca del agua”, le decía a Lilia Ferreyra, y juntos viajaron hasta San Vicente, primera escala en su camino hacia el sur, en busca de las tierras de su origen, las que de joven recorrió con el caballo de su padre. Había otro origen que estaba buscando. “Pocas semanas antes de cumplir cincuenta años”, cuenta Lilia Ferreyra, “quiso definir dos apuestas para el 24 de marzo del 77, aniversario del primer año de gobierno de la Junta Militar: terminar el cuento ‘Juan se iba por el río’ y difundir un documento que denunciara los crímenes de la dictadura”. Ella recuerda así el cuento perdido: “Al final del cuento, Juan, que ha evocado su pasado, su historia y la historia de su país, sentado en un banquito frente al río, empieza a desprenderse de todo el pasado. Mira hacia la Colonia, del otro lado del río, a donde él quiere llegar. Una tarde, las aguas se retiran y el río se seca. Juan monta en su caballo y empieza a cruzarlo. Arriba, los pájaros vuelan en redondo sobre los peces muertos. Cuando en el horizonte se hacen cada vez más nítidas las casitas de la Colonia, las aguas retornan; las patas del caballo empiezan a enterrarse en el fango; su tranco es chapoteo. El río crece oponiéndose cada vez más al avance del hombre y su caballo”. Final abierto, como se ve: no estamos seguros si Juan llega o no con vida al otro lado. (Gamerro, 2015a: 42-43)

Hasta qué punto Walsh se estaba proyectando en Juan Duda. Cómo todas las circunstancias eran “la continuidad de ciertas situaciones históricas”. De qué manera tan profunda se entrelazan ficción y no ficción, casi como si la literatura tuviera la fuerza de un oráculo, como si la escritura pudiera ser un conjuro.

Mientras conversaban, Lilia evocó la noche de 1977 en la que Walsh le había leído en voz alta la versión final del cuento, allá en San Vicente.

–¿Juan llegó al otro lado del río? –preguntó ella, tras escuchar con una atención de la que seguiría dando cuenta décadas después.

Walsh sonrió.

–No se sabe. Lo importante es que lo intentó. (Romero, 2017)

Si pensáramos en la historia del país, sabríamos que Juan nunca llegó al otro lado del río. El relato nacional que Walsh supo predecir pero no llegó a vivir fue retomado por la escritura de Gamerro. Para narrar esa

historia, necesita remontar la cuesta de toda la gesta previa, que le toma buena parte de su narrativa.

A partir de los ochenta, la literatura relaja el imperativo de dar cuenta de la realidad política y pasa a ocuparse cada vez más de la imaginación y de los mitos políticos.

Por creer que no había un mito alternativo de literatura política que ese comprometido y realista, muchos autores y ensayistas terminaron abjurando de ella. Nació así el mito de la posmodernidad apolítica de los ochenta-noventa, mito que se ha prolongado a la actualidad. (Gamerro, 2015b: 419)

Además de señalar el salto generacional en los posicionamientos respecto de lo que implica ser un escritor político, debate que en la actualidad nunca es abordado de manera explícita, Gamerro toma posición respecto de cómo entiende el ejercicio político de la escritura.

Personalmente, creo que la literatura hace algunas cosas mejor que otras, y que lo suyo pasa por minar, más que mimar, los procedimientos del discurso político. [...] La forma de conocimiento que supone la literatura política no es, ni debería ser, la del discurso político sin más. Un uso político de la literatura implica justamente trabajar a contrapelo del discurso político, introducir cuñas, demorar el paso de la palabra a la acción. (Gamerro, 2015b: 421)

Esa demora del paso a la acción es un modo del cuidado de la vida que las generaciones de posdictadura aprendimos a fuerza de luto colectivo. Si el destino sudamericano que Borges propuso y Walsh encontró es el de una muerte violenta, arma en mano, la propuesta política y la apuesta de la escritura será ahora la de arriesgar las letras para salvar las vidas. Y en ese riesgo se juega el hecho de desarmar las herencias que conducen hacia caminos fallidos, aunque en ocasiones sólo sea la única herencia con la que contamos. He ahí el agujero y la necesidad de poner ficción donde no tenemos los cuerpos ni su palabra.

4.13.2. Políticas de la escritura

La postdictadura es lo que queda de la dictadura, de 1984 hasta hoy, después de su victoria disfrazada de derrota. Este pasado-presente, que no puede concebirse, sí puede representarse. Y su representación, leída a posteriori, demuestra haber demandado una estética protoexplícita, no una estética de lo irrepresentable, de lo indecible, o del silencio.

S. Schwarzböck

No es una casualidad que cuatro de las cinco novelas de este ciclo de Gamerro oscilen en un contrapunto entre los años setenta y los años noventa y después: el contrapunto entre la visión de pre y posdictadura hacia la realidad política y los modos de entender el compromiso con la tarea de escritura son los que vengo señalando a propósito de Gamerro.

La historia de la literatura moderna está atravesada por la discusión acerca de la relación entre literatura y acción política. Stephen Dedalus, el alter ego de Joyce en *Retrato del artista adolescente*, opone la emoción despertada por la literatura cinética, que se resuelve y completa en la acción, a la emoción estética que es estática y se basta a sí misma. Pero el mismo Dedalus cierra su novela con las palabras: “Salgo a buscar por millonésima vez la realidad de la experiencia y a forjar en la fragua de mi espíritu la conciencia increada de mi raza”. Y ya había defendido a su *Dublineses* frente al editor que pretendía censurar ciertos episodios con estas palabras: “Considero seriamente que usted retrasará el curso de la civilización en Irlanda si no le permite a los irlandeses echarse un buen vistazo en el espejo que he pulido de modo tan esmerado”. La ambición de todo escritor ambicioso, lo confiese o no, no es meramente la de sumar unas palabras a la historia de la literatura, o que su nombre sea recordado, sino cambiar el mundo. En ese sentido, no difiere mucho de un revolucionario. (Gamerro, 2015b: 405-406).

En el contrapunto setentas-noventas hay una clave histórico-identitaria que no termina de agotarse. La literatura puede ser un exorcismo, como si escribir la farsa evitara la repetición de la historia trágica. Si el siglo

XIX vio convivir en sus prohombres, en sus intelectuales de acción, en sus escritores políticos (con Sarmiento a la cabeza) la pluma y el arma, y el siglo XX dio protagonismo al fusil, que el XXI sea el de la escritura.

En el terreno de la acción, por otra parte, todo éxito es parcial, toda victoria temporaria; las revoluciones, aun las triunfantes, suelen devorar a sus padres, o a sus hijos, y resolverse en su opuesto; los ideales, frustrarse o corromperse. Y en última instancia, hasta la vida más feliz y exitosa termina en muerte. Para reconciliarnos con todo eso, ayudarnos a entenderlo, o al menos a aceptarlo, o a aguantarlo, existe entre otras cosas la literatura. En ese sentido, su lema bien pudiera ser 'hasta la derrota siempre'. (Gamerro, 2015b: 406).

Prohombre, intelectual de acción, Walsh, nuestro escritor político del XX, entregó su vida, sí, pero no es su lucha sino su escritura la que venció al tiempo.

CAPÍTULO 5: Identidad individual, pasado y origen

5.1. Algo huele mal en Malihuel: *El secreto y las voces*

¿Hacemos algo o nos resignamos a los actos sin consecuencias? Porque la memoria no es, o no debería ser, simple rememoración, sino una condición para la acción. No sólo recordar a cada uno de los que desaparecieron sino también a cada uno de los responsables de su desaparición. Siempre estuvieron aquí, entre nosotros. Pero siguieron haciendo su trabajo como si nada hubiera sucedido, sin que su conciencia les impidiera dormir, sin que la Justicia les pidiera explicaciones, sin que nadie les dijera en la cara que eran tan culpables como los que secuestraron, torturaron y asesinaron. Los que no participaban, sabían; los que no sabían, sospechaban, y la mayoría callaba, repetía las consignas de la dictadura. Por miedo, por indiferencia o por simple complicidad.

N. Prividera

En este quinto capítulo analizaré la tercera novela en el orden de publicación, *El secreto y las voces* (2002). Tiene una estructura de cinco capítulos, con cuatro intermedios y un epílogo. Transcurre en los años noventa pero revierte hacia los años setenta a propósito del destino de un personaje que luego reaparecería en *La aventura de los bustos de Eva* (2004) y *Un yuppie en la columna del Che Guevara* (2011), ya mencionado en esta tesis: Darío Ezcurra. También vuelve a ser protagónico el personaje que inaugura el ciclo de novelas de Gamero, Felipe Félix (Fefe), el más importante porque es quien lleva la voz generacional de la posdictadura, que es también la voz autoral. Como veremos, Fefe inicia un viaje hacia Malihuel, el pueblo de sus abuelos maternos, a propósito de una búsqueda cuyo móvil es su propia escritura, y que acabaría siendo la investigación de un crimen cometido

en los setenta. Aunque no lo dice, sabe que la víctima fue su propio padre; será este, entonces, un viaje hacia la verdad y hacia el origen.

El lector de Gamarro ya conocía bien a Fefe, protagonista de *Las Islas*; no obstante, aquí el escenario no es Buenos Aires sino Malihuel, aquel pueblo del que también es oriundo otro personaje importante en este corpus, Gloria (lo veremos en el próximo capítulo, abocado a *Las Islas*). Malihuel es también, como sabemos, el pueblo fundado por don Urbano Pedernera, quien se hizo erigir una estatua ecuestre que lo recuerda, epicentro de los carnavales malihuenses. En este sentido, así como el pueblo opera como sinécdoque de la historia decimonónica de la pampa, también lo será en relación con los años de la dictadura.

5.1.1. En un lugar de la pampa, cuyo nombre no quiero acordarme

La novela inicia con la llegada de Fefe al pueblo, veinte años después de su última visita. Se aloja en la casa de Celia, madre de sus amigos Mati y Guido. Todo le suena familiar: la casa fue comprada a su abuela Emily y es la misma en la que Fefe pasaba los veranos de infancia. Siguen estando allí muchos de aquellos muebles, incluso objetos de decoración.

-Un crimen en un pueblo chico.

-¿Y por qué acá, justamente? –pregunta Mati.

-Es el único pueblo chico que conozco.

-¿Para eso volviste?

-Y para verlos.

-¿Y qué va a ser? ¿Una película? –pregunta de nuevo Mati.

-O un libro. No estoy seguro todavía –le contesto. (Gamarro, 2002a: 13)

El diálogo será el grueso del cuerpo de la narración: la escasa presencia de Fefe como narrador sólo se cuela en breves observaciones a las intervenciones de otros personajes, en veloces pensamientos que van acomodando la información que recibe, y que permiten al lector reconstruir también esta historia narrada de modo fragmentario (a la manera de Puig) y con un hondo punto ciego (a la manera de Onetti), que luego esclarece. Ese punto ciego gira en torno a un muerto, “Ezcurrita”. La narración avanza mediante el relato de los habitantes de Malihuel, que también dialogan entre sí y con Fefe; la polifonía (Bajtín: 2005), su rasgo central, no constituye una mera acumulación de voces sino una clave social. Si bien hay, como digo, un escueto narrador, el peso específico de la historia detrás del caso es lo que mueve la trama, sostenida por todo un pueblo. Este poliedro narrativo se ve reforzado por la inserción de otros géneros discursivos, como las notas de periódico de Ezcurra o las fichas de Gagliardi, y por los cuatro intermedios y el epílogo, constituidos por escritos de Fefe e informes de Gagliardi.

Ante las inquietudes literarias de Fefe, que viene a escribir sobre el pueblo, don León Benoit pasa a informarle que ya hay escrito un estudio hidrográfico sobre la laguna, de 1973. Pero Fefe aclara que lo suyo es otra cosa.

-Ah, de eso también tenemos. Si le interesa la literatura me imagino que ya habrá leído *El sueño del señor juez*, que transcurre acá, justamente, le cuenta toda la historia de la fundación. No, si sobre este pueblo se ha escrito mucho, no vaya a creer, los pueblos vecinos serán más grandes pero no tienen nuestra historia. ¿Sabía que desde los tiempos de la colonia estamos? En los mapas más antiguos figura ya la laguna. Por acá pasaba la Frontera Norte. Varios malones padecemos, y las guerras

civiles. Un fortín había, de paso para el Norte nada menos que Lavalle en persona lo quemó. Historia es lo que nos sobra. “El pueblo dos veces centenario”, como dice la canción. Así que literatura. A mí me habían dicho que estaba interesado en la geografía, en la ecología, vaya a saber por qué. ¿Quién me dijo, Nene?

-Licho.

-¿Te das cuenta, lo que es hablar por hablar? Y yo que le busqué los datos de la composición química de las aguas de la laguna, que como usted sabrá son muy medicinales. ¿Le puede servir de algo?

-Tené cuidado, que te va a querer enganchar en el negocio del balneario – interviene Guido, y sonrío don León.

-Algún día el pueblo va a volver a vivir de la laguna, y ese día me van a tener que levantar una estatua al lado de la del comandante. Esa sí que es una historia para contar, la de la estatua del comandante.

-Sí, claro –asiento-. Igual tenía en mente algo más actual, de los últimos, no sé, veinte años como mucho –digo, y luego, advirtiendo o imaginando un respingo alarmado, aclaro-: Igual es una obra de ficción, no, no un documento. O sea, el pueblo de mi historia tendrá mucho en común con éste, la zona, la laguna, qué sé yo... [...] Hasta le voy a cambiar el nombre, para que no haya confusiones y después me vengan a decir no, así no es, así no fue... Le voy a cambiar el nombre –repito.

-Ajá –comenta don León-. ¿Y qué nombre va a ponerle, si se puede saber?

-Malihuel –contesto-. En mi historia, el pueblo se va a llamar Malihuel. (Gamerro, 2002a: 16)

El recurso cervantino sitúa rápidamente al lector, ya que lo remite a la novela publicada dos años antes. El pliegue extraño se produce en referencia al cambio de nombre, ya que tanto en *El sueño del señor juez*, donde el pueblo es protagónico, como en *Las Islas*, fue nombrado como Malihuel. Lo interesante de bautizarlo de manera ficcional es que refuerza el recurso sinecdótico: “cualquier pueblo de los que conocemos puede ser este, porque este realmente existe”, nos viene a decir la ficción. A lo que se suma el oído magistral del autor para captar tonos, modos, posicionamientos, la permanente chicana entre los habitantes de pueblos chicos, el desprecio manifestado en el ninguneo, la desconfianza ante el forastero (aunque haya sido parte del lugar, de algún que otro modo). El verosímil es perfecto.

5.1.2. ¡Todos a una!

Fefe indaga en dirección a su objetivo, hurga en la memoria del pueblo. “Crímenes, acá en Malihuel, que yo recuerde... ¿Vos te acordás de alguno, Vicente? –se dirige don Ángel a su hermano” (Gamerro, 2002a: 16). Los parroquianos le responden con un feminicidio: una vieja historia, en la que se desconfía de un supuesto amante pero se sabe que bien pudo haber sido el marido, el mismo que mató también a los “dos pájaros de un tiro”. Sin condena: la ley del pueblo es la de las orillas.

Una policial, me pareció; me pareció una buena idea situarla acá. Por ejemplo, se comete un crimen en Malihuel. Tres mil habitantes. Todos se conocen. Esa noche no había extraños en el pueblo. O sea, el asesino tiene que ser uno de ellos. Todos sospechan de todos. O quizás sea una conspiración, en la que todo el pueblo esté de acuerdo. (Gamerro, 2002a: 17)

Fefe adelanta una hipótesis de lectura ya no de la novela, sino de toda una sociedad en casi una década completa: 1976-1983. Cómo operó la maquinaria de desaparición especialmente allí, donde todos se conocían. A coro, el pueblo se defiende con un argumento bien conocido también por aquellos años: el de la seguridad en lo que atañe a la propiedad.

-[...] como ves no tenemos mucho para ofrecerte. Este es un pueblo tranquilo, todos se conocen. Las puertas de las casas están siempre abiertas, el auto lo dejamos en la calle con la llave puesta.

-Si acá *desaparece* una gallina y anda todo el pueblo convulsionado – interviene Mati, y como nadie le festeja la salida la supongo más sentencia que ocurrencia.

-Justamente, por eso –digo-. *Un crimen, acá*, sería mucho más dramático. *Nadie lo podría ignorar*. (Gamerro, 2002a: 18)¹⁴⁵

Fefe viene de la gran ciudad, donde el anonimato es mostrado como ley de la selva desde los medios masivos, y así es entendido al punto de generar pánico a la visita. Nació –lo sabemos por *Las Islas*, porque es el año de los conscriptos movilizados a Malvinas, marca de hendidura profunda en la historia nacional- en 1962; ese mismo año su madre, fallecida en el presente del relato, dejó el pueblo. Fefe insiste.

-¿Y no hubo un caso, de la época cuando yo venía todavía, de un muchacho, cómo se llamaba, que tuvo un problema con otro del pueblo, o de un pueblo vecino, no me acuerdo bien? –tomo un buen sorbo de vino y sin mirar a nadie a los ojos largo de un tirón.

-¿Conocés algún caso así, Mati? –pregunta don Ángel con intención.

-Unos mil –le contesta su hijo con la misma risita irónica que antes me agradaba-. Si no nos das más detalles... -me dice.

-Eran los dos de familias tradicionales del pueblo; uno, el más viejo, tenía estancias por toda la zona y yo me acuerdo que decían que lo mandó matar al otro, que era...

-Ezcurra –completa Guido, lacónico por masticación, por encima de la cabeza de su hermano, que larga sobre la frase que pasa un tarascón:

-*No es seguro que lo hayan matado*. (Gamerro, 2002a: 19-20)¹⁴⁶

Darío Ezcurra, hasta entonces sospechosamente evadido, ya no puede seguir escondido en el relato del pueblo. La clave la da Guido, al sumir que no se sabe qué pasó con él: ¿está muerto? ¿Vivo? Si está muerto, ¿lo mataron? ¿Quién? ¿Por qué? ¿Cómo fue su muerte? ¿Por qué todo esto no se sabe, en un pueblo en el que todo se sabe? Suficientes móviles para que Fefe indague desde la escritura, en una puesta en abismo de la propia escritura de Gamerro.

¹⁴⁵ Subrayado mío.

¹⁴⁶ Subrayado mío.

5.2. *Sottovoce*: El caso Ezcurra

*¿Quién mató al comendador?
Fuenteovejuna, señor.*

Lope de Vega

El relato, siempre sostenido por diversos diálogos orientados por las inquietudes del foráneo, avanza entonces hacia la figura de Ezcurra. Descendiente de los Ezcurra de Rosario y los Alvarado de Malihuel, una de las familias más encumbradas, se lo define como un playboy que alteraba la paz del lugar con sus conquistas y sus provocaciones, ganándose la inquina de muchos de sus habitantes. Una de las personas que no tragaba a Ezcurra era la propia abuela de Fefe, según le comentan.

[...] para cuando termino de tragar ya he sido alcanzado por una visión del pasado, la primera de muchas, quizás demasiadas, que experimentaré a lo largo de mi permanencia en Malihuel. Estoy caminando de la mano de mi abuela por la vereda de la sombra, jugando a pasar de una baldosa rota a otra sin pisar el pasto, cuando un tirón de su mano me arrastra hacia la calle y el sol cegador. Hacia nosotros se acerca caminando un hombre joven, elegante, que evidentemente divertido por la situación dirige a mi abuela una sonrisa burlona, y a mí un guiño cómplice por debajo de los anteojos de sol levantados. Elevo los ojos al rostro de mi abuela y lo veo congestionado de furia, paralizado entre el impulso de insultar y la evidente promesa de no dirigirle más la palabra a esa persona cuya espalda vestida de blanco se aleja ahora, campechana, por la sombra que acaba de conquistar. Y mi abuelo, ese día, u otro día, golpeando la mesa del almuerzo con el puño y atragantándose con el guiso de chauchas al farfullar ¡ese hijo de puta! ¡Ya va a ver un día de estos, ese hijo de puta! [...] Así que ése era Ezcurra. Ya tengo algo: una imagen al menos. (Gamerro, 2002a: 25-26)

“Algo habrá hecho” el tal Ezcurra -ese que todo lo *conquista*, incluso el espacio de sombra- para que los abuelos de Fefe estén tan enfurecidos. Así, de manera elusiva, el lector lo acompaña en la construcción del relato (una característica de las narrativas de posdictadura es la

ausencia de narrador omnisciente). Todo inquieta, nada se comprende, las culpas están en el aire y los cuerpos de las víctimas... no se sabe. Siquiera hay certeza de que lo sean, en boca de algunos.

5.2.1. Móviles de un crimen

No obstante, Fefe se inviste en investigador y este policial coral sigue tomando forma: ya hay víctima, detective y un enigma por resolver.

-El que lo mandó matar... o lo corrió del pueblo [...] ¿Quién era?
-¿El viejo Rosas Paz?- me pregunta, terminando de sentarse-. Dueño de medio departamento era. Ahora los herederos subdividieron. ¿No lo viste al pueblo de camino? Viniendo de Rosario es justo la parada antes. Rosas Paz, se llama, igual que ellos. (Gamerro, 2002a: 26)

Resulta que “Ezcurreta no tuvo mejor idea que meterse a periodista, y cebarse con don Manuel” (Gamerro, 2002a: 28). Dedicado, como Fefe, a la escritura, tenía para colmo una afilada pluma para la denuncia satírica. En el periódico del pueblo podían leerse artículos como este:

-Escuchen esto, escuchen -reclamo, incluyendo al Nene Larrieu que deja el trapo de lustrar vasos sobre el mostrador y se acerca interesado-. “Este plutócrata pampeano cuya fabulosa fortuna familiar ha sido amasada con sangre de indios y cristianos y con lágrimas de huérfanos y viudas pretende ahora usurpar uno de los altos sitios en los que esta ubérrima provincia encumbra a sus hijos dilectos. ¿Y qué créditos, qué méritos, qué servicios prestados a su patria o a su terruño aduce, este autoproclamado Pericles lacustre, este Licurgo de los llanos, este santafesino Solón, para ameritar tamaño honor? ¿El de la hidalguía y pundonor de aquel Rosas Paz que pagaba a una libra la pieza las orejas de indio que su devoto bisnieto conserva aún como reliquia familiar en una vitrina de su escritorio? ¿Quiénes, por otra parte, espera que apuntalen con sus votos su hilarante candidatura? ¿Los descendientes de los orgullosos gauchos desterrados a la frontera por el único delito de querer trabajar la tierra que este hipertrofiado Orión ambicionaba para su ganado? ¿Los nietos de los inmigrantes de confiada habla extranjera, que ingenuamente aceptaron títulos de tenencia provisoria sobre una tierra que una vez hecha productiva por los callos de sus manos y el sudor de sus frentes les fuera arrebatada por los abogados de nuestro aspirante a Cicerón cerealero? Santa en verdad deberá ser nuestra fe si estamos dispuestos a poner en sus manos los altos destinos de nuestra

provincia. ¿Consentirá la villa de Malihuel, que la leyenda y la historia consagran como la Fuenteovejuna santafesina, a inclinarse a besar los pies de barro de este novillo de oro?” ¿De dónde sacó este estilo? – pregunto al terminar.

-De los discursos de Rosas Paz –tajante la respuesta de Iturraspe cercena el apéndice retórico de mi pregunta-, en la época que era candidato a senador por la provincia. (Gamerro, 2002a: 30-31)

Allí está nuevamente cifrada la historia nacional, desde el punto de vista biográfico de un hombre poderoso de patria chica. El calco discursivo es ficcional en este caso, aunque la retórica bien cuadra a los discursos de un aspirante a senador provincial de mediados del siglo XX. Evidentemente el humor no acompañaba a Rosas Paz, que veía empañada su candidatura ante el atrevimiento de Ezcurra. “¿Me están diciendo que alguien pudo tomarse esto tan en serio como para mandar a matar al autor?” (Gamerro, 2002a: 32), se pregunta Fefe.

Las burlas habían dejado de aparecer en el periódico en tiempos en que la militancia obligó al improvisado periodista a bajar el perfil. Es precisamente esa paradoja la que genera sospechas en Fefe: “lo único que no se entendía era que después de aguantarle tantas denuncias de peso, Rosas Paz se la hubiera querido dar cuando no escribía más que sobre torneos de básquet y actos escolares” (Gamerro, 2002a: 32). Hay algo que no cierra, y es ese enigma el que lleva la investigación hacia adelante. El móvil del crimen no parece justificarse. Entonces siguen apareciendo voces, y con las voces, más sospechosos:

Acá, entre nosotros, te puedo decir que don Manuel no era el único que se la quería cobrar a Ezcurra –me dirá Guido confidencialmente, una noche [...]-: Había una sociedad, seguro estaban don León y Casarico, y dicen que también el jefe de policía, y... Un loteo de turismo ahí a orillas de la laguna, donde don León tiene el balneario hoy, en ese bordecito de forestación que dejaron las inundaciones. Ezcurra les vendió el buzón de

la Expotencia, y cayeron como chorlitos. [...] “Tenemos la buenaventura de asistir al inicio de una de las etapas más promisorias de la historia de nuestra nación, una etapa en la cual la ex colonia comienza por fin a convertirse en la Argentina Potencia que todos anhelamos [...]. Expotencia, la mayor expo del país a campo abierto y con maquinaria agrícola en movimiento. [...] Porque el año 2000 nos encontrará unidos o dominados [...]. Súmese a Expotencia '73”. (Gamerro, 2002a: 34-35)

La estructura polifónica permite desplegar una complejidad de puntos de vista que son prototipos muy reconocibles en el entretejido de ideologías que conviven en la sociedad argentina, muy compleja por tratarse de un país constituido por múltiples etnias y orígenes nacionales, culturales y religiosos que convergieron en su territorio a lo largo de las diversas instancias socio-históricas que lo atravesaron: precolombina, colonia y republicana, con fuerte presencia de la inmigración. A comienzos del siglo XX las élites argentinas soñaron con devenir potencia mundial, y es alrededor de esta idea donde se arma el sarcástico juego de palabras entre *exposición*, *potencia* y *ex-potencia*. Ese “buzón de la Expotencia” no es sólo el que Ezcurra les “vendió” a sus paisanos sino el mismo que la cierta historiografía triunfalista instaló en el imaginario nacional, y por el que muchas personas aún, ingenuamente, siguen lamentándose.

La triste paradoja está en el cierre de esta perorata de Ezcurra, en la que se invoca una célebre frase de Perón de 1953, “El año 2000 nos encontrará unidos o dominados”. Por una parte, esas palabras dejan entrever el posicionamiento ideológico de un joven en 1973 –al que el lector verá reaparecer en *Un yuppie en la columna del Che Guevara*, visitando a Marroné bajo la excusa de ofrecerle Expotencia pero citándolo clandestinamente para continuar con las negociaciones en

torno al secuestro de Tamerlán (Gamerro, 2011: 47)-; por otra, la referencia al año 2000 (presente de la escritura de la novela), tan crítico para Argentina, reenvían al lector al fuerte contraste entre aquella promesa de país, retomada por Perón en su discurso, y la realidad económica de comienzos de siglo XXI.

5.2.2. Ronda de hipótesis

La cuestión se agudiza para Ezcurra, porque el (mal) negocio que había venido a ofrecer, y que resultaría en una nueva estafa, llegaba entrometido en una trenza política que involucraba a otras personas extrañas al pueblo.

La cosa fue así. Se había venido con unos de Santa Fe, que iban a hacer el dichoso canal evacuador de inundaciones que nos vienen prometiendo desde el tiempo de la colonia más o menos [...]. Total que después resulta que los de Santa Fe eran medio montoneros o algo así y en la gobernación duraron lo que un suspiro y todo el asunto de la Expotencia se vino abajo y aparte de fundirse y quedar endeudado hasta las cejas Ezcurra terminó pagado como el monto del pueblo. (Gamerro, 2002a: 37)

Fefe no sabe a ciencia cierta qué es lo que ocurrió con Expotencia y con Darío Ezcurra pero su historia se integra a una larga lista de jóvenes que hacen a un lado su afortunada situación económica personal para involucrarse en la lucha política: a imagen y semejanza del Che, tomaron ese camino Ezcurra, el Colorado Paddy y el mismo Marroné (aunque, como vimos, de manera involuntaria); toda una cuestión generacional. Al igual que Paddy, Darío pagaría esa osadía con su vida.

Licho, sin embargo, sostiene otra hipótesis: un jugueteo amoroso de Darío con las nietas de Rosas Paz habría sido la verdadera causa de

su debacle. Fuera por la causa que fuera, “los duelos habían pasado de moda, la venganza secreta no le alcanzaba y con la justicia no hubo nada que hacer. Así que *quedaba la policía*” (Gamerro, 2002a: 39).¹⁴⁷ Llegados a este punto, entonces, ingresa en el relato la figura del comisario Neri, muy estimado en Malihuel; ya se sabe, y lo he mencionado a propósito del decálogo del género policial argentino que escribió Gamerro (2015a: 64-65), entre otras referencias -cifradas ya en textos tan tempranos como *El gaucho Martín Fierro*-, cuál es la legitimidad que tiene la institución policial en Argentina, tanto más luego de la última dictadura.

-La jefatura de policía de Malihuel [...] controla todas las comisarias del departamento [...]. Los jefes de policía los nombran en Santa Fe, y por lo general son de por allá. No se quedan mucho, un año o dos y los mandan a afanar a otro lado para que la zona se recupere. Como la rotación de los cultivos [...]. Por eso te digo que el comisario Neri es diferente. [...] Era como el Robin Hood de la zona, Neri. Robaba en los pueblos ricos para dar a los pobres -se ríe de nuevo. (Gamerro, 2002a: 39)

Neri también rotaría como la siembra, pero siendo tan querido y cumplido, la causa no se explica. O sí: pero abre un nuevo interrogante, en la misma línea del enigma cuya resolución Fefe viene persiguiendo.

-¿Y por qué se fueron? -pregunto-. Los Neri, digo.
-Y, yo no me cuerdo bien, pero creo que *lo de Ezcurra* tuvo que ver, ¿no Guido? -pregunta Mati a su hermano, con el cual fuera de la órbita familiar parece llevarse mucho mejor-. Seguro que *lo de Ezcurra* tuvo que ver. (Gamerro, 2002a: 42)¹⁴⁸

Lo de Ezcurra: esa desaparición que no cobra entidad siquiera en el discurso. No hay verdad ni certeza que permita nombrar su destino.

¹⁴⁷ Subrayado mío.

¹⁴⁸ Subrayado mío.

-Respirándole en la nuca todo un año lo tuvo el comisario Neri a don Manuel. Lo que le pedía era sencillito: que de los pelos lo sacara a Ezcurra de la casa y lo dejara seco de un baldazo, a la vista de todos, así sin vueltas. Antes, se hubiera contentado con menos. Pero ahora que estaban los milicos las quería todas, don Manuel. La espera le había abierto el apetito. [...] Así que yo creo que habrá tratado directamente con ellos –continúa don Ángel- cuando vio que el jefe de policía se hacía rogar. Tenía sus contactos, don Manuel, eso seguro. Y ahí se puso complicada la cosa, viste. Porque no estábamos hablando de un pirincho cualquiera. Un Ezcurra nada menos, de los Ezcurra de Rosario, y Alvarado por parte de madre. Y acá en el pueblo. Si el comisario hacía lo que Rosas Paz le pedía se echaba todo el pueblo encima. Si no, del pueblo los milicos lo echaban a él, y encima al pedo porque Greco no le iba a hacer tantos ascos al asunto.

-¿Quién? –pregunto.

-Ah, ¿no te conté? Greco es, el pollo de Neri era. El subcomisario Greco, que lo reemplazó como jefe cuando Neri se jubiló. También metió la cola en el asunto. (Gamerro, 2002a: 44)

El relato de Ángel comienza a dar forma a lo que ocurriría luego del 24 de marzo de 1976: las venganzas personales encontrarían su oportunidad más cruenta con la masacre desatada. La figura de Neri –al igual que la del pueblo entero, en relación con el destino de Ezcurra- sigue estando preservada bajo su mirada, a quien coloca entre la espada (los milicos) y la pared (el pueblo); entra en juego, en cambio, la de Greco: un subcomisario ansioso por ascender en el escalafón institucional, que también encontraría su oportunidad de oro en tiempos de faena intensa. De paso, queda establecida la complicidad de la dictadura con el poder económico, así sea el de patria chica. A escala, pero la lógica se cumple en todas partes.

La jefatura de policía de Malihuel estaba amenazada, el pujante pueblo vecino reclamaba el traslado. Necesitaba, por tanto, una acción de peso; según la opinión de don León, otra de las voces que vuelve a

colaborar en la construcción del relato, encontró a su mártir en la figura de Ezcurra.

El comisario mismo me lo dijo, es justo la excusa que están buscando, decir que no es como entregarle la jefatura en bandeja a los de Toro Mocho, y si se va la jefatura se va todo lo demás. Malihuel puede darse el lujo de perder a uno de sus habitantes, pero no a las fuentes de trabajo de todo el pueblo. Quizá viéndolo así tiene su lado positivo, ¿verdad? Fue un precio que hubo que pagar. Ezcurra terminó sacrificándose por el bien de todos. (Gamerro, 2002a: 45)

El caleidoscopio que enfoca a Darío vuelve a girar con el cambio de voz, que mezcla las imágenes cristológicas con las de la liturgia revolucionaria. El “monto” se sacrifica por todos.

5.2.3. Referéndum

Pero un relato de infancia, el de Guido niño jugando a las escondidas en el despacho de la fábrica de fideos del abuelo, parece aportar más verdad que opinión al caso Ezcurra. Don Genaro dialoga con Neri en su recuerdo:

Le dije de venir a esta hora, comisario, le dijo al fin, tragando, para que podamos hablar tranquilos. Espero no lo moleste la oscuridad, así estamos más frescos. Usted dirá. Es un asunto delicado, empezó el comisario, eligiendo las palabras con cuidado, y volvió a callarse. [...] Vea don Genaro, le dijo el comisario, usted sabe cómo viene la mano. El nuevo jefe de policía de la provincia es coronel de artillería. [...] Es por los hijos, le largó al final, atropellándose. ¿Qué me vino a decir, que alguno de mis hijos está en problemas con los militares? Los tres son padres de familia, nunca se metieron en política ni nada, ni tiempo tendrían, con todo el trabajo que hay acá. Qué tengo que explicarle, ni siquiera estudiantes son, apenas uno terminó el secundario [...]. Le quería consultar del muchacho Ezcurra, usted sabe, el hijo de la señora Delia, le dijo el comisario [...]. Al padre lo trataba, es verdad, pero con el hijo, nada. Y mis hijos tampoco, por suerte. Si ellos se levantan a trabajar cuando él está volviendo para dormir. [...] Y el comisario: él también, como usted acaba de reconocer, pertenece a una antigua familia malihuense. Y antes de tomar una decisión me pareció prudente consultarlo con aquellos cuya opinión pueda inclinar alguno de los platillos de la balanza, llegado el caso. [...] si alguien no tiene que saberlo

es él. Ni siquiera don Manuel debe enterarse, y el abuelo ah, joder, hubiera empezado por ahí. Vea, ¿sabe qué opino yo de la pelea de esos dos? Que me nefrega, opino. Por mí que se maten. [...] ¿O sea que tengo vía libre?, le preguntó el comisario. (Gamerro, 2002a: 46-49)

La jefatura de policía había sido ya intervenida y a Neri le tocaba actuar. De todos modos, parece haber encontrado el modo de repartir las cargas y cubrirse las espaldas (y don Genaro hace lo propio).

-Hay algo que no entiendo –digo finalmente, desconcertado, mucho más de lo que había anticipado-. ¿Por qué se le ocurrió a Neri ir a preguntarle justamente a tu abuelo?

Guido me mira un segundo, perplejo, antes de contestar.

-No fue solamente al abuelo –dice-. Pensé que sabías. Antes de tomar la decisión, Neri lo consultó con todo el pueblo. Casa por casa fue, preguntando si estaban de acuerdo con que lo liquidara a Ezcurra. (Gamerro, 2002a: 49)

La complicidad social se hace evidente y cae como una pedrada en la conciencia de Fefe. De igual modo opera el efecto de lectura en la conciencia de los lectores. Lo dicho: a escala, pero la lógica se cumple en todas partes. ¿Hay alguien a salvo de la sombra de la culpa?

5.3. SOCIEDAD CIVIL: radiografía de la pampa

*Y pues tan mal se acomoda
el poderlo averiguar,
o lo has de perdonar,
o matar la villa toda.*

Lope de Vega

La consulta de Neri da lugar a un despliegue de prototipos que son un muestrario de la composición social argentina de entonces -y en buena medida, de siempre. Las bajezas, compartidas e individuales, salen a la luz: la cartografía ideológica se manifiesta de manera disimulada y explícita.

5.3.1. Don Eugenio Casarico

El fundador del Club Náutico Malihuel se opone al asesinato de Ezcurra, no sin antes realizar una crítica al discurso revolucionario desplegado por algunos sectores de la juventud de entonces, encarnados en Malihuel en la figura de Darío.

[...] si hasta el lechero era socio, y ese muchacho Ezcurra en sus editoriales llamando al pueblo “a desalambrar” y “a mojar las patas en el lado prohibido”, manga de mocosos arribistas, como si el Club no lo hubieran fundado sus padres y como si no fueran ellos socios de nacimiento, pura demagogia como todo en aquella época, la comuna montonera que le decían, muy para el pueblo lo que es del pueblo pero nunca que yo sepa se los vio con los pirinchos en el balneario popular, pelado como un hueso al rayo del sol, sin más sombra que la de los sauces raquíuticos que todos los comienzos de temporada la Comuna tenía que volver a plantar porque ni uno llegaba al fin del verano en pie. Para eso levantamos el alambrado, a la final la laguna es nuestra y queríamos disfrutarla un poco en paz. Pero no vaya a creer que por eso le guardaba rencor, yo siempre he sabido afrontar los agravios con altura y dignidad, por eso cuando el comisario Neri vino a verme yo hice a un lado toda suerte de rencor e incluso de conveniencia personal y le rogué, le supliqué que considerara su decisión, decisión por otra parte tomada, que un mero prurito consensual lo llevaba a anunciar. Me ofrecí, incluso, a hablar con Rosas Paz, con quien desde algún punto de vista me

solidarizaba, para limar las asperezas, al menos lo suficiente como para que no siguiera empecinado en un curso de acción que más adelante podría llegar a lamentar, pero no, objetó el comisario con firmeza; si don Manuel se entera puede ser peor, sus amigos militares tomarán medidas que no redundarán en beneficio de ninguna de las partes. Lejos de mí, señor comisario, dice don Eugenio que dijo aquella vez, en aquella conversación sin testigos cuyos momentos estelares ofrece ahora a mi buena fe, lejos de mí pretender dictarle la manera en que debe cumplir con su deber, pero ¿no sería suficiente con darle un susto al muchacho, algo que lo haga entrar en razón? (Gamerro, 2002a: 56-57)

Las culpas pasan de mano en mano: Casarico hace su descargo pero dice haber querido intervenir a favor de Darío, y asegura que para Neri era una decisión tomada; Neri, siempre según su relato, echaba la culpa a Rosas Paz y sus contactos con los militares, y se respaldaba en la teoría del “mal menor”.¹⁴⁹ El relato de Iturraspe, en cambio, desmiente a Casarico: “Hasta los que todavía no habían nacido se acuerdan que fue uno de los primeros en bajarle el pulgar a Ezcurra” (Gamerro, 2002a: 58).

No obstante, el detalle siniestro lo descubre Fefe al levantar la mirada y descubrir una de las fotografías que decora las paredes del Club Náutico en el que escucha el relato de Casarico. Allí se ve a su abuelo, en plena camaradería con otro hombre cuyas facciones desconoce: la respuesta a su consulta le informa que se trata del mismísimo comisario Neri. La complicidad comienza a tornarse una sombra larga y demasiado familiar.

¹⁴⁹ En otra parte del relato hace referencia a la búsqueda de una “solución definitiva” al problema de Ezcurra, lo que recuerda a la retórica nazi y, claro, a la del entramado <Fuerzas Armadas-Élite económica/sociedad civil-Iglesia> en la Argentina de los años setenta.

5.3.2. Don León Benoit

Respecto de la decisión de Neri, el dueño del balneario de Malihuel coincide con Casarico, y sus argumentos son sólidos: “dónde se ha visto que un jefe de policía vaya de puerta en puerta pidiendo permiso, menos en esa época” (Gamerro, 2002a: 58-59). Pero lo que aporta a la investigación de Fefe es una hipótesis genial, muy a tono con la política persecutoria de la época.

Yo le voy a decir, amigo Fefe, lo que Neri quería era matar dos pájaros de un tiro, averiguar si Ezcurra estaba solo o había otros con él y ver si de yapa se cargaba a alguno más. Sólo así se explica, ¿no está de acuerdo? El sondeo era sobre nosotros, no sobre él. La suerte de Ezcurra ya estaba echada, nada que uno hiciera o dijera podía cambiarla, lo único que uno podía lograr con defenderlo era quedar pegado. Yo me di cuenta en seguida, Neri sería muy vivo pero a mí no me engatusó. (Gamerro, 2002a: 59)

Poco a poco, la imagen de bonhomía de Neri es desarmada por los relatos y pareciera ir mostrando su verdadero rostro, uno mucho más verosímil con el de un integrante de la fuerza. En cuanto a Casarico, don León lo acusa de haberle dicho al comisario que con Ezcurra eran buenos amigos, poniéndolo de ese modo en un riesgo: “fue uno de los primeros consultados y nadie me lo quita de la cabeza, que fue él el que me mandó al frente con el comisario” (Gamerro, 2002a: 60).

5.3.3. Mauro Mendoza

El farmacéutico es el prototipo del tibio culposo, que asume una responsabilidad pasiva por el asesinato de Ezcurra. Carga las tintas sobre Neri, a quien adjudica una estrategia intimidante.

-Todo el pueblo es responsable –determina Mauro Mendoça, mientras chorrea la lluvia de invierno sobre su farmacia-. Neri se encargó muy bien de ello, de hacernos a todos cómplices. Lo que no nos exime de culpa, todo lo contrario. Cuanto menos, pecamos por omisión; si no hicimos nada por condenar al pobre muchacho, tampoco hicimos lo suficiente por salvarlo. Imagínese si cada uno hubiera respondido a los sondeos de Neri con un “no” contundente, otro gallo hubiera cantado. Preciso es decir, por supuesto, que su accionar se basó en la estrategia policial de interrogar a los testigos por separado, y usar las supuestas delaciones o traiciones de uno en contra del otro. A cada nuevo poblador consultado Neri le daba a entender, sutilmente, que los anteriores habían manifestado su aprobación, o al menos su aquiescencia, y de eso puedo dar fe... De uno a otro, fue tejiendo los hilos de su red, y de eso, al menos, somos responsables; de haberle servido de puntos de apoyo. Y como sucede con este tipo de trampa, cuanto más uno lucha por zafarse, más termina envuelto. (Gamerro, 2002a: 60-61)

Como contraparte, admite que en su momento se le ocurrió “realizar una consulta de signo contrario, que verdaderamente reflejara nuestra postura comunitaria” (Gamerro, 2002a: 61), y con esta idea se acercó a tres vecinos de confianza: cada uno se desentendió del caso con evasivas o manifestando ignorar cualquier cuestión al respecto. El nivel de paranoia instalado por el terrorismo había destruido cualquier línea de confianza entre pobladores.

Uno me confesaría, años más tarde, que esa noche me creyó enviado por Neri para sondearlo acerca de la sinceridad de sus dichos, y que por eso no quiso largar prenda... Lo que Neri estaba haciendo era tan increíble, tan sin precedente, que no es raro que la mayoría sintiera que había gato encerrado, que detrás de cada pregunta del comisario hubiera en realidad otra pregunta, la verdadera, que no era ya sobre el pobre de Ezcurra, sino sobre uno mismo. (Gamerro, 2002a: 61)

El terrorismo de Estado y la certeza de la población acerca del poder ilimitado, impune, de la Policía, permiten al comisario -según la hipótesis de Mendoça- manipular a toda una comunidad, temerosa por salvar el propio pellejo.

5.3.4. Don Honorio Moneta

Ya jubilado, el gerente del Banco Nación de Malihuel es un digno representante de la derecha civil, claramente manifiesta mediante un debate particularmente sensible sobre el que este sector de la sociedad aún insiste en la Argentina de hoy (respondido con contundencia y sabiduría por –entre otros- Martín Kohan; cf. *Va de vuelta*, 2017). Esgrime el gerente la siguiente reflexión: “¿Cuántos muertos hubo entonces en el país? ¿Dice treinta mil? Creo que exagera, no habrán sido más de... digamos diez mil, para dar mayor elegancia matemática a mi argumentación” (Gamerro, 2002a: 62). A su descalificación en torno a la búsqueda de la verdad, añade la descalificación de Fefe en tanto ciudadano preocupado por esclarecer hechos: “usted es joven, y no puede recordar las circunstancias que el país atravesaba” (Gamerro, 2002a: 62). Con sus palabras, que repiten otro de los argumentos manifiestos de la derecha civil, justifica tácitamente el terrorismo, los crímenes y la impunidad.

Ezcurra puede no haber empuñado el fusil, no soy tan mezquino como para negarle el beneficio de la duda *al enemigo caído*, pero fue su prédica, y la de otros como él, que *orientó la mira* hacia los que teníamos en nuestras manos los destinos de la comunidad. Por eso no me avergüenzo de haber dado mi consentimiento. (Gamerro, 2002a: 63)¹⁵⁰

La condena a Ezcurra concluye su punto de vista: las palabras, la militancia, la ideología, según Moneta, son justificativo suficiente para la masacre. Con tranquilidad, y otorgándose a sí mismo un rol

¹⁵⁰ Subrayado mío.

destacado en la comunidad, asume su consentimiento y lo hace con una metáfora por demás elocuente: orientar la mira.

5.3.5. Dr. Albino Alexander

Si bien no se sitúa lejos de la posición de Moneta, la hipótesis del director de la clínica privada de Malihuel plantea un giro en torno a la explicación acerca de la desaparición de Darío: “Ezcurra jamás llegó a estar en manos de la policía ni vivo ni muerto” (Gamerro, 2002a: 64). Alexander ofrece un argumento que también tuvo eco desde aquellos años, y que realiza dos movimientos clave en simultáneo: resguardar a la Policía y responsabilizar a las organizaciones armadas de la desaparición de sus propios miembros y/o simpatizantes.

Lo mató la guerrilla, responde el Dr. Alexander con envidiable aplomo. Sus propios compañeros, prosigue, lo asesinaron, seguramente tras una de esas burdas parodias que daban en llamar juicios revolucionarios. Tengo de buena fe, agrega, aunque por razones de ética profesional no puedo revelar la fuente, que el muchacho estaba sinceramente arrepentido de su participación en la organización delictiva y decidió *abrirse*, como se decía por entonces. (Gamerro, 2002a: 64)¹⁵¹

Alexander apela al secreto médico para probar lo que sostiene sin tener que ofrecer datos concretos. Para eso, refiere una situación que tuvo lugar en casos bien conocidos (cf. por ejemplo el caso Fernando Haymal, en Montoneros, 1975: 21, o el de Roberto Quieto, en Montoneros, 1976: 13, así como el Código de Justicia Penal Revolucionaria, comunicado por Montoneros el 4 de octubre de 1975): Montoneros no sólo ejecutó a miembros de su organización a quienes

¹⁵¹ Subrayado en el original.

consideró traidores por entregar información bajo tortura sino que condenó aun la deserción de la organización. Alexander culpabiliza a la *organización delictiva* aunque rescata la figura de Darío, a quien muestra arrepentido de su pasado militante.

Dicho en otras palabras: estaba dispuesto a hablar, a decir todo lo que sabía, a dar nombres incluso: algo que, afirma el Dr. Alexander, muchos llamarían traición, pero que él llama entereza, valentía, ya que fue una decisión tomada no a causa del miedo, sino a raíz de una íntima convicción. [...] Hay quienes todavía hoy afirman que para esa época la subversión se batía en retirada; el caso de nuestro infausto vecino basta para rebatirlos. ¿En retirada, una organización tan poderosa que tenía oídos atentos hasta en los pueblos más pequeños, oídos a los que ninguna noticia escapaba? ¿En retirada, cuando a plena luz del día fueron capaces de irrumpir, armados hasta los dientes y perfectamente sincronizados, y arrebatarse enfrente de los horrorizados ojos de todos a uno de los vecinos más notables del pueblo; que por añadidura estaba bajo custodia policial? ¿Cuántos secretamente, en esta localidad donde todos se conocen, debieron actuar de informadores, entregadores y colaboradores para que ese operativo pudiera llevarse a cabo con éxito, en las narices mismas de la jefatura policial? Esa es la investigación que usted debería realizar, ya que parece decidido a hurgar en nuestro pasado. Por una vez podríamos escuchar las dos campanas en este país donde los vencedores hacen la historia y los perdedores la escriben. (Gamerro, 2002a: 65)

El foco de acusaciones del doctor Alexander es Montoneros; también señala a la propia comunidad como cómplice de la entrega de Darío, aunque ya no a la policía -que lo estaría, según su relato, preservando- sino a la organización.

5.3.6. Florencio Brancaloni

El carnicero de Malihuel está bien representando por su oficio: lo suyo es la matanza, la sangre, la cuchilla. Encarna el discurso abiertamente pro-dictatorial, una especie de *fascismo pop* que no presenta ningún reparo respecto de la masacre sino más bien lo contrario: “Si en algo se

equivocó Neri fue en que se quedó corto” (Gamerro, 2002a: 68). Sus palabras son tristemente reconocibles entre la circulación de discursos sociales; un posicionamiento similar captó la cámara de Albertina Carri en *Los rubios* -estrenada un año después de la publicación de esta novela- en el barrio donde vivía junto con su familia al momento de ser secuestrados sus padres.

Ezcurra era una mierda, siempre lo pensé, y lo sigo pensando, y no soy de callarme la boca. [...] Ahora que pasó lo que pasó todos le tiran flores y poco falta para que quieran beatificarlo al finadito, pero en aquel momento bien que nadie levantó un dedo para salvarlo, y con razón. (Gamerro, 2002a: 66)

A diferencia de Alexander, Brancaloni detesta a Ezcurra. Las cosas no son tan simples como parecen: aunque coincidan en términos absolutos, las distintas facciones que componen el entramado social presentan gruesos matices.

5.3.7. El profesor Gagliardi

De manera metafórica, remitiéndose al pasatiempo que llena sus tardes de profesor jubilado e intelectual de pueblo, el profesor alude a una característica clave del comisario Neri: “le gustaba el ajedrez. Y en el ajedrez, prefería las jugadas rebuscadas” (Gamerro, 2002a: 68-69). En ese movimiento de piezas que significó la caída de Ezcurra, las decisiones no fueron llanas ni concisas; sin embargo, las palabras de Gagliardi echan un manto de piedad sobre su compañero de hobby.

Me consta que Neri buscó a toda costa que vinieran del Regimiento de Rosario a levantarlo: él les hacía el seguimiento y les garantizaba la liberada, y ellos hacían el trabajo sucio y se lo llevaban lejos, adonde no

podiera quedar pegado. Pero no hubo caso, querían que lo hiciera él, en persona y con su gente. No era una cuestión personal, así fue en todos lados. Una especie de pacto de sangre, con la sangre de otros se entiende. Querían asegurarse de que cuando la limpieza estuviera terminada y democracia mediante empezaran los reclamos los quisquillosos no pudieran darse el lujo de apuntar a los demás con las manos limpias y decir yo no fui. (Gamerro, 2002a: 69-70)

La tela de araña que involucró a un pueblo entero permitió encubrir doblemente el asesinato, tanto bajo dictadura como luego, cuando los juicios de la democracia establecieron culpas y fijaron sentencias. En Argentina, las ciudades –sobre todo las más pobladas- llevaron adelante la búsqueda de justicia y condena, mientras que en las localidades pequeñas los casos Ezcurra siguen siendo tragados por el olvido; de igual modo hubiera ocurrido en Malihuel sin la llegada activa de Fefe.

5.3.8. Eufemio

En esta galería de opiniones masculinas, la del peluquero de Malihuel otorga a la víctima una clara conciencia sobre la consecuencia de sus actos.

No es verdad, como se comenta por ahí, que nadie le había avisado. ¿Cómo podía no saber, con tantos –no todos, como algunos dicen, pero muchos- que estaban sobre aviso? Digan lo que digan estoy seguro que él lo sabía, y decidió quedarse igual, a enfrentarlo. Quizá sin esperanzas, pero poseído de una fatalidad calma, no exenta de heroísmo. [...] No fue una víctima, afirma Eufemio, dando los últimos retoques a mi flequillo. De alguna manera, la partida la ganó él. (Gamerro, 2002a: 71)

Sin señalar culpables, la mirada de Eufemio es la de una inercia que opera sobre cada una de las convicciones: todos sabían, cada quien jugó el rol asignado por su destino. El de Darío, a quien reconoce como ganador, lo acerca al del guerrillero heroico.

5.3.9. Licho

Otro entre quienes quieren desdramatizar lo ocurrido con Ezcurra es Licho, aunque en su caso la hipótesis en juego es siniestra.

Ezcurra está vivo [...]. Tonito. ¿Lo ubicás? En Casilda lo vio. Está casado, parece que sentó cabeza finalmente, y tiene dos hijos, un varón de siete y una nena de cinco. [...] No, si siempre dije yo, a Ezcurrita no lo van a agarrar tan fácil, siempre le hizo honor a su apellido. Más fácil agarrar una anguila con las manos enjabonadas. Aquello fue toda una historia que armó para esquivarle el bulto a los acreedores y volver a empezar en otro lado. Borrón y cuenta nueva. Los engrupió a todos, yo sé lo que te digo, mirá si justo Ezcurrita va a meterse solo en la boca del lobo, caer como un chorlito justamente él. Esperó el momento justo y se tomó el olivo, así fue. Está vivo, le pongo la firma cuando quieran. Yerba mala nunca muere. (Gamerro, 2002a: 71)

“Los desaparecidos están de paseo por Europa” fue, junto con la célebre “algo habrán hecho”, una de las frases que sostuvieron algunos sectores de la sociedad hasta que el Juicio a las Juntas probó la existencia de los Centros Clandestinos de Detención y el plan sistemático de desaparición de las víctimas, ideado por la élite de las tres Fuerzas y materializado por los Grupos de Tareas. Licho afirma que Darío fue visto en otra localidad, donde formó su familia y continúa con su vida, a buen resguardo de sus acreedores. Ante esto, su paisano reacciona:

-¿Y el cuerpo? –pregunta Iturraspe.
-¿Qué cuerpo? –se hace Licho el sota.
-El que desenterraron los perros, ahí de Villalba. ¿Quién era ese?
-Yo no sé, preguntale al Peludo, que te va a saber decir.
-El sepulturero –me aclara Guido antes de que llegue a preguntar.
-Preguntale, también –remata Licho, alargando en la punta de la jeta un cigarrillo para que se lo prenda al nene Larrieu –por qué se vino abajo la pared norte del osario. Fiambres eran lo que sobraban, en esos días. Agarraron un cómo se llama un enene y le pusieron un nombre y apellido. Ezcurra y Neri habrán llegado a un arreglo, y todo el circo de la consulta popular fue para cubrirse. (Gamerro, 2002a: 71)

La infamia negadora de Licho llega lejos: si bien por una parte reconoce que durante la dictadura el cementerio (como todos los del país) se llenó de cadáveres NN, por otra parte arriesga que hubo un acuerdo entre Neri y Ezcurra para tomar uno de aquellos cadáveres y sepultarlo bajo el nombre de Darío.

5.3.10. Don Casiano Molina

El dueño de la concesión de la gasolinera del pueblo es otro de los defensores de Neri.

Nunca pensamos que lo fuera a hacer, y menos cuando empezó con lo de la consulta [...]. Todavía hoy, creo que al comisario Neri lo empujaron las circunstancias –y sigo dudando de que haya sido él-. Tengo para mí que el subcomisario Greco actuó por su cuenta, y que enfrentándose al hecho consumado Neri se vio obligado a asumir la autoría, para que no se supiera que un subordinado se le había atrevido de esa manera. (Gamerro, 2002a: 75-76)

Para Molina, Neri se vio sobrepasado por el subcomisario Greco, quien tomó el asunto en sus manos y es por lo tanto el culpable de la desaparición de Darío.

5.3.11. El argumento anónimo

Que el autor textual haya decidido hacer olvidar al propalador del siguiente argumento, y que por tanto aparezca de modo anónimo en la conciencia de Fefe, refuerza el peso que esta lógica tiene en términos de ejercicio político. A la vez, Ezcurra nuevamente es colocado en posición de mártir.

-No hay mal que por bien no venga –me dijo alguien, ya no recuerdo quién, en una de tantas, tantísimas conversaciones, ya no recuerdo cuál.

Si no hubiera pasado lo de Ezcurra, no nos sacábamos más a Neri de encima, todavía lo tendríamos de intendente, la gente lo hubiera votado, creeme ¿o no te cansaste de escuchar de su honestidad, su rectitud, su autoridad, su amor por Malihuel? Pobre Ezcurra, ya sé que no es consuelo, pero la verdad que nos sacó un peso de encima. (Gamerro, 2002a: 76-77)

En Argentina, el argumento del “mal menor” es otro de los lugares comunes que suelen escucharse, muy visitado a propósito de la Guerra de Malvinas: “si no perdíamos la guerra, los militares se eternizaban en el poder”. Amplios sectores de la población piensan la política y proyectan su lugar en la sociedad en base a la resignación.

5.3.12. Don Porfirio Dupuy

El hombre al frente del bar más tradicional de Malihuel, donde buena parte de las escenas parece tener lugar, sólo emite palabra para desentenderse absolutamente del asunto: “Yo no me meto con nadie, y nadie se mete conmigo –contesta apenas don Porfirio Dupuy, el fantasmal dueño de *Los Tocayos*, una tarde que estamos solos y le pregunto” (Gamerro, 2002a: 77). Nunca sabremos si es una forma del temor, de la ignorancia, de la indiferencia o del conservadurismo.

5.3.13. Eduardo Rufus

Dedicado al campo, Rufus no consigue sacar el foco de atención del presente que atraviesa al negocio agropecuario. Con respecto a las consultas sobre Ezcurra que Fefe le realiza, sólo atina a informar que “A mí nadie me pidió permiso” (Gamerro, 2002a: 77). Resulta extraño que Neri no haya tomado en cuenta la opinión de quien es, junto con los descendientes de Rosas Paz, el hacendado más importante de Malihuel;

quizás por esto mismo dio su respuesta por consabida. Tampoco lo sabremos.

5.3.14. Clara Benoit

La hija del dueño del balneario, pese a ser mujer –o quizás, precisamente, por eso mismo-, lanza una hipótesis que culpabiliza a sus congéneres y ensalza la figura vitalista de Darío.

-Lo de la política no tuvo nada que ver –me aclara Clara Benoit, hija de don León, en el salón de baile y bar a medio terminar del nuevo balneario a orillas de la laguna-. Fue una excusa. A Darío lo mataron porque era alegre, porque era lindo y no le importaba nada de nadie. Y fueron las mujeres las que lo mataron, aunque parezca lo contrario. Y no, como se dice por ahí, las famosas seducidas y abandonadas; ningún corazón de mujer, en un cuerpo tocado por el suyo, podía de ahí en más latir contra él. Ni siquiera podían sentir celos, a no ser que se los tuvieran a la mamá. Eran las otras las que lo celaban, las que él nunca había querido tocar. Eso fue lo que terminó con él: una conspiración de ilusas despechadas azuzando a un rebaño de cornudos imaginarios [...]. Darío fue lo último bueno que le pasó a este pueblo. Por eso lo mataron. En un pueblo muerto los vivos no hacen más que molestar. (Gamerro, 2002a: 78)

A juzgar por sus palabras, las mujeres que no recibieron la atención de Darío habrían puesto en la mira de novios y maridos un motivo para el odio. La envidia como tópico de la confabulación anónima cuadra perfecto al personaje: belleza, galantería, inteligencia, donjuanismo, riqueza y militancia son demasiado para un pueblo chico.

5.3.15. Ortega

El dueño de uno de los hoteles de Malihuel ahonda en torno a la hipótesis del picaflor, aunque en este caso se trataría de un hecho consumado: “Yo le puedo decir un par de cosas sobre Ontivero [...].

Ezcurra se entendía con la mujer, usted sabe... Con Ontivero, el jefe de policía no tuvo que molestarse, él mismo se corrió hasta la jefatura” (Gamerro, 2002a: 78-79). El referéndum sobre el destino de Ezcurra habría sido la perfecta ocasión para la venganza individual.

5.3.16. Tararira

El dueño del videoclub parece sentirse irritado por la consulta de Fefe; no le resulta indiferente y reacciona proyectando la culpabilidad en la víctima, en sus amigos y aun en el interlocutor.

Que le avisaran sus amigos, ya que tenía tantos, y tan buenos. ¿Por qué no fueron a avisarle ellos? Aparte, aparte, yo te voy a decir, si Ezcurra hubiera estado en mi lugar, y yo... o sea, si el marcado era yo... ¿Vos te creés que él se hubiera jugado el pellejo por avisarme, eh, que no iba a cuidar su culito primero? ¿Eh? ¿Y vos, aparte? Vos estabas acá también, si mal no recuerdo. ¿Por qué no le avisaste vos? Porque si no resulta que acá todos te tenemos que dar explicaciones y vos qué. Si, ya sé. Eras muy joven. Y otro era muy viejo, y otro era muy gordo, y otro se quedó dormido y no llegó. Excusas tenemos todos. Aparte, mirá, yo no tengo nada contra vos, mis viejos eran muy amigos de tus abuelos y alguna vez habrás venido a casa y todo, ¿pero ahora qué viniste a hacer? Ya el tema estaba cerrado, habíamos dado vuelta la página y cada uno siguió con su vida, y ahora meta con lo mismo. ¿Van a pasar veinte años más y siempre alguno pin pan pun dale que dale con la misma historia otra vez? ¿Vos de qué la jugás en todo esto? ¿Qué carajo te importa a vos la historia de Ezcurra, si se puede saber? (Gamerro, 2002a: 79-80)

Escudado en el *Zeitgeist* individualista que triunfó en la posdictadura, Tararira esgrime el remanido discurso de la reconciliación social (es decir: del olvido social). La pregunta lo incomoda, sólo puede responder dando vuelta la situación y siendo él quien increpa a Fefe.

5.3.17. Ontivero

En Ontivero descubrimos un odio que excede la figura de Ezcurra: quienes compiten por el mercado de la hotelería malihuense se señalan

cornudo el uno al otro. El tiro por elevación cae también, claro, sobre la mujer de Ortega.

-Yo te puedo contar un par de cosas sobre Ortega –me dice Ontivero, dueño de uno de los dos hoteles de Malihuel [...]-. La mujer de Ortega, todavía le daba el cuero por aquel entonces, bien puta sabía ser, y Ezcurrita ya te habrán contado si anduviste averiguando, en un caso así no era de hacerse rogar. [...] ¿Ya hablaste con él?

-Sí –contesto.

-¿Y qué te dijo?

-Lo mismo que usted.

Ontivero parece sorprendido.

-Ah. Mirá vos. Bueno, ya era hora de que lo asumiera. En fin, cada cual... (Gamerro, 2002a: 80-81)

La réplica hace lugar a un hermoso malentendido: son dos personajes tan espejados como los cuartos de hotel que regentan. Poco parecen importarles razones que excedan la rivalidad que ocupa la estrechez de sus días.

5.3.18. Berraja

El dueño del hotel alojamiento de Malihuel, al que Ezcurra concluía asiduamente, se arroga haberlo puesto sobre aviso, a la vez que deplora la actitud de dos sectores: los allegados de toda la vida y las amantes.

-Yo le avisé, sí, claro que le avisé, hubiera sido criminal no hacerlo, incluso a pesar del riesgo. Para mí, lo que resulta difícil de creer es que nadie más lo haya hecho. Éste era su pueblo, muchos de los que le dieron la espalda habían sido amigos de su padre, habían estado presentes en su bautismo, lo vieron jugar en la plaza, crecer. Y tuve que ser yo, un extraño, por aquel entonces recién llegado al pueblo, quien se lo fuera a decir. [...] lo que me pregunto yo hoy es de todas esas jovencitas que le abrieron digamos su corazón ¿ni una, ni siquiera por ese par de horas dichas que pasaban juntos, le fue capaz de decir? ¿O justamente por eso, para no correr el peligro después de que Ezcurra por mandarse la parte se fuera de boca, o por despecho, o venganza, o celos enfermizos? (Gamerro, 2002a: 82-83)

La hipótesis de Berraja, aberrante, nuevamente tiene asidero no en la militancia sino en la moral: según él, si las jóvenes con las que Ezcurra habría sostenido algún tipo de vínculo no le dieron aviso del peligro en que se encontraba fue por rencor, o para resguardarse de las consecuencias de que esos amoríos trascendieran. En cuanto al aviso que le dio, no sólo no fue efectivo sino que parece no haber sido del todo claro, ya que en su enroscado relato cuenta cómo Ezcurra reaccionó a sus alertas con una bravuconada. Una vez más, las culpas las carga el muerto.

5.3.19. Don Augusto Noel

El dueño de la panadería Trigo Limpio sostiene que detrás de cada pregunta del comisario había una amenaza velada.

¿Sabe lo que sugirió, cuando quedó clara mi reticencia a darle el aval que me pedía? Que si no lo resolvíamos nosotros por las nuestras iban a venir los milicos desde Rosario e iban a terminar pagando el pato unos cuantos más. “Justos por pecadores” fue como dijo él, vaya uno a saber en su cabeza cuál era cuál. ¿Y sabe qué más dijo? Mire, me lo acuerdo patente ahí parado, como si hubiese sido ayer. “Mejor que este asunto quede en manos de la policía, don Augusto. ¿Usted sabe, cuál es la diferencia entre milicos y policías? Los policías pescamos con anzuelo, los milicos pescan con red. De ustedes depende”. (Gamerro, 2002a: 88-89)

La metáfora de la pesca, y el peligro sobre la propia vida -porque en dicha redada no estaba claro quién ni por qué podría caer-, concluyen en la anuencia que el panadero también otorga a Neri.

5.3.20. Leticia

Al igual que ocurrió en la ciudad argentina de Federación, Entre Ríos, durante los años de la última dictadura, Malihuel también sufrió una inundación con gravísimas pérdidas de documentos, aunque sin mudanza planificada (cf. Gamarro, 2008: s/p).

-Archivos no –me advierte Leticia [...]. Nada anterior al ochenta y tres. Se perdieron todos en la inundación. [...] Igual, a lo sumo ibas a poder comprobar que no había nada de lo que les pasó a los Ezcurra. Nada de eso quedaba asentado en los libros de guardia, ni se abrían expedientes, nada. Si tenían archivos paralelos, o secretos, no te sé decir. Pero nada que vos, ni yo, ni la jueza ni siquiera hubiéramos podido consultar.

-¿No podés conseguirme una visita a la jefatura, una entrevista con el jefe actual, o algún otro...? (Gamarro, 2002a: 90-91)

La dictadura no dejó expedientes. En muchos casos sí los produjo pero los destruyó en los meses previos a la asunción de Raúl Alfonsín, el primer presidente electo democráticamente tras el golpe. Con la mujer de Guido, en cuya casa también se hospedó, Fefe tiene la confianza de intentar acceder no sólo a los archivos institucionales (en este caso, infructuosos) sino a las mismas autoridades, aunque Guido no lo vea conveniente: “Yo que ustedes no me meto con la cana” (Gamarro, 2002a: 91).

5.3.21. Ña Agripina

La curandera de Malihuel, gracias a su capacidad de videncia, permite armar un puente con *Las Islas* y dar por confirmado que Fefe es aquel Felipe Félix, que lleva incrustado en su cabeza un pedazo de casco por un accidente sufrido durante la guerra de Malvinas, y que sufre terribles dolores y adicciones.

Él no sabía decir que no cuando era una mujer la que lo llamaba. Ni siquiera a la muerte le supo decir que no. ¿Qué podía hacer yo? Acudió a mí, como vos, pero acudió demasiado tarde. No repitas sus errores, Fefe. No dejes que la luna nueva te encuentre en el pueblo, como le pasó a él. Cuando lo alcanzó la luna nueva, ya no hubo nada que hacer. Estuviste hace poco en contacto con Gloria, ¿no? La veo a ella cada vez que sonreís. Mandale saludos de mi parte, cuando la vuelvas a ver. Y no pongas esa cara de susto. Nada de lo que me cuentes, nada de lo que no me quieras contar y yo vea igual, sabés de qué te hablo, sale de acá. (Gamerro, 2002a: 93-94)

Ña Agripina no sólo menciona a Gloria, un personaje importante en el pasado de Fefe (cf. *Las Islas*), sino que emparenta a Fefe con Darío mediante advertencias análogas; su videncia aporta un fuerte adelanto respecto de la filiación de Fefe, que el lector ya viene sospechando.¹⁵²

¹⁵² Agripina es un nombre cargado de simbolismo, ya que remite a la emperatriz romana que sedujo a Nerón, su propio hijo. Es, además, personaje de “Luvina” (Rulfo, 1965: 94-104).

5.4. *Vox populi*: nadie es inocente

*Que beba, que este es mejor.
¿Quién mató al comendador?*
Lope de Vega

5.4.1. Sayago, una voz clave

A los testimonios que Fefe había ido recogiendo de manera voluntaria o no (algunos habitantes de Malihuel se acercaron *motu proprio*) se suman los relatos. Como el de Iturraspe, que le cuenta cómo los niños jugaban a “una escondida pero al revés, contaban todos y uno se escondía”, y ese que se escondía tomaba el nombre de “Ezcurra”. Porque incluso “los chicos sabían” (Gamerro, 2002a: 94). O el de Carlitos (a) Majul, que trae a la memoria cómo todo el pueblo huía de Ezcurra sin siquiera explicarle por qué, hasta que un día alguien, o quizás más de una persona, lo habría alertado mediante una carta (Gamerro, 2002a: 94-95). Pero es Carmen Sayago, un ex policía arrepentido al que Fefe retiene invitándole a copas en *Los tocayos*, quien le cuenta que fue el mismo Ezcurra el que puso coto al asunto, presentándose ante la justicia. Él, que fue testigo de la escena, cree que Neri quiso salvarlo pero tenía a los militares encima (cf. Gamerro, 2002a: 97), y para colmo Ezcurra se exponía de manera temeraria.

Fue entrar Ezcurra y encararlo al comisario me dijeron por ahí que usted le anda preguntando de mí a la gente del pueblo. Si tiene alguna cosa que averiguar sobre mi persona ¿por qué no me la pregunta directamente de frente? No tengo nada que ocultar, y si la justicia tiene alguna cuenta pendiente conmigo lo quiero saber, le larga de corrido y el comisario cuando lo puede frenar le dice con un tono como un poco triste la

justicia no tiene nada que ver, pibe, por acá también cambiaron las cosas. ¿O no sabés lo que está pasando en todos lados? Y Ezcurra esos son comunistas y subversivos. Yo soy una de las figuras más influyentes del pueblo, no uno de sus pirinchos que se dejan arriar con la vaina. Si se mete conmigo va a terminar con todo el pueblo en contra, palabra de Ezcurra y el comisario a ver si me consigo explicar, pibe, hay un momento para defender el honor y otro para poner el rosquete a salvo y a mí lo que me parece es que vos te los estás confundiendo, pero no hubo caso, yo no sé si usted a Ezcurra lo llegó a conocer pero a cabeza dura no había quien le ganara, todavía a la salida se da vuelta y yo nací acá, le dice, mi madre nació acá y mi abuelo también. Nosotros levantamos este pueblo de la nada ¿y ahora usted que vino con un viento y se va con otro nos va a echar y quedarse con todo? (Gamerro, 2002a: 95-96)¹⁵³

La confianza que el personaje proyecta sobre sí mismo y por tanto sobre su resguardo en el pueblo remite a muchos casos similares de funcionamiento de una dictadura en la patria chica. Darío se desmarca de “comunistas y subversivos” y el lector aún no sabe por dónde van las causas que motivaron su desaparición, ya que aún no fueron siquiera publicadas las novelas –ya transitadas en esta tesis- que retoman su figura en la gran ciudad, y la muestran en plena militancia. Aquí, el peso de las venganzas individuales, las rencillas personales y el rumor cobran espesura. Se muestra también el trato que para con la Policía podía tener un ciudadano influyente, tanto más en una localidad pequeña, cuestión que la dictadura sobrepasaría para acabar con cualquier disidencia al *statu quo* que la nación había impuesto un siglo atrás.

5.4.2. La nube de voces

Con cada fragmento, cada voz y cada punto de vista Fefe había ido componiendo un relato acerca del destino de Ezcurra, una verdad cuya

¹⁵³ Resaltado en el original.

búsqueda procuró. Las voces recogidas y muchas más -como la de la tía Porota, la afectuosa amiga de su abuela; o la de Sacamata (h), que sostiene la hipótesis de la venganza personal de Neri hacia Ezcurra por un tema de adulterio- se suman a las conclusiones del propio Fefe, que cree que el pueblo aprovechó la cobertura de la consulta del comisario para acabar con un personaje que resultaba intolerable.

De noche, después de apagar la luz, las voces no me dejan dormir. Como si los ecos de todas ellas reverberaran juntos dentro de mi cráneo, las voces escuchadas durante el día vuelven a hacerse oír, discutiendo descorteses entre ellas, interrumpiéndose, contradiciéndose, tratando de taparse unas a otras, tratando de ganar mi aprobación, mi atención, o apenas mi oído. Se han separado de los cuerpos que las anclaban a sus dueños y retozan ahora sin control en el jardín invadido de mi mente, en el que parece cada vez más remoto ese indispensable silencio que precede al sueño. A través de la pared escucho los acompasados gañidos de la cama de Leticia y Guido, pero con toda su vitalidad ese sonido no llega a conmoverme, a disipar la sensación de estar acostado en una tumba, condenado a escuchar los murmullos incesantes que me llegan de las bóvedas vecinas. (Gamerro, 2002a: 81)

Como en Comala, el peso de los muertos *mortifica* a los vivos, a quienes procuran memoria y tanto más a Fefe, que está sublevando el olvido de todo un pueblo para trazar el camino hacia atrás de su propia historia y poder volver a decirse a sí mismo quién es, *quién soy*. Esas voces reprimidas que afloran ante la inquisición de Fefe lo envuelven en una confusión que no acaba de echar claridad sobre lo ocurrido con Darío, cuya desaparición y fraguada muerte lo transfigura en fantasma.

5.4.3. Una caja de champán

Según el relato del gordo Bartolo, empleado en la fábrica de fideos que mantiene de pie a Malihuel, hubo seis personas que brindaron por la caída de Ezcurra. Además de Rosas Paz, habría sido de la partida

Echezarreta, el propio abuelo de Fefe, cuestión que nadie se atreve a blanquear; tampoco Sacamata (p), dueño del almacén: “Si sabe que soy el nieto. ¿Qué me iba a decir? ¿Sí, yo le vendí el champán, una caja de Chandon Extra Brut cosecha setenta y siete?” (Gamerro, 2002a: 99). Pero a estas alturas Fefe ya no se engaña: el asunto es tan pesado que le llega hasta los propios talones. “Lo indudable es que fue él uno de los que mandaron a Ezcurra al muere, ¿o no? Todo el pueblo lo sabía, y trataron de ocultármelo” (Gamerro, 2002a: 100). Lo terrible será descubrir que en su cuerpo se filian víctima y victimario.

5.4.4. Ultimátum (Neri)

El primero en escupir el secreto de la comitiva fue el profesor Alfio Scuppa, al que Fefe fue a buscar a Elordi, un pueblo vecino. Lo mismo habían hecho entonces los hombres liderados por Echezarreta.

-A mí vinieron a buscarme –explica, abriendo los ojos como un chico-. El doctor Alexander, Mendonca el farmacéutico, Casarico, don León, el gerente del Nación cómo era que se llamaba... Moneta, sí, gracias, ya ve cómo son los años, una época había en que podía recitarle, alumno por alumno, todas las promociones del cincuenta y tres en adelante... y don Julián Echezarreta, claro, el intendente, el que los encabezaba. Vamos a hablar con el jefe de policía, me dijeron, sobre la situación del muchacho de Ezcurra. No podemos quedarnos de brazos cruzados frente a lo que está pasando. Y qué te puedo decir –contesta a una pregunta de Guido- un poco de miedo me dio, ya me habían matado a un sobrino en Rosario, pero bueno, Ezcurra había sido alumno mío, como todos ustedes, y además pensé si va la gente importante del pueblo por algo ha de ser, así que me sumé. [...] qué se ha creído este Neri, ahora sí que nos va a escuchar, los malihuenses no somos de dejarnos pasar por encima, algunos incluso habremos mirado, para darnos fuerzas antes de entrar en la tenebrosa jefatura, la estatua del comandante Pedernera en el medio de la plaza [...]. Caballeros... Ustedes dirán. ¿A qué debo el honor de esta visita?, dijo y el intendente juntó fuerzas y vea, comisario, le dice, hemos venido a plantearle en nombre de la comunidad la necesidad de encauzar esta situación que a todos nos preocupa [...]. Aah... caváramos, ustedes vienen por lo de Ezcurra, hubiéramos empezado por ahí nos dijo y frunció el ceño: qué hay con Ezcurra. [...] no nos parece eso de estar hablándolo con todo el mundo. ¿No convendría ser más discretos? [...] Y

yo todavía no caía. El intendente tomó la posta y siguió comisario concretamente le venimos a pedir que le ponga un punto final al asunto, y Neri está bien, ya entendí. [...] De haberlo sabido nunca hubiera sido parte [...] A fin de cuentas no es mucho lo que nos piden. Apenas que aportemos nuestro granito de arena [...] ah, caramba. Vinieron a pedirme que lo mate entonces. Está bien. ¿Cómo hacemos? [...]. Eso lo dejamos en sus manos, comisario. Creo hablar en nombre de todos si le digo que a partir de ahora cuanto menos sepamos del asunto, mejor. (Gamerro, 2002a: 102-105)

El profesor aporta otra nueva escena, en la que él se muestra prácticamente arriado hacia la comisaría, con el fin de pedirle a Neri que concluyera el operativo para que el hecho no trascendiera. El relato hace explícita la complicidad de la trama que muchos otros testigos sólo insinuaban. ¿Quizás es quien se atreve a sacar esta escena a la luz por sentirse exento de culpa y cargos? Mendonça confirma las palabras del profesor pero presenta un giro respecto de los propósitos de la visita a Neri.

Fuimos a verlo al comisario Neri en comitiva. A pedirle que desistiera de sus propósitos. Estaba lo más graneado de la comunidad: don León Benoit, Eugenio Casarico, don Honorio Moneta a quien no sé si... ah bien, Sacamata, padre claro está, *y su señor abuelo por supuesto*. Déjeme ver si me olvido de alguien, a ver... Me abstendré de dar los nombres de los que declinaron su participación, para que ni en la maledicencia perduren... [...] Queremos saber qué se trae entre manos, comisario, comenzamos sin preámbulos [...] y exigiéndole su palabra de que la cosa no pasaría a mayores. [...] Nos dio garantías. A la distancia es fácil decir que los militares y policías de entonces carecían de todo sentido del honor, pero en aquella época la mayoría seguíamos pensando... Me lo recrimino amargamente, de todos modos. Nuestra credulidad le costó la vida al muchacho. [...] Nuestro pecado más severo fue la ingenuidad. (Gamerro, 2002a: 107)¹⁵⁴

Mendonça asume haber participado voluntarioso de la visita a Neri pero para salvar el pellejo de Ezcurra porque, aduce, en aquellos momentos

¹⁵⁴ Subrayado mío.

la confianza en las instituciones estaba vigente. Lo hace partícipe el abuelo de Fefe, pero en sentido opuesto respecto del que plantea el relato de Scuppa. Sacamata (p) asegura que lo fueron a buscar pero se negó a ir. Don León, por su parte, echa un manto de piedad remitiendo a cada uno a su conciencia, a la vez que asegura, mirando a Fefe a los ojos, que su abuelo se presentó ante Neri para que depusiera las hostilidades contra Ezcurra: Fefe asiente, aunque sabe que se trata de una piadosa mentira. Ya sabe lo que quería saber, ya no quiere escuchar más versiones. Toca reconstruir.

5.5. FUERZAS ARMADAS: la sangre derramada

*¿Quién mató, villano, al señor comendador?
¡Ay, yo lo diré, señor!*

Lope de Vega

*Nada de esto está bien, ni va a terminar bien.
Pero debo morderme la lengua, aunque se me rompa
el corazón.*

W. Shakespeare

5.5.1. Secuestro

En el segundo intermedio que presenta la novela Fefe reconstruye por escrito, como si se tratara de un testigo presencial, cómo aquel viernes 25 de febrero de fines del verano de 1977, el pueblo de Malihuel esperaba la visita del cantante Sandro. Nunca llegaría a presentarse. No obstante, la multitud reunida a la vera de la laguna fue utilizada por Ezcurra para huir de la redada que la policía le tendió aquella velada, al punto de ser confundido por un grupo de fanáticas con la mismísima estrella pop. El relato de aquella noche será completado por el ex cabo Carmen Sayago, a quien Fefe retiene a fuerza de tragos. A Neri lo pinta como hombre honesto, de la vieja guardia; a Greco, en cambio, como un corrupto.

Policía de toda la vida, mi viejo, y a mucha honra. En esas épocas las insignias se llevaban con orgullo, no como ahora que la gente ve un cana y piensa un delincuente, y no le falta razón, hoy la única diferencia entre chorro y tira es el uniforme, para qué nos vamos a engañar. (Gamerro, 2002a: 123)

Pero no es el único en recordar lo ocurrido. El Turquito Majul asegura que la orden llegó directa de Rosario hacia el subcomisario Greco, y que “para el viernes al mediodía la noticia se había corrido y ya lo sabía todo el pueblo” (Gamerro, 2002a: 127). El Nene Larrieu también recuerda muy bien aquella tarde. Cuenta cómo Ezcurra esperaba extrañado la llegada de su barra, *Los Jaimitos*.

Ya le habían fallado en la laguna, y se vino más temprano para ver por qué. ¿No le habrá pasado algo a alguno, no?, me dijo en un momento y yo ahí no me aguanté más y dije me dije yo le digo y que sea lo que Dios quiera, cuando veo que detrás sin que él lo vea empieza a pasar un patrullero, así despacito por las tres puertas fue pasando y por la última Chacón el de acá del quiosco que iba atrás me hace el gesto de silencio con el dedo. Ezcurra ni se dio cuenta de nada. Un buen rato estuvo esperando, pero se debe haber corrido la bola de que estaba acá porque no vino un alma al bar, y a eso de las ocho serían calculo dijo me voy a casa a bañarme para el show, *avisale a los muchachos si me están buscando* y salió por la puerta esa de allá. Y esa fue la última vez que lo vi. (Gamerro, 2002a: 128-129)¹⁵⁵

El doble sentido de la frase que subrayo se condice con todo la trama de ida y de vuelta (le digo, no le digo; sabía, no sabía; lo hizo, no lo hizo) que pone a girar la novela. Cómo llevar adelante un hecho atroz, cómo repartir los cargos, cómo desligarse culpas, cómo ser cómplices sin que nadie lo sea: este fragmento es sólo uno de muchos que van en este sentido. Todos saben, nadie se muestra; alguien amaga pero otra persona lo frena mediante un amortiguado gesto que pide silencio (“El silencio es salud” fue una de las recordadas propagandas de la dictadura). Así la víctima avanza hacia el muere, bajo la discreta e indiscreta mirada de todo un pueblo. Que funciona, claro, como

¹⁵⁵ Subrayado mío.

sinécdoque de la patria: *El secreto y las voces* se escribe en un país que puso y pone en circulación una trama análoga de voces superpuestas que dicen, desdicen, sabían pero tuvieron temor, desconocieron pero sospechaban, creían aunque no están seguras...

5.5.2. Correveidile

La banda de los jaimitos estaba compuesta por cuatro amigos: Ezcurra, Iturraspe, Mendoça y Bermejo. Iturraspe asume que había estado esquivando a Ezcurra, no por miedo sino por vergüenza: “Si no le había dicho nada hasta ese momento, ¿con qué cara iba a decírselo ahora? Jamás me iba a perdonar que no le hubiera avisado antes” (Gamerro, 2002a: 130). Mendoça, en cambio, cuenta que si hubo una carta no fue él quien la envió porque directamente lo llamó por teléfono. “Atendió él, y en pocas palabras le tracé un cuadro de situación, y sugerí que lo mejor que podía hacer era abandonar el pueblo y para mayor seguridad la provincia también, por un tiempo. Después corté” (Gamerro, 2002a: 130). Por último, Bermejo se lava las manos asegurando que como Ezcurra ya estaba quemado, quien quisiera salvarlo se hundiría con él. Finalmente asume sin reparos un rencor: “a mí también el amigo Ezcurra me ensartó con la Expotencia, y te aseguro que esa guita no la vi más. Cuentas claras conservan la amistad, viste que dicen. Bueno, en este caso no se conservó” (Gamerro, 2002a: 133).

En cuanto a la dichosa carta, León Benoit se mofa de todos aquellos que se la atribuyen.

Si usted preguntaba por esos días, la gente juraba por Dios y la Virgen y todos los santos del año que la carta no existía y que además la había escrito otro. Si pregunta hoy, como está haciendo, fueron tantos que tendrían que haber hecho cola frente a la puerta de los Ezcurra, cada uno con su cartita en la mano, para echársela por debajo. (Gamerro, 2002a: 133)

Negación, temores, desinterés, indiferencia que devienen ansias de protagonismo heroico cuando ya no hay una vida en juego.

5.5.3. “Treintamil monos ahí gritando”

La frase, dicha por Sayago, no remite al número simbólico de desapariciones en Argentina sino a la muchedumbre que esperaba ansiosa, aquel viernes a la noche de fines de un verano, la presentación de Sandro. Es allí, entre medio de la multitud, donde una enamorada Clara Benoit asegura haber alertado a Ezcurra: “empecé a gritar acá Darío, acá, no dejes que te lleven; pero había tanta gente gritando y empujando que no me podía escuchar [...] volví a gritarle que viniera conmigo, que si se dejaba llevar lo iban a matar” (Gamerro, 2002a: 138). Luego, en ronda de amigos, el relato continúa. Según comentan, Ezcurra, ya advertido de las circunstancias, se habría querido escabullir atravesando el escenario, pero los policías lo alcanzan “y no van y lo tiran a Ezcurra al piso y le empiezan a dar. Para qué. La gente pensó que lo estábamos fajando a Sandro, que lo queríamos llevar o qué sé yo y se lanzaron al rescate” (Gamerro, 2002a: 139). La escena, desopilante, deja perplejo a Fefe. Para colmo, Guido le dice:

-Fefe, vos estabas ahí esa noche. Con nosotros. Viste todo lo que pasó. No termina de decirlo que ya sé que es verdad. Era por eso, y no por las dudosas dotes narrativas del ex cabo, por lo que la escena se representaba tan vívida en mi imaginación. *Era recuerdo. Como todos*

ellos, yo había estado ahí. Yo también era testigo de lo que pasó. No sólo esa noche, la noche que lo levantaron a Ezcurra de la laguna. Todo ese verano, había estado. Como podría haber sido de otra manera, si yo de chico pasaba todos los veranos, los tres largos meses que duraban las vacaciones escolares, en la casa de mis abuelos junto a la laguna. ¿Cómo pude olvidarlo? Salgo de mi azoramiento cuando advierto el silencio que se ha generado en la mesa. (Gamerro, 2002a: 140)¹⁵⁶

¿Cómo elabora la psicología de un niño una escena de ese calibre?
¿Cómo reacciona un adulto al comprobar que no sólo su familia estuvo involucrada en una desaparición, sino que de esa misma desaparición fue testigo? ¿Qué hacer si además el relato es esquivo, confuso, resbaloso, contradictorio e impune? ¿Y si a eso se suma el hecho de haber sabido de adulto, por deducción propia, que se es hijo de la víctima, cuya historia se desconoce? De todo esto parece venir a hablar el elocuente silencio que el grupo genera en torno a la mesa de conversación. Silencio, tantas veces silencio.

5.5.4. El gran ausente

Aquella noche había quedado registrada en una crónica en la prensa malihuense, “El ídolo faltó a la cita, la alegría no”.

Apenas una serie de corridas y empujones, que el eficiente operativo de seguridad de nuestras fuerzas del orden logró contener antes de que pasara a mayores, fue el comprensible fruto de la decepción del público reunido, al enterarse de que debía postergar, esperemos que no por mucho tiempo, el ansiado reencuentro con su esquivo ídolo. Sería de todos modos altamente gratificante que las autoridades y empresarios del espectáculo informaran a la población, a través de este medio u otro que consideraren oportuno, sobre *el destino del ausente. ¿Dónde estaba cuando todos lo buscaban? ¿Dónde se encuentra ahora? ¿Qué sucederá en el futuro? ¿Volveremos a verlo alguna vez? Estos y otros interrogantes perturban la paz de nuestro diario vaivén. Porque todos sabemos que donde falta la información, proliferan los rumores. Esperamos que la*

¹⁵⁶ Subrayado mío.

próxima entrega de los Festivales Malihuenses no nos depare similares y semejantes sorpresas. (Gamerro, 2002a: 141)¹⁵⁷

“Donde falta la información, proliferan los rumores”: así lo comprueba Fefe al hacerse las mismas preguntas que irónicamente el autor textual coloca hacia el final de esta crónica de la visita de Sandro a Malihuel, aquella noche frustrada en que “el eficiente operativo de seguridad de nuestras fuerzas del orden” secuestra al único desaparecido del pueblo, ante la vista y a sabiendas de todos. Desaparecido y ausente se confunden en el texto, como quiso confundirse Darío entre la multitud aquella noche del secuestro.

5.5.5. Desaparición

La desaparición de Ezcurra es narrada en primera persona por Sayago, uno de los autores materiales. A partir de aquí, el derrotero repasa muchas de las características del *modus operandi* que conocemos históricamente no por la voz de ningún culpable arrepentido sino por los relatos de los sobrevivientes. Por tanto, leer el detalle de un final, o recoger las palabras de una víctima, es un hueco que sólo pudo ser llenado escasas veces, si acaso hubo una víctima, testigo de similares escenas, que hubiera salido con vida de un secuestro y desaparición, un “aparecido”, un cuerpo vivo que quitara fantasma a la ausencia de

¹⁵⁷ Subrayado mío.

los idos. El relato de Sayago es una circunstancia verdaderamente excepcional.¹⁵⁸

Cuenta Sayago que Ezcurra recibió un trato especial, distinto del usual en estos casos. “Sentado iba, entre Chacón y yo, ojo, no en el piso o en el baúl, sentado en el asiento de atrás como Dios manda, y el comisario mudo adelante” (Gamerro, 2002a: 143), aunque a la hora de la condena perdiera toda contemplación, como él mismo advirtió en seguida: “A la jefatura entramos directamente por el portón de la alcaidía, y ahí mismo pensé fuiste pibe, porque así se hace para que la entrada no quede asentada en el libro de guardia” (Gamerro, 2002a: 143). En cuanto a la consabida tortura, Sayago parece haber tenido experiencia fuera de Malihuel, y confirma la ignorancia de Ezcurra –o su tremenda fortaleza para aguantar los tormentos sin soltar palabra: “A veces ni los tocábamos, nomás los dejabas ahí unas horitas y cantaban solitos, los que sabían cómo venía la mano. Pero Ezcurrita no sabía, qué iba a saber ése” (Gamerro, 2002a: 145).

5.5.6. Fuga

Ezcurra consigue fugarse de la comisaría pero, al igual que en los días previos al secuestro, ninguna persona quiere verse involucrada en su caso; hacen oídos sordos a sus súplicas, y Fefe asume que es imposible saber “cuántas puertas –que permanecieron cerradas- golpeó hasta que

¹⁵⁸ El primero (y casi el único) de los relatos de represores que rompieron el pacto de silencio está recogido en Verbitsky, 1995.

reapareció en la de la salita de primeros auxilios” (Gamerro, 2002a: 149). Hubo, sí, una persona que le tendió una mano.

Ayudemé, doña Isadora, que me lastimaron, atinó a decirle, y ella a reaccionar [...]. Llámelo a tal o cual, dice que le repetía todo el tiempo, que vengan a buscarme, que le avisen a mi mamá. Pero ella, preocupada por la herida en la pierna, decidió llamar al doctor Lugozi, que estuvo a cargo de la salita hasta que el cáncer lo mató. [...] ¿Está loca? ¿Cómo lo dejó entrar? ¿No sabe que lo busca toda la policía de la provincia? ¡Este hombre es un prófugo de la justicia, y debemos dar parte ya mismo! Y ella doctor, mire lo que le hicieron ya, y él ¿usted quiere que nosotros también quedemos así? Vaya y llame ya mismo y desde el cuarto de al lado lo escuchó decir al doctor quedate tranquilo, Darío, la Isadora está llamando a tu familia, *vení que te vendo*, y la enfermera tres minutos después de cortar escuchó el chirrido de las frenadas y los portazos. Son seis cuadras a la jefatura nomás. [...] Doña Isadora juraba, que después que lo sacaron a Ezcurra, con las piernas tan flojas que tenían que alzarlo de las axilas, encontró una jeringa usada en la bolsa de la basura que ella había cambiado al empezar su turno, y en la mesa de acero un frasco casi vacío de no sé qué calmante inyectable. (Gamerro, 2002a: 150-151)¹⁵⁹

Isadora (cuya figura recuerda a la mujer que asiste a Troxler en *Operación Masacre*) se desvela por asistir a Darío; el doctor Lugozi, en cambio, cumple su promesa y *lo vende*: le aplica un calmante que lo deja sin reflejos ante un ataque a su integridad física e imposibilitado de defenderse; esto es, de manera análoga a los médicos que actuaron durante las torturas para cuantificar las posibilidades de resistencia previa al paro cardíaco, o que administraron “pentonaval” para los “traslados” (“vuelos de la muerte”).

5.5.7. Matadero

Cuenta Sayago que Neri decidió llevar a Ezcurra hasta un galpón de chapa, el matadero municipal. Pero el relato del ex cabo no sólo devela

¹⁵⁹ Subrayado en el original.

los últimos minutos de Ezcurra: él puede dar certeza, porque fue testigo, de muchas de las elucubraciones de los pobladores de Malihuel.

[...] y cuando el cabo primero ese que le digo era medio homosexual consigue zafarse y el comisario ahora sí tiene el blanco despejado le apunta y yo no sé si lo habrá mirado a los ojos o qué, mi viejo que se las sabía todas decía si alguna vez te toca hacerlo hacelo pero tratá de que no te miren a los ojos no te los sacás más de encima después, la cosa que todos vemos cómo el comisario vacila y el pulso famoso que tenía como que le empieza a temblar. [...] si uno lo ve vacilar al jefe entonces la tropa qué. Y yo le digo que Greco fue verlo y irse al humo como los perros cuando huelen la enfermedad si quiere me ocupo yo señor [...] qué, ¿te parece que yo solo no puedo? A ver si ahora de golpe resulta que sos vos el que me da clases a mí, pendejo, qué te pasa ¿te pica el culo y pensás que en mi silla te lo vas a rascar mejor? Vos te vas a sentar en mi silla el día que la Virgen garche, pelotudito, a ver si ahora me vas a venir a apurar vos a mí. ¿Y si no se me canta el culo hacerlo ahora? ¿Eh? ¿Y si me da la gana esperar? ¿Tenés algún problema con eso?, le grita el comisario así a esta distancia y Greco hace como una pausa y le dice en otro tono yo no, comisario, pero el coronel Carca sí, y ahí fue, si le daban un mazazo de matarife en la cabeza el comisario no se quedaba más duro. [...] Greco, su protegido, su pollo, su hombre de confianza, acababa de confesarle que era el buchón de los milicos [...] Y de ahí en más las órdenes porai las seguía dando el comisario pero la manija la tenía el otro, de un solo tiro despanzurró el candado y abrió la puerta de una patada y si no me falla entraron primero él y después el comisario y nos dice ¿Greco, no?, nos dice me rodean bien el lugar que no se acerque nadie y cierra la puerta cosa que no podemos ver. [...] Todavía hoy hay gente que discute cuál de los dos disparó. (Gamerro, 2002a: 156-158)

Esta escena da la clave del giro en una cuestión nodal de la historia de Argentina que Gamerro viene acechando desde siempre en su escritura, y que emerge en segundo plano en cada una de las novelas que este corpus trabaja. Porque las Fuerzas Armadas, institución que fue autora material –e intelectual- de los crímenes de la dictadura, cargó con el peso de la Justicia (cuando la hubo: de manera intermitente, incompleta y tardía) y de este modo preservó a los autores intelectuales civiles y a los responsables eclesiásticos. Pero la Policía, que tuvo un altísimo grado de participación, en muchas ocasiones protagónico, fue

el tejido fino que hizo posible no sólo la masacre durante aquellos años, sino que posibilitó la continuidad del saqueo económico a las amplias mayorías en amplios períodos tras el golpe de Estado. Sus miembros, muchos de ellos sentenciados por crímenes de lesa humanidad, fueron la correa de transmisión de las prácticas instaladas durante la dictadura. Siguen reprimiendo, siguen torturando y siguen desapareciendo ciudadanos. O ejecutándolos. Aquí, en esta escena, Gamarro despliega un traspaso de mando ya no fáctico sino simbólico: la vieja Policía, aquella que contemplaba las situaciones sin perder completamente el lazo con la comunidad y sus individuos, cede, se ve forzada a ceder el lugar, a la nueva Policía que entra en connivencia con las Fuerzas Armadas, su histórico proceder y sus métodos (desde los albores de la patria, porque de hecho así fue parida y con ese estigma carga: un genocidio). El lazo comunitario, entonces, se corta. La Maldita Policía desconoce motivos y personas. Neri y Greco. El maestro y el traidor, el ejecutor, el buchón, el corrupto, el verdugo, el trepa, el asesino a sangre fría. Los tiempos habían definitivamente cambiado, hasta en el último rincón de la patria.

5.5.8. Fosa

Sayago recuerda bien las palabras del comisario a un subordinado: “llamalo a Rosas Paz y deseale de mi parte buen provecho. Él va a entender” (Gamarro, 2002a: 160). Su relato, como al pasar, pone en evidencia que una parte de la sociedad civil no sólo fue cómplice sino

autora intelectual: los poderosos mueven como alfiles a los militares, que a su vez mueven como peones a los policías.

Para inhumar el cuerpo de Ezcurra, el sargento Chacón ofrece la chacra de su cuñado; de ese modo evitan pasar por el pueblo. Pero la coartada, como en tantas otras ocasiones, sería fallida: las evidencias de aquello que se pretende ocultar salen a la luz. Villalba, el cuñado, poco después acude desesperado a contar que los perros y los chanchos comenzaron a hociquear la fosa y que incluso ya le comieron una mano al difunto. “Villalba, lo felicito, más ciudadanos como usted hacen falta, ya nos vamos a encargar, vaya tranquilo que ya nos vamos a ocupar” (Gamerro, 2002a: 161), lo despacha brevemente el comisario Neri, porque urgía “encontrarle una ubicación definitiva, buscarle un lugar donde aunque después supieran, no lo pudieran recuperar, un lugar a prueba de arrepentidos, buchones y meteretes. ¿Se te ocurre dónde?” (Gamerro, 2002a: 162).

5.5.9. Traslado

El destino final de Ezcurra es el agua, la laguna. No fueron sólo el Río de la Plata y el Mar Argentino las aguas que recibieron los cuerpos arrojados vivos –y los cadáveres–; en otras provincias, al igual que en esta ficción, las lagunas y los cursos de agua menores también funcionaron en un principio como fosas anónimas, hasta que las tempranas denuncias frenaron esta metodología.¹⁶⁰ El humor negro

¹⁶⁰ Tal fue “[...] el caso de Isaías Zanotti, de Villa Carlos Paz, quien el 16 de septiembre de 1976 enviara al director de *La Voz del Interior*, Dr. Juan Ramoneda, la siguiente

impregna el relato de la inmersión del cadáver de Ezcurra en la laguna de Malihuel, a lo que se suman las penosas reflexiones de Fefe.

Me lastima el cerebro el esfuerzo de recordar. El domingo 27 lo tiraron. Yo volvía a Buenos Aires siempre a principios de marzo. Pero quedaba ese lunes 28. ¿Estuve en Malihuel ese lunes, me di el baño de despedida en la laguna? Quizás, si ese lunes fue lluvioso, puedo quedarme tranquilo. Cualquier diario puede decírmelo. Qué alivio, si fue un día de lluvia. (Gamerro, 2002a: 166)

Mientras Fefe calibra el grado de contacto que pudo haber tenido con el cuerpo mutilado y en descomposición de Darío Ezcurra, Sayago irrumpe dejando ver el efecto del recuerdo en su ánimo, subrayado por los muchos tragos que ha ido tomando: estalla.

¡[...] viene un porteño de mierda y andan todos detrás besándole el culo y pidiéndole perdón! ¿Perdón por qué? ¿Se puede saber qué pito tocás en todo esto? Vos a mí no me engañás. Yo sé a qué viniste. [...] Te creés mejor que nosotros, ¿no porteño? Pero yo soy un Sayago, ¿o recién te enterás? ¡Un Sayago fue que mató a Musurana, el bandido más famoso de la región! Ahora vos venís a hacerme preguntas, pero ¿sabés qué? *Acá*

carta difundida por ANCLA el 20 de octubre y citada por Walsh en su Carta a la Junta Militar: ‘Me dirijo a usted en nombre de un grupo de aficionados a la pesca, para ponerlo en conocimiento de un extraño episodio del que fuimos protagonistas y sobre el cual no hemos hallado hasta el momento ninguna explicación. Concurrimos habitualmente a pescar a la zona del Deportivo Central Córdoba; desde hace un tiempo veníamos observando la presencia de un helicóptero sobre el lago, pero le atribuíamos tareas de desinfección aérea debido a la sequía prolongada que padecemos y a los malos olores que se han hecho habituales en las cercanías del lago. El día 7 de este mes, mientras nos internábamos en el San Roque buscando un lugar propicio, sufrimos un percance con el bote y en un mal movimiento se nos cayó el motor al agua; volvimos al club para pedir el auxilio de los buceadores, pero nos indicaron que como ya anochecía, debíamos esperar a la mañana siguiente. El domingo bien temprano volvimos al club y nos metimos en el agua, acompañados por dos buzos, hasta la zona aproximada donde perdimos el motor; allí ellos emprendieron la búsqueda, pero al cabo de unos quince minutos volvieron a la superficie, bastante asustados, diciendo que se habían encontrado con un cuadro bastante horroroso, ya que habían contado siete u ocho cadáveres en el fondo, con una cosa redonda que les sujetaba los pies y que ellos no querían proseguir la tarea. Salimos del lago y nos dirigimos a la comisaría de la villa para presentar una denuncia, pero no nos la quisieron recibir. Finalmente pensamos en escribir a su diario, a ver si recibimos una respuesta más satisfactoria. Sin otro particular, lo saluda atte. Isaías Zanotti, Boulevard Sarmiento 70, Villa Carlos Paz’; recogido en Moreno, 2018: 195-196.

las preguntas las hacemos nosotros. Mis amigos siguen en la fuerza. ¿Te creés que las cosas cambiaron tanto? (Gamerro, 2002a: 167)¹⁶¹

No, las cosas no cambiaron tanto. De hecho, como vimos, cambiaron de una vez que por ahora es para siempre (ojalá no sea por mucho tiempo, aunque nada augura un cambio). Los amigos siguen allí, no hubo relevos sino ascensos, y al forastero que llega a remover el avispero le toca aguantar la amenaza.

En cuanto a los perdones, se muestra cómo todos sabían, y no sólo sabían de una muerte, sino de una filiación siempre oculta. Porque aunque Fefe no es un bebé robado a una madre cautiva, aquí la cuestión de la identidad se cuela nuevamente por algún costado: ese fantasma de la identidad cambiada -ya sea mediante un *desplazamiento*, o como *simetría* o *leve anacronismo*- insiste, reaparece. Además, en la furia angustiosa del borracho se escapa otro dolor, que es otro embudo de la identidad nacional porque pareciera que por allí les toca pasar a todos los argentinos, por un motivo o por otro:

-[...] ¿Qué podés saber vos de eso? ¿Alguna vez tuviste que sostener a un compañero caído mientras se moría, darle aliento y mentirle que está todo bien cuando sabés que se está yendo, y después poner la cara con los padres, la mujer?

-Sí -murmuro con desgano, pero de tan embalado mi interlocutor no se da por contradicho. (Gamerro, 2002a: 167)

Tantas veces en Malvinas le tocó a Fefe vivir una situación semejante (y también Ernesto, en la toma de la yesería y en el Tigre). Pero el ex cabo,

¹⁶¹ Subrayado mío.

cegado de rencor, emula a su antecesor Matasiete y le espeta al cajetilla:

Estás en mi pueblo, si yo digo que me pagás otra copa me la pagás, ¿entendés? ¿Y a ustedes qué les pasa? ¡A ver si un porteño de mierda porque tiene plata nos va a patotear! ¡Vamos, a mostrarle, vamos! ¿Se creen que les tenemos miedo? ¿A ustedes? ¿Sabés lo que hacemos con los porteños agrandados acá? (Gamerro, 2002a: 168)

Y entonces ocurre un acto de justicia poética, porque Fefe reacciona a las agresiones y descarga en Sayago la furia contenida contra quien fue, también, verdugo de su padre.

[...] con mis zapatones de punta reforzada empiezo a darle, conectando bien a las costillas en cuanto el frío me aclara un poco la cabeza, sintiendo primero la dureza del hueso y después ya no. Ahí noto que en lugar de ayudarme Guido me está tirando de un brazo y del otro el Nene Larrieu y dejo de forcejear. *Hubiera seguido hasta matarlo, me digo sin asombro, y por algún motivo la frase me calma.* [...] -Menos mal que no quería ser cana –comento finalmente. (Gamerro, 2002a: 168)¹⁶²

Aunque renegara de la profesión legada, Sayago heredó de su padre toda la soberbia de quien sabe que porta un arma y la legitimidad de intervenir sobre los cuerpos y las libertades ajenas, tanto más en Argentina, en la Argentina de posdictadura. Así lo verbaliza Fefe, quien no sólo acaba de asistir al relato cruel de la ejecución de su padre y la siniestra desaparición de sus restos, sino que conoce desde el padecimiento feroz los maltratos de las Fuerzas hacia la población y hacia sus subordinados conscriptos, en la propia carne y en la de quienes sufrieron la guerra a su lado, con menos de veinte años. El “salvaje unitario” no revienta de rabia porque la exterioriza; el amigo de

¹⁶² Subrayado mío.

la infancia lo contiene e impide, como los gauchos, que se *desgracie* por un pobre diablo. La vieja rencilla campo-ciudad se actualiza aquí con un curtido protagonista de posdictadura: el porteño es hijo de desaparecido y -como veremos en el siguiente capítulo- ex combatiente de Malvinas, hacker puesto a trabajar forzosamente por la mafia empresarial y adicto a las sustancias psicoativas.

5.6. IGLESIA: Cristo vence

*¡Qué vanas, agrias, chatas e inútiles
me parecen ahora las prácticas del mundo!
Qué asco. Ah, qué asco. Es un jardín
descuidado, lleno de yuyos, invadido
de cosas inmundas. ¿Cómo llegamos a esto?*

W. Shakespeare

5.6.1. El sermón

Fefe se pregunta cómo intervino la Iglesia ante la muerte de Darío.

Clara Benoit recuerda una misa repleta, sobre la que la tía Porota le dará más detalles.

[...] no sé cuándo habrá sido ¿vos te acordás, Chesi, si fue ahí mismo o después, que fue el sermón ese del padre Abeledo? Aún hoy se discute qué quiso decir el padre [...] si de algo estoy segura es que la Delia no estaba [...] que yo sepa el tema del hijo de la Delia no lo tocó algunos dirán que sí cada uno entiende lo que quiere más esa vez, de virus y bacterias habló salvo que el chico anduviera engripado no veo qué podía tener que ver con él. (Gamerro, 2002a: 172)

Porota repone fragmentariamente, como todo en este entramado de chismes y de recuerdos que conforma la memoria colectiva del pueblo, el sermón que –lo sabe el lector– apeló a la metáfora biologicista por entonces en boga para referirse a la represión social: desaparecer personas era “extirpar el cáncer social”, etc. Delia, la madre de Darío, estaba de visita en Rosario y recién llegaría el lunes 28 a Malihuel, por lo que no estuvo presente en la misa en la que Abeledo se habría referido al caso Ezcurra como virósico o bacteriano para la comunidad

malihuense, metáfora que Porota no llegó a comprender. Para el amigo Iturraspe, no obstante,

-[...] Quedó clarísimo que hablaba de Ezcurra, que de alguna manera estaba justificando lo que le hicieron. Lo que no queda claro es por qué.
-Y menos mal que era un cura progresista –acoto no sin ironía-. Imaginate si era uno del montón.
-Justamente por eso –empieza a deslizarse Licho una de sus inefables teorías-. Greco le tenía el ojo echado al curita, y ese sermón lo salvó. Alguno le habrá avisado la que se venía, y la atajó a tiempo. Reflejos rápidos los del padre. (Gamerro, 2002a: 173)

Las vueltas de tuerca son infinitas, hipótesis tras hipótesis que buscan encubrir culpas y pecados. El resultado es el anhelado: que nada se sepa finalmente, que ante la incompreensión y la falta de pruebas todos resulten inocentes. El único resto flotante por sobre esas aguas turbias son los odios personales, y también algunos afectos.

5.6.2. El mosaico

En cualquier caso, más allá de la figura del padre Abeledo y del rol que jugó en la desaparición de Ezcurra, la relación entre Iglesia y Estado en Malihuel había quedado establecida en el gran mosaico interrumpido que funcionó como motivo de fondo al sermón biologicista. El “Intermedio 3” de la novela está dedicado a este otro hito artístico –primero fue la estatua ecuestre del comandante- de la localidad santafesina.

[...] una vez terminado el primer tramo los andamios se corrieron hacia el centro y empezaron las murmuraciones. Estaban preparados a aceptar hercúleos salvajes de torneados torsos blandiendo lanzas de centauro, pero no tanto a una parva de madres indias indefensas tratando de resguardar a sus niños de la matanza que los milicos se disponían a perpetrar con sables prontos. A ese remedo criollo de la masacre de los inocentes se sumó pronto un retrato de la vida cotidiana en el fortín, de la cual se destacaban principalmente las figuras sufridas de los soldados harapientos –uno de ellos estaqueado con indisimulable rostro de Cristo

doliente- y las tareas de las cuarteras; la figura altiva que todos, cuando los bocetos fueron presentados en sociedad, habían supuesto representaría al fundador del pueblo, terminó reproduciendo, en la minuciosa geometría de los cuadraditos de cerámica, el mítico bandido Musurana. Y hasta ahora ningún ángel, ni una cruz. Demasiados hay ya en el altar, contestaba desde lo alto de los andamios el artista, cuyas peleas con el engañado párroco habían alcanzado dimensiones épicas y según algunos contribuyeron no poco a acelerar el tránsito de éste último hacia la Gloria del Señor. Y cuando logró vencer su proverbial miedo a las alturas y comprobó con sus propios ojos que el conjunto destinado a celebrar el aporte inmigratorio se proponía evocar nada menos que el infame brote anarquista del Grito de Alcorta, la ruptura fue inevitable. Furibundo, el Miguel Ángel de Malihuel volvió a Rosario jurando nunca más volver, promesa que no le costó demasiado cumplir ya que su avanzada edad y su salud quebrantada por el esfuerzo que el trabajo le demandó determinaron su pronta muerte. (Gamerro, 2002a: 176)¹⁶³

Las denuncias del artista, un muralista italiano y anarquista, retrotraen al lector a la memoria reconstruida de los años setenta: madres, hijos, muertes, milicos, revolución y censura, ateísmo vs. ortodoxia. Algunas verdades, que intentan colarse a través del arte por los intersticios de la oficialidad. La historia, como un eco que se repite, en similares vaivenes.

¹⁶³ Para la reposición histórica de los hechos denunciados en el mosaico, me remito a Viñas, 2013.

5.7. Madre de la Plaza

*Tranquila, mi alma. Tarde o temprano, los malos actos
salen a la luz, aunque el mundo entero intente taparlos.*

W. Shakespeare

5.7.1. El auxilio de Clota

Es en casa de Porota donde Fefe ve por primera vez una foto de Darío. Y allí, también, va a conocer qué fue lo que ocurrió con Delia, la madre, cuando regresó de Rosario y se encontró con la desaparición de su hijo. La primera en acudir en su auxilio fue su amiga Clota, la esposa de Neri.

Así que Clota cómo decirte no es que se alegrara claro pero sintió que Dios le daba una oportunidad de devolverle a su amiga Delia más no fuera unas migajas de lo mucho que le había dado a manos llenas, y le aseguró que en cuanto su marido llegara a almorzar iba a sacarle el tema y pedirle –no, exigirle, sin lugar a réplica- que pusiera la jefatura entera a disposición de su amiga. [...] Yo lo que creo es que la cosa ya no estaba en sus manos él habría cumplido con lo que le ordenaron y después ya no había nada que pudiera hacer, pero lo menos ahí sí yo creo que estuvo un poco flojo, le podía haber dicho a la madre que el hijo estaba detenido y dónde, así ella lo podía ir a ver [...] el marido de Clota cómo es que se llamaba Neri sí pero de nombre Armando ahí está le aseguró que la policía haría todo lo que estaba en su poder y ya había mandado radiogramas a todas las comisarias de la zona y a la caminera y si en cuarenta y ocho horas no había noticias ponían un alerta nacional, y mientras tanto dicen algunos a pocos pasos estaba el chico encerrado preocupado por la mamá que de tan agradecida le agarró las manos al comisario para besárselas y él las retiró a tiempo así como ofuscado *doña Delia por favor yo no hago más que cumplir con mi deber* y ella misma se lo contó a Clota que con lágrimas en los ojos nos lo contó a la Chesi y a mí, la quiero tanto a Delia decía haría cualquier cosa por ella prométanme ustedes también que en este trance tan difícil vamos a estar todas unidas muy cerca de ella y nosotras, claro, ¿qué le podíamos decir? (Gamerro, 2002a: 183-184)

Límite complejo el de la intimidad familiar, tanto más en un pueblo. El relato de Porota exime a Clota. Los secretos de Estado, los del

terrorismo de Estado, ¿hasta qué punto eran blanqueados entre sábanas? Sobran los casos de mujeres cuyos maridos están sentenciados por delitos de lesa humanidad que quedaron impunes por presentarse inocentes e ignorantes ante lo que ocurría en el espacio público, y aun en sus propios hogares. El límite de género en el ámbito de las Fuerzas era por entonces tajante; las mujeres que participaron en la represión ocuparon mayoritariamente roles pasivos: monjas que repartieron bebés robados, enfermeras que asistieron torturas, esposas que administraron reuniones sociales y supieron guardar un férreo silencio.

5.7.2. La indiferencia de la abuela Emily

Según el relato de la tía Porota, era Emily la que se sentía ofendida con Delia. Entre sus palabras, Fefe cree recordar el momento en que la madre de Darío, desesperada, visita a su abuela.

Otra vez, los fognazos de un pasado que es cada vez más el mío. Medio dormido todavía, descalzo sobre los azulejos de la cocina ante la puerta que da al living comedor. Los sollozos que en parte contribuyeron a despertarme, un rostro borroso por el tiempo y las lágrimas como flotando sobre un cuerpo acurrucado al borde del sofá de brocado, la expresión severa de mi abuela diciendo cerrá la puerta y decile a Jacinta que te sirva el desayuno. (Gamerro, 2002a: 187-188)

Así como es extraño para Fefe volver a alojarse en la casa que fue de su abuela y que ahora pertenece a la familia de sus amigos de infancia, tan propia y ahora ajena, de igual modo le ocurre con la historia de Darío Ezcurrea. La escisión marcada por la familia de su madre es un tajo que

le permite recordar, como quien se asoma a un abismo, un pasado que se escurre.

5.7.3. La negativa de la jueza

Una vez más, Leticia se movió en su ámbito laboral para recabar algo de información que ayudara a Fefe a reconstruir los hechos de aquellos días. La jueza recuerda que Delia también acudió a ella; la esperó de madrugada en la puerta del Juzgado, a pesar de que sabía que “por la vía judicial no podía resolverse nada en aquella época, si para encender la estufita los usábamos los pedidos de hábeas corpus” (Gamerro, 2002a: 189).

5.7.4. Neri se delata

En la comisaría, las órdenes imperiosas de Delia surtieron el mismo efecto: no había nada que hacer, más que una denuncia improcedente. En su desesperación, Delia repartió todo tipo de acusaciones y sacó de sí una fuerza inusitada (la misma que sorprendió a toda una sociedad y que dio en llamarse Madres y Abuelas de Plaza de Mayo). El chisme se convirtió en amenaza: un arma contra Neri, aunque –según la apreciación de don León- de doble filo.

La meto a tu señora y a la putita esa que te cogés en el motel [...] la Delia sí que tenía pelotas digo lo de la chinita de Neri lo sabía todo el pueblo menos la mujer, y así sin anestesia se la mandó. [...] Asesino hijo de puta es lo menos que le dijo y el comisario no sabía cómo hacer para pararla viste esa sí que no se la esperaba la tenía toda pensada pero ahí le fallaron los cálculos con la furia de la Delia no había contado. [...] Lo puso entre la espada y la pared. Capaz que si no lo desafiaba así el chico está vivo todavía. (Gamerro, 2002a: 195)

Hay un efecto en Fefe al escuchar los relatos de los malihuenses comparable al que percibimos en *Los rubios*, el documental de 2003 en que una hija de desaparecidos se traslada con su cámara al suburbio donde desaparecieron a sus padres. Allí se encuentra con los rumores de un pueblo, crueles, frívolos, revanchistas y relacionados con los propios complejos, o con una fantasía, o con un interés ajeno al que se defiende por reflejo condicionado. En ese documental la actriz Analía Couceyro encarna a la propia Albertina, como un modo de hacer soportable mediante alguna distancia la escucha de un relato que atañe directamente al asesinato de sus padres. Aquí, en *El secreto y las voces*, no hay mediación física: Fefe se desplaza con su cuaderno de notas hasta Malihuel, solo, sabiendo que Darío Ezcurra es su padre pero sin manifestar este conocimiento; la única distancia es esa omisión al servicio de recabar más verdades, de no generar una censura previa en sus interlocutores, supieran o no su identidad. No hay ninguna amortiguación para ese dolor que recibe por la palabra ajena, y así lo dejan sentir algunas acotaciones, como esta de Porota hacia el final del relato.

[...] figurate Clota toda dolida pero, Delia, no comprendo, te suplico, en nombre de nuestra vieja amistad nos contó después bueno te la podés imaginar a la Delia. ¿Vieja amistad? Tu marido se llevó a mi hijo. ¿De qué... discúlpame Fefe si te repito tal cual de qué mierda hablás?, le dijo [...] entonces Armando le dice a Delia señora yo también perdí un hijo pero supe guardarme mi dolor con dignidad. Y algo de razón tenía, no me vas a decir que no, ¿no? (Gamerro, 2002a: 196-197)¹⁶⁴

¹⁶⁴ Subrayado mío.

Así, en una confesión involuntaria, le arranca Delia a Neri la peor de las noticias de su vida. Entonces Delia enloquece y pide, lógicamente, por el cuerpo de su hijo. Desde entonces no dejó de perseguir la verdad, puerta por puerta y hasta el día de su muerte, en un pueblo en el que incluso hay quienes se atreven a invertir la carga de la culpa, transformar a las víctimas en victimarios, justificar la deshonra, sostener un negacionismo que debería pensarse. Como la misma tía Porota, cuando repite que “todavía hoy hay quienes dicen que está vivo no sé quién me dijo que lo vieron por Peyrano fijate vos si es verdad el sufrimiento inútil que le causó a la madre hay cosas que no se hacen” (Gamerro, 2002a: 198). ¿Qué cosas son las que *no se hacen*? ¿A qué debe decirle un pueblo *nunca más*?

5.7.5. “Viejas locas”

Desde entonces, el mandato del marido le prohíbe a Porota dejar entrar a Delia a su casa; es por eso que con su hermana Chesi van a visitarla, “ella me acuerdo patente dejó su tejido y se fue a buscar un pañuelo para la cabeza y con la cartera en la mano lista para ir” (Gamerro, 2002a: 199). La ronda de Madre única de Malihuel la dará Delia en torno a la estatua ecuestre de Pedernera, y se ganará para siempre el mote que soportaron las Madres de Plaza de Mayo desde que comenzaron a exigir la aparición con vida de sus hijos.

[...] no sé quién habrá empezado a llamarla así, dicen que el comisario mismo yo no creo él era muy correcto pero ya por el disgusto había empezado a darle a la bebida y así en un momento de hartazgo es comprensible vieja loca le habrá dicho y vieja loca le quedó. (Gamerro, 2002a: 202)

Incluso los niños, los mismos que jugaban a la escondida “Ezcurra”, comienzan a llamarla “vieja loca”.

5.7.6. La laguna

No obstante, la naturaleza le devuelve la razón a esa madre. Ña Agripina, la vidente, lo sabe; parece conocer bien la historia de Polinices y de todas las almas que penan por falta de sepultura. Porque entre el desaparecido y el aparecido dice haber un tormento sobre el victimario, un mínimo precio a pagar en esta justicia que aquí viene a hacerse, siquiera poética.

Un muerto no pide demasiado, con dos metros de tierra se arregla lo más bien, unos rezos que vengan del corazón no de los labios, flores vivas o cosas chiquitas, de la casa, que hayan absorbido mucho amor. Es tan poco lo que pide... Pero eso sí, si se lo niegan suele ser despiadado. Un muerto insepulto no tiene paz y por eso no da tregua, y el comisario Neri debe haber deseado poder rescatar el cuerpo físico de Ezcurrita del fondo de la laguna para darle cristiana sepultura. Pero ya era demasiado tarde, y no tuvo más remedio que irse él. Nadie puede convivir con un aparecido [...]. Yo te digo, Fefe, hacé cualquier cosa en tu vida, pero *nunca cometás un ultraje irreparable contra un muerto, porque ese sí es el pecado del que hablaba el reicito Jesús, ése es el pecado que no tiene perdón*. Si de alguno uno necesita agarrarse en este mundo feroz es del descanso que la muerte va finalmente a traer, y seguir penando después es la injusticia mayor, como vivir sin dormir. [...] él era policía y no era la primera vez que mataba a un indefenso. La culpa viene de adentro de uno apenas, no tiene tanto poder. Te cuento estas cosas porque puedo ver que vos hablaste con los muertos, más de una vez, así que puedo contarte que la luz mala flameaba en la punta de los dedos del comisario Neri en la oscuridad, una llama azul como de picos de gas. La laguna tampoco toleró lo que le hicieron. Porque un ahogado lo devuelve a la orilla, pero al pobre de Darío se lo anclaron ahí... El agua no tolera bien los muertos. Y pasó lo que tenía que pasar. Vos viste lo que fue la inundación, ni la iglesia se salvó. Dicen que fueron las lluvias, las rutas, el declive. Pero yo sé, y no soy la única que sabe, que la laguna nos vomitó el muerto que le tiramos. (Gamerro, 2002a: 204-205)¹⁶⁵

¹⁶⁵ Subrayado mío.

Las sensatas palabras de Agripina delimitan una frontera para lo inadmisibile: la posibilidad del duelo. En sus palabras está el enlace entre los muertos de la masacre ideológica y los de Malvinas: porque es evidente, Agripina evoca una de las escenas más hondas de *Las Islas*, en la que Fefe habla con sus compañeros caídos que retornan de modo fantasmático (ya llegaremos). A falta de justicia humana, la naturaleza reacciona: *no se salva ni la iglesia*.

5.7.7. Carnavales

Aquel año 1977 el pueblo suspendió el característico cierre de carnavales en torno a la estatua ecuestre de Pedernera. Porota recuerda que la única persona que estuvo presente fue, paradójicamente, Delia, que había siempre considerado a los carnavales un festejo demasiado popular para su gusto y costumbre. Aquella vez no sólo se presentó: el dolor tan profundo y la desolación de no encontrar a nadie en quien descargarlo la llevó a realizar lo inimaginable, ya que fue capaz de desmontar ella sola la pesadísima figura de Pedernera de la de su caballo, acción que tradicionalmente había demandado los esfuerzos de cinco hombres.

Tácitamente decidimos archivar la ceremonia hasta nuevo aviso, no fuera a ser que los milicos lo tomaran a mal, tan ilusionados que estaban con lo de los festejos de la conquista del desierto y todo eso. Pero claro, después de la brusca desensillada que le propinó la Delia a nuestro fundador, se imponía un acto de desagravio en toda línea. Y, quién va a ser, el intendente, ¿no? Era su obligación. Que nuestro querido fundador, héroe de la guerra santa contra el bárbaro que cien años después sus camaradas de armas vuelven a derrotar, salvando a la patria por quinta vez en su historia, que después con el profesor Gagliardi tratamos de sacar la cuenta y no nos daba. (Gamerro, 2002a: 216)

El desagravio no es en este caso a la figura de la víctima sino a la del victimario fundante don Urbano, quien sentara el primer precedente en la cadena de masacres que articulan la historia local y nacional. Las palabras de Porota son contundentes al respecto, aunque a juzgar por su falta de cálculo no parece un discurso genuino sino instalado por decreto o mediante comunicado. ¿Cuáles son esas cinco veces? Roca, Uriburu, Aramburu, Onganía, Videla. Para el lector es clarísimo.

5.7.8. “Algo habrán hecho”

En palabras de Porota, portavoz del “lugar común”, reaparece la figura de Gloria, sobreviviente de la un centro clandestino de detención.

Medio rápida sabía ser esa, medio viva. Venía los veranos y se enganchaba dos o tres, de acá o de los otros pueblos, y después se volvía al novio o andá a saber a los novios de Buenos Aires como si tal cosa. Yo siempre dije que iba a terminar mal y tal cual, qué disgusto para los padres, tan correctos ellos, nada menos que subversiva les salió. (Gamerro, 2002a: 203)

Según las consideraciones de Porota, lo de Gloria no se explica; sin embargo, en el caso Ezcurra la mala educación parece justificarlo todo.

Sea como sea, “algo habrán hecho”.

Lo de Darío fue duro, quién va a negarlo, a mí si me tocaban al Leandrito o a la Beba no quiero ni pensarlo mirá, peor que diez Delias me ponía yo, pero claro, yo los eduqué para que fueran gente bien y nunca se metieron en problemas. Porque si no resulta que vos los educás, digamos que te salen chorros o maleantes o hasta terroristas y mueren en un tiroteo resulta que después la culpa la tienen los demás. [...] Pero eso es una cosa, ¿no?, echarle la culpa a uno o dos pero otra muy distinta es esto de la Delia porque ahí me parece que no es tan así, así tan suelta de cuerpo no se puede culpar a todo un pueblo, Fefe, ¿no? (Gamerro, 2002a: 219)

Mala madre e inculpadora de todo un pueblo no se puede tolerar. Si ese es el caso ¿qué hacer con esa madre?

5.7.9. Ultimátum (Greco)

Greco tuvo la respuesta, y fue la que quería todo ese pueblo que ya se sentía molesto ante tanto reclamo.

[...] todos saben que gente de acá del pueblo fue a Greco a pedirle que al tema de la Delia le pusiera una solución. Después de lo de la estatua, sobre todo. Y Greco les dijo, les dijo ustedes consigan que viaje a Rosario y del resto despreocupensé, corre por cuenta mía. [...] Nadie sabe si llegó a Rosario o no. Nunca se supo más de ella. Ni del auto. (Gamerro, 2002a: 220-221)

(De la casa sí se supo, una muy hermosa frente a la plaza del pueblo: pasó –como tantas en aquellos años– mágicamente a pertenecer a Greco). Muerta la perra, se acabó la rabia. Si lo mismo pudo hacerse en Buenos Aires con el grupo de Madres fundadoras, ¿cómo no habría de hacerse con una única voz clamando en las soledades de la pampa? Ya nadie reclamaría por ella. Ni por nadie. Hasta que llegó Fefe.

5.8. Memoria

*Dime quién fue, y con alas veloces
como el pensamiento, o las ilusiones del amor,
volaré hacia mi venganza.*

W. Shakespeare

La noche de aquel día Fefe no puede menos que somatizar toda la carga de información que lo sorprende: contaba con el asesinato de su padre pero no con el de su abuela, con la estafa a la familia... con la historia de tantos, que ahora era también la suya, la memoria reconstruida que le permite iniciar el trabajo de duelo. A causa de la alta fiebre, Guido lo deja al cuidado de Celia, su madre, donde pasa un par de días “en un estupor continuo vetado de pesadillas apáticas, por las que deambulaban desganados demonios repitiendo yo no le deseo mal a nadie y no es por hablar mal y vamos a decir lo que es” (Gamerro, 2002a: 222). En el mismo cuarto en el que dormía cuando de niño visitaba a sus abuelos, ella lo cuida amorosamente. La escena habilita, por fin, el llanto.

-¿Sabés? -le pregunto, y al verla asentir-. ¿Desde cuándo?

-Desde siempre, Fefe -me contesta-. Yo la quería mucho a tu mamá, y ella me contaba... todo, creo. Desde que llegaste, que me estaba preguntando cuánto ibas a aguantar sin poderlo decir. Ya no aguantás más, ¿no, Fefe?

Tiene razón. Digo que no con la cabeza, incapacitado de hablar, de contener las lágrimas que me desbordan los ojos. (Gamerro, 2002a: 222)

El dolor es compartido. Sobre la verdad reconstruida comienza el duelo.

5.9. Verdad

*¿Los agresores son estos?
Fuenteovejuna, señora,
que humildes llegan agora
para servirlos dispuestos.*

Lope de Vega

5.9.1. Verdades pintadas de rojo carmesí

*un ex capitán de la regional Norte,
que en Entre Ríos se transformó en profesor de inglés
y se mantiene gracias al kiosco y la huerta de su
mujer. [...]*

*¿Pero me imaginás?
Una reliquia en vida
del museo de la subversión –un tipo
tan fácil que todos en la orga, salvo vos y
Confuncio, pensaron que había batido-
explicándole por qué toma ginebra o lo que venga
a la directora local de la Liga de Amas de Casa.*

M. Gambarotta

Poco antes de partir, Fefe descubre que él no fue el único en incomodar al pueblo en la búsqueda de la verdad.

Ese Gagliardi siempre fue medio comunista, eso decían. Porque todos los veinticinco de junio hablaba del Grito de Alcorta, porque una vez en un acto sugerí que la verdadera fundación fue cuando el pueblo entero se le animó al comandante Pedernera y lo paseó desnudo por las calles. [...] Resulta indudablemente adecuado que la última malihuense en bajar al comandante del caballo haya sido su señora abuela. [...] Siempre había creído que lo que le hicieron a su padre, a su señora abuela, no tenía ni podía tener excusa ni perdón. (Gamerro, 2002a: 228)

El profesor Gagliardi le habla a Fefe de su (verdadera) familia paterna sin ningún reparo: él siente que puede hacerlo con la entereza de quien nunca se echó en contra de Darío ni de Delia y respeta su memoria.

Pero los diálogos con la tía Porota insisten en ahondar impunemente el dolor.

-¿Sabés lo que decía la Delia, cuando le preguntaban por la fama del hijo, que le hacía un nieto en cada pueblo? –me preguntaba los otros días la tía Porota-. Por favor, Delia decía, nietos serán de ésas que no supieron enseñarles a las hijas a llegar al altar con las piernas cruzadas. Qué culpa tiene el chico si las señoritas de ahora no saben comportarse mejor que las chinitas. (Gamerro, 2002a: 230)

En el cruce entre estas palabras de Porota y la verdad sostenida de Gagliardi, Fefe puede permitirse la primera manifestación de enojo con quienes ya no están y son los suyos, que es –por paradójico que parezca- la prueba de que la internalización de su identidad biológica empieza a producirse. La resistencia no es más que una evidencia.

-Esa mujer no era mi abuela –borboto embrollado, atragantándome con la sopa de fideos (Estrellitas, N° 16) que Celia me ha traído a la cama-. Mi abuela se llama Emily Bullock de Echezarreta, vive en Rosario, y todos los veranos me recibía en su casa, en *esta* casa. La otra, tres meses al año viviendo a tres cuadras y ni una vez, ni una vez... Sabía quién era yo, y le parecía... divertido. El hijo iba de pueblo en pueblo embarazando pendejitas y después si te he visto no me acuerdo y a ella eso le causaba gracia. Vos viste lo que decía –vitupero desde un podio imaginario. -Lo que dicen que decía, Fefe –me corrige Celia con dulzura-. Si en este pueblo no aprendés a escuchar con el corazón además de los oídos nunca vas a entender. Darío cuando enamoraba con tu mamá tenía diecinueve años, era un chico. Y no creo que Delia supiera que vos... Tus abuelos guardaron muy bien el secreto, y yo... yo sé que nunca le conté a nadie. Y si sabía, si Darío le dijo... Ella había empezado a cambiar; cambió, en esos días, más que mucha gente en toda la vida. Si la hubieran dejado vivir, habría llegado a quererte. Podía recobrar en vos algo del hijo que le habían arrebatado. Con todo lo que te contaron, ¿no te das cuenta que forzosamente sería sí? Hoy sería una persona totalmente distinta, tu abuela Delia. Pero no le dieron tiempo, Fefe. (Gamerro, 2002a: 230-231)

El amor de Celia es una brújula para no perderse en las habladurías que codifican las relaciones sociales de pueblo. Y, fundamentalmente, para poder pensarse hijo y nieto sin recelo. Las palabras de Celia son

un dique de contención ante el rechazo dolido de esa filiación que Fefe vino a confirmar.¹⁶⁶

Los dos personajes que cobran protagonismo en las últimas páginas de la novela, Celia y Gagliardi, cierran la verdad de la trama y de la biografía de Fefe desde dos lugares tan disímiles como complementarios: Gagliardi encarna la verdad académica, metafórica, históricamente asociada a una producción de saber “masculina”, la que coloca ante la ausencia un signo que sustituye, que es el resultado de una larga investigación; Celia, en cambio, encarna la verdad amorosa, metonímica, del saber históricamente asociado al ámbito “femenino”, la que repone la ausencia con la compensación de sus cuidados, sus abrazos, sus palabras que tienen la certeza de quien recuerda desde la intimidad y el afecto profundo, cuyo saber emana de la experiencia directa con aquello a lo que remite. En *Otro logos* (2015: 158-165), Drucaroff analiza estos dos modos de producción de sentido.¹⁶⁷

¹⁶⁶ Por motivos muy diversos, las resistencias y aun el rechazo a la identidad biológica tardíamente recuperada fueron y siguen siendo una reacción bastante habitual en los nietos recuperados.

¹⁶⁷ “Jakobson define estas dos figuras retóricas [metáfora y metonimia] como [...] dos aspectos del lenguaje que a su vez suponen dos formas del pensamiento, dos caminos posibles de generación de logos, imprescindibles ambos (aunque opuestos y con tensión y competencia entre sí), para que el lenguaje sea un instrumento eficaz. ¿Qué es una metáfora? Una figura que opera en un eje que Ferdinand de Saussure llamó de las sustituciones, del paradigma. El signo metafórico reemplaza, sustituye, se coloca en lugar de una ausencia y genera un nivel más de abstracción respecto de aquello sobre lo cual irrumpe. La metonimia, en cambio, opera en el eje que Saussure llamó de las contigüidades. El signo metonímico se produce junto a lo que lo genera, se realiza en su presencia, es un desplazamiento respecto de algo inmediato que simultáneamente permanece allí, su movimiento se da en el sintagma y, por ende, no establece un nivel nuevo de abstracción, es una significación que se produce por su contacto existencial con otra” (Drucaroff, 2015: 158). Y, más adelante: “Todavía hoy el signo se define como sustitución, como lo que está en lugar de otra cosa, el lenguaje es lo que *reemplaza* al mundo; todavía hoy se repite, con Lacan, que el signo “mata” lo real, que no hay modo alguno en que la semiosis contacte la materialidad, que entre ella y los signos hay únicamente un abismo infranqueable. Esto es un síntoma. Todo el cartesiano sistema explicativo de la teoría lacaniana se derrumbaría si simplemente

Sobre esta verdad sostenida a dos puntas, el trabajo de reconstrucción y duelo avanza. Fefe fantasea con constatar de parte de su padre y de parte de su abuela Delia una, aunque sea una única y definitiva prueba de reconocimiento y de amor. Porque si bien es cierto que ambos fueron muertos, varios años tuvieron en vida para acercarse a él, para saber, para decirse familia.

¿Qué más? ¿O todavía anidaba en mí, secreta, con vergüenza de mostrarse del todo, la esperanza de ganarme el premio mayor? Las últimas palabras de Ezcurra, antes de morir: “mi hijo, mi hijo” (sí, ¿pero cuál?). Una entrevista secreta, en Rosario, mi abuela Delia diciéndole a mi abuela Emily (tal vez en inglés, por mayor seguridad): “tenemos que hablar del futuro de nuestro nieto”. ¿No era esto lo que todavía esperaba, lo que verdaderamente había venido a buscar? ¿Por eso seguía demorando la vuelta, o no? (Gamerro, 2002a: 233)

Dejar el pueblo con la verdad cruda implica para Fefe no sólo asumir esa verdad de identidad biológica sino, a la vez, asimilar el hecho de que ese reconocimiento y ese afecto nunca se manifestaron, de que no existió tal interés ni tal preocupación. Sí: hubo un padre, hubo una abuela, pero ninguno de los dos quiso o supo asumir ese rol mientras pudo. ¿Cómo llenar ese vacío ahora? ¿Hay algún resquicio del relato que le otorgue algo de reparo?

Gagliardi es el dueño de una verdad que nadie más puede ofrecer porque tuvo el extraño privilegio de contar con la confianza de Neri, su contrincante en el ajedrez.

recordáramos que el signo no únicamente mata la cosa, también traza respecto de ella un puente, un camino de contigüidad que tiene ida y vuelta” (Drucaroff, 2015: 163-164; subrayado original).

De haber sabido quién era, le habría franqueado las puertas de mi humilde morada desde el primer día, ahorrándole la penosa tarea de codearse con esa chusma vil y mentirosa en *su valiente búsqueda de la verdad*. Lo entiendo, no hace falta que me explique, *hizo bien en ocultar su verdadera identidad, si hubieran sabido que usted era el hijo de Darío Ezcurra todas las puertas se habrían cerrado en su cara*. Por otra parte, de esta manera usted ha podido comprobar por sí mismo que todo lo que le digo sobre la gente de este pueblo es verdad. Ahora, me alegro de que esté aquí. Porque veinte años son demasiados para cargar con el peso de un secreto semejante. [...] A esto ha venido usted, ¿verdad? A que le revele la clave del aparentemente inexplicable accionar del jefe de policía de Malihuel, quien contra toda lógica, contra los inveterados hábitos de su profesión, contra sus propios intereses incluso... Yo sé lo que nadie sabe, porque lo escuché de sus propios labios, en la única conversación que tuvimos después de los terribles hechos, pocos días antes de su partida, en nombre de nuestra antigua relación. [...] Era un hombre que ya no servía más que para poner un quiosco y morir, como terminaría haciendo [...]. No sé si habrá oído hablar del coronel Carca, Demetrio Carca. No tiene por qué: saqueador, secuestrador extorsivo, torturador, violador, asesino serial, ladrón de bebés y de cadáveres; nada especial, un milico más de los de entonces. Venían del mismo pueblo del Norte, el comisario y él, se criaron juntos y fueron a la escuela y después siguieron amigos. Era él, el que llamaba al comisario desde Rosario, exigiéndole que satisficiera el capricho de Rosas Paz. El comisario porfiaba que no, que la gente, los vecinos; el coronel, que ya estaba de vuelta de todo eso, que sí. Todo en tono de joda, se imagina, campechano, como hablan entre ellos, entre camaradas de armas: Dale, gordo pajero, mové el culo y levantámelo de una vez, y el otro ¿te creés que es tan fácil? Si sos tan macho ¿por qué no venís vos? Una cosa llevó a la otra, y finalmente a lo que el comisario terminaría confesándome ese día. (Gamerro, 2002a: 234-236)¹⁶⁸

Neri cumple con el pedido de Carca. Pero ¿pudo sobrevivir a la culpa?

El lector ya conoce su vacilación a la hora de ejecutar a Darío, a quien ultima ante la presión que le impone su subordinado Greco.

Lo que usted debe tener en cuenta, si quiere conocer la mentalidad del hombre que mató a su padre [...] es que toda su vida no había sido más que un policía de provincia. [...] Pertenecía a la escuela tradicional del ocultamiento: borrar huellas, ensuciar expedientes, pactar con los jueces y arreglar con los abogados. [...] No le podía entrar en la cabeza que el

¹⁶⁸ Subrayado mío. Casos así se conocen: policías de patria chica que acabaron por ponerse un kiosco y morir enfermos ante el peso de la culpa y la mirada de la familia de sus víctimas. Cf. *Extramuros* (2017), el documental sobre el caso de la familia Molfino, de Chaco. Miguel Ángel Molfino, uno de los sobrevivientes, es además un reconocido escritor de novelas policiales. Hace unos años la familia recuperó a un sobrino nacido en cautiverio cuya existencia desconocían, Guillermo Martín Amarilla Molfino.

crimen perfecto es justamente aquel que se comete a la vista de todos: porque entonces no hay testigos, sólo cómplices. Su premisa era correcta: en un pueblo de mala muerte como éste no se puede liquidar a un vecino de nota sin que todos sepan, porque basta que se entere uno para que se enteren todos. [...] Para llegar a la conclusión correcta no hacía falta más que un salto imaginativo, un truco de inversión que pusiera la lógica de cabeza y la echara a andar, así: darse cuenta de que se puede callar en voz alta, que el chisme de pueblo puede funcionar al revés. Que el silencio también viaja de boca en boca. (Gamerro, 2002a: 231-232)

La cortedad de la vieja policía de provincias se ve urgida a cambiar de lógica ante el mandato criminal de la dictadura. Aquí, como en la lectura que hace Lacan (2003: 5-35) de “La carta robada” de Poe, el mejor modo de eludir una evidencia era el inesperado.

5.9.2. Verdades azules, violáceas, negras

¡Juan Carlos! Sorpresas tengo...en todos estos años que separados vivimos... ¡Aprendí a cocinar! ¡Sí! Puedo prepararte lo que más te plazca, Juan Carlos ¿Me pides que hoy junto a ti me acueste?

M. Puig

Finalmente Guido se entera por Celia, la madre, que Fefe ya sabía la verdad sobre su identidad biológica, no hubo un solo día desde su regreso a Malihuel en que no lo supiera. El reproche no tarda en llegar.

Guido está mortalmente ofendido.

-¿Por qué no me contaste? ¿No me tenés confianza?

-[...] Me dio miedo tu lealtad. A la primera frase en contra de Darío Ezcurra, o de Delia... Si sabías quiénes eran hubieras saltado a defenderlos, a defenderme, nos deschavabas. Guido, a un borracho que me levantó la voz le rompiste tres costillas. ¿Qué querés que te diga? [...]

-¿Y vos cuándo supiste? –pregunta.

-Cuando murió mamá. Guardando o tirando sus cosas, encontré una carta que había empezado a escribir. [...] Yo sabía que había seguido escribiendo al pueblo, incluso a veces me daba las cartas para echar en el buzón, ya cerradas [...]. Los nombres no variaban mucho: Emily, Celia, Darío... Se pasó más de treinta años escribiéndole a un hombre que

nunca le contestó, los últimos veinte porque estaba muerto, claro. (Gamerro, 2002a: 236)

Hablé el capítulo anterior acerca de un homenaje por detrás de toda la novela *Un yuppie en la columna del Che Guevara*: Rodolfo Walsh. El escritor político por excelencia, el intelectual forjado en su contexto, el que transitó el testimonio, la denuncia (clandestina), el compromiso y la militancia. En “¿Rodolfo Walsh o Manuel Puig?” (2015b: 417-425), Gamerro recorre la obra de ambos escritores a propósito de la clave literatura y política, muy presente en la literatura argentina - de hecho, dio nombre a toda la serie crítica de David Viñas (1964), una de las más importantes que tuvo la literatura argentina. (El conjunto de ensayos de Gamerro se titula *Facundo o Martín Fierro*, en un juego con el sintagma clave del XIX que, siguiendo a Borges, fue decisivo hacia el futuro: civilización/barbarie). En este sentido, Gamerro lee la política en la obra Puig, y realiza la sutil operación de colocarla junto a la de Walsh, en igualdad de compromisos.

Puig acepta el presupuesto de que la explotación y el conflicto subyacen a todas las relaciones humanas, por eso entre otras cosas es un escritor político; pero no acepta la premisa de que la lucha de clases ofrece la *ratio* última para todas las otras luchas, y mucho menos que bastaría con eliminar la explotación capitalista para que todas las formas de explotación y opresión desaparecieran como por arte de magia. Con énfasis polémico, dijo: “Estoy convencido de que el sexismo es un problema más grave que las determinantes económicas o las luchas laborales. La escuela de la explotación está en la relación hombre mujer”. (Gamerro, 2015b: 422)

Leído desde hoy, es claro que Puig no sólo tuvo esa relevancia en el plano político para pensar el Orden de Clases sino también el Orden de Géneros, cuestión tanto más soslayada en el contexto de entonces, y

vapuleada por la propia lucha de clases durante aquellos años, como bien puede leerse tanto en su ficción (especialmente en *The Buenos Aires Affair*, *El beso de la mujer araña*, *Pubis angelical*) como en la obra y los textos de autores que estaban realizando un recorrido similar: Néstor Perlongher, Fernando Noy, Leónidas Lamborghini, Copi, con sus muy variados posicionamientos en relación con el Orden de Clases. Pues bien, así como en *Un yuppie en la columna del Che Guevara* leíamos la obra de Walsh a trasluz, aquí podemos leer la de Puig, y muy especialmente su *Boquitas pintadas*: el homenaje se torna evidente.

Fueron difíciles los últimos meses, porque no entendía. ¡Me duele, Fefe! ¡Me duele la panza! Se la agarraba y lloraba como una nenita: eso fue el cáncer que la mató. Y unas semanas después del entierro, cuando encontré la carta, decidí que había vivido demasiado tiempo sin saber. Fracasé en mi primer intento, como sabés: la noche antes de salir no pude pegar un ojo y para la mañana había levantado casi cuarenta de fiebre. Al segundo lo logré: me fui a Rosario y para empezar la puse a mi abuela entre la carta y la pared. La había visto poco en los últimos años (después que volví de Malvinas mi vida fue algo errática, por decirlo de alguna manera) y la mujer que recordaba impenetrable como el muro de un convento de clausura se había vuelto una viejita temblequeante pura sonrisa, así que no hizo falta torcerle el brazo para que desembuchara. Ahora veo claro que nunca habían sido tan formidables, mis abuelos, salvo en la imaginación impresionable de mamá, y la mía. (Gamerro, 2002a: 231-232)

La carta, el resto, es el fragmento que enciende la voraz búsqueda, de adelante hacia atrás. Es así como empiezan a caerse las máscaras de la mentira, a desatarse las voces del prejuicio y a develarse el secreto que oculta la verdad de su propio yo.

-Fue una apuesta –dice el profesor.

-¿Una qué? –pregunto.

-Una apuesta, entre el comisario y el coronel. Según el comisario, la idea fue del otro, y él aceptó porque estaba seguro de ganar. Ambos prometieron no hacer trampa, dieron su palabra de honor: el comisario de cumplir con su deber sí, como sostenía el coronel, la cosa resultaba

facilísima; el coronel, de archivar el asunto si el comisario encontraba que los vecinos del pueblo le negaban su colaboración. Y su subordinado Greco, aunque eso el comisario no lo sabía, sería el vencedor secreto, encargado de asegurar que *jugara limpio*. [...] Por eso el comisario estaba tan abatido, en nuestro último encuentro. El pueblo le había fallado, le habíamos hecho perder su apuesta. Él había tenido fe en este pueblo, con sus historias de lucha, de resistencia; y lo habíamos decepcionado. No habíamos sabido estar a la altura de nuestra leyenda. [...] Me hubieran frenado, era su manera de responder al reproche. En el fondo, el comisario era un idealista, y no hay cinismo más desesperado que el de un idealista fracasado. (Gamerro, 2002a: 238-239)¹⁶⁹

El relato de Gagliardi baraja unas nuevas verdades que quieren rescatar la figura de Neri, señalar a Greco y finalmente descargar las culpas sobre el pueblo entero.

-No todos dieron su acuerdo –objeto.
-Es verdad –concede el profesor-. De alguna manera, el comisario hizo trampa. Contra sí mismo. No preguntó al azar, fue selectivo en su sondeo. No le preguntó a la madre. No me preguntó a mí. No le preguntó a quienes podían... frenarlo. (Gamerro, 2002a: 231-240)

Pero Fefe ya está advertido: cada quien juega su verdad, muestra su perfil favorito, absuelve su alma. Cuando increpa al exculpado profesor acerca de por qué no se presentó él a verlo al comisario y darle su desacuerdo, Gagliardi titubea y recula con justificaciones vanas. Fefe confirma sus decisiones: “Qué bien que hice en ocultarlo de entrada, me digo, tampoco esta vez mi instinto de hacker me falló” (Gamerro, 2002a: 242).

Entonces, increíblemente, llegan las quejas de los parroquianos: “Yo no digo que lo que hiciste está mal –se obstina don León-. Pero de alguna manera abusaste de nuestra buena fe” (Gamerro, 2002a: 242). La buena fe de los santafesinos que quieren, otra vez, hacer de víctimas,

¹⁶⁹ Subrayados en el original.

victimarios. Y junto al reproche, la relamida por el chisme de estreno, esta vez de boca de Iturraspe: “El secreto mejor guardado de Malihuel. No sabíamos entonces, que tuviera un hijo. [...] –Yo tampoco –es lo único que atino a responder” (Gamerro, 2002a: 242). Pero una nueva defensiva arremete en la pulseada entre Fefe y Malihuel:

-Aparte –don León ataca de nuevo y todos por costumbre callan para escucharlo- para entender estas cosas hay que ser de acá. Es fácil para el que viene de afuera... [...]

-Mis dos padres y mis cuatro abuelos son todos de acá. Acá fui concebido y acá fui bautizado. Acá pasé todos los veranos de mi infancia, con los mejores amigos que jamás tuve. Acá murió mi padre y acá está enterrado, o sumergido si te gusta más; y acá se partió de pena el corazón de mi abuela. Malihuel me hizo, y Malihuel me deshizo. ¿De qué afuera hablás? (Gamerro, 2002a: 243)

Como buen karateka entrenado en inversiones de la carga de la culpa a las que el pueblo lo tiene ya acostumbrado, Fefe esta vez no se calla. Con la misma energía de la agresión que recibe, la esquiva y devuelve el golpe.

-Antes que se vaya –me ataja el profesor Gagliardi- tengo algo para usted. Hace veinte años que trabajo en ello. Comencé cuando me di cuenta de que todos, en el pueblo, sabían lo que pasó, y tuvieron su parte de responsabilidad. *Pero afirmar que todos fueron culpables así, de manera genérica, es casi como decir que nadie lo fue, y por eso me propuse establecer, en la medida de mis posibilidades, en qué medida, y de qué manera, cada uno de los habitantes de Malihuel participó en esta tragedia, qué hizo o dejó de hacer, qué dijo, cómo actuó antes, durante y después de los hechos. Este es el resultado* –me dice avanzando hacia mí con una voluminosa carpeta de tapas marmoladas en blanco y negro-. Me sentiría honrado si lo acepta. En ella podrá encontrar todo lo que quiera saber acerca de quiénes mataron a su padre y a su abuela, junto con muchas cosas más. Todas las bajezas cometidas en las últimas décadas de vida de nuestro pueblo, tanto *aquellas que la ley penaría, si se aplicara*, como los pequeños crímenes cotidianos que caen fuera de su alcance, están registrados en estas fichas que se han ido acumulando. Si en verdad piensa ponerlo todo en un libro, me atrevo a decirle que las encontrará de gran ayuda, tal vez indispensables. (Gamerro, 2002a: 244)¹⁷⁰

¹⁷⁰ Subrayado mío.

La memoria material del pueblo es el legado que Gagliardi deja a Felipe antes de su partida (la de Felipe del pueblo, y la de Gagliardi -que muere poco después- de este mundo). La sensación de vacío es un efecto que también queda en el lector: buscó un padre y encuentra los restos, los fragmentos, un conjunto de papeles cuyo camino había iniciado una carta que se hizo presente tras la muerte de su madre. En este caso la historia es aun más dura ya que Felipe nunca conoció a su padre y a su abuela. O, mejor dicho, ya nunca los conocería en tanto padre y abuela. Sólo le queda la pesada herencia documental que reclama por lo bajo: “justicia”. El mandato del padre, la sombra de su espectro, se hace así de presente en este final.

5.10. Justicia

*Fuenteovejuna lo hizo.
Tu nombre, padre, eternizo.*

Lope de Vega

*El presente está desquiciado. Maldición.
¿Justo a mí me toca enderezarlo?*

W. Shakespeare

5.10.1. Los documentos como resto metafórico

Más pedacitos de esa verdad encubierta que es la historia de la muerte de su padre aparecen esparcidos en los fragmentos que conforman los legajos de cada uno de los habitantes de Malihuel elaborado, ficha a ficha, por Gagliardi. En orden alfabético comienzan por el doctor Albino Alexander, quien –según se anota- no sólo nunca mostró su título sino que la primera medida como “flamante médico municipal de Malihuel es suprimir las dos tardes de atención gratuita que el Dr. Rocamora había instituido para los miembros de menores recursos de nuestra comunidad” (Gamerro, 2002a: 245). Pero ese recorte de la salud pública en favor propio se vería opacado por la serie de delitos que engrosan su ficha a continuación.

Participación en el secuestro seguido de muerte y desaparición de Darío Z. Ezcurra: El 25 de febrero de 1977, en circunstancias bien conocidas por todos –todos- en esta villa de Malihuel, se produce el secuestro del joven periodista y respetado vecino (ver fichas 271 y 272, Ezcurra, Darío Z.; y Ezcurra, Delia Alvarado de). Desde el inicio de la “consulta popular” del jefe de policía Armando J. Neri, el Dr. Alexander resultó ser uno de los más entusiastas...

Abortos ilegales: [...] empleada doméstica en el domicilio y establecimiento comercial de la Flia. Sacamata, cualquiera de sus integrantes del sexo masculino pudiendo considerarse responsable del hecho; operación solventada con el dinero de los mismos que luego sería

descontado en cuotas mensuales del salario de la susodicha. (Gamerro, 2002a: 247)

La ficha del doctor Alexander consigna no sólo su participación directa en la desaparición de Ezcurra sino el desarrollo de una práctica penada en Argentina, el aborto, a una mujer que se encontraba en una más que evidente situación de abuso y desprotección. Así continúa la revista de la fichas, de la A a la Z, que subrayan y profundizan calamitosamente los perfiles que ya fueron mostrándose a lo largo de las páginas.

Si usted se lo lleva me sacará un peso de encima, y a la vez me hará sentir que todo ese esfuerzo sirvió para algo. Hay una sola ficha, eso sí, que buscará en vano. La de su señor abuelo. Espero que sepa comprender.

Agradecí ambos gestos, el regalo y el escamoteo, con una leve inclinación de cabeza. (Gamerro, 2002a: 249)

Verdades que se escamotinan, que quieren preservarlo, que pretenden no generar más escisión y contradicciones en una historia quebrada. Quizás por eso Gagliardi pone de relieve en sus palabras a Fefe la militancia de Darío, siempre vapuleada en Malihuel, nunca reconocida en su entrega.

Su padre fue un hombre valiente [...]. Luchó por lo que creía justo, por una sociedad mejor, por los derechos de los menos favorecidos, a costa de sus propios intereses y a riesgo de su vida, que terminó ofrendando. [...] El idealismo enclaustrado del profesor quería hacer un héroe de un mártir involuntario, pero lo cierto es que en aquella época, en idénticas o peores circunstancias miles y miles de personas habían mostrado más valor o dignidad. Yo, su digno hijo, me había sentado a la mesa con quienes lo traicionaron y entregaron, ocultando mi identidad y la suya, negándolo, como él hizo conmigo, hasta que el gallo se quedó ronco de tanto cantar; disimulando con obstinación creciente mi relación con el hombre de traje de baño escarlata, para que en un pueblo perdido al que quizás nunca vuelva en mi vida gente cuya opinión me importa poco no se pusiera incómoda al hablarme de él. (Gamerro, 2002a: 253)

Nuevamente, Fefe devuelve el gesto pero de un modo tanto más personal y profundo: es a un muerto, a un muerto que es su padre, a quien lo dirige ahora. Quien lo negó fue también negado. Porque esa negativa primera posiblemente sea también una vía para escapar del dolor de perder así a un padre. Al fin y al cabo, no era la celebración de su memoria lo que Felipe había ido a buscar a Malihuel, sino la verdad de su origen.

No necesito mayor precisión. Yo también recuerdo ese verano, mis diez, once años. Lo recuerdo, sobre todo, por el inconfundible moño amarillo sobre la camisa azul que la foto devuelve a mi memoria, lo recuerdo en el cuello de un hombre que una tarde me llama en la calle, se agacha apenas para escudriñarme el rostro, pregunta con una sonrisa: ¿Sos el nieto de don Julián, no? El hijo de la Poli. Mandale saludos a tu mamá de parte mía. *¿Sabés quién soy, no?*, antes de acariciarme el jopo rebelde, una vez, y alejarse silbando por la vereda del sol. *¿Era esto, finalmente, lo que había venido a buscar? ¿El fruto, el destilado final de tantos días y noches que ya había perdido la cuenta, el premio consuelo al esfuerzo, esta limosna? ¿O sólo lo estaba imaginando, para irme con las manos un poco menos vacías, otro engaño? En un punto no hay diferencia, me dije. Fantasía o recuerdo, de no haber venido, jamás habría podido encontrarlo.* (Gamerro, 2002a: 254-255)¹⁷¹

La memoria, como la identidad, está en permanente construcción y cambio. Desde el comienzo de esta tesis vengo siguiendo ese recorrido en la literatura de Gamerro; como la de Walsh, como la de Puig, a su manera tan política. Las huellas de la posdictadura aparecen, precisamente, en esta certeza final que no quiere hacer de la verdad un martirologio (Walsh), ni tampoco la frustración del deseo (Puig), sino un modo de comprender el presente que permita transitarlo hacia un futuro posible. Qué importa ya si esa memoria responde a una verdad

¹⁷¹ Subrayado mío.

fáctica: si sabe a poca cosa, si esa verdad duele o incomoda, quizás pudiera ser sólo una fantasía.

5.10.2. Los documentos como resto metonímico

Felipe se alojó durante buena parte de su estancia en la que había sido la casa de su abuela, Emily. Antes de partir, decide visitar la casa de su otra abuela, Delia, expropiada por Greco. Gius, el nuevo dueño, le explica que “salvo las paredes y las puertas no quedan recuerdos del tiempo en que su padre y abuela vivían aquí. Lo que no estragó el agua Greco el jefe de policía se lo llevó” (Gamerro, 2002a: 256). Pero Fefe no busca más restos ya, las heredades inertes no hacen más que engrandecer los huecos. “Me siento muy bien en este jardín, mucho mejor probablemente de lo que me hubiera sentido en el interior de la casa, rodeado de objetos preservados en el tiempo: las plantas siguieron creciendo” (Gamerro, 2002a: 257). No obstante, las voces no se detienen. Como en *Boquitas pintadas*, Gius trae a escena

[...] una caja de zapatos atada que me entrega a mí. Intrigado desamarro el piolín y levanto la tapa: está llena a rebosar de cartas, en sobres de formas y tamaños diversos, algunos amarillos por el tiempo, con estampillas de algunos años atrás; todos cerrados, dirigidos a Darío Ezcurra y a esta dirección. La letra me es conocida, fue lo primero que reconocí. [...] Seguramente llegaban antes también, pero el infame de Greco las habrá destruido. Yo decidí guardarlas, suponiendo que algún día alguien podía quererlas (Gamerro, 2002a: 258).

Allí, la voz de su madre regresa para develar el secreto mejor guardado de su historia. Darío, sí, fue su padre; de su muerte –como en *Boquitas pintadas*– su madre nunca supo.

[...] papa como ya te conte se murio ase unos anios no se si en el pueblo saben porque susedio en rosario y fue el entierro a mi a beses me da miedo que a don Alberto le pase lo mismo yo a ellos de vos no les cuento para que no se enoge mama no me deja hablar de vos con nadie. (Gamerro, 2002a: 259)

Así, prolongó en el tiempo un diálogo dilatado ante un interlocutor sordo y mudo a quien narró los años de ese hijo que fue Fefe. Esa otra biografía escrita de Felipe, que él viene a descubrir con los años.

5.10.3. Lo que nunca fue

Darío Ezcurrea reaparece en algunas escenas de *Un yuppie en la columna del Che Guevara* (2011); aunque Fefe jamás llegaría a conocer nada de lo que allí se relata, es una información de mucha importancia para repensar su biografía. Suceden en el encuentro con Marroné en el zoológico de Buenos Aires.

Abstraído o, tal vez por entrenamiento profesional, perceptivo y fingiéndose indiferente, Ezcurrea seguía con sus reflexiones.

-Yo también tengo un pendejo. Es del pueblo, bueno, la mamá, pero viven acá en Buenos Aires. El otro día fui a espiarlo a la salida del colegio. Él no me conoce. Bueno, sí me conoce, pero no sabe que soy su viejo. Lindo borrego. Igual, creo que un revolucionario no debería tener hijos... Si ya están, bueno [...]. Pero en mi caso, para qué. Mejor dejar las cosas como están, por ahora. Sería ponerlo en riesgo al pedo. Cuando todo esto termine, capaz... (Gamerro, 2011: 65)

Fefe sí recordó a su padre, o creyó recordarlo sin saber si se trataba en realidad de una fantasía. Lo que nunca conocería es ese debate interno acerca de presentarse o no como tal ante su hijo por una cuestión de seguridad, que fue un riesgo real y muy presente entre militantes (recogido, también, en producciones de los H.I.J.O.S.: *Los rubios*,

Infancia clandestina, La casa de los conejos). Ese “capaz”, esa posibilidad abierta al futuro, fue finalmente un “jamás”, nunca llegaría.

Aquella escena deja conocer también al lector el vínculo entre los Ezcurra y los Tamerlán, familia influyente, una, y poderosa, la otra, y el porqué de la salida de Darío de Malihuel hacia Buenos Aires.

-Pero vos... ¿Me equivoco, o estás usando tu nombre verdadero?

-Sí, no tuve más remedio. El contacto con los Tamerlán lo tengo por la familia. Igual acá no me conoce nadie, por eso me trajeron. En mi provincia ya estoy medio junado. (Gamerro, 2011: 85)

Finalmente, en otra escena en el Tigre, veremos cómo esa salida precavida de Malihuel se torna un regreso hacia la boca del lobo: a sabiendas del golpe de Estado, se produce un diálogo revelador entre Ernesto y Darío.

-Yo no sé, te digo la verdad, cerraste, ¿no? Me parece que habría que desensillar hasta que aclare. La cosa se está poniendo más que castaño oscuro. A mí me tienen muy junado, ¿viste? Me buscan con nombre y apellido. Además, a Victoria no la veo ni cuadrada, y a Muerte la veo en cada esquina. No sé, estaba pensando en abrirme.

Ernesto no pudo ocultar la decepción que la actitud del compañero le produjo. Pero no podía decirse que lo sorprendiera. Como tantos miembros de su clase, Ezcurra se había acercado a la revolución no por sus ideales o por su anhelo de justicia, sino por mero oportunismo. Se montaban al tren de la victoria y después querían bajarse al primer escollo en el camino. Pero bueno, también en la ciudad valía lo del núcleo de acero: para poner a la guerrilla en forma, nada como una buena dictadura. Después del engorde, el adelgazamiento.

-Y, no sé. Viste lo que plantea el compañero Carlos: “Volver al seno del pueblo, que nos cobijará a partir de su memoria histórica y sus formas de lucha”. Hay que replegarse hacia el terreno conocido. Vos sos de un pueblo del interior, ¿no? ¿Por qué no te volvés para allá? Nadie te va a ir a buscar a un pueblito perdido. Además, vas a estar rodeado de tus vecinos y amigos de toda la vida. No podés estar más seguro.

Ezcurra puso cara de poco convencido.

-Haceme caso, vas a ver que ahí vas a estar fenómeno. (Gamerro, 2011: 328-329)

Es así como en *Un yuppie*, además de ver recogida la lógica perversa de algunas dirigencias de la guerrilla, el lector descubre el mal consejo de Ernesto, que Darío decide tomar y que recuerda a tan terribles finales de personajes ilustres en patrias chicas. El final ya estaba escrito.

5.11. Conclusiones parciales

¿Por qué la ficción se opondría al documento?

María Moreno

La idea de pueblo pampeano llevará siempre el sello de Puig: por el modo polifónico y fragmentario de orquestar la narración, por el pastiche que arman las propias voces y los intermedios, leemos en esta vuelta sobre Malihuel la influencia y el homenaje. Dice Piglia:

El modelo de Puig propone la lucha de clases como una arena donde pueden encontrarse las teorías, posturas, mitos e imaginarios políticos, no para coexistir pacíficamente sino para enfrentarse. Estoy, por supuesto, aplicando a la lectura de Puig la noción de polifonía de Bajtín, pero aclarando que polifonía supone algo más que mera superposición de voces [...], supone la coexistencia, en el mismo espacio discursivo, de posturas y valoraciones diversas e incompatibles. (Gamerro, 2015b: 423)

El chisme escandaloso, turbio y aun siniestro son el punto que pone en funcionamiento la maquinaria narrativa, y en este sentido operan en la ficción como un espejo de sí mismos: ¿son los rumores, ciertos? ¿Cuál es la verdad? ¿Por qué transitan? ¿De dónde parten, cómo circulan y a quién benefician? Y, sobre todo, ¿qué es eso tan oscuro que ocultan, que no puede decirse a viva voz? El secreto a voces que ya el título enuncia es elusivo, como la verdad que oculta y que encarna en este caso el cuerpo de un muerto: Darío Ezcurra. Al igual que el Juan Carlos Etchepare de Coronel Vallejos en *Boquitas pintadas*,¹⁷² carga además con la fama de seductor: ese cuerpo evanescente y tan cargado de

¹⁷² Basado, a su vez, en un real Danilo Caravera de Coronel Villegas (cf. Castro, 2017).

muerte -en el caso de ambos personajes- fue en vida un cuerpo vital, amante, encendido.

El homenaje a la poética de Puig es el de quien narra un origen y una biografía a partir de los retazos depreciados de las historias de pueblo. Así fue la fisonomía y el carácter cultural del Coronel Vallejos, el pueblo de ficción que remite a Coronel Villegas. El muestrario de individualidades malihuenses arma la trama completa de la sociedad argentina; el único modo de leer una identidad de nación está en el recorrido de todas esas vetas. No hay otra definición posible en un país cuyas instituciones están -cuestión que Gamarro se encarga de subrayar- tan melladas.¹⁷³

En Malihuel, “ese retazo de pampa gringa tan igual a cualquier otro” (Gamarro, 2002a: 249), no sólo se codifica desde el otro extremo la historia nacional (*El sueño del señor juez*, de 2002, lo había hecho desde el origen; aquí aparecen el presente y un pasado reciente) sino también las individualidades -que conforman a su vez constelaciones movedizas, agrupaciones dinámicas-, y muy especialmente las individualidades que son la punta de lanza de las dos primeras generaciones de posdictadura: los H.I.J.O.S. (lxs H.I.J.X.S., para decirlo en términos del más absoluto presente), quienes cargan en su identidad con todo el peso del pasado reciente que atañe a toda la sociedad. En *El secreto y las voces*, por tanto, como en las cinco novelas que constituyen este corpus, la cuestión de la identidad es una clave central.

¹⁷³ Podríamos pensar que hoy el fútbol mundialista es una de las pocas instancias en las que la identidad aparece mayormente aglutinada. Otra quizás gire aún en torno a la Educación Pública.

¿Hay alguien a salvo de la sombra de la culpa? Durante muchos años hubo grupos intocables ante esta acusación tácita; de la desacralización de esos grupos se encargarían las dos últimas novelas del corpus aquí estudiado, trabajadas en los capítulos previos: *La aventura de los bustos de Eva* (la militancia peronista) y *Un yuppie en la columna del Che Guevara* (la militancia marxista). La escritura de Gamberro, en cambio, se abocó primero a lo más inmediato: la sociedad civil.

Como el rey en *Fuenteovejuna*, habría que concluir diciendo eso de que “Pues no puede averiguarse/ el suceso por escrito,/ aunque fue grave el delito,/ por fuerza ha de perdonarse”. No obstante, en relación con la búsqueda de Justicia, el final abierto de un 2002 tiene mucho sentido, ya que vendrían años propicios para los juicios por crímenes de lesa humanidad, aunque no haya podido avanzarse más allá de la responsabilidad de las Fuerzas Armadas (y de algún miembro de la Iglesia, de manera muy excepcional), cuestión que en Argentina es oscilante y depende mucho de la coyuntura.

El secreto y las voces realiza una fuerte operación de verosimilización del relato, y lo hace utilizando los recursos narrativos que Piglia analiza en Puig:

Para Puig la realidad es un conjunto de voces. Él ha trabajado la estructura de la cita como un elemento central en la relación entre los que narran y el mundo social. Por lo tanto, el registro de los discursos sociales, citados, es un elemento importantísimo. Por otro lado, Puig vacía el lugar del narrador, es decir, el lugar de la autoridad del que narra. Cuando leemos el *Quijote*, sabemos que los molinos de viento son molinos y no gigantes porque lo dice el narrador, que es el que tiene la posibilidad de definir la verdad interna de un texto. La puesta en jaque de esta función de autoridad del narrador, con las ramificaciones de su

figura -que van desde el punto de vista hasta el monólogo interior-, permite entender cierto tipo de evolución de la novela. Puig está en el límite de esa evolución porque tiende a trabajar con el *collage*, la superposición de materiales y un vacío, en el medio, para la figura del que narra. Los procedimientos narrativos básicos de Puig son el diálogo directo, que crea la ilusión de que no existe nadie más que los que están hablando, y la superposición de documentos y materiales –como conversaciones telefónicas e informes policiales-, que parecen venir de lo real mismo e intentan reconstruir la estructura de un montaje y un *collage*. En dirección a esta forma, es natural que el paso de Puig haya sido comenzar a incorporar documentos de la vida real, grabados, como materiales de las novelas. Este pasaje, a mi juicio muy original, esta tensión entre dos narrativas y materiales está en relación, por un lado, con la estructura de la cita, el realismo textual y la reproducción de las voces y los discursos; por otro, con la búsqueda de una estructura narrativa en la que todo sea material real o esté trabajado como si lo fuera. Lo notable es que Puig consigue transformar los materiales crudos y directos en estructuras narrativas con suspenso, desarrollo y enigma muy contruidos. (Piglia, 2016: 151-152)

Así como hay un General Villegas detrás de General Vallejos, hay cualquier pueblo de la pampa gringa detrás de Malihuel. *El secreto y las voces* no es una *non-fiction novel* pero bien pudo serlo.

-[...] La historia sigue, pero no acá.

-¿Sigue cómo?

-Greco. Voy a denunciarlo para que aparezca en todas las listas de represores. Voy a ponerme en contacto con HIJOS de Buenos Aires y Rosario. Porai le podemos organizar un escrache. Eso para empezar. Si aparece algún resquicio legal para acosarlo pongo a trabajar a mi abogado. Datos no me faltan, ahora. Haría lo mismo con Neri y Rosas Paz, pero los hijos de puta se murieron antes. En fin. Aprenderé sobre la marcha. No es fácil, a mi edad, enterarte que sos hijo de desaparecidos. Esas son cosas que se hacen a los veinte. También está lo de la filiación. Viste que un hermano de Delia vive en Córdoba. Hablé con él, le expliqué la situación, y como lo notaba como cortado medio por joderlo le pregunté si estaría dispuesto a sacarse sangre para el análisis genético que ni sé bien cómo es. Me contestó que no. Ofrecí entonces acercarme hasta allá para sacársela personalmente y ahí recapacitó y dijo que sí. Pero no sé si voy a meterle con eso. Supongo que no.

-¿Y la novela?

-¿Eh?

-Al principio decías que era todo para una novela. ¿Era puro circo?

-Qué se yo. No se me ocurrió nada mejor. Tengo un amigo escritor que ya hizo una con las cosas que le conté, y ya incluyó unas páginas sobre el pueblo. Fue él el que inventó ese nombre: Malihuel. Y a vos te puso Guido. Capaz que esta historia la quiere escribir también. (Gamerro, 2002a: 260-261)

El juego de la ficción permite horadar ese límite tan perforado en la literatura argentina entre realidad y ficción. Porque quizás, si lo pensamos bien, haya una marca de identidad que se aglutine bajo ese sello. La Educación Pública (laica, gratuita, obligatoria para niñas y niños), fundacional y de larga data, quizás sea el rasgo más evidente. La literatura producida en Argentina no hubiera sido posible (lo sabemos desde *Recuerdos de provincia*) sin esa Escuela. De todos modos, más allá de cualquier forma de recortar y nominar lo real, más allá de toda metáfora del mundo, la última certeza radica siempre en la escurridiza, en la metonímica experiencia. Con estas palabras lo anota Fefe, y así concluye *El secreto*:

[...] como en el *Angelus* de Millet, el mundo es uno. No es más que una ilusión, claro, producto híbrido de la magia de la luz y el sentimentalismo del observador, que lo contempla ya desde lo alto del ómnibus que irremediablemente se aleja, a quien se podrá disculpar si le ocurre pensar, por un momento y mientras ella dure, que no existe mejor lugar en la tierra para vivir. (Gamerro, 2002a: 263)

La literatura, entonces, quizás sea el territorio firme bajo nuestros pies, donde andar sin pasaporte por un país que -sea recuerdo o fantasía- nos contenga de alguno u otro modo.

CAPÍTULO 6: Identidades nacional e individual, futuro y destino

His childhood was inhabited by names; his own body was like an empty room filled with sonorous beaten names. It was not a human being, a person. It was a community.

W. Faulkner

Quedamos en tierra firme, a la deriva, dando traspies, constituyendo un ejército de sombras, de fantasmas, que caminaban como siguiendo el impulso de algún oscuro mecanismo psíquico.

E. Guevara

6.1. La identidad, una dialéctica: *Las Islas*

*y el soldado Raninqueo
escribe
inocencias de otros fuegos
ternuras ya perdidas
habla de tía-abuela
de una cajita de música
"no entregar Carhué al huinca"
escribe
Afuera el vivac es una toldería arrasada*
G. Caso Rosendi

A lo largo de los cinco capítulos previos, esta tesis recorrió diversos aspectos de la historia argentina trabajados en la narrativa de Gamerro. *El sueño del señor juez* muestra una historia fundacional narrada en clave anecdótica, íntima, detallada, mediante un pueblo que funciona como muestrario bajo lupa de los grandes acontecimientos recogidos por la historiografía. La novela permite leer el presente del año 2000 en

consonancia lógica con esa historia nacional, cuya fantasmática, que opera desde ese **pasado y origen**, impregna **la identidad nacional**. *La aventura de los bustos de Eva y Un yuppie en la columna del Che Guevara* reponen los años de fuerte militancia, en los que dos amplios sectores sociales muy híbridos pero también compactos, nucleados bajo las banderas de Eva y del Che, movilizaron el desarrollo del devenir social, atenazados por la reacción conservadora. **Las identidades grupales**, motorizadas mayoritariamente por la juventud, lidian con el legado de sus mayores –el peronismo–, con ese **pasado y origen**, e intentan construir un **futuro y destino** propios, desde la idea de un hombre nuevo –el guevarismo–. *El secreto y las voces* realiza el ejercicio de visitar los años setenta desde los años noventa: la dictadura 1976-1983 y sus consecuencias sobre la juventud en aquellos años de búsqueda identitaria, en un país que la ponía permanentemente en cuestión de manera tácita. **La identidad individual**, encarnada en la biografía de Fefe, encuentra su verdad en ese **pasado y origen**. Finalmente, *Las Islas* permite pensar el presente de los años noventa con foco en un acontecimiento que marcó a fuego a las generaciones de posdictadura, ya que les tocó personalizarlo de modo involuntario: Malvinas. **La identidad nacional y la identidad individual**, su **futuro y destino**, como veremos, son redireccionados bajo la luz de esta experiencia impuesta: la primera de sus novelas fue la que dejó asentadas las líneas centrales de esta dialéctica que va del individuo al grupo y del grupo a la sociedad, modificándolas. En este capítulo me

detendré en los modos como Gamarro va tejiendo estas cuestiones nodulares en su narrativa.

6.2. Desmalvinización: la literatura como testigo absoluto

Su arte consiste, no en descubrir lo que está oculto, sino en ocultar lo que está descubierto.

K. Marx

Nada queda de él: el testimonio de su existencia son estas palabras mías.

P. Levi

Tras la rendición del Ejército Argentino el 14 de junio de 1982 en Puerto Argentino/Stanley,¹⁷⁴ todo lo relativo a la guerra de Malvinas entró en un proceso de ocultamiento al que ya en marzo de 1983 se llamó “desmalvinización”. Quizás el primer indicio de ese procurado olvido haya sido el regreso de los sobrevivientes al continente, producido en las sombras, de noche, de manera penosa, sin ninguna facilidad de parte del Estado para el regreso a los hogares, con un paso previo por los cuarteles; en muchas unidades se les hizo firmar a los ahora ex combatientes un compromiso de silencio acerca de lo sucedido en las Islas. La furia social contra el gobierno *de facto* de Galtieri y la derrota vergonzante concluyeron en un abandono absoluto de los soldados, a quienes se les negó por décadas todo tipo de reconocimiento, ya fuera material o simbólico. El número de muertes por suicidio llegaría casi a duplicar con el correr de los años al de caídos en Malvinas.

Por extraño que parezca, sigue siendo difícil tomar una posición crítica respecto del conflicto bélico del Atlántico Sur en Argentina: “Ha

¹⁷⁴ Esta doble identidad argentino-británica de las Islas acompaña la redacción de este capítulo, cada vez que me pregunto aun bajo qué nombre mencionarlas.

sido así desde el final mismo de la guerra: criticarla es ser antinacional; reivindicar la lucha contra el imperialismo, apólogo de la dictadura. Sostener el reclamo, un resabio fascistoide; llamar a tener en cuenta las experiencias de los isleños, ser 'liberal', cipayo o antipopular" (Lorenz, 2013: 11). La guerra que cerró el ciclo dictatorial fue también la última guerra "convencional" del siglo XX: fue una guerra de trincheras, con desarrollo de "combates navales, aéreos y terrestres a la vieja usanza" (Vitullo, 2012: 67-68), donde ambos bandos respetaron los códigos de honor (protección de la población civil, cooperación en la asistencia a los heridos, etc.),¹⁷⁵ y por el tipo de cobertura periodística.¹⁷⁶ Esta guerra, instigada por aquel gobierno, fue la única librada por Argentina en el siglo XX, "en el marco de la peor dictadura militar de su historia, contra la segunda potencia de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, en el contexto de la Guerra Fría, en un período de gran aislamiento internacional" (Lorenz, 2009: 10). Las fuerzas armadas argentinas habían sido empleadas con frecuencia en otro tipo de acciones, relacionadas con la represión interna (tanto dentro del país como en otros países del continente). Los hitos de estas fuerzas, desde la consolidación nacional, fueron el genocidio de los pueblos originarios,

¹⁷⁵ No se considera en esta observación de los códigos de honor el caso del hundimiento por parte de las fuerzas armadas británicas del crucero A.R.A. General Belgrano, que navegaba fuera de la Zona de Exclusión declarada unilateralmente por Gran Bretaña cuando fue atacado, tragedia que se cobró la vida de 323 argentinos.

¹⁷⁶ Para todo lo relativo a la guerra de Malvinas, cf. Lorenz, 2006, 2009 y 2013.

la guerra de invasión al Paraguay y los continuos golpes de Estado, con los consiguientes ataques a la población civil.¹⁷⁷

La guerra de Malvinas se desarrolló entre abril y junio de 1982, luego de la masacre de fines de los años setenta. En ella, el papel de las fuerzas armadas dejó en evidencia que el entrenamiento recibido en las últimas décadas tenía tanto más que ver con la represión a los movimientos de base que con la protección de la soberanía. “Décadas de creciente involucramiento político habían alejado a los oficiales –sobre todo del Ejército- de su función específica y profesionalización. [...] se habían orientado a la “guerra interna”, en el marco de la Doctrina de Seguridad Nacional impulsada por los Estados Unidos (Lorenz, 2009: 86). No obstante, el apoyo de la población civil a la guerra fue notable. A pesar de irrumpir en ese panorama, confluyó en el reclamo por Malvinas un amplísimo arco del espectro social, que encolumnó tras una misma causa a militares golpistas, a ciudadanos sin militancia política, al Partido Comunista, a sectores del peronismo y a corrientes maoístas y trotskistas (cf. Verbitsky, 2002). Fueron contadas las voces disidentes: Madres de Plaza de Mayo, personalidades de la cultura como Osvaldo Bayer, David Viñas, Osvaldo Soriano, Julio Cortázar y Jorge Luis Borges, los obispos Jaime de Nevares y Jorge Novak, dirigentes ligados a los derechos humanos como Adolfo Pérez Esquivel. La sumatoria de nacionalismo y antimperialismo formó una entente que desembocó en la concentración de Plaza de Mayo del 2 de abril de 1982:

¹⁷⁷ Para la larga historia de participación del ejército en la represión interna, cf. Viñas, 2013.

“la guerra fue llevada a cabo por un gobierno dictatorial, represivo y criminal, [no obstante] ningún evento de la historia argentina dio lugar a semejante consenso cívico-militar basado en la pertenencia nacional” (Vitullo, 2012: 12). El desembarco en Malvinas estaba, a su modo, legitimado por el conjunto de la población.¹⁷⁸ “Oponerse a la guerra era un acto de valentía [...] fundamentalmente porque significaba ir en contra de una corriente de opinión dominante y cuestionar uno de los valores con mayor arraigo en la cultura republicana, que era la idea de la patria” (Lorenz, 2009: 59), si bien poco más tarde la decepción por la derrota y las condiciones en las que se desarrolló la guerra enfureció a los mismos actores que meses antes habían apoyado la intervención: la muerte de cientos de jóvenes en cumplimiento del servicio militar obligatorio;¹⁷⁹ la instrucción de los jóvenes de la clase 1962 brindada a duras penas a la clase 1963 apenas ingresada en los cuarteles.¹⁸⁰

En el campo de los estudios sociales, la *desmalvinización* parece haberse hecho extensiva a la investigación de los hechos y a la producción de material histórico, documental y ensayístico. ¿Qué ocurrió, por su parte, con la representación literaria del conflicto? ¿Qué mirada tuvo hacia el suceso? La primera representación literaria de la guerra fue la novela de Rodolfo Fogwill, *Los pichy-cyegos* (1983), escrita

¹⁷⁸ Para el apoyo poblacional a la guerra de Malvinas, cf. Lorenz, 2002 y 2009. Para los posicionamientos de movimientos, grupos y partidos abiertamente enfrentados a la dictadura, cf. Rozitchner, 2006 y Bonnet, 1997.

¹⁷⁹ “Alrededor de 7 de cada diez de los argentinos combatientes en Malvinas fueron soldados conscriptos” (Lorenz, 2009: 68).

¹⁸⁰ “[...] la clase 1963 había sido convocada recientemente, y ni siquiera, en algunos casos, había realizado las prácticas de tiro correspondientes”, Lorenz, 2009: 91 (cf. también Kon, 1982); la falta de alimentos –hubo casos de muerte por desnutrición– y vestimenta adecuada para el gélido invierno insular (el grueso de los conscriptos provenía, además, de zonas subtropicales).

durante la semana inmediatamente posterior a la rendición argentina. Allí, Fogwill narra las estrategias de supervivencia de un grupo que decide desertar en el marco del propio teatro de operaciones (no había manera de escapar de las Islas), construyendo un refugio subterráneo al que llamaron pichicera (el pichiciego es un roedor del norte argentino). La novela está plagada de alusiones a la masacre dictatorial, y reseña también las torturas a las que fueron sometidos los conscriptos de parte de sus propios oficiales y altos mandos, recogiendo de este modo con inmediatez lo que luego se constituiría en la denuncia colectiva más acallada de la historia reciente argentina: el Informe Rattenbach, oculto por varias décadas y finalmente desclasificado en 2012.¹⁸¹ Pasaron varios años para que comenzara a constituirse un corpus que tomara a la guerra como representación.¹⁸²

Las largas listas de nombres en los mausoleos y los cenotafios recuerda a los monumentos del holocausto y al propio Parque de la Memoria;¹⁸³ el efecto abrumador del número refuerza el anonimato del soldado, “desconocido” aunque se exhiba su nombre, en contraste con muchos de los nombres de los desaparecidos, sobre cuya historia sí hubo un trabajo intenso de memoria.¹⁸⁴ A treinta y tres años de la

¹⁸¹ Cf. S/D. “Qué es el Informe Rattenbach de la guerra de Malvinas”. *La Nación*. 25 de enero de 2012, y Lorenz, 2009, p. 189. Cf. también Vassel, 2007.

¹⁸² Para un recorrido de las ficciones sobre la guerra de Malvinas, ver Kohan, Blanco e Imperatore (1993), Sarlo (1994), Linford Williams (2005), Vitullo (2007, 2012), Svidler (2007), Ehrmantraut (2009), Torres (2009), Segade (2011), y Bruña Bragado y Mira Delli-Zotti (2013).

¹⁸³ Para el efecto de estos emblemas del nacionalismo y su relación con la religiosidad, cf. Anderson, 1993: 26-30.

¹⁸⁴ En los últimos años, el Equipo Argentino de Antropología Forense, constituido con el propósito de identificar restos óseos en fosas comunes señaladas por sobrevivientes y testigos para restituir la identidad a los desaparecidos, se abocó al reconocimiento

guerra, el CECIM La Plata¹⁸⁵ recibió la desestimación de la Corte Suprema de Justicia de la Nación a un petitorio para declarar como crímenes de lesa humanidad las torturas y vejaciones infligidas por los superiores a los soldados -recogidas en el Informe Rattenbach-, de modo que aún son considerados crímenes prescriptos, situación que impide el avance en términos de justicia penal.

El olvido y el silencio (esas dos palabras que son un lema desde la creación de H.I.J.O.S., agrupación gestada por los mismos años en que Gamberro escribía *Las Islas*) generan fantasma. De Goya a Lacan, la sentencia es célebre: todo lo que queda fuera de la esfera de la razón/consciencia, produce monstruo. Aquello que espanta si se hace manifiesto pero permanece como fantasma si no es nombrado no forma parte de lo real insignificado, sino del imaginario que acecha, al que Freud llamó *Das Unheimliche* (Freud, 1919). Durante años, esos fantasmas de la guerra fueron puestos en palabras por la literatura. Sin embargo, durante los años ochenta las representaciones de Malvinas en las artes (similar situación se observó en otras áreas artísticas o, como decíamos, de estudios) fueron escasas, en contraste con la recurrente exploración de todos los delitos perpetrados por el terrorismo de Estado; la guerra estuvo quizás opacada por el abrumador peso de esos crímenes pero también porque, a diferencia de la dictadura, es particularmente complejo meterse con una causa que sigue siendo

de las tumbas NN en Malvinas, tras una importante gestión diplomática que permitiera al equipo la incursión en territorio.

¹⁸⁵ Centro de Ex Combatientes Islas Malvinas, que llevó adelante una larga lucha anti-desmalvinizadora.

considerada justa, que goza de legitimación social. Fue en los años noventa cuando comenzó a gestarse un corpus literario sobre Malvinas. *Las Islas* tiene la particularidad de presentarse como *summa*, compendio de afán exhaustivo acerca de todo lo relativo a aquella guerra: pareciera narrarlo *todo*, como si no quisiera dejar librado un solo resquicio donde pudiera ocultarse el fantasma. A fin de cuentas, la guerra de Malvinas fue la suma de dos “guerras”: interna/externa, “sucias”/“limpia” (Rozitchner, 2006), fraguada/verdadera, la violencia de la previa se superpuso a la posterior. Como sabemos desde Primo Levi,¹⁸⁶ el único testimonio completo es un imposible porque la experiencia total sólo la conocen quienes ya no están para ponerle palabras. Muchos caídos fueron, también, desaparecidos de la dictadura, sin restos ni tumba, vidas desnudas (Agamben, 2017) cuyo final desconocemos. En *Las Islas*, “asistimos al desplazamiento desde una imposibilidad lógica a una posibilidad estética” (Agamben, 2000: 38): sólo la ficción puede reponer la voz sin nombre del testigo absoluto. A la lectura de esos imaginarios dedico, también, las próximas páginas.

¹⁸⁶ Cf. “El testigo”, en Agamben, 2000.

6.3. Los espejos y la cópula

*Sé todo y puedo todo. Un ominoso
libro no escrito aún me ha revelado
que moriré como los otros mueren
y que, desde la pálida agonía,
ordenaré que mis arqueros lancen
flechas de hierro contra el cielo adverso
y embanderen de negro el firmamento
para que no haya un hombre sólo que no sepa
que los dioses han muerto. Soy los dioses.*

J. L. Borges, "Tamerlán"

*Si hay algo que nos enseñó
Menem
es que lo podemos
vender todo,
quemar el lugar donde
estaba
y decir que el fuego
se lo llevó.*

C. Godoy

6.3.1. El insectario

La primera novela de Gamberro consta de dieciséis capítulos e inicia su acción en junio del año 1992.¹⁸⁷ El comienzo sitúa al narrador en situación de afrontar la angustia que le provoca cada nuevo día, al despertar.

Una mosca, recién atrapada en la tela de araña, mientras la araña, repleta de haber comido, tarda en llegar, puede pasarla bastante bien si se relaja mientras espera. Los hilos son de una suavidad casi intangible, acompañan sin trabar cada movimiento del cuerpo, mientras no sea muy brusco. Es como estar tirado en una hamaca, en vacaciones, sin otra cosa que hacer que mecerse en la brisa y mirar el azul del cielo con los ojos entrecerrados. Sí, sí, podría quedarme toda la vida así tirado. Y si no me muevo demasiado estos hilos ni se sienten, son tan tenues, es como

¹⁸⁷ Cito siempre por la edición de Simurg, 1998 (la novela fue reeditada por Edhasa en 2012 con algunos cambios -mayormente de estilo- que no modifican ninguna cuestión nodular). Para las citas cortas, colocaré entre paréntesis el número de página.

si flotara de espaldas en el aire. *Sí, sólo se hacen reales cuando trato de zafarme.* (Gamerro, 1998: 11)

Quien enuncia es Felipe Félix, cuya biografía esta tesis recorre en el capítulo 5, pero novedosa para el lector de Gamerro (*Las Islas* fue su primera novela). Está atrapado. Su estrategia es estarse quieto: no porque eso lo libre de una segura fagocitación por parte del bicho mayor, sino para salvarse de la conciencia previa a esa depredación ya en curso.

Ese día debe levantarse porque el tiempo apremia: está llegando tarde a la cita con Tamerlán. No lo conoce. La amenaza es tácita: una vez más, como hacía diez años cuando fue convocado a los cuarteles ante el inminente traslado hacia el sur, su destino lo obliga a presentarse a la cita. Felipe entiende que el “matarife elegante” (12) que le dio la orden de ver a Tamerlán es mano de obra desocupada tras la llamada *guerra sucia* (Rozitchner, 2006), generalmente absorbida por el aparato del Estado. Un “servicio, claro; pero demasiado bien mantenido para ser de la SIDE¹⁸⁸ o el ejército” (12).

Fausto Tamerlán amasó su fortuna en los años de plomo. En 1980 inauguró el edificio de su monolítico imperio, dos “torres gemelas” en Puerto Madero, el barrio más nuevo de Buenos Aires, a orillas del Río de la Plata. Felipe es convocado en calidad de hacker para averiguar los nombres de una veintena de testigos que asistieron casualmente a una escena comprometedor: desde una de las torres en la que estaban

¹⁸⁸ Servicio de Inteligencia de Estado, disuelto durante el segundo mandato de Fernández de Kirchner tras una serie de escándalos ligados a la corrupción, el tráfico de influencias y el caso Nisman.

reunidos vieron a César, el hijo menor del empresario, arrojar al vacío desde lo alto de la otra torre a un circunstancial amante. La trama policial queda entonces planteada: crimen, asesino y detective; de la víctima, por el momento, nada se sabe. No obstante, el empujón de César provoca un efecto dominó que pone al descubierto toda una cadena de delitos del presente y el pasado reciente. Esa muerte es, además, una caída y una desaparición: un desaparecido en democracia, el peor de los fantasmas.

Violencia y política, dos líneas mayores en la tradición literaria argentina, aparecen aquí mediadas por la obra de Kafka, alegoría privilegiada en la representación del individuo atravesado por la violencia de Estado. La relación entre los personajes, la geografía urbana y la arquitectura que los contiene refuerza la imagen del insectario, que el propio texto actualizará con frecuencia: “me encontraba convertido en una especie de pólipo entreverado y proliferante, un dios hindú de diez piernas y cien brazos y un sistema planetario de cabezas” (14); “Al cruzarse se saludaban en un complejo ritual de insectos sociales” (15); “desapareció en el ascensor como una mosca en la lengua de un sapo” (16); “piernas y brazos eran delgados como palitos, y con cuatro más hubiera quedado idéntico a una araña” (17); etc.

Felipe posee el indeseado privilegio de llegar hasta las oficinas de Tamerlán, en la cúspide de la torre dorada. Allí, una serie de tapices de caza interrumpe el vértigo de espejos. El desvalido ciervo es el reflejo metafórico de Felipe; la homofonía *ciervo/siervo* también los confunde.

Felipe-cervatillo está nuevamente cautivo, siervo del Estado y presa de la empresa. La maquinaria lleva más de una década funcionando: en la Argentina del cuarto peronismo (Horowicz, 2011), Estado y empresa han vuelto a ser socios estrechos, como en un comienzo.

6.3.2. El panóptico

El ámbito que contiene este insectario humano es la doble llanura que conforman la pampa y “el río sin orillas” (31),¹⁸⁹ que refleja a su vez el cielo, la tercera planicie que completa el cuadro. La voluntad de un hombre fue capaz de quebrarlas, como un fálico obelisco que disputa la hegemonía de las alturas: las torres de Tamerlán, totalmente espejadas, parecieran atravesar perpendicularmente pampa y cielo. Como las Islas, son dos (Viterbo y Nicotera, 2013): dorada y plateada. Se reflejan entre sí y con el río, en un juego múltiple. Por dentro, presentan una versión muy mejorada del panóptico de Bentham (Foucault, 2002: 121 y ss.): los techos están constituidos por vidrios espejados y, a medida que se asciende, se puede ver el piso inferior sin ser visto, por lo que la estructura reproduce la pirámide social estamentaria a modo de cámara Gesell. Felipe descubre un panóptico vertical y jerárquico (la arqueología soñada de la *obediencia debida*): cuanto más alto, mayor control. La sensación de vértigo, por tanto, no sólo es física sino también psicológica. No hay contacto visual posible: todos los empleados llevan gafas espejadas. Las paredes son móviles, por lo que

¹⁸⁹ Cf. la filiación saeriana en 1.4.2.

el camino presenta las dificultades de un laberinto pero sin la posibilidad de estudiar una salida.

6.3.3. Felipe Félix

El guardaespaldas-psicoanalista de Tamerlán interroga a Felipe en un diván. Su voz es electrónica y Felipe lo ve como una araña. Ante sus preguntas, se identifica como hacker y explica que el detector de metales dio la alarma porque lleva consigo un “recuerdo” (17), un pedazo de casco incrustado en su cabeza.¹⁹⁰ No hay desmalvinización posible en el cuerpo herido, mutilado o ciborg de los ex combatientes; tampoco en la mente ni en el pensamiento: el olvido, a menudo anhelado, es un imposible. El *souvenir* de la guerra está fundido en el propio cuerpo, allí donde se alojan el recuerdo y la memoria. Símbolo extremo de la biopolítica (esto es, de la instrumentalización de la vida natural por parte del poder político en la era moderna; del poder-saber de una sociedad en la que los cuerpos son técnicamente intervenidos y/o interpretados –en términos administrativos, médicos, jurídicos- con la finalidad y/o como resultado de un control social; cf. Foucault, 1998 y 2009), su propio cuerpo ha devenido un *souvenir* de la guerra, un resto al que toda la sociedad vuelve la espalda, un testimonio manifiesto del que él no consigue salir.

¹⁹⁰ En 2004, pocos años después de la publicación de *Las Islas* (1998), el activista Neil Harbisson fue la primera persona en el mundo reconocida como ciborg por un gobierno y la primera con una antena implantada en la cabeza.

6.3.4. Fausto Tamerlán

Tamerlán no distingue entre la realidad y sus fantasías: vive en el mundo del todo posible. En el centro están su ego y su ello (“el gran depósito de la libido señalado en mi trabajo sobre el narcisismo”; cf. Freud, “El yo y el ello”, en 1979a), que opera fuertemente en su personalidad.¹⁹¹ Su reino, a diferencia del Tamerlán de Borges (1989: 461-462) “no es de este mundo solamente” (Gamerro, 1998: 31). Tuvo dos hijos. El deseado primogénito, su homónimo Fausto,¹⁹² fue su imagen y semejanza; murió en una guerra a la que él no considera siquiera como tal, la del Atlántico Sur (Malvinas): “En una guerra de verdad se hacen y se pierden fortunas” (24). César, en cambio, fue un capricho de la madre: la mala copia, un desviado, aunque “siempre es útil tener un repuesto a mano” (31). El juego de espejos se abisma: el verdadero y su reflejo son como vidrio y acrílico -elementos que dan título al primer capítulo-, el uno frágil y el otro degradado, el del padre y el de la madre. Oro y plata, como las torres; dobles, como las Islas. Los hermanos Tamerlán son “dos pero uno muerto”, otro eslabón en la serie que leyó Drucaroff (2011: 304-308).

Como lo fuera para Borges, la literatura en lengua inglesa es, junto con la literatura en lengua española, una referencia de primera magnitud en la obra de Gamerro.¹⁹³ El nombre de Fausto Tamerlán reenvía a la figura de Marlowe, dramaturgo que inauguró el período

¹⁹¹ “El criminal célebre y el humorista subyugan nuestro interés, en la figuración literaria, por la congruencia narcisista con que saben alejar de sí todo cuanto pueda empequeñecer su yo” (cf. Freud, 1979b).

¹⁹² Como vimos, reaparece mencionado en *Un yuppie en la columna del Che Guevara*.

¹⁹³ Cf. Gamerro 2009, 2010, 2015a y 2015b.

isabelino de las letras británicas, su época dorada (cuestión bordeada en la última novela de Gamerro, *Cardenio*). Por una parte, la tradición fáustica se remonta a la leyenda germana en la que el hombre pacta con el diablo para perseguir sus deseos; por otra, Tamerlán fue un poderosísimo emperador del Asia central que, sin embargo, no consiguió forjar un heredero digno de su grandeza. Estos rasgos cifrados en el nombre se completan mediante algunos indicios que la novela va sembrando en relación con los orígenes del empresario: las topadoras como recuerdo de infancia, el oro traído de Europa como base de la fortuna familiar. Fausto Tamerlán nació en Alemania y llegó a la Argentina de Perón junto a su padre,¹⁹⁴ como tantos nazis que huyeron de la justicia.

En una entrevista del 73, por ejemplo, aparecía la foto de Fausto Tamerlán cuarentón inaugurando sonriente en su flamante campera de cuero un barrio obrero, compartiendo la V de la victoria con todos los que lo rodean. “El día en que llegué al país, ya era peronista” se ufanaba un encabezado, y luego desarrollaba: “Bajamos en el puerto, mi padre y yo, bajamos solos por una pasarela que los marineros apurados habían dejado instalada antes de desaparecer. No había nadie para recibirnos, nadie en todo el interminable puerto vacío, y arrastrando nuestra única valija caminamos cuerdas sin cruzarnos con persona alguna. Ni siquiera sabíamos en qué dirección estaba la ciudad. Pero era un día de sol, y en mi inocencia de niño me maravillaba que en pleno octubre sudáramos en mangas de camisa y hubiera tanto verde en las ramas de los árboles. Dos horas caminamos, adentrándonos por las primeras calles de la ciudad; los bares, los negocios, las casas, todo estaba cerrado a pleno día; ni siquiera los autos circulaban. Estábamos acostumbrados a ver ciudades devastadas, muertas como un paisaje lunar; pero esto, una ciudad entera con todas sus flores y el canto de los pájaros, y vacía de gente... Desembocando en una avenida muy ancha que empezamos a cruzar, escuchamos un rugido muy lejano, acercándose; y los adoquines bajo nuestros pies empezaron a vibrar como si una estampida de animales – sin ofensa- viniera en nuestra dirección. Curiosos, apuramos el paso hacia la esquina desde la cual nos llegaba el temblor, y llegando a ella el torrente nos envolvió. Como un río reventando dique tras dique, una

¹⁹⁴ En *La aventura de los bustos de Eva* el lector sabrá que eso ocurrió, además, el 17 de octubre de 1945, Día de la Lealtad, cuando Tamerlán era un niño de diez años.

marea humana fervorosa y palpitante nos arrastró en su seno. Luchando sólo por no ser separados, nos dejamos llevar por ella hasta que desembocó en una gran plaza, un océano de retintas cabezas oscilando frente al gran arrecife rosado que contenía los embates de su oleaje. Cansados de la caminata y doloridos por el pisoteo, nos sacamos los zapatos y, como habíamos hecho tantas veces en Roma, sumergimos los pies en la balsámica frescura de una fuente. (Sonríe.) Encantados con nuestro atrevimiento, apuntándonos y gritando ¡los gringos! ¡mirá los gringos! decenas de acalorados trabajadores nos imitaron y pronto la fuente se llenó de sus risas y salpicaduras [...] Era el 17 de octubre de 1945.” (Gamerro, 1998: 141-143)

Fausto se casaría años después con una aristócrata local y, siguiendo a su padre, se enriquecería mediante todo tipo de acciones delictivas y criminales: corrupción, estafa, secuestro extorsivo, tráfico ilegal. El imperio de Fausto Tamerlán está erigido sobre dos genocidios, el holocausto y la última dictadura argentina.¹⁹⁵ Según su propio relato, tras deshacerse del socio que le había legado su padre al morir -lo hace desaparecer, en una época propicia para ello: “que en paz descansen sus huesos, dondequiera que estén” (26)-, brinda con pepitas de oro disueltas en champagne, bebiéndose así los restos de la herencia familiar.¹⁹⁶ Pasa entonces a ocupar la Torre Dorada, que era de aquel socio de su padre que “había aprovechado mi dolor y mi juventud para

¹⁹⁵ Del mismo modo que varias fortunas en Argentina: el dueño del periódico *La Nación*, Bartolomé Mitre, es bisnieto del ejecutor de la Guerra de la Triple Alianza (Guerra Guasú), de quien heredó tanto el nombre y el apellido como la empresa; el Ministro de Economía de Videla, José Martínez de Hoz, fue bisnieto de quien dio nombre a los pabellones de la Sociedad Rural, fundada tras el genocidio decimonónico de los pueblos originarios patagónicos que posibilitó esa acumulación originaria de capital basada en la expropiación de tierras y la esclavización de sobrevivientes.

¹⁹⁶ No puedo dejar de consignar aquí una cadena de informaciones que acercan la figura de Tamerlán a la de poderosos empresarios argentinos con características muy similares a este personaje, aunque no prototípicas: es el caso de la voz electrónica (Héctor Magneto), del segundo hermano como repuesto (Ernestina Herrera de Noble) o del socio desaparecido (David Graiver). Estos hechos, todos ligados a la causa Papel Prensa, fueron de público conocimiento algunos años después de editada esta novela; cf. Secretaría de Comercio Interior, 2010. Las torres, a su vez, tienen su precedente en los “edificios inteligentes” de Amalia Lacroze de Fortabat, en Catalinas Norte (Ciudad Autónoma de Buenos Aires).

poner sus manos ávidas sobre todo, incluso sobre mi cuerpo” (23): el abuso carnal (¿la violación?) está en el relato del origen de la empresa. La deposición de aquella cena, recogida en un cáliz, remite a la serie escatológica de las bacinillas del *Quijote* y el *Ulysses*, referencias principales en la obra de Gamarro (Gamarro: 2000, 2004, 2008, 2010, 2011 y 2015a). El valor simbólico de este obsequio es la autopercepción de la posibilidad de modelar un mundo a partir de las propias heces, “todo esto que ves, mi castillo, nació de él” (22).¹⁹⁷ Contracara del *souvenir* de plomo de Felipe, aquella deposición histórica, trufada de pepitas del oro de los nazis, fue conservada en un prisma de acrílico que es elemento principal en el escritorio del empresario. La gestación de su fortuna lo emparenta, entonces, a próceres de la patria como Mitre y Martínez de Hoz. La megalomanía de Tamerlán lo lleva también a pretenderse el tercer fundador de Buenos Aires -Pedro de Mendoza, Juan de Garay, Fausto Tamerlán-: es 1992, año del Quinto Centenario -desde su oficina puede verse una réplica de la carabela que instalada en el puerto con motivo de la Expoamérica-, y quiere contar nuevamente con financiación española para esta empresa fundacional. La propuesta de traslado de la capital a Viedma quedó atrás. El capital español está entrando al país a raudales. Una maqueta muestra su proyecto de ciudad refundada: barrios privados, campos de golf, casetas de seguridad.

¹⁹⁷ Cf. “Tres ensayos de teoría sexual” en Freud, 1978 [1905]: 31-69.

6.3.5. El encubrimiento

Tamerlán tiene que quitarse un problema de en medio, necesita que Felipe se infiltre en los archivos de Inteligencia para secuestrar el listado de los veinticinco testigos que vieron, desde la Torre Plateada, caer el cuerpo del hombre que César empujó hace cinco noches por un ventanal de Torre Dorada. Ante la preocupación de Felipe por la suerte de los testigos, Tamerlán lo tranquiliza diciéndole que piensa sobornarlos. Será fácil, son perdedores de la vida, estaban allí en una reunión laboral engañados con la promesa de montar una pequeña empresa, *Surprises from Spain*. Por su trabajo, en cambio, a Felipe le ofrece cien mil dólares:

Parte de la suma irá por adelantado. Veinticinco nombres – precisó- le conseguirán el resto. Uno solo que falte –y por el tono de su voz imaginé lo que seguía- puede significar la ruina de mi hijo, y, con toda seguridad, la suya.

Con la guillotina de plata, cuidadosamente, cercenó una hoja de ombú que había crecido más allá de lo aconsejable. (Gamerro, 1998: 30)

Con la guillotina de plata de su puro, el empresario da forma a la ciudad futura. Con *guillotina de plata*, también, moldea el mundo que habita: para Felipe, el encargo es dinero y amenaza. La vida de Tamerlán es una metonimia deseo/concreción, proyecto/realización, fantasía/realidad; para Felipe, en cambio, la vida es metonimia sueño/vigilia: como en su pesadilla, las telas de la araña “se hacen

reales cuando trato de zafarme” (11).¹⁹⁸ Estos pliegues barrocos que dan forma a la novela tienen su vuelta última en el referente: aunque excede estética y genéricamente las formas del realismo, la metonimia ficción/historia es el anclaje que permite al lector cargar de sentido al mundo que esta literatura despliega. Una vez más, al igual que ocurre con Malihuel, por no existir ese referente concreto -no se trata de novelas históricas o historia novelada-, el caso se torna prototípico y por tanto extensivo a todo el género de personajes, lugares o situaciones a que alude.

6.3.6. La víctima

Del muerto se sabe que “se trataba de un puto” (34), amante ocasional de César.¹⁹⁹ Su cadáver desapareció al caer, alguien parece haberlo esperado allá abajo pero “puede volver a nosotros cualquier día: hinchado como una foca por el agua dulce del río, o semidescompuesto entre la basura que revuelven las topadoras” (34), como ocurrió en la dictadura. Devueltos por el agua tras los vuelos de la muerte, muchos cuerpos fueron fotografiados por la policía uruguaya o enterrados como NN en cementerios de las localidades balnearias bonaerenses. Además, como ocurría a quienes custodiaban el cuerpo escondido de Eva Perón luego del golpe de Estado de 1955, Tamerlán recibe anónimos: “Me fui tan rápido que ni saludé,/ Caí aunque todos me tendían sus manos,/

¹⁹⁸ Cf. los pliegues sueño/vigilia ya planteados para el capítulo 2 de esta tesis, y recorridos a propósito de la obra de Borges (“Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, “El sur”, “Las ruinas circulares”, etc.) por el propio Gamerro (2010: 39-51).

¹⁹⁹ Para una valoración amplia de la idea del “puto” en la literatura argentina, cf. Gamerro, “El puto en la literatura argentina” (2015b: 365-385).

Canten mi nombre a coro y volveré,/ Volveré y seré millones de gusanos” (34). El “poemita”, como tanto escritos tras la muerte de Eva, modifica siniestramente su historia y su discurso. Esa desaparición primera de un cuerpo cobró carácter simbólico en los años setenta, cuyas víctimas –la mayoría, además, jóvenes peronistas-, en palabras del propio Videla, son “una incógnita, es un desaparecido, no tiene entidad, no está, ni muerto ni vivo, está desaparecido”.²⁰⁰ Esta denominación del ausente se lexicalizó y funciona como sinécdoque de una época de terror. La alusión al cadáver de Eva, ligada a la desaparición del cuerpo del muerto, remite a poemas de Néstor Perlongher como “El cadáver”: “el cuerpo yacente/de Eva, hurtado luego,/depositado en Punta del Este/o en Italia/o en el seno del río (1997: 42-45), “El cadáver de la nación” (1997: 177-183) y, más que ningún otro, el célebre “Cadáveres” (1997: 111-123). El tono del “poemita” es paródico y burlesco: por una parte calca la voz discursiva de Eva Perón, tantas veces –como ya vimos en el capítulo 3- recogida y modelada en textos artísticos y por la mitología popular (“volveré y seré millones” es frase falsamente atribuida a Eva);²⁰¹ por otra parte, los versos de tipo escolar –de rima fácil y construcción pobre- y la escatológica imagen final degradan a los referentes (Eva, los desaparecidos). Pese a todas las diferencias, el punto en común es que

²⁰⁰ Jorge Rafael Videla en conferencia de prensa, 1979, existe registro audiovisual: https://www.youtube.com/results?search_query=videla+desaparecidos [Fecha de consulta: 7 de mayo de 2015].

²⁰¹ La frase “Y aunque deje en el camino jirones de mi vida, yo sé que ustedes tomarán mi nombre y lo llevarán como bandera a la victoria” pertenece a su discurso del Cabildo Abierto del 22 de agosto de 1951.

la trama del crimen vuelve a armarse en torno a un cuerpo que desaparece, hecho que actualiza el *modus operandi* de años anteriores.

6.3.7. La doma gaucha

Este ingreso de Felipe al búnker de Tamerlán tiene un momento cumbre. La escena es brutal. Tamerlán aspira cocaína, se reúne con su hijo y lo viola. La marca de autoridad en la relación padre-hijo quiebra cualquier posibilidad de legado y es llevada, por el contrario, a un punto de remisión: esa filiación no es tal, no hay regeneración posible ni superación transgeneracional, el vínculo se da en términos de vasallaje -el hijo siempre será sólo hijo- y de esclavitud -hay una animalización en el sometimiento-: “lo montó como a una perra de campo” (37); “su hijo le contestaba apretando los dientes y moviendo la cabeza de lado a lado, como las tortugas hembra cuando las penetra (¿perfora?) el macho” (37); “echando espuma entre los dientes” (37); “comenzó a gatear” (37); etc. Por otra parte, el *topos* machista se regodea en la burla hacia la identidad sexual de César y hacia la figura de su madre, siempre degradada: “¡No basta con haberla hundido en la zanja cloacal de tu madre una y mil veces, drogado hasta las cejas para soportarlo, sólo para que salieras vos!” (37); “Nunca vas a ir donde yo te indique, siempre vas a tirar para otro lado, desviarte *sutilmente*” (37).²⁰² La violación, comparada con un “duelo criollo”, lleva la marca de esta identidad nacional fundada en la violencia (en una violación; Viñas, 1964) que la literatura no cesa de replicar (Echeverría, Bustos Domecq,

²⁰² Subrayado en el original.

Lamborghini),²⁰³ llevada al plano de la familia; de este modo, la violencia del origen se extrema, se liga a lo perverso y a un rasgo de inhumanidad que se añade a otro anterior: a los muertos sin sepultura se suma la quiebra del tabú del incesto. La violencia como marca identitaria aparece entonces reforzada en una marca de época, aún más terrible: la inhumanidad, la psicosis, el tabú sobrepasado.

El hijo trató de desmontarlo reptando bajo el escritorio, quizás esperando que el filo le diera en la frente, como en las películas de persecuciones a caballo. Caracoleaba y el padre levantó una mano en el aire, como un prócer de estatua ecuestre, y gritó: -¡Te refundaré todas las veces que haga falta! ¡No me importa lo que digan los médicos, ya fracasaron una vez! ¡Voy a volver a concebirte hasta que me salgas bueno! (Gamerro, 1998: 37-38)

Como prócer de estos nuevos tiempos, Tamerlán tiene también su estampa ecuestre; en su caso, el sometido no es un soldado realista ni un poblador originario (un “indio”), sino su propio hijo. Más aún: el hijo no es un enemigo vencido, sino un sometido animalizado, la propia bestia sobre la cual se sostiene el vencedor. El violento viraje en la identidad que implica esa refundación –de la patria, de la ciudad, del hijo- está mediada por una violación, *siempre entre hombres* (nuevamente la vuelta a Echeverría); las mujeres producen desvío. La metodología es histórica, recurrente, sistemática. Es tradición. El desvío no va a ser permitido por el prócer-padre-patriarca: la matriz de género –patriarcal- tiene su correlato en la matriz de clase –capitalista: “en tanto puto, el Puto no engendra, y se sale del orden natural, social y

²⁰³ Me refiero a la serie intertextual y de reescrituras que conforman “El matadero”, “La fiesta del monstruo” y “El niño proletario”.

político de la familia –y de esa otra Familia metafórica que es la Patria” (Gamerro, 2015b: 370). En línea con el proyecto nacional vencedor en el siglo XIX, todo intento de desvío de aquellas directrices será severamente castigado, como en los años de plomo. “Nunca más”, como ha sido señalado en el capítulo 4, es una frase que no clausura su sentido, habilitando múltiples lecturas.²⁰⁴ Puede ser leído, también, como un mandato de los padres sobre las generaciones siguientes: ante un intento revolucionario –un desvío-, el castigo del Estado ya ha asentado vastos precedentes. El filicidio (Rascovsky, 1975) aparece como otra de las marcas de la narrativa argentina de posdictadura (Drucaroff, 2011: 331-378). Los jóvenes desaparecidos fueron muertos a manos del Estado, tanto en la *guerra sucia* como en la guerra de Malvinas; sus ejecutores fueron sus mayores. La figura de Tamerlán reúne la autoridad del padre y la del partido de Estado (Horowicz, 2012), en ambos casos inmoral, perversa, enfermiza, *desviada* de los cánones de preservación de la especie. Su poder está cifrado en una serie de elementos que, como si de una imagen surrealista se tratara, reúne su escritorio -punto cumbre desde el cual ese poder opera-: un rebenque, el *souvenir* fundacional de su imperio, un papel con cocaína; esto es: el crimen impune en toda escala (familiar y social), la megalomanía y la adicción. Los componentes de la refundación de fin de siglo XX en Argentina no son ya, como los espejos y la cópula, los que “multiplican el número de los hombres” (Borges, 1996a: 431), sino al

²⁰⁴ Cf. Elsa Drucaroff, “Por algo fue, Análisis del ‘Prólogo’ al *Nunca más* de Ernesto Sabato” (en Horowicz, 2012: 319-333).

contrario, los que lo reducen, abominables también en este caso, desde el punto de vista de la vida que insiste aun bajo el régimen neoliberal.

6.3.8. El superhombre

Llegados a este punto, una vuelta de tuerca va a enlazar el terror con la broma, en un nuevo bucle siniestro en esta historia. La escena que a Felipe le tocó observar desde la oficina de Tamerlán se desvanece ante sus ojos en un juego de espejos líquidos que congelan y desarman las imágenes. Tomar el terror a broma es relativizarlo y desestabilizar el impacto emocional que este accionar proyecta sobre quien lo padece u observa. Como quien gatilla y dispara un arma descargada sobre el cuerpo de la víctima, el sobresalto gratuito propicia el acostumbramiento a una situación en la que la continuidad de la vida y de la muerte sólo dependen del capricho y el azar. En un régimen de terror, se sabe, la falta de explicación entre la víctima y el móvil del castigo son el mejor instrumento para conseguir la parálisis social (cf. Calveiro, 2013 y 2014). Como en Kafka, las circunstancias trastocan toda lógica y niegan cualquier razón que aporte algo de cordura a la serie de sucesos. Terrible es, también, la verosimilitud con que concibe el narrador ambas escenas, la del sometimiento del hijo por el padre y - tras un juego de espejos que abren el imaginario de la novela hacia el de otros géneros que entran en juego aquí (la ciencia ficción, la ciberficción)- el trato amoroso con que se corta abruptamente la violación: “consideradas aisladamente, cualquiera de las dos imágenes resultaba extraña a su manera, pero con todo concebible; era el

montaje de ambas lo que mis ojos no podían tolerar” (39). No hay metonimia posible entre ese vínculo primero y alguna forma del amor. Esta yuxtaposición de imágenes es tan inconcebible como la figura del “psicoanalista armado” (39); entendida como una terapia de cura por la palabra, el arma de fuego es un elemento en los antípodas. Sin embargo, el inmediato diálogo va a emparentar a este personaje con una figura emblemática de la literatura argentina, capaz de elucubrar la reunión ideológica más insólita: el Astrólogo (Arlt, 2000 [1929]).

Usted ha tenido un raro privilegio. Una Anunciación [...]. Si supiera mirar, habría visto el paso de un gran cometa por el firmamento, señalando el comienzo de una nueva era [...]. Las puertas del castillo de la mente sólo se abrirán para los elegidos –anunció-. El médico vienés se equivocó al tratar de mantener bajo llave las fuerzas poderosas del inconsciente. En el derrotero de la evolución el inconsciente está destinado a hacerse real, a salir al mundo y recorrerlo a su antojo, midiéndolo sólo por el paso de sus botas [...]. El señor Tamerlán es el superhombre. (Gamerro, 1998: 39-40)

El psicoanalista armado considera necesario modificar las bases de la conciencia occidental, montadas sobre un mito que tiene por centro la figura de Edipo, un “pusilánime” (40) que se horroriza del incesto (Sófocles, 2004). Tamerlán, al que coloca en el centro de esta nueva era que se está fundando, goza abiertamente del incesto, y disfruta exhibiendo la transgresión de una característica constituyente del ser humano. Ese monstruo, que lo es porque muestra (*monstrare*) lo inconcebible, es el opuesto a la figura de Edipo; este personaje, tomado por débil en su humanidad más plena, se arranca los *ojos* ante lo que no soporta *ver*, haciendo recaer sobre su propio cuerpo un castigo en la forma del *contrapasso* dantesco; por el contrario, “El señor Tamerlán es

el superhombre” (40: cf. Nietzsche, 1992 [1883]), y lo es por situarse por encima de cualquier rasgo de humanidad. Sus ojos son los únicos que están al descubierto en la torre de los espejos, son todos los otros los que están tapados por gafas espejadas: “Soy el señor de los espejos” (33).²⁰⁵ Porque no hay tabú para el superhombre, no hay norma, no hay más ley que su dictado. En su megalomanía, Tamerlán siente que nada lo iguala al resto de los mortales; considera que su reino, como el de Cristo, “no es de este mundo solamente” (31).²⁰⁶ El paso del mencionado cometa acompaña la Anunciación de una nueva era que nace de la mano de este Mesías, cuyo poder de empresa es mayor que el del propio Estado. El deseo no admite represión, “el inconsciente está destinado a hacerse real, a salir al mundo y a recorrerlo a su antojo, midiéndolo sólo por el paso de sus botas” (40).

6.3.9. Afuera

Al salir de aquel vértigo de la torre, las réplicas se continúan en clave de calle. Un linyera, que desaparece y aparece en escena como en los retablos de títeres para niños, le enseña a Felipe una maqueta de la torre hecha –al igual que los monstruos de Berni– con desechos. Lo hace oculto desde dentro de su maqueta, como si fuera a su modo el amo de la torre: “-¡Te puedo ver y vos no!” (42). Lo único que Felipe consigue atisbar, asomándose desde algún orificio de la réplica, son

²⁰⁵ La denominación que Tamerlán se otorga a sí mismo recuerda al “Caballero de los Espejos” (Cervantes, 2005 [1615]: 537-559), quien finalmente vence a Don Quijote bajo el apelativo de “Caballero de la Blanca Luna”.

²⁰⁶ En el primer verso de “Tamerlán” (Borges, 1989: 461-462) se lee: “Mi reino es de este mundo”.

precisamente sus ojos, aquello que en la torre estaba vedado. La escena se refleja en las ventanas espejadas de la torre de Tamerlán.²⁰⁷ Ante esta visión, las palabras del linyera activan nuevamente las múltiples significaciones que este primer tramo de la novela ha ido tejiendo, como una verdadera araña, en torno del lector-mosca: “-¡No se vuelve del otro lado del espejo! –exclamó” (42). De esa cita a ciegas no hay retorno.

En este país de las maravillas las víctimas desaparecen de manera enigmática y sin dejar rastro. “Es el mismo camino hacia arriba y hacia abajo –dijo, y abrió los ojos redondos de pánico” (42). El acertijo lúdico a la manera de Carroll (1997 [1865]) se transforma aquí en un enigma angustiante. ¿Arriba, abajo? El ascenso a la torre provocó la caída y la muerte que desataron la trama del crimen. “Irse para arriba” es expresión que remite a la muerte en contextos muy precisos (Verbitsky, 1995), el descenso final. Es un camino de ida tras el espejo abominable. No hay regreso ni manera de zafarse.

²⁰⁷ Agradezco a mi directora Ana Gallego Cuiñas la referencia a “El fotógrafo de Flores” (o “Prólogo”, en Piglia, 2005: 11-17). Allí, en efecto, está tematizada no sólo la relación entre territorio y mapa (cf. Borges, “Del rigor en la ciencia”, en 1989: 225) sino entre paisaje y maqueta, tal como figura en este primer capítulo de *Las Islas* tanto en la maqueta de Tamerlán como en la del linyera, además de la fotografía y otros modos de la reproducción en escala (entre los cuales el arte, y todo objeto sinécdoico, particularmente la moneda y el juego con su falsificación/reproducción, tan caro a Piglia). Por otra parte, la cuestión de la fundación enlaza a Juan de Garay con “El aleph” (intertexto evidente) y con –esto me interesa particularmente, por lo que implica en la propuesta que Piglia hace explícita, ya desde *Respiración artificial*, respecto de un quiebre en la lectura de las literaturas en tanto “nacionales” (tema sobre el que no puedo extenderme aquí, pero que sigue operando activamente en la academia), al evocar la figura de Gombrowicz mediante la referencia a la calle Bacacay. Por otra parte, quien nació en el barrio de Flores fue Roberto Arlt, que vino –en otra célebre operación de lectura de Piglia- a refundar la literatura argentina del siglo XX. El texto está sembrado de simbologías (la mención a la calle Puan –sobre la cual está la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires-, la alusión a *La invención de Morel*, entre otras). La maqueta volverá a aparecer de manera protagónica en *Las Islas*, confirmando las palabras que cierran este “Prólogo” de Piglia: “lo que podemos imaginar siempre existe, en otra escala, en otro tiempo, nítido y lejano, igual que en un sueño”. En pocas páginas llegaremos a ello.

6.4. Ni vencedores ni vencidos

Son los vestigios de lo real, no los del mapa, los que todavía subsisten esparcidos por unos desiertos que ya no son los del Imperio, sino nuestro desierto. El propio desierto de lo real.

J. Baudrillard

El simulacro no es lo que oculta la verdad. Es la verdad la que oculta que no hay verdad. El simulacro es verdadero.

Eclesiastés

6.4.1. Derrota y obsesión

Felipe Félix necesita infiltrarse en los archivos de la SIDE para obtener los nombres de los testigos del crimen de César. Se pone en contacto entonces con el teniente coronel Verraco, su superior durante el conflicto bélico, quien le había encargado la programación de un videojuego sobre la [sic] “campana de Malvinas” (44), una excusa perfecta para ingresar en ese sistema sin dar lugar a sospechas. Atender el teléfono de la SIDE con la frase “¡Argentinas en el 2000!” (44) o presentarse en función de una filiación bélica: “Soldado clase 62 Felipe Félix, Regimiento 7 Compañía B, apostado en La Plata, Puerto Argentino y Monte Longdon” (43), datos que no pasan desapercibidos para quien conoce de cerca la historia de esta guerra -Monte Longdon fue la batalla más importante y con mayor número de bajas-, evidencia el anclaje psicológico de estos personajes en aquellos setenta y cuatro días en Malvinas. Verraco -cuyo apellido da, como en el caso de otros personajes, la talla de su persona: un verraco es un “cerdo padre” o una

“persona despreciable por su mala conducta”, pudo encontrar (a diferencia de los ex combatientes, tratados como carne inútil) amparo en el Estado. El personaje irá mostrándose a lo largo de la novela, aunque basta conocer alguna anécdota para comprender que es el prototipo de discípulo de estas Fuerzas Armadas.

Con los ingleses en cambio se llevaba mejor [que con los kelpers], no era la primera vez que negociaba con ellos. Empezó apenas terminada la guerra, cuando los vencedores devolvieron al continente cuatro mil setecientos prisioneros en el “Canberra” y Verraco logró colarse en el viaje. En el muelle, cuando vio que de las interminables filas serpenteantes de prisioneros entre los que esperaban Ignacio, Sergio y Tomás, los ingleses separaban a los oficiales para dejarlos en la Isla, agarró a un colimba²⁰⁸ con el ojo abultadamente vendado, y llevándose a un costado lo obligó a sacarse la campera y la chaqueta, que cambió por las suyas de oficial para volver a la fila empujando; cuando los otros le decían eh, eh, colado siseaba furioso soy comando, pelotudos, vamos a tomar el barco y volver. Así logró subir, mientras que el pibe, con los galones colgándoles encima, no entendió las preguntas que en su castellano de vacaciones de julio en la Costa del Sol le hacía el inglés y lo mandaron al chiquero de San Carlos con los otros quinientos oficiales que prolongaron un mes sus vacaciones en los mares del sur. Verraco, una vez arriba, se encontró con que se habían acabado los camarotes de lujo y lo mandaban a dormir sobre la alfombra del salón de baile, y decidiendo que como oficial no podía tolerar semejante humillación se escabulló en busca de un camarote.

Tomás, el gordo Tomás, acababa de desnudarse, por primera vez en dos meses, y parado descalzo sobre el prodigioso piso caliente del baño trataba de reconocer a ese flaquito que lo miraba desde el espejo: el pelo apelmazado en greñas, las mejillas hundidas cubiertas de una maleza de barba despareja, la cabeza enorme flotando sobre ese cuerpo esmirriado, de brazos finitos de nene y costillas de tabla de lavar. Veinte kilos menos, diez años más. Confundido, pensando que era otro, se dio vuelta y encontró sólo la puerta entreabierta, el silencio del camarote, los pies de Sergio, acostado boca arriba en ropa de combate hacía seis horas, mirando el techo en silencio sin levantarse ni cambiar de posición desde que habían llegado. El golpe inaudito de la lluvia caliente lo hizo olvidarse de todo, y en el acto estaba en su casa, preparándose para la noche del sábado, y cuando sonaron los golpes en la puerta estuvo a punto de gritarle a su hermana no jodás, ya salgo, pelotuda. Recuperando su identidad de prisionero de guerra se envolvió en una toalla (blanca, esponjosa, inconcebible) y salió a ver quién era –Sergio no había apartado los ojos del techo, a pesar de la tormenta de golpes sobre

²⁰⁸ “Colimba” es el acrónimo de “corre, limpia y barre” con que se hace referencia tanto al servicio militar obligatorio como a los jóvenes que lo cumplen, y que da cuenta de la tarea a la que fueron asignados históricamente los reclutas.

su puerta. Verraco entró hecho un torbellino, el diablo de Tasmania en persona. “¡Maricones!”, gritó. “¡Estos son los soldados del ejército argentino! ¡Mientras sus camaradas murieron en las trincheras, usted se perfuma como una puta de cabaret! ¿Qué tiene, cita con un inglesito, que se arregla tanto? ¿Por eso le dieron este camarote? Desaparezca de mi vista, antes de que...”

Tomás se dio cuenta de que era oficial, a pesar del uniforme, y estaba por cumplir automáticamente la orden cuando se le ocurrió: -Escuchame, ¿vos no deberías estar en la Isla, todavía?

Verraco bajó la voz, mirando a todos lados con sus ojos de comadreja. -Shht. Esta es una misión secreta. Vamos a tomar este barco y recapturar las Islas. Soy comandante en jefe de la operación, y necesito este camarote como base -dijo mirando por el rabillo del ojo la espesa moquette beige que Tomás pisaba descalzo, y Sergio sin apartar los ojos del techo ni mover más que lo indispensable los labios dijo: -Salí.

No me acuerdo bien qué contestó Verraco, algo de consejo de guerra supongo, porque Sergio se desenroscó como un resorte, un resorte que le había llevado seis horas (o sesenta días) tensar, y en un segundo había caído sobre él llenándole los huecos de rodillazos, dándole con la puerta del placard contra la cabeza y después arrastrándolo hasta el pasillo de los pelos, mientras le gritaba desaforado ¡Salí! ¡Salí de mi cuarto carajo! ¡Salí de mi cuarto! Los ingleses tuvieron que agarrarlo entre tres y darle una inyección para calmarlo, y a Verraco cinco puntos en la cabeza, que después dijo eran heridas de guerra. Por suerte para Sergio todo fue tan rápido que Verraco no llegó a verle la cara, y nunca se enteró de que había sido él.

Ignacio lo vio volver a la alfombra de rombos marrones y color té con leche del salón de baile, rengueando y doblado pero con el espíritu intacto: en lugar de pedir permiso empezó a patear a los colimbas despatarrados, despertándolos de su primer sueño profundo, seco y abrigado en 60 días (el café del barco venía con algo más que leche), graznando que le abrieran paso, perros de mierda, no se olviden que cuando dejen de ser reclutas de los ingleses ustedes siguen siendo prisioneros del ejército argentino, ya se les van a acabar las vacaciones a ustedes, y si no interviene un guardia medio dopados y todo lo tiran al mar. Después empezó a pedir a gritos alguien que hablara inglés, y cuando lo encontró -un pibe de Hurlingham con el que Ignacio había estado charlando- le ordenó hacerle de intérprete para parlamentar con el enemigo. A la vuelta -volvió solo, los ingleses por fin decidieron que había que guardar a Verraco en un lugar seguro hasta el fin del viaje- le contó a Ignacio lo que había empezado a traducir, hasta donde le dio la cara: aparentemente Verraco estaba convencido de que la rendición habilitaba a los ingleses para entrar en Buenos Aires, y quería ofrecerse para servir a las tropas amigas en lo que pudieran necesitar. Seré su guía en la Argentina, le hacía traducir para el sargento inglés que lo miraba con curiosidad, los puedo llevar a las mejores parrillas y cabarets, *carne argentina*, la mejor del mundo, decía guiñando obsecuente el ojo que Sergio no le había cerrado, y al ver la expresión indiferente del sajón se volvía a su intérprete ¿Le tradujiste bien? ¿Entendió lo de las minas? ¿Eh? ¿Eh? Supongo que su insistencia con lo de las minas fue lo que lo perdió, porque el sargento, evidentemente reconociendo una palabra del glosario militar español-inglés que le

habían hecho estudiar, cazó a Verraco de una oreja y se lo llevó para interrogarlo. (Gamerro, 1998: 118-121)²⁰⁹

Este personaje, mentiroso y cobarde, maltratador y cipayo, perfectamente reconocible en toda la jerarquía de oficiales, encontró su continuidad laboral en la SIDE menemista, donde tiene “el poder de hacer y deshacer y tiempo libre para dedicarse a su principal hobby: ganar la guerra de Malvinas” (44).

Llamar “campana” a la guerra presupone colocarla en serie con otras “campanas” de la historia argentina que conformaron el panteón de próceres, y configuraron el territorio de la patria: Belgrano (“Campana al Paraguay”, “Campana al Norte”, “Campana al Alto Perú”), San Martín (“Campana de los Andes”, “Campana al Perú”), Rosas y Roca (“Campana al Desierto” y “Conquista del Desierto”), Mitre (“Campana a Sierra Chica”), entre muchas otras, siempre previas al período de “Paz y Administración” de Roca. Esa campana de “reconquista”, frustrada, es la contracara de las Invasiones Inglesas de 1806 y 1807 al puerto de Buenos Aires -que fueron la piedra de toque del movimiento emancipatorio en el sur del continente-; puede tornarse una obsesión en

[...] una historia patria que se conciba, como tanto se concibió, y que se narre, como tanto se narró, ante todo como historia de guerra. Un género por demás predilecto, y además de predilecto hegemónico, para tramar el gran relato argentino: la historia como historia de guerra, una variada narración de batallas y de héroes militares, de soldados por vocación o por la fuerza, de clarines y de cargas de caballería, de trincheras eficaces o mal cavadas, de enemigos en fuga o de capitulaciones. Es toda una manera de contarse, y por ende una manera de entenderse: partir de la

²⁰⁹ Subrayado en el original.

base de que la patria nació en los campos de batalla, parida por los grandes paladines de la espada y del caballo, fundada en lo esencial por el ejército. (Kohan, 2014: 13)

Posiblemente, la silueta en el mapa modelada por la guerra sea uno de los símbolos más presentes entre todos los que configuran la identidad argentina. La pérdida de las Islas fue proyectada como una “amputación” en el cuerpo de la nación, imagen que funciona como correlato del cuerpo de muchos ex combatientes. La historia bélica argentina puede ser pensada entonces en un arco comprendido entre la victoria de San Lorenzo (en 1811), primera batalla luego de la expulsión de la autoridad virreinal, y la derrota de Monte Tumbledown (1982), que ha sido entendida como el inicio de la retirada de la última dictadura. La primera, sanmartiniana, marca el comienzo de una gesta que ha posibilitado, siguiendo el canon historiográfico, el nacimiento de una nación. Esa cima épica tiene, por el contrario, su punto más bajo en Malvinas, lugar en el que quedaron ancladas las obsesiones de muchos personajes de esta novela.

Para programar el videojuego Felipe necesita la ayuda de Kevin, un programador apasionado por Escher y los mundos contrafácticos, en los que razón y experiencia se vuelven inválidos para sobrevivir, las reglas son incompatibles entre sí y lo que prima es la inestabilidad, por lo que no hay posibilidad de adaptación más que a lo imprevisible. Esta atmósfera vuelve sobre el intertexto kafkiano planteado en el primer capítulo, y la supervivencia a cambios extremos sin el menor resguardo

y preparación evoca la propia guerra de Malvinas y la exposición a la locura que semejantes circunstancias propician.

-Esto es anarquismo, viejo –me dijo-. ¡Cualquiera puede soñar con cambiar las reglas de la sociedad! ¿No te parece que es un desperdicio criminal lo que hacen con los simuladores? Las corporaciones quieren restringir su uso a la imitación del mundo real, sabiendo que fueron inventados para anularlo. ¡Estamos listos para una existencia nueva fuera del tiempo, fuera del cuerpo, y quieren mantenernos presos acá! Cuando exista la realidad virtual personal, cada uno podrá vivir en el mundo que quiera y fijar sus leyes. (Gamerro, 1998: 46)

Kevin vive inmerso en la experiencia ciborg de simulacro, a la que quisiera perpetua y a medida (al modo de Tamerlán, pero de manera virtual, accesible, ya que sólo el empresario parece tener el poder de materializar ese deseo absoluto). No obstante, como bien señala Martín Kohan,

Las Islas es más que una ecuación que homologa la guerra con el simulacro de esa guerra. *Las Islas* es más que una implementación narrativa de las discutibles, y discutidas, teorías de Jean Baudrillard sobre la guerra del Golfo, por las que se suprimiría toda distinción entre el hecho de jugar a la guerra de Malvinas en la pantalla de la computadora y el hecho de haber estado en el frente de combate. Gamerro representa a la guerra como farsa y demuestra cuánto tiene de puro simulacro; pero en ningún caso reduce el planteo a esa sola dimensión. Tal como en el episodio de la “ingesta de Malvinas”, por debajo del simulacro hay otra representación que se liga con la experiencia y que, por lo tanto, involucra la realidad de los cuerpos. (Kohan, 1999: 9)

Esa “realidad de los cuerpos” es la que le toca sufrir a Fefe en cada insoportable dolor de cabeza, por ejemplo, producto de las heridas de guerra; de una guerra que también se quiso hacer desaparecer pero que fue radicalmente real para quienes le pusieron el cuerpo, y de la que muy poco se supo a la distancia: “si la guerra virtual hubiera sido posible en el 82 a nosotros nos habría tocado hacer de realidad” (83).

Kevin, que trabaja en Estados Unidos, tiene una solución para el pedido de Felipe: “Sega está por sacar una serie de videogames ‘hágalo usted mismo’ y van a empezar con los de guerra. Parece que están tomados de los programas de inteligencia militar, con tanta gente que se quedó sin trabajo acá en California, después de la Guerra Fría” (47); es el año 1992 y en el norte del continente también hay “mano de obra desocupada”. En la conversación interviene Sandra (todas las conversaciones están “pinchadas”), de quien nunca se sabrá si existe o es una invención del propio Kevin. Lo impresionante en este diálogo, plagado de referencias al mundo virtual, es la analogía entre el juego que Kevin quiere vender al FBI y las sesiones de tortura de la dictadura 1976-1983.

Quiere venderles uno de sus juegos para usarlos en los interrogatorios. Ahora están en la fase experimental. Aun sin conectarlo a electrodos, que es lo ideal, al tipo lo ponen a jugar prometiéndole que lo dejan ir si gana. Los más rápidos aguantan unas dos horas, antes de quebrarse; después dicen que sí a todo. (Gamerro, 1998: 47-48)

Toda esta atmósfera enrarecida en la que interviene la distancia de múltiples formas (el teléfono, la virtualidad informática, el videojuego) y la experiencia corporal sensorial y emotiva (las drogas, el cibersexo, la memoria de las guerras) se corta cuando Felipe decide salir a buscar a Ignacio, un integrante de “la exigente comunidad de los ex combatientes” (45).

6.4.2. Paranoia nacionalista castrense

A partir de este momento, una escalada de simulacros se sucede: algunos, son verdaderos constructos sobre la situación propia de la guerra; otros, se entreverán en el apego permanente a la situación de combate en la que quedaron anclados tanto él como sus compañeros en diferente grado, desde la patología absoluta (enfermedad mental) pasando por las secuelas físicas o los meros hábitos que dejó fijados la guerra. La obsesión prolifera. Es un duelo no transitado (Freud, 1993 [1915]) cuyas heridas siguen abiertas.

El simulacro se solapa con la idea de la mala copia que viene fraguándose desde el comienzo de la novela, como si el *Zeitgeist* de Malvinas (y de la Argentina, desde aquellos años) estuviera marcado por el terror y la degradación que provoca un neogrotesco criollo *fin de siècle*, algo a lo que podríamos denominar genéricamente *el trucho*. *Trucho* es una palabra que emergió por aquellos años y señala, precisamente, un signo de época: nada es real, todo es falso, degradado, fraudulento, esa condición se nota pero no hay remedio. Se tratara de una zapatilla de deporte, de un título de secundaria o de un presidente de gobierno. *Trucho* y *truchada* fueron calificativos omnipresentes por aquellos años. *Trucho* es también el uniforme de combate que viste Felipe para ir al encuentro de sus compañeros.

[...] me puse el uniforme de guerra de la campaña de Malvinas, que había comprado unos años después de volver (nunca supe qué pasó con el que usé allá) en el pasaje subterráneo que cruza la 9 de julio a la altura de Corrientes. El dueño era de los nuestros, y siempre se las ingeniaba para conseguirlos lo más parecidos posible. (Gamerro, 1998: 50)

Ignacio está reunido con otros ex combatientes en la Asociación Virreinal Argentina, institución ficticia cuya descripción, sin embargo, coincide exactamente con uno de los edificios de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, que alberga los institutos de Literatura Argentina, Historia Argentina y Americana y Literatura Hispanoamericana, entre otros, con sus respectivas bibliotecas.

Las oficinas de la Asociación Virreinal Argentina ocupan dos ambientes en el tercer piso de un edificio de principios de siglo sobre 25 de mayo. Se llega al primero, donde hay oficinas comerciales, por una larga y curvada escalinata de mármol; de ahí al segundo por una recta, más convencional; la ascensión hasta el tercero se logra sorteando los peldaños flojos y desiguales de una tortuosa escalerita de madera que sigue de largo hasta la terraza. La Asociación Virreinal se fundó con el objetivo de restaurar las fronteras nacionales a los límites históricos del Virreinato del Río de la Plata (para lo cual propone, entre otras cosas, reconquistar Bolivia, Paraguay y Uruguay e invadir Chile y Brasil) pero decayó mucho en los últimos años, de bajo perfil épico, y para costear los gastos mínimos dan cursos de historia nacional, política nacional, folklore nacional, música nacional y cuanta disciplina pueda cargar con el adjetivo. Tienen un convenio con los ex combatientes mediante el cual les dan cursos gratis con certificado, y salvo yo todos los del grupo lo estaban tomando por tercera vez. (Gamerro, 1998: 50)

Allí dicta los cursos el profesor Citatorio –apellido, otra vez, elocuente-, cuyo discurso va a sostener uno tras otro el conjunto de preceptos nacionalistas, racistas, antisemitas y xenófobos que han atravesado la historia nacional. Este personaje tiene su precursor en la figura del profesor Pimko de *Ferdydurke* (Gombrowicz: 2001 [1937]), novela en la que el autor polaco –que vivió en Argentina un cuarto de siglo- satiriza la ideología nacionalista de aquel país. En el caso de Citatorio, desde la referencia a los presupuestos virreinales hasta menciones como la de Hugo Wast (pseudónimo de Gustavo Adolfo Martínez Zuviría, escritor nacionalista católico, antisemita y pro-franquista, ministro de

Educación durante el gobierno *de facto* de Pedro Ramírez, en 1944), ponen sus ideas en ridículo, de las que –al igual que en el caso de Pimko- los alumnos se burlan abiertamente. El judaísmo, encarnado en la diabólica imagen de la serpiente, es un hilo histórico que mete la cola en su diáspora dando lugar a la democracia griega, el asesinato de Cristo, el imperio de Carlos V, las revoluciones europeas... hasta la llegada de Hitler, y su bifurcación hacia América, aunque

No carece de fundamento la especie de que el primer judío llegó a América en las naves de Colón, y que fue él el que instigó a los hasta entonces dóciles marineros a amotinarse. Al poco tiempo ya estaban aquí, inculcando a los nativos el odio al español y a nuestra Iglesia. [...] ¡Hicieron fracasar la primera fundación de nuestra ciudad, especulando con los víveres hasta que todos murieron de hambre! Las dos primeras invasiones inglesas fueron financiadas por los judíos adinerados de Londres, con la complicidad de los locales. ¿Por qué creen que el Virrey Sobremonte huyó a Córdoba con las joyas del virreinato? ¡Su verdadero nombre era Sobremonsky, un falso converso! (Gamerro, 1998: 53)

La figura de Sobremonte será importante en la novela; este virrey encarna la cobardía, falsamente atribuida –aunque muy popular en la mitología nacional- ya que tenía el mandato, ante un ataque a Buenos Aires, de replegarse hacia Córdoba junto a toda su familia, con el tesoro, para rearmarse allí con refuerzos de la región del norte y contraatacar la ciudad porteña. Por tanto, lo cierto es que su proceder respondió estrictamente a aquello que tenía prescripto en caso de una emergencia como la ocurrida. Su partida, no obstante, dejó la defensa del puerto a mano de los criollos, comandados por el general Liniers, francés al servicio de la corona de España (Horowicz, 2004).

Repelidos en el continente por la heroica resistencia de nuestros antepasados, treinta años después hacen pie en nuestras amadas Islas

Australes. ¡Banqueros judíos financian la expedición! ¡Quieren controlar el comercio de la lana! Luego fue la inmigración: hordas funestas de extranjeros desafortunados dispuestos a ahogar con su sangre las raíces mismas de nuestra nacionalidad. ¡Gauchos judíos! ¡La burla última! (Gamerro, 1998: 54)

Aquí el profesor va a exponer su teoría conspiratoria: la fundación de una Nueva Jerusalén en la Patagonia, repelida por los ejércitos patrios a pesar de recibir ayuda de Chile e Inglaterra, “la pérfida Albión” (55). En su relato, la primera etapa del Plan Andinia -esto es, la retirada en 1982 de los ingleses de las Islas y el establecimiento de colonos chilenos e israelíes-, se vio frustrada por el desembarco argentino, que de este modo venció sobre dicha operación. Su lectura de los hechos, según la cual “el haber impedido este plan en el 82 indica que en realidad ganamos la guerra” (55), es paralela -pero inversa en sentido ideológico- a la que ha constituido un lugar común aún vigente en torno a Malvinas: “hubo que perder la guerra para ganar la democracia”. En ambos casos, la derrota aparece sublimada en una simbólica victoria, ya sea sobre el Plan Andinia, en el relato de Citatorio que presenta *Las Islas* (plano de la ficción), ya sea sobre el gobierno de la junta militar, como interpretación de los hechos históricos (plano real).

El ideal de un país que fuera potencia del mundo, cuyo momento culminar coincidió con el Centenario, se liga con el imaginario fuertemente machista propio de la formación militar. La pérdida de las Islas es presentada por Citatorio como una verdadera castración de la patria.

La Argentina es una pija parada lista para procrear, y las Malvinas son sus pelotas. ¡Cuando las recuperemos volverá la fertilidad a nuestras

tierras, y seremos una gran nación como soñaron nuestros próceres! ¡Un país potente! Volverá a florecer el trigo, y el ganado surcará los océanos de hierba, y correrán los trenes cargados del producto de la tierra por todos los rincones del país. Buenos Aires se convertirá en la Nueva París, envidia de las ciudades del orbe. (Gamerro, 1998: 56)

Finalmente, tras una broma de los alumnos a Citatorio que tensa al máximo la burla satírica en torno al antisemitismo, Felipe consigue dejar la clase junto con Ignacio. Se les suman otros compañeros con la propuesta de ir al bar de siempre.

6.4.3. Fueron, son, serán (veteranos)

Una vez allí, las referencias a todo lo relativo a Malvinas se sucederán una tras otra, pero los puntos más altos del relato tendrán que ver con la serie de simulaciones y simulacros.²¹⁰ El primero tiene que ver con la celebración de los diez años del desembarco en las Islas, el 2 de abril de 1992 (en el pasado inmediato del relato), del que Felipe parece no haber querido siquiera enterarse; en esa fecha, estuvo alienado en la red, en contacto con interlocutores remotos y absolutamente aislado de cualquier tipo de efeméride. Tomás cuenta que para esa fecha, la comunidad de ex combatientes decidió alquilar botes, simular un desembarco en la isla situada en medio de los lagos de Palermo, en la ciudad de Buenos Aires (“Decí que hay tantos árboles, parece más Vietnam que Malvinas”; 59), plantar la bandera y asar un cordero, esto

²¹⁰ Con *simulación* me refiero aquí a la proyección de la situación del propio cuerpo al entorno imaginario de la guerra, que lleva a mimetizar de manera fantasiosa la circunstancia presente, cual sea, con la del recuerdo de los días en las Islas. Con *simulacro* me refiero, en cambio, a la construcción de un mecanismo de reproducción de la situación de guerra, ya sea este real (como una maqueta) o virtual (como un videojuego).

es, recrear el desembarco enarbolando dos símbolos de la identidad nacional: el pabellón patrio, en un acto que representa la recuperación de la soberanía, y el asado, comida celebratoria por antonomasia en el país, que es también ya un índice de identidad. Que el asado fuera de cordero no sólo retrotrae el relato a la situación de la guerra (en Buenos Aires es una carne poco usual mientras que en las Islas fue la más consumida) sino a la escasez de alimento durante el conflicto armado, por lo que la recreación transforma una dramática circunstancia en festín, reinscribiendo de manera feliz el acontecimiento.²¹¹

Sergio, por su parte, está obsesionado con las múltiples alternativas que podrían haber tomado los acontecimientos y las hipotéticas conclusiones que de ellas pueden derivarse. Una de ellas vuelve sobre el *leitmotiv* del espejo.

La Gran Malvina es como la otra reflejada en un espejo. Es la imagen invertida, ¿entendés? [...]. Si la hubiéramos invadido en lugar de Soledad, todo hubiera sido exactamente al revés. Nuestra bandera ondearía ahora sobre las turberas. El “Belgrano” surcaría orgulloso los

²¹¹ En las Islas, los conscriptos fueron castigados por sus superiores por la captura de ganado –único modo, junto a la pesca, de hacer frente a la inanición- con torturas como el estaqueo, tempranamente recogida por la literatura gauchesca en relación con la guerra de fortines. En este caso, los efectos están agravados por las bajas temperaturas, la humedad del terreno, el peligro inminente y la pésima situación física de los conscriptos. Como el gaucho, el trato inhumano se produjo en una situación en la que estos jóvenes fueron rehenes del Estado en una guerra en la que padecieron maltrato por parte de sus propios superiores. Paradojas de un gobierno de facto: la orden de respetar la propiedad privada de los malvinenses siempre estuvo por sobre la vida de los soldados argentinos, por lo cual la prohibición de tomar ganado ajeno fue explícita. Todo esto fue documentado, tanto por el *Informe Rattenbach* como en archivos audiovisuales producidos por la Secretaría de Derechos Humanos de la provincia de Corrientes y por el Museo Malvinas e Islas del Atlántico Sur, la especial saña con la que fueron castigados los conscriptos en función de su condición étnica (de origen judío o pertenecientes a pueblos originarios) y/o de clase, en absoluta continuidad con el pasado reciente, en lo relativo a las torturas en centros clandestinos de detención, así como con un pasado remoto, antes señalado. Cf. los siguientes testimonios: <https://www.youtube.com/watch?v=-RC5HQjeQWA>; <https://www.youtube.com/watch?t=45&v=q0kEvMrMhFA> [Fecha de consulta: 25 de mayo de 2015].

mares australes. La Task Force sería un depósito de chatarra submarino. Perseguíamos un espejismo, la verdadera isla era la otra. Tomamos el reflejo por el objeto real. El mismo nombre lo anuncia: “La Gran Malvina”. ¡Esa debió ser siempre la meta! (Gamerro, 1998: 69-70)

En la hipótesis de Sergio, el espejo es índice de espejismo, abre el imaginario de la felicidad perdida y de una existencia de reflejo que es esencia degradada. Lo real es una mala copia, la nación (la historiografía) y la propia vida (la biografía) son un resultado frustrado, el incumplimiento del mandato histórico patriótico y paterno. La obsesión de la derrota emerge desde esa sombra, que ahoga a quienes la proyectan.

Yo no había encontrado nada parecido en la bibliografía inglesa sobre la guerra. Los ganadores, parece, llegan al final pensando que siguieron una recta que sólo podía conducirlos al lugar que ocupan; seremos los perdedores los que siempre nos interrogamos acerca de las posibilidades de la historia. (Gamerro, 1998: 61).

Tomás, en cambio, prefiere retroceder mentalmente hasta los días en Malvinas previos al contraataque inglés del 1 de mayo, y añade datos imposibles a la historia que recrea. Más adelante, en referencia a Petete, internado en el hospital Borda (el mayor neuropsiquiátrico público de Buenos Aires) denuncia otra de las bienvenidas que se dio a los sobrevivientes en el continente: la reclusión como modo de postergación y clausura en el trato a los sujetos y sus secuelas. El diálogo entre Tomás y Felipe recupera además dos situaciones de simulación para las que la literatura de género presta elementos de la estética del cómic o *cartoon*, ligados a la acción, la aventura y el disparate:

-Ah. Es lo que siempre hacen –terminó su segundo trago y se quedó mirando fijo a través del vidrio curvado, paseándolo por el bar como si fuera un par de largavistas-. “Si hace algo raro, cualquier cosa, métenlo adentro. Viene de Malvinas”

-¿Cómo fue?

-Había ido al supermercado, parece, y cuando estaba pagando el coreano lo miró raro a través de esas mirillas que tienen por ojos, o le reclamó algo en su lengua y Petete entendió mal, no se sabe bien, la cosa es que se le desencajó la cara y largando todas las provisiones al suelo empezó a retroceder, señalándolo con el dedo y gritando “¡Un gurkha! ¡Un gurkha!” Terminó atrincherándose detrás de la góndola de envasados, defendiendo su posición arrojando latas de cerveza –les arrancaba la argolla y todo, estará loco pero el entrenamiento no lo perdió- hasta que la yuta vino a buscarlo. Trató de explicarles que todos los coreanos de Flores eran en realidad gurkhas camuflados preparando la tercera invasión, y que ahora que él había descubierto el complot enviarían comandos a silenciarlo, pero se lo llevaron igual, y de ahí al Borda vía patada en el culo. Es lo más fácil, tomarlo por loco. Después cuando tengamos un presidente coreano y pinten la Rosada de amarillo se van a acordar. (Gamerro, 1998: 63)

El Estado, entonces, se hace presente en el relato de Tomás de diversas maneras, todas muy terribles. En primer lugar, mediante el reclutamiento para la guerra; luego, para quitarse la responsabilidad ante las consecuencias en la vida de los soldados de la manera más cómoda; por último, mediante los cursos de la Asociación Virreinal Argentina, que parecen haber calado hondo en él. Finalmente, es Felipe quien regresa, a su modo, a las Islas.

[...] los cinco whiskys empezaban a hacer lo suyo. Me costaba seguirles el paso. A mis oídos las voces llegaban cada vez más lejanas, y se confundían con el ulular del viento en los acantilados y el chupeteo melancólico de las olas sobre las playas de pedregullo. El terreno se hizo ligeramente ondulado, y el avance se veía frecuentemente impedido por masas rocosas y grietas ocultas tras líneas de arbustos. Aún así, conseguí llegar al baño, que tenía excrecencias calcáreas en los caños verdes del mingitorio. (Gamerro, 1998: 69)

Y una vez más, la guerra vuelve de la mano de “Titanes en el ring”, programa de televisión del segmento infantil en el que personajes de ficción se enfrentan en lucha libre, emitido por la televisión argentina y

muy exitoso por aquellos años. Este grupo de amigos se muestra verdaderamente entusiasmado frente al simulacro de enfrentamiento entre un soldado inglés y otro argentino. La guerra es parodiada en la pelea, nuevamente, mediante una estética de género, que apela a tópicos identitarios y lugares comunes de ambas naciones en conflicto.

Silbado, abucheado, bombardeado con envases descartables, el inglés entraba rugiendo al estadio: remera con la bandera británica, chop de cerveza en la mano, máscara de hooligan y galera. Pisando el ring como un dinosaurio de película japonesa, se paseaba dando zarpazos al aire y riéndose con gozo anticipado al descubrir la fragilidad del adversario, que ocupaba el centro del ring y plantaba en él los pies firmes. El inglés se erguía por encima de él, quizás remedando la torre homónima, y se golpeaba la bandera del pecho y bramaba, señalando al hombrecito de mirada desafiante para indicar que destrozarlo sería para él un acto casual, mínimo. Al ver que el otro no se inmutaba volvía a rugir y a burlarse; hasta que el público, cansado, le decía que lo hiciera de una vez, a ver si te resulta tan fácil como decís. Invariablemente el primer salto torpe era evitado por el conscripto argentino con un movimiento ágil de cintura, un finteo apenas; y el inglés iba a parar a las cuerdas y por su propio peso caía fuera del ring. ¡Fuera, fuera, gritaba enfervorizado el público, los echamos! Pero el inglés, al principio tomado de sorpresa, se ha dado cuenta de que éste no es un adversario tan insignificante y agachándose al costado del ring vuelve a subir con un SRL y sin hacer caso de los gritos de horror del público golpea repetidamente con la culata al indefenso soldado argentino, que finalmente cae a la lona ante la mirada impasible del árbitro, el norteamericano Bob Whitehouse, que como si nada fuera de lo común estuviese sucediendo, mientras el inglés golpea repetidamente al argentino en la ingle, fuera de la zona de exclusión, comienza a contar. Ocho... nueve... y siempre antes del número final, y cuando los lamentos llenan todo el estadio, el milagro. El soldado argentino que parecía desmayado está de pronto atravesando el aire y cae con toda su fuerza sobre el rostro de gozo bestial del inglés... ¡Sí, es la famosa patada voladora secreta de los comandos argentinos, la patada Pucará! (Gamerro, 1998: 71-72)

Aparecen aquí inferidas muchas de las circunstancias más dolorosas de la guerra, vehiculizadas por el humor que produce la parodia; las referencias pueden ser más o menos evidentes, en función de la triple competencia que exige esta lectura (Hutcheon, 1992). Algunas marcas connotan especialmente: el soldado es un conscripto, el árbitro es

norteamericano y se apellida Whitehouse,²¹² se hace referencia a la Zona de Exclusión en la que fue hundido el crucero Belgrano, se habla de la “patada Pucará” -en clara ironía respecto del único avión de fabricación íntegramente argentina, orgullo peronista, inútil para la guerra-. Los ejemplos se suceden uno tras otro.²¹³

Quiero señalar una serie de analogías en este fragmento que van tramando una verdadera crítica polifónica de la guerra, en tanto recoge diversas posturas sin adherir sistemáticamente a ninguna, una de las grandes fortalezas de conjunto de esta novela de Gamberro, a la que podríamos llamar “policrítica”, y que la hacen tan necesaria a la hora de valorar todo lo ocurrido en aquellos años. La primera representación que observo en este fragmento es la del público, que arenga enfervorizado y fanático, tal como lo hicieran los manifestantes en Plaza de Mayo en horas previas al desembarco argentino en las Islas. Son observadores pasivos, situados fuera del teatro de operaciones. La construcción dimensional de los contendientes, por su parte, guarda relación con la reconstrucción que se ha hecho de la correlación de fuerzas entre Argentina y Gran Bretaña. El soldado argentino, presentado con el diminutivo *hombrecito* pero *desafiante*, se afirma en el centro del ring a pesar de la evidente superioridad del inglés; al igual

²¹² En efecto, el gobierno de los Estados Unidos movió sus hilos diplomáticos para mediar en el conflicto, apoyando a la OTAN y no a la OEA, ante la sorpresa de Galtieri, Anaya y Lami Dozo que habían prestado los servicios de las FFAA argentinas en la lucha contra la guerrilla en Centroamérica, y esperaban cuanto menos una abstención.

²¹³ No es arbitrario el hecho de que *Las Islas* sea una novela que ha sido especialmente bien recibida en Argentina y el Reino Unido, protagonistas y por tanto buenos conocedores de los detalles del conflicto; cuando nos preguntamos por qué unas novelas “viajan” y otras no –o tardan más e hacerlo- entre distintos países, podemos encontrar en estas dificultades de decodificación algunas respuestas.

que los soldados argentinos, sólo puede improvisar el coraje que las circunstancias -que el Estado, en el caso real de Malvinas- le exigen y a su vez le escamotean en su falta de fuerzas, hecho que lo deja, si cabe, aún más expuesto. Quien vuelve a exigir es el público, ansioso de victorias, como en los días de la guerra (abundan los testimonios de la prensa gráfica y audiovisual al respecto). Tras las referencias al arbitraje y al hundimiento del Belgrano, la analogía es cortada abruptamente por un “milagro” que habilita la visión trastocada de la historia, como en cada simulacro: el argentino se queda con la victoria.

Concluido el combate, el tema deriva hacia la maqueta de Ignacio, motivo por el cual había ido Felipe a buscarlo a la Asociación Virreinal. Su obsesión se ha materializado en la construcción de una maqueta de las Islas en el estado en que se encontraban cuando las ocupa Argentina, luego del desembarco del 2 de abril y previamente al contraataque inglés del 1 de mayo, días en que los soldados viven una relativamente optimista situación de espera (“Una parte grande de las guerras consiste en quedarse sentado sin hacer nada, esperando que llegue alguien”; Green en Kohan, 2014: 109). La manía reproductora de Ignacio es tan grande que no le permite dar por concluida jamás la tarea: “Va a quedar mejor que el original, van a ver” (73). Felipe consigue finalmente acceder a la maqueta, necesita verla para diagramar el videojuego de Verraco con la mayor verosimilitud posible. Descienden al sótano donde Ignacio construye ese doble y la imagen del pozo de zorro se hace presente, en una nueva reminiscencia de los días en Malvinas.

-Se quemó la bombita –me llegó su voz por sobre el ruido de sus pisadas bajando de a dos escalones por vez antes de que yo me atreviera a dar el primer paso. Todavía estaba tanteando la pared desconchada de humedad y avanzando la punta de cada pie como una lombriz husmeando cuando lo sentí llegar hasta abajo y encender el interruptor, iluminando la enorme cámara con la luz de un amanecer repentino. A veces, cuando después de una noche en vela sacudidos por el temblor constante de los bombardeos veíamos desde el monte la primera claridad azul del día esbozarse en el cielo negro y feroz y caíamos muertos de agradecimiento en el único sueño profundo de esa noche interminable, volvíamos a despertar con el primer sol en los ojos y en ese silencio increíble, con los oídos todavía zumbando como lo seguirían haciendo hasta los bombardeos de la noche siguiente, se ofrecía a nuestros ojos la misma visión que ahora me sorprendió, como si los diez años transcurridos hubieran sido sólo un sueño de esa brevísima media hora de paz. Ante mis ojos, desde lo alto de las escaleras, dormidas entre la bahía lisa como una sábana estirada y el semicírculo de montes como almohadas abolladas que las rodeaban, se extendían las doscientas y tantas casas de la efímera y eterna capital de las Islas, la villa de Puerto Argentino, tal como pudo haberla visto una gaviota pasajera o un avión haciendo un vuelo rasante una mañana tranquila de fines de abril, cuando todavía ningún cráter, ningún edificio desparramado con todo a la vista, ningún árbol desgajado andaban anunciando que la historia había llegado de visita al pueblo.

-¡Chaaau –exclamé -, está igual! [...] el realismo era total. (Gamerro, 1998: 73-74)

A partir de aquí, las inferencias a textos clave de Borges se suceden una tras otra. Ese descenso al sótano donde está el secreto que todo lo contiene (“El aleph”), esta vez en forma de maqueta tan perfeccionista que quiere superar al modelo real y extenderse ilimitadamente (“Del rigor en la ciencia”), reescritura obsesiva del original (“Pierre Menard, autor del Quijote”) realizada por un soldado que absorbe la información total sin poder dar un orden a la memoria (“Funes el memorioso”), porque “el espacio es infinitamente divisible y [...] mientras uno profundice en esta división puede obligar a mantenerse inmóvil al tiempo” (77) (“La perpetua carrera de Aquiles y la tortuga”). El anclaje psicológico de Ignacio busca la pre-guerra como un modo de la victoria,

el afán hiperrealista es un modo de habitar ese pasado y dividir el espacio infinitamente para detener el tiempo allí y evitar lo sucedido, censurarlo, reprimirlo, elaborar el olvido desde una construcción obsesiva del recuerdo de los días previos. “Se había enamorado tanto de la ciudad que la otra había dejado de importarle” (77), sin embargo la idea del proyecto “era usarlo para planear la recuperación” (78). Tiempo es lo que implora a sus compañeros, aterrorizado de que decidan dejar de financiarle su réplica. Llegan a sospechar que, como Penélope, pudo deshacer de noche lo elaborado de día.

Vos estás desvirtuando un proyecto colectivo para tus fines puramente personales. [...] -¿Cómo podés decirme eso, Felipe? -dijo lloroso-. Mirá cómo estamos juntos acá -dijo, señalando la trinchera de cubiertas viejas y la caja azul y blanca donde a veces nos había tocado la guardia. Aparte de él y de mí estaban Sergio y Tomás, y al parecer comíamos algo y también tomábamos mate todos juntos, charlando y pasándola bien, deseando que esa charla no terminara nunca, porque en el silencio después de la última palabra irrumpirían los bombardeos, el miedo constante. (Gamerro, 1998: 79)

La copia actualiza el recuerdo pero también busca mejorarlo. Algunos compañeros van a pedirle a Ignacio estar donde no estuvieron, heroicamente. Cada uno, a su manera, busca repararse en ese doble, realizar sus fantasías en un simulacro que les permita reflejar la imagen de sí que la realidad escamotea. La suma de los deseos individuales da la escala de la ilusión colectiva: vivir esos imaginarios como si se tratan de lo real. Felipe se va, Ignacio le ruega que pida más días al grupo de compañeros. Esta vez lo tiene clarísimo, si no consigue más tiempo lo que obtendrá es una nueva oportunidad de ponerse en pie de guerra. Él y las Islas van a estar juntos eternamente.

- Si no los convencés –me dijo-, tengo otro mensaje.
- Cuál –grité.
- Que no voy a entregarlas nunca. Que van a tener que matarme antes de sacármelas de nuevo. (Gamerro, 1998: 80)

En el armado del simulador para Verraco, a Felipe lo conmueve la posibilidad de “cambiar las reglas de guerras ya definidas: darle la Bomba a los alemanes, por ejemplo, o submarinos nucleares a la Argentina” (81-82); por mucho que lo observe en sus compañeros, él también está atrapado por el trauma de esa derrota. La programación del videojuego es un largo comentario (auto)crítico al desempeño nacional en la guerra.

Ante la negación social de un hecho que resulta insoportable, y que los tuvo de protagonistas, los ex combatientes –para siempre anclados en la guerra- despliegan ficciones contrafácticas o justificatorias. “Las Malvinas fueron, son y serán argentinas” es una frase que acaba por fagocitarlos, que los coloca para siempre en el rol de veteranos.

6.5. Misión imposible

*Se rompe loca mi anatomía
con el humor de los sobrevivientes,
de un mudo con tu voz,
de un ciego como yo,
¡vencedores vencidos!*

C. Solari

6.5.1. El juego de la guerra

El videojuego de la guerra es la excusa perfecta para distraer a Verraco, ingresar al sistema de información de la SIDE y conseguir el listado con los testigos del crimen de César. La obsesión patológica de Verraco por ganar la guerra y recuperar las Islas, y el desprecio que Felipe siente por él (por cualquiera de aquellos superiores), son la ocasión perfecta para jugar con su ilusión: primero le brinda mucha ventaja sobre sus oponentes pero luego, hacia el final, un virus impedirá cumplir el sueño de Verraco de ganar la guerra.

En un primer momento había concebido un virus que invirtiera completamente los resultados del juego, virándolo totalmente a favor de la victoria inglesa [...]. Pero después, menos por misericordia que por estrategia, decidí dejar las escasas victorias argentinas inmunes al virus; la pesadilla de Verraco era que el juego dijera la verdad, no que mintiera [...]; y a Verraco, salvo en contadas excepciones, le iba a tocar perder siempre. [...] Repitiendo la historia sin mejorarla, el virus iba a comerse uno a uno todos sus sueños, dejar sus fantasías tan pobres como sus recuerdos, convertir la derrota en derrota. (Gamerro, 1998: 111-113)

La recorrida por las diversas opciones del menú de selección de opciones para el armado del juego es un despliegue de oportunidades

para la mirada sarcástica hacia los rasgos dispersos que constituyen la historia, la cultura y la demografía del país.

Busqué y busqué, pero al final no encontré nada mejor que los iraquíes: con su facha morochona y sus uniformes de media estación pasaban lo más bien; les sacudí un poquito la arena y ya estaban listos para combatir. Sólo me faltaban nuestros barcos, pero fue fácil sacarlos de los archivos de la Segunda guerra, y algo emocionado tecleé la fecha, 1 de abril de 1982, y lancé la invasión. (Gamerro, 1998: 83)

Así, en pocas líneas, Felipe comenta la inadecuación de vestido para los fríos del sur y la flota vetusta con la que la Junta Militar decidió entrar en guerra. A su vez, en cada comentario de Fefe hay una (auto)crítica a la irracionalidad agitada desde un orgullo nacionalista, que se estrella contra la realidad del Estado abandonico y criminal.

Me pregunté en ese momento si realmente los iraquíes serían como habían aparecido en la CNN, hordas de fundamentalistas fanáticos absolutamente decididos a morir por Alá y Saddam; después de todo, nosotros también habíamos gritado en la plaza, quemamos banderas y todo el circo; en el extranjero nos deben haber considerado bastante feroces. Y las caras de los prisioneros después de la derrota relámpago se parecían bastante a las nuestras: algo confundidos, sucios, gastados, poco seguros de qué hacían ahí y aliviados de que les hubieran ganado tan rápido. (Gamerro, 1998: 87)

Al referirse a los Pucará, “el avión de ataque y apoyo táctico de fabricación argentina que constituyó para los ingleses la mayor sorpresa de la guerra” (89), la ironía se redobla en la referencia a la “guerra sucia”, en el contrapunto entre la represión sobre el propio pueblo, un triunfo de las Fuerzas Armadas, y el ataque al enemigo exterior, una derrota absoluta que cobró la dimensión de un ataque contra el propio pueblo. Los “menospreciados avioncitos sudacas [...] anteriormente sólo habían operado contra blancos terrestres en la selva

tucumana” (89), tarea represiva para la que las Fuerzas se habían capacitado en el extranjero (cf. Verbitsky, 2002), finalmente ejercida de manera autómatas en muchas circunstancias, toda vez que el Estado envistió a sus miembros del poder de hacerlo.

Otro de los elementos dispersos que aparecen en este y otros capítulos es el intertexto sutil con el corpus literario sobre Malvinas y con otras literaturas argentinas y extranjeras; no voy a detenerme en señalar cada uno pero sí quiero mostrar algunos particularmente significativos, por ejemplo el que alude a una escena memorable de *Los pichiciegos*, de Fogwill, porque lleva a la literatura, en una alusión muy velada, la figura de las monjas francesas desaparecidas, Alice Domon y Léonie Duquet (Wornat, 2002).

Los Magos decían que Pugliese se estaba volviendo loco porque una noche, volviendo con Acosta de un viaje a la intendencia, contaron que mientras esperaban la oscuridad para entrar al tobogán sin delatar el sitio donde lo habían disimulado, cuando estaban todavía enterrados en la sierra, habían sentido voces de mujeres. Que no eran malvineras, dijo Acosta, y que hablaban casi como argentinas, con acento francés. Él no las vio, las escuchó. Pero Pugliese dijo que él corrió a verlas, que se desenterró de la arenilla para verlas porque sintió que estaban cerca, y se asomó entre las piedras y vio dos monjas, vestidas así nomás de monjas, en el frío, repartiendo papeles en medio de las ovejas que les caminaban alrededor. [...] -Eran monjas. ¡Las vimos! -tartamudeaba Viterbo-. Hablaban. Había corderos con ellas: las seguían. [...] -¿Y estaban buenas? -preguntó un porteño, y alguien rió. Viterbo no hizo caso: -De repente, salían. ¡Aparecidas! (Fogwill, 2006 [1983]: 53-54).

En *Los pichiciegos*, el caso de las monjas francesas sobrevuela de modo fantasmal. En *Las Islas*, un breve diálogo en medio del entramado del juego las trae a escena de manera condensada: “-Mirá, mirá. Monjas enanas. Violémoslas” (85). Es inquietante leer cómo se retoma una línea esbozada en *Los pichiciegos*, la violación de las monjas; un hecho de la

“guerra sucia” es aprendido por “los chicos de la guerra” (Kon, 1982) *limpia*, práctica que por otra parte ya constituye uno de los típicos crímenes de guerra: la violación de las mujeres por parte de los soldados, pero que aquí cobra otra dimensión por focalizarse en un caso real de violación de dos secuestradas por el régimen, cuyos conscriptos, también maltratados por esos militares que comandaron ambas “guerras”, heredan no obstante la práctica de sus crímenes, cuyo imaginario emerge en la ocasión que tienen a mano, esto es, la violencia hacia las mujeres, la descarga sobre quienes están aun más desamparadas.

Hay otros intertextos que se vuelcan, en cambio, hacia la veta cómica, por lo general orientada hacia la cuestión gaucha y campera. Sobre el final del juego, por ejemplo.

Los ingleses me tenían rodeado. [...] La Marina había retirado todos los barcos al continente, la Fuerza Aérea los aviones y helicópteros: ahora le tocaba al ejército arreglarse solo. Puerto Argentino parecía el pueblito de Asterix: “Todas las Malvinas están ocupadas por los ingleses. ¿Todas? ¡No! Una aldea poblada por irreductibles gauchos...”; faltaba sólo la poción mágica. (Gamerro, 1998: 105).

Esta idea de la “aldea poblada por irreductibles gauchos” reaparecerá en forma de utopía nacionalista en el diario del mayor X, relacionada con la leyenda del tesoro de Sobremonte y el tatú cordobés. Entre tanto, la destreza encarnada en el ser nacional argentino reaparece caricaturizada en las descripciones de las batallas finales: “tranquilos, a sus anchas, los correntinos practican tiro sobre los ingleses como si fueran carpinchos o yacarés, y a la mañana siguiente festejan con mate y chamamé” (106). La recorrida por cada uno de los enfrentamientos en

Malvinas avanza a pesar del agotamiento de Felipe; asume que ninguno de los hitos de la guerra puede quedar fuera.

[...] ya me lo imaginaba a Verraco: “¿Y los gurkhas? ¿Me hace un videojuego de la guerra, y no me pone gurkhas?” Las veces que lo habré oído decir “a los gurkhas los corremos con los cuchilleros correntinos”, pero como la opción duelo criollo no figuraba en el menú, y las neuronas de mi cerebro habían agotado la última sinapsis hace rato, rebusqué en la pila de diskettes hasta encontrar un juego retrucho de las tortugas ninja que había copiado para el hijo de un vecino, y metí un par de secuencias tal cual: los japoneses zafaban bastante bien, a pesar de los sables de samurai en lugar de cuchillos kukri (por mí, podían ser Tramontina); y las tortugas ninja, la verdad, tenían un aspecto más humano del que mostrábamos nosotros después de dos meses en las trincheras. Así que la batalla la ganamos a palazos y patadas de karate, y aunque era todo muy ridículo y en otro momento me habría causado una gracia enorme, ahora me resultaba más bien triste, me deprimían mis propios chistes después de hacerlos. Los gurkhas eran el as en la manga del enemigo, y después de su derrota su suerte está ya echada: pero enloquecidos por la inconcebible derrota de los hombres y las armas de la NATO a manos de un ejército de aborígenes con lanzas, intentan un último contraataque, más por salvar su culo en la corte marcial que les espera en casa que por cualquier objetivo militar estratégico. (Gamerro, 1998: 107)

Lo que continúa es el relato exactamente invertido de lo que fue la derrota argentina: “la opción retirada honrosa no figuraba en el menú” (108). Este juego entre chiste y depresión que Felipe comenta tiene su correlato en el efecto de lectura que estos pasajes producen. La tragedia y la farsa están atadas en toda la novela (Kohan, 1999); los héroes de Malvinas, “aborígenes con lanzas” de dieciocho y diecinueve años, lo fueron a pesar de las Fuerzas Armadas argentinas. La inversión de los hechos le permite a Felipe fantasear la victoria y proyectar un cálido recibimiento de los soldados argentinos en el continente; otra vez, la ironía subraya de manera dolorosa la negación y el maltrato que recibieron los sobrevivientes.

Las naves argentinas cargadas con los soldados victoriosos, en cambio, entran a los puertos del sur haciendo sonar sus sirenas, y qué delirio el de la población que como un solo hombre va a recibirlos y llevarlos por las calles en andas. [...] Avanzan en una nube de banderas y cintas celestes y blancas y papелitos de colores que llueven del cielo como si en sus tribunas también celebraran. Un puente aéreo sin precedentes se organiza para llevarlos lo antes posible a sus casas; [...] cada barrio se convierte en un centro de festejos que duran hasta el amanecer; pueden reconocerse las casas de los ex combatientes por las colas de vecinos ansiosos por felicitarlos que parten de sus puertas abiertas de par en par y dan vuelta la manzana. [...] las listas de ex combatientes beneficiados con regímenes especiales de trabajo, planes de vivienda, becas de estudio empiezan a publicarse en la primera semana después de la victoria; sin mencionar las pensiones para los discapacitados y las familias de los muertos por la patria, declaradas prioridad nacional. (Gamerro, 1998: 108-109)

El contraste con la historia es aberrante: quienes salvaron la vida tuvieron un largo, penoso y oculto regreso, y cayeron en el olvido. Al maltrato en las Islas se sumó el maltrato en el continente, donde el Estado y la población esquivaron enfrentarse con el horror que habían comandado y apoyado. Para ese Estado, era indistinto; el bienestar de la población no era un objetivo. La población, en cambio, hizo gala de su memoria de tan corto plazo y de la poca conciencia en los actos de participación política, que tendrían su seguidilla en la democracia de la derrota, y continúan.

Todo aquello que lo hace volver sobre la memoria tan cercana de la guerra es tortuoso para Felipe: “Trabajo cansador este de rehacer la guerra” (93). Lo atacan fuertes jaquecas, a las que combate con drogas legales e ilegales. Ambas están muy presentes en *Las Islas*, en un espectro muy amplio: cocaína, éxtasis, ácidos, marihuana, todo tipo de ansiolítico, etc. Los índices de consumo de estupefacientes y psicoactivos se disparó y diversificó en la Argentina de posdictadura. Drogas que antes circulaban en ámbitos reducidos (la bohemia

tanguera, la vanguardia artística, la juventud más inquieta, cierto sector del psicoanálisis, algunos oficios), durante los años noventa se extendieron a amplios sectores sociales y hoy son una problemática de orden mayor. De algún modo, el vacío que generó la falta de trabajo y de proyección personal, así como el arrasamiento de muchos ámbitos de contención social (clubes y asociaciones de orden barrial, reemplazadas casi exclusivamente por iglesias de cultos novedosos en el país), fueron un terreno fértil para el ingreso del narcotráfico y la propagación del circuito de venta y consumo mediante punteros locales. En *Las Islas*, la necesidad de dominar el dolor físico y emocional está muy presente, especialmente en Felipe y en Gloria, pero también en otros jóvenes y en personajes como Tamerlán, que se mueve en el circuito de consumo de élite. Así es como, tras una devastadora jornada de trabajo psíquico, Felipe cae exhausto y sueña.

El sueño que tuve fue pausado, misterioso, mudo, con aire de película: apenas un largo travelling flotante de los guerreros en la cima de los montes en el más absoluto silencio, como tomado desde un helicóptero volando lento frente a ellos y proyectado sin sonido. Todos habían salido a la boca de sus cuevas para verlo pasar, esbeltos y erguidos, apoyados apenas sobre sus rifles y ametralladoras como zulúes sobre sus lanzas, y lo observaban impassibles, sus rostros de ojos hundidos casi invisibles tras la barba crecida no dejando pasar ninguna emoción más allá de un interés displicente y fastidiado como el que a veces dedican a la cámara los leones en los documentales. Las cumbres eran empinadas, mucho más que las de la memoria, verticales como las torres de un castillo, las agujas de piedra más altas envueltas en jirones de niebla que a veces las ocultaban de la vista, junto con los vigías encaramados. Mirándolos con más detenimiento era fácil distinguir a los que habían sido de tez y ojos más claros, y en algunos uniformes todavía se notaba la diferencia entre el verde oliva y el moteado de camuflaje que antes resultaba útil para distinguirlos. No era difícil entender, después; los guerreros eran tanto argentinos como ingleses, mezclados; acariciados por la mano del tiempo hasta volverse casi indistinguibles; y si de ellos emanaba como un aura la certeza de ser los verdaderos dueños de la tierra, los que ningún ejército podría expulsar, era porque en esos picos encendidos por el

último rayo de sol estirado sobre las llanuras ondulantes envueltas en sombras solamente habitaban los muertos. (Gamerro, 1998: 102-103)

El sueño de Felipe, que transcurre como una película, le permite situarse en la tan anhelada posición del espectador que no fue. Todo allí está estilizado, desde el paisaje hasta la actitud de los soldados, que más que esto son guerreros, es decir, combatientes *motu proprio*, como zulúes defendiendo un territorio al que saben suyo porque lo habitaron desde siempre. No obstante, el giro es desolador: aquellos guerreros están todos muertos. Como en “Juan López y John Ward” (Borges, 1996b: 496), se funden amorosamente, sin importar quién es quién. Otra vez, la utopía humanista llega tarde porque sólo tiene lugar en la distopía, en una tierra arrasada por la muerte.

6.5.2. Inteligencia de Estado (argentino)

Lo que Verraco tiene montado en la SIDE es un bunker conspiratorio para la recuperación de Malvinas. Allí, las reflexiones sobre los hechos y la memoria de la guerra circulan en tiempo presente. En cada episodio, en cada comentario, se construye (y se destruye) la imagen del Estado argentino, a la vez que se ponen en evidencia los lazos de continuidad entre el Estado la dictadura y el Estado menemista de los años noventa: otros cargos, mismos funcionarios, salvo los poquísimos que quedaron presos tras las leyes de Punto Final, Obdiencia Debida e Indulto.

La gente de Verraco venía planeando, entre otras cosas, secuestrar al Príncipe Carlos y Lady Di y exigir una isla de rescate por cada uno, pero tuvieron que cancelar cuando por la revista *¡Hola!* se enteraron del inminente divorcio; subvencionar al I.R.A. para cometer atentados en las Islas, jugarlas contra Inglaterra al fútbol... El gran problema eran los

recalcitrantes habitantes nativos, con los que Verraco tenía una obsesión. “Yo le dije a Menéndez²¹⁴ cuando estábamos allá –repetía a quien quisiera oírlo y no pestañeara al tener que imaginarse un capitanejo batiéndole la justa en plena guerra a un general de brigada- lo de los kelpers arreglémoslo a la argentina, uno solo que dejemos y va a andar pataleando que las Islas son suyas, escuchá lo que te digo. Pero no, al cordobés se le metió cuidarlos como especies en extinción, pandas o dogos o qué sé yo, le faltó hacer calcomanías que digan ‘salve a los kelpers’ y pegarlas por toda la Isla. Y ahora esos mil quinientos hijos de puta escupiéndole el asado a treinta millones, diez veces más ricos que antes de la guerra y todo gracias a nosotros, al final terminamos haciéndoles un favor”.²¹⁵ Más de una vez yo mismo me lo había preguntado, por qué los mismos milicos que acá en sus tierras perpetraron todas las atrocidades existentes en el catálogo mundial y agregaron de paso algunas nuevas, no habían cometido en toda la guerra una sola contra los habitantes nativos de las Islas. Se supone que era por la imagen internacional, pero no terminaba de cerrarme –demasiado racional. Quizás era simplemente que para cometer atrocidades es imprescindible juzgar al otro como un inferior, y los kelpers eran demasiado blancos, arios y anglosajones para que los milicos argentinos se atrevieran a pisotearlos. Resignándose a la negociación política Verraco consiguió interesar a la Cancillería en el plan compraventa: un millón de dólares para cada kelper a cambio de la aceptación de la soberanía argentina; la cosa estaba bastante avanzada cuando la información se filtró a los centros de ex combatientes, que bajo el lema “la sangre derramada no será negociada” organizaron una demostración en la que para no quedar mal participó el mismo Verraco. (Gamerro, 1998: 117-118)

¿Cómo sería arreglarla “a la argentina”? Antes de que se escribiera esta novela, el 1986, se jugó el tan simbólico partido mundialista Argentina-Inglaterra, en el que Argentina califica con el célebre gol de Maradona, “la mano de Dios” (luego de muchos años de negarlo, Diego Maradona dio a entender que el reclamo del equipo inglés era certero ya que ese balón entró al arco por un golpe de puño). Poco más tarde, por los años en que se escribía esta novela, el canciller Guido Di Tella envió ositos y videos como un intento de seducir a los kelpers hacia la demanda

²¹⁴ El general de brigada Mario Benjamín Menéndez fue designado por el Estado argentino gobernador de las Islas Malvinas durante el conflicto.

²¹⁵ Para conocer la palabra de los kelpers sobre los meses del conflicto, cf. Fowler, 2013.

argentina mediante un presente (Verbitsky, 2002: 255); eran los años menemistas de las “relaciones carnales” con Estados Unidos. Traigo a la memoria estas cuestiones para contextualizar la relación tan cercana entre absurdo y ficción, historia y literatura, a que remiten estos pasajes. En cuanto a las calcomanías, fue furor por aquellos años la defensa de las ballenas (cuyo paso por el Atlántico se produce a 30 metros de la costa argentina, en la Patagonia norte, y puede avistarse fácilmente). Las reflexiones finales de Felipe desnudan dos realidades bien concretas: por una parte, el anterior desprecio británico por los habitantes de las Islas (que sólo obtuvieron la ciudadanía británica de pleno derecho tras la guerra); por otra, el racismo de la matriz identitaria nacional en Argentina, que esta tesis viene recorriendo desde su fundación en el siglo XIX y que, como aquí vemos, sigue plenamente operativa en el extremo más contemporáneo de la historia patria. Está claro: nada racional –como el cuidado en la proyección internacional de la imagen nacional- sino el más llano racismo explica el porqué del reparto de tratos entre jerarcas de cuño nacional. La admiración sarmientina por Sajonia sigue bien vigente, a la par que el desprecio por las culturas originarias de América y las mediterráneas. Rige la ideología de la Generación del Ochenta. En cuanto al intento de soborno, el lema que esgrimen los ex combatientes está calcado del que Montoneros puso en circulación tras la masacre de Trelew, diez años antes de la guerra de Malvinas: “la sangre derramada no será negociada” (cf. Martínez, 2004). Nuevamente, el bucle “guerra sucia”/limpia pone en continuidad los crímenes represivos del Estado y

los crímenes de guerra, siempre, en ambos casos, contra sus propios ciudadanos.

El video que los hombres de Verraco preparaban en la SIDE para seducir a los kelpers, “Tú eliges”, es elocuente respecto de la imagen de país que se tiene hacia adentro: baste observar que el título no se corresponde con el uso gramatical de Argentina, voseante.

El pedazo que vi alternaba imágenes de las Cataratas del Iguazú, la rambla de los lobos marinos en enero, (Mar del Plata – Happy City, rezaban los subtítulos), la Casa de Tucumán y San Carlos de Bariloche; con tomas agrisadas de los muelles de Liverpool, las pedregosas y polucionadas playas de Brighton, minas de carbón abandonadas en Newcastle, los suburbios del sur de Londres bajo la niebla invernal. Después familias argentinas exageradamente rubias y despreocupadas de compras en algún shopping, visitando el zoológico, comprando globos a los niños en la plaza; versus una masa multirracial de squatters drogándose entre pilas de basura, pululantes barriadas pakistaníes o árabes o caribeñas, fiestas punk donde adolescentes rapadas con las tetas asomando por los agujeros del corsé entrometían lenguas perforadas a lo largo por argollas como cortinas de baño (“this could be your daughter” rezaba el subtítulo) en las orejas de skinheads con el cráneo tatuado por esvásticas. Una melosa voz de FM canturreaba seductora: “Argentina, land of promise... where natural beauties by the hand of man have achieved at all harmony... the better country of the world can be yours...” (Gamerro, 1998: 122)

La estupidez de la Inteligencia de Estado dirigida por Verraco no sólo queda puesta en evidencia por la minusvaloración del receptor de dicha propaganda sino por lo que se vende allí como provechoso: racismo y promesas basadas en mentiras, y en una falsificación de la comparación entre Argentina e Inglaterra. El recorte que se hace de lo *bueno* y lo *malo* es una muestra más del patetismo ideológico de estos representantes del Estado. Por lo demás, la oficina termina por subrayar esta situación: macetas con “Tierra de Malvinas” (123) y el nombre de cada una de las especies que caracterizan a la flora

nacional; el escritorio de don Benito con sus comparaciones entre las Islas y las manos mutiladas del cadáver de Perón: “Tarde o temprano las recuperaremos. El día en que sus manos vuelvan a estar unidas a su cuerpo, el día en que las Islas estén unidas al continente, nuestra patria castigada y dividida volverá a ser una” (125); George Turner, el kelper asesor de quien Benito sospechaba; el cobayo sobre el que hacían pruebas de infertilidad con la idea de rociar las Islas y dejar estériles a los kelpers; un admirador del propio Felipe que ahora trabaja, como antes él, en el área de informática.

-¿Por qué cerraron el sistema? –le pregunté.

-Mirá –se excusó-, no tiene que ver con vos, yo sé que tus controles eran muy seguros, pero sabés que acá la paranoia no es una enfermedad laboral, es un requisito para que te contraten. Y como no entienden nada de computadoras... Cada vez que apretaban la tecla equivocada y les cambiaba la pantalla empezaban a gritar ¡Los anarquistas informáticos! ¡La subversión electrónica! Una cosa llevó a la otra, y al final fue inevitable. No hizo falta que nadie diera la orden. Corten todo contacto con el exterior, todo contacto... Te juro que fue mejor, se respiraba un ambiente de mierda, era inaguantable.

-Ya sé. ¿Por qué te creés que me fui?

-De todos modos era una inevitabilidad matemática. La paradoja del control. Ya sabés. Si la SIDE existe para vigilar a *todos* los habitantes, debe incluir una segunda SIDE que vigile a los de la primera, y esta a su vez una tercera, y una cuarta... Clásica regresión al infinito. Bueno –se rió- debés pensar que soy un pesado, te cuento tus propias teorías. Fue así como lo formulaste, ¿no?

-Más o menos. Quería demostrarles que que la SIDE funcione es lógicamente imposible. Para molestarlos un poco, nomás.

-¡Pero tenías razón! ¡Como siempre! Al final tuvieron que admitir que el control sólo podía estar adentro, y aceptar la autorreferencialidad como destino. Hacer del vigilado vigilante y del vigilante vigilado en una trenza interminable y eterna.

-Moebius –musité-. Las hormiguitas buscando el revés de la trama. ¿Y no limita un poco la capacidad operativa?

-Todo lo contrario. Resultó tal cual tus predicciones. Hace rato que la SIDE sólo se investiga a sí misma. La idea ahora es que sólo puedan resolverse completamente los crímenes que uno mismo ha cometido. Todo se simplifica. Incluso han decidido empezar por la solución y a partir de ahí planear el crimen. Para eso contrataron un escritor de novelas policiales. Te doy un ejemplo. ¿Te acordás del secuestro de Lipmann?

-Sí. Pero ese lo resolvieron al final, ¿o no?

-Se hizo todo acá adentro. Lo secuestraron, cobraron el rescate y realizaron la investigación, encontrándolo y atrapando a los responsables, que eran ellos mismos. Negocio redondo. [...]

-¿Querés decir que la persecución...?

-Picada más bien. El auto en el que iba Lipmann era el de atrás. Y el tiroteo fue con balas de salva.

-Pero Lipmann murió.

Por toda respuesta se encogió de hombros. (Gamerro, 1998: 132-134)

Es impactante la lectura de este diálogo y el caso Lipmann luego de que se haya hecho público el caso Nisman, fiscal de la nación y ex integrante de la SIDE (finalmente disuelta bajo la presidencia de XX). Si bien la matriz del Estado es en buena medida la que esta tesis recorre desde *El sueño del señor juez*, la reacción a las diversas luchas por modificarla nos sitúa en una contemporaneidad en la que esta matriz está aun reforzada. La SIDE que presenta *Las Islas*, con su inmediata referencialidad en los hechos de la historia, da la dimensión del tipo de institucionalidad, de Estado y de nación de que estamos hablando. El Estado opera como una ficción en lo que a derechos y garantías ciudadanas respecta, y como una contundente realidad en cuanto a deberes y obligaciones. Es decir: hay que dar la vida por la patria bajo reclutamiento forzoso, pero esa vida no sólo no iba a estar preservada por las leyes internacionales de guerra garantizadas por la mirada de la superioridad, sino que sería esa misma superioridad la que las infringiera sobre sus propios ciudadanos, aunque las hiciera respetar sobre los extranjeros (cf. Verbitsky, 2002: 236). Esta es la lógica que opera sobre la subalternidad desde los años fundantes, recogida

tempranamente por la literatura, y que replica en múltiples ámbitos del Estado argentino.²¹⁶

²¹⁶ Puede trazarse un arco que vaya desde las primeras literaturas nacionales en sus diversos posicionamientos (como “La refalosa” o *El gaucho Martín Fierro*), hasta las narrativas de posdictadura. Cf., por ejemplo, el cuento “Muero contento”, de Martín Kohan (1994), en el que se toma la batalla de San Lorenzo (y la figura de San Martín, en una inversión genial de la figura del prócer) pero que tanto remite a la propia oficialidad de Malvinas.

6.6. Los testigos

Tras la impotencia de Dios se deja ver la de los hombres, que repiten su plus jamais çà! cuando ya está claro que ça está en todas partes.

G. Agamben

Al abrir el archivo con el listado de testigos, conseguido gracias a la infiltración en la SIDE bajo la excusa de instalar a Verraco el videojuego de la guerra, Felipe se encuentra con la sorpresa de que los nombres originales habían sido cambiados por otros de fantasía a causa de un virus: “1. Margaret Thatcher. 2. Larguirucho. 3. Homero Simpson.”, etc. Con esa lista va a ver a Tamerlán, quien lo recibe a pleno discurso: las ventajas de la desigualdad como motor del cambio, las ventajas del campo frente a la ciudad por el acceso carnal a mujeres e hijas (e hijos) de los peones, las desventajas del exterminio de los pueblos originarios por falta de un “jardín de las delicias” (163)... Felipe escucha pacientemente.

Me estaba convirtiendo en una especie de sucedáneo de su hijo, que esta vez lo escuchaba con atención y respeto en de darle vuelta la cara; los cien mil dólares, además de una lista de nombres incompleta, le habían comprado esta dócil muñeca de goma para los ardores de su mente. (Gamerro, 1998: 163)

Tamerlán le habla enajenado.

-Necesitamos nuestra utopía, más que los pobres [...]. Todos necesitamos un ideal, todos necesitamos una razón para vivir. ¿Ha leído a Eva Perón?
-No imaginé que fuera su lectura de cabecera.
-¿A quién cree que leo? ¿A Donald Trump? Hágame justicia, señor Félix. Quisiera creer que todo lo que averiguó de mí le sirvió de algo. [...] Sin embargo, si creer saber todo sobre mí, se equivoca. [...] ni usted ni nadie

puede saber que yo conocí personalmente a esa mujer. Yo tenía quince años y le tendí la mano como todo un hombrecito, pero ella me acarició la cabeza y me dio un beso en la mejilla. Un rato después pedí ir al baño y me hice una paja. [...] Cuando los montoneros pusieron, entre las condiciones para mi liberación, la exigencia de colocar un busto de ella en cada oficina de la empresa, no imaginaron jamás que ese gesto tenía más significado para mí del que jamás tendría para ellos. (Gamerro, 1998: 164-165).

Además de la insólita mención al actual presidente de los Estados Unidos de América, imprevisible por aquellos años de escritura de la novela pero que concuerda muy bien con la un clima de época que recoge la configuración de los empresarios que luego devendrían políticos (la historia de Tamerlán tienen numerosos puntos en común con la de Mauricio Macri, actual –e impensado por entonces- presidente de Argentina), esta es otra de las muchas escenas que funcionan como eslabón en la esfera que conforman las cinco primeras novelas de Gamerro: *La aventura de los bustos de Eva* es uno de los *spin-off* de *Las Islas*.

6.6.1. El 26

Al revisar los archivos, Félix descubre entre las copias una anomalía que le llama la atención y de ese modo descubre la presencia de un testigo que sólo figura en una de ellas, no en la de la SIDE sino en la de la Policía, “que por algún motivo alguien en la SIDE se tomó el trabajo de borrar hasta de las computadoras...” (176). Se lo comunica a Tamerlán e *ipso facto* se ve obligado a averiguar la identidad de este último testigo.

De este modo, Felipe toma el rol del detective; estamos ante una trama policial que tiene todas las características del género negro: un detective no profesional que desarrollará su investigación sumergiéndose en las entrañas de una sociedad corrompida por el abuso de poder, con la consecuente descomposición del tejido comunitario (Link, 2003). Para averiguar los nombres de cada uno de los testigos, Fefe comienza por visitar a uno de los miembros de *Surprise from Spain*, a quien llega a través de Marroné y del propio Tamerlán. Este hombre le explica en qué consiste ese negocio del que forma parte, al que habían sido invitados a integrarse los veintiséis testigos, y que responde a la lógica neoliberal de los en curso.

En *Surprise* se ha realizado por primera vez el sueño dorado y la promesa de nuestro líder y presidente: convertir a todos los proletarios en propietarios. [...] este logro plasma plenamente nuestras más caras aspiraciones utopistas, que de jóvenes perseguíamos de manera equivocada. Queríamos convertir a los propietarios en proletarios, cuando era al revés. (Gamerro, 1998: 199)

El gordo tenía consigo un video del día de aquella reunión. Al verlo, Felipe pudo corroborar el número veintiséis y descubrir –a pesar de que el asesinato no quedó registrado en cámara, la presencia de un llamativo testigo de sobretodo gris que tiene un destacado papel en esta historia.

Como paso siguiente, Felipe le pide al hombre el listado de invitados, pero no habían sido registrados. Le pide entonces el listado de miembros, ante lo cual el hombre alega que es confidencial. Finalmente, dinero de por medio, Felipe accede como nuevo socio a *Surprise*, y desemboca en la reunión de bienvenida que lleva adelante

un cubano rabiosamente anticastrista -luego se sabrá que se trata de un panameño haciendo de cubano (313)- cuyo discurso es una mezcla de prédica evangelista estilo brasileña con fascismo: “No mires hacia afuera. Es adentro donde se encuentra atrincherado el pobre que debes extirpar de tu cuerpo. [...] ¡Expulsa al pobre! ¡Púrgate del pobre! ¡Pisa al pobre! ¡Extermina al pobre!” (218). En la charla que explica cómo funciona este negocio, Felipe descubre que “lo que se compraba y vendía en *Surprise* no eran fantasías y cosméticos baratos: eran personas” (216-217). No obstante, lo que Felipe haría con el listado de socios no sería venderlos, sino salvarles la vida. A contracorriente de la lógica imperante, jugándose su propio pellejo una vez más es como esta novela construye la identidad de un héroe de la sobrevida, cuyas hazañas, como la de aquellos adolescentes que fueron a la guerra, no estarían jamás iluminadas por los focos ni arropadas por el aplauso.²¹⁷ Si algo caracteriza al heroísmo de la posdictadura es su deslucimiento: a diferencia de los laureles militantes de las izquierdas y de los brillos triunfalistas de las derechas, estos jóvenes pelearon por la vida propia y las ajenas sin un proyecto, bajo amenaza, en contra de las instituciones que debieron ampararlos, en ocasiones tanto la familia como el Estado. Tal es el caso de Felipe Félix, pero también de Fausto Tamerlán (h). Dos héroes, también, de Malvinas.

²¹⁷ No es mi propósito detenerme en la figura del héroe. Tomo el uso de la virtud heroica que con que se hizo referencia desde los meses de la guerra a los combatientes en Malvinas. Para un uso específico del término a lo largo de los tiempos y los ámbitos, cf. Bauzá, 1998.

6.6.2. Los veinticinco

Felipe comienza la búsqueda de los veinticinco testigos presentes en aquella reunión desde la cual pudo verse a César Tamerlán empujar a su amante al vacío. Primero intenta por teléfono, luego personalmente. Uno lo va llevando al otro. Todos coinciden en exculpar al hijo del empresario, o niegan haber identificado a alguien: tienen terror de haber visto lo indebido. A la vez, Fefe indaga cuidadosamente por el hombre del sobretodo gris.

En la figura de muchos de ellos, Gamarro coloca guiños literarios: en una casona con “alta verja de lanzas de hierro” (237) y “una vasta biblioteca embutida de libros viejos forrados en tela o cuero” (237) vive una escritora cuyas señas particulares remiten a Borges. Para despejar dudas, le responde a su visitante: “¿Un premio dice? Qué gracia. El último premio que recibí fue el Nacional del Literatura” (237). De modo más sutil aparecen referencias a la literatura de Arlt, en la figura de un “matón melancólico” (243), y a Walsh, en las “pastorcitas de porcelana azulada” (238). Más adelante, el relato de un taxista veterano de Malvinas le provoca a Felipe “el conocido bolo de angustia” (246) en el estómago, una sensación que remite a lo que le ocurre a Erdosain en *Los siete locos*; en este caso, el relato tremendo del taxista se superpone al diálogo que Fefe establece para llegar a casa de otro de los veinticinco testigos del listado. A partir de un organigrama previamente pensado, Felipe los va contactando uno por uno. Necesita atravesar el conurbano y la ciudad. Así llega al singularísimo barrio de Parque Chas.

Pegado a la Facultad de Veterinaria, compuesto en su mayor parte por manzanas de la tercera o la cuarta parte del tamaño de lo normal, separadas por calles de juguete que ostentan los nombres prestados de ciudades europeas, se encuentra uno de los barrios más extraordinarios de la ciudad, al menos para aquellos con el ojo más afinado a los aspectos mágicos que a los prácticos de los mapas: Parque Chas. Era fácil, en las páginas de mi fiel Filcar, identificar el punto preciso desde el cual toda la magia irradiaba: un óvalo de calles concéntricas cortado en seis porciones por las diagonales que se cruzaban en el núcleo del perfecto huevo central. ¿Qué arquitecto colgado habrá decidido, por una vez, aliviar a los porteños del rígido damero cartesiano que los enajena por todos lados, tendiendo en un rincón olvidado entre las rectas y angulares vías de actividad e industria esta tela de araña de calles tenues como hilos de seda? (Gamerro, 1998: 281)

Nuevamente, el diseño urbano se hace presente desde una perspectiva planificada y atrapante, siguiendo el leitmotiv de la tela de araña. En el centro de la expresión más acabada del futuro arquitectónico habita Tamerlán, el hombre de poder; en el centro de su contracara, un barrio periférico anclado en el pasado, vive un personaje que tendrá un protagonismo fundamental en esta historia: Gloria, el paradigma de la mujer atrapada en la tela de araña del poder dictatorial.

6.6.3. Gloria, Malvina y Soledad

Felipe toca el timbre de una de esas casas.

Escuché juntos un correteo de muchos pies acercándose por el pasillo, un grito ahogado de advertencia, raros chillidos; la puerta se abrió de golpe y dos nenas asombrosamente parecidas a pingüinos se me arrojaron sobre las piernas.

-¡Malvina! ¡Soledad! -las llamó una voz desde adentro, y levanté los ojos para ver una figura que se acercaba a pasos rápidos por el pasillo iluminado. (Gamerro, 1998: 282)

Cuando le explica a Gloria a qué viene, ella se queja, le explica que no quiere saber nada con *Surprise*, “Nunca me dio -dijo señalando la pila de productos- para cagar a algún amigo o conocido como me cagaron a

mí” (284): estamos ante una subjetividad que no se mueve con la lógica neoliberal individualista que toda la novela viene construyendo a propósito de esos años noventa en Argentina.

Gloria invita a Felipe a pasar. Ya dentro, Felipe reconoce que las niñas son mellizas y tienen síndrome de Down. Las niñas juegan con él. Ambos se muestran cansados, preocupados; Gloria le ofrece algo de tomar. Whisky para él, vodka para ella.

Empezamos a charlar. A poco de empezar, sentí que se me iba levantando del pecho la terrible opresión, como si en los últimos días hubiera hecho de cimiento para las dos torres él solo. Era bueno, esto de haber perdido, de haber llegado al final, de no poder hacer más. Era lo que muchos, en las Islas, sintieron cuando los tomaron prisioneros. Ya está. Estamos vivos, los ingleses ya llegaron, ya defendimos la patria y perdimos. Era bueno, también, esto de conversar sin objetivo, sin estrategia, sin necesidad de apurar al otro, humillarlo, sacarle la información que no quiere dar, darle a entender la cosa equivocada. Las palabras, de repente, no servían solo para quitarle cosas a alguien, o para imponérselas. Se prestaban, se regalaban, se acariciaban como un gato, se devolvían, se saboreaban en la boca, bajaban a veces hasta el pecho. No me daba cuenta de lo que había perdido hasta ahora, cuando empezaba a recuperarlo. (Gamerro, 1998: 286)

Dos lógicas diversas a la imperante se encuentran. Son jóvenes. Él asume que ya no va a encontrar al testigo 26, Gloria le cuenta que fue sola a la reunión de *Surprise* el día fatídico y entonces ya no sabe por dónde continuar investigando quién es el hombre de sobretodo gris. Es la derrota del mandato, como en Malvinas. La vive como un alivio: ya no hay nada que hacer, ya no puede defenderse aquello que demandaba la vida, la entrega absoluta. Sobreviviente del filicidio, Fefe siente que recupera lo que había olvidado que había perdido. Comparten la tarde: música, marihuana, juegan con las niñas (“Son lo mejor que me pasó en la vida”, 287), las hacen cantar el Himno Nacional: -Coronados de

gloria vivamos, / O juremos con gloria morir. –Ésa es la parte que mejor les sale, ¿viste? –intervino la susodicha-. Debe ser porque piensan que gloria soy yo” (289). Fefe se queda a cenar.

Durante la cena Gloria mencionó un pueblo con dos o tres cosas que me resultaron familiares; atragantándome de puro ansioso aporté el nombre, Malihuel, y descubrimos que teníamos algo en común más fuerte que la sangre o los votos sagrados: los mismos recuerdos de infancia. [...] Yo iba a ese pueblito perdido en la punta de la bota de Santa Fe todos los veranos, ella vivió en él hasta los diez años. [...] el Guido, el Mati, el Vicentito, ¿los conociste? –Qué no -me contestó [...]. Los mejores recuerdos, coincidimos ambos, eran los de la laguna y la isla del balneario. [...] Íbamos a cenar al hotel, que tenía escaleras de mármol y cortinas de terciopelo; había festivales y venían artistas y músicos de todo el país: el padre de Gloria se metió a empresario y una vez cenaron con Sandro [...]. Y te acordás de la –dije yo, y ella sí pará, no te puedo creer, ¿vos también la viste? Creí que yo sola, en el mundo, y los dos hablamos a la vez, atropellándonos [...]. (Gamerro, 1998: 290)

Se creían solos en el mundo y se encuentran hablando de un pequeño rincón el mundo que es, justamente, su educación sentimental (muchos de estos hilos serían retomados por Gamerro en la escritura de *El secreto y las voces*). Hasta aquí, la única relación sexo-libidinal que la novela había mostrado de Fefe era la de “Sandra” (49), un amor virtual del que ni siquiera se sabe si existe como persona; Gloria es el opuesto absoluto: una mujer que parece, como él estar buscando la salida del Infierno. Con un pasado en común, que irán descubriendo de a poco.

Acuestan a las niñas. Están solos y Gloria avanza sobre Felipe, en una larga escena de sexo en la que está tan presente su cuerpo como sus pensamientos.

[...] deseé desesperadamente ser ciego para poder tocarla con mayor intensidad, y levantando los dedos en alto, para romper el hechizo, hice mi primer descubrimiento: el aire raspaba después de tocarla a ella. Algún lugar de mi cuerpo, seguramente el que acomodaba mejor los recesos y salientes de su arquitectura, me susurró el segundo, un

corolario: después de tocar esto, me dijo, no vas a querer tocar ninguna otra cosa en tu vida. Sabelo ahora, aunque cuando te levantes de acá lo olvidas: vas a compararlo siempre, cualquier otra piel va a sentirse como arpillera. Te va a ser difícil conformarte. (Gamerro, 1998: 297-298)

Satisfechos, regresa la charla y descubren que sí, que se habían conocido durante un carnaval, de niños. Ella le confiesa que le gustó que él conociera a las nenas y se quedara, cosa que no suele ocurrirle con otros hombres. Entonces él le pide verla, encender la luz; ella intenta frenarlo.

Le habría hecho caso, pero llegó tarde, porque mi mano ya estaba sobre el interruptor. Alcanzó a cubrirse, pero no como suele hacerlos una mujer desnuda: sus tetas y su concha quedaron al descubierto, y sus manos habían volado a tapar zonas perfectamente inocentes del pecho y el vientre. Enseguida supe por qué. No había en diez personas manos suficientes para tapar las marcas que le cubrían todo el cuerpo, adensándose como enjambres de insectos en las áreas que intentaba ocultar.

-Ahora viste –me dijo enojada-. Ahora apagá.

No le obedecí. Me acerqué al sofá, me senté en el borde, apoyé los brazos sobre una. Era como si hubiesen pellizcado bien fuerte, hasta arrancar el pedazo, la piel circundante estirándose como un zurcido después para cubrirlo. Eran estas pequeñas cicatrices brillosas lo que mis dedos habían detectado antes, en la oscuridad confundiéndolas con una ilusión táctil fruto de mi embeleso; el mapa que yo había trazado uniendo estos puntos con mis dedos recién ahora empezaba a tomar forma. Gloria me miraba resignada, esperando que me decidiera de una vez, y a mí me hubiera gustado complacerla: qué, cuándo, quién. Pero ya conocía las respuestas. Se lo hicieron a esta piel, sentí en la garganta, en los ojos; fueron capaces de hacérselo a esta piel.

-Las más claras son de picana. Las más oscuras son quemaduras de cigarrillos. Y no te asustes, que tienen más de diez años, ya no muerden. ¿O sos de los compasivos? ¿Podés apagar la puta luz, ahora, o querés ver más? Mirá.

Abrió los brazos y los extendió a los lados. Me levanté y apagué. Sin acercarme de nuevo a su cuerpo, que adiviné tenso, hostil, apretado como una almeja cerrada, hablé sin pensar.

-¿Te creés que tenés el monopolio del sufrimiento? Cuando tenía diecinueve me mandaron a Malvinas, me hirieron en la cabeza y estuve un año sin poder hablar. Claro, ya sé, no se compara con lo tuyo. Estoy muy bajo en el ránking. No tengo derecho a quejarme.

Pensé que después de eso iba a enojarse más y echarme, pero en cambio se sentó, abrazándose las rodillas, y me preguntó:

-¿Adónde en Malvinas?

-Puerto Argentino. Longdon. ¿Qué, conocés? –dije, un poco más sarcástico de lo que hubiera querido.

-¿No en la Isla Grande?

-No. ¿Por?

No me contestó, pero noté cómo se aflojaba y me ofrecía una tregua encogiéndose las piernas para hacerme lugar. ¿La quieres con detalles, o te basta una idea general?, me dijo al minuto de silencio, y yo le contesté que no hacía falta si no quería, ya había escuchado muchas veces la historia. Una historia como la mía, me corrigió, casi displicente de tan segura, te aseguro que no la escuchaste antes. (Gamerro, 1998: 299-301)

La “guerra sucia” intervino el cuerpo de ella, su biografía, su subjetividad; la “guerra limpia”, el de él. El rango entre ambos se mide por la escala del sufrimiento: estamos ante dos sobrevivientes. Él puso el cuerpo en la batalla más dura de la guerra del Atlántico Sur. En cuanto a ella, él cree conocer las respuestas. Sin embargo, aún hay más en su historia: diecinueve años, estudiante de Derecho; novio militante al que asesinan desde un coche; pase a la clandestinidad y continuidad en la militancia, a pesar de que veía claro “que no íbamos a ganarles, que jugándoles el propio juego nos iban a ganar seguro” (302); meses de secuestro y torturas.

Un día me metieron la cabeza en una bolsa, me hicieron subir y bajar escaleras a los empujones y me metieron en el piso de una camioneta, con otros como yo. Nos llevaron –me enteré después- al Olimpo, a dos cuadras de mi departamento, al que nunca más volví –creo que se lo quedaron ellos. Ahí tenían otro estilo: los que se ponían la capucha eran ellos, y disfrutaban más con el suspenso que con la sorpresa, viendo qué caras ponía yo al anticipar –acertadamente o no- sus próximos movimientos, y se reían cuando me equivocaba. Aprendí a reconocerlos por el cuerpo, no eran más que cuatro o cinco, y había uno que era claramente el jefe: le decían capitán. Los otros iban y venían: él estaba siempre, como si acudiera a una cita. No era por su rango, ni excesivo celo en el cumplimiento de su deber: por las cargadas de los otros me di cuenta de que el privilegio me lo reservaba a mí únicamente. Eso me hizo volver. En medio de la nada, del vacío del terror y aislamiento en el que había desaparecido por todo ese tiempo, había ahí de repente algo de lo que agarrarme, un relieve, una cornisa. Y cuando un día se sacó la capucha, cuando *recuperé la posibilidad de darle un rostro, una identidad al puro pánico animal en que se había convertido mi mundo entero, empecé a recuperar la mía*. ¿Sabés de quién te estoy hablando, no?

Supongo que sí, pero era tan intolerable que ni me atreví a decírmelo a mí mismo, y esperé mudo a que lo hiciera ella. Yo no lo había empezado, de todos modos, este jueguito.
-De mi ex marido. Del padre de las nenas. (Gamerro, 1998: 303-304)²¹⁸

Síndrome de Estocolmo: ella sabe que eso salvó su vida. Las torturas disminuyeron, fueron más cuidadosas con su cuerpo; la perversión cambiaba de protocolo. Siente que recupera la identidad en tanto es reconocida por alguien en medio de ese infierno. Un día lo vio llorar y eso la conmovió: “Y sentía pena por él. [...] Lo sentí como un triunfo [...]. ¿Cómo no sentirme halagada? [...] Ya no estaba sola. A través de las tinieblas, alguien me había alargado su mano” (305). Entre ellos se desarrolló un juego de seducción: ella resistía a la tortura, él se enorgullecía, ella se sentía digna de él. Ella quedó embarazada pero él la hizo abortar, “porque como habían sido tantos los que me volaron no podía soportar la idea de que fuera de otro” (305).

Todos estos hechos, que tienen algún correlato real (hay denuncias de abortos quirúrgicos de parte de sobrevivientes, por ejemplo), chirrían en la verosimilitud de algunas reflexiones, que más que impactar, indignan, tanto más a la luz de los testimonios de ex detenidas-desaparecidas que llevan décadas haciendo reflexionar a toda la sociedad al respecto (cf. Actis et al., 2006; Lewin y Wornat, 2014).

“Si hablabas, esto no pasaba”, me gritaba, como si yo hubiera aguantado a propósito para poder acostarme con muchos hombres. Aunque algo de razón tenía, claro, prefería las violaciones a las sesiones de picana: daba gracias a Dios cuando en el medio de una veía que alguno empezaba a bajarse la bragueta [...]. (Gamerro, 1998: 305-306).

²¹⁸ Subrayado mío.

Aunque la violación nunca fue reconocida como un acto específico de tortura en el marco del secuestro, las víctimas lo denunciaron siempre. Que le resultara preferible a las torturas de otro orden, aún en una novela no realista, desplaza al personaje de Gloria hacia algún tipo de desorden psíquico, no relacionado con secuelas conocidas.

Quiso librarse de mí, y había una sola manera. Me llevó a uno de esos vuelos... Pensaba tirarme sobre el mar. A último momento, desnuda en sus brazos, drogada como estaba mimosa o por el frío que entraba por la escotilla abierta me abracé a él –eso me contó después- y en ese momento que supo que no podría soltarme pensó en transponer conmigo el umbral. ¿Qué romántico, no? (Gamerro, 1998: 306)

El relato de Gloria avanza sobre esa línea que se vuelve cínica para consigo misma, al punto de desdoblarla en dos claras identidades cuyas afectividades no pueden convivir: él la llevó a vivir a su casa, nadie de su familia puso reparos al vínculo (casi al contrario, fue bienvenido), y ya no pudo relacionarse con sus amigos.

Él me hacía indigna de ellos, y sin ellos no tenía otra opción que acercarme más a él. Y cuando volví a quedar embarazada, olvídate. Los amigos que tengo ahora son todos nuevos. A ellos no tengo que contarles nada, y si les cuento no tienen con qué comparar, la única Gloria que conocen es esta. (Gamerro, 1998: 307)

A poco de parir, él no aparece por la casa. Gloria escucha por radio la noticia del desembarco en Malvinas y ve claramente que él está allí. Ese 2 de abril de 1982 ella da a luz camino del hospital: “Fue el último dolor que me causó. Mis dos nenitas hermosas nacieron en la ambulancia que me llevaba al Santojanni, y junto con ellas, esa noche nací yo” (307). Gloria reconoce una nueva identidad para su vida, desde entonces. Él regresa a los tres meses, finalizada la guerra, y pregunta

por el nombre de sus hijas: “Malvina y Soledad, como vos querías” (309). El impacto de ver a las niñas lo deja titubeando y acaba yéndose.

Nunca volvió, y unos meses después alguien que no quiso identificarse me llamó por teléfono para avisarme que estaba muerto, y que nunca tratara de averiguar más. ¿Te das cuenta? El terror de los campos, el héroe de Malvinas, se escapó de una mujer y dos bebés. (Gamerro, 1998: 309).

Hay un golpe a la autoestima. Felipe la increpa, le pregunta si hubiera preferido que regresara; entonces Gloria muestra que no conserva ningún buen sentimiento, ya no hay confusión ni rastro de Estocolmo. Síndrome sobre síndrome, cree que la vida le hizo justicia.

Un hijo de puta es un hijo de puta siempre, y ensucia todo lo que toca.
-¿Las nenas también?
-Las nenas no. Mi cuerpo hizo de filtro, y absorbió todo el daño. Las nenas nacieron puras. ¿No te diste cuenta vos? Qué me importa que no sean inteligentes. Lo que sí sé es que no hay un átomo de maldad en sus cuerpos. Ése es mi triunfo, ahí es donde le gané. Y era mi única salida. Si me hubieran salido varones, o normales, y tuvieran esto de inteligencia, las habría convertido en lo que él quería. Así, no tuvo oportunidad. (Gamerro, 1998: 310)

El único modo de eludir al monstruo es poner el cuerpo como filtro (Gloria), ser o volverse un cuerpo nada apetecible para quien cree encarnar al guerrero, al héroe (las niñas). Sólo la inocencia absoluta, la inimputabilidad perpetua puede sentirse a salvo de semejante legado.

Gloria le ruega a Felipe que se quede a pasar la noche, hace una semana que no duerme, está aterrorizada. De pronto, la epifanía: Felipe adivina que él está vivo, se lo encontró días atrás en la reunión de *Surprise*. Corroborar su hipótesis del testigo 26, es el hombre del sobretodo gris. Felipe siente ganas de salir corriendo a gritárselo a

Tamerlán y cobrar finalmente por su trabajo. Gloria le cuenta que aquel día ella quedó petrificada al verlo entrar, pero él más aún: posiblemente habría pensado que ella había ido a buscarlo.

Estaba ahí para otra cosa, te lo aseguro, yo lo conozco cuando está trabajando. [...] Estaba dudoso, cauteloso, como si no supiera bien lo que estaba haciendo ahí. Aún cuando estaba en el ejército, él era siempre el jefe, y ahora –supongo que lo habrán dado de baja, tenía cara de baja- parecía... un empleado. Yo lo miraba todo el tiempo a él, y él a su reloj tratando de disimular porque sabía que yo lo miraba; y ya estaba levantado cuando el vidrio de la otra torre se rajó, ¿entendés? Él sabía lo que iba a pasar, gritó “ahí está, el asesino” antes de que apareciera en la ventana. Estaba todo calculado, ¿entendés? Todo. Excepto que yo estuviera ahí. (Gamerro, 1998: 313)

De un modo azaroso empieza a despejarse el enigma del crimen, y queda muy claro el terror de Gloria. Ella sospecha de Felipe, él le jura no trabajar para su ex marido, aunque no pueda explicarle todo en ese momento. Aún falta obtener mucha información para comprender los hechos, aunque el listado ya esté completo y la misión de Fefe, por lo tanto, cumplida.

Antes de despedirse, Gloria le cuenta que visitó el pueblo, hace algunos años. “¿No sabés, lo que pasó con el pueblo? [...] Se lo tragó la laguna. No queda nada [...]. Malihuel no existe más, Felipe” (317). Como Federación. Como las Islas, borradas del mapa de la Argentina. Malihuel sólo volverá, como un pliegue barroco, en la literatura, con las dos novelas siguientes de Gamerro. Aun así, el lector nunca acabará de comprender cuáles son las vueltas de la ficción, ya que Fefe promete a los habitantes del pueblo colocar un nombre de ficción cuando escriba la historia, para preservar -¿a la manera de Puig?- el honor de sus habitantes. Un nombre como, por ejemplo, Malihuel.

6.7. Otra guerra sucia

Una retórica nacionalista que se afirma en una construcción primordialista de la unidad nacional (como es el caso de la “mexicanidad” en México, la “civilización tropical” en Brasil o el “ser nacional” en Argentina) beneficia a los que detentan el control territorial y el monopolio de la voz colectiva. Estas metafísicas de la nación basadas en un esencialismo antihistórico, por más populares y reivindicativas que puedan presentarse, trabajan con los mismo procedimientos lógicos que ampararon el nazismo.

R. Segato

¡Compañeros: así paga la patria a los que saben morir por ella!

L. Mansilla

Felipe es citado a cuarteles una noche, mientras estaba en su casa con su novia Ana. Baraja remotamente la posibilidad de salir del país pero luego comprende que es mejor guardar los apuntes de la carrera de programación y presentarse. Partió en seguida hacia el sur en la panza de un avión, como si fuera un bulto.²¹⁹ Nunca volvería a ver a Ana, aunque “en cada uno de nosotros anidaba el terror mágico de que sólo los que teníamos una novia esperando lograríamos volver” (322). Parece que Ana sí lo buscó a su regreso pero él no pudo reconocerla. Tiempo más tarde pudo recordar que había tenido una novia, pero ya no supo cómo encontrarla. Sí recordaría siempre el día de la primera nevada sobre Malvinas.

²¹⁹ Muchos aspectos de este imaginario están testimoniados. El primer libro en recogerlos es el de Daniel Kon, *Los chicos de la guerra* (1982).

Muchos años después, viendo lo que había sido de nuestras vidas desde entonces, algunos recordamos ese día en que las Islas se habían vestido para nosotros y comprendimos lo que habían querido decirnos: que era más serio de lo que pensábamos, más definitivo y final: que estábamos casados con ellas. (Gamerro, 1998: 324)

Un amor había quedado definitivamente desplazado por otro. Ser *veterano* implicaba ser ya viejo para siempre, aunque se contara con sólo diecinueve años; ser *ex combatiente* implicaba que una única vinculación opacaba todo pasado: la de la guerra, el amor por las Islas.

6.7.1. Torturas

La novela es la primera obra de ficción en realizar un repaso exhaustivo por lo que fueron las torturas de la guerra, tempranamente documentadas (cf. Kon, 1982; Verbitsky, 2002; Lorenz, 2006, 2009 y 2013; Vassel, 2007; H.I.J.O.S., 2012; Rattenbach, 2012 [1982]; Speranza, 2012; Fowler, 2013; Peck, 2013): el modo intimidante del llamado a cuarteles; los pertrechos recibidos, “un par de borceguíes viejos del número equivocado, un FAL de caño torcido, un casco abollado sin correa” (320); el vuelo en bodega; los maltratos permanente de parte de oficiales; la falta de abrigo y comida; las torturas a las que ya podríamos considerar “tradicionales” en la historia argentina, como el estaqueo. El tono irónico, muy presente en la novela, es dejado de lado en muchos de los pasajes que narran los recuerdos de la guerra.

A Felipe le tocó vivir muchas de estas situaciones. El festejo por el cumpleaños de Hugo, también veterano, lo reencuentra con el grupo y con sus recuerdos. Hugo es un ex combatiente que vive como un niño bajo los cuidados de su madre, encargada de que “la *ingesta* (sic) de

Malvinas” sea succulenta (338): para hambre, ya habían tenido la guerra.

Me quedé un rato con la vista fija en las diez velas apagadas, apiladas a un costado de la torta con las puntas carbonizadas y restos de cobertura y granza en las bases, y recién ahí volví a tomar conciencia de que lo que Hugo festejaba todos los años no era la fecha de su nacimiento, sino la del día en que, desembarcando en la playa equivocada, su lancha rozó una de nuestras minas y la proa voló por el aire junto con sus dos piernas segadas al ras. (Gamerro, 1998: 338)

Como Gloria, Hugo celebra un (re)nacimiento; tras la muerte en vida, la sobrevida. Y así como Hugo trastocaba la gesta en una más feliz *ingesta*, a la hora de la Marcha de las Malvinas Fefe prefiere tararear su propia letra en voz tenue, como un profundísimo deseo –a contrapelo de su entorno- susurrado para sí: “todos empezaron a cantar: -Tras su manto de neblinas / No las hemos de olvidar, / Las Malvinas, argentinas... Yo movía los labios, [...] discretamente alterando la segunda línea a ‘nos las hemos’” (340). Que el recuerdo de la guerra se esfume, que se haga posible lo imposible: aunque un pedazo de casco estaría siempre allí, incrustado en su cabeza, como un *memento mori* ciborgizante.

Sin embargo, estar entre compañeros es todo lo contrario al olvido. Felipe recuerda cómo, por sus conocimientos de inglés, durante los primeros días de la guerra le tocó el puesto de traductor de las noticias de la BBC y –eventualmente- de alguna comunicación interceptada.

La suerte me duró hasta el día en que los ingleses desembarcaron en San Carlos; por traducir correctamente toda la información un teniente desafortunado me insultó durante quince minutos por traidor y vendepatria y me mandaron de nuevo a la montaña, con severas advertencias de lo

que iban a hacerme si divulgaba los falsos rumores que hacía correr como parte de su acción psicológica al enemigo. (Gamerro, 1998: 331)

Que este tipo de pasajes resulte tan verosímil da una idea del imaginario que pesa sobre los oficiales: ya en los días previos al fuego, sobrevivir al frío y al hambre los había convertido “en una tribu de salvajes, de hombres de las cavernas; en monos, en (esta era la más difícil de aceptar) linyeras” (334).

Entre una aplastante mayoría de recuerdos terribles y ausencias, emerge la figura de Carlitos y una escena en la cual reciben una bolsa con cartas, otro de los tópicos de la guerra. Todas eran anónimas cartas “al soldado”, nada de las familias para nadie en particular. El hartazgo hizo lugar a la parodia.

“Escuchá esto, escuchá”, lo escucho decir todavía, acurrucado contra mí. “Soy una madre argentina, de cuatro hijos varones de quince, catorce, doce y nueve años respectivamente, que vice cómodamente aquí en Buenos Aires mientras tú estás allí, con frío, sufriendo privaciones e incomodidades, pero defendiendo a Tu Patria, a Nuestra Patria. No creas que estás solo, pues todas las noches rezamos una decena del Rosario por ti, mi soldado desconocido de Malvinas...” me leía en voz alta, hasta que nos daban calambres de risa, y después la daba vuelta, frotaba la BIC y le daba aliento para descongelarla, y empezaba: “Querida madre argentina: Leí tu carta con atención, especialmente cuando hablas de tus hijitos, a quienes ansío conocer a mi regreso. Como te imaginarás, aquí en la montaña la soledad es muy grande y lejos de mis seres queridos sueño con estrechar en fraternal abrazo otro cuerpo contra el mío, especialmente si es el del menorcito [...]”. (Gamerro, 1998: 345)

El tono de la picaresca fue el de la primera representación de la guerra en la ficción (cf. Fogwill, 1983). La retórica, incluyendo el uso del tú, responde al imaginario de lo solemne que aún persistía (y en ocasiones persiste) en ciertos ámbitos, particularmente en el religioso. La respuesta irreverente de Carlitos es la prueba demoledora de la

ilegitimidad que ante las generaciones de posdictadura tienen estos discursos y/o acciones: por una parte, un Estado filicida; por otra, la madre argentina que reza al “soldado desconocido”, evocando antes una tumba que una vida, con el único fin concreto de dar calma a su conciencia. La lógica respuesta es la del soldado: homoerotizado por fuerza de la reclusión, proyecta avanzar sobre otros cuerpos –casi tan jóvenes como el suyo- de modo análogo a como siente que se avanzó sobre él. Son legados posibles de la violencia: sobre la preversión, la réplica.

Luego, también circulaban rumores, leyendas reescritas de la historia nacional: que habían desembarcado ingleses en las costas de Quilmes y los vecinos los habían repelido echando aceite hirviendo desde las azoteas (las invasiones inglesas de 1906 y 1907), que habían bombardeado Buenos Aires para asesinar a Galtieri pero que huyó finalmente en una cañonera (los bombardeos a Plaza de Mayo y la huida de Perón, en 1955), hasta que “por ahí alguien enganchó la radio y pasaban todo el tiempo folklore, tango y rock nacional, y ahí sí respiramos aliviados, los ingleses sólo nos bombardeaban a nosotros” (348); en efecto, durante el conflicto estuvo prohibido transmitir música en inglés por las emisoras nacionales, de ahí que bandas como Virus cantaran versos como “ahora el rock/ vendió el stock”, ya que antes no tenían la menor repercusión en las radios. La ironía, como modo de transitar el dolor y el ridículo. Porque en seguida, el relato retoma el contrapunto y regresa a la conciencia en el pozo de zorro, y a las ganas profundas de no morir, o sí, de morir pero no en ese sitio.

6.7.2. Resistencia

Con los bombardeos, muchos de los compañeros comienzan a enloquecer. Ese recuerdo lo retrotrae a Felipe a un odio profundo contra Verraco, allí presente, porque jamás olvidaría lo ocurrido con Carlitos, su compañero de pozo.

Era siempre el más fuerte. Todos nos apoyábamos en él, y el peso estaba empezando a voltarlo: tenía los hombros caídos y la piel colgando como ropa mojada del gancho de los pómulos. Pero era el que más posibilidades tenía de llegar vivo y entero hasta el final, el que más derecho tenía a sobrevivir. Y seguramente lo hubiera hecho si los ingleses hubieran sido el único peligro, si no hubiera estado también Verraco. Me puteé mentalmente por haber venido, por haber tomado tanto, por creer que el espanto del que había venido a rodearme iba a borrar el espanto acumulado de los últimos días. Ahora estaba condenado a recordar. (Gamerro, 1998: 352)

Entre un espanto y otro, queda subrayada la continuidad entre dictadura y posdictadura, postulada con claridad por las ciencias sociales (cf. Horowicz 2011 y 2012). ¿Cuántos fueron los soldados argentinos muertos por sus oficiales? La única información acerca de sus días finales la aportaron los sobrevivientes, al igual que en el caso de los desaparecidos.

Con el poco resto físico que le quedaba, Carlitos había matado una oveja para poder comer, y la había cargado hasta el pozo a escondidas del sargento Pablo Morsa –otro apellido bien gráfico, otro animal para la referencia-, que había incluso engordado durante la guerra a fuerza de incautar la comida a los soldados. Los soldados estaban tan sensibilizados, a pesar (o a causa) de la omnipresencia de la muerte, que la matanza de la oveja los había hecho llorar una vez más. Con la presa, intentaron también alimentar a Hijitus, un

compañero enloquecido que ya no salía del pozo. Se acercaron al fuego otros compañeros. Empezaban a sentir nuevamente el cosquilleo de las extremidades. La descripción de toda la escena es espeluznante, por lo verosímil. El lector sabe, horrorizado, que nada de esto es ficción: sólo son falsas “las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios” (Borges, 1996a: 568).

Como un león andando parsimoniosamente hacia el revuelo de perros cazadores llegó Verraco, con Pablo Morsa siguiéndole fiel los pasos detrás.

-A ver, sargento, confisquemé ese animal que su tropa ha muerto ilegalmente.

Si el muy hijo de puta al menos hubiera estado pasando hambre como nosotros, sería comprensible: la ley del más fuerte. Pero no. Tenía las mejillas llenas, el bigote reluciente, su cuerpo llenaba generosamente el uniforme seco y abrigado y las botas lustradas. No, el hijo de puta pasaba y sintió el olorcito que le abrió el apetito (¡esa palabra, acá!) antes de la hora [...], y se acercó y dijo es mío, y a Pablo Morsa andá, traemelo.

-No -dijo Carlos, y le sacó el seguro al FAL.

Pablo Morsa entendió en seguida lo que pasaba [...]. Pero Verraco tardó en caer.

-¿Todavía le falta? -preguntó ingenuo, escudriñando la carne apenas chamuscada-. ¿Sí, no?

-La comida es nuestra. Nosotros la cazamos. Nadie les pide nada, pero por lo menos déjennos en paz. (Gamerro, 1998: 354-355)

A Verraco le brillaron los ojos ante el soldado desafiante: su respuesta fue exigir a sus subordinados que lo desarmaran para enseñarle “un poco de disciplina” (355). Algunos se negaron. Verraco apuntó con el arma al cabo Chanino; Carlitos, por fin, desistió para liberarlo de ese peligro. Lo hicieron desnudarse: estaba tan flaco como cualquier secuestrado del continente. Por un momento, Fefe escapa al recuerdo y regresa a la escena del festejo.

Es éste y no otro, pensé mientras lo miraba reírse, echarse manías al gaznate, bajarlos con cerveza y limpiarse con la mano la espuma del bigote, es éste el que obligó a Pablo Morsa, Chanino y Rubén a extender a

Carlos sobre las piedras y los charcos de hielo, atarle las muñecas y los tobillos a los parantes de las carpas, tirando hasta casi descoyuntarlo; pero no puedo acordarme, aunque pasaba todo ante mis ojos, ahora, *qué hice yo* en ese momento, será que obedecí y también tiré de las sogas afianzando el pie en las rocas del suelo, tiré con todas mis fuerzas, por una fracción de segundo que me condena por toda la eternidad odiando a Carlitos por obligarnos a esto, odiando su brazo por resistirse a mis tirones. O habré zafado, simplemente me hice el sota, me volví invisible contra el fondo del paisaje, perdí densidad y nitidez como tantas veces desde entonces, conseguí *desaparecer* –un truco de supervivencia- ante los ojos de todos en lugar de levantar el arma, tirar del gatillo, limpiar al mundo de la bestia que ahora se había vuelto parte de mi vida para siempre. Hubiera sido fácil, no me estaba mirando, no podía verme mientras se paseaba complacido alrededor de la X tirante que era mi amigo sobre el barro; pero si lo hacía, si lo pensaba siquiera, iba a volverme visible de nuevo, y entonces iban a venir por mí, iban a hacérmelo a mí. Hubo un momento, cuando se puso en cuclillas al lado de la cara de Carlitos que mantenía los ojos fijos en el cielo, observándola pensativo como preguntándose qué era lo que le faltaba para hacer su obra perfecta, cuando pensé que sería capaz, pero el momento pasó. Incorporándose, gritó algo a Pablo Morsa, que agarró a Chanino del brazo y lo arrastró hacia las posiciones de avanzada. Al rato -habrán sido diez minutos, o una hora- volvieron cargando entre los dos una máquina pesada, y la depositaron junto al cuerpo de Carlitos. Al primer contacto de los dos alambres pelados se retorció y contrajo como una lombriz cuando por la punta uno empieza a ensartarla en el anzuelo, y cada uno de sus alaridos quedaba flotando sobre las trincheras en el aire sin viento, repitiéndose en ecos hasta que el alarido siguiente llegara a relevarlo. (Gamerro, 1998: 356-357)²²⁰

Descoyuntado al modo de Túpac Amaru, estaqueado como Fierro en la línea de fortines, Carlos recibe sobre su cuerpo un historial de tormentos de marca nacional. Por aplicar la picana, Verraco estropea el generador de electricidad y deja a la zona sin radar; la metodología de la “guerra sucia”, aplicada a la propia tropa, desatiende la guerra contra el enemigo exterior, tal y como señala el Informe Rattenbach. Presa del terror, Felipe no quiere recordar cuál fue su actitud en aquella circunstancia; la culpa lo corroe. Cree recordar que estuvo a punto de enfrentar a Verraco, en el recuerdo pierde la noción del tiempo. El

²²⁰ Subrayados míos.

hecho de haber salvado su vida es elocuente pero no olvida la muerte de Carlos.

Sin energía para seguir aplicando el tormento emblema de la dictadura del 76, Verraco manda al sargento a buscar una pinza y continúa de manera mecánica.

-Miren y aprendan, soldados. ¿Ustedes se creían que para defender la patria basta con tirar tiros, como en las películas? Aprendan cómo se gana una guerra, y después se lo vamos a enseñar a los ingleses, también. Mucho manual, mucho mapa, mucho pizarrón, los ingleses. Se creen que se las saben todas, pero *nosotros* –dijo golpeándose el pecho para aclarar que no nos incluía– somos veteranos de una guerra que ellos no vieron ni en los libros. ¡Vamos a ver de qué les sirve tanta teoría cuando estén amarrados acá abajo! ¡Denme sólo unos elásticos de cama viejos y una batería bien cargada y van a ver cómo en este sector la guerra se termina en dos patadas! ¡Se hacen los machos porque vienen con chaleco térmico y mira infrarroja y munición trazante, pero en bolas y chorreando agua en un elástico se le aflojan las tripas al más pintao! [...]

Era la misma cara de entonces, y también era el mismo mi odio. ¿Qué había hecho con él todos estos años? ¿Qué partes de mi vida había tenido que amputar para que no se frotaran frecuentemente con él, qué porcentaje de mi cuerpo convertir en carne muerta, la única que puede almacenarlo sin retorcerse de dolor y obligarnos a sacarlo afuera? Lo mataste, empecé a decir, lo mataste, no sabiendo si le hablaba a Verraco o a mí mismo hasta que empecé a decirlo en voz alta. (Gamerro, 1998: 359-360)²²¹

Como el ex capitán de fragata Alfredo Astiz, Verraco despliega toda su arrogancia frente a los subordinados desarmados; la historia deja constancia de cuál fue la actitud de la oficialidad a la hora del combate contra las fuerzas extranjeras. El foco del entrenamiento militar en Argentina estuvo puesto en los ataques contra la propia población, y es por eso que la única técnica de guerra de la cual habla Verraco es la de la “guerra sucia”, los interrogatorios bajo tortura. Felipe recuerda bien

²²¹ Subrayado en el original.

aquellas palabras de quien tiene ahora frente a sus ojos. El olvido, el poco olvido de la guerra, sólo se hace presente para ahondar la tortura de la culpa. Allí donde Felipe necesita recordar, no puede, y esa impotencia es inquietante. ¿Qué lo obligaron a hacer? ¿De qué infamia se vio conminado a ser parte? Ese pedazo de olvido, como el de casco, no lo abandonará jamás. El recuerdo y el olvido se alternan y lo llevan a actuar ahora, si es que entonces no pudo, y comienza a increpar a Verraco, a señalarlo como el asesino de Carlos Feuer.

-Lo mandaste estaquear y lo tuviste ahí hasta la noche, hasta que empezaron a bombardear los ingleses y rajaste. Y yo estaba ahí, ¿entendés? ¡Todos estos años me tuviste cerca, y nunca sospechaste que era yo!

-¿Y de qué tenía que sospechar?

-¡Te iba a matar al otro día, hijo de puta, te salvaron los ingleses! ¡Si esa noche no atacan vos eras boleta! ¡Así que no te hagás el que no sabe nada! ¡Confesá que fuiste vos!

-¡Mirá, viejo, si tuviera que acordarme de cada cristo que mandé estaquear!

-¡Carlos, se llamaba, Carlos Feuer! ¡Era de La Plata, tenía veintitrés años, se estaba por recibir de psicólogo!

-Tengo muy mala memoria para los nombres. Si le viera la cara, todavía.

-¡Está muerto, hijo de puta!

-Seguro -dijo sonriendo-. Si no, te diría de entrada que no fui yo. (Gamerro, 1998: 360-361)

Con sorna, Verraco se burla del muerto y reconoce la sistematización de aquellas torturas. Para él, no hay nada que confesar: se sabe poseedor de la misma impunidad con la que actuó durante la represión en el continente; de hecho, los militares sí fueron condenados por crímenes de lesa humanidad relativos a la “guerra sucia” pero no se llegó a llevarlos a juicio por los crímenes de guerra contra su propia tropa. A falta de Justicia, Fefe busca dar a conocer la Verdad, reponer la

Memoria de aquel joven: mediante su nombre y los datos de su vida, le devuelve una identidad a aquel muerto.

-Escuchame, Felipe -dijo Tomás, devolviéndome a la pared-. No me importa lo que pasó allá con Verraco. Ahora estamos todos del mismo lado. Él, nosotros y vos.

-Yo no -dije, sintiendo que se me desgarraba la garganta.

-Vos también. Mirá, todos sabemos que Verraco es un hijo de puta. Ya sabés lo que nos pasó en el barco. Será una mierda de persona pero lo necesitamos. ¿Quién va a llevarnos de vuelta, si no?

-Tenemos que estar por encima de los rencores personales -terció Sergio-. ¿No te das cuenta de que si nos peleamos entre nosotros le hacemos el caldo gordo a los ingleses?

-Qué ingleses. ¡Qué ingleses! -le grité.

-Los ingleses -repitió Tomás, y algo en su tono me hizo callar. Era el mismo tono que había escuchado allá arriba. Y sus ojos estaban chiquitos y fríos como los de Verraco-. Quizás vos sepas mejor que nosotros quiénes son. ¿Vos hablás inglés muy bien, no? [...]

-Felipe -siguió Sergio-, estamos tan cerca ahora. No lo arruines por una pavada como esta. El futuro es lo que importa, no el pasado. Y en el futuro nos espera nuestro hogar. Cuando lleguemos, todo esto no va a tener importancia. A las Islas sólo van a volver los elegidos. Pensábamos que vos eras uno. No nos fallés ahora.

-[...] Después de todo -dijo Tomás, palmeándome la mejilla- adónde más podés ir, si nosotros somos tu familia [...].

Me di cuenta de que había bajado en remera, dejando la chaqueta como botín de guerra para el enemigo. (Gamerro, 1998: 361-363)²²²

Los compañeros se alarman ante la actitud de Felipe. Sin embargo, en esta escena se demarca una cuestión fundamental para esta tesis, relativa a las identidades nacional e individual. En ese “Yo no” que responde Felipe a voz en cuello se está dando para sí una identidad diferente, está marcando una distancia, está cortando la filiación; no hay ningún “mismo lado” que pueda habitar junto a individuos como Verraco, no hay nada de los común en lo que quiera identificarse con él. Felipe renuncia a esa idea de patria. Si defender la patria es atravesar aquello que implicó para él la guerra de Malvinas, es ver cómo su amigo

²²² Subrayado mío.

es asesinado por quien debía protegerlo, eso no es patria, no es padre, no es un territorio en común. Esa no es su cultura, ni siquiera su lenguaje. Esa herencia es la que emerge como rechazo en esta literatura. No tomaremos ese legado, no creemos en las instituciones y por tanto no responderemos a su llamado en nombre de ningún “todos”. Claro que esta no es la generalidad del posicionamiento de los jóvenes de posdictadura, pero es muy claro en la propuesta de este (y otros) autores. “Yo no” es, entonces, una declaración de principios. Un límite. Una demarcación. Si el precio es convertirme en un asesino o un cómplice, prefiero ser apátrida. Construirme una vida en el extranjero, bajo otra lengua (u otro dialecto).

Sergio y Tomás están atrapados en el discurso nacionalista que las Fuerzas agitaron para convocar a la unidad en tiempos de guerra. Hacen un llamamiento a olvidar el pasado, a la vez que sienten que necesitan a Verraco para regresar, porque necesitan revertir la experiencia de la guerra y eso sólo puede hacerse volviendo al lugar del crimen. Quedaron pegados a aquella historia para siempre, en nombre de un colectivo en el cual Felipe no quiere reconocerse, no se siente parte de la “familia” de ex combatientes; Verraco, y todos, son definitivamente el “enemigo”. Las palabras de Sergio recuerdan a las del Viejo Vizcacha, “Los hermanos sean unidos,/ porque esa es la ley primera;/ tengan unión verdadera/ en cualquier tiempo que sea,/ porque si entre ellos pelean/ los devoran los de ajuera” (Hernández, 1978 [1879]: 279). Pero, ¿qué, si tu hermano es Caín?

6.8. El diario del mayor X

*To-morrow, and to-morrow, and to-morrow,
Creeps in this petty pace from day to day,
To the last syllable of recorded time;
And all our yesterdays have lighted fools
The way to dusty death. Out, out, brief
candle!
Life's but a walking shadow, a poor player,
That struts and frets his hour upon the stage,
And then is heard no more. It is a tale
Told by an idiot, full of sound and fury,
Signifying nothing.*

W. Shakespeare

6.8.1. El hijo pródigo

Felipe deja el cumpleaños de Hugo y de camino a su casa decide hacer una parada previa en El Dorado, una discoteca célebre en aquellos años por nuclear todo tipo de subjetividades disidentes, *queer*, y por la circulación de estupefacientes, siempre presente a lo largo de la novela; “Basta de vida. Sí a la droga’ había escrito alguien en la pared” (372), como leyéndole el pensamiento a Felipe. Efectivamente, Fefe hace una parada allí, donde consigue un ácido. Poco después, encuentra a César Tamerlán, que había llegado con los hombres que su padre dispuso para que siguieran a Felipe. César, divertido, se burla de la credulidad de Felipe ante la escena de la violación de padre a hijo, otro de los simulacros de Tamerlán: “A papá y a mí nos encantan esas cosas. Estabas tan divertido, con los ojos desorbitados no sabiendo si creer lo

que veías, cuando en realidad éramos *nosotros* los que te estábamos mirando a vos” (374).²²³

La pesadilla parecía no terminar nunca: afuera de la disco lo estaba esperando Tamerlán para reconocer su trabajo. “Usted solo, con medios precarios, consiguió lo que no logró un equipo entero de profesionales [...]. Quizás su paso por la guerra no haya sido tan improductivo, al fin y al cabo” (377). Nuevamente, la estampa del heroísmo circunda la cabeza de Felipe, pesada carga que no quiere llevar. Y tras el reconocimiento, un nuevo pedido: Tamerlán quiere saber cómo llegó a Arturo Cuervo, el capitán marido de Gloria. Felipe se aterroriza, ya no por sí mismo sino por ella y por las niñas. Intenta evadir la consulta pero es intimidado con la tortura física y psicológica. Tamerlán quiere comprender cómo reaparece un hombre dado por muerto en junio de 1982. Su historia le remueve el dolor más profundo, la pérdida de su hijo Fausto, en quien había proyectado su propia persona de manera delirante.

Tamerlán le explica a Felipe cómo había concebido a Fausto, por no haber podido aún realizar directamente la clonación de sí mismo (379-383): “¿Quién, alguna vez, tuvo más derecho a llamarse padre que yo?” (381). Ese hijo, motivado por el amor hacia una muchacha – siempre la mujer es la corruptora, en el relato de Tamerlán-, había tomado la decisión de enrolarse.

La guerrilla, vaya y pase. [...] Pero no. Va y se mete de voluntario, a una guerra, sin avisarme. A una guerra de perdedores. ¡Patético! [...] Hubiera

²²³ Subrayado en el original.

preferido que se hiciera guerrillero. Algunos de los guerrilleros de entonces son hoy gente próspera y exitosa. ¿Cuántos ex combatientes de Malvinas exitosos conoce? [...] Ninguno. Es obvio. Fracasar en una empresa valedera como la toma de un país templa el espíritu para ambiciones más realizables. Fracasar en una aventura inútil y sin gollete sólo puede producir perdedores. ¿Guerra? Un chiste de argentinos mal contado. (Gamerro, 1998: 385)

Esa misma es la percepción que toda una sociedad tiene respecto de los hechos de armas de la historia argentina de las últimas décadas: mientras que jóvenes sin formación militar apostaron a objetivos que tenían sentido para sus vidas, a la sombra de la gesta cubana, los profesionales de las armas hicieron el ridículo en la única ocasión en cien años de demostrar su idoneidad y valía.

Una vez en las Islas, fue asignado a la compañía A del Quinto Regimiento, estacionado en Puerto Howard, Isla Gran Malvina. Por un error de comunicaciones, en el mismo lugar quedó varada durante toda la guerra una fracción de la Compañía de Comandos 601. A cargo de ese grupo de hombres estaba el flamante mayor Arturo Cuervo. ¡Ese idiota! ¡Y pensar que yo lo apoyé! ¡No había una sola idea en su cabeza que yo no hubiera puesto allí! ¡Cuando quería hacerle de Pigmalión a los militares! ¡Pensando que eran como los de mi país! ¡Las tontas ideas de mi padre! ¡Él y sus amigos desperdiciaron sus mejores años tratando de civilizar a esa turba bruta e inculta! ¡Esa es la verdadera tragedia de Alemania! ¡Aristóteles, en vez de educar a Alejandro Magno, enseñándole el abecedario a Galtieri! ¡La tragedia se repite como farsa! [...] ayúdeme a averiguar la verdad. Si alguien sabe lo que le pasó a mi hijo, es ese hombre. Si está muerto, será para mí satisfacción suficiente asegurarme de ello. Pero si está vivo, entonces él sabe, porque sea lo que sea lo que le pasó a mi hijo, se lo hizo él. Había esperado muchos años, en vano, para vengarse de mí, como para desperdiciar la oportunidad perfecta que el destino había dejado caer a plomo sobre su falda. Y si es él el que estaba esa noche en la torre gemela, no hay dudas de que está detrás de todo esto. Lo de entonces fue apenas el primer paso. Diez años después, vuelve para buscar el jaque mate. Eso es lo que usted va a hacer por mí, Felipe. Averiguarme lo que sucedió en Malvinas hace diez años, o lo que es lo mismo, el paradero de ese hombre. Después, podrá cobrar su dinero y lo dejaré en libertad. (Gamerro, 1998: 386-387)

Es sorprendente ver a Tamerlán, que aborrece la condición de madre, en un lugar similar al que ocuparon quienes fueron emblema de esa

condición en Argentina: las Madres de Plaza de Mayo. El empresario está desesperado por saber qué es lo que ocurrió con su hijo, si está vivo muerto, cuál es el paradero de su victimario. La paradoja es que fue él mismo quien entrenó a Cuervo, que ahora se infiltró en las torres –cual Bin Laden- para poner en riesgo la vida de César, para seguir atormentándolo como una sombra amenazante sobre sus herederos. Felipe no tiene más opción que asumir el encargo. Tamerlán se muestra conmovido, o quizás ya esté necesitando encontrar una nueva proyección de sí mismo alargando la maldición sobre la figura de Fefe: “Felipe, espero que no se ofenda si le digo que yo... yo lo quiero como a un hijo” (387). La ilusión de un padre se enciende a la luz de la incertidumbre.

-[...] Un grupo entero *desaparece* sin dejar rastros en los desfiladeros de la Isla Grande. Nunca se sabe más de ellos; nadie, salvo ese amigo suyo en el loquero que deja para siempre su mente allá y trae apenas su carne muerta de regreso. Y ahora, diez años después, resulta que el oficial a cargo está vivo, se pasea entre nosotros, quién sabe hace cuánto. ¿No habrá una posibilidad, una posibilidad en diez mil quizás, de que no haya sido el único en volver? El cuerpo de mi hijo no descansa en ninguna tumba conocida. ¿Y si... y si...? [...] Supongo que usted también habrá escuchado las leyendas. La Isla que nunca se rindió, el pelotón fantasma que sigue combatiendo, el oficial que no aceptó la cobarde rendición... ¿Cómo era que lo llamaban, señor Canal? [...]

-El mayor X –informó. [...]

-El mayor X no existe –articulé-. Es otra estúpida historia de Malvinas. Una fantasía de perdedores. Los perdedores siempre inventamos cosas así. (Gamerro, 1998: 388)²²⁴

A falta de un cuerpo, Tamerlán no puede concluir el duelo. Deposita el deseo de recuperar a su hijo *desaparecido* en la fantasía de la sobrevida, alimentada por el fantasma de Cuervo, que regresa luego de

²²⁴ Subrayado mío.

haber sido declarado muerto. Junto con la ilusión, revive una leyenda que circula a partir de la memoria extraviada de Emilio, un conscripto veterano internado desde entonces en el Hospital José T. Borda, neuropsiquiátrico público de la ciudad de Buenos Aires, donde los enfermos sobreviven en pésimas condiciones de higiene y atención médica. Sobre esa institución pesan todo tipo de elucubraciones siniestras (venta de órganos, prostitución de los internos, etc.); si hay un infierno en la ciudad, está entre las paredes de ese hospital. Hacia allí tendrá que dirigirse Felipe, si quiere averiguar algo más al respecto. Será un regreso al lugar que lo recibió al volver de la guerra, un sitio que –también, a su pesar– supo ser su hogar.

6.8.2. Los locos y el relato del crimen

Felipe llega en domingo y se encuentra con La Colifata en plena emisión.²²⁵ Al ingresar al viejo pabellón que habían compartido durante un año, encuentra a Emilio recluido en su cama.

La cama de al lado de la de Emilio, mi vieja cama, estaba desocupada, y me senté en el borde, como siempre, sintiendo el familiar quejido del elástico vencido, acomodando mis nalgas a las conocidas oquedades, la memoria del cuerpo reencontrando sin asombro, como si el tiempo no hubiera pasado, lo que la memoria de mi mente había hecho tanto esfuerzo por olvidar. Emilio no apartó los ojos fijos del ángulo de la pared. Se estremeció apenas cuando lo toqué, poniéndose rígido, y sólo lentamente volvió a su laxitud habitual.

-Emilio. Soy Felipe. Emilio.

Abrió la boca como para hablar, pero sólo produjo unos ruidos estrangulados en el fondo de su garganta. Tenía menos dientes que la última vez, y los que quedaban estaban encostrados de sarro y próximos a caer. Le pasé la mano por el pelo, pegajoso de mugre patinada como la

²²⁵ LT 22 Radio “La Colifata” es la emisora a cargo de un grupo de internos del Borda (“colifa” es un término lunfardo para loco); cf. <<http://lacolifata.com.ar/>> [Fecha de consulta: 03-06-2018].

que suele acumularse en los recovecos de las cocinas mal fregadas, pero tampoco hice contacto. Entonces me levanté, sacándome campera y pulóver, y en lo que quedaba del uniforme de combate me interpuse entre sus ojos y la pared. La voz brotó de sus labios como si por dentro hubiera estado hablando todo el tiempo:

“... bahía minada... temiendo las collas y maneras de robo en un fútilo escuerzo por pacer yuyo el in... infútil terroso lo porro del este que... retragaron... retuguerar perdieron en desteterrarlo ... muriendo los huesos entre los dedos de la manca por... en toses vueltas borra de sus sustentivos...”

Es esto, claro, pensé, sentándome derrotado nuevamente en el borde de mi cama. ¿Qué otra cosa esperabas? Ahí están todos los datos que necesitás, los hechos, las fechas, los nombres; toda la historia, contada por un afásico con una bala en el cerebro, que no tuvo tanta suerte como vos, o más suerte, qué sé yo, andá a preguntarle. (Gamerro, 1998: 400-401)

La memoria de la guerra es el relato de un loco: esto, sin dudas, es considerado un triunfo por parte de la Junta Militar. Ningún vestigio de la guerra, ninguna posibilidad de inculpar a los responsables. ¿Qué hacer? ¿Grabarlo y llevarle la cinta a Tamerlán, para que haga lo que pueda con eso? Felipe, exhausto, se recuesta; Emilio sigue farfullando ese glíglico *sui generis* hasta que en determinado momento calla. Otro interno le advierte que siempre se detiene en el mismo punto. Le cuenta que antes venían a verlos sus ex camaradas y después no paraba, había que medicarlo.

-¿Sabías que está acá por error? Quedó afásico y como los milicos no entendían lo que decía lo mandaron.

-Sabía, sí. Yo entré con él.

-Pará, pará. ¿Vos no serás el de las computadoras? ¿Cómo te llamabas? ¿Fernando?

-Felipe. ¿Todavía se habla de mí?

-Sos leyenda. Cada vez que nos acusan de no ser más que un depósito de cadáveres animados alguno sale con el caso perdido que es hoy una autoridad en informática. (Gamerro, 1998: 403)

Felipe de un modo diverso al pelotón fantasma, también es leyenda; una leyenda viviente. No sólo en la SIDE, también en el Borda y en cada

sitio por el que pasa. Le tocó el sayo de héroe, no consigue escapar de ese destino fatídico. Del Borda lo rescataron los amigos (Ignacio, Sergio, Tomás), y una semana después recuperó la conciencia de sí, una vez limpia su sangre de tanto psicotrópico; Emilio, en cambio, no pudo zafar, aunque lo suyo no era psiquiátrico. Sin embargo, la marca de la guerra está en todos y es indeleble.

[...] algo nuestro valioso e indefinible quedó enterrado allá. En sueños, al menos, todos volvemos a buscarlo. ¿Entendés? No es el criminal el que vuelve al lugar del crimen. Es la víctima, bajo la tiránica esperanza de cambiar ese resultado injusto que la dañó. Andá a preguntarle a los ingleses. ¿Cuántos te creés que quieren volver? Somos nosotros, los perdedores, los triturados, los que gritamos volveremos volveremos cada vez que hay alguien que quiera escuchar. ¿Qué puede interesarle la revancha al ganador? El infierno nos marcó de tal manera que creemos que volviendo lo haremos paraíso, y a la noche nos despertamos llamando papá a los demonios que nos clavaban arpones riendo. ¿Sabés por qué todavía, diez años después, seguimos disfrazándonos de esta manera, reuniéndonos para organizar expediciones imposibles, reconstruyendo hasta el segundo cada uno de aquellos días que lo mejor sería olvidar? Estamos infectados, entendés, las llevamos en la sangre y nos morimos de a poco, como los chagásicos. ¿No las viste, que son iguales a pólipos? Cada año que pasa, se extienden un poco más, como esas manchas en la pared. Trauma de guerra, trauma de guerra, no es tan fácil. Estamos enamorados hasta la médula, y las odiamos. Fetichistas, adoramos una foto, una silueta, una bota vieja. No es verdad que hubo sobrevivientes. En el corazón de cada uno hay dos pedazos arrancados, y cada mordisco tiene la forma exacta de las Islas. Tratamos de llenarlos con las cosas de acá, pero es como taparlos con estopa. ¿Sabés cuántos de nosotros nos suicidamos por ese amor? (Gamerro, 1998: 404-405)

También Felipe arma su relato allí dentro y se lanza a hablar de la guerra en cada uno de ellos. Las Islas operan en ellos como miembros amputados al cuerpo de la patria, que es su propio cuerpo: cómo darle sentido, si no, a tanto dolor. Sólo los derrotados sueñan con regresar, con cambiar el curso de lo acontecido, tal y como se fue mostrando mediante los diversos simulacros y reuniones, desde los de Citatorio o

Hugo hasta los de Verraco o Ignacio. Un regreso desesperado, que en realidad es el que nunca se produjo: el regreso al continente. La parte de cada uno que murió en la guerra es tan grande que los hace deambular por la vida como zombis, muertos en vida. Cuando la distancia entre el dolor de la herida que jamás cierra y la realidad distante del entorno de cada día se vuelve insoportable, llega el suicidio; ese dolor se cobró el doble de víctimas que la propia guerra. La insoportable soledad del testigo (Agamben, 2000) genera un espacio de entendimiento único entre aquellos que compartieron la experiencia; es por eso que se consideran “familia”: más allá de toda diferencia, la experiencia del trauma los identifica.²²⁶

6.8.3. Despejar el enigma

El interno le explica a Felipe que desde hace unos meses visita a Emilio un hombre con un grabador y un fajo de papeles, que no se va hasta que Emilio no calla. Desde que el hombre lo visita, Emilio parece estar recitando. Felipe pregunta por las señas particulares y se da cuenta de que el tipo en cuestión es el hombre de sobretodo gris. Decide armarse de paciencia y esperarlo allí, en su ex cama de interno. Efectivamente, en esos días aparece Cuervo con su grabador y se queda horas tomando notas junto a Emilio. En un descuido, Cuervo va al baño y Felipe escapa del Borda con el preciado botín; cuando se da cuenta, lo

²²⁶ Tanto Daniel Kon, como Carlos Gamerro y Patricia Ratto reconocen haberse entrevistado con ex combatientes para escribir sus libros (1982, 1998 y 2012, respectivamente); en los tres casos, recuerdan un entendimiento entre ellos que transmitía la imposibilidad de poner en palabras la experiencia para ese escucha externo que los entrevistaba.

persigue desesperado pero Felipe consigue huir por la ciudad con Cuervo pegado a los talones hasta que los hombres de Tamerlán lo interceptan y lo ejecutan.

Felipe se comunica con Gloria, para tranquilizarla, y con Tamerlán, que está eufórico: “Alcanzaron a sacarle que mi hijo sigue vivo. Al menos, que volvió de la guerra con vida. ¿Usted le creería?” (441). Felipe tiene claro que le mintieron, porque vio perfectamente que los matones ejecutaron a Cuervo sin antes interrogarlo. Entre tanto, mientras espera para entregar el botín, decide echarle un primer vistazo a esos papeles.

Era bien simple. Lo que Arturo Cuervo hasta hace tan poco había hecho tanto esfuerzo por descifrar era lo que él mismo había escrito hace diez años, el mítico e inhallable texto sagrado que contenía el secreto de la guerra, todas las respuestas a las innumerables preguntas que en diez años diez mil mentes dañadas supieron concebir; el plan infalible para arrancar las Islas de las usurpadoras garras del inglés y unirlos definitivamente al suelo patrio. Lo que yo tenía en mis manos no era otra cosa que el diario del mayor X. (Gamerro, 1998: 442)

Pero ¿quién se oculta tras esta X? Mayor X es el *nom de guerre* de Antonio Cuervo, prototipo del militar que actuó tanto en el conflicto como en la “guerra sucia”, cuyo colofón fue Malvinas, la guerra que evidenció el tipo de entrenamiento militar de las FFAA argentinas: efectividad absoluta para la represión interna y un altísimo nivel de imprevisión y negligencia para la guerra en sentido llano.

El apodo “Mayor X” presenta un alto grado de significación por un juego de intertextos y referencia a las series literaria, política y social. Mayor X es un oscuro personaje del célebre cuento de Rodolfo Walsh, “Esa mujer”, en el que un periodista (alter ego del autor) entrevista a un militar para averiguar el paradero del desaparecido cuerpo de Eva

Perón, mediante lo que más tarde se conoció como Operación Evasión. Es un hecho notable que el cadáver que inauguraría la serie de desapariciones en la historia política argentina contemporánea fuera el de Evita, tras el golpe de Estado a Perón en 1955. Cuando Walsh escribe el cuento -entre 1961 y 1964-, esta desaparición seguía siendo una incógnita. El mayor X aparece envuelto, como su nombre indica, en la incógnita mayor de este secuestro. Notable es también que, en 1977, el propio Rodolfo Walsh se convirtiera en uno de los desaparecidos de la última dictadura, entre otros treinta mil a los que se suman los NN enterrados en las Islas; el nombre de Walsh simboliza desde entonces no sólo la relación entre literatura y compromiso político en Argentina (cf. 4.13.), sino la del escritor detective, la del periodista investigador, la del narrador de género policial en la tradición borgeana que acabó tramando la *non-fiction novel* más politizada e increíble de la historia argentina, inaugural en todo sentido, que operó un giro ideológico que lo convertiría en quien fue. La que denuncia, además, una bisagra fundamental en la historia nacional, los fusilamientos de José León Suárez en 1957: *Operación Masacre*.

En *Las Islas*, el secreto de Estado aparece cifrado, sugestivamente, en una memoria personal e íntima: un diario. No obstante, este depósito endeble, recóndito e individualizado de la suerte de una nación se ve redoblado en la fragilidad de su soporte material: en medio de la guerra, y ante el riesgo que corría la suerte de estas notas, el mayor X pide al soldado Emilio Beltrán que recuerde, literalmente, cada parte de su diario (que se convierte así en un diario

de guerra). Lo que no considera el mayor es que el soldado, al igual que el papel o quizás mucho más, se vería expuesto a los peligros de la guerra: está claro, esas vidas nunca fueron tenidas en cuenta por los altos mandos, que sometieron a su tropa al hambre, el frío y los castigos.

6.8.4. Memoria, verdad y archivo

Emilio salva su vida pero regresa a Buenos Aires con una bala alojada en su cerebro. En el Borda recita monótona y desordenadamente las partes del diario del mayor X, cumpliendo rigurosamente con la orden que le fuera impartida, aunque dejando entrever el daño psíquico que la guerra le supuso. No obstante, a Cuervo sólo le importa recuperar la información depositada en el soldado, y allí va, al hospital, a descifrar ese lenguaje afásico: el cuervo vive de los despojos.

Emilio es, además, el único sobreviviente del célebre “pelotón fantasma”; al igual que en *Los pichy-cyegos* (Fogwill, 1983), la memoria recae en un único sobreviviente, testigo por tanto irremplazable. Sin embargo, la fantasmática presencia de Emilio está mucho más cerca de la esfera de existencia de sus desaparecidos compañeros de pelotón. Cuando los excombatientes lo visitan, intentan desentrañar los “enigmas insondables” de su memoria: antes de “darse por vencidos” (el cruce entre esta batalla por rescatar el relato de Emilio y las batallas por Malvinas es magistral en la narración) consiguen comprender la referencia a la leyenda del tatú cordobés, sobre la que vuelve el relato más adelante.

La primera entrada del diario del mayor X corresponde al día 21 de mayo de 1982. La guerra se desarrolló entre el día 2 de abril, desembarco de las FFAA argentinas en el archipiélago, y la rendición del 10 de junio; poco más de dos meses. El fuego fue abierto tras el desembarco inglés, el primero de mayo; estaríamos, entonces, en el fragor de la batalla. Sin embargo, el mayor toma nota con mirada extrañada.

Decidimos instalarnos en un edificio que dimos en llamar “la escuela” por su similitud con las nuestras, aunque no comprendo la función que pueda tener para los habitantes nativos. Primeros contactos: intenté hablarles en todas las lenguas principales, entre ellas el castellano, el portugués, el latín, [...] el italiano y gracias a un soldado del R5 hasta hebreo, que para mí gran alivio no comprendían; había llegado a temer que esta colonia fuera uno de los fatídicos “kibbutz” [...]. En esa perplejidad estaba cuando escuché unos sonidos guturales a mis espaldas, tan disímiles a los de cualquier lengua humana conocida que al principio supuse la intrusión de un bromista, pero cuál no sería mi sorpresa cuando observé los taciturnos rostros de los nativos iluminarse en respuesta y empezar a hablar todos a la vez en los mismos acentos agrestes. Me volví, para ver cuál de mis hombres era responsable. [...] Al ser interrogado el soldado explicó que en unas islas al norte se habla una lengua similar, que él había aprendido en sus viajes. [...] desde hoy lo incorporé a mi compañía en calidad de lenguaraz. (Gamerro, 1998: 443-444)

La referencia a un elemento conocido como analogía para nombrar lo desconocido, el mismo acto de nombrar, la designación de un lenguaraz o la previsión de llevar un políglota en la tripulación remite, en tono paródico, a las crónicas de Indias, a lo que se suma el anacronismo en la negación del idioma inglés como lengua principal, por desconocimiento, hecho que subraya el bajo nivel de formación cultural (por debajo, además, de su subordinado). El diario avanza en sus entradas, en las que se parodiará también el discurso antropológico, describiendo hábitos, religión, economía, leyes, relaciones de

parentesco, forma de gobierno: “Su sistema de gobierno, si es que tal puede llamársele, corresponde a la forma más primitiva, la republicana; la perfecta igualdad que reina entre los individuos retrasará por mucho tiempo su civilización” (446). La ironía subraya el presupuesto ideológico del mayor: sociedad de clases y el origen histórico en coincidencia con el ideal patriótico de una Argentina políticamente emancipada, que se suman a la nota de antisemitismo de la cita anterior. El sarcasmo de su discurso remite nuevamente a la conquista de América, esta vez en contrapunto con la historia del desembarco argentino en 1982; el dictador Galtieri decide tomar las Islas de manera sorpresiva e izar la bandera argentina, frente a lo cual los isleños no presentan mayor resistencia ya que conocían muy bien la situación política en el continente, y deciden esperar órdenes de Londres.

Desde el inicio, nos han tributado el respeto y el temor que se concede a los dioses, más que a los hombres, cualesquiera sean su rango y autoridad. [...] Más que nuestras armas, fueron el ejemplo de nuestra organización y disciplina las que nos abrieron las puertas de su isla. (Gamerro, 1998: 447)

Más adelante, otras características de las crónicas de Indias serán calcadas, reforzando la parodia en sentido doble: como crítica mordaz tanto a la conquista como a la última dictadura (aquí late la lectura que David Viñas hizo del avance del Estado argentino sobre los pueblos originarios, al que llamó “etapa superior de la conquista de América”, concibiendo una continuidad entre el proceder colonial y el republicano; cf. Viñas, 2013). Un ejemplo de esto es la superioridad con la que se observa a los nativos (447), el uso de armas de fuego para mantenerlos

aterrorizados, la evangelización -muy enlazada a la nacionalización, en este caso, punto particularmente sensible en el conflicto de soberanía ya que los habitantes de las Islas se reconocen ingleses.

[...] los declaré ciudadanos argentinos de pleno derecho, e intenté inculcarles el amor a la madre patria [...]. Entendiendo que sus simples mentes eran incapaces de hacer distinciones tan delicadas, les conté fragmentos de la vida ejemplar del Padre de la Patria: su infancia correntina, a la sombra de la histórica higuera... (Gamerro, 1998: 448-449)

La referencia a San Martín continúa, hasta completar la estampa ofrecida en las escuelas.

En su simplicidad, los nativos confundieron el catequismo con la lección de historia, y creen que San Martín es uno de los santos del cielo. Lo que es más, creen que yo mismo soy San Martín y que vengo del cielo –en este caso, claramente, el helicóptero que nos trajo. [...] ¿Qué mal puede hacer esta pequeña confusión, si los mantiene sumisos y bien dispuestos? Mayores mentiras que ésta ha sabido aceptar el Señor para la prosecución de Su causa. (Gamerro, 1998: 449-450)

El calco de las crónicas se superpone a una fuerte sátira del discurso de las FFAA, que pretendían “extirpar el cáncer marxista” del cuerpo social en nombre de la civilización occidental y cristiana, como un mandato divino. Finalmente, la cuestión del oro –otro de los ejes de las crónicas de Indias- lleva el relato hasta su pretendido punto de partida, las Invasiones Inglesas de 1806 y 1807 al puerto de Buenos Aires, que son, desde el punto de vista de la historiografía republicana, el comienzo de la emancipación.

En mi ronda, descubrí en la boca de un anciano de gruesos bigotes blancos el brillo del oro, y también en el arete de una jovencita de cabellos del mismo color. Interrogados por el lenguaraz acerca de la procedencia del precioso metal, algunos de ellos señalaron al Norte,

repetiendo una palabra que sonaba como “ingoland”. (Gamerro, 1998: 456)

Esto será interpretado como “in gold land”, en la tierra del oro, Eldorado. En este punto, retoma la leyenda del tatú cordobés.²²⁷ La interpretación que el lenguaraz hace de los dichos de los kelpers los lleva a creer que ejercen el trueque con otro grupo, que les daría a cambio el oro procedente del Cabildo colonial de Buenos Aires, retirado –según recoge la historiografía- por el virrey Sobremonte (último virrey español en el Río de la Plata) y trasladado en carreta con destino a la ciudad argentina de Córdoba, tras la invasión británica: “Al parecer, el tesoro fue traído del continente en tiempos de la colonia, oculto dentro del caparazón de un tatú carreta” (458).²²⁸ El mayor decide entonces partir en busca ese botín. Propone a sus hombres acompañarlo, o bien rendirse y regresar como prisioneros de guerra de los ingleses al continente. Poco más de una docena de hombres lo sigue, entre ellos el lenguaraz y el soldado Emilio Beltrán, de memoria prodigiosa, a quien decide confiar el contenido de su diario para ponerlo a buen resguardo. La travesía en busca del tesoro es larga y terrible, y aquí el intertexto son los diarios del Che (diarios de campaña: operativos, militares, logísticos). Los únicos sobrevivientes del “heroico pelotón” –así lo denomina el mayor en su diario, con ecos del apelativo utilizado para el Che- son el mayor, Emilio y el lenguaraz. Los recibe

²²⁷ El tatú es un armadillo de las pampas, al igual que el pichiciego.

²²⁸ “Tatú carreta” es otra denominación para este armadillo, en claro juego de palabras con la salida histórica del tesoro.

[...] una voz grave y profunda como no la había escuchado jamás; me saludó en un perfecto castellano, puro y destilado como el aire que lo sostenía: -Bienvenido, mayor X. Lo estábamos esperando. Bienvenido a la Argentina invisible. (Gamerro, 1998: 467)

La misión a la que el mayor estaba predestinado se cumple en esta fantasía utópica de nación vencedora, con origen en las –entonces sí– contenidas invasiones inglesas por parte de los habitantes de Buenos Aires.

6.8.5. El patriarcado absoluto

Las Islas Malvinas fueron ocupadas por los criollos en 1811 tras la deposición del último virrey y la constitución de la Primera Junta de Gobierno. En 1833, tras una serie de incidentes, la marina inglesa consigue expulsar por la fuerza la pequeña colonia de criollos que residía en las Islas. Muchos parten hacia el continente pero un grupo de rebeldes, liderados por el gaucho Rivero, permanece allí. Se sabe que finalmente fueron expulsados y enviados a juicio en Londres (cf. Groussac, 1934; Muñoz Azpiri, 1966; Lorenz, 2006 y 2013). No obstante, en la fantasía del mayor, este grupo nunca abandonó las Islas, y sus descendientes son quienes reciben con asado y vino a estos tres personajes, y ponen al corriente de la historia al orgulloso mayor.

En su forzado exilio hacia el interior de la Isla Grande habían encontrado el tesoro del tatù cordobés [...] habían decidido fundar esta ciudadela inexpugnable en el corazón de las islas, para mantener pura la esencia patria y desde allí manejar los destinos nacionales con mano invisible. Cada vez que la patria se encontraba en peligro, en cada encrucijada del destino nacional, ellos acudían en su ayuda. (Gamerro, 1998: 468)

La alusión aquí es a las FFAA, sobre las que se respaldó el statu quo nacional durante todo el siglo XX. El gaucho Lugones (obvia referencia al gran poeta nacional) ofrece una desopilante y satírica versión de la historia argentina.

Lo más llamativo de esta singular comunidad es su mecanismo de reproducción, que materializa el anhelo de Tamerlán. Se trata de un androceo perfecto, ya que para evitar todo tipo de contaminación, han prohibido la entrada de mujeres al clan porque “con la mujer hacen su entrada la duplicidad y el disenso” (469), hecho que tensa la máxima patriarcal que rigió en la Argentina de aquellos años. Hacen, entonces, uso del vientre de las kelpers para clonarse en ellos, y de sus cuerpos para la satisfacción sexual. Por último, Lugones informa al mayor acerca de su misión secreta: en su delirio de grandeza (que nos recuerda, sin más, a Galtieri), en su diario se sueña elegido “el nuevo San Martín” que conseguirá la rendición inglesa el 20 de junio, día nacional de la Bandera. Comenzando por Gran Bretaña, uno tras otro los pueblos del mundo serán sometidos al mandato de este vencedor, y del Proceso de Reorganización Nacional (así nombró la junta militar al golpe de Estado de 1976) se concluye en el “Proceso de Reorganización Mundial” (472).

6.8.6. Sublimar la derrota

Un escrito es una pieza privilegiada en la (re)construcción del pasado. Un diario es un documento histórico. Su letra construye una memoria, en este caso de Estado. El diario del mayor proyecta en victoria lo que

fue una rotunda derrota; reinventa un nuevo origen en el contacto con las Islas, un desembarco fundacional que desconoce y niega cualquier otra toma de contacto por parte del Estado argentino. Lo hace sirviéndose del discurso de la conquista de América, que remite a la interpretación de Viñas. Lo interesante aquí es que, para el borramiento de la derrota, se respalda en un género que –en líneas generales, y con las vicisitudes que conocemos- narró una victoria: de occidente, de la cristiandad, de la corona, por sobre los pueblos colonizados. La utopía de victoria que despliega el relato del mayor X condensa en negativo una terrible paradoja nacional, que es ya el leitmotiv de una época: “hubo que perder la guerra para recuperar la democracia”. Si bien el diario del mayor decide que la guerra fue ganada, y por tanto también la continuidad de la dictadura, lo cierto es que no sería ni siquiera necesaria esa ficticia victoria, ya que por muchos años más, la calidad de democracia en Argentina haría de Felipe Félix un hermano literario de Stephen Dedalus, protagonista de *Ulysses*: desde la posdictadura de fines del siglo XX, mejor conocida como “democracia de la derrota”, la historia fue una pesadilla de la que se intentó despertar una ferviente noche de diciembre de 2001 bajo la popularísima consigna “Que se vayan todos”. Quizás pudieran irse allí, lejos, a las Islas, a vivir el edénico e infernal sueño de una sociedad con sitio para casi nadie, donde no se los fuera a encontrar jamás.

6.9. Una guerra en lengua inglesa

*Inside the scream is silent
Inside it must remain
No victory and no vanquished
Only horror, only pain*
Iron Maiden

Carlos Gamerro dedicó buena parte de su escritura a la obra crítica, y en buena parte de su obra crítica realiza un trabajo con la literatura en lengua inglesa (cf. 2003, 2008, 2009, 2015a, así como sus introducciones, notas y traducciones del teatro de Shakespeare, 2015 y 2016), que es para él casi tan propia como el español: como Borges, se crió en un ambiente bilingüe. Esta presencia aparece también en su literatura. Tal y como quedó planteado desde el comienzo de esta tesis, el intertexto más importante es el de la literatura argentina, pero también están muy presentes las literaturas inglesa y española. En *Las Islas*, estos aspectos aparecen incardinados en la cuestión de la fusión de géneros, con un despliegue de elementos del policial negro de cuño norteamericano pero también del policial de enigma, muy desarrollado en Inglaterra, así como en la trama de crímenes familiares ligados al poder, que remite a las tragedias del teatro isabelino.

6.9.1. Una trama policial

Felipe Félix es el héroe-hacker-detective que descubre la presencia del testigo 26, al que identifica como el hombre del sobretodo gris. Es él quien también descubre su nombre de pila, Arturo Cuervo, y su nombre

de guerra, mayor X. Él mismo consigue arrebatarse las notas de su diario, tomadas de la memoria de Beltrán. Tamerlán cree que es él quien está involucrado en la vida de sus dos hijos: el desaparecido Fausto y el inculpado César. Todo esto se ve corroborado en las últimas notas del diario del mayor, que venía llevando al día, hasta ser asesinado.

26 de mayo de 1992. Mañana se cumplirá la primera etapa del plan. Las cortinas se abrirán en el momento preciso, y todos verán el cuerpo caer. El lugar que elegimos para ocultarlo es inmejorable. Si todo sigue así, en breve contaré con los fondos necesarios para financiar la expedición.

27 de mayo de 1992. Hoy es la gran noche. Hugo me consiguió el teléfono de ese soldado, al parecer está vinculado al traidor de Verraco de alguna manera. Mañana, a más tardar, comienza la segunda parte del plan, cuando en los oídos del dueño de la torre sea susurrado el nombre de Felipe Félix. (Gamerro, 1998: 474)

Felipe corrobora las sospechas de Tamerlán y descubre la vinculación con su propia persona. El delirio de Cuervo lo había llevado a buscar el dinero en Tamerlán para regresar a las Islas. Fefe había llegado a tiempo para frenarlo. Sin embargo, los acontecimientos no le dan tregua: por televisión, se entera de que Tamerlán ya desató una nueva cacería, contra los veinticinco testigos restantes. Gloria y las niñas vuelven a estar expuestas a un peligro atroz. Para protegerlas, Felipe convoca a sus amigos bajo la excusa de que los “ingleses descubrieron a la esposa del mayor X. Quieren raptarla para obligarlo a rendirse, y estoy yo solo desarmado para defenderla” (482). Acuden de inmediato: nadie lo haría mejor.

6.9.2. Un drama isabelino

Felipe sale en busca de Tamerlán. Se dirige a las torres, que muestran la decadencia del descuido en día domingo: sucias, vacías, casi abandonadas, son la contracara de lo que parecían en su primera visita. En el último piso lo encuentra a Tamerlán, leyendo *El origen del hombre en el Plata*, de Florentino Ameghino. Luego de leer, profundiza en su misoginia.

¿Ha notado usted que en la limpieza que llevaron a cabo los militares no hay registro de una, una sola instancia en que hayan participado mujeres? Fue una tarea de machos. También la guerra. Ni una sola mujer viajó a Malvinas. Ahora me doy cuenta de que mi hijo no se equivocó, sino que ahora continuó y extendió la visión de su padre. Él sabía que sólo en Malvinas podía la Argentina realizarse en su máxima pureza. (Gamerro, 1998: 493)

En su delirio, Tamerlán acomoda la realidad a su deseo. Postula que, en efecto, Fausto regresó, y César, en un arranque de celos, lo empujó hacia el precipicio. Ahora César tendrá que ocupar el lugar del muerto: “Mi hijo ha vuelto a mí, finalmente. Todo es como antes. ¿No es maravilloso, no es un milagro que el amor de un padre pueda vencer incluso la muerte?” (493).

Felipe lo corta, le dice que vino a matarlo porque está protegiendo a alguien. Tamerlán, condescendiente, le dice que ya se dio cuenta de su enamoramiento pero que tiene que acabar con todos los testigos. Y se pierde en un idílico recuerdo de su infancia en “un campo” (497), en Alemania,

[...] sin más contacto con el mundo allá afuera que el fulgor nocturno de los hornos (que las fábulas de mi madre transformaban en amigables dragones iluminando sus paseos por el bosque), el ruido de las topadoras

y las ráfagas con olor a ceniza cuando el viento soplabá en nuestra dirección. (Gamerro, 1998: 498)

Además de todo tipo de juguetes nuevos cada día, el padre le llevaba niños para jugar, a los que Fausto maltrataba y mortificaba sádicamente, mediante vejámenes que imitaban a los del campo de exterminio. El relato se interrumpe con la huida hacia Argentina, y Felipe aprovecha para consultar acerca de unos anónimos que llegaban por correo. Cuando se acerca a verlos, se da cuenta de que se trata de la partes de los diarios del mayor X, en las que se descubre que el lenguaraz en la expedición fue Fausto Tamerlán (h). Tras separarse de los expedicionarios fue acogido por una familia de kelpers, con cuya hija, Catherine, acabó casándose. “No hace falta decir lo mucho que significó esto para el joven héroe, para el cual los insultos y el desprecio de su padre habían sido el único calor de hogar que él jamás conociera” (505). Pero la nueva familia concluye trágicamente, cuando el avión en que viajaban su esposa y sus dos hijos cae al Atlántico. Fausto deseó morir.

Como modo de dar sentido a esa pérdida, decidió lograr “la reconciliación entre los dos pueblos enfrentados. Voy a regresar a la Argentina para organizar la definitiva recuperación de las Islas” (506). Al llegar al país, lo encuentra devastado, “como si la guerra hubiera sucedido acá y no allá, [...] los héroes de mi juventud habían sido primero vilipendiados y escarnecidos, para ser luego, mucho más cruelmente aún, olvidados” (507). Busca a Cuervo, al que siente como un padre y con quien comparte un odio en común: Tamerlán. Decide

usar sus millones para reconquistar las Islas. Le propone a Cuervo que observe desde la torre de enfrente su encuentro con César, a quien intentará sumar al plan, ya que también siente odio por su padre. Sin embargo duda, puede que el interés por la herencia –que ya le pertenecía completa, porque Fausto había sido dado por muerto- se interpusiera en el pacto. En la última entrada de estas páginas sueltas del diario narra la caída y jura vengar a Fausto, enfrentando a Tamerlán con su hijo César.

El encuentro de ambos hermanos es una incógnita para el padre, que cree que César actuó para defenderlo. Siente que los juzgó mal toda la vida y se lamenta de haber despreciado al menor, cuando Felipe lo interrumpe para decirle que todas aquellas páginas son falsas, que es él quien tiene en su poder las verdaderas. Para entregarlas, le pide que firme un documento “diciendo que mandó a matar a esos seis testigos. Si deja en paz a los restantes, su confesión se pudre en la caja de un banco. Uno más que muera y lo llevo a la p... p... a la televisión” (510); la policía no da garantías, más bien las quita. Había comenzado a pensarse que el periodismo ocuparía el lugar de la denuncia. El texto es análogo al de la rendición militar, exactamente diez años después: “Buenos Aires, 14 de junio de 1992. Yo, Fausto Tamerlán I...” (510). Estaban en eso cuando sienten un rumor elevarse desde las bases de la torre: “los espejos habían empezado a darse vuelta, y éramos nosotros, ahora, los que en breve quedaríamos atrapados en el punto de mínima visibilidad” (511).

Ambos hijos traicionan al padre. El primero en hacerlo es Fausto, su homónimo y primogénito, el hijo en el cual proyectaba continuar su legado. Sucede en los años setenta –algo de esto es mencionado por Marroné en *Un yuppie en la columna del Che Guevara* (cf. Gamarro, 2011: 120)-, cuando era un adolescente arrebatado por las tendencias de las vanguardias estudiantiles de la época.

[...] volar en su auto o que le tomaran las obras o ser secuestrado estaba dentro de los riesgos asumidos del momento; pero que el entregador fuera su propio hijo, su heredero hecho por él a su imagen y semejanza, era como ser acuchillado por su propio reflejo al mirarse en el espejo. Tuvo nueve meses para reflexionar sobre el particular, nueve meses bajo tierra en un cubículo húmedo adonde no llegaban ni luz ni aire ni otro sonido que el de voces parcas ahogadas por la capucha. Una de esas voces, a la cual hasta mucho después no pudo darle más rostro que el proteico y borroso que reconstruía a partir de ella, fue la que le informó de la colaboración de su hijo –aunque por lo que éste mismo afirmaría al ser interrogado, fue una compañera del Nacional Buenos Aires la que lo ordeñó de semen e información en partes iguales, y si cansado de leer *Juvenilia* año tras año participó en asambleas y tomas y grupos de estudios del *Anti-Dühring* fue por amor y por la avalancha de culpa de clase[...]. La voz que ahora espolvoreaba diariamente en su oído las esporas de la duda, que en las horas de interminable oscuridad proliferarían en su mente como hongos venenosos, hasta obligarlo a imaginar el rostro de su propio hijo bajo cualquiera de las capuchas que lo habían arrastrado fuera de su auto sobre los cuerpos de sus guardaespaldas muertos, la misma voz que negociaría a espaldas de sus compañeros el rescate del prisionero con los servicios de inteligencia del ejército, era la del joven que militaba con el apodo de “Chirólita” en la organización recientemente volcada a la clandestinidad, y estudiaba en la Facultad de Medicina bajo el nombre de Alfredo Canal. (Gamarro, 1998: 146-147)

Canal arregla el rescate y ya se queda como Rasputín de Tamerlán. “Las manos salvadoras pertenecían a un oficial del ejército vinculado a la Triple A, activo en los grupos de tareas que libraron las primeras batallas de la guerra inmunda; su nombre, Arturo Cuervo” (148). En el cautiverio Tamerlán pergeña las dos torres, que construye tras ser liberado; su imperio despegua en plena dictadura. En aquel momento,

Fausto padre tiene un acercamiento a su hijo, a la vez que se distancia del ya por entonces mayor Cuervo, que no había conseguido convencer a Tamerlán de que “el mejor negocio inmobiliario en el país desde la Conquista del Desierto era invertir en [...] Malvinas” (149). En algo de esto estaba entrometido Fausto (h), que acababa de hacer el servicio militar bajo las órdenes (protectoras) de Cuervo.

Lo de César es distinto: había estado preparándose en una terapia psicoanalítica con Canal para enfrentar y matar a su padre, literalmente. La ocasión se le presenta cuando Felipe intenta invertir nuevamente los espejos y sólo consigue descontrolar el mecanismo de la torre, que genera caos y confusión; César ingresa con Canal a la oficina de su padre y pone orden. Tamerlán lo niega una vez más, llamándolo Fausto. César le recuerda todos los sometimientos a los que se vio expuesto (los abusos no siempre habían sido simulacros para sorprender a espectadores desprevenidos) y le afirma que Fausto está muerto, nunca regresó de la guerra, el hombre arrojado al vacío no era él.

Levantamos un despojo de la calle y lo disfrazamos de persona. Cuando terminamos, quedó bastante parecido a lo que mi hermano sería hoy; y después preparamos su muerte ritual. [...] Si te tragabas lo de Fausto asesino y César slavador, íbamos a esperar unos meses antes de la siguiente etapa. Disfrutando de tu adulación. Pero tu amigo acá nos obligó a apurar los trámites. Flaco favor que te hizo. ¿Te das cuenta, papito? No me alcanza con matarte dentro de mi corazón. Y antes de morir necesito que entiendas que estás vencido, que soy más fuerte que vos. Lo de aquella noche fue un ensayo. Te voy a probar que soy más fuerte. (Gamerro, 1998: 520)

César necesita imponerse a su padre pero Tamerlán le responde con arrogancia, frustrando todo su trabajo previo de terapia. Canal, que

supervisa toda la escena, lo insta a abusar sexualmente de su padre pero César no puede. Se decide a matarlo pero necesita ayuda. En ese momento llegan los matones y cuentan que en una de las casas de los testigos, los recibieron a balazos; lo ven a Felipe, que observaba la escena agazapado, y lo inculpan por haber brindado información: sus amigos defendieron a Gloria con éxito. César le pide ayuda para matar a su padre y Freddy, uno de los matones, accede: todos detestan a Tamerlán, todos acaban traicionando al jefe. Tamerlán cae al vacío con una mueca plácida en el rostro. Ahora sólo necesitan hacerlo pasar por un suicidio.

Toda la densidad psicológica y vincular que hizo eclosión en el teatro isabelino está expuesta aquí: las luchas por el poder a pesar de los lazos de sangre, las diversas manifestaciones de la locura, la ruptura de los tabúes sexuales, la muerte violenta. La cuota cliché la aporta el personaje del psicólogo, Canal, que intenta *canalizar* los eventos inconscientemente reprimidos; en lugar de hacerlo de un modo simbólico lo lleva al plano literal, duplicando el ridículo.

6.10. Memoria y supervivencia

*Nosotros que escuchamos sobre
las cabezas el relincho del mortero
que leímos el porvenir en las tripas
de los nuestros
Nosotros que oímos las letrinas del
espíritu
que tocamos el temblor de la piedra
como un corazón desesperado
Nosotros que lamimos el meado vientre
de la tierra que persistimos pese a todo
y a nosotros
Somos los que aún permanecemos
en cucullas los que todavía tenemos
las pupilas como esquirlas candentes
los que a veces nos seguimos
arrastrando por la noche
los que todavía soñamos
con regresar algún día*

G. Caso Rosendi

Muerto Tamerlán, las miradas de César y de Canal se vuelven sobre Felipe, que una vez más se ve involucrado en una situación indeseada: se transformó, ahora él, en un testigo al que hay que callar. Lo hacen desnudar y de su ropa caen el cheque con el pago por todo su trabajo – al que destruyen de inmediato– y el documento con la firma de Tamerlán. Impecable prueba para demostrar un suicidio, ese papel les hace cambiar la sentencia y en lugar de matar a Fefe le inyectan “la droga del dolor” (513).

Aunque muchas drogas ilegales son consumidas por diversos personajes a lo largo de la novela (cocaína, marihuana, ácidos, éxtasis), en este caso se trata ya no de una droga estimulante sino de un refinadísimo método de tortura química, quizás el último perfeccionamiento argentino en la táctica de interrogatorios. Felipe es

inyectado y comienza a sentir un frío glacial “como no había sentido nunca antes, no, ni siquiera en las Islas” (533) y su sensibilidad al dolor se vuelve casi molecular: cada ínfimo movimiento lo altera al punto del desmayo.²²⁹ Es el opuesto exacto del paradigma del consumo: en lugar de aliviar el dolor físico y/o psíquico, lo provoca. Bajo la promesa de contrarrestarlo con morfina, César y Canal le preguntan cómo reconoció a Cuervo, cómo llegó a interrumpir el plan que se habían trazado originalmente. Fefe intenta explicar que lo conocía de Malvinas (imposible contar la extensa verdad antes de morir de dolor) y cuando se aburren de jugar con él, sencillamente lo dejan ahí, tirado, sufriendo.

Diez años había dormido bajo el abrigo incierto de la ciudad del dolor, y ahora despertaba desnudo bajo el brillo único de las estrellas. Era el fin de la comedia. En ese momento, una mano gigante bajó del cielo y levantándola de una punta, como quien se prepara para sacar una curita, arrancó de un tirón la piel de la ciudad, para revelar debajo el páramo desolado, los pastizales barridos por el viento, los ríos de piedra, las rocas y el barro y los turbales de Malvinas (Gamerro, 1998: 541).

Su relato se transforma en recuerdo, en sueño, en una memoria que viene a reponer una historia para los ausentes, a reparar el olvido; a la vez, quizás regresar allí sea el modo de dolor más profundo, pero también una forma de duelar.

6.10.1 El pelotón fantasma

Como en todo sueño, nunca sabremos cómo ni en qué medida lo recreado viene a poner reparos a lo vivido. Fefe revive en su sueño la batalla de Monte Longdon con todo realismo, siguiendo la secuencia

²²⁹ El relato del dolor sólo es comparable a algunos testimonios recogidos en *Nunca Más* (Co.Na.De.P., 1984).

histórica de acciones. El episodio fue considerado el más cruento de la guerra por los combates cuerpo a cuerpo con bayoneta; fue uno de los últimos, e implicaba el asedio a Puerto Argentino, la capital de las Islas donde se concentraban tanto la población lugareña como el núcleo de resistencia argentino. Ocurrió entre la noche del 11 y la madrugada del 12 de junio de 1982; allí estuvo destinado Felipe junto con Morsa, Chanino, Rubén, Hijitus y Carlitos. El sueño retoma el momento posterior al estaqueo, cuando los ingleses avanzan a pie a la vez que bombardean la posición.

Abrazado a Carlitos para darle calor, cuento los latidos de su corazón como segundos, como si fuera mi conteo lo que los hace seguir, uno más uno más uno más, restándolos de los miles que nos separan de la llegada del día. Si pasa la noche podremos llevarlo al hospital de campaña al pie del cerro, o incluso al puesto de Moody Brook, pero la noche recién empieza. Al lado nuestro Chanino tiembla y se sacude como un perro en sueños, Rubén con la cabeza tapada por la campera y una manta ocupa junto al cuerpo quizás muerto de Hijitus la otra punta del pozo. Yo soy el único que cada tanto se asoma, puede decirse que monto guardia, velando por todos, aunque mis ojos no ven más en la noche de afuera que los de ellos, fijos en el fondo del pozo (Gamerro, 1998: 543-544).

En el sueño, Fefe intenta reparar el dolor que le produce cada día la muerte de Carlos, a quien no pudo defender de los vejámenes de Verraco. Se muestra despierto, protegiendo con el calor de su cuerpo y con su vigilia las vidas de sus compañeros. Siente que le prolonga la vida a su amigo contando los latidos de su corazón, como si con su amparo lo empujara a seguir. No obstante, la noche cerrada se interrumpe.

[...] allá abajo los ingleses avanzan coordinados, como un equipo bien organizado, neutralizando las primeras posiciones. Se acercan por detrás o por el costado, sin demasiado cuidado, a las bocas abiertas de los pozos, y para no errar cuando disparan meten directamente los caños de

fusiles y ametralladoras dentro, y después para asegurarse dejan caer una granada de fósforo y se corren apenas para esquivar el estallido blanco y proceden hasta la posición siguiente para repetir el procedimiento, metódicamente, como limpiando el campo de yuyos. (Gamerro, 1998: 545)

El ejército inglés opera con un orden que amenaza con no dejar nadie vivo a su paso. El grupo de Fefe está a la vanguardia de la posición y, tal como ocurrió en la guerra, no responde al fuego enemigo por estar descansando, con sus soldados heridos y mal alimentados, en una noche próxima al invierno con temperaturas bajo cero y heladas. Los soldados ingleses avanzan y atacan cada pozo como si se tratara de hormigueros. Fefe ve claro el exterminio y se entrega a la muerte.

Seguro de que voy a morir empiezo a admirar la belleza del espectáculo, la de la montaña congelada por las bengalas como en la noche de luna cien veces identificada; la de los movimientos ágiles y precisos de los ingleses saltando sobre las rocas, mimetizándose con el terreno, reptando bajo las trazadoras verdes que surcan casi a ras del suelo la oscuridad, rebotando y dibujando el contorno de los peñascos con los trazos geométricos de sus trayectorias, y son tan hermosas que dan ganas de estirar el brazo y tocarlas, como atravesar de noche una ruta de campo sobre la cual pasa flotando un enjambre de luciérnagas en vuelo, y ver las estelas fosforescentes rozar la ventanilla, abrirla y sacar la mano para sentir cada tanto el golpecito de una en la palma abierta y con suerte atraparla y apresar la luz en la mano cerrada, intermitente en el rosado entre dedo y dedo. (Gamerro, 1998: 546)

Felipe se entrega a una contemplación poética del entorno, olvidándose del peligro y observando el panorama como si se tratara de un espectador fuera del rango de acción. La luz de las balas trazadoras lo atraen, lo llevan en el recuerdo a una escena de noche en el campo. Toda esta reflexión, la seguridad de una muerte próxima, le permite no entrar en pánico.

El bombardeo que sufrimos entonces es el peor de todos, caen con dos o tres segundos de diferencia, revolviéndonos adentro del pozo, y para que no nos revienten los oídos y del dolor de las quemaduras y de terror puro gritamos durante media hora o dos horas seguidas hasta quedarnos sin voz, y cuando refluye el silencio un graznido sordo permanece flotando sobre las trincheras: son nuestras gargantas, que siguen gritando independientes de nuestra voluntad en las míseras treguas que cada tanto hacen los ingleses para ver si quedó alguien vivo. (Gamerro, 1998: 547)

La reflexión se corta cuando comienzan a caer las bombas y todo el pozo se hunde en el terror. Pierden la noción del tiempo, enloquecen, el cuerpo se automatiza. El pánico no se detiene en los escasos instantes de silencio, al contrario: la dilación de la muerte es una tortura. Sin embargo, inesperadamente, Felipe y algunos compañeros sobreviven al bombardeo. Chanino y Rubén debaten: “-¿No matan a los prisioneros? - No, son ingleses” (548); “Si vuelven yo me pego un tiro, ya te dije” (549). Escuchan la voz de un soldado argentino que los convoca a salir. Rubén sale y un soldado inglés lo insta a bajar el arma; Rubén no le entiende. Felipe interviene para traducir pero Rubén no lo oye: “Estoy muerto, pensé de golpe. Nadie me oye porque estoy muerto” (550). El soldado inglés ataca a Rubén con bayoneta, que muere de modo cruento.

Felipe oye cómo los soldados ingleses se quejan del peso de los cuerpos muertos, que deben ir recogiendo por el camino. Se quejan de sus botas y se prueban las de los muertos. Una bala de obús lo acecha y el sueño ralentiza su capacidad de reacción: “para mi horror descubro que mis movimientos se han lentificado en proporción, el aire a mi alrededor adquiriendo consistencia de glicerina y el barro agarrado a mis botas como cemento fresco” (555). Finalmente, alucina con que una yegua, a la que había alimentado en días previos, lo saca de allí.

El oficial argentino a cargo del pelotón, sin la menor posibilidad de realizar una lectura inteligente de la situación, sólo puede responder desde la ceguera triunfalista; sus soldados conscriptos ven con claridad que les propone un delirio suicida.

-[...] ¡Vamos a organizar el contraataque! [...] ¡Los ingleses están a punto de rendirse! -insiste-. ¡Han perdido la voluntad de combatir!
-¡Callate, pelotudo! -le contesta finalmente una voz desde lo alto. El milico no se da por aludido. (Gamerro, 1998: 556)

Dos soldados ingleses se acercan, los hacen formar en fila y preguntan si alguno habla inglés. Felipe se ofrece. Ve entonces que un sargento inglés está discutiendo con un oficial argentino de uniforme impecable. Es Verraco. No quiere entregar su arma: “El hijo de puta tenía terror de que desarmado lo mataríamos apenas los ingleses nos dieran la espalda. Tenía razón, yo hubiera sido el primero. -He says yes if you blow him” (558), interviene Felipe para vengar a su amigo, reduciendo a Verraco a un castigo de fuerte valor simbólico, tanto más para un castrense. El sargento inglés, entonces, arrodilla a Verraco y lo encañona hasta el esófago. Acto seguido, lo hace practicarle sexo oral. Las últimas palabras de Felipe al sargento inglés son casi un pensamiento enunciado en voz alta.

-I would like to shoot him. You can kill me afterwards -escuché. El inglés me miraba asombrado, la sonrisa borrada de su boca, sin decir palabra. Había sido yo el que las había pronunciado.
-That’s why he wanted to keep the gun -dije, a manera de explicación. No sé si entendió, hubiera sido entender demasiado. (Gamerro, 1998: 558)

Felipe sabe que toda esa circunstancia es inconcebible para un inglés: cómo un soldado querría matar al oficial a cargo. Es la misma línea histórica que tempranamente Borges señaló respecto del ciudadano argentino y su confianza en la policía, a propósito de Fierro y Cruz y de los géneros policiales. De un modo análogo, aunque en otros ámbitos, ocurre con las Fuerzas Armadas. No hay confianza en las instituciones que ostentan poder, son un riesgo para la vida.²³⁰

Comienza a amanecer, tarde en la mañana: “por primera vez temo la llegada de la luz, de lo que pueda mostrarme” (559). El panorama es horroroso. Felipe distingue sólo a Chanino pero apenas puede dirigirle un gesto antes de ser apartado nuevamente por un soldado inglés.

Somos los únicos que quedamos en las posiciones de avanzada, donde los ingleses nos tomaron prisioneros, y si hubiéramos sabido que no íbamos a volver a vernos supongo que me habría despedido mejor. Pero no puedo saber que estoy destinado a volver al continente inconsciente en el buque hospital, ni él a bajarse del tren que lo lleva de vuelta a su pueblo en una estación cualquiera del camino –nunca supieron decirme muy bien cuál- y ahorcarse por error en el baño de mujeres con su cinturón de civil. Fue cuando me enteré de eso, casi un año después cuando me sacaron del Borda, que lo supe: sólo a mí me tocaba sobrevivir para contarlo. (Gamerro, 1998: 559)

Todavía no lo sabe pero Felipe será, finalmente, el único sobreviviente de su grupo. Cargará con ese peso, en solitario, será el último hablante de esa lengua que sólo puede narrar la experiencia desde un imaginario compartido. Entre tanto, los ingleses reparten palas y dan la orden de cavar. Sobrevivir desespera: “Todo el tiempo trato de pensar que estamos cavando nuestra propia tumba, de alguna manera eso me

²³⁰ El temor de los oficiales a quedar desarmados frente a su tropa puede corroborarse en Verbitsky, 2002: 241.

tranquiliza” (560). En medio del grupo de cavadores reconoce a Martín, un compañero de la colimba (el servicio militar obligatorio) con quien no se había cruzado hasta ahora. “Está llorando, desde que empezamos a cavar, llora casi sin tristeza, como si cavar y llorar fueran naturalmente juntos, y no para de llorar mientras cava” (561). El agotamiento los supera. “Creo que un par de veces me duermo con los ojos abiertos, sin dejar de cavar” (561). Luego comienzan los entierros: Rubén, Morsa, Hijitus. “El último de la pila es Carlitos. Tuve que soltarlo, temblaba demasiado” (562). En este caso, le pide al soldado inglés que los custodia separar su cuerpo del resto, marcar su tumba. Perdió la vida; Felipe intenta que no pierda también su identidad.

Ahí están todos; amigos, conocidos, vecinos, hasta enemigos, en la porción de suelo malvinense que lograron conquistar. Todo mi mundo había terminado por caber en ese pozo y tras terminar clavo la pala en tierra y busco algo para hacer una cruz. (Gamerro, 1998: 563)

No encuentra nada. El soldado inglés, posiblemente enseñado por toda una tradición de guerras recientes, le indica que coloque un casco. El último testigo ya siente que “erguido sobre esta devastación podría pasar por el único habitante de un mundo en el que todos los demás han muerto” (563). Así sería. No obstante, esta consciencia sobre la escena comienza a desmoronarse con la caída de una esquirola, que lo hiere en la cabeza.

Yo siento que algo pega en el casco, en principio no más fuerte que un golpe de nudillos, pero lo debe haber abollado un poco porque enseguida lo siento demasiado ajustado y cuando trato de aflojar la correa para sacármelo y mirar mis dedos resbalan torpes y dormidos hasta la hebilla. (Gamerro, 1998: 563)

El peligro no concluía nunca. En este recuerdo soñado, Felipe vuelve sobre su herida, la que lo hizo regresar inconsciente al continente y lo dejó depositado por un año en un hospital psiquiátrico.²³¹ Desde estos momentos hasta una semana después del rescate de sus amigos, Felipe viviría sin comprender qué había ocurrido con su vida. La caída en la inconsciencia es paulatina, incrédula. Una vez más, agotado de la vida, Felipe se deja llevar por un malestar al que siquiera ya puede reconocer como tal.

[...] estoy bien, salvo un leve mareo como el de tratar de leer un libro con letra chica en un auto en movimiento, y decido sentarme sobre la tierra apisonada para volver a probar con las correas. [...] Quizás si descanso un poco primero después me sea más fácil, no pegué un ojo en toda la noche y unos minutitos de siesta que me eche no le van a hacer mal a nadie. La tierra removida, además, se siente aunque fría bastante mullida bajo mis nalgas y piernas, y lentamente me dejo caer hasta apoyar también la espalda. El casco me ajusta más que antes, parece pegado al cráneo, y la correa está hincada sobre la nuez y al principio se me hace difícil respirar, pero enseguida me acostumbro. En el entresueño, antes de quedarme dormido, se me ocurre una buena idea. Voy a quedarme acá tirado, haciéndome el herido, hasta que los ingleses vengan a recogerme. Me van a tratar bien, hablo su lengua [...]. La guerra terminó, la guerra terminó, me repito bajo el arrullo de las explosiones, y acunado en esa certeza me doy vuelta de costado y acurrucado por el frío con el pulgar haciéndome de cigarro en la boca me quedo dormido sobre la tumba. (Gamerro, 1998: 564-565)

Casi enterrado en vida, abrigando con su cuerpo la tumba que le pudo armar a Carlitos, Felipe desea pasar por muerto y ser recogido por el enemigo, que sabe que va a tratarlo con humanitarismo. Lo único que importa es que toda haya acabado, por fin: se lo repite a sí mismo como un mantra. En posición fetal, se dispone finalmente a descansar; en soledad y rodeado de muertos no queda nadie más por cuya vida velar.

²³¹ Situación usual, tal como puede comprobarse en Verbitsky, 2002: 253.

En un sueño dentro del sueño, regresa volando, de noche, a la ciudad de Buenos Aires. Sus luces lo reciben como estrellas en un cielo invertido.

Todo este sueño inducido por la droga del dolor y el cansancio de días bajo las órdenes de Tamerlán, análogos en cierto modo a los días en Malvinas, le permite a Felipe reparar su paso por la guerra en relación con sus compañeros. La culpa de sobrevivir, de ser el único que carga con el peso de la memoria, se acentúa cuando no hay justicia para esas muertes, ni quien la demande más que él mismo, ni un entierro ritual, ni un sitio al que los deudos puedan concurrir a reencontrarse con sus muertos queridos. Ni siquiera un relato de los acontecimientos, un reconocimiento oficial a estos jóvenes hombres. Tardaría años, décadas en llegar, muy parcialmente. La lista de desaparecidos se ahonda tras la guerra de Malvinas.

Despierta al pie de las torres, en Puerto Madero. Allí está el linyera que lo recibió en un comienzo; le aporta algunos datos respecto de su compañero allí en la calle, el hombre que fue arrojado al vacío por César. Había combatido en Malvinas y merodeaba por el puerto en busca de un barco que lo llevara de regreso.

¿Habría sido verdad, después de todo? Un ex combatiente de Malvinas, diez años viviendo al lado de la torre sin poder alejarse ni atreverse a entrar. ¿Era posible, semejante retorcida del destino, podía ser que César hubiera matado a su hermano sin saberlo? ¿O lo sabía, y por algún motivo...? No me importa, decidí de golpe. No quiero saberlo. Averiguarlo sería fácil, bastaría con cascar la gruesa crisálida de cemento e interrogar los pobres huesos quebrados de adentro. Pero claro, ya no quedaba nadie a quien le interesara. Solamente yo viviría un tiempo con la duda, hasta olvidarme. (Gamerro, 1998: 572)

Una vez más, Felipe es el único testigo, el guardián de una memoria que no puede compartir con nadie ya: de la identidad de Fausto (h), el joven que rechazó –en un doble sentido, económico y moral- la herencia de su padre. Como al soldado Emilio Beltrán, le toca a él conservar la frágil memoria de los hechos. Podría indagar en la identidad de un muerto que nadie reclama, de un ¿ex combatiente? por el que no hay reclamo tampoco de justicia. Desde 1984, la técnica de la huella genética hizo hablar a tantos huesos, en Argentina. Pero ya no hay deudos. No hay más lugar en la consciencia de Felipe para cargar con otro muerto. Felipe sólo desea regresar al hogar.

Sólo cuando llegue a casa, pensé, voy a estar en un lugar donde las pesadillas de los vivos y los muertos no puedan alcanzarme, voy a dar vuelta llaves y bajar persianas, prender todas las pantallas y no volver a salir sino a través de ellas, dejarlos a todos en la calle golpeando las puertas que nunca voy a abrirles. Ése había sido mi error inicial, del que se derivaron como consecuencia lógica todos los posteriores: salir. Nada de esto podía haberme pasado en la red. (Gamerro, 1998: 573)

Hacia allá se dirige. La caminata por el puerto, de noche, lo lleva a pensar en el regreso de Malvinas que no pudo presenciar consciente; se pregunta cómo habrá sido: “¿Así como yo ahora habrán caminado, la sensación de derrota tan final y definitiva [...]?” (573). La sensación es la misma: todo acaba, también el ser quien se era, frente a acontecimientos tan contundentes que liquidan su subjetividad previa, que lo obligan a reconstruirse, que lo transforman en un sobreviviente (en su poemario *Soldados*, Gustavo Caso Rosendi habla de este estado con un neologismo: “sobremurientes”).

Al llegar a su casa se encuentra con que fue requisada en busca de información: “lo habían hecho a su manera, la que mejor conocían, con esa característica mezcla de método y bestialidad, reviviendo los buenos tiempos que nunca pasaron del todo” (574); como en la guerra, toda operación lleva el sello de la dictadura. Un presente sin justicia, con los represores en activo, todo es una mera continuidad.

Sale de su casa para ir a ver a Gloria. Se ve nuevamente rodeado de la ciudad y no quiere verla: “Nunca volví. Nunca dejé las Islas” (575). No quiere estar allí, solo, enajenado, incomprendido por todos, en un sitio alejado del lugar en el que había anclado para siempre su memoria.

Doblé en la siguiente esquina a la derecha, sin saber por qué hasta que divisé el cartel con el nombre de la calle. Malvinas Argentinas, lógico. Cuando bajé la vista estaban al lado mío.

No habían envejecido, como yo tampoco lo había hecho, el tiempo para nosotros detenido en un instante como los relojes de Hiroshima. Tiempo y lugar eran los adecuados para la cita: las horas muertas de la alta noche, la intersección de las calles indistintas de Buenos Aires y Puerto Argentino. Su absoluta naturalidad hubiera hecho grosero mi asombro, y sin más que un encogimiento de hombros imperceptible (¿aunque quién sabe lo que percibían?) caminé entre ellos por la vereda en la que sólo mis pasos resonaban. El primero en hablar fue Carlitos:

-Cómo cambió la ciudad, eh, desde la última vez.

-¿No vienen seguido? -le pregunté.

-Sólo cuando nos llaman -me miró-. Lo que es como decir...

-Cada vez menos -terminó por él la frase Rubén. Los boquetes chamuscados abiertos en la tela de su uniforme se destacaban como agujeros negros en un cielo de sangre seca-. Pero nadie nos hizo esperar tanto como vos.

-Diez años -precisó Chanino, frotándose dolorido el cuello, como si le molestara la camisa. Hijitus asintió mudo-. ¿Por qué no nos llamaste antes, porteño?

Agaché la cabeza lo más que pude, para escapar de la manteada de ojos acusadores. Dolían igual en mi nuca.

-Yo también los extrañaba. Los extraño ahora más que nunca. Pero me daba miedo llamarlos.

Levanté apenas los ojos del suelo. Se miraban entre los tres, guiñándose.

-¡Uuuh! Somos re-malos.

-Asustamos a los niños.

-Nos transamos a las niñas.

Me arrancaron una sonrisa. Hijos de puta, allá también, contra todas las posibilidades, podían conseguirlo. Nadie lo había logrado, así contra mi voluntad, desde entonces. Alguien, sí, me rectificó. Pero está más lejos que ellos, ahora. Con un supremo esfuerzo, más por ellos que por mí, levanté los ojos hasta los tranquilos y serenos de Carlitos, que se masajeaba con una mano la muñeca de la otra. Se había dejado el bigote para tapar el labio partido.

-¿Seguís odiándome? -le pregunté.

-¿Y desde cuándo te odio yo? -me contestó, como buen judío, con otra pregunta. No pude, a pesar de mis esfuerzos, encontrar el menor rastro de ironía en su voz.

-Desde ese día en que lo dejé a Verraco hacerte... Desde esa noche en que me dormí mientras te morías al lado mío. Y todos estos años, por dejar que el monstruo siga vivo. ¿Te parece poco?

Volvieron a aparecer los autos al llegar a Rivadavia. En las dos cuadras que hicimos por la avenida, ninguno de los conductores pareció asombrarse por la extraña patrulla de soldados muertos que recorría la ciudad vacía. Quizás, como yo, ellos tampoco habían creído en el cuento final de la guerra.

-Tu silencio suena a asentimiento -le dije con alivio.

-Estoy pensando en cómo explicarte -dijo quebrándolo.

-Qué.

-Que allá no nos importan estas cosas.

-No les importa nada entonces. Qué bien se debe estar. Me da envidia. Siempre me dio envidia.

-Una sola. Bastante -volvió a mirarme antes de decirlo-. Ustedes.

Doblamos en Donato Álvarez. No sé quién lo hizo primero. Nos movíamos al unísono, como una bandada de pájaros en el cielo. Todo mi cansancio había desaparecido, también mis dudas, también mi miedo. Era esto, lo que había estado temiendo todo este tiempo. Y ahora que había llegado, el miedo había sido reemplazado por una calma fatalidad.

-Está bien, lo admito, marchó preso. Tienen razón en venir a reclamarme. Yo mismo me declaro culpable, así ganamos tiempo. Pero no se preocupen, no va a durar mucho este estado de cosas.

-Seguís sin entender.

-No sabía que era tan difícil. Pensé que para eso uno cruzaba el charco. Para hacerla menos difícil.

-Chanino, a ver si a vos te entiende.

El chaqueño me puso una mano en el hombro. Una mano sin peso, como una caricia soplada con los labios.

-Escuchame, porteño, ¿vos sabés lo que es el infierno?

-Sí -asentí vehemente-. No te quepa duda. Puedo escribirte un libro.

-El nuestro es distinto. De lo que sufrimos en vida nos desnudamos para cruzar nadando al otro lado. Lo que recordamos lo recordamos sin dolor. Pero hay uno que cruza con nosotros. El de ustedes. El de los que siguen vivos.

Intervino Rubén.

-Lo único que les pedimos es que a veces nos dejen pasar. Pero con vos no había caso. Golpeábamos y golpeábamos pero no nos abríais. Pocas veces, en sueños que te habías olvidado antes de despertar. Hace unos días te saludamos desde los picos estirados de Longdon, pero no nos reconociste.

-Alargaste todo ahí, parecíamos soñados por El Greco -acotó Carlitos-. ¿Para eso lo hiciste, para no reconocernos?

-Éste ni muerto la corta con la psicología –siguió Rubén-. Y a Chanino lo pusiste de gurkha. –El aludido puso cara de ofendido-. Decí que no se lo tomó en serio.

-No me atrevía a mirarlos a los ojos. Tenía miedo –dije, los míos bajos en la basura junto al cordón.

-¿De qué?

-De que me acusaran. Por haberlos olvidado.

Largaron los cuatro a la vez un prffffff de risa asombrada.

-¿Olvidarnos? ¿Vos? Hace diez años que ni para ir al baño te desprendés de la mochila cargada con nuestros huesos. Te acostumbraste tanto que te olvidaste de que la tenés puesta –dijo Carlitos.

-Por no seguir la lucha –insistí tozudo-. Porque estoy vivo y ustedes no. Porque en el fondo me pone contento. –Ya está, lo dije, pensé. Que ahora caiga de una vez el rayo y me fulmine.

-Todos estos años, estuvimos esperando para decirtelo –empezó amenazante Carlitos.

-Qué.

Ahora venía. Esto era, por fin. Lo más temido.

-Que no sientas culpa. Son ellos, los que tienen la culpa. Los que nos pusieron a todos en esa situación. Son ellos los hijos de puta. Vos no. Vos hiciste lo que pudiste.

-Y algo más –agregó Rubén, interrumpiendo la frase en mi boca abierta-. Estamos contentos de que vos te hayas salvado. Con eso nos basta. No nos debés nada más. Pero sí eso.

-¿Eso?

-Sabemos lo que tenés en mente –dijo Carlitos.

-Es que los extraño. Me gustaría estar con ustedes. –Imploré:- Sigamos juntos, como allá... como ahora.

-¿Te creés que es tan fácil? ¿Sabés cuánto hacía que no nos veíamos, hasta que empezaste a acordarte? –dijo Carlitos.

-Si vos no estás –aclaró Rubén-ya no va a quedar nadie que nos reúna. Nuestras familias nos sueñan por separado.

-No vinimos para buscarte –dijo Chanino.

-¿Y para qué, entonces?

-Para despedirnos.

El nudo en mi garganta me subió hasta los ojos. Caminaron al lado mío dos cuadras sin decir palabra, dejándome llorar. Las lágrimas resbalaban apenas por mis mejillas y caían de mi cabeza gacha a las baldosas.

-No te queremos con nosotros –dijo una voz infantil, pero tan segura que me hizo levantar la vista. Era la primera vez que la escuchaba. La voz de Hijitus.

-No les va a quedar más remedio –les dije a todos.

-Es tu decisión –dijo Carlitos-. Y es verdad que no podemos frenarte. Pero no te mientas que lo hacés por nosotros. No vamos a estar al lado tuyo cuando lo hagas, así que no te molestes en llamarnos.

La calle se interrumpía en una larga muralla de ladrillos. Los muros de la Chacarita.

-Hasta acá llegamos nosotros –dijo Rubén.

-Desde acá seguís solo –completó Carlitos.

-Chau, porteño –dijo Chanino.

-Chau, Felipe –dijo Hijitus. (Gamerro, 1998: 575-580)

El sueño no había sido suficiente, necesitaba hablar con ellos, recibir de boca de ellos, su pelotón fantasma, la consigna de seguir viviendo. Siente una culpa insoportable: no defendió a su amigo que se jugó la vida por alimentarlos, el sueño lo venció la noche en que los ingleses atacaron Longdon, no fue capaz de matar a Verraco en todos estos años. Los amigos comentan su sueño y se preocupan porque Felipe no puede dejarlos solos tampoco en la vigilia, a pesar de la culpa que siente por la alegría de estar vivo. La culpa de sus muertes es sólo de “ellos”, así como la decisión de morir sería sólo de Felipe: no van a acompañar un suicidio. Fefe debe seguir viviendo para reunirlos en su memoria. Están allí para abrazarlo con sus palabras, para darle la posibilidad de continuar de otro modo; para salvarle, ellos, la vida. Ahora sí van a despedirse, porque de ningún modo lo esperan. No es momento. Toca seguir viviendo. Después de este encuentro quizás, sí, sea posible.

6.10.2. Colorín, colorado

El pelotón atraviesa los muros del cementerio y Felipe continúa camino a casa a de Gloria. En la terraza adivina la silueta de uno de los amigos que habían acudido a protegerla, que aún monta guardia.

Gloria pide explicaciones: “-Felipe, amor, ¿qué te hicieron? [...] Pero mirá cómo estás. Casi te matan. -¿Viste? Nunca pueden -traté de sonreír-” (581). Delante de los muchachos no puede contar su verdad porque ellos admiran la historia del mayor X y anhelan regresar a Malvinas. Entonces Felipe, en complicidad con Gloria, les otorga el

resguardo del tesoro máspreciado, el diario del mayor X. Quedan fascinados. Antes de despedirlos, les dice lo que nunca antes había podido: “Gracias por sacarme del Borda” (583).

Una vez solos -las niñas están con su abuela-, Gloria le pide que le explique, ahora sí, cuál fue su papel en todo esto. Felipe está agotado pero ella insiste, es capaz de escucharlo todo, conoció el infierno tan bien como él: “-Sobrevivir es una mierda. -Decímelo a mí” (583). Fefe, entonces, se dispone a volver sobre lo ocurrido.

Empecé con el día en que entré por primera vez a la torre de Tamerlán, o con el día en que los tres canas vinieron a casa a traerme la citación para reincorporarme al ejército; no había mucha diferencia: a medida que avanzaba me daba cuenta de que las dos historias habían terminado por fundirse en una como dos ríos que se juntan para formar un tercero, o quizás siempre había sido uno solo y era yo el que simplemente se había encontrado en dos momentos con dos tramos distintos sin darse cuenta de que el agua era la misma. (Gamerro, 1998: 583-584)

El agua es la misma y huele a podrido, como el Riachuelo. La democracia de la derrota se torna invivible. “Suicidémonos. Es lo mejor” (585), le propone Gloria. “En todos estos años había ido barajando todas las variantes, pero en ninguna de ellas se me había ocurrido que podía no hacerlo solo (585)”. Ahora que tenía el permiso, la exculpación y un nuevo mandato, el de sus amigos, el suicidio llega por invitación, en compañía del amor: “Qué pena dejarla. ¿Cuando los dos no estemos, en los sueños de quién vamos a poder reencontrarnos? En los de Soledad y Malvina, supongo. No es tan mala opción” (587). Vivir en sueños sigue siendo un modo de escapar de esta realidad.

Gloria le dice que conserva dos pastillas de cianuro de sus tiempos de guerrillera. Sin poder echarse atrás, aunque con muchas

dudas esta vez, Felipe siente que la muerte no deja de acosarlo. “Agarré mi pastilla con dos dedos, delicadamente, como si fuera una lente de contacto. Parecía mentira que en una cosa tan chiquita... Tan fácil, ¿no? La libertad” (587). Las ingieren.

Pasan los segundos, algún minuto, y no mueren. Ella ríe y le confiesa que lo engañó, no es cianuro sino éxtasis: “-Hmmm. Felicidades. Hoy comienza tu nueva vida. -¿No nos vamos a morir? -Algún día, supongo” (589). Una fuerte sensación de “puro placer” (591) lo invade: es todo lo contrario a la droga que le inyectaron César y Canal. Se vuelca sobre ella y siente renacer, “una nueva identidad nacía temblando a medida que sus dedos hábiles iban desenvainando de ella las formas del nuevo” (590), a salvo, “el mundo –mi mundo ahora- no contenía más que personas a cuyas caricias podía entregar mi cuerpo sin temor” (592). “Estábamos juntos en el paraíso” (592), en una dimensión absolutamente desconocida, un “nuevo mundo sin predadores” (593).

Frente a una situación de amor y confianza, se ponen en tela de juicio las propias herramientas discursivas, que ya no pasan a jugar ningún rol: “Hasta los dardos de la ironía iban perdiendo poco a poco su filo hasta acariciar como la yema de un dedo. Ni siquiera los chistes causaban gracia” (593). Esta droga del olvido selectivo le otorga a la consciencia de Fefe la sensación placentera de fundirse con el universo, “mi cuerpo había vuelto a habitar en la naturaleza” (593). Ya que se viene del infierno, bienvenido sea habitar “un paraíso donde todos podíamos entrar, que no necesitábamos defender de los demás” (593),

aunque se trate de un paraíso artificial. De igual modo, tras la fruta prohibida llega el momento de la expulsión: el efecto comienza a decaer, Gloria y Felipe comienzan a sentir el bajón. Van recuperando el diálogo entre sí, y ella le recuerda el soma, la droga que Huxley propone en *Un mundo feliz*, que “le saca el miedo al amor” (594).

Pasado el efecto, Felipe no consigue estabilizarse. Gloria lo ve llorar, y quiere poner palabras de comprensión, compadecimiento y empatía a esa angustia: “Mirá, amor, a vos y a mí... me temo que nos cagaron un poco. Felices no vamos a ser” (597). Asumidas esas dos historias, brutalmente atravesadas por las violencias de Estado, prefiere relativizar la idea de felicidad: “El cielo y el infierno... son sólo drogas. ¿Entendés? Drogas. Nada más” (597); tan necesarias para ellos, que viven en situación de abstinencia, muy sujetos al daño. Gloria debe ir a buscar a sus hijas pero ahora es él quien intenta retenerla.

-No sé si voy a poder dormirme.

-Te cuento un cuento. Te voy a contar un cuento de hadas para que te duermas y descanses en él. Tengo unos bárbaros. A las nenas les encantan. Son cuentos de hadas al revés. En estos, el zapato de cristal le calza a la hermanastra. El patito feo crece para convertirse en un pato horrible. ¡Ja! Y la Bella Durmiente se cubre de polvo en su sueño por los siglos de los siglos. A ver... te voy a contar el del rey sapo. Había una vez... (Gamerro, 1998: 598)

Como un niño, al igual que sobre la tumba de Carlitos en el sueño de Longdon, Felipe se deja mecer por las palabras de Gloria que le cuentan cómo una princesa desobedece el mandato de su padre y es castigada por el destino, que le hace sentir “que la muerte era mejor” (600) que seguir viviendo. Sin embargo -con ayuda de alguna sustancia- ella persiste y finalmente puede proyectarse hacia un futuro de hijos felices.

No bastaba con soñarlo, el sueño debía hacerse carne en mi cuerpo. Puede ser que ahora sean renacuajos, pero cuando nazcan se habrán convertido en niños o niñas como cualquier otro, no, más hermosos que ninguno, hermosos como soles. Esta vez sí, todo va a ser diferente, fue lo último que pensó, esa noche, antes de dormirse. (Gamerro, 1998: 602)

Piensa la princesa y con ella, Felipe. Porque el amor, la palabra, la literatura, la ficción, son un reparo posible y concreto. Con este relato integrado al relato, Carlos Gamerro concluye su primera novela.

6.11. Conclusiones parciales

El pasado no está simplemente allí, en la memoria, sino que debe ser articulado para convertirse en memoria. Qué se elige para representar en la cultura y en el recuerdo –todo recuerdo es representación–, dice mucho de la identidad de los individuos, de los grupos sociales y de las naciones.

S. Rotker

Podríamos ver a la historia de la narración como una historia de la subjetividad, como la historia de la construcción de un sujeto que se piensa a sí mismo a partir de un relato, porque de eso se trata, creo. La historia de la narración es también la historia de cómo se ha construido cierta idea de identidad.

R. Piglia

En la línea de lectura sobre la que trabaja esta tesis, *Las Islas* es la novela en la que propongo leer la cuestión de la identidad nacional en relación con el futuro y el destino de la nación, y la cuestión de la identidad individual en relación con el futuro y el destino individual. Si bien las cinco primeras novelas de Gamerro trabajan cuestiones ligadas a las identidades nacional, grupal e individual, así como al pasado y al origen, al presente, y al futuro y al destino, puede notarse la preponderancia de las cuestiones que fui señalando como más relevantes en cada una de ellas. Así, *El sueño del señor juez* trabaja de manera más evidente la identidad nacional ligada al pasado y a una *idea* de origen (Foucault, 1992 [1980]; Said, 1997; Premat, 2012), aunque el presente del año 2000 también forme parte de ese relato; *La aventura de los bustos de Eva* se centra en el período del tercer peronismo, y por lo tanto de las tensiones entre grupos de diversa

tendencia ideológica, militante, cultural, etc., ligada al pasado, y a un origen de la política de masas en Argentina; *Un yuppie en la columna del Che Guevara* toma similares tensiones en el período inmediatamente posterior, ligadas al futuro y a un destino que se quiso revolucionario y no fue; *El secreto y las voces* toma un caso de identidad individual en relación con el pasado y el origen; y finalmente *Las Islas* trabaja de manera profunda la cuestión identitaria en relación con el futuro y el destino de un país que atravesó un viraje fuerte, muy condicionante de su futuro y su destino, tras la dictadura y en el inmediatamente posterior presente del relato, a la vez que trabaja la cuestión de la identidad individual en relación con el futuro y el destino mediante la joven figura de Felipe Félix. Esta última es una cuestión central, aglutinante de todas las otras.

Fefe no es el único personaje protagónico del ciclo de novelas aquí trabajado: también lo son Ernesto Marrón y, de otro modo, Urbano Pedernera o quizás el propio Malihuel. No obstante, aunque no se trate de un *alter ego*, es Felipe quien proyecta la dimensión más profunda en el trabajo con la subjetividad; el propio Gamerro se encargó de señalar que la escritura de *Las Islas* le permitió proyectar una historia posible sobre un destino propio que no fue (cf. Gamerro 2002b). Felipe, tanto en esta novela como en *El secreto y las voces*, le permite sondear en la subjetividad de un modo distinto, sin ninguna distancia irónica de parte de un narrador, y con un tono mucho más íntimo, muy diferente del tono por momentos irónico, por momentos paródico o satírico, de los narradores de las otras tres novelas. Ese tono que precisamente dice

abandonar en la última escena, porque ya no lo necesita, ya puede entregar su cuerpo al descanso en la confianza de que no tienen que estar en guardia, porque nadie lo va a atacar, porque el amor vela por él. En este sentido, Felipe es el único héroe del ciclo.

Sin embargo, no es el único personaje cuya subjetividad se ve indagada en *Las Islas*. Hay otros tres personajes relevantes que sitúo bajo una misma coordenada: Gloria, Fausto (h) y César, además de terceros personajes como Ignacio, Emilio o los integrantes del pelotón fantasma. Esa coordenada tiene que ver con el filicidio (cf. Rascovsky, 1975), el castigo que sufren de parte de un Estado-nación y/o de un Estado-padre. Felipe padece primero la guerra y luego la convocatoria bajo amenaza de Tamerlán (además, como el lector sabría luego, es hijo de Darío Ezcurra, y es por lo tanto un “hijo con puntitos”, como se llaman a sí mismos los integrantes de H.I.J.O.S.). Padece al Estado argentino en los dos crímenes más brutales de su generación, la primera de posdictadura: el Terrorismo y Malvinas. Como no conoció padre –o lo conoció sin saber quién era-, y se crió como hijo de madre soltera, no tuvo siquiera la oportunidad de padecer la violencia de un Estado-padre, encarnado de manera monstruosa y absoluta por Tamerlán.

Ese sí fue el caso tanto de Fausto (h) como de César. Sobre el primogénito recayó un mandato sanguinario, el de continuar con la saga de crímenes de propósito económico con raíces en el nazismo. En lugar de tomar el mandato, Fausto (h) *se deshereda*: decide no heredar (ni el mandato, ni el dinero, ni mucho menos la criminalidad de la

dinastía paterna). Encuentra el modo más radical de *traicionar* ese mandato militando por la revolución armada, la expropiación y colaborando para el secuestro de su propio padre. Luego, también, se suma como voluntario en el frente del Atlántico Sur, donde encuentra la muerte. César, en cambio, *traiciona* a su padre de un modo mucho más involuntario: su identidad de género lo enfrentan al umbral de vínculo que Tamerlán pudiera sostener con un hijo de su carne, al punto de llegar a negarlo, de atribuirlo a su madre, etc. En lugar de ofender su vida, César intenta –y finalmente lo consigue– sobreponerse a su padre y acabar con la de él.

Por último, Gloria es una víctima del Estado-nación, que bajo dictadura la secuestra, la tortura de mil modos y, prototípicamente, ejerce sobre ella todo el abuso que el Estado ejerció sobre las mujeres cautivas: violación, embarazo no deseado, aborto inducido sin consentimiento, vejaciones, síndrome de Estocolmo, abandono.

¿Cuál es el destino posible de estos jóvenes, tan diversos, en la posdictadura? Fausto (h) está muerto. César carga sobre sí un parricidio. Gloria y Felipe se debaten entre una vida insoportable y un suicidio –un poco al modo shakespeariano– juntos. Pero es Gloria, madre de dos niñas, quien cambia esa idea por un modo más terrenal de aliviar el dolor: ya no elige el cianuro como última salida sino las drogas. Estamos en los años noventa, los tiempos cambiaron definitivamente y, tal como propone el epígrafe (sobre el que volveré en las conclusiones) puede labrarse un presente, que acaso dé paso a un

futuro, por pequeño y dolido que fuera. Así, *Las Islas* cierra con una promesa de vida; doliente, claro, pero vida al fin.

CAPÍTULO 7: Conclusiones

Cuando piensen en el país, en sus problemas, en su historia reciente, en qué es la identidad nacional, en quiénes somos nosotros, por qué tenemos ciertos valores, por qué sentimos, por qué miramos el mundo de cierta manera, además de recurrir a la historia, a la investigación periodística, a la autoayuda o al psicoanálisis, recordemos que está la literatura, porque antes la literatura era esencial para pensar todas estas cuestiones. No se concebía, en el siglo XIX, pensar el país sin leer literatura y hacer literatura: Sarmiento, Echeverría, Alberdi, José Hernández. La literatura era parte fundamental de cualquier proceso identitario, así fuera global o personal y eso es lo que pienso que se perdió: la literatura quedó relegada.

C. Gamerro

¿Cree alguien seriamente que el mito y la ficción literaria no refieren al mundo real, no cuentan verdades acerca de él y no proporcionan un conocimiento útil acerca de él?

H. White

Toda la obra de Gamerro comienza con un epígrafe de *Las ciudades invisibles* (Calvino, 2000: 171), que habla del infierno que nos circunda y de cómo hacer para seguir viviendo.

El infierno de los vivos no es algo que será; hay uno, es aquel que existe ya aquí, el infierno que habitamos todos los días, que formamos estando juntos. Dos maneras hay de no sufrirlo. La primera es fácil para muchos: aceptar el infierno y volverse parte de él hasta el punto de no verlo más. La segunda es peligrosa y exige atención y aprendizaje continuos: buscar y saber reconocer quién y qué, en medio del infierno, no es infierno, y hacerlo durar, y darle espacio.

Este epígrafe funciona como una ética, una poética y una programática. En capítulos anteriores y en cada una de las conclusiones parciales fui desentrañando cómo la apuesta literaria de Gamberro toma y desarrolla la *segunda manera* que propone Calvino para no sufrir el infierno de los vivos que es este presente que se habita, ya presentado en *Las Islas* pero recorrido para el caso argentino, en tiempo (desde la fundación patria hasta el presente de la escritura, tan contemporáneo) y espacio (desde Buenos Aires, pasando por el conurbano, los pueblos de la pampa y hasta las mismas Islas, porque de algún modo pertenecen, aún, al espacio nacional), en las cinco novelas.

La primera manera, entonces, se hace fácil a costa de vender el alma al diablo y hacerse, por tanto, parte de ese infierno de los vivos, tal como Tamerlán viene a cifrarlo en su nombre de pila. Su hijo, en cambio, hereda el nombre pero elige desheredar la práctica: es uno de los personajes que eligen la segunda manera, aunque acaba en derrota. Porque esa segunda manera “exige atención y aprendizaje continuos”, y eso es algo que sólo un héroe como Fefe puede llegar sostener: no en vano es hacker, es sobreviviente, es un hijo de padre desaparecido que decidió vivir con la verdad, y luego también eligió qué hacer con ella, en la medida de lo posible.

La primera manera no es sólo la de Fausto, aunque él sea el emblema. Es también la de todo un entramado de personajes secundarios y aledaños que conforman el mundo de la empresa, de la SIDE, el sector castrense, las familias en los *countries*, el juez de Paz, el comisario, los vecinos de un pueblo perdido de la pampa, banqueros y

bancarios, médicos, sacerdotes, comerciantes. Voces. Sueños. Secretos. Rencores. Deseos jamás reprimidos. Pulsión de muerte. Filicidio.

“Buscar y saber reconocer quién y qué”, entonces, es tarea de supervivientes, tarea de las generaciones de posdictadura. Así Fefe y Gloria acaban por reconocerse, por sus heridas. Así encuentran amor, y una solución desesperada para el dolor insoportable de la sobrevivencia. Ese espacio recortado, pequeño, íntimo, dimensiona la posibilidad imaginaria en ese presente argentino (tan cercano, tan parecido al que hoy arrecia), para aquellos jóvenes de posdictadura. Esta vulnerable y modesta proyección se refuerza en el contraste con la proyección personal, colectiva y social, de los jóvenes de predictadura, retratada en *La aventura de los bustos de Eva* y *Un yuppie en la columna del Che Guevara*. El germen y el semillero del presente de *Las Islas*, en cambio, están expuestos de modo exhaustivo en Malihuel. Esta es, quizás, la huella (simbólica, imaginaria, real) más profunda que la última dictadura argentina marcó en la carne de la sociedad. Entre la juventud de predictadura, muchos fueron masacrados; entre sus hijos, sobrevivientes, el dolor está en el duelo y en el corto horizonte desde el cual, con tenacidad, valor y sufrimiento heroicos, buscarán cuidar, preservar, y hacer crecer la vida.

Leer a Gamerro es un modo de recorrer líneas muy centrales de la actualidad social y subjetiva en Argentina. Es indagar la pregunta por esa identidad tan inestable, adentrarse en un recorrido denso y fructífero. De una lectura de corpus emerge un trabajo múltiple con la identidad que es profundo, insistente, arriesgado, complejo, exhaustivo,

exigente. Hay un trabajo intenso sobre la identidad nacional en términos de simbología, sobre la identidad grupal en términos de ideología, y sobre la identidad individual en términos de experiencia; esos cruces permiten reconstruir el panorama de una sociedad. No hay solemnidad posible en los años que corren: la idea de grandeza esgrimida como discurso patriótico o la idea de victoria en los discursos sociales ya no son verosímiles.

Cada vida tiene una prehistoria. La de Felipe son Malihuel y Malvinas, el Estado-nación y el Estado-padre. ¿Qué hacer con eso que hay? Reconocer qué y quiénes escapan al infierno de lo real, ahondar esos tiempos y espacios. ¿Es soportable la vida? ¿Vale las penas? Duelo y dolor arrecian: en un mundo en el que las guerras (calientes, frías, nucleares, biológicas, económicas, virtuales) tienen la perspectiva de avanzar destruyendo todo legado, los patrimonios intangibles parecen ser el último refugio de la cultura, de esa semiosis que nos hace ser humanos, siempre que la transmisión, resguardada en la memoria (la oral, simbolizada aquí en el soldado Emilio Beltrán, pero característica de todas las culturas originarias de Argentina), sepa conservarla. Gamerro recoge, entonces, ese legado de la literatura como un arma a veces secreta y siempre concreta, para construir ese no-infierno donde sobrevivir sea posible. Toma las herramientas que forjaron todos sus padres, los presentes y los ausentes. Frente a tanta desaparición, nos queda el legado incorpóreo de la sílaba contada, también herido pero no de muerte; aun el texto desaparecido de la literatura argentina, aquel que parecía venir a develar la cifra de la salvación, es el que late más

fuerte porque –literalmente– “brilla por su ausencia”: de algún modo, si Juan llegó a irse por el río, si acaso alcanzó la otra orilla, lo hizo en estas narrativas que lo reencarnan, que lo recuerdan presente y lo sobreviven.

Aquí hay unas cuantas impugnaciones y un programa que es un mapa claro en un territorio incierto. La historia de la primera generación de posdictadura es la de un país que es, como ese río, el mismo pero también otro. Parece no tener orillas donde hacer pie; acaso el terreno firme sea una ficción, una pura ficción, una literatura que nos salve.

BIBLIOGRAFÍA

- Actis, M., Aldini, C., Gardella, L., Lewin, M., y Tokar, E. (2006). *Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*. Buenos Aires: Altamira.
- Agamben, G. (2000). *Homo Sacer III. Lo Que Queda de Auschwitz. El Archivo y el testigo. Lo Que Queda de Auschwitz. El Archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Valencia: Pre-Textos.
- (2017). *Homo sacer. El poder soberano y la vida desnuda*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Aira, C. (1993). Exotismo. *Boletín/3*, 73-79.
- (1998). *La trompeta de mimbre*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- (1999). *Cómo me hice monja. La costurera y el viento*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- (2003). *El tilo*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- (2010). *Ema, la cautiva*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Alberdi, J. B. (1979). *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (2010). *Palabras de un ausente y otros escritos íntimos*. Buenos Aires: Emecé.
- Alcoba, L. (2008). *La casa de los conejos*. Buenos Aires: Edhasa.
- Alighieri, D. (2004). *La Divina Comedia*. Á. Crespo (ed.). Barcelona: Seix Barral.

- Amado, A. (1997). Cine e historia. El tuteo como garantía biográfica. *Teatro al Sur*, 6, 64-68.
- Anceschi, G., y Braudillard, J. et al. (1990). *Videoculturas de fin de siglo*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Anguita, E., y Caparrós, M. (2011a). *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina. Tomo 1/1966-1969*. Buenos Aires: Booket.
- (2011b). *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina. Tomo 2/1969-1973*. Buenos Aires: Booket.
- (2011c). *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina. Tomo 3/1973-1974*. Buenos Aires: Booket.
- Anónimo. (2005). *Tragedia del fin de Atahualpa: Atau Wallpaj púchukakuyninpa wankan*. (J. Lara, Ed.). Buenos Aires: Del Sol.
- Ansolabehere, P. (2008). Martín Fierro: frontera y relato. En G. Batticuore, L. El Jaber, A. Laera, y (Eds.), *Fronteras escritas. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina* (pp. 234-260). Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- (2012). Escrituras de la barbarie. En Jitrik, Noé (dir. col.); A. Amante (Ed.), *Historia crítica de la literatura argentina vol. 4 Sarmiento* (pp. 237-258). Buenos Aires: Emecé.
- Ara, P. (1972). *Eva Perón. La verdadera historia contada por el médico que preservó su cuerpo*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Aramburu, Pedro Eugenio; Rojas, I. et al. Decreto-ley 4161: Prohibición de elemento de afirmación ideológica o de propaganda peronista (1956). Argentina: Boletín Oficial.
- Arfuch, L. (2010). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Arlt, R. (1958). *Aguafuertes porteñas*. Buenos Aires: Losada.
- (2000). *Los siete locos. Los lanzallamas*. (M. Goloboff, Ed.). Madrid; Barcelona; La Habana; Lisboa; París; México; Buenos Aires; Sao Paulo; Lima; Guatemala; San José: ALLCA XX.
- Ascasubi, H. (1960). *Paulino Lucero. Aniceto el Gallo. Santos Vega*. (J. L. Borges, Ed.). Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Avelar, I. (2000). *Alegorías de la derrota: la ficción posdictatorial y el trabajo de duelo*. Santiago de Chile: Un Cuarto Propio.
- Ávila, B. (2012). *Infancia clandestina*. Argentina.
- Axat, J. [et al.]. (2010). *Si Hamlet duda, le daremos muerte: antología de poesía salvaje*. City Bell: De la taita dorada.
- Badagnani, A. (2011). Sátira y grotesco en Carlos Gamerro. La mirada sobre lucha armada en la literatura argentina reciente. En CeLeHis/ Facultad de Humanidades/ UNMDP (Ed.), *Actas del Cuarto Congreso Internacional CELEHIS de Literatura: Literatura española, latinoamericana y argentina* (s.p.). Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Badiou, A., Bourdieu, P., Butler, J., Didi-Huberman, G., Khiari, S., y Ranciere, J. (2014). *¿Qué es un pueblo?* Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.

- Bajtín, M. (1974). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*. Barcelona: Barral Editores.
- (1989). *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- (2005). *Problemas de la poética de Dostoievski*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2011). *Estética de la creación verbal*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Baler, P. (2008). *Los sentidos de la distorsión. Fantasías epistemológicas del neobarroco latinoamericano*. Buenos Aires: Corregidor.
- Ballart, P. (1994). *Eironeia. La figuración irónica en el discurso literario moderno*. Barcelona: Quaderns Crema.
- Ballent, A. (2005). El kitsch inolvidable. Imágenes en torno a Eva Perón. En *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires, 1943-1955* (pp. 153-184). Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- (2007). La traición de las imágenes. Recuperación del peronismo histórico. *Punto de Vista*, 87, 6-12.
- Barros, Á. (1975). *Indios, fronteras y seguridad interior*. Buenos Aires: Solar/Hachette.
- Barros, M. (2017). La guerra de Malvinas: Una contribución a la teoría del trauma. Recuperado 7 de abril de 2017, a partir de <http://www.marcelobarros.com.ar/template.php?file=Clinica/La-guerra-de-Malvinas.html>
- Barthes, R. (1972). *Crítica y verdad*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- (1999). *Mitologías*. México: Siglo XXI Editores.
- Baschetti, R. (1988). *Documentos de la Resistencia Peronista 1955-1970*. Buenos Aires: Puntosur.
- Baudrillard, J. (1978). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Editorial Kairós.
- (1991). *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Bauer, T., y Bonasso, M. (1997). *Evita, la tumba sin paz*. Argentina. Recuperado a partir de https://www.youtube.com/watch?v=hcL_cybH340
- Bauzá, H. F. (1998). *El mito del héroe. Morfología y semántica de la figura heroica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bavaresco, A. (2003). La crisis del estado-nación y la teoría de la soberanía en Hegel. *Recerca*.
- Bayer, O. (2000). *Severino Di Giovanni. El idealista de la violencia*. Tafalla: Txalaparta.
- Berlanga, Á. (2013, enero 20). La carta que tardó en llegar. *Página/12*. Buenos Aires. Recuperado a partir de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-4921-2013-01-25.html>
- Bhabha, H. (2002). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial.
- Bianchi, S. (1993). Las mujeres y el peronismo. En *Historia de las mujeres. El Siglo XX. La nueva mujer. Tomo 10* (pp. 312-323). Madrid: Taurus.
- Bloom, H. (2008). *Shakespeare: La invención de lo humano*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

- Bonasso, M. (2002, julio 25). El thriller del cadáver famoso. *Página/12*. Buenos Aires. Recuperado a partir de <https://www.pagina12.com.ar/diario/cultura/7-8091-2002-07-25.html>
- Bonnet, A. (1997). La izquierda argentina y la guerra de Malvinas, Dossier: cien años de lucha socialista. *Razón y Revolución*, Web 23 sep. 2014. Recuperado a partir de <http://www.razonyrevolucion.org/textos/revryr/luchadeclases/ryr3Bonnet.pdf>
- Borges, J. L. (1960). El simulacro. En *El hacedor* (pp. 20-21). Buenos Aires: Emecé.
- (1989). *Obras completas vol. II*. Barcelona: Emecé.
- (1996a). *Obras completas vol. I*. Barcelona: Emecé.
- (1996b). *Obras completas vol. III*. Barcelona: Emecé.
- (1996c). *Obras completas vol. IV*. Barcelona: Emecé.
- (1997). *Obras completas en colaboración*. Barcelona: Emecé Editores.
- (2016). *El tango. Cuatro conferencias*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Borges, J. L. y Bullrich, S. (2000). *El compadrito*. Buenos Aires: Emecé.
- Borges, J. L., Bioy Casares, A., y Ocampo, S. (1998). *Antología de la literatura fantástica*. Barcelona: Editorial Sudamericana.
- Brecht, B. (1992). A Short Organum for the Theatre. *Brecht on Theatre: The Development of an Aesthetic*, 179-205.

- Brown, J. A. (2006). Hacking the Past: Edmundo Paz Soldan's *El delirio de Turing* and Carlos Gamerro's *Las Islas*. *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, 10, 115-129.
- Brunetto, L. (2014). Pensando a Eva. *Sudestada*, 134, 4-12.
- Bruña Bragado, M. J., y Mira Delli-Zotti, G. (2013). Ruinas del imaginario nacional argentino: contar Malvinas. *Kamchatka*, 1, 37-61. Recuperado a partir de <https://ojs.uv.es/index.php/kamchatka/article/view/2316/2003>
- Bruzzone, F. (2007). 76. Buenos Aires: Tamarisco.
- (2008). *Los topos*. Buenos Aires: Mondadori.
- Bufano, S. (2005). La vida plena. *Lucha armada en la Argentina*, 1, 22-31.
- Burzi, J. J., y Rombolá, M. E. (2006). Entrevista a Carlos Gamerro. *Los asesinos tímidos*, 1. Recuperado a partir de <http://asesinostimidos.blogspot.com.ar/2008/08/entrevista-carlos-gamerro.html>
- Cabal, G. B. (1995). *Secretos de familia*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Cabezón Cámara, G. (2017). *Las aventuras de la China Iron*. Buenos Aires: Literatura Random House.
- Cabrera, L. M. (2009). Después del final de la historia: la memoria de la militancia revolucionaria en la novelística argentina contemporánea. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 35(69), 305-325.
- Calderón de la Barca, P. (1965). *La vida es sueño*. Buenos Aires: Kapelusz.

- Calveiro, P. (2013). *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años setenta*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- (2014). *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- Calvino, Í. (2000). *Las ciudades invisibles*. Madrid: Siruela. Recuperado a partir de <https://journals.openedition.org/lirico/594>
- Cané, M. (1993). Introducción. En *Juvenilia y otras páginas argentinas* (pp. 9-37). Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- Capdevilla, A. (1950). *El pensamiento vivo de San Martín*. Buenos Aires: Losada.
- Carpentier, A. (1970). *El siglo de las luces*. Barcelona: Barral Editores.
- (1978). *El reino de este mundo*. Barcelona: Barral Editores.
- Carri, A. (2003). *Los rubios*. Argentina.
- (2016). *Cuatreros*. Argentina.
- Carroll, L. (1965). *Alice's Adventures in Wonderland and Through the Looking-Glass* (3a.). London: Penguin Boks.
- (1997). *Alicia en el País de las Maravillas. A través del espejo*. Madrid: Cátedra.
- Casazza, R. (2015). Una bibliografía nacional comentada. *Estado Crítico*, 3, 16-21.
- Caso Rosendi, G. (2009). *Soldados*. Buenos Aires: Ministerio de Educación de la Nación.
- Castro Ruz, F. (2007). La historia me absolverá, 1-90. Recuperado a partir de

<http://www.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2009/05/la-historia-me-absolvera-fidel-castro.pdf>

- Castro, C. (2017). *Regreso a Coronel Vallejos*. Argentina.
- Casullo, N. (1973, julio 26). Explicada como mito popular, los que la mitificaron fueron sus detractores. *La Opinión*, p. 10. Buenos Aires.
- Cedrón, L. (2008). *Cordero de Dios*. Argentina-Francia.
- Chávez, F. (1994). El alma de una muchacha campesina. En *Mi mensaje* (pp. 19-21). Buenos Aires: Futuro.
- Cobas Corral, A. (2009). Reconstrucciones del pasado en *El secreto y las voces*, de Carlos Gamerro. En N. Jitrik (Ed.), *Revelación imperfecta. Estudios de literatura latinoamericana* (pp. 345-352). Buenos Aires: NJ Editor.
- Colebrook, C. (2005). *Irony*. London: Taylor & Francis e-Library.
- Colón, C. (2006). *Los cuatro viajes del Almirante y su testamento*. Madrid: Editorial Espasa Calpe.
- Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. (1984). *Nunca Más*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Contreras, S. (1995). Variaciones sobre El escritor argentino y la tradición. En S. et al. Cueto (Ed.), *Borges ocho ensayos* (pp. 38-51). Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Copi. (2000). *Eva Perón*. Adriana Hidalgo Editora.
- Corbatta, J. (1999). *Narrativas de la Guerra Sucia en Argentina (Piglia, Saer, Valenzuela, Puig)*. Buenos Aires: Corregidor.
- Cortázar, J. (2003). *Cuentos completos/ 1 (1945-1966)*. Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.

- Cortés Rocca, P., & Kohan, M. (1998). *Imágenes de vida, relatos de muerte. Eva Perón: cuerpo y política*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Cozarinsky, E. (1985). *Vudú urbano*. Barcelona: Anagrama.
- Cozarinsky, E., Verbitsky, B., Gusmán, L., Foucault, M., Anceschi, G., Braudillard, J. y Cozarinsky, E. (2005). *Pasiones gauchas y soluciones políticas en las novelas de Eduardo Gutiérrez*. (M. Topuzian, Ed.), *Página/12* (1a., Vol. 1). Buenos Aires, Argentina: Sudamericana. <https://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>
- Cucurto, W. (2004). Evita express. *Lezama*, 8, 19-20. Recuperado a partir de <https://plus.google.com/111609873003099993656/posts/BaYqvgdtnCx>
- Culler, J. (1999). *Sobre la deconstrucción*. Madrid: Cátedra.
- Dalmaroni, M. (2003). La moral de la historia: novelas argentinas sobre la dictadura (1995-2002). *Hispanamérica*, 32(96), 29-47.
- (2004). *La palabra justa: Literatura, crítica y memoria en la Argentina, 1960-2002*. Mar del Plata: Editorial Melusina. Recuperado a partir de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.1/pm.1.pdf>
- Dani, C. (1995). *La generala debe morir*. Buenos Aires: Sainte Claire Editora.
- Davobe, J. P. (2007). Juan Moreira. The gaucho Malo as Unpopular Hero. En *Nightmares of the Lettered City. Banditry and Literature in*

- Latin America 1816-1929* (pp. 176-189). Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- de Cervantes Saavedra, M. (2005). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha tomos I y II*. (I. Lerner y C. Sabor de Cortazar, Eds.). Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- de Mendonça, I., y Lafosse, J. P. (2006). Evita sobrevive (representaciones de Eva Perón en la Literatura Argentina). *el interpretador*, 28. Recuperado a partir de <https://revistaelinterpretador.wordpress.com/2016/11/26/evita-sobrevive-representaciones-de-eva-peron-en-la-literatura-argentina/>
- de Navascués, J. (2018). En busca del origen perdido: Finisterre entre la novela histórica y el folletín de María Rosa Lojo. En M. Polic, A. Huerta Morales, G. Matic, y M. Zovko (Eds.), *El mundo hispano y/en sus fronteras* (pp. 53-61). Zagreb: Universidad de Zagreb.
- de Vega, L. (1966). *Fuenteovejuna*. (P. Henríquez Ureña, Ed.). Buenos Aires: Losada.
- del Valle-Inclán, R. (1961) *Tirano Banderas*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Degiovanni, F. (2007). *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- del Campo, E. (1965). *Fausto. Impresiones del gaucho Anastasio el Pollo en la representación de esta Ópera*. Buenos Aires: Editorial Huemul.
- Deleuze, G. (1989). *El pliegue: Leibniz y el Barroco*. Buenos Aires: Paidós.

- Deleuze, Gilles y Guattari, F. (1988). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos.
- Depretto-Genty, C. (1991). Introducción. En Iouri Tynianov (Ed.), *Formalismo e historia literaria*. Lausanne: L'Age d'Homme.
- Derrida, J. (1992). La ofrenda oblicua. En material de cátedra Jorge Panesi (Ed.), *Pasiones*.
- (1997). *El monolingüismo del otro*. Buenos Aires: Manantial.
- Desanzo, J. C. (1996). *Eva Perón*. Argentina.
- Descartes, R. (1961). *Meditaciones metafísicas*. Buenos Aires: Aguilar.
- Descombes, V. (2015). *El idioma de la identidad*. (T. de C. González, Ed.). Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.
- Destéfanis, L. (2012). Cucurto: subversión simbólica e identidad emergente en la Buenos Aires del cambio de siglo. *Gamma*, 1(4). Recuperado a partir de <http://p3.usal.edu.ar/index.php/gramma/article/view/3498>
- (2015). La ciudad iletrada. Literatura y cumbia en Argentina (1998-2013). En R. Carreño Bolívar (Ed.), *La rueda mágica: música y literatura. Manual para in(ter)disciplinados* (pp. 387-405). Santiago de Chile: Editorial Ceibo.
- Dillon, M. (2015). *Aparecida*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Domínguez, N. (2004). Eva Perón y Hebe de Bonafini, o la invención del nacimiento. En *Lazos de familia. Herencias, cuerpos, ficciones* (pp. 151-181). Buenos Aires: Paidós.
- dos Santos, E. (1983). *Las mujeres peronistas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

- Drucaroff, E. (1994). Orden de Clases/Orden de Géneros: En la palabra muerde el perro. En *Homenaje a Aída Barbagelata. In Memoriam*. Buenos Aires: Martha Royo y Sylvia Wendt Editoras.
- (2011). *Los prisioneros de la torre. Política, relatos y jóvenes en la postdictadura*. Buenos Aires: Emecé.
- (2015). *Otro logos. Signos, discursos, política*. Buenos Aires: Edhasa.
- Duarte de Perón, E. (1994). *Mi mensaje*. Buenos Aires: Futuro.
- (1996). *La razón de mi vida y otros escritos (Evita por ella misma)*. Buenos Aires: Planeta.
- Echeverría, E. (1873). Dogma socialista de la asociación de Mayo, precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 1837. En C. Casavalle (Ed.), *Obras completas tomo IV Escritos en prosa* (pp. 1-204). Buenos Aires: Imprenta y librería de Mayo.
- (1981). *La cautiva. El matadero*. Buenos Aires: Colihue/ Hachette.
- Ehrmantraut, P. B. (2009). *Masculinidades en transición: la guerra de las Malvinas en la literatura y el cine*. Washington University in St. Louis.
- Favio, L. (1999). *Perón, sinfonía de un sentimiento*. Argentina.
- Feinmann, J. P. (2003). *El cadáver imposible*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- (2004). Eva Perón (Guión cinematográfico). En *Dos destinos sudamericanos* (pp. 9-153). Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- Ferla, S. (1983). *Mártires y Verdugos*. Buenos Aires: Peña Lillo.

- Fernández Lázaro, J. I. (2009). *Identidad cultural, capital y psiquismo. Estudio de la identidad y el mercado. Un diálogo Con Freud, Lévi-Strauss y Polanyi*. Universidad Complutense de Madrid.
- Fernández Moreno, C. (1972) *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI Editores.
- Fernández, M. (1966). *Papeles de Recienvenido. Poemas*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (1977). *No toda es vigilia la de los ojos abiertos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (1997). *Museo de la novela de la Eterna*. Madrid: ALLCA XX.
- Ferreya, S. (2011). El teatro lee literatura: Las islas, de Carlos Gamerro y Alejandro Tantanian. En C. F. de H. UNMDP (Ed.), *Actas del Cuarto Congreso Internacional CELEHIS de Literatura: Literatura española, latinoamericana y argentina* (s.p.). Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata. Recuperado a partir de <http://www.mdp.edu.ar/humanidades/letras/celehis/congreso/2011/actas/ponencias/ferreyraS.htm>
- Ferro, R. (1998). Santa Evita, de T. E. Martínez. La verdad de la ficción. En *El lector apócrifo* (pp. 293-301). Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Fogwill, R. (1983a). *Ejércitos imaginarios*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (1983b). *Los Pichy-cyegos. Visiones de una batalla subterránea*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- (2006). *Los pichiciegos*. La Habana: Editorial Arte y Literatura.

- (2010). *Los libros de la guerra*. Buenos Aires: Mansalva.
- Fonsalido, María Elena; López Casanova, M. (2008, octubre). La aventura de los bustos de Eva, de Carlos Gamerro, y la intervención del Quijote en la representación del pasado reciente. *1º Congreso Internacional del Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas, 1 al 3 de octubre de 2008, La Plata. Los siglos XX y XXI*, 9. Recuperado a partir de http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.312/ev.312.pdf
- Fornet, J. (2007). *El escritor y la tradición. Ricardo Piglia y la literatura argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (1970). *Arqueología del saber*. México: Fondo de Cultura Económica.
- (1992). *Microfísica del poder*. Madrid: Las ediciones de La Piqueta.
- (1996). *De lenguaje y literatura*. (Ángel Gabilondo, Ed.). Barcelona: Ediciones Paidós.
- (1998). *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI.
- (2002). *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- (2002). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- (2009). *Nacimiento de la biopolítica*. (M. Senellart, Ed.). Madrid: Akal.
- (s. f.). *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Fowler, J. A. T. (2013). *1982. Días difíciles en las Malvinas*. Buenos Aires: Ediciones Winograd.
- Fresán, R. (1991). *Historia argentina*. Buenos Aires: Planeta.
- Freud, S. (1914). Lo ominoso (1919). *Obras completas*. Recuperado a partir de <http://www.damiantoro.com/frontEnd/images/objetos/LOOMINOSO.pdf>
- (1978). La sexualidad infantil. En *Obras completas de Sigmund Freud vol. VII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1979). El Yo y el Ello. En J. M. E. (Ed.), *Obras completas de Sigmund Freud vol. XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1979). *Obras completas, tomo 4: La interpretación de los sueños (primera parte)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1979). *Obras completas de Sigmund Freud (Vol. XIV)*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1993). Duelo y melancolía. En *Obras completas XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1993). Introducción al narcisismo. En *Obras completas de Sigmund Freud vol. XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1996). *Obras completas Vol XI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fridman, V. (2009). El imaginario de la violencia en la ficción argentina sobre la guerra de Malvinas. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 34(1), 23-43.

- Friera, S. (2012, octubre 1). Carlos Gamerro: «En literatura, tragedia y humor no están reñidos». *Página/12*, p. en línea. Buenos Aires. Recuperado a partir de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/4-26601-2012-10-01.html>
- (2012, octubre 1). Consumo y movilización. *Página/12*, s.p. Buenos Aires. Recuperado a partir de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/subnotas/26601-6960-2012-10-01.html>
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la Historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta. Recuperado a partir de [http://firgoa.usc.es/drupal/files/Francis Fukuyama - Fin de la historia y otros escritos.pdf](http://firgoa.usc.es/drupal/files/Francis%20Fukuyama%20-%20Fin%20de%20la%20historia%20y%20otros%20escritos.pdf)
- Gallego Cuiñas, A. (2005). *Trujillo: el fantasma y sus escritores*. Granada: Universidad de Granada.
- (2015). Comienzos de la novísima novela argentina (2001-2011). *Hispanamérica*, 130, 3-14.
- Gallego Cuiñas, A., Estrade, C., y Idmhand, F. (2016). *Diarios latinoamericanos del siglo XX*. Bruxelles: Peter Lang.
- Gamerro, C. (1998). *Las Islas*. Buenos Aires: Simurg.
- (2000). *El sueño del señor juez*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2002a). *El secreto y las voces*. Buenos Aires: Norma.
- (2002b, junio). Tras un manto de neblina. *Radar*, s.p. Recuperado a partir de

<https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/9-228-2002-06-17.html>

- (2003). *Harold Bloom y el canon literario*. Madrid: Campo de Ideas.
- (2004). *La aventura de los bustos de Eva*. Buenos Aires: Norma.
- (2005a, agosto 13). Disparen sobre el policial negro. *Ñ*. Buenos Aires. Recuperado a partir de <http://edant.revistaenie.clarin.com/notas/2008/07/02/01706663.html>
- (2005b). *El libro de los afectos raros*. Buenos Aires: Norma.
- (2007). Julio Cortázar, inventor del peronismo. En D. Viñas (Ed.), *El peronismo clásico, 1945-1955: descamisados, gorilas y contreras* (pp. 44-61). Paradiso y Fundación Crónica General.
- (2008a, abril 27). Federación y muerte. *Radar*, s. p. Buenos Aires.
- (2008b). *Ulises. Claves de lectura*. Buenos Aires: Norma.
- (2009). Borges y los anglosajones. *Variaciones Borges: revista del Centro de Estudios y Documentación Jorge Luis Borges*, 28, 27-42.
- (2010a, agosto 29). El último pichiciego. *Radar*, s.p. Buenos Aires. Recuperado a partir de <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/radar/subnotas/6427-1194-2010-08-%0A30.html>
- (2010b). *Ficciones barrocas: una lectura de Borges, Bioy Casares, Silvina Ocampo, Cortázar, Onetti y Felisberto Hernández*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.
- (2010c, abril 11). Tierra de la memoria. *Radar libros*. Buenos Aires. Recuperado a partir de

<http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-3787-2010-04-11.html>

----- (2011). *Un yuppie en la columna del Che Guevara*. Buenos Aires: Edhasa.

----- (2013). Rodolfo Walsh o Manuel Puig. Recuperado 13 de julio de 2015, a partir de <http://www.espaciomurena.com/6600/>

----- (2015a). *El nacimiento de la literatura argentina*. Buenos Aires: Excursiones.

----- (2015b). *Facundo o Martín Fierro. Los libros que inventaron la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

----- (2016a). *Cardenio*. Buenos Aires: Edhasa.

----- (2016b, marzo 20). Ficciones sobre los años 70: imaginaciones verdaderas. *La Nación*, s.p. Buenos Aires. Recuperado a partir de <https://www.lanacion.com.ar/1880712-ficciones-sobre-los-anos-70-imaginaciones-verdaderas>

----- (2016c, mayo 4). Siempre fui impermeable a los premios. *Página/12*, s.p. Buenos Aires. Recuperado a partir de <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/2-38737-2016-05-04.html>

García Lupo, R. (1984). *Diplomacia secreta y rendición incondicional* (4a.). Buenos Aires: Legasa.

García Martínez, A. (s/d). La construcción de las identidades. *Cuestiones pedagógicas*, 18, 207-228.

García Mérou, M. (1886). Los dramas policiales. En *Libros y autores* (pp. 13-24). Buenos Aires: Félix Lajouane Editor.

- García, A. D. (2009, febrero 14). Textual. *Página/12*. Buenos Aires. Recuperado a partir de <https://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/subnotas/1-38223-2009-02-14.html>
- García, F. (2009). *Los ojos. Vida y pasión de Antonio Berni*. Buenos Aires: Grupo Editorial Planeta.
- Garibotto, V. (2008). *Contornos en negativo: reescrituras posdictatoriales del siglo XIX (Argentina, Chile, Uruguay)*. University of Pittsburgh. Recuperado a partir de <http://d-scholarship.pitt.edu/7120/1/VeronicaGaribotto2008.pdf>
- Gellner, E. (1991). *Naciones y nacionalismo*. Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Genette, G. (1989). *Palimpsestos. La literatura en segundo grado*. Madrid: Taurus.
- Gerber, C. (2013). Don Quijote, ejecutivo andante. La parodia cervantina en *La aventura de los bustos de Eva*, de Carlos Gamerro. En M. Stoopen Galán (Ed.), *El Quijote: palimpsestos hispanoamericanos* (pp. 259-290). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Gerber, C., y Fonsalido, M. E. (2016). El Quijote y la violencia latinoamericana del siglo XX. La utilización de la figura quijotesca en dos textos de Jorge Franco y Carlos Gamerro. *Impossibilia*, 11, 54-79. Recuperado a partir de <https://drive.google.com/file/d/0B6u7HRUiWBluaFJwajM4NE1tZlk/view>

- Gibson, W. (2014). *Neuromante*. San José de Costa Rica: Jade.
- Giordano, A. (1991). Borges: la forma del ensayo. *Punto de Vista*, 32-40.
- Giorgi, G. (2014). *Formas comunes: animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.
- Giorgi, G. y Rodríguez, F. (comps.). (2007). *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires: Paidós.
- Giunta, A. (1997). Eva Perón: imágenes y público. En *Arte y recepción* (pp. 177-184). Buenos Aires: CAIA.
- Gociol, J. (2010). *Boris Spivacow: el señor editor de América Latina*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Godoy, C. I. por D. S. (2013). *Escolástica peronista ilustrada*. Buenos Aires: Interzona Editora.
- Goethe, J. (2003). *Fausto* (Francisco). Madrid: Editorial Espasa Calpe.
- Gombrowicz, W. (2001). *Ferdydurke*. Barcelona: Seix Barral.
- Gómez-Moriana, A. (1984). La subversión del discurso ritual. Una lectura intertextual del Lazarillo de Tormes. *Co-textes*, 8, 21-48.
- (1997). Du texte au discours. Le concept d' interdiscursivité. *Versus*, 77-78, 57-73.
- (s/f). Triple dimensionalidad del cronotopos bajtiniano: diacronía, diatopía, diastratía. *Acta poética*, 18/19, 153-188.
- González, E. (1986). *Ascenso y caída del peronismo*. Buenos Aires: Ediciones Antídoto.
- González, H. (1994). El último dictado. En *Mi mensaje* (pp. 65-67). Buenos Aires: Futuro.

- (1997, febrero 13). Oficio actoral y Estado. *Clarín: Cultura y Nación*, p. 5. Buenos Aires.
- Gramuglio, M. T. (2002). Políticas del decir y formas de la ficción. Novelas de la dictadura militar. *Punto de Vista*, 74, 9-14. Recuperado a partir de <http://www.bazaramericano.com/media/punto/coleccion/revistas/PDF/74.pdf>
- Grassi, R. (2010, mayo 30). A 40 años del asesinato: relato secreto de la confesión por el crimen de Aramburu. *Clarín*. Buenos Aires. Recuperado a partir de https://www.clarin.com/zona/asesinato-Relato-secreto-confesion-Aramburu_0_B1gDQqZRwQg.html
- Gray, R. (1979). *Brecht dramaturgo*. Madrid: Ultramar.
- Groussac, P. (1934). *Las islas Malvinas*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Guebel, D. (2008). *La vida por Perón*. Buenos Aires: Booket.
- Guevara de la Serna, E. (1965). Carta de Ernesto Che Guevara a Fidel Castro Ruz. La Habana. Recuperado a partir de <http://ciudadseva.com/texto/carta-de-despedida-del-che-a-fidel/>
- (1999). *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*. Barcelona: Mondadori.
- (2001). *Diario del Che en Bolivia*. La Habana: Ciencias Sociales.
- (2007a). *El socialismo y el hombre en Cuba*. La Habana: Centro de Estudios Che Guevara y Aleida March.
- (2007b). *Pasajes de la guerra revolucionaria*. La Habana: Ocean Sur.

- (2009a). Carta de despedida del Che Guevara a Fidel Castro. Recuperado 4 de agosto de 2017, a partir de <https://cubalmater.wordpress.com/2009/05/16/50/>
- (2009b). Carta del Che a sus hijos. Recuperado 4 de agosto de 2017, a partir de <https://cubalmater.wordpress.com/2009/05/16/carta-del-che-a-sus-hijos/>
- Guglielmi, N. (1980). *El teatro medieval*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Gusmán, L. (2006). *Villa*. Buenos Aires: Edhasa.
- Gutiérrez, E. (1961). *Juan Moreira*. (B. Verbitsky, Ed.). Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Gutierrez, J. M. (1874). Nota a Echeverría, El matadero. En *Noticias biográficas sobre don Esteban Echeverría* (pp. 210-212). Buenos Aires.
- H.I.J.O.S. (2012). Amicus Curiae.
- Hammerschmidt, C. (2013). La realidad en añicos o La figuración literaria de Buenos Aires entre desrealización, virtualización e inversión. *Amerika*, 9, s/p. Recuperado a partir de <https://journals.openedition.org/amerika/4236>
- (2017). La dicotomía de lo legible e ilegible en la literatura argentina contemporánea, o El lado oscuro de Carlos Gamerro. *Cuadernos LIRICO*, 17.
- Hernaiz, S. (2012). *Rodolfo Walsh no escribió Operación Masacre y otros ensayos*. Bahía Blanca: 17grises editora.

- Hernández, J. (1978). *Martín Fierro*. (A. Badano, Ed.). Buenos Aires: Colihue/Hachette.
- Herr, M. (1980). *Despachos de guerra*. Barcelona: Anagrama.
- Hobsbawm, E. (1998). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- Horowicz, A. (2004). *El país que estalló. El camino de Potosí*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2011). *Los cuatro peronismos*. Buenos Aires: Edhasa.
- (2012). *Las dictaduras argentinas. Historia de una frustración nacional*. Buenos Aires: Edhasa.
- Hudson, G. E. (1956). *Tierra purpúrea*. Buenos Aires: Guillermo Kraft Limitada.
- Huizinga, J. (1985). *El otoño de la Edad Media; Estudios sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los países bajos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Hutcheon, L. (1981). Ironie, satire, parodie. Une approche pragmatique de l'ironie. *Revue Poétique*, 46, 140-155.
- (1989). Historiographic Metafiction. Parody and the Intertextuality of History. En *Intertextuality and Contemporary American Fiction* (pp. 3-32). Baltimore: Johns Hopkins University Press. Recuperado a partir de <http://hdl.handle.net/1807/10252>
- (1992). Ironía, sátira, parodia. Una aproximación pragmática a la ironía. En H. Silva (Ed.), *De la ironía a lo grotesco* (pp. 173-193). México: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.
- (1993). La política de la parodia postmoderna. *Criterios*, 187-203.

- (1998). Irony, Nostalgia and the Postmodern. Recuperado 24 de julio de 2017, a partir de <http://www.library.utoronto.ca/utel/criticism/hutchinp.html>
- (2005). *Irony's edge. The theory and politics of irony*. London: Taylor & Francis e-Library.
- Hutcheon, L., y Valdés, M. J. (s/d). Irony, Nostalgia and the Postmodern: A Dialogue. *Poligrafías. Revista de Literatura Comparada*, 3, 18-41. Recuperado a partir de <http://www.lpimentel.filos.unam.mx/sites/default/files/poligrafias/3/02-hutcheon-valdes.pdf>
- Huxley, A. (1969). *Un mundo feliz*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- Iglesia, C. (2003). La ley de la frontera. Biografías de pasaje en el Facundo de Sarmiento. En *La violencia del azar. Ensayos sobre literatura argentina* (pp. 65-75). Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jacovkis, V. H. (2012). El heroísmo en la farsa: Las Islas, de Carlos Gamerro. *HeLix*, 5, 145-162.
- Jameson, F. (1996). *Teoría de la posmodernidad*. Madrid: Trotta.
- Jiménez Domínguez, J. (1994). Eva en su plenitud. En *Mi mensaje* (pp. 23-27). Buenos Aires: Futuro.
- Jitrik, Noé (dir. col.); Ferro, R. (dir. vol.). (2007). *Historia crítica de la literatura argentina: Macedonio*. Buenos Aires: Emecé.
- Joyce, J. (1959). *Ulises*. (J. Salas Subirat, Trad.). Buenos Aires: Santiago Rueda Editor.

- Jozami, E. (2017, marzo 26). Discutir con Walsh. *Página/12*. Buenos Aires. Recuperado a partir de <https://www.pagina12.com.ar/28006-discutir-con-walsh>
- Kafka, F. (2005a). *El proceso*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.
- (2005b). *Relatos completos*. Buenos Aires: Editorial La Página y Editorial Losada.
- (2009). *La madriguera*. (A. Magnus y M. Kohan, Eds.). Buenos Aires: La Compañía de los Libros.
- Kirchner, N. (2003, mayo 25). El texto completo del discurso presidencial. *La Nación*. Buenos Aires. Recuperado a partir de <http://www.lanacion.com.ar/498849-el-texto-completo-del-discurso-presidencial>
- Klein, T. (1984). *El actor en el Río de la Plata. De Casacuberta a los Podestá*. Buenos Aires: Ediciones Asociación Argentina de Actores.
- Kohan, M. (1994). *Muero contento*. Buenos Aires: Simurg.
- (1999). El fin de una épica. *Punto de Vista*, 64, 6-11.
- (2002). *Dos veces junio*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2004). Madre e hija (la muerte de Evita en la versión de Copi). En *Lazos de familia. Herencias, cuerpos, ficciones* (pp. 183-194). Buenos Aires: Paidós.
- (2005). *Narrar a San Martín*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- (2007). *Ciencias morales*. Buenos Aires: Anagrama.
- (2010). *Los cautivos*. Buenos Aires: Debolsillo.
- (2013). Fenomenología de lo peronista. *Filología*, XLV, 87-94.

- (2013). Un cuento de fantasma. *revista landa*, 2(1), 375-380.
- (2014). *El país de la guerra*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.
- (2015, agosto). Cadícamo: notas sobre el tango en París. *La Granada*, en línea. Recuperado a partir de <http://revistalagranada.com.ar/cadicamo-notas-sobre-el-tango-en-paris/>
- (2016). Nunca quieto: los diarios del Che Guevara. En *Diarios latinoamericanos del siglo XX*. Bruselas, Berna, Berlín, Frankfurt, Nueva York, Oxford, Viena: Peter Lang.
- Kohan, M., Blanco, O., y Imperatore, A. (1993). Transhumantes de neblina, no las hemos de encontrar. De cómo la literatura cuenta la guerra de Malvinas. *Espacios*, 13, 82-86.
- Kon, D. (1982). *Los chicos de la guerra*. Buenos Aires: Editorial Galerna.
- Kott, J. (1967). *Shakespeare Our Contemporary*. London: university Paperbacks.
- Kraniauskas, J. (2000). Revolución-porno: El fiord y el Estado-Eva-peronista. *Boletín/8*, 8, 44-55.
- (2002). Eva-peronismo, literatura, Estado. *Revista de Crítica Cultural*, 24, 46-51.
- Lacan, J. (2003). El seminario sobre La carta robada. En *Escritos 1* (pp. 5-35). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Laera, A. (2004). Pasiones gauchas y soluciones políticas en las novelas de Eduardo Gutiérrez. En *El tiempo vacío de la ficción*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- (2001). Metamorfosis de un héroe popular argentino: las mil caras de Juan Moreira. En *Juan Moreira* (pp. 5-10). Buenos Aires: Clarín.
- Laera, A. y Kohan, M.(comps.). (2006). *Las brújulas del extraviado. Para una lectura integral de Esteban Echeverría*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Lamborghini, L. (1972). Eva Perón en la hoguera. En *Partitas* (pp. 53-71). Buenos Aires: Corregidor.
- (1994). *Tragedias y parodias I*. (J. L. Mangieri, Ed.). Buenos Aires: Libros de Tierra Firme.
- (2008). *Risa y tragedia en los poetas gauchescos*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Lamborghini, O. (2010). *Novelas y cuentos I*. Buenos Aires: Mondadori.
- (2011). *Novelas y cuentos II*. Buenos Aires: Mondadori.
- Langer, M. (1966). El niño asado y otros mitos sobre Eva Perón. En *Fantasías eternas a la luz del psicoanálisis* (pp. 79-102). Buenos Aires: Ediciones Horné.
- Lardone, M. I. (2012). Las islas de Carlos Gamerro: farsa y épica en torno a la identidad nacional. En *Actas del VIII Congreso Internacional de Teoría y Crítica Literaria Orbis Tertius* (p. s/p). La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata. Recuperado a partir de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.2351/ev.2351.pdf
- Lastra, H. (1974). *La boca de la ballena*. Buenos Aires: Legasa.
- Lawrence, D. H. (2006). *El amante de Lady Chatterley*. Madrid: Alianza.

- Lencioni, J. R. (s. f.). Periodismo y propaganda: la revista Gente durante la guerra de Malvinas. *Portal de Estudios en Comunicación y Periodismo*.
- Levi, P. (2009). *Triogía de Auschwitz. La tregua*. Barcelona: El Aleph Editores.
- Lévi-Strauss, C. (1981). *La identidad*. Barcelona: Ediciones Petrel.
- Lewin, M., y Wornat, O. (2014). *Putas y guerrilleras. Crímenes sexuales en los centros clandestinos de detención*. Buenos Aires: Planeta.
- Linford Williams, L. (2005). *Malvinas Myths, Falkland Fictions: Cultural Responses To War From Both Sides Of The Atlantic*. UMI.
- Link, D. (comp.). (2003). *El juego de los cautos. Literatura policial: de Edgar A. Poe a P. D. James*. Buenos Aires: La marca editora.
- López Casanova, M. (2008). *Literatura argentina y pasado reciente. Relatos de una carencia*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- López, F. (1992). La noche de Santa Ana. En *La noche de Santa Ana y otros relatos*. Córdoba: Lerner.
- López, M. P. (2010). Soldados, testigos, escritores. En D. Viñas (Ed.), *Literatura Argentina Siglo XX. De Alfonsín al menemato (1983-2001)* (pp. 150-163). Buenos Aires: Paradiso.
- Lorenz, F. (2002, abril). Malvinas, veinte años después. *Todo es Historia*, 417, 6-15.
- (2006a). *Las guerras por Malvinas*. Buenos Aires: Edhasa.
- (2006b). Mutilaciones. Los combatientes de Malvinas en la memoria nacional. *El Ojo Mocho*, 20, 45-50.

- (2009). *Malvinas. Una guerra argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2013). *Unas islas demasiado famosas: Malvinas, historia y política*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Ludmer, J. (1999). *El cuerpo del delito. Un manual*. Buenos Aires: Libros Perfil.
- (2000). *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*. Buenos Aires: Perfil.
- (2010). *Aquí América Latina. Una especulación*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- (2013). *Josefina Ludmer. Seminario «Gauchos, indios y negros». Negros*. Argentina: Youtube. Recuperado a partir de https://www.youtube.com/watch?v=thk4N_muU2o
- Lugones, L. (1916). *El payador*. Buenos Aires: Otero.
- Maestre Sánchez, A. (2004). "Todas las gentes del mundo son hombres" El gran debate entre Fray Bartolomé de las Casas (1474-1566) y Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573). *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 21, 91-134. Recuperado a partir de <http://revistas.ucm.es/index.php/ASHF/article/view/ASHF0404110091A/4728>
- Maggiori, G. (2001). *Entre hombres*. Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- Mairal, P. (2005). *El año del desierto*. Buenos Aires: Interzona Editora.
- Mansilla, L. V. (1947). *Una excursión a los indios ranqueles*. (J. Caillet-Bois, Ed.). México: Fondo de Cultura Económica.

- Manzoni, C. (comp.). (2007). *Vanguardistas en su tinta: documentos de la Vanguardia en América Latina*. Buenos Aires: Corregidor.
- Marighella, C. (2005). Minimanual del guerrillero urbano. *Lucha armada en la Argentina*, 2, 123-144.
- Marín, M. (2004). Primo Levi: testimonio y creencia. Notas sobre la lectura de «Si esto es un hombre». *Norte de salud mental*, V, n. 20, 90-92.
- Mármol, J. (1979). *Amalia tomos I y II*. (C. Dámaso Martínez, Ed.) (1a.). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Márques, J. L. (2000). *Fuckland*. Argentina.
- Martin, G. (2006). The Novel of a Continent: Latin America. En F. Moretti (Ed.), *The Novel, vol. 1: History, Geography, and Culture*. Princeton: Princeton University Press.
- Martínez Estrada, E. (2005a). *Muerte y transfiguración de Martín Fierro. Ensayo de interpretación de la vida argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- (2005b). *¿Qué es esto? Catilinaria*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional; Colihue.
- Martínez, T. E. (1995). *Santa Evita*. Buenos Aires: Planeta.
- (2002, agosto 6). La tumba sin sosiego. *La Nación*. Buenos Aires. Recuperado a partir de <http://www.lanacion.com.ar/420064-la-tumba-sin-sosiego>
- (2004). *La pasión según Trelew*. Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.

- Marx, C. y Engels, F. (2004). *El manifiesto comunista*. Madrid: Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels.
- Marx, K. y F. E. (s/d). *Manifiesto comunista*.
- Masotta, O. (2008). *Introducción a la lectura de Jacques Lacan*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.
- Matamoro, B. (1989). La Argentina de Gombrowicz. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 469-470, 271-279.
- Mattio, J., & Perucca, P. (2017). Martín Kohan: “Glosa es la mejor novela política de la literatura argentina”. Recuperado a partir de <https://sonambula.com.ar/martin-kohan-glosa-es-la-mejor-novela-politica-de-la-literatura-argentina/>
- Mero, R. (1987). *Contraderrota: Montoneros y la revolución perdida. Conversaciones con Juan Gelman*. Buenos Aires: Contrapunto.
- Mira, R. (2007). *Guerrilleros (una salida al mar para Bolivia)*. Buenos Aires: Diada.
- Molloy, S. (1999). *Las letras de Borges y otros ensayos*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Montoneros. (1974, septiembre). Mario Firmenich y Norma Arrostito cuentan cómo murió Aramburu. *La causa peronista*, 9, 25-31. Recuperado a partir de <http://www.ruinasdigitales.com/revistas/Causa Peronista 9.pdf>
- (1975). Juicio revolucionario a un delator. *Evita Montonera. Revista oficial de Montoneros*, 8, 21. Recuperado a partir de <http://www.ruinasdigitales.com/revistas/Evita Montonera 08.pdf>

- (1976a). CARTA A MALENA; de su compañero. *Evita Montonera*.
Revista oficial de Montoneros, 12, 22. Recuperado a partir de
<http://www.ruinasdigitales.com/revistas/Evita Montonera 12.pdf>
- (1976b). Juicio revolucionario a Roberto Quieto. *Evita Montonera*.
Revista oficial de Montoneros, 12, 13-14. Recuperado a partir de
<http://www.ruinasdigitales.com/revistas/Evita Montonera 12.pdf>
- (s/d). Comunicados; Partes de guerra; Crónica de la Resistencia.
Evita Montonera. *Revista oficial de Montoneros*, 1-6.
- Moreno, M. (1994). Contra el olvido (la iconografía laica). En *Mi mensaje. El testamento silenciado de Evita* (pp. 71-74). Buenos Aires: Futuro.
- (2018). *Oración. Carta a Vicky y otras elegías políticas*. Buenos Aires: Literatura Random House.
- Muñoz Azpiri, J. L. (1966). *Historia completa de las Malvinas*. Buenos Aires: Oriente.
- Murmis, M., y Portantiero, J. C. (2012). *Estudio sobre los orígenes del peronismo* (2a.). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Navarro, M. (1997). *Evita*. Buenos Aires: Editorial Planeta Argentina.
- (comp.). (2002). *Evita. Mitos y representaciones*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Neuman, A. (2009). *El viajero del siglo*. Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara.
- Neyret, J. P. (2013). Sujeto tácito: La veda de nombrar a Eva Perón y su rescate literario en «Esa mujer» de Rodolfo Walsh. *Nueva Época*, 15, 16-21. Recuperado a partir de

file:///C:/Users/Lali/Downloads/Dialnet-SujetoTacito-4399172.pdf

- Nietzsche, F. (1992). *Así habló Zarathustra*. Barcelona: Editorial Planeta Argentina.
- Nikken, P. (1994). El concepto de Derechos Humanos” en. En R. C. C. y R. N. L. (comps.) (Ed.), *Estudios Básicos de Derechos Humanos vol. 1*. San José de Costa Rica: IIDH.
- Novaro, M. (2010). *Historia de la Argentina 1955-2010*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Núñez Cabeza de Vaca, A. (2005). *Naufragios y Comentarios*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Ocampo, S. (1982). La creación. En *La furia y otros cuentos*. Madrid: Alianza.
- Oesterheld, H. G., y Breccia, A. (2007). *Evita/ El Che*. Buenos Aires: Editorial Clarín.
- Onetti, J. C. (1998). *Cuentos completos*. Madrid: Grupo Santillana de Ediciones.
- (2012). *Novelas breves*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.
- Ortiz, F. (1987). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Caracas: Ayacucho.
- Ottino, M. (1990). *Evita y Victoria. Comedia patriótica en 3 actos*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Panesi, J. (2010). Prólogo. En *El problema de la lengua poética*. Buenos Aires: Dedalus.

- Paz-Mackay, M. S. (2013). *Historia, memoria y novela en la Argentina de la posdictadura. La cuestión de la responsabilidad extendida*. University of Ottawa.
- Peck, J. (2013). *Malvinas. Una guerra privada*. Buenos Aires: Emecé.
- Peña, M. (2014). Bonapartismo con faldas. *Sudestada*, 134, 10.
- Pérez, A. J. (2014). *Literatura, peronismo y liberación nacional* (1a.). Buenos Aires: Corregidor.
- Pérez, M. E. (2012). *Diario de una princesa montonera*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Perlongher, N. (1997). *Poemas completos (1980-1992)*. (R. Echavarren, Ed.). Buenos Aires: Compañía Editora Espasa Calpe Argentina S.A./Seix Barral.
- (2000). Evita vive. En S. Olguín y J. Lafforgue (Eds.), *Perón vuelve. Cuentos sobre peronismo* (pp. 157-166). Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- (2008). *Prosa plebeya. Ensayos 1980-1992*. Buenos Aires: Colihue.
- Perón, J. (1958). *La fuerza es el derecho de las bestias*. Montevideo: Ediciones Cicerón.
- Piglia, R. (1980). Notas sobre Facundo. *Punto de Vista*, 8, 15-18.
- (1993). *La Argentina en pedazos*. Buenos Aires: Ediciones De La Urraca.
- (1995). Memoria y tradición. En A. Pizarro (Ed.), *Modernidad, posmodernidad y vanguardias. Situando a Huidobro* (pp. 55-60). Santiago de Chile: Fundación Vicente Huidobro.

- (1996). *Respiración artificial*. Buenos Aires: Espasa Calpe/ Seix Barral.
- (1998). Sarmiento, escrito. *Filología*, 31, 1-2, 19-34.
- (1999). *Formas breves*. Buenos Aires: Temas Grupo Editorial.
- (2000). *Crítica y ficción*. Buenos Aires: Editorial Planeta Argentina/ Seix Barral.
- (2001). *Tres propuestas para el próximo milenio (y cinco dificultades)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- (2005). *El último lector*. Barcelona: Anagrama.
- (2015a). *Antología personal*. Barcelona: Anagrama.
- (2015b). *La forma inicial. Conversaciones en Princeton*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.
- (2016). *Las tres vanguardias: Saer, Puig, Walsh*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Plotnik, V. P. (2003). *Cuerpo femenino, duelo y nación. Un estudio sobre Eva Perón como personaje literario*. Buenos Aires: Corregidor.
- Poe, E. A. (1981). La carta robada. En *El escarabajo de oro y otros cuentos* (pp. 207-233). Madrid: Ediciones Generales Anaya.
- Poggiuese, D. (2011). Si Evita viviera... Eva Perón en relatos de Néstor Perlongher y Washington Cucurto. En CeLeHis/ Facultad de Humanidades/ UNMDP (Ed.), *Actas del Cuarto Congreso Internacional CELEHIS de Literatura: Literatura española, latinoamericana y argentina* (p. en línea). Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata. Recuperado a partir de

<http://www.mdp.edu.ar/humanidades/letras/celehis/congreso/2011/actas/ponencias/poggiese.htm>

Pont, E. S. (1984). *Partido Laborista: Estado y sindicatos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Posse, A. (2005). *La pasión segun Eva*. Buenos Aires: Booket.

Pound, E. (2014). *Primeros poemas (1908-1920)*. (R. C. P. (ed.), Ed.). Valencia: Publicacions de la Universitat de València.

Premat, J. (2009). *Héroes sin atributos: figuras de autor en la literatura argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

----- (2012). Leer los comienzos. Orientaciones teóricas, Borges, Saer. *Cuadernos LIRICO*, 7, s/p. Recuperado a partir de <https://journals.openedition.org/lirico/594>

----- (2016). *Érase esta vez. Relatos de un comienzo*. Buenos Aires: EDUNTREF.

Prieto, J. (2010). *De la sombrología*. Madrid: Iberoamericana.

Prividera, N. (2007). *M. Argentina*.

----- (2011). *Tierra de los padres*.

Puig, M. (1971). *Boquitas pintadas*. Buenos Aires: Sudamericana.

----- (1975). *La traición de Rita Hayworth*. Buenos Aires: Sudamericana.

----- (1979). *Pubis angelical*. Barcelona: Seix Barral.

----- (1987). *El beso de la mujer araña*. Barcelona: Círculo de Lectores.

Quereilhac, S. (2004, noviembre 28). El pasado y su sátira total. *La Nación*. Buenos Aires. Recuperado a partir de

<http://www.lanacion.com.ar/657941-el-pasado-y-su-satira-total>

Rabelais, F. (1959). *Gargantua*. Paris: La Farandole.

- Ragendorfer, R. (2006). *La bonaerense 2. La secta del gatillo*. Buenos Aires: Booket.
- Rama, Á. (1982). *Los gauchipolíticos rioplatenses* (1a.). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (1988). *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca.
- Ramos, J. (1989). Saber del otro: escritura y oralidad en el Facundo de D.F. Sarmiento. En *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX* (pp. 19-34). México: Fondo de Cultura Económica.
- Rank, O. (1976). *El doble*. Buenos Aires: Orión.
- Rascovsky, A. (1975). *Filicidio, violencia y guerra*. Buenos Aires: Schapire Editor.
- Rattenbach, B. (2012). *Informe Rattenbach*. Buenos Aires. Recuperado a partir de <https://www.casarosada.gob.ar/pdf/InformeRattenbach/01-InformeFinal.pdf>
- Ratto, P. (2006). *Pequeños hombres blancos*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- (2008). *Nudos*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- (2012). *Trasfondo*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Recas Bayón, J. (2006). *Hacia una hermenéutica crítica. Gadamer, Habermas, Apel, Vattimo, Rorty, Derrida y Ricoeur*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva.

- Ricota, P. R. y sus R. de. (1988). *Un baión para el ojo idiota*. Buenos Aires: Del Cielito Records. Recuperado a partir de <https://www.youtube.com/watch?v=GArSVzfJZto>
- Robles, R. (2013). *Pequeños combatientes*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Rodríguez, F. A. (2010). *Un desierto para la nación. La escritura del vacío*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.
- Rodríguez, J. C. (1990). *Teoría e historia de la producción ideológica: las primeras literaturas burguesas (siglo XVI)*. Madrid: Akal.
- (1999). *Brecht, siglo XX*. Granada: Comares.
- (2001). *La norma literaria*. Madrid: Debate.
- Rodríguez, J. C., y Salvador, Á. (2005). La construcción de una poesía nacional: el gaucho. El Martín Fierro. En *Introducción al estudio de la literatura hispanoamericana* (pp. 96-127). Madrid: Akal.
- Rojas, R. (1957). *Historia de la literatura argentina 9 vols*. Buenos Aires: Guillermo Kraft.
- (1960). *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata. Volumen I: Los gauchescos*. Buenos Aires: Ediciones Guillermo Kraft limitada.
- Romero, I. (2017, enero 19). La ida y la vuelta. *Página/12*. Buenos Aires. Recuperado a partir de <https://www.pagina12.com.ar/26482-la-ida-y-la-vuelta>
- Rosano, S. (2006). Eva a través del espejo. En *Rostros y máscaras de Eva Perón. Imaginario populista y representación* (pp. 38-90). Rosario: Beatriz Viterbo Editora.

- Rotker, S. (1999). *Cautivas. Olvidos y memoria en la Argentina* (1a.). Buenos Aires: Compañía Editora Espasa Calpe Argentina S.A. / Ariel.
- Rozitchner, L. (2006). *Las Malvinas: de la guerra “sucida” a la guerra “limpia”*. Buenos Aires: Losada.
- (2011). *Acerca de la derrota y de los vencidos*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional; Quadrata.
- Rubio, A. (2010). *La garchofa esmeralda* (1a.). Buenos Aires: Mansalva.
- Rulfo, J. (1965). *El llano en llamas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- S/D. (2011, abril 30). La memoria perdida de un hacker. *La Prensa*, p. en línea. Buenos Aires. Recuperado a partir de <http://www.laprensa.com.ar/374279-La-memoria-perdida-de-un-hacker.note.aspx>
- (2012, enero 25). Qué es el Informe Rattenbach de la guerra de Malvinas. *La Nación*, p. Web 4 jun. 2014. Buenos Aires. Recuperado a partir de <http://www.lanacion.com.ar/1443389-cristina-kirchner-anuncio-la-apertura-del-informe-rattenbach>
- (2015, septiembre 7). Memoria: Albertina Carri propone pensarla como un «órgano vital». *Télam*. Buenos Aires. Recuperado a partir de http://memoria.telam.com.ar/noticia/albertina-carri---la-memoria-es-un-organo-vital-_n5563
- Saccomano, G. (1989). *Roberto y Eva: Historia de un amor argentino*. Buenos Aires: Legasa.

- Saer, J. J. (1995). *La pesquisa*. Buenos Aires: Espasa Calpe/ Seix Barral.
- (1999). *La narración-objeto*. Buenos Aires: Editorial Planeta Argentina.
- (2004). *El concepto de ficción*. Buenos Aires: Seix Barral.
- (2008). *El arte de narrar. Poemas (1960-1987)*. Madrid: Visor.
- (2015a). *El río sin orillas*. Buenos Aires: Seix Barral.
- (2015b). *Glosa*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Said, E. (1997). *Beginnings. Intention and Method*. London: Granta Books.
- (2007). *Orientalismo*. Barcelona: Debolsillo.
- Saïtta, S. (comp). (2008). *Algunas representaciones de Eva Perón en la literatura argentina*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras.
- Saïtta, S. et al. (2004). *Lo que sobra y lo que falta en los últimos veinte años de la literatura argentina*. Buenos Aires: Libros del Rojas.
- Salas, E. (2005). El falso enigma del «Caso Aramburu». *Lucha armada en la Argentina, 2*.
- Salinas, J. J. (1994). El evangelio según Evita. En *Mi mensaje* (pp. 13-17). Buenos Aires: Futuro.
- Salvador, N. (1986). *Macedonio Fernández, precursor de la antinovela*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Sánchez, M. (1997, febrero 13). La imagen en escena. *Clarín: Cultura y Nación*, pp. 2-4. Buenos Aires.
- Santoro, D. (2002). *Manual del niño peronista*. Buenos Aires: La marca editora.

- (2006). *Mundo peronista*. Buenos Aires: La marca editora.
- Santos, L. (1999). Los hijos bastardos de Evita, o la literatura bajo el manto de estrellas de la cultura de masas. *Canadian Journal of Latin American and Caribbean Studies*, 24, 195-213.
- Sarlo, B. (1989). Borges y la literatura argentina. *Punto de Vista*, 34, 6-10.
- (1994). No olvidar la guerra de Malvinas. Sobre cine, literatura e historia. *Punto de Vista*, 49, 11-15.
- (2003). *La pasión y la excepción*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo: una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sarmiento, D. F. (1966). *Recuerdos de provincia*. Buenos Aires: Kapelusz.
- (1971). *Facundo* (1a.). Buenos Aires: Kapelusz.
- Sartre, J.-P. (1967). *¿Qué es la literatura?* (A. Bernárdez, Ed.). Buenos Aires: Losada.
- Schwarzböck, S. (2016). *Los espantos. Estética y postdictadura*. Buenos Aires: Las Cuarenta y El río sin orillas.
- Sebreli, J. J. (1971). *Eva Perón, ¿Aventurera o militante?* Buenos Aires: Editorial La Pléyade.
- Secretaría de Comercio Interior. (2010). *Papel Prensa: la verdad*. Buenos Aires. Recuperado a partir de https://www.economia.gob.ar/basehome/pdf/papel_prensa_informe_final.pdf

- Segade, L. (2011a). De hermanitas perdidas a islotes insalubres: algunas representaciones argentinas de Malvinas. *Confluente*, 3 (2), 72-86.
- (2011b). 'En nombre de unos islotes insalubres': la figura del desertor en algunos relatos sobre la guerra de Malvinas. En CeLeHis/ Facultad de Humanidades/ UNMDP (Ed.), *Actas del Cuarto Congreso Internacional CELEHIS de Literatura: Literatura española, latinoamericana y argentina* (p. en línea). Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata. Recuperado a partir de <http://www.mdp.edu.ar/humanidades/letras/celehis/congreso/2011/actas/ponencias/segade.htm>
- Shakespeare, W. (2015). *Hamlet, príncipe de Dinamarca*. (C. Gamarro, Ed.). Buenos Aires: Interzona Editora.
- (2016). *El mercader de Venecia*. (C. Gamarro, Ed.). Buenos Aires: Interzona Editora.
- Simeran, J. (2012). *Argentinos... a vencer!* Buenos Aires: Fan Ediciones.
- Sófocles. (2004). *Edipo Rey*. (L. Pinkler, Ed.). Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Solanas, F. (1984). *Los hijos de Fierro*. Argentina.
- Soria, C. (2005). El cuerpo ilegítimo de Eva Perón: ¿qué es una hija? En *Los cuerpos de Eva: anatomía del deseo femenino* (pp. 35-77). Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Speranza, G. (2012). Invisibles. Malvinas 1982-2012. *ex libris (debates)*, 1, 420-427.

- Spivak, G. C. (2010). *Crítica de la razón poscolonial. Hacia una historia del presente evanescente*. Madrid: Akal.
- (2011). *¿Puede hablar el subalterno?* (M. Topuzian, Ed.). Buenos Aires: El Cuenco de Plata.
- Starckenbaum, M. (2012). Historia , política y responsabilidad: Óscar Terán y la autocrítica entre los intelectuales de izquierda en Argentina. *Temas de nuestra américa*, 51-52, 143-160. Recuperado a partir de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4470/ev.4470.pdf%0ADocumento
- Starobinski, J. (1967). La relación crítica (pp. 153-169).
- Stegmayer, M. (2010). Acerca de los usos estratégicos del policial en El secreto y las voces de Carlos Gamerro. *anclajes*, 14, 175-184.
- Steimberg, D. (2011). Política, guerra, parentesco, sociedad. *Otra Parte*, 24, 42-45.
- Strindberg, A. (2004). *La señorita Julia*. Madrid: Alianza.
- Suárez, P. (2005). *Esta no es mi noche*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Svidler, C. (2007). *Narratives of Failure and Impossibility: Dismantling Silenced Trauma in Postdictatorial Argentina*. University of Michigan.
- Szichman, M. (1986). *A las 20:25 la Señora entró en la inmortalidad*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Taylor, J. (1981). Los mitos. En *Evita Perón: los mitos de una mujer* (pp. 119-138). Buenos Aires: Editorial de Belgrano.
- Télam. (2016, junio 6). Gamerro: «Me parecía interesante ver cómo Shakespeare leía a Cervantes». *Télam*. Buenos Aires. Recuperado a

partir de <http://www.telam.com.ar/notas/201606/150269-400-anos-shakespeare-carlos-gamero-libro-cardenio.html>

Televisión Argentina. (1951). Discurso de Eva Duarte de Perón en la primera transmisión de Televisión Argentina, 17 de octubre de 1951. Argentina: Televisión Argentina. Recuperado a partir de <http://www.eldestapeweb.com/el-ultimo-discurso-eva-peron-que-inauguro-la-television-argentina-n19303>

Terán, O. (2013). *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina (1956-1966)*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

Todorov, T. (2007). *La Conquista de América. El problema del otro*. México: Fondo de Cultura Económica.

----- (2011). *Teoría literaria de los formalistas rusos*. ((comp.), Ed.). Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

----- (comp.). (1981). *Mikhail Bakhtine: le principe dialogique suivi d'écrits du Cercle de Bakhtine*. Paris: Du Seuil.

Torres, V. (2009). Narrando la guerra de Malvinas entre la autobiografía y la ficción: tres casos de fines de los años 90: La flor azteca (G. Nielsen), Las Islas (C. Gamero) y Guerra conyugal (E. Russo). En *La auto(r)ficción en la literatura española y latinoamericana*. Bremen: Universidad de Bremen.

Tozzi, V. (2006). Malvinas como disputa. Tragedia, representación y limbo mnémico en el encuentro con el pasado reciente. En C. Macón (Ed.), *Pensar la democracia, imaginar la transición* (pp. 83-98). Buenos Aires: Ladosur.

- Trotsky, L. (1979). *Literatura y Revolución*. Madrid: Akal.
- Urondo Raboy, Á. (2012). *¿Quién te creés que sos?* Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Va de vuelta. (2017). *Martín Kohan sobre la cifra de 30.000 desaparecidos*. Buenos Aires: Radio Nacional. Recuperado a partir de <https://radiocut.fm/audiocut/martin-kohan-sobre-la-cifra-de-30000-desaprecidos/>
- Varela Pagliaro, N. (2016, enero 26). Carlos Gamerro: «Ya no se recurre a la literatura para pensar el país». *Polvo*. Buenos Aires. Recuperado a partir de <http://www.polvo.com.ar/2016/01/carlos-gamerro-ya-no-se-recurre-a-la-literatura-para-pensar-el-pais/>
- Vassel, P. (comp). (2007). *Memoria, Verdad, Justicia y Soberanía. Corrientes en Malvinas*. La Plata: Al Margen.
- Vélez Carreras, I. (2005). MONTONEROS Los grupos originarios. *Lucha armada en la Argentina*, 2, 4-25.
- Verbitsky, B. (2003). *Villa Miseria también es América* (1a.). Buenos Aires: Sudamericana.
- Verbitsky, H. (1995). *El vuelo*. Buenos Aires: Planeta.
- (2002). *Malvinas. La última batalla de la Tercera Guerra Mundial*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Viñas, D. (1964). *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- (1965). 14 hipótesis de trabajo en torno a Eva Perón. *Marcha*, 23 de juli, 23-24.

- (1971). *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- (2000). La señora muerta. En S. Olguín y J. Lafforgue (Eds.), *Perón vuelve. Cuentos sobre peronismo* (pp. 63-72). Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- (2007). *Las malas costumbres*. Buenos Aires: Peón Negro.
- (2013). *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires: Galerna y Santiago Arcos.
- (2017). *Literatura argentina y política*. Buenos Aires: Santiago Arcos editor.
- Viñas, D., Fernández Moreno, C., y Al., E. (2011). *Revista Tiempos Modernos: Argentina entre populismo y militarismo*. (P. de H. González, Ed.). Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Viñas, D., Rama, Á., Franco, J. et al. (1981). *Más allá del boom: literatura y mercado*. México: Marcha Editores.
- Viñas, I., Viñas, D. et. al. (2007). *Contorno: edición facsimilar*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Viterbo, F., y Nicotera, P. (2013). Las ciudades modernizadas. En M. Croce (Ed.), *Latinoamericanismo. Canon, crítica y géneros discursivos* (pp. 214-238). Buenos Aires: Corregidor.
- Vitullo, J. (2006). Relatos de desertores en las ficciones de la guerra de Malvinas. *Hispanamérica*, 35(104), 29-38.
- (2007). *Ficciones de una guerra. La guerra de Malvinas en la literatura y el cine argentinos*. Rutgers, The State University of New Jersey.

- (2012). *Islas imaginadas. La guerra de Malvinas en la literatura y el cine argentinos*. Buenos Aires: Corregidor.
- Vitullo, J., y Kohan, M. (2008). Martín Kohan. *Hispanamérica*, 37(110), 45-58.
- Voloj, D. (2012). Figuraciones de la gesta de Malvinas en Las Islas de Carlos Gamerro. En *Actas del V Congreso Internacional de Letras* (pp. 2945-2951). Córdoba: Escuela de Letras, Facultad de Filosofía y Humanidades - Colegio Nacional de Monserrat. Universidad Nacional de Córdoba.
- Voloshinov, V. N. (1976). *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- von Clausewitz, C. (2005). *De la guerra*. (Carlos Fortea, Trad.). Madrid: La Esfera de los Libros.
- VV.AA. (1982). *Cronistas de Indias. Antología*. Buenos Aires: Colihue.
- (2010). *Escribir hoy: diez reflexiones de autores latinoamericanos*. Bogotá: Centro Editorial Facultad de Ciencias Humanas.
- (2015). Dossier Los humores de la patria. *Estado Crítico*, 3, 31-74.
- Walsh, M. E. (1976). *Cancionero contra el mal de ojo*. Buenos Aires.
- Walsh, R. (1979). *Los papeles de Walsh*. Buenos Aires: Cuadernos del Peronismo Montonero Auténtico. Recuperado a partir de [http://www.ruinasdigitales.com/revistas/Folleto - Papeles Walsh.pdf](http://www.ruinasdigitales.com/revistas/Folleto_Papeles_Walsh.pdf)
- (1996). *Los oficios terrestres*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- (1997). *Caso Satanowsky*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

- (1998). *El violento oficio de escribir. Obra periodística (1953-1977)*. Buenos Aires: Editorial Planeta Argentina.
- (2004). *Operación Masacre*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- (2006). *Operación Masacre ¿Quién mató a Rosendo?* (L. Padura, Ed.). La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas.
- (2010). *Ese hombre y otros papeles personales (2a.)*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- (s/d). *El diario de la CGT de los Argentinos*. Buenos Aires: Editorial La Página.
- Weisz, E. (2005). ERP 22 de Agosto: fracción pro Cámpora en el PRT ERP. *Lucha armada en la Argentina*, 2, 26-45.
- White, H. (2003). *El texto histórico como artefacto literario*. (V. Tozzi, Ed.). Barcelona: Editorial Paidós.
- (2010). *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- (2011). *La ficción de la narrativa. Ensayos sobre historia, literatura y teoría 1957-2007*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Wilcock, R. (1999). Casandra. En *El caos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Wornat, O. (2002). *Nuestra Santa Madre. Historia pública y privada de la Iglesia Católica Argentina*. Buenos Aires: Grupo Zeta.
- Zaretsky, L. (2017). *Extramuros*. Argentina.
- Zunini, P. (2011). En toda la historia argentina hay un racismo no admitido. Recuperado 4 de febrero de 2018, a partir de <http://www.eternacadencia.com.ar/blog/contenidos->

[originales/entrevistas/item/en-toda-la-historia-argentina-hay-un-racismo-no-admitido.html](#)

Laura Destéfánis, 2018

Contacto: marialauradestefanis@gmail.com